

FELIPE BENÍTEZ REYES

EL NOVIO DEL MUNDO



Lectulandia

El protagonista de esta novela, Walter Arias, es una mezcla de filósofo surrealista y de psicoanalista antifreudiano, de romántico y de obseso sexual, de arlequín y de monstruo, de moralista y delincuente. Mezcla, en fin, de todo aquello que no puede ni debe mezclarse. «Mi pensamiento oscila entre Descartes y el barón de Munchausen», confiesa Walter Arias, precursor del movimiento filosófico llamado walterismo, una de las corrientes espirituales menos espirituales de cuantas conoció el pasado milenio. Burlón y despiadado, visionario y reflexivo, humorístico y macabro, Walter Arias nos cuenta los vaivenes de su vida —su noviazgo con el mundo— a lo largo de un hilarante *thriller* picaresco y metafísico.

Lectulandia

Felipe Benítez Reyes

El novio del mundo

ePub r1.0

diegoan 15.08.2019

Título original: *El novio del mundo*
Felipe Benítez Reyes, 1998

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El novio del mundo

Primera parte - El huésped de los lugares anómalos

- 1 Aparición anómala de Walter Arias. La caja de las gafas. El pastor moro
- 2 Noticias familiares y del Camerún. Quimeras de la casa de los Arias
- 3 Una retrospectiva africana. Infancia en Bogotá. El calzado y las apariencias. El místico Fredo
- 4 De Guillermo a Waltery breve teoría de las tarjetas de visita
- 5 El paraíso perdido y su música
- 6 El elefante mítico
- 7 La Rana Verde. Los Últimos Bucaneros. La muerte y la magia
- 8 El preso de sí mismo. Los niños dracúleos. El último salto de La Rana Verde
- 9 Breve digresión profética. Desenlace del secuestro. Una patrulla portuguesa. Con Cindy entre los coches de ocasión
- 10 Cárcel de amor. Laberinto de Fortuna. La ceremonia del adiós
- 11 Filigrana del peligro. Un paisaje polar sobre las nubes
- 12 La compañía de lo aéreo. El aire de Madrid
- 13 Fiebre consumista. Teoría ética. Un gol
- 14 El rey del semen. Rasgos descriptivos y comportamiento habitual del Psicópata. La homilía del predicador
- 15 Bobby Arias. El toreo como arte homosexual. Crac de marisco
- 16 Síntomas de la satiriasis. El Libro de los libros. Y un secreto

Segunda parte - A la búsqueda del diablo

- 1 Trotsky I y Trotsky II. Octavillas de colores
- 2 El piso de Trotsky. Paradojas del sexo. Los huesos de Nacha
- 3 Los trotskistas y la hostelería. La valquiria de oro. Fortuna y desdicha de Norlito Pinto
- 4 Finales de 1975. La ternura de Sasa
- 5 Pajarera Satán. El hospital de la enfermera cegata. El negocio de Jotauve. Veneno de amor
- 6 Las pornógrafas londinenses. Live Show de vampirismo en Vampirella
- 7 El regreso de Ulises, por así decir
- 8 Parientes lujuriosos. Las nuevas diablesas del Hades. Aparición estelar de Lupi Flamingo
- 9 La Muerte llama a tu puerta y no te hace falta preguntar: «¿Quién es?»
- 10 La larga noche

Tercera parte - Los caminos vibrantes de la nada

- 1 Incertidumbre inmobiliaria. Sergei Rex. La lencería de la novia neurótica. La diosa rural
- 2 Fiebre de Fefi
- 3 Ansias de Sergei Rex. La dureza del mármol
- 4 La carta. El catedrático ocurrente. El pasado de Fefi
- 5 La enfermedad de la melancolía. Epidemia de embarazos
- 6 La oficina de los monstruos afables. La pequeña Vani. Consideraciones generales sobre el esqueleto de las mujeres. Los héroes del fútbol
- 7 El despertar de Vani. Fábula del oso y el cuenco de miel

[8 Los monstruos esfumados. La misión sevillana. Delirios de Panchi Casanova. El cuerpo de Christie](#)

[9 La pletórica Parca](#)

[10 Pequeños viajes a los pequeños infiernos](#)

[11 Un mal chiste. La furgoneta de los punkis. Berlín visto desde una fábrica de bombillas. La solidaridad peruana](#)

[12 La vía ascética. Una experiencia periodística](#)

[13 Las carambolas del amor](#)

[14 De matón en Sodoma. La etapa lírica](#)

[15 Las barbies de París](#)

[16 Un malentendido. El detonante de la adversidad](#)

Cuarta parte - El horror en caída libre

[1 Aplicaciones estadísticas. El buzo de la erudición. Nueva incursión en el periodismo. Los peligros de la telefonía moderna. Leyendas varias del trullo](#)

[2 Un apólogo moral. Disipación de las quimeras comerciales. Nuevo negocio con Jotauve. Revelación del kastaj. La cartomancia](#)

[3 Ocios creativos. La expedición a Almería. Vaivenes hegelianos en el *Far-West*. La empresa de Niño Blanco. Volamos hacia Moscú](#)

[4 En la perla del Adriático. El fotógrafo pornocutre. Digresión pompeyana. Amores livianos —y no por ello menos complejos— con Paola y con Patrice. Un último deseo](#)

[5 Un poco de información sucia. Un intenso noviazgo con el mundo. Pequeña guerra santa. La realidad virtual en su fase prehistórica. La novia involuntaria de Fredi Monterroso](#)

[6 El sentido uruguayo de la diversión. Paréntesis costarricense. Estela publicitaria del asunto Sharon Moore](#)

[7 Seguimos en Costa Rica. Volvemos a Nueva York. Acabamos en Miami](#)

[8 Cafarnaún nupcial. El mariachi aspirante a difunto. La ley de Otto](#)

[9 *Monsieur Butterfly*. Ambiente familiar de los Arias de Miami. La pitonisa Chola Cherry](#)

[10 Regreso a los orígenes familiares. La libertad de la bestia. La orgía de las bestias. Y el dolor](#)

[11 El despecho de Wendy. La confusión. El pequeño caos. El desconcierto. Y Ámsterdam](#)

[12 Emperador del hampa en París y mendigo de sexo en Ámsterdam](#)

[13 El imprevisible papel de lo imprevisto. El rostro y la cara. Noticias, noticias y noticias. Tragedias griegas, tragedias griegas y tragedias griegas](#)

[14 En el continente africano. El falso cadáver. Las cosas que pasan](#)

Epílogo - Al cabo —y al fin— de veinte años

Sobre el autor

PARA SILVIA,
ESTE MONÓLOGO DE UN HAMLET
INTERRUMPIDO DE CONTINUO
POR ESE YORICK QUE TODO HAMLET LLEVA DENTRO

PARA CARLOS MARZAL,
FUNDADOR Y SOCIO ÚNICO
DEL CLUB WALTERISTA

¿La vida? Bien, hablando en términos generales, algo así como el Yin corriendo tras el Yang y el Yang corriendo tras otro Yin como una perra en celo. O viceversa.

WALTER ARIAS

Es posible que nada importante suceda en el organismo que no contribuya con sus componentes a la excitación del instinto sexual.

SIGMUND FREUD

La mariposa agitó sus alas y desapareció.

VLADIMIR NABOKOV

PRIMERA PARTE
EL HUÉSPED DE LOS LUGARES ANÓMALOS

1 Aparición anómala de Walter Arias. La caja de las gafas. El pastor moro

Tras haberse acostado en un hotel de Ámsterdam, Walter Arias se despertó a la mañana siguiente tendido en la acera de una calle de una ciudad medio modernista y medio africana que resultó ser Melilla.

Mi nombre es Walter Arias.

Cuando abrí los ojos, una especie de cleopatra de pago me miraba con fijeza, confundiéndome sin duda con un obseso sexual. «¿Echamos el rato, cariño?», me preguntó, a la vez que se oprimía los pechos con un orgullo no sé hasta qué punto paródico.

Para eso estaba yo.

Me dolía mucho una oreja y en mi antebrazo tenía la marca de una aguja d'artagnan, con su anillo saturnal de sangre coagulada. —Te meten una porquería en el cuerpo y dejas de ser tú, y apareces en Melilla. Enhorabuena, Walter.

Hay días, desde luego, en que si uno inventara un perfume le pondría de nombre Náusea.

Y es que a veces el Destino se parece a un agente turístico que se la tuviera jurada al mundo y que, valiéndose de la red informática, se dedicara a enviar a Beirut a los ancianos que soñaban con los laberintos adriáticos de Venecia —muchos de ellos cargados de pastillas para no marearse en las góndolas— o a desviar al Caribe a los *boy scouts* que, en compañía de sus pederastas, anhelaban visitar el Vaticano para oír al papa decir misa —a un kilómetro aproximado de distancia teosófica— en su esperanto entre disléxico, beatífico y babélico.

«Melilla, ciudad de congresos y turismo», según rezaba un cartel. (Felicidades, Melilla).

Pero dirijamos ya nuestra astronave luminosa al terreno de los debates filosóficos... Bien: poco más o menos, las cosas que nos ocurren se dividen en inverosímiles, imposibles e improbables. Cuando algo es a la vez

inverosímil, imposible e improbable, decimos entonces que se trata de una cosa normal, sujeta a los cánones de funcionamiento de esa tómbola tarumba que es el mundo —con sus premios estelares: cadáveres, incógnitas, desapariciones—... Pues, aunque parezca raro, yo llevaba puesto —sería un poco largo de explicar— un camisón de mujer, circunstancia que, después de todo, no me hacía especialmente estrafalario en aquel sitio en que mucha gente vestía chilaba, aunque debo confesar que no resulta cómodo andar con ese aspecto por la calle por más que la calle esté llena de moros.

A causa sin duda de las brumas pegajosas del despertar, pensé durante medio segundo que me encontraba en Barcelona, ciudad en la que a los arquitectos neogóticos les dio la ventolera de proyectar macabras construcciones que parecen la tarta de cumpleaños del conde Drácula. «¿Barcelona?». Pero medio segundo después caí en la cuenta de que no era corriente el hecho de que por Barcelona anduviesen tantos moros, a no ser que se tratara de una trifulca islámica como aquella en que me vi envuelto hace unos años en la medina de Fez y en la que a punto estuve de perder la visión de un ojo, según me gustaría contar en otro momento.

Melilla. En fin, son cosas que ocurren, y contra ellas no cabe rebelión ni sorpresa: si uno se acuesta en un hotel de Ámsterdam y se despierta en un sitio medio catalán y medio africano, más vale no hacerse demasiadas preguntas. Tampoco se las hagan ustedes.

¿Un misterio? Bueno, sí, todo en la vida es misterioso. 1) ¿Por qué es más fácil sacar el hilo de una aguja que enhebrarlo en el ojo de una aguja? 2) ¿Por qué la soledad puede procurarnos felicidad y por qué el amor correspondido puede provocarnos dolor —especialmente de cabeza? 3) ¿Por qué en el cine se te sienta siempre delante el coloso adolescente de la peluca afroyeyé? 4) ¿Por qué inventó el hombre el mito del unicornio?

Nada tiene sentido, camaradas. Todo es un misterio que gira aburridamente sobre su propio eje como una peonza metafísica. Cualquier estupidez, como quien dice, es misteriosa: ¿por qué ciertas semanas parecen eternidades y ciertos años relámpagos? ¿Por qué la ciencia moderna la tiene tomada con la placa dental? ¿Por qué todos los psicópatas de las películas se saben el Antiguo Testamento de memoria? ¿Por qué la bigamia se considera un delito y no una enfermedad mental digna de compasión psicoanalítica? ¿Por qué los tuertos no lloran el doble de tiempo?

El mundo, ya digo, es un misterio giratorio, y a mí me ha tocado en suerte el ser un ente errante, uno de esos tipos que pueden acostarse en un sitio y

despertarse en otro. En otro continente incluso, porque todo depende del azar, ese cubilete de dados que agita un simio tocado de los nervios.

En fin, como reza el proverbio que me enseñó un hechicero hindú: «Trágate la piedra que te hiere». (El fatalismo exótico, las agencias de viajes, el embrujo —¿verdad?— de lo nunca visto... aunque luego lo más raro que los turistas alcanzan a ver es a un talabartero típicamente manco o típicamente bizco que vende sandalias y abalorios hechos en Taiwán o bien algún reptil un poco mayor que los que andan —como emblemas testimoniales del terror jurásico— por la terraza de sus chalets adosados, compactos de pánicos domésticos: la respiración agónica del frigorífico, las tijeras oxidadas, el avance de la ceguera de ese recién nacido que siente ante sí la gravitación de un mundo hecho de algodones neblinosos...).

«Trágate la piedra...». De acuerdo. Así que me tragué la piedra Melilla a la manera de un fakir del estoicismo.

Tras desistir de hacerme en un bazar con algunos útiles de aseo por culpa del complejo de vigía del dependiente, que no me quitaba la vista de encima, callejeé durante un rato, soñoliento, errabundo, descalzo y sin dinero, hasta que llegué a un descampado en el que me encontré la cosa más inimaginable que uno se pueda encontrar: una caja llena de gafas graduadas.

Y es que el mundo parece una almoneda.

«No desprecies la fortuna fortuita», solía decir mi abuelo Nicolás —aunque para él la mayor fortuna posible consistiera en tener a tiro a un elefante—, así que me eché la caja debajo del brazo y me dediqué a inspeccionar el terreno, sintiéndome un ladrón de dioptrías y astigmatismos impersonales y abstractos.

De pronto, una detonación de índole subfilosófica se produjo en mi mente: «¡Gafas!», y en esos signos de admiración se contenía todo mi estupor existencial: un adulto vestido con un camisón de señora, en Melilla, con una caja de gafas graduadas bajo el brazo...

Cansado de andar, con los pies heridos por la áspera vegetación norteafricana, me tumbé debajo de un árbol y pasé el rato distraído en probarme las gafas, que sumaban más de treinta. Con unas todo se me volvía nebuloso y distante. Con otras me sentía como un borracho profesional. Pensé en lo frágil que es el mundo: un par de cristales lo deforma.

En este pasatiempo estaba, cuando vi llegar a un nativo que tenía un aparato de radio pegado a la oreja y que azuzaba con un cayado a un par de cabras.

El moro pastor hizo, en suma, lo previsible: se fijó en mí y me pidió por señas un cigarrillo, llevándose los dedos a la boca y haciendo como si expulsara humo entre los dos o tres dientes más bien bailarines e insulares que en ella le quedaban. Vale, no hay cosa que más me irrite que la falta de sentido común: ¿cómo iba a tener yo cigarrillos si iba en camisón? Pero el pueblo moro no repara en detalles a la hora de sacar provecho de los turistas, categoría en la que sin duda debió de incluirme a causa de mis cuatro pelos rubioscos.

Las cabras, por su parte, pastaban por el África de los españoles con la codicia trituradora de una máquina cortacésped.

El moro se me acercaba con precaución, siguiendo un precepto racial de desconfianza hacia los extranjeros. Y, llegados a este punto, debo confesar que mi abuelo paterno me metió en el subconsciente infantil —como una inyección freudiana— su aversión al pueblo moro, por más que mi abuelo no viera en su vida a más de media docena de tales moros, justo cuando hizo escala en Casablanca, yendo él camino del Camerún. Y si bien es cierto que uno puede superar de mayor los prejuicios culturales que le inculcan de niño, también lo es que de la semilla venenosa de un prejuicio siempre acaba brotando un postprejuicio. De manera que el moro se me acercaba con un insano repertorio de prejuicios alimentados con ponzoña antropológica en lo más hondo de su alma coránica y yo veía acercarse al moro con toda mi herencia subconsciente de postprejuicios sobre los moros.

Bien. Cuando en el mundo se enfrentan dos prejuicios, mala cosa: algo tan armónico como la escena de un mono que toca el violín con un serrucho ante un auditorio de antílopes aterrados. Yo estaba, además, de mal humor. Y el mal humor es una química macarra que nos convierte en un monstruo con el corazón en carne viva.

Y es que todo en el mundo es destrucción.

En la televisión, por ejemplo, anuncian desde hace varias semanas un ambientador que *destruye* los malos olores. La explicación científica es la que sigue: las partículas químicas del nuevo ambientador no *conviven* con el olor a sueño, a fritanga o a calcetín deportivo, ya que esa mezcla sería *nauseabunda*. No: el nuevo ambientador *destruye* los olores enemigos. Sin piedad.

Todo es destrucción y odio. Incluso el ambientador olor pino salvaje odia los malos olores. Los destruye.

Por triste que resulte decirlo, la vida consiste en defender tu territorio. En destruir las otras partículas. Además, yo huelo el peligro. Y el peligro huele a

pescado que comienza a pudrirse. A veces, bien es verdad que ese olfato instintivo me engaña (¿qué instinto que se precie no es un timador?), pero hay que confiar en la estadística: yo *suelo* oler el peligro. Lo huelo igual que un rastreador apache: desde lejos. El pescado entra en mi epífisis y en mi hipófisis. Produciendo neurosis. Dejándome con una mentalidad parecida a la del ambientador olor pino salvaje —ansioso por destruir, por desencadenar una pequeña guerra química.

Aquel moro, en fin, sostenía tensamente su radio y su cayado. Y yo olía el peligro. Y sentía penetrar un tornillo freudiano en mi cabeza. Así que, cuando tuve al moro a una distancia adecuada, ¿me incorporé de un salto, lo cogí por el cuello y se lo apreté con toda mis fuerzas? Posiblemente, ya que acabé tirando al moro al suelo y le quité el cayado y las babuchas, unas babuchas color bilis y puntiagudas. Al aparato de radio, al caerse, se le salieron las pilas, sus entrañas de mercurio y ese tipo de cosas. Cuando al fin lo solté, el moro se echó las manos al cuello como si quisiera comprobar que lo tenía en su sitio, tosió, me miró con el terror de una gallina decapitada, cogió con desesperación la radio (su lámpara maravillosa) y echó a correr, abandonando las cabras a su suerte.

Bueno.

Los tipos que te intentan joder seriamente la vida constituyen un 10 % de la población mundial, punto más o punto menos. Ese porcentaje engloba al dictador sanguinario que ya de niño electrocutaba ranas y ratones, al yonqui que te asalta en el Callejón de las Incertidumbres sosteniendo con hechuras de aprendiz de esgrima una jeringuilla infectada de virus sujetos a mutaciones, al vecino que necesita relajarse espiritualmente a las tres de la madrugada oyendo a toda mecha a algún divo de la música *country*, al niño que te señala con dedo acusatorio cuando fumas, furtivo, en un vagón de no fumadores y que de mayor se hará confidente de la pasma a cambio de un café o de un poco de heroína. Ese 10 % engloba a la antigua novia que te llama por teléfono para informarte de que con su nuevo hombre de neandertal *ha descubierto* el verdadero amor: el lado loco y caníbal del sexo que tú no supiste revelar. Ese porcentaje acoge al camarero que te mira con desprecio de ruso blanco cuando se te cae la copa en el restaurante de las langostas mitológicas y de los vinos visigóticos... En un 10 % cabe, en fin, mucha gente.

Aquel moro entraba en mi 10 % de jodedores de vidas ajenas y yo entraba en su 10 %. Casualidades. Fatalidades. —Las bolas de billar que recorren el tapete, chocando entre sí por error, por azar o por cálculo, pero chocando.

Y es que la Naturaleza necesita suministrar de manera armoniosa el miedo, ya que sin miedo todos seríamos dioses: los escurridizos lagartos, las líricas ovejas, los megalómanos humanos. Todos dioses. Y la Naturaleza no soporta a los dioses, arrogantes en sus pequeños olimpos de eternidad y suficiencia. No. La Naturaleza, la armoniosa, se ve obligada a repartir equitativamente las dosis de miedo entre los seres vivos para acentuar nuestra insignificante fragilidad.

Por ejemplo, ¿cuál es la función que cumplen en el universo los perros? ¿Pasearse por ahí amarrados por el cuello, ganar concursos, convertir las aceras en un campo de minas escatológicas? No, más sencillo aún: hacer que los gatos dispongan de una buena ración de pánico latente: la amenaza eterna de unas fauces salivosas que podrían triturarles el espinazo. ¿Cuál es la función que tienen los gatos en el universo? Igualmente sencillo: modelar el carácter huidizo de los ratones. ¿Cuál es, por su parte, la misión que cumplen los ratones en el universo? Muy simple también: los ratones resultan fundamentales para colaborar en el proceso de destrucción de nuestro mundo, *a)* royendo papiros egipcios, cartas de amor entonadas como odas o como elegías, según el estado de ánimo; ropas de difuntos; *b)* construyendo sus guaridas subterráneas, *c)* satisfaciendo su avidez roedora en las hemerotecas, en los almacenes industriales, en el pequeño piso de la viuda que colecciona encajes de Holanda o mantones de Manila... (*d, e, f, g...*).

Todos cumplimos una misión concreta en el caos melódico del universo. Sin duda.

Lo malo es que a casi nadie le gusta la misión que le corresponde y por eso los perros se empeñan en entender las palabras de sus amos, en hacer acrobacias en los circos, en estrechar la mano a las visitas o en convertirse en policías expertos en narcotráfico. Por eso los gatos acaban reclamando, con maullidos de revuelta sindical, las latas de carne de buey de Irlanda con salmón de Noruega, negándose a probar no ya las espinas de pescado, sino incluso los piensos de vegetales y pollo. Por eso los ratones vulgares envidian a los ratones blancos, esos renegados que se dejan estrujar por los niños y que se pasan la vida cautivos en un laberinto de túneles y columpios especialmente diseñados para su diversión, devorando los cacahuetes hiperproteínicos que les echan por una ranura de plástico ecológico. Por eso, en fin, nosotros, los humanos, tan filosóficamente degenerativos, vamos envenenándonos de pasado, de frustración y de ilusiones que cuelgan de un clavo ardiente, cocinando un pastel tóxico cuyas porciones ofrecemos a los demás en cuanto se nos acercan: esa mirada de odio inquebrantable que

dedicamos al mendigo que nos roza la mano, la respuesta dañina y lacerante que damos a quien nos ama, ese desasosiego que nos invade el corazón como una planta trepadora y carnívora cuando vemos al tipo que lleva del brazo a la actriz que suele rondar por la cámara escarlata de nuestras fantasías eróticas... Todos aspiramos a más, y ser más es ser otros, y ser otros es como no ser nada: rencorosos apóstatas de nuestro destino. Con el miedo en los huesos.

Allá en la lejanía melillense, por los cerros dorados, el pastor moro huía como una pincelada impresionista.

Nuestras reacciones no siempre resultan ejemplares, pero, después de todo, el día no comenzaba mal: en un par de horas me había hecho con una caja llena de gafas graduadas, con unas babuchas amarillas, con un cayado de pastor y con dos cabras empeñadas en desertizar el mundo.

En peores me he visto, y de eso me dispongo a hablar con el desorden que vaya imponiéndome la memoria, esa gran dama que es capaz de olvidar hasta su nombre. De modo que, una vez descorrido el telón de este pequeño teatro tenebroso, les ruego que se acomoden en sus butacas y que tengan la paciencia de oír durante una insignificante eternidad a este humilde arlequín que ocupa el escenario y que sostiene en su mano una calavera —que puede ser la de cualquiera de ustedes.

Pasen y vean.

Señoras y señores.

Este sueño de algodón manchado.

Niños y niñas.

Este pequeño circo de animales deformes.

Pasen a este sueño con dragones y con hadas que orinan esmeraldas y topacios (¿?).

Pasen y vean.

En medio de la pista, Walter Arias chasquea su látigo —porque alguna que otra vez tendrán que aparecer las fieras.

2 Noticias familiares y del Camerún. Quimeras de la casa de los Arias

Mi padre era diplomático de carrera, a pesar de ser hijo de un sastre gijonés que acabó matando un elefante en Kenya, y yo nací...

Pero, bueno, antes de contar mi vida, comprendo que sería conveniente que expusiera los fundamentos de mis convicciones sexuales, ya que no conoces de verdad a un tipo hasta que no sabes cómo se desenvuelve en esa jungla repleta de criaturas atormentadas que aúllan al plenilunio con el desgarrar de unas almas en pena. ¿Cómo puedes juzgar a alguien si ignoras que es un fetichista de los calcetines de deporte sudados o de las medias negras de malla, si no sabes si es un galán aficionado a los artefactos dolorosos o una víctima vergonzante de la eyaculación precoz —seguida por lo general de algún tipo de razonamiento sofisticado sobre la sexualidad entendida como un lanzamiento de cohetes? Ese tipo de cosas conviene saberlas, qué duda cabe.

Pero, claro, si yo revelo ahora ese aspecto de mi personalidad, me quedo sin secreto, y la gente que no tiene secretos es incapaz de despertar el interés de sus contemporáneos, siempre ávidos de misterios y novedades. (¿Qué sería del prestidigitador de la chistera transparente?). De todas formas, como algo tendré que decir al respecto, sacaré mi apolillado traje de payaso de los baúles del Subconsciente Más Recóndito, me pondré una bola roja en la nariz, me calzaré mis zapatos tricolores y les confesaré que si me encomendasen la dirección de un espacio televisivo, posiblemente lo titularía (¿por qué no?). *Fenómenos paranormales en el mundo del sexo.* Creo que resulta fácil imaginar el programa piloto: un marciano de piel verde retozando con Miss Tetas Grandes de Texas, él con su cabeza llena de antenas fosforescentes y con su boca de sapo y ella con su corpiño rojo y sus botas con espuelas de plata, con los ojos en blanco y la lengua fuera, mientras su ondulada melena rubia de valquiria tejana se va electrizando, electrocutando, enrojeciendo y ardiendo finalmente como una zarza bíblica, hasta que se pone a gritar de

puro pánico en el espasmo sideral del gran gemido intergaláctico, con el marciano verde (bib-bip) metido en las entrañas. Fundiéndose en el magma del horror.

... Pero devolvamos mi traje de payaso a su baúl, porque la realidad es una herida profunda e infectada, y los payasos resultan demasiado patéticos cuando resbalan en un charco de sangre. De modo que permítanme acariciar, en actitud meditabunda, la calavera que sostengo en mi mano temblorosa, en medio de este escenario envuelto en bruma artificial, y oigan mi pequeña teoría en forma de aforismo, con el ruego de que si no pueden darme la razón, me sigan al menos la corriente: «La sexualidad humana consiste en una acalorada negociación política entre seres de distinto planeta». Bien, aunque como aforismo es pasable, sé que como teoría no es gran cosa y que, apurando un poco, casi no es una teoría, sino el chiste sin gracia de un hamlet que se ha tomado un gimlet muy cargado. Pero ¿qué quieren? Comencé a quedarme calvo cuando era muy joven y mi mente no es pragmática. ¿Pragmático yo? Los carpinteros son pragmáticos. Lo son los poetas auténticos. Lo son los asesinos pasionales. Pero yo no. Yo soy una modesta y contradictoria entidad filosofante (y a veces ni siquiera eso) que no puede perder el tiempo con la praxis porque está demasiado ocupada en desvelar la gnosis... No sé si me explico. Tal vez sería necesario repetir mi más famoso aforismo hasta la fecha («La sexualidad humana consiste etcétera»), pero no lo haré, ya que, aparte de no ser pragmático, tampoco soy lo que se dice un propagandista de mi pensamiento —entre otras razones porque mi pensamiento oscila entre Descartes y el barón de Munchausen. De todas formas, seguro que ustedes me entenderán si digo que, según mi punto de vista, la sexualidad no es otra cosa que ese encuentro frontal de al menos dos fantasmas errabundos en un viejo castillo cuyos laberintos apenas intuyó Sigmund Freud: el Alma, esa ensalada de sueños, de frustraciones, de miedos y de titubeantes aspiraciones. Sí: esos fantasmas que se quedan frente a frente, atónitos al principio, y que luego se afanan en fundirse en un solo ser, hasta que comprueban que esa fusión resulta una tonta quimera y se marcha cada cual por su lado, arrastrando sus soledades respectivas e incurables por sus concéntricas galaxias diminutas, o similar.

En fin, para la buena marcha del mundo (disculpen la digresión, pero es que está en juego nada menos que el mundo), la teoría de la relatividad y la de la división traumática de los cromosomas, por ejemplo, resultan menos decisivas que la teoría sexual que tengamos cada uno de nosotros —*nosotros*, sí, el ejército de erotómanos individualistas que ululamos en mitad de la

noche con distinto timbre y por distintas razones y estímulos—. No te quepa duda: si no dispones de una sólida teoría sexual, apenas serás un excursionista dominguero en el bosque de las tinieblas carnales, uno de esos seres que se conforman con insulsas papillas filosóficas y que proclaman con un tímido y vacilante encogimiento de hombros cosas como: «A mí, bueno, no sé, me gustan las rubias», «El matrimonio tiene sus ventajas y sus inconvenientes» o «El amor es más importante que el sexo». (Horribles, ¿no?, como apotegmas). El dueño de una verdadera teoría sexual es el que puede decir, sin que le tiemble la voz, que no permite que las afroditas pandémicas se quiten los zapatos de tacón en la cama así que llamen al FBI; el que puede decir que no soporta que las afroditas uranias, cuando ya han perdido su aura de hadas insaciables de la noche, se queden a desayunar y a llenarte la bañera de pelos (y el horror, sobre todo, de ver esos sinuosos seres nocturnos a la luz del día: pálidos, crudos); el que puede decir que no está dispuesto a tolerar que una afrodita lunática, por el simple hecho de tener unas glándulas mamarias del tamaño de dos zeppelines, te haga pagar más de una cena como requisito para hacerte compañía en el festín antropofágico. En eso consiste el hecho de tener una teoría sexual: en hacer un arte sociológico de tus manías y en obligar a la maniática realidad a someterse a las leyes maníacas de tu arte. —A la realidad y a quien se le ocurra andar por allí sobre dos tacones de aguja, por supuesto.

No es por nada en especial, pero nunca conviene fiarse de la gente que no tiene teorías, sexuales o del tipo que sean, porque la gente que no es esclava de alguna teoría actúa improvisadamente en todos los órdenes de la vida. No sé: conoces a una quiromante pelirroja en una discoteca y, a los tres o cuatro días, improvisa la teoría de que quiere casarse contigo, por ejemplo —o con tu hermano, en casos de mayor complejidad. Te presentan, no sé, al campeón mundial de equitación y se empeña en que te des una vuelta a lomos de su caballo esquizofrénico. Te enredas con una estrella del porno duro y, a poco que te descuides, acaba hablándote de su infancia atroz, de su feroz adolescencia, de la dieta de su perrilla ladadora y de su perra vida actual, siempre fingiendo el placer que no siente en su corazón de mermelada amarga.

La gente sin teorías sólidas es peligrosa, porque las teorías son nuestro único mecanismo de defensa ante las teorías demenciales de los demás. Aunque, desde luego, peor es la gente que no tiene una teoría, sino media teoría; el que te dice: «Yo no creo en la reencarnación, pero sí creo que somos polvo, que volvemos al polvo y que nos fundimos luego con la tierra, transmitiendo *a algo* nuestro espíritu» (sí, ¿a un tomate atormentado y

contradictorio?); el que te dice creer en el sacerdocio pero no en el celibato, o en el afecto conyugal pero no en la práctica del 69 (sí, la Paradoja Filosofal: «Soy presidente del Club para la Defensa de los Animales y gerente de una cadena de restaurantes de pollo frito al estilo de Pittsburgh») o el que te dice: «Yo no creo en Dios, pero sí en la existencia de un Ser Superior» (sí, exactamente: «Yo no bebo agua, pero sí H₂O minero-medicinal»).

No hay cosa peor, en fin, que la filosofía aplicada sin fundamento sólido. De modo que si conoces a alguien que no tiene teorías, sal corriendo, o ahuyéntalo con una cruz de plata. Si conoces a alguien que sostiene medias teorías, rómpele su socrática nariz de patata de un rechazazo aristotélico. Si te cruzas con alguien que rebosa teorías por la boca, reza lo que sepas para que esas teorías coincidan mínimamente con las tuyas, porque de lo contrario te pondrá la cabeza como un bombo hegeliano: bum, bum.

Esa es, al menos, mi teoría. (En fin, ¿qué esperaban? Así es como se manifiesta mi pensamiento, a cuyo fluir denominaré a partir de este instante *walterismo*. «¿Y en qué consiste ese repentino movimiento filosófico?», se preguntarán ustedes, carcomidos sin duda por ese pavor que les produce en sus pequeños espíritus la aparición de cualquier novedad de alcance cósmico, por corto que ese alcance sea. Pues bien, para ir familiarizándose con el concepto de *walterismo*, les propongo que repitan al menos cinco veces el siguiente ejercicio mental: imaginen un bosque lleno de hadas de hermosas y largas piernas y lleno a la vez de repugnantes monstruos que vomitan estupores —si me permiten el patetismo— conocidos por los nombres de Miedo, Vergüenza, Rencor o Susplicacia —y completen la lista con cualquier sentimiento manchado con la sangre de un ángel recién nacido al que nos vimos obligados a sacrificar porque tenía las alas deformes).

Bien, ahora sí: mi padre, como iba diciendo, era un Arias de los Arias de Gijón y un diplomático que tuvo que hacer una carrera más melancólica que otra cosa en esos destinos que no quiere nadie y en los que lo mismo te encuentras a un masái asomado a la ventana de la cocina que a un tigre de Bengala dentro del cuarto de baño lamiendo el bidé.

Mi padre era un hombre que sabía vestir con inelegante discreción —esa ropa que parecía estar siempre húmeda— y que andaba bastante picado de los nervios por su pertenencia a un gremio erradizo, siendo él de natural sedentario, a más de aficionado al fútbol y al psicoanálisis, dos vicios verdaderamente asquerosos que arrastraba consigo cuando iba a parar a esos países absurdos a los que el Ministerio de Asuntos Exteriores se empeñaba en enviarlo como agregado de embajada.

Mi padre era tan pobre hombre que le daba importancia hasta a sus sueños, y por esa razón tenía las *Obras escogidas* de Sigmund Freud muy leídas y subrayadas y se pasaba horas y horas leyéndolas con la esperanza de poder interpretar sus fardos oníricos y sus traumas infantiles y de convertirse de ese modo en una persona un poco más feliz de lo que era.

Yo nací en Santiago de Chile igual que pudiera haber nacido, no sé, en Yakarta o en Monrovia, porque mi padre parecía el gijonés errante.

Ni que decir tiene que mi padre tuvo que aficionarse a la bebida para que el alma no se le empozoñase de nostalgias naturales, aunque no se librara de esas nostalgias artificiales y etílicas a las que los holandeses denominan —ellos sabrán por qué— «el mal del marinero solitario». Pero o mi padre se dedicaba a la cata de licores o se dedicaba, qué sé yo, a cantar boleros a la caída de la tarde, que es lo que suele hacer la gente atribulada por un destino equivocado, si me permiten la redundancia. Como mi padre no tenía una garganta fina para los cantares, se dedicó a afinársela con el ron de caña y con otros bebedizos no menos bravíos, con lo cual no resultaba raro verle dar trompicones con hechuras de naufrago, bulto bamboleante y bucanero, por los pasillos de las embajadas españolas, en calidad de subalterno, con el corazón hecho papilla y con la cabeza hecha puré, pensando en Gijón con el ahínco bíblico de quienes pensaban en la Tierra Prometida y amasando nostalgias en su conciencia lastimada de expulsado del Paraíso Terrenal, con sede asimismo en Gijón.

Mi padre había hecho la carrera diplomática por culpa de mi abuelo, que tenía una sastrería y que llevaba en el cuerpo el veneno mítico de los indios. Siguiendo una discutible tradición familiar, pensaba mi abuelo que lo mejor que le puede ocurrir a una persona es viajar sin tregua por el mundo, a la manera de un marcopolo fascinado por las ciudades coronadas por minaretes, por las selvas cuajadas de bestias sanguinarias y por los desiertos infinitos. Y luego poder contarlo en las tertulias del café Dindurra, cargando un poco la mano en el margen de veracidad de las anécdotas para de ese modo añadir exotismo a la crónica, pues era mi abuelo de la opinión de que lo que no puede contarse no existe, según sus peculiares logomaquias.

Mi padre era una especie de oveja negra de los Arias porque no le gustaba viajar. Y es que, desde que el mundo es mundo, los Arias de Gijón se han caracterizado por sus impulsos nómadas, aunque la verdad es que casi ningún Arias salió en toda su vida de Gijón hasta muy entrado el siglo xx: una pequeña inadecuación entre la teoría y la práctica que, por lo que sé, jamás impidió a ningún genuino Arias el darse los aires cosmopolitas de los

trotamundos ni el hablar de las tierras de América o de Oceanía con la misma desenvoltura y propiedad que quien describe el pasillo de su casa.

De mi bisabuelo Sabino, un alegre oficial de notaría, se cuenta que se pasó la vida hablando a voz en grito de entelequias tales como los crepúsculos somalíes o la gastronomía siberiana, y todo ello sin haber puesto los pies fuera de Gijón más que una vez en su vida: cuando fue de viaje de novios a Santander.

Que se sepa al menos, el único Arias —aparte de mi abuelo, mi padre y yo — que había estado en un lugar exótico del cosmos era mi tío Bobby, el hermano mayor de mi padre, que, ya de lila marchitada —según se sabrá luego—, se fue a trabajar como encargado en un casino de Biarritz. Pero fue a mi padre, el menos indicado, ya digo, a quien le tocó la china de romper la tradición familiar: en vez de hablar desde Gijón de los mundos lejanos, le cayó en suerte, por una especie de culminación generacional de tantos viajeros apócrifos, el tener que hablar con nostalgia de Gijón desde lugares remotos del mundo.

Su primer destino lo tuvo mi padre en Camerún, que es un sitio que suena a tamtan y a runrún, a runrún de bestias ululantes y a tamtan de merienda caníbal: Camerún... Según tengo entendido, mi madre estuvo a punto de desequilibrarse psicológicamente para siempre cuando se enteró de aquello, porque ella pensaba en algún destino como Viena o París: un sitio en el que siempre habría que estar sacando entradas para la ópera, asistiendo a cócteles o charlando como una cotorra ruskiniana en las exposiciones de lienzos de tema floral o de elegantes acuarelas centradas temáticamente en el mundo de la cacería.

Por no sé qué tipo de trauma infantil (porque la infancia, como sabemos por el psicoanálisis, es la olla en que hierve el guiso espeso de las manías adultas), a mi madre le daban pánico las lagartijas, las simples lagartijas, de modo que resulta fácil imaginar lo que le sugería la palabra «Camerún»: algo así como la tierra paleolítica de las lagartijas gigantes. Y es que mi madre, ya digo, veía una lagartija por la mañana y, por la noche, gracias al microscopio pavoroso de las pesadillas, aquella lagartija tomaba en su mente las dimensiones de un tiranosaurio.

El Camerún, en fin. Se dice pronto.

Mi abuelo, el viajero vocacional, animaba a mi padre ante el reto de su primera peregrinación diplomática: «Por algún sitio hay que comenzar a recorrer mundo. Camerún es un sitio tan bueno como cualquier otro.

Camerún... Suena a tierra mitológica: Camerún». Pero a mi padre Camerún le sonaba a tambor ritual. Y a mi madre Camerún le sonaba a antropofagia.

Mi abuelo, que había enviudado muy joven, tenía el ánimo precipitado de los aventureros y de los Arias y era muy dado a los arranques inauditos. De modo que traspasó la sastrería a precio de ganga y le preguntó a mi padre: «¿Cuándo nos vamos al Camerún?».

Mi abuelo, en fin, se compró unas botas de montañismo y una escopeta con adornos de plata y se pasó una semana entera diciendo a las amistades que se iba al Camerún: «Tierra de elefantes y todo eso», pronosticaba él, dándose los aires de un norteamericano millonario.

En el Camerún, mi padre tenía que realizar una gestión relacionada con una operación estatal de venta de semillas, como integrante del equipo (peritos agrícolas, hipnotizadores diplomáticos y todo eso) que tenía que convencer al Gran Jefe del Camerún, fuese quien fuese aquella parda majestad, para que potenciara los cultivos de avena en sus dominios, ya que unos parientes del ministro de Asuntos Exteriores tenían varios silos llenos de excedente de grano y querían darle salida de cualquier forma y al mejor precio posible.

Aquella primera misión de mi padre hay que reconocer que fue un éxito, ya que el Gran Jefe del Camerún compró cuanta avena quisieron venderle, circunstancia que constituyó una interminable fiesta para todas las ratas y ratones del país —y los contadores de cuentos cameruneses, los allí llamados ukobiobas o algo por el estilo, refieren aún que hasta de los países limítrofes llegaron ratones y ratas, en grandes migraciones, a la búsqueda de aquel maná vertido en el Camerún por el ministro español de Asuntos Exteriores.

El Gran Jefe del Camerún y dicho ministro (que había ideado el Plan de Ayuda a la Expansión Agrícola del Camerún durante un repentino ataque de misticismo financiero) llevaron comisión en el negocio y, años después, mi madre aún se quejaba de que mi padre hubiera hecho el papel de pasmarote en aquella triquiñuela agropecuaria, sin sacar de ella una peseta. Pero, ante aquellos reproches, mi padre se encogía de hombros, como un virtuoso de la fatalidad.

Siendo yo niño, recuerdo a mi madre hablar del Camerún como si hablara del Purgatorio, un purgatorio diplomático que, entre cosa y cosa, duró dos años interminables, con sus más de setecientos días abrasadores o lluviosos, con sus más de setecientos atardeceres de tarjeta postal, con sus más de setecientas noches desgarradas por los gritos, silbos, trinos, cantos y aullidos de la fauna, que formaba una orquesta barroca y demente.

Según me contaba mi abuelo, mi madre, en el periodo camerunés, dormía abrazada a una muñeca, porque ella coleccionaba muñecas —dos malas señales, dos indicios de derrumbe en el ático lóbrego de *herr* Freud, decorado con relojes derretidos... Y es que a ella le aterrorizaba el Camerún, y el terror siempre rompe por alguna parte. Para mi padre, en cambio, el Camerún fue una especie de burdel exótico, mientras que para mi abuelo Nicolás el Camerún fue el Paraíso con mayúscula, y ni siquiera se acordaba de Gijón, ese lugar remoto situado al norte de la península ibérica en que él quemó las naves de su juventud con la alegría municipal y atolondrada de un donjuán de modistillas. Para mí, finalmente, que jamás he pisado aquellas tierras, la palabra Camerún sigue siendo una especie de muletilla familiar para designar cualquier lugar remoto del planeta: «Ese barrio está más lejos que el Camerún», digo aún a veces, acentuando el eco de trombón en un túnel de la sílaba final.

Para cada uno de nosotros, en fin, representó una cosa distinta el Camerún, ya que resulta incompatible con la condición humana el hecho de poner a tres o cuatro personas de acuerdo sobre una cuestión, aunque esa cuestión no sea más cuestión que la cuestión Camerún.

Y pasemos a otra cosa.

3 *Una retrospectiva africana. Infancia en Bogotá. El calzado y las apariencias. El místico Fredo*

Después de la experiencia africana, inmoral en todos sus aspectos, vino la travesía americana, ya que a mi padre, nómada a su pesar, lo enviaron sucesivamente a Honduras, a Chile —donde nació yo—, a Puerto Rico y a Colombia. Una gira, en fin, por esas tierras fértiles y con un sentido desquiciado de la exuberancia: allí, alguien planta césped en su jardín por la tarde y, a la mañana siguiente, comprueba que el césped ha echado un tronco retorcido y rococó y que en sus vigorosas ramas crecen grandes plumeros de césped que lucen la explosiva flor del césped, de la que a su vez saldrá la gran sandía del césped, muy apreciada en la repostería indígena.

Allí las pulgas son caimanes.

Mi madre se había negado a quedarse embarazada en tierras de África por una especie de temor supersticioso que se le metió en el pensamiento con la categoría de un dogma: ni todos los tratados antropológicos escritos por profesores de universidades norteamericanas, ni todas las guías turísticas más fiables, ni toda la colección de *National Geographic*, ni todo eso junto, en fin, le hubiera quitado de la cabeza la idea de que los africanos se transformaban de vez en cuando, por influjo de la luna o de lo que fuese, en algo así como ¿antropófagos compulsivos? (¿Durante sus rituales nocturnos de cuchillos ensangrentados y de máscaras de absoluto paroxismo?). Bueno, por una cosa o por otra, a mi madre no le gustaba nada aquella situación, y lo primero que hizo fue decapitar a ese dios Eros de escayola que presidía su corazón polar, como consecuencia de lo cual mi padre tuvo que ascender al firmamento de las estrellas fugitivas (por no decir otra cosa) con la colaboración de más de una aborígen, como consecuencia posible de lo cual tuvo unas fiebres que a punto estuvieron de devolverlo a Gijón dentro de un ataúd adornado con motivos étnicos, como consecuencia de todo lo cual, en definitiva, yo —¿?— no nació antes.

Por lo que intuyo, el único que entendió bien lo del Camerún fue mi abuelo, que, con sus botas de montañismo y su escopeta, mataba el tiempo a perdigonadas, disparando contra todo lo que se movía, que allí era casi todo, y apuntándose a cuantos safaris se organizaran en un radio de seis o siete mil kilómetros a la redonda. A él, que presumía de recordar los nombres de sus diecisiete novias formales y de su centenar largo de apaños venusinos (entre mujeres románticas, ligeras de cascos y de pago), le cogió ya lo del Camerún con las ansias de amores hechas cisco y supongo que se limitaría a que alguna nativa le diese fricciones de linimento y a darle él alguna palmada de picardía senil a la nativa, de modo que por ese lado bien.

«¿Cómo estoy?», solía preguntarme mi abuelo cuando se vestía de cazador en Bogotá, con aquel traje que él mismo se había cortado según el patrón de su fantasía tras consultar algunas revistas de caza y pesca. «Impresionante, abuelo», le decía yo, y entonces mi abuelo hacía como si disparara una escopeta invisible, ensayando onomatopeyas de detonaciones que le inflaban las mejillas, y me invitaba a disparar también, y me acariciaba luego el pelo, dándome a entender que pertenecíamos a la misma tribu: la chiflada tribu de los cazadores de elefantes imaginarios. «Si los moros invaden de nuevo España cuando yo no esté en este mundo, ya sabes: coge mi escopeta y pum pum, como si fueran conejos», me decía a menudo, porque mi abuelo vivía bajo la amenaza del ansia imperialista del Magreb.

Tras recorrer media América como agregado, mi padre, en fin, llegó a Colombia ascendido a embajador, sin duda porque su predecesor en el cargo había tenido que salir del país como quien huye de un tigre a causa de varias amenazas de muerte y de un intento de secuestro, motivos de sobra para que no se encontrara a nadie con demasiadas ganas de sustituirlo en el cargo, pero sin duda también —no voy a quitar méritos a mi propio padre— como desagravio por los años padecidos en África con los trajines derivados del Plan de Ayuda a la Expansión Agrícola del Camerún (PAEAC) y como premio, asimismo, por su colaboración en la bonanza del proyecto. Años aquellos, los africanos, en que mi padre, aquel hombre melancólico y consecuentemente lujurioso, seguro que mezclaría su vieja chirlesangre norteña con la sangre primitiva y vigorosa de las mujeres del lugar, dando vida a mulatos —mis hermanastros de allí— que entonarían sus cantos rituales con un dejo dulzón de habaneras; años en los que mi madre se privó del único placer no metafísico que brinda el matrimonio, por culpa de su temor a que los indígenas se zamparan al niño que pude haber sido yo y por el temor inconfesado a que mi padre le pegara una venérea bantú; años en los que mi

abuelo, con la mente blanda por la mucha edad, por el sol y por su tardía vocación de aventurero matachín y temerario, gastó más pólvora que todos los ejércitos que habían pasado por África en lo que iba de siglo.

Al poco de llegar a América, mi padre se compró la *Enciclopedia de las tribus de África*, que estaba llena de fotografías de indígenas desnudas, con los pechos caídos y con argollas en la nariz, y hasta muchos años después no estuve en condiciones de comprender que mi padre no se pasaba las horas hojeando aquella enciclopedia por curiosidad antropológica ni cultural, sino con el ánimo pecaminoso de quien mira un álbum de pornografía, pues aquellas imágenes le evocaban sus lances amorios en el Camerún.

Mi padre tenía aquella enciclopedia al lado de las *Obras escogidas* de Sigmund Freud: los dos pilares de su colección de porno duro.

De Chile apenas guardo memoria y de Puerto Rico mi único recuerdo estático —porque la infancia es un caleidoscopio— es el de un día en que el cielo amaneció amarillo como el azufre y mi madre se puso a rezar en un corro ritual con todas las mujeres del servicio, sin duda temiendo que se tratara del Día del Juicio Final —y yo, en cuanto me percaté de aquella catástrofe inminente, me sorprendí a mí mismo pidiéndole a Dios que se cargara a mis padres y que me salvara a mí: más basura para Sigmund.

A Colombia llegué con siete años recién cumplidos y allí estuve hasta recién cumplidos los doce.

Mi infancia colombiana fue todo lo feliz que puede ser una infancia; es decir, poco. ¿Por qué? Por muchísimas razones, de las cuales solo enumeraré cuatro de carácter general y una de carácter walterista, ya que tampoco quisiera parecer ahora un pediatra metido a filósofo: 1.^ª) la infancia es una época bochornosa de tu vida en la que te duermen con cuentos que no tienen ningún valor estilístico y en la que te pasas el tiempo creyéndote un superhéroe de tebeo, un pirata de Jamaica o un romano de Roma, deformándote de ese modo a efectos ontológicos y dejándote en condiciones óptimas para padecer luego algún complicado trastorno de personalidad, 2.^ª) la infancia es un timo literario practicado por escritores que han fracasado en su vida adulta y que cifran el paraíso en cualquier pasado calamitoso, 3.^ª) la infancia es una pérdida de tiempo y una época humillante de tu existencia en la que se te caen los dientes y en la que piensas que las mujeres tienen agujeros en sitios impensables, 4.^ª) la infancia es una piel llena de ronchas y arañazos, un bote de jarabe medicinal —con su cucharilla siempre pringosa— y una larga noche de indecisión freudiana, mientras tú sueñas con el Vampiro o con el Hombre Lobo, según vayan modelándose tus inclinaciones estéticas.

Además, y 5.^a razón) un niño que tiene que ir de país en país y de casa en casa, a cuestras con su colección de tebeos, de juguetes y de cromos, es raro que no acabe convirtiéndose en un psicópata. —Yo me libré de milagro.

Mi padre, sin ir más lejos, de tanto hacer el fugitivo por el mundo, daba a veces muestra de tener el cerebro un poco en guerra con el raciocinio, como ocurría cuando se compraba zapatos nuevos, según paso a explicar.

Había en nuestra residencia un criado taciturno y renegrido, hombre para todo, que se llamaba Eloy y al que adjudiqué una condición de bebedor y amargado porque de vez en cuando lo veía agarrado a las paredes, con gestos de dolor, maldiciendo por lo bajo y andando a medias como quien pisa huevos y a medias como un mimo un poco vanguardista —con el agravante de que si era de noche, proyectaba en las paredes su silueta de árbol-embujado-y-sarmentoso-que-avanza-por-un-bosque-de-desdicha-gótica, y no sé si me explico.

Si mi padre y Eloy se cruzaban por los pasillos, cualquiera que los viese podía pensar que estaba produciéndose un terremoto de ocho o nueve mil grados en la escala de Richter.

Bien, cuando la gente dice que las apariencias engañan, no está hablando por hablar. Por eso yo intento desconfiar de las apariencias, aunque no puedo decir que siempre lo consiga, porque resulta difícil renunciar a sacar cómodas conclusiones filosóficas a partir de una apariencia, por dudosa que sea la apariencia. —A fin de cuentas, ese fue el gran negocio de Platón, según tengo entendido.

El caso es que yo miraba a Eloy andar por los pasillos como si aquel hombre llevara cadenas de reo en los pies y un barril de ron en la sangre, y pensaba: «Ahí va Eloy con su bolillón». Y esa era mi conclusión filosófica de Platón infantil: «Ahí va Eloy con su bolillón» —porque yo era aún demasiado pequeño para poder formular siquiera un platonismo de los fáciles: «De cuanto hay de valioso para las almas no queda resplandor alguno en las imitaciones de aquí abajo», por ejemplo.

Un día estaba yo en el despacho casero de mi padre, él leyendo a Sigmund Freud bajo la nube del ron y yo jugando con mi Fort Apache bajo las brumas de la fantasía, cuando entró Eloy con ese aire suyo de etilismo y reverencia. Mi padre le entregó un par de zapatos recién sacados de la caja: «Desbrávalos antes del viernes. Y no te metas por el barro».

A mi padre era inútil preguntarle nada, porque él siempre tenía la cabeza perdida por los laberintos de la nostalgia, de los destilados alcohólicos y de lo que los antiguos latinos y los modernos pedantes llaman *taedium vitae*, pero

dejé a mis confederados en su Fort Apache con las escopetas apuntadas hacia el tropel emplumado de los indios y me fui a buscar a mi madre, que siempre quiso ser maestra y que estaba deseando que yo le hiciera preguntas pedagógicas.

«¿Por qué le da papá sus zapatos nuevos a Eloy?», pues a mí me parecía un despilfarro regalar zapatos nuevos al tío más borracho de todo Bogotá, aunque mi padre estaba a punto de arrebatarse ese título por KO técnico. «¿Por qué le regala los zapatos nuevos?», insistí, y mi madre me aclaró ordenadamente el enigma: *a)* mi padre = pies muy delicados, *b)* pies delicados de mi padre = mártires con zapatos nuevos, *c)* Eloy = gran pie precolombino y *d)* lo que ya se imaginan. «Y es que los zapatos, hijo, son como los caballos. Y Eloy es el domador de los zapatos de papá». Así, con una rotunda pedagogía metafórica, me aclaró mi madre el misterio del pesar andariego de Eloy, al que en mi imaginación yo había asignado el rol de indígena sumido en la bebida por su rencor hacia los biznietos de aquellos conquistadores que hicieron cálices y coronas de católica majestad con el oro de sus ídolos sagrados —esos dioses con careto de extraterrestres que tanto se dan en aquellas tierras—. Por eso estoy en condiciones de afirmar con base empírica que las apariencias engañan. Mi desconfianza hacia las apariencias no la remediaría ni el ya referido Sigmund Freud, aquel loquero de Viena que sacó la teoría de que la gente se vuelve especialmente complicada por el hecho de no poder meterles mano a sus padres y de que los sueños —esas noveluchas— pueden hacerse cargo vitaliciamente de nuestros traumas infantiles: el día en que nos tragamos un diente (de ahí nuestra repugnancia adulta al beso), el instante concreto en que un niño mayor pisoteó nuestro castillo de arena (de ahí nuestra adulta aversión a... ¿los ascensores?, ¿a los... flanes? Bueno, un lío).

Si Sigmund Freud hubiese sido algo más que el fantasioso Julio Verne de esa cueva del hampa moral que es el temible Subconsciente, mi juicio equivocado de Eloy me hubiera obligado a adoptar un reflejo condicionado en mi humilde subconsciente particular: desconfianza absoluta e instintiva hacia las apariencias. —Sin contemplaciones.

Pero, bueno, por lo que a mí respecta, Freud puede ir yéndose al mismísimo carajo.

Y es que, por mucho que las apariencias engañen, hay apariencias que no pueden ocultar lo que realmente aparentan ser, según paso a contar.

Uno de los hijos de Eloy se llamaba Fredo y era aficionado a los abracadabras litúrgicos de Roma y a los entresijos de la santería local, en

cuyas prácticas atroces no faltaban serpientes y gallinas que acababan como poco descabezadas. Fredo era tres o cuatro años mayor que yo y se pasaba el tiempo levantando altares por los jardines de nuestra residencia, rodeando de velas, de orquídeas y de plumas de pollo unas estampas de santos que vendían en las iglesias bogotanas los tullidos, tradicionales médiums de las divinidades católicas. Recuerdo que todos aquellos santos tenían la misma mirada que las artistas de cine: lánguida y sexuaaalll, con esa peculiar caída de párpados de la gente recién pasada —como suele decirse— por la piedra. Todos aquellos santos flotaban en una nube densa como el algodón. Todos aquellos santos parecían estar celebrando por todo lo alto, en suma, el Día Mundial del Orgullo Gay.

Fredo era una víctima canónica de la mística, pues hasta le salían por todo el cuerpo llagas y urticarias en forma de crucificado, de llama pascual o de rostro de Santo Niño.

Fredo había nacido en una aldea bañada por el mar que llaman Caribe, pero no le salía del espíritu esa alegría que a los nativos de esa zona del mundo atribuyen los *tour* operadores, porque a él le corroía por dentro el espectro en pena de la muchacha que deseaba ser.

Por aquel entonces, Fredo no se travestía salvo en la clandestinidad de su cuarto, cuyo ojo de la cerradura conocía mi ojo derecho a la perfección, pero siempre llevaba algún detalle delator e inequívoco: algún blusón ancho y floral que parecía una bata de mucama, un ligero toque de rímel en las pestañas o un velo casi gaseoso de colorete en sus mejillas de canela.

A través del ojo de la cerradura, veía yo a Fredo transformarse en niña con el mismo asombro que quien ve a un ilusionista convertir un pañuelo en paloma. Cuando se ponía su peluca, elaborada pacientemente por él mismo con hebras de lana amarilla, Fredo se contoneaba delante del espejo, quebrando mucho la cintura y sonriendo como un conejo con sus dientes blancos y grandes de Marilyn indígena.

No sé si Freud hubiese descubierto en mi inmaduro subconsciente algún tipo de excitación sexual ante aquel espectáculo de transformismo. Seguro que sí. —A fin de cuentas, el Subconsciente freudiano es una cosa que, al parecer, se quiere chingar a todo bicho viviente, e incluso a cadáveres.

Creo que no me equivoco si digo que Fredo fue la primera persona a la que le hice la vida imposible. Lo espiaba con la tenacidad de un detective de los caros. Lo seguía por la casa como una sombra hostil. Lo veía montar sus altares a los santos panolis con su meticulosidad devota y capillera, minucioso y delicado, como si estuviese manufacturando esencias volátiles, y, nada más

santiguarse y darse él la vuelta, iba yo y le pegaba una patada al altar. Me inquietaban, no sé, los santos de Fredo. Me metían en vena un sentimiento de repugnancia y estupor. Los altares que montaba Fredo parecían sexos tropicales, sexos barrocos de flores carnívoras y de plumas ensangrentadas. Y digo yo que por eso les daba una patada en cuanto los veía —a no ser, desde luego, que la santería psicoanalítica esté en condiciones de poder ofrecerme una explicación más convincente.

Con aquella afición suya por los santos, por las ornamentaciones florales y por las pelucas de artista, Fredo acabó de lo que era de esperar: de travesti. Pero de eso hablaré más adelante.

4 De Guillermo a Waltery breve teoría de las tarjetas de visita

Dije antes que mi nombre es Walter Arias. Bueno, sí y no. Me explico.

Cuando Fredo, como era previsible, se marchó un día a recorrer mundo con su maleta llena de apaños cosméticos, de chapuceras pelucas de ninfa y de ropa de suripanta potencial, yo me quedé sin mi compañero involuntario de juegos y entretenía el tiempo fofo de la niñez con la lectura de las hazañas ilustradas del detective Walter Peter, un sujeto que tenía una gabardina, un revólver ultrasónico, una novia medio intelectual y el don de la lógica —para Walter Peter, un misterio interplanetario no era más complejo que una fórmula matemática del tipo 2×2 , y con eso está dicho todo.

Walter Peter (que, por los azares de la ficción, lo mismo perseguía a unos mafiosos de Chicago que a unos fosforescentes alienígenas de Marte) era el ídolo sombrío, infalible y fatalista de casi todos los alumnos del Liceo Francés de Bogotá, en el que por entonces se domesticaba a la criatura prefilosófica que llevábamos dentro los niños de cierta posición. Los tebeos de Walter Peter circulaban por debajo de los pupitres como una mercancía prestigiosa y clandestina: *Walter Peter contra el Tico Arácnido*, *Walter Peter contra el Imperio del Mal*, *Walter Peter contra la Sultana de las Galaxias* o *Walter Peter y la dama misteriosa de Bombay*.

Hasta donde pude, exigí que los demás niños me llamasen Walter en vez de Guillermo, que es un nombre que a mí nunca me ha gustado porque suena más a apellido que a nombre propio. Al principio me costó trabajo y burlas, pero acabé saliéndome con la mía, porque el éxito se basa más en el afán que en el azar, y ya es decir. Así que de ser Guillermo Arias pasé a ser Walter Arias: un nombre que fundía la ficción con la realidad, convirtiéndome de ese modo en un Walter imaginario que no por ello renunciaba a ser un Arias de los Arias de Gijón.

Desde entonces, nunca he dejado de ser Walter Arias, y ese es el nombre que aparece en mis tarjetas de visita: WALTER ARIAS. DOCTOR EN DERECHO.

Tampoco es cierto que esté yo en posesión de ese doctorado, a pesar de que me pasé tres años fingiendo que estudiaba el curioso laberinto de las leyes humanas para dar gusto a mi madre, que otorgaba la consideración de salvaje antropófago a todo aquel que no tenía un título universitario, incluido mi abuelo Nicolás. Pero una tarjeta de visita que no ponga algo debajo del nombre convierte a uno —creo yo— en sospechoso de algo, no se sabe de qué, pero en sospechoso indudable, pues la esencia de la sospecha es siempre inconcreta. Yo al menos no me fío de los tipos que te dan una tarjeta en la que solo está impreso un nombre: lo mismo puede tratarse de un duque franciscano que se hace pasar por electricista que de un electricista aficionado al sadomasoquismo que se hace pasar por geólogo, ya que el mundo es un carnaval de veras extrañísimo en el que todas las máscaras tienen un casi imperceptible rictus de dolor y de vergüenza.

Nadie es nada, eso está claro, pero todos necesitamos un disfraz convincente. Un disfraz que puedas ponerte por las mañanas. Un disfraz, no sé, de ingeniero (aunque lo que te guste de verdad sea montar maquetas de galeones barrocos, mordiéndote infantilmente el labio cada vez que vas a pegar una pieza diminuta), un disfraz de diputado (aunque lo que de verdad te vuelva loco es que te abrace un culturista cuando te vistes de Dama de las Camelias) o un disfraz de médico (aunque lo que de verdad te relaje y te *realice* sea electrocutar ratones y lagartijas en el sótano caligari de tu casa).

Según la ortodoxia walterista, un tipo que manda imprimir doscientas tarjetas de visita y que no tiene nada que poner debajo de su nombre no puede ser más que un fantasma especialmente indefinido y tembloroso, con su moral ontológica por los suelos. Por esa razón y no por otra suelo poner yo en las mías, en fin, lo de Doctor en Derecho, que es una cosa medianamente abstracta, con la dosis necesaria de vaguedad como para resultar creíble —a estas alturas de civilización, ¿quién no ha sido alguna vez un elocuente doctor en Derecho ante un espejo atónito? Además, si se diera el caso de verme obligado a poner en mis tarjetas de visita mi verdadera profesión, yo sería el primer sorprendido ante la índole de esa profesión. (Un divo cursi diría: «Mi profesión es vivir», y ese sería el titular de la entrevista en el cuento de hadas colectivo de una revista de corazones protopopulares, con su habitual galería de prodigios: el cantante melódico convertido en una máscara veneciana gracias al colágeno, la actriz que cada semana se ve obligada a desmentir el rumor de su nuevo romance con algún futbolista aproximadamente esloveno, las golfitas de alto *standing* que consiguen conciliar el sueño en cualquier cama y que siempre son nietas de dictadores, distinguidas damas filipinas

expertas en beso negro o medio princesas medio austrohúngaras con pelucas de platino eléctrico de *Lady Rodeo* 1954, etcétera).

Mi madre se negó siempre a llamarme Walter y esa caprichosa negativa, por raro que parezca, fue lo que le costó la vida.

Pero sigamos adelante. Rápido...

5 *El paraíso perdido y su música*

En Bogotá, notaba yo que mi abuelo andaba cabizbajo y meditabundo, sin duda porque echaba de menos sus días de libertad africana para pegar tiros a las fieras o a los pájaros, sin hacer distinciones: le bastaba ver un animal vivo para que le entraran ansias repentinas de verlo muerto. En África, el exsastre gijonés se había convertido en una especie de verdugo de la Naturaleza, poseído por un enfermizo afán de sangre y pólvora, y ya no podía ver el mundo como no fuese a través del punto de mira de su escopeta, aquella escopeta con adornos de plata labrada que se había comprado en una armería gijonesa antes de partir para el Camerún.

Del Camerún, por cierto, se llevó mi abuelo a América una colección de lanzas, máscaras y escudos, aparte de un surtido de animales disecados de los muchos que se cargó en sus cacerías, de modo que mi familia estuvo condenada a que las mudanzas tuviesen un ligero tinte de safari: cabezas de leones y de antílopes, los colmillos de un elefante y pangolines enteros llegaban por valija diplomática con su extravagancia de zoológico artificial, como de barraca de feria, que hasta parecía que quien se mudaba era un feriante gitano de Hungría en vez de un diplomático español de Gijón.

Por si fuese poco, a la colección de mi abuelo se añadía la colección de muñecas de mi madre, aquellas muñecas de ojos diabólicos y de encajes macabros que parecían cadáveres de liliputienses, sonrientes y cloróticas.

En casa —bueno, en esas casas sucesivas que tienen los nómadas diplomáticos— se hablaba mucho de las cosas de España, cuyo solo nombre cifraba para mí el paraíso perdido de mi familia, porque mis padres hablaban de ella con desgarró nostálgico, y yo llegaba a pensar, en mis delirios infantiles, que aquel país estaba 1) lleno de castillos habitados por fantasmas medievales y por toreros de leyenda, 2) cuajado de fuertes como Fort Apache para defenderse del asedio continuo de la amenaza islámica —que era la amenaza favorita de mi abuelo— y 3) repleto de conventos por cuyas tapias trepaban los jazmines y los tenorios, componiendo nocturnos de lujuria claustral.

Algunas veces, después de la cena, nos sentábamos ritualmente mis padres, mi abuelo y yo a oír música étnica española —coplas, zarzuelas y todo eso—, de modo que mi idea del paraíso familiar iba configurándose con muy poco rigor antropológico: un sitio en que la gente se comunicaba entre sí a golpes de romanzas, un sitio lleno de chulos que requebraban a las chulas y un sitio en que todo el mundo padecía unos amores tormentosos y sanguinarios bajo los jazmines tóxicos de un patio de Triana, capital de Andalucía, región arabigoflamenca de África. —Allá, cruzando el mar.

Aquellos discos pertenecían a mi abuelo, que los arrastraba consigo por el mundo, y a mis padres, al principio, les horrorizaban las melodías que brotaban de sus surcos con brío de charanga de zambra y *cabaret*, pero la nostalgia les tendió una de sus célebres trampas y acabaron observando el girar de aquellos discos con el mismo encantamiento con que las luciérnagas observan las luces giratorias.

Mi padre oía música racial española cuando estaba en familia pero, cuando se quedaba solo, oía sin parar un disco de Erik Satie, un único disco de Satie que, de tanto ponerlo, tenía ya de fondo un criscrás de hojas secas y un rumor de carcoma. Lo que yo creo, o sea, es que mi padre, que siempre fue un hombre burlado por los caprichos del destino, fingía que le gustaban las músicas de España para acompañar a mi madre en su amargura, pero que lo que de verdad le iba (y es solo una hipótesis, porque mi padre siempre tuvo una mente muy parecida a una bola de alquitrán) era la música de Satie: esa sucesión de pajarillos fúnebres y cubistas con plumas de charol.

Mi madre, en fin, por si a alguien le interesa, siempre dejaba correr alguna lágrima de origen menos sentimental que psicótico cuando oía aquellos cantares de manolas con faca y de jinetes seminales y velludos que galopaban en la madrugada hacia la reja de la maja. (Y el marinero del errante pene de oro, y el barbarroja tatuado y extranjero, y la lúbrica Lirio, lilial y alcohólica, y todo el repertorio de monstruos de la cultura española en general).

Mi idea del perdido paraíso español era una especie de galimatías folklórico. «¿Y papá por qué no es torero? ¿Porque le da miedo?». Y mi madre, pedagógicamente, me aclaraba que a torero solo se metían los muertos de hambre, de lo cual sacaba yo la conclusión de que todos los españoles eran unos toreros esqueléticos y desnutridos que cantaban coplas de navaja y catre a unas manolas medio tuberculosas que tenían lunares pintados en la cara, anémicas y feroces como gatas montesas corroídas por los celos y la hambruna.

Un lío.

«Algún día volveremos para siempre a España», decía mi padre cuando a mi madre se le saltaba una lágrima —solo una— por culpa de la emoción vergonzante que le producían las zarzuelas y las coplas a flamencadas.

«Y al Camerún», apostillaba mi abuelo.

6 El elefante mítico

El Destino, ¿verdad?, es una cosa muy rara.

No sé, imaginen esta escena arquetípicamente walterista: por una calle, de noche (farolas de luz mortecina y algodonosa, un poco de niebla en forma de espectro deshilachado), va andando un hombre rubio. A cien metros de ese hombre, detrás de él, hay un gato. A cien metros de ese gato hay un perro. A cien metros del perro camina otro hombre, un hombre pelirrojo. El hombre rubio padece una enfermedad mental intratable para la ciencia. El gato está olisqueando una bolsa de basura. El perro corre hacia el gato. El pelirrojo corre detrás del perro, gritando: «¡Loco, ven aquí!», y repite esa frase seis o siete veces: seis o siete espinas con veneno ultrafreudiano que se clavan en el cerebro anómalo del majara rubio, que se vuelve, rabioso, hacia el pelirrojo, sacándose una pistola del bolsillo interior de su cazadora de cuero negro marroquí. Entre el rubio y el pelirrojo solo median ya cincuenta metros. El gato salta una valla. El perro sigue ladrándole al gato ya *in absentia* (vulgo *esfumado*), él sabrá por qué —por orgullo, sin duda. El pelirrojo vuelve a gritar, esta vez con tono afectuoso: «Loco, ven aquí», y el perturbado rubio piensa: «¿Sí? ¿Loco yo? Ya verás...», y le mete una bala en el pecho al pelirrojo. El perro deja de ladrar, aturdido: no sabe si saltar la valla y proseguir la persecución del gato, si socorrer a su amo o si atacar al agresor. Mientras el perro nada en el mismo fango filosófico en que nadó Descartes, el psicópata rubio le grita al malherido pelirrojo: «¡No soporto que nadie me llame loco!». Pasan tres segundos eternos, elásticos, y el psicópata gimotea: «Tengo la chola mala. Tengo monstruos aquí dentro», y se golpea la sien izquierda. El pelirrojo oye la estremecedora ponencia científica del psicópata rubio mientras va cayendo al suelo. Antes de pegar con la frente en la acera, le da tiempo a decir: «Es el nombre del perro. El perro se llama Loco». Y Loco lame la cara de su dueño, que se adentra en el túnel de la muerte, por así decirlo.

El psicópata rubio, en fin, es detenido por unos policías que pasan por allí de la mano de la casualidad y el gato —que en principio parecía ser la víctima

segura— regresa al escenario del crimen y aprovecha toda esa confusión para cazar a un ratón enfermo de sonambulismo.

... Pero la cosa no acaba ahí: en una ventana del edificio de enfrente hay un ciego que está jugando con una escopeta, rememorando sus hazañas en alguna guerra civil rica en muertes y en bibliografía; la escopeta se le dispara de forma accidental y mata al perro. FIN.

¿Fin? No, de ninguna de las maneras. A causa de la onda expansiva de la detonación, se desprende un ladrillo de la cornisa del edificio y le cae en la cabeza al psicópata rubio justo cuando es empujado por la policía al interior del furgón —y el cráneo crac.

Y ahora filosofemos un poco, que es lo importante... Bueno, si el albañil que colocó ese ladrillo a las 15,23 horas del 7 de julio de 1957 se hubiese entretenido durante apenas diez segundos en observar el vuelo acrobático de una golondrina o en secarse el sudor de la frente, ¿el ladrillo hubiese caído diez segundos después, salvándole de ese modo la vida al psicópata rubio? (Porque lo del pelirrojo, lo del perro y lo del ratón sonámbulo ya no tenía remedio). Sería hermoso pensar algo así, ¿verdad? Pero no, el ladrillo cayó en ese justo momento porque desde las 15,23 horas del 7 de julio de 1957 estaba previsto que cayera en ese justo momento, así hubiese sido colocado a las 15,24 horas, y la onda expansiva del escopetazo solo adelantó en dos micras de segundo el instante de su derrumbe por esas causas naturales que estudió con cierto éxito *sir* Isaac Newton. (Total, un lío).

Si el difunto Loco se hubiese llamado Capitán, o Ramsés, o Toby, o cualquier otro de esos nombres de pila que tienen los perros, hoy no estaríamos apesadumbrados por este triste episodio de malaventuras. Pero el perro se llamaba Loco, y a los locos no les gusta esa palabra, y los locos peligrosos suelen llevar armas de fuego en los bolsillos de sus estrechas cazadoras de cuero negro marroquí... O sea.

Y es que el Destino siempre está jugando a la ruleta, una ruleta que gira con la misma velocidad que un reactor de neutrones. (De modo que hagan sus apuestas). El Destino, el Azar, la Casualidad, la Coincidencia... Qué inquietante pandilla de demonios siameses...

Bueno, en todas las películas hay un malvado y en todos los casinos hay un tahúr. Y yo al tahúr de mi pequeño casino tenebroso le puse el nombre de Dmitri Grappelli: un nombre como cualquier otro —Destino, Azar, etcétera.

Pero ¿quién es exactamente Dmitri Grappelli? Bien, Dmitri Grappelli es el vertiginoso belcebú que te jode la vida en cuestión de segundos. El que hace que cojas por esa calle en que un atracador te espera y te amenaza con un

punzón —y te lo acaba clavando, no te creas—. El que hace que escribas esa carta comprometedor que va a convertirse en la prueba contundente que te hará perder un juicio plenario. El que hace que conozcas a esa sirena freudopsicótica que va a obligarte a tirar por la ventana el verdadero amor de tu vida a cambio de media docena de felaciones muy bien hechas. El que hace que te distraigas durante cinco segundos en un escaparate para mirar unos zapatos que no te vas a comprar: esos cinco segundos necesarios para que, unos minutos más tarde, tu viejo coche utilitario (con eternos problemas de carburación) pueda estrellarse contra el coche blindado de un cateto que se entretuvo durante nueve segundos en una cafetería mirándole las piernas a una muchacha —sin sospechar siquiera que se trataba de un transexual sin operar, y de tarifa media.

Dmitri Grappelli lleva todo muy sincronizado. Porque su negocio consiste en eso: en sincronizar.

Pero para hablar de Dmitri Grappelli me parece que tengo antes que hablar de muchas otras cosas...

Mientras mi padre, en fin, andaba por América de destino en destino, gijonés errante y alcoholizado, en casi todas partes se topó con la desdicha: en Tegucigalpa, mi madre cogió una alergia a no se supo qué que la tenía todo el tiempo con los ojos hinchados y moqueando, lo que le daba un aspecto de extraterrestre desterrada, en tanto que mi abuelo, según supe más tarde, se enrolló con una señora mayor que él —y ya es decir—, viuda de una rara especie de general indígena, y la llevaba a casa, y se encerraba con ella en su dormitorio, y la casa se llenaba de risas, como si aquello fuese el geriátrico de una secta adoradora del marqués de Sade. Al parecer, aquella vieja estaba chiflada del todo, y la memoria la tenía perdida y, en consecuencia, el entendimiento, y mi madre achacaba la índole loca de aquel romance a una intolerable perversión sexual de mi abuelo (mi padre, en cambio, imagino que optaría por encogerse de hombros, pues más le valía no sacar el tema de las inclinaciones sexuales de la familia, por la leyenda negra —y nunca mejor dicho— que arrastraba desde sus orgías bantúes, pigmeas o watutsi —o de la índole que fuesen— en el Camerún); en Santiago de Chile, aparte de nacer yo, mi padre estuvo a punto de meterse en un buen lío una noche en que se sintió seguro de sí mismo y acabó incrustando el coche en el escaparate de un establecimiento de aparatos protésicos, rompiendo piernas de artificial, brazos de pega y goma, hombros postizos y pies de madera: un simulacro de masacre, a modo de advertencia divina; en San Juan, mi abuelo tuvo problemas graves de salud a causa de un amago de trombosis cerebral y

problemas no menos graves con el dueño de un circo de fieras norteamericano que andaba por allí de gira, ya que, en cuanto el cazador nostálgico que era mi abuelo vio aquella fauna africana y disecable, engrasó su escopeta y se empeñó en que le vendiesen al menos el león, formando con su actitud un buen escándalo que disfrutó de los honores de tener un eco de cinco o seis líneas en la prensa local.

Por si fuera poco, a los dos años de nuestra llegada a Bogotá, a mi abuelo le entró una parálisis que lo dejó con los brazos en la postura de la mantis, como si quisiera atrapar algo que flotaba por el aire y que únicamente veía él con sus ojos negríssimos, que se le habían puesto saltones y aterrados, igual que quien contempla la imagen de la muerte o huele gas al entrar en su casa. La única palabra que se le entendía a mi abuelo tras quedarse parálítico era «elefante», y aun esas cuatro sílabas las pronunciaba con muchísima dificultad, como si tuviera la boca llena de cristales machacados.

Mi abuelo, ya digo, parecía mirar de forma eterna a la muerte. Y la muerte debía de tener para mi abuelo la silueta de un elefante herido y berreante, afantasmado y blanco, que corría hacia él con la furia rebelde de todo aquello que se niega a morir —y una bala taladrándole el cerebro. Mi abuelo, con sus ojos aterrados y saltones, parecía no ver otra cosa que ese elefante galopante y medio loco que sin duda se le había metido en el pensamiento con la violencia de una amenaza. (Cuando el elefante ficticio le pasaba por encima, a mi abuelo se le descolgaba la cabeza hacia atrás). Mi abuelo, paralizado y viendo sin cesar al elefante, parecía uno más de los animales disecados que se había traído de África, convertido él mismo en un cuerpo rígido, como pasado por la taxidermia, que solo movía los ojos para ver avanzar hacia él, como una mole fúnebre, al elefante herido, metáfora visionaria de aquel elefante que había matado en Kenya por el gusto de poder contarle y de comprobar su puntería de asturiano metido a aventurero.

A mi abuelo Nicolás, rey de los safaris en el exilio bogotano, mi padre lo escondía como un electrodoméstico averiado en una habitación al fondo de la casa, sin duda por considerar incompatible el ejercicio de la diplomacia con la exhibición de los parientes tullidos —o por cualquier otra razón que explicaría mejor que yo cualquier discípulo de tercera categoría del doctor Freud (1856-1939)—. En aquella habitación, mi madre le colgó su colección de bichos disecados y de cachivaches típicos —los escudos con forma de cara de monstruo cubista y todo lo demás—, ya que a ella le horrorizaba toda aquella industria que le hacía recordar su Gran Pesadilla Africana y de ese

modo se la quitaba de la vista, ya que mi abuelo tenía invadida toda la casa con sus tremendos bibelots.

Mi abuelo miraba a la muerte rodeado de quincalla del Camerún, y aquella escenografía le otorgaba la solemnidad de un hechicero envejecido y babeante, con esos ojos saltones que tienen los místicos y los peces.

Yo iba algunas veces a hacerle compañía, pero mi abuelo solo tenía ojos para su elefante mítico, porque se ve que se había dejado el alma en África.

Mi pobre abuelo Nicolás murió lejos de Gijón y del Camerún, sus paraísos terrenales, y fue enterrado en el Cementerio Central de Bogotá con su escopeta, aquella escopeta suya que siempre tuvo la nostalgia del África Misteriosa y que nunca sació su sed de muerte con los endebles pájaros que revoloteaban por las afueras de las ciudades americanas: pájaros que eran todo plumas y acababan desbaratados tras las perdigonadas, de modo que no servían para ser disecados, lo que vale tanto como decir que al criterio de mi abuelo no servían para gran cosa, pues él necesitaba dejar constancia de sus trofeos de caza para que sus hazañas no cayesen en el olvido familiar y pudieran recordarse de generación de Arias en generación de Arias con el prestigio de una epopeya.

Que te recuerden... Sí, se dice pronto.

Cuando mi abuelo murió, su colección de bichos disecados y de quincalla típica desapareció de la casa y nunca logré enterarme de adónde fue a parar. Le pregunté a mi madre por una máscara que me gustaba mucho porque, cuando me la ponía, asustaba a los gatos que se colaban en la casa, y aquello hacía que me sintiera inconcretamente importante. Pero, ante mi pregunta, mi madre se encogió de hombros sin ningún tipo de actitud pedagógica.

Yo echaba de menos a mi abuelo, y pensaba con el ceño fruncido en ese nuevo concepto filosófico que había hecho su aparición en mi vida: la muerte —esa ráfaga de inexistencia que entra en las casas para convertirlas durante unas horas en criptas titilantes: las velas, los susurros, y ese pobre ectoplasma que se agarra con desesperación a las lámparas y a las sillas, aterrado cosmonauta hacia el trasmundo de los ángeles que aletean por inercia en su eternidad de pájaros humanoides y que se cagan en la cabeza de Dios, esa estatua verdosa que se oxida en medio de la Plaza Infinita del Universo.

Yo no sabía nada de la muerte: ¿volvería cualquier noche mi abuelo vestido de cazador, arrastrando por el rabo el cadáver de un guepardo, y se sentaría a los pies de mi cama para hablarme de África y para prevenirme contra el islam? ¿Vagaría su espíritu por una jungla neblinosa, dejando a su

paso una estela fluorescente, acechando al elefante mítico de sus ensoñaciones?

En fin, por esas cosas que pasan y que hacen del mundo un lugar maravillosamente absurdo, mi abuelo murió en Bogotá perseguido por la imagen de un elefante.

Y aquí nos quedaremos por ahora.

7 La Rana Verde. Los Últimos Bucaneros. La muerte y la magia

Uno de los episodios más macabros de mi vida está relacionado con una rana, según me apresuro a relatarles. En Bogotá, me unía en cuanto me era posible a una pandilla de adolescentes que merodeaban por el barrio para hurgar en los bidones de basura y que decían formar el comando La Rana Verde, cuyos ideales políticos basaban en tres palabras: Tierra, Igualdad y Libertad. Tres palabras que ellos habían leído escritas en los muros con la pintura roja y clandestina de los revolucionarios verdaderos y que habían asumido como lema, aunque lo mismo podían haber elegido otras tres palabras como Béisbol, Maquinilla y Palangana, ya que en realidad las palabras tabúes que les guiaban eran Desesperación, Sexo y Miseria.

Tras comprar su afecto con galletas y bocadillos, me unía a aquellos muchachos por mera soledad y por simple ventolera romántica, esa ventolera que los Arias de Gijón llevamos en la sangre como un pintoresquismo genético y de la que mi abuelo, con sus afanes tardíos de cazador, llegó a ser su representante conspicuo. (El escudo de los Arias que le mandaron contra reembolso a mi abuelo desde la Sociedad Heráldica Madrileña consistía, por cierto, en una especie de perro lobo debajo de una media luna, pero yo creo que aquel escudo estaba equivocado: en el verdadero blasón de los Arias gijonenses tendría que aparecer —aparte quizá de un elefante— un tipo con maleta sobre campo de gules, como metáfora de nuestro congénito talante expedicionario, pues hasta mi padre, un hombre —como ya dije— sedentario por naturaleza, tuvo que asumir, él solo, todo el frustrado afán viajero acumulado por varias generaciones de Arias, convirtiéndose en un nómada mundial obligado a dar tumbos como una pieza de ajedrez de casilla en casilla, de embajada en embajada y de país lejano en país remoto).

Como iba diciendo, yo tenía por entonces once años y me había medio metido en el meollo de una revolución a causa de mi amistad con los miembros del comando La Rana Verde, compuesto por indígenas que a diario

planeaban sembrar el caos en la capital mediante chapuzas terroristas que eran arduamente debatidas en el plano teórico. Uno de ellos disponía de una vieja escopeta y los demás de unos machetes que exhibían con la arrogancia de unos militares bananeros.

No hace falta aclarar que yo tenía mis ideales políticos en un estado muy larvario y, como contrapeso, bastante acusado mi sentido infantil de la soledad, circunstancia que me llevaba a unirme, en cuanto burlaba la vigilancia materna, a aquellos revolucionarios de chichirimoche que procuraban hablar, fumar y maldecir según la norma canónica de los auténticos matones envilecidos por el hambre y por el desengaño de todo futuro, esa perpetua abstracción con aspecto de tómbola benéfica.

Pero a los once años nadie da por perdido el futuro, ya que, a fin de cuentas, la vida tiene dos grandes trechos: un trecho en que uno siente nostalgia del futuro y otro trecho en que uno siente nostalgia del pasado. Y yo recorría entonces el primer trecho, que es tan absurdo y engañoso como el segundo —pero que es al menos el primero.

Recuerdo que un día (la memoria: esa bolita de ruleta que se detiene en la casilla más imprevista: el 7, el 28...) uno de los muchachos de La Rana Verde se refirió a los Últimos Bucaneros, unos tipos que tenían cuartel en un islote del Caribe llamado Macavelera, próximo a la costa de Barranquilla, y que se dedicaban a vender productos norteamericanos de estraperlo (radios, aspiradoras, chocolatinas, revistas de tías desnudas o *whisky*, según estuviera el mercado) a los tripulantes de los barcos de Venezuela, Colombia y Panamá.

Los indígenas colombianos, tan aficionados a la transmisión oral de complicadas epopeyas, difundían la leyenda de los Últimos Bucaneros por los pueblos y ferias de ganado, y la leyenda se propagaba y, cuanto más se propagaba, más la hermoseaban con hipérboles.

Para los muchachos del comando La Rana Verde, los Últimos Bucaneros representaban un ideal de vida y una especie de meta profesional que no estaba reñida con sus ideales políticos de Tierra, Igualdad y Libertad, pues la piratería está por encima de toda ley y convicción humana: su territorio es legendario.

Yo, por supuesto, me sumé emocionalmente a la admiración por los Últimos Bucaneros y compartí el sueño colectivo de los muchachos de La Rana Verde: irnos algún día a Barranquilla, construirnos un bote, lanzarnos al mar e incorporarnos a la cofradía de los Últimos Bucaneros, aunque para ello nos exigiesen cortarnos una pierna y ponérsola de palo o incluso reventarnos un ojo para poder lucir un parche. Pero los sueños infantiles suelen

corromperse con mayor espectacularidad que los sueños adultos, pues a fin de cuentas un adulto apenas tiene sueños: ya ha ingresado en el club de los arquitectos de pesadillas.

Bien. Años después, hallándome en Uruguay, en la mansión delirante de Fredi Monterroso (ya lo conocerán; ni se lo imaginan), leía yo el periódico cuando me topé con el anuncio de un programa televisivo que me obligó a activar ese tiovivo-oxidado-entre-la-niebla que son los recuerdos: ESTA NOCHE, DOCUMENTAL SOBRE LA BANDA DE LOS ÚLTIMOS BUCANEROS.

En mi memoria se instaló de repente la imagen que en mi infancia había elaborado de aquellos bucaneros del Caribe: tipos con pañuelos en la cabeza y garfios en la mano, ceñidos estrictamente al arquetipo folklórico de la piratería.

Así que aquella noche me planté delante del televisor para ver aquel programa, uno de esos documentales que realizan los norteamericanos sobre las tribus salvajes (los africanos, los asiáticos, los sudamericanos o los europeos del área latina) para ampliar los conocimientos antropológicos de los rancheros de Texas, de los artistas conceptuales neoyorquinos y de las amas de casa de California que estuvieron a punto de obtener el título de *Miss Bikini* en la década de los setenta.

Los Últimos Bucaneros resultaron ser cuatro: los últimos de los Últimos. Temblorosos de vejez y abotargados por el ron, los cuatro caballeros de fortuna se adaptaban con algunas anomalías al canon legendario de los piratas: uno llevaba pegada a la oreja una radio portátil que sustituía al loro tradicional, otro estaba medio manco a causa de una trombosis, el tercero se había quedado tuerto cuando jugaba a ser un Merlín caribeño con un estuche infantil de química y el último de los Últimos era cojo: el único tullido genuino, pues arrastraba aquella cojera de nacimiento.

Así glosa el tiempo —ese roedor— nuestros sueños infantiles...

Pero no todo era soñar con el mundo de las leyendas piratescas en las reuniones de La Rana Verde.

No todo.

Cualquier tragedia requiere muchas explicaciones y muchos adjetivos imponentes. Hablando en general, digamos que el asesinato es algo parecido a un truco de magia: la herida brota como un pañuelo rojo, el cuerpo cae al suelo con el sopor instantáneo de un hipnotizado, en los ojos del muerto se refleja la sorpresa maravillosa de la nada, al igual que en los ojos saltones de mi abuelo se reflejaba la imagen apocalíptica del elefante. La muerte aparece como surgida de una chistera de ilusionista, como ocurría en los tebeos de

Walter Peter, en los que la gran tenebrosa andaba siempre por allí y parecía una más de la familia: moría el Tico Arácnido, moría Charlie el Desfigurado, moría el hijo sordomudo del Fu Manchú de Cali.

La muerte...

Yo me reunía con aquellos revolucionarios cuando podía, que era muy de tarde en tarde, porque mi madre no pensaba que los hispanoamericanos fuesen antropófagos, pero estaba convencida de que todos eran secuestradores, narcotraficantes o santeros, de modo que me vigilaba con celo las salidas y entradas en la Tierra Salvaje y apenas había modo de que pudiera asomarme a la calle sin escolta, aunque la escolta fuese Padita, la cocinera, que no estaba precisamente en condiciones de enfrentarse no ya a una banda de secuestradores, sino ni siquiera a un caniche con malas ideas. Los sábados, cuando me dejaban ir al cine, llevaba de guardaespaldas a un funcionario de la embajada que se llamaba Jiménez y que era un verdadero fanático de las películas de pistoleros, aunque a veces, a la salida del cine, lo convencía para que me llevase a algún bar en que hubiese una máquina de flippers, que por entonces eran tan raras de ver en Bogotá como un platillo volante.

Yo era, en fin, casi como el conde de Montecristo: un preso.

Un día, mis padres fueron a devolver una visita a los embajadores portugueses —que, por cierto, tenían tres hijos que parecían vampiros: demacrados, dentudos y ojerosos, con aspecto de cantantes de fados de ultratumba. Vi la ocasión propicia. Tan propicia que logré salir de la residencia sin que nadie del personal de servicio lo notara.

Nada más asomarme a la calle, divisé a lo lejos al comando La Rana Verde en sesión plenaria, hurgando entre las basuras de nuestro barrio cosmopolita con la convicción infundada de que la gente rica tira cosas de valor.

Los chicos de La Rana Verde eran un poco mayores que yo y mis encuentros con ellos se limitaban a charlas teóricas en las que teóricamente se arrasaba el palacio presidencial, teóricamente se asaltaba el Banco de la Nación o teóricamente se les formaba consejo de guerra a todos los generales corruptos de América que tuviesen un historial plagado de sentencias de muerte y de torturas practicadas con la precisión de unos cirujanos diabólicos.

Debo decir que, hasta aquel preciso día, yo creía que las actuaciones del comando se limitaban a saqueos de poca monta (a veces aparecían con algún tostador de pan, alguna kodak o algunos prismáticos), a la matonería abstracta (a veces referían trifulcas callejeras y rotura de lunas de escaparates o de coches) y al proselitismo de las ideas de Tierra, Igualdad y Libertad entre la

población de los suburbios. Pero aquel día vi con estos ojos que ha de comerse la tierra a la muerte en persona: la herida mortal como un pañuelo rojo que un mago macabro iba sacándose de la manga. Porque ya dije que la muerte es como el truco de un mago.

Fuimos, en fin, a un suburbio de la zona norte de la ciudad, no demasiado lejos de donde yo vivía, pero lo suficientemente apartado como para que aquel suburbio y nuestro barrio fuesen dos planetas contrapuestos. Mis amigos guerrilleros me habían prometido que regresaríamos pronto, y es que, cada vez que me perdía de vista durante media hora, mi madre me sometía a un interrogatorio entre pedagógico y policial en cuyo transcurso acababan delatándose las respuestas, ya que carezco de la fantasía combinatoria de los embusteros, esos seres afortunados que son capaces de inventar una realidad falsa a partir de unas irrealidades verdaderas.

Todos los del comando tenían bicicleta, bien que en general primitivas y comidas por la herrumbre, salvo yo, que por esa razón tuve que ir de paquete dolorido en la del llamado Eloy Domínguez, el más fornido del grupo. Otro muchacho, cuyo nombre no sabría precisar, llevaba su vieja escopeta colgada del hombro, una escopeta que había pertenecido a su difunto padre, que con ella cazó durante más de la mitad de su vida y que su hijo lucía como una herencia de ruido y de muerte.

Yo desconocía el decorado miserable de los suburbios, algodónado como estaba en la zona residencial de la oligarquía criolla, del cuerpo diplomático y de los aborígenes enriquecidos. Y aquello me pareció un inmenso taller de desguace. Las chabolas de cartón y hojalata componían una perspectiva espectral de ciudad arrasada, pisoteada, meada y oxidada.

Desde un cerro, los muchachos del comando hicieron visera con la mano y otearon el horizonte. «¿Allá?... Hay pollos», dijo uno. Y nos lanzamos por aquellas calles de barro hacia una chabola que estaba un poco apartada de las demás, como formando su propio suburbio dentro de aquel suburbio inmenso y metálico.

La memoria —no sé, digo yo— es una confusión fragmentaria: los añicos de un ventanal apedreado.

... El primero en caer fue el perro, que se arrastró malherido y sin rumbo hasta que le aplastaron la cabeza con una piedra. Había un niño, un niño desnudo, y las gallinas volaban como plumeros al recibir la perdigonada. El comando era un grito unánime cuando las gallinas caían, y todos coreaban el número de las gallinas abatidas con un eco triunfal: «Cuatrooo», mientras el niño desnudo lloraba, o reía mientras lloraba, o no sé. No tardaron en

descubrir a una niña escondida debajo de un jergón, y el dueño de la escopeta apuntó debajo del jergón, y el jergón parecía respirar. Cerré los ojos. Oí un disparo y luego un grito, y luego un llanto convulso, y más gritos: un grumo de sonido desgarrado. «Le di», chilló el dueño de la escopeta, y los demás se apresuraron a levantar el jergón, y el dueño de la escopeta se fue para el niño: «Tú, abre la boca», le dijo, y le metió el cañón en la boca. «¿Qué hago con este?», preguntó. «Métele la pólvora», voceó Eloy Domínguez. Pero no le metió la pólvora. «Métele la pólvora», insistió Eloy Domínguez. Pero no le metió la pólvora, y Eloy Domínguez, defraudado, exclamó: «¡Carajo!».

Vi cómo alguien arrastraba por los pelos a la niña y la sacaba de la casa, y cómo la paseaba por un suelo lleno de gallinas muertas, y recuerdo cómo la niña se agarraba a su propio pelo mientras era arrastrada por el pelo, y la niña arrastrada por el pelo tenía un pie herido, y de la herida brotaba una rosa de sangre y de cartílagos. El niño desnudo lloraba, y echaba babas rojas, y todos le daban empujones.

A veces, la realidad parece tener el espesor de una inmensa gota de mercurio: un velo líquido que cae ante nuestros ojos, haciendo el mundo más nítido y a la vez más irreal, o qué sé yo, qué sé yo: siluetas que se mueven sobre el escenario de un teatro en ruinas, siguiendo al pie de la letra un guión cuyo significado no comprenden...

De pronto, entre el caleidoscopio de voces, se oyó un nuevo disparo, y las voces se apagaron de manera gradual, hasta formar un silencio que parecía elevarse en el aire como una cúpula, y las siluetas teatrales fueron agrupándose con la parsimonia de un cóncave de espectros.

La muerte es una función de magia. Del sombrero de copa del Mago Galáctico había salido una niña muerta, con el pelo formándole un antifaz desordenado en la cara ensangrentada, con las piernas abiertas, tirada en el suelo y rodeada de cadáveres de gallinas.

El disparo fue en la cara, y la cara de la niña parecía un amasijo de vísceras, con dos ojos reventados que aún intentaban sorprenderse ante el advenimiento de un magma de tiniebla. «¡Carajo, carajo!», decía Eloy Domínguez, entre admirado y perplejo.

Yo tenía once años y no sabía gran cosa del horror. Pero allí estaba la muerte, dueña del mundo, como una función de magia: el prestidigitador que saca de su chistera un conejo desollado.

«¡Vamos, corriendo! ¡Prended las gallinas!».

Al alejarnos, volví la vista. Con la lentitud de un sonámbulo, el niño de la boca ensangrentada iba del cadáver de la niña al cadáver del perro; giraba

alrededor de la niña y enseguida se iba hacia el perro. Y giraba alrededor del perro. Y se iba luego hacia la niña. Daba una vuelta alrededor del cadáver de la niña y regresaba a dar otra vuelta alrededor del cadáver del perro, sumido en el estupor de aquellos giros de homenaje fúnebre, agachándose para mirar de cerca la cara del perro y la cara reventada de la niña y echando su baba ensangrentada sobre el perro y sobre la cara reventada de la niña.

Debieron de notarme algo. Yo al menos me notaba la piel fría de pura palidez. Walter Peter, el detective impasible y fatalista, hubiese encajado aquel espectáculo con aplomo, pero yo solo era un Walter mimético y un Arias de los Arias de Gijón, un híbrido de héroe y de simple piojo asustado. «¿Se irá este de la lengua?», preguntó uno, al tiempo que me señalaba con ese dedo de desprecio con que se señala un montón de basura. «Por la cuenta que le trae...», contestó el dueño de la escopeta, mirándome con el asco con que se mira una rata mojada.

Al llegar a casa, me encerré en el cuarto de baño. Mi cuerpo era una cosa que vibraba en medio del silencio. Tenía ganas de vomitar, pero no vomité.

No volví a buscar a los muchachos de La Rana Verde. No les salía al encuentro cuando iban por las tardes a hurgar en las basuras del barrio rico. Pero ellos me buscaron a mí.

8 El preso de sí mismo. Los niños dracúleos. El último salto de La Rana Verde

El miedo es algo así como un alfiler clavado en una uña que se rompe dentro de la uña.

Me despertaba en mitad de la noche sobresaltado y convulso, regresando de sueños que no eran menos terribles que los hechos que los inspiraban. No salía de la residencia sino para ir a mis clases en el Liceo Francés, y siempre acompañado por Jiménez o por quien estuviera disponible, pero jamás solo. Mi madre estaba hasta extrañada de aquella voluntaria reclusión mía, siendo yo de natural callejero.

Desde las ventanas del piso alto, veía a los miembros de La Rana Verde escarbar en las basuras, y supongo que ellos me esperaban, y que esperaban que les llevase bocadillos y galletas, como muestra de complicidad y como garantía de silencio, pero yo no bajaba.

Los días eran idénticos en su lentitud y me sentía más conde de Montecristo que nunca, encerrado entre los muros de la residencia diplomática, leyendo los tebeos de Walter Peter. Identificándome con el terror del Simio Rabioso. Estremeciéndome con la muerte de Joyulix, la sultana pechugona del hampa sideral. Odiando a Walter Peter. Odiando el heroísmo vomitivo de Walter Peter. —Así estaba la cosa. Y cuando comienzas a odiar a tus héroes, mal asunto: algo se te está pudriendo por dentro.

Aquella situación resultaba insostenible, y, aunque yo era entonces demasiado joven para saber que las situaciones insostenibles pueden sostenerse indefinidamente, aquella situación dejó de sostenerse por un procedimiento carambolesco, que es el modo en que las cosas del mundo se solucionan con mayor frecuencia, por mucho que les pese a los partidarios de la Lógica.

Creo que ya me he referido a los hijos del embajador portugués: tres niños que parecían los hijos del conde Drácula, como si la embajadora portuguesa

se hubiese quedado embarazada tras pasar algunas noches de orgía loca en un castillo de Transilvania.

Mi madre, al verme solitario y meditabundo, solía decirme con su tono pedagógico: «Ve a jugar con los hijos del embajador de Portugal». Pero yo me negaba en redondo, porque el único juego que se me ocurría practicar con ellos consistía en colgarme al cuello una ristra de ajos y clavar a cada niño, por orden de edad, una estaca en el corazón.

Un día, corroborando así la sospecha de mi madre de que los americanos eran secuestradores por naturaleza, hubo un secuestro en el barrio y las víctimas no pudieron ser otras que los hijos del embajador de Portugal, los tres del mismo golpe.

El revuelo fue imponente. El barrio se llenó de policías, de coches de policía y de perros policías. Frente a la embajada portuguesa, las tribus primitivas de la prensa formaban un ejército armado con cámaras fotográficas y magnetofones prehistóricos y, cada seis horas, el embajador portugués salía para informar al mundo de que aún no se tenían noticias de los secuestradores.

Medio Bogotá estaba en las dependencias policiales: camellos de poca monta, putas de zapatos de colores conmocionados, curas de la aún paleolítica teología de la liberación, confidentes, hoteleros, mendigos y profesores universitarios de vanguardia marcusiana respondían con un aterrado encogimiento de hombros a las preguntas de los policías instruidos en técnicas psicológicas del tipo teatro del absurdo. No había gremio, en fin, que no tuviese un representante en alguna comisaría de Bogotá durante los días que siguieron al secuestro de los tres dráculas, formando así una especie de arca de Noé de especies sospechosas.

Mi madre se pasaba todas las horas de luz y muchas de oscuridad con la embajadora portuguesa, acompañándola en la desesperación y en la llantina y, cuando regresaba a casa, parecía volver de un apocalipsis, con los ojos hinchados y con el alma a la altura de sus tacones. Yo, por mi parte, como experto en el tema vampírico, no podía dejar de pensar que los secuestrados se verían obligados a dormir fuera de sus ataúdes, con la complicación y el peligro mortal que eso implica para unos bebesangres.

Como es natural, yo sospechaba que detrás de aquello estaban las ancas de La Rana Verde, pues, desde la visita al suburbio, para mí cualquier pesadilla tenía forma de batracio. Pero me callé, entre otras cosas porque no quería que mis padres me tomaran por loco, por chivato, por enteradillo o por novelero,

ya que uno nunca sabe a ciencia cierta qué esperan nuestros progenitores de nosotros.

En el periódico que leía en casa mi padre podían verse las fotos de los niños portugueses en primera página: los tres con su aspecto afilado de vampiros infantiles, con su palor de muertos en vida y con esa aura fúnebre de desdicha y melancolía que tienen los seres despreciados por Dios.

A los diez días del secuestro, confirmándose así mis sospechas, se recibió una carta en la embajada portuguesa según la cual un comando llamado La Rana Verde se atribuía el secuestro y exigía para la liberación de los hijos de Drácula el siguiente surtido: once bicicletas nuevas, cuatro mulas, once rifles, tres cajas de cerveza, una lavadora, once radios, once camisetas del equipo nacional de fútbol firmadas por todos los titulares y una buena pirámide de pasta.

La policía sacó de aquello dos conclusiones: que la autoría de la carta no podía atribuirse con seguridad a los verdaderos secuestradores y que los secuestradores supuestamente apócrifos o supuestamente verdaderos pudieran ser once. —Ni Sherlock Holmes. Ni Poirot. Ni Maigret. Ni Walter Peter. Ni los cuatro juntos hubiesen llegado a una conclusión tan luminosa y esperanzadora: la policía colombiana funcionaba.

Mientras tanto, por las comisarías de Bogotá seguía desfilando la mitad del país.

A los tres días de recibirse la carta, llegó a la embajada portuguesa una nota complementaria en la que se reclamaba asimismo la entrega de once aspirantes al título de Reina de la Belleza bogotana de aquel año. NUEVAS EXIGENCIAS DE LOS SECUESTRADORES, decía el periódico. «Parece confirmarse la sospecha de que los presuntos secuestradores son once», declaraba un jefe policial. («Aunque todo puede tratarse de una broma macabra», añadía).

Al cabo de dos o tres semanas, en fin, la policía andaba tan perdida como al principio, y yo tenía que morderme la lengua para no confesarle a mi padre mi certeza: que solo la terrible Rana Verde contaba con la suficiente sangre fría como para secuestrar a unos vampiros. —Que no le cupiese ninguna duda.

Ante la falta de novedades, la noticia del secuestro pasó de disfrutar de los honores de la portada de todos los periódicos de Colombia a una rutinaria mención en las páginas de sucesos. A la puerta de la embajada de Portugal apenas se veía ya a un par de reporteros que fumaban con aburrimiento y que se dedicaban a disparar fotografías caprichosas y con ánimo galante a las muchachas que pasaban por allí. Los demás habían tomado el rumbo errante

que les marcaba la brújula inquieta de la actualidad, esa cosa que enseguida huele a póstuma. PROSIGUE LA BÚSQUEDA DE LA RANA VERDE, decía el periódico, a falta de mayores odiseas.

En la embajada portuguesa se recibían continuamente llamadas y anónimos de secuestradores fingidos que ponían condiciones estrafalarias para la liberación de los niños secuestrados. Uno pedía que se le declarase la guerra a Venezuela. Otro pedía mil millones de dólares USA. Otro pedía que se condenara a muerte a un tal Eligio Torres.

Aquellas pistas falsas abatían los ánimos del embajador, tal vez porque el hombre intuía que cuando la realidad se convierte en un rompecabezas de allí no puede salir sino una pesadilla: algo así como si un jarrón de cristal se rompe en mil pedazos y cuarenta manos se empeñan en reconstruirlo a la vez y cada una por su cuenta, incluidas las manos de la policía, ese gremio que aún cree en las pesquisas y que acepta perros como personal de plantilla.

Pero el caso es que, no sé cómo, porque la prensa ofrecía de aquello un relato que estaba entre la novela gótica y el puro galimatías, nueve miembros del comando La Rana Verde fueron acibillados a balazos por la policía secreta en el suburbio de Catemay cuando ellos a su vez acibillaban a unas gallinas. Dos de ellos lograron huir. (CAZADOS LOS PRINCIPALES SOSPECHOSOS DEL SECUESTRO DE LOS HIJOS DEL EMBAJADOR PORTUGUÉS, informaba el periódico).

Bien mirado, aquella acción policial no resolvía el problema, sino que más bien lo agravaba, porque no hay cosa más inoperante que unos secuestradores muertos —excepción hecha, tal vez, de un secuestrado vivo. Pero yo, la verdad, me quedé bastante tranquilo cuando vi en el periódico que leía mi padre la foto de los miembros de la Rana Verde: los nueve tirados en el suelo como ciervos tras una cacería, con ese desbaratamiento patético de la gente asesinada. Mi padre, en cambio, se mostraba más meditabundo y preocupado que antes, cosa que me extrañó mucho, así que le dije: «Qué bien, ¿no?», a lo que él, saliendo por un instante de su planeta de meditación diplomática y ética, me respondió con una pregunta: «¿Y quién encuentra ahora a los niños si de verdad eran estos los secuestradores?», y se sumió de nuevo en sus reflexiones alcohólicas de embajador solidario con la desgracia de su colega lusitano.

Pese a aquel pequeño detalle, a mí la operación policial me seguía pareciendo un éxito, sobre todo si se tiene en cuenta que aquella matanza me libraba en un 81,818181 % de la amenaza de La Rana Verde, que, tarde o

temprano, me hubiese dado un escarmiento por desertor y por chivato en potencia, o por lo que pudiera ocurrírsele de pronto.

A los pocos días de aquello, la policía detuvo a los dos miembros del comando que habían logrado huir. En la comisaría cantaron todo lo que tuvieron que cantar, porque el maestro de canto era un comisario apodado Látigo Chico, pero en aquellos cantares no aparecían los niños de Drácula por parte ninguna, y eso que el comisario Látigo Chico no dudaba en dar golpes de batuta durante el día y la noche.

Según el periódico que mi padre nos leía todas las noches para hacernos partícipes de aquel culebrón tragicómico, los de La Rana Verde no habían tenido nada que ver con el secuestro de los hijos del embajador, excepción hecha de las dos misivas en las que exigían un botín demencial que incluía el disfrute de once aspirantes al título de Reina de la Belleza. DESCARTADA LA HIPÓTESIS DE LA AUTORÍA DEL SECUESTRO POR PARTE DE LA RANA VERDE, decía el periódico.

Pero la realidad es una cosa que no se para nunca, ¿verdad? Tras la detención y encarcelamiento de mis dos antiguos camaradas revolucionarios, el periódico dio una noticia en grandes titulares: EL MAGNATE APÁTRIDA DMITRI GRAPPELLI INTERROGADO EN URUGUAY EN RELACIÓN CON EL SECUESTRO DE LOS HIJOS DEL EMBAJADOR DE PORTUGAL.

Aquella era la primera vez que oía el nombre de Dmitri Grappelli, fascinado por su rara eufonía de fórmula mágica. Y aquella era también la primera vez que oía la palabra «apátrida», sin saber que, a efectos emocionales, yo también era, a fin de cuentas, un apátrida, porque me había pasado la vida de país en país, llevado de aquí para allá como los animales disecados de mi abuelo. «Dmitri Grappelli», repetí. Y se me quedó en la memoria aquel nombre fastuoso. Y con él bauticé a esa abstracción folletinesca que llamamos Destino, el gran payaso del mundo, porque a mí, de niño, me gustaba poner nombre a las cosas. Y a la Luna Llena la llamaba Virtudes Tijuana, que era el nombre de una artista que hacía el papel de hada en la película *La princesita del Guaraní*, en la que todos los actores no paraban de cantar ni un solo momento. Y al Miedo lo llamaba Sombra Alargada, y al Dolor Físico lo bauticé como Tico Invisible, que eran los nombres de dos engendros mutantes a los que tuvo que enfrentarse Walter Peter... Y al destino lo llamé, como digo, Dmitri Grappelli.

Por entonces, yo no sabía muy bien en qué consistía el Destino, al ser muy chico como para padecer deformaciones filosóficas, pero el nombre de Dmitri Grappelli era para mí el nombre de Lo Que Aún Tenía que Ocurrirme,

concepto que se asemeja bastante al de Destino, esa máquina que da la impresión de tener un funcionamiento misterioso pero que en realidad sigue un programa científico concebido al alimón por unos dioses dementes y por unos magos chiflados.

Volviendo a lo de antes, debo decir que el periódico también informaba de que era probable que los tres pequeños vampiros estuviesen fuera del país, y no pude dejar de sospechar que estuviesen en los Cárpatos, que tienen fama de ser la patria espectral del vampirismo.

En otra escala de valores, me fastidió un poco el que los niños secuestrados volviesen a disfrutar del honor de ocupar la portada del periódico que leía mi padre, ya que, a fin de cuentas, si alguien merecía el honor de ser secuestrado era yo, el cómplice apóstata del comando La Rana Verde.

9 Breve digresión profética. Desenlace del secuestro. Una patrulla portuguesa. Con Cindy entre los coches de ocasión

Aunque no tiene gran cosa que ver con los acontecimientos que vengo narrando, debo comunicarles que un pequeño pensamiento de esencia inequívocamente walterista acaba de posarse como un pajarillo de papel en mi mente, y allí se pone a aletear, y me creo en la obligación de ofrecer ese pequeño pensamiento al Mundo: «Hacer profecías debe de ser muy hermoso». Ese es mi pensamiento transitorio y pequeño, aleteante. Hacer profecías... Decir, por ejemplo: «Cuando alguien clave una estampa del demonio en cierto punto exacto de cierta pared de cierta casa a cierta hora crepuscular del día 11 de julio del año 2078, la ciudad de las cúpulas de oro y aluminio se desplomará como un castillo de naipes, herida de gravedad en su centro de gravedad». Debe de ser hermoso poder augurar algo parecido a eso, y que eso ocurra. (Walterdamus).

Pero, un momento...

Por poco me olvido de contar (memoria = montaña rusa) cómo acabaron los tres hijos del embajador de Portugal en Colombia. El caso es que, dentro de lo que cabe, la cosa se solucionó con bien, aunque nadie logró enterarse nunca de la identidad de los secuestradores ni de sus motivos, añadiendo así una viruta de misterio a la Historia del Mundo Contemporáneo. Un día, sin previo aviso y sin pagar ningún tipo de rescate, dos de los niños llegaron por su pie a la embajada, harapientos y desnutridos, y ambos en una especie de coma amnésico, pálidos y ojerosos, con ese aire de difuntos andantes que se les pone a los secuestrados, con la circunstancia agravante de que aquellos niños tenían ya por naturaleza un aspecto de nosferatus. (MILAGROSA APARICIÓN DE DOS DE LOS NIÑOS PORTUGUESES, proclamaba el periódico). Al otro, el primogénito, los secuestradores debieron de clavarle una estaca en el corazón —y, como todo el mundo sabe, cuando a un vampiro se le despachurra el corazón se convierte en ceniza y en gas verde: no queda ni

rastro, porque los vampiros tienen esa debilidad constitucional. Ni rastro quedó, en definitiva, y por lo que fuera, del hijo mayor del embajador portugués, por más que el gobierno luso enviase a tierras colombianas una patrulla de operaciones especiales para que rastreara el país de punta a punta.

Se dice pronto.

Los miembros de la patrulla portuguesa (un comandante, dos agentes del cuerpo especial de policía, cuatro soldados rasos, un médico militar y un cocinero castrense) llegaron a Colombia con esa arrogancia que gastan los europeos en tierras americanas, todos ellos como si fueran una mezcla de Hernán Cortés y de Flash Gordon, cuajados de metralletas y de cananas con munición suficiente para mandar al trasmundo a media población del país, cargados de planos, de cantimploras, de latas de conservas y de prismáticos —en la foto que venía en el periódico que leía mi padre, aquellos soldados de Portugal parecían imponentes bazares de chatarra mortífera, como quien dice.

El gobierno colombiano vio con malos ojos aquella intromisión, pero tuvo que permitirla por motivos que afectaban (supongo yo, no sé: la política internacional nunca ha sido mi fuerte) a los cambalaches comerciales relacionados con la exportación de café colombiano a Portugal, donde la gente es adicta a la cafeína para poder soportar la saudade que le provocan los negros terciopelos de los fados, esas coplas enlutadas y marchosas que son más deprimentes que el *jazz* funeral y callejero que suele interpretarse en Nueva Orleans para que el muerto se pire de este mundo con la ilusión de que está en medio de una juerga.

La patrulla especial portuguesa debió de sentirse apabullada en las salvajes tierras de Colombia, pues no hay cosa que descoloque más a los latinos que un terreno lleno de vegetación y que unos animales fuera de sus jaulas.

El caso es que, tras varias semanas de errar por aquellas tierras en busca del primogénito extraviado, los miembros de la patrulla lusitana fueron apresados por la banda de Macario Domínguez, un pionero del narcotráfico que comenzaba a hacerse famoso por las características de su sangre: fría y diabólica, como la de los tiburones. Tres de los soldados rasos y el cocinero, según conjeturaba la prensa, hicieron juramento de fidelidad a Macario y fueron aceptados como miembros de pleno derecho en la banda, no sin antes someterse al requisito ritual de tener que amputarse ellos mismos un meñique. Los demás fueron hallados por la parte de Manizales con tiros en la nuca y con la piel sacada a tiras. «¡Qué disparate!», repetía mi padre.

Los cadáveres de los héroes portugueses fueron trasladados de Manizales a Bogotá en un camión de carne, metidos luego en unos ataúdes envueltos en la bandera portuguesa y, tras interpretarse para ellos los himnos nacionales de Portugal y de Colombia, enviados a su país en un avión militar: la barca de Caronte por los aires.

De todo este embrollo se deducen al menos tres cosas, a saber: 1.^ª) que los héroes se convierten en peles en cuanto salen de su tierra (y el Ulises homérico fue precursor de esto que digo), 2.^ª) que los vampiros infantiles eran gafes y 3.^ª) que los secuestradores debían de ser unos chapuceros.

Por aquel tiempo en que la prensa no paraba de hablar de los militares portugueses que la chingaron a manos de la banda del Macario Domínguez (y los jefes policiales de Colombia, al referir el caso, no ocultaban un orgullo bastante ruin: ni siquiera los europeos podían enfrentarse a la red criminal de Macario Domínguez sin salir de aquello con los pies por delante), por aquel tiempo, decía, me eché mi primera novia, que se llamaba Cindy y que tenía un aparato dental corrector que le habían instalado en una clínica de Estados Unidos.

Cindy debía de andar por los diez años, dos menos que yo, que acababa de cumplir doce, y tenía el pelo como el de las muñecas rubias: irreal y dorado, como si en vez de pelo fuese una nube de oro lírico que le envolvía la cabeza —o a mí al menos me daba aquella impresión—. Cindy tenía los ojos verdes y los rasgos muy afilados: una extraña belleza de reptil, de princesa del Planeta Lagarto —en el que por cierto Walter Peter estuvo a punto de palmarla a causa de una descarga de sulfato de cliptopirita azul, letal sustancia.

Cindy era hija de un vendedor norteamericano de coches de ocasión que acababa de abrir un establecimiento en nuestro barrio. Todos los días, al salir del colegio, iba ella a echar el rato con su padre viudo para hacerle compañía y para montarse en los coches, amagando conducir a la manera de las mujeres fatales. Desde la ventana, la veía yo pasar con sus carpetas escolares y con su melena rubia, y hacía dibujos de ella con la idea de tenerla más próxima y de hacerla más mía, secretamente mía. —El lápiz amarillo lo tenía gastado.

Antes de dormirme, pensaba en Cindy para que Cindy se metiera de ese modo en mis sueños. Pero luego mis sueños salían por donde les daba la gana —sin descartar la aparición fantasmal de los difuntos miembros del comando La Rana Verde. Cindy era ya un sueño por sí misma y, por tanto, Cindy solo podía ser el sueño de mi vigilia.

Un día en que me sentí definitivamente agujereado por la carcoma del amor, harto ya de hacer dibujos de mi novia secreta con la misma intención que quien hace vudú, me planté ante la verja de nuestra residencia a la hora en que ella solía pasar. Y pasó.

«Hola, me llamo Walter», le dije. «¿Y tú?». Cindy se llamaba Cindy, naturalmente. Los alambres que tenía en los dientes añadían a sus palabras un gorgoteo salivoso y metálico. Cindy me sonreía, y aquel aparato dental le otorgaba el aire de una princesa ultraterrena, y me acordé del episodio en que Walter Peter se enamoraba (por el efecto de una pócima de receta saturnal vertida ladinamente en su *whisky sour*, porque él tenía novia fija) de una extraterrestre que iba siempre vestida con una armadura galáctica, pechugona y marcial, con ese aire de jabata del sexo que tienen las mujeres siderales.

Cindy debía de encontrarse tan sola como yo, porque, nada más decirme su nombre, me invitó al instante a que fuera con ella al negocio de su padre. «Allí podemos subirnos a todos los coches». Yo volví la vista, esperando divisar la silueta de mi madre recortada en una ventana, haciéndome garfios con un dedo para indicarme pedagógicamente que subiera. Pero no, mi ubicua madre no estaba recortada en ninguna ventana. «¿Te vienes?», me preguntó Cindy con tono de ultimátum.

Y me fui con Cindy.

Su padre era de Arkansas y tenía ese aspecto de desordenada melancolía que se les pone a los viudos: tan pronto estaba alegre y parlanchín como meditabundo y enmarañado en sus recuerdos de infortunio. «Jugad con lo que queráis», dijo con su acento de gringo, extendiendo los brazos como los mercaderes árabes cuando te acercas a sus tenderetes. Claro que lo que los brazos del padre de Cindy abarcaban era una veintena de coches de ocasión, cosa que no puede permitirse la mayoría de los padres del mundo por mucho que abran no ya los brazos, sino incluso las piernas.

A mí aquello me pareció hasta un poco excesivo: una veintena de coches para nosotros. Para que Cindy y yo jugáramos a los policías, a los forajidos o a Bonnie & Clyde. A la carta.

Nos pasamos un buen rato dándole al volante. «Huye por esa calle, Walter. Nos persiguen los de la Mafia», gritaba Cindy, y yo imitaba con la voz el ruido de un coche a toda mecha. «Cuidado con esa curva», gritaba Cindy, y yo imitaba el sonido de los neumáticos al derrapar.

Pasábamos de un coche a otro, igual que unos millonarios. A veces conducía Cindy y a veces conducía yo, pero era yo casi siempre el que imitaba los ruidos propios de los coches, convertido en un ventrílocuo

mecanicista. «Pisa el acelerador. Tenemos detrás a Pachito el pistolero», me advertía Cindy, pero ni ella ni yo llegábamos con el pie al acelerador, porque aquellos coches eran tan grandes como la nave espacial en que los Extraterrestres Raptores se llevaron a Walter Peter, en cierta ocasión desdichada, al planeta Cupikón.

«Ha sido estupendo», le dije a Cindy cuando su padre cerró la tienda, y Cindy, mostrándome sus dientes de princesa marciana, me dijo: «Contigo es todo mucho más divertido», y esas fueron las primeras palabras de amor que oí en mi vida.

«¿Os apetece un helado?», nos preguntó el gringo viudo, mi medio suegro. A mí me apetecía mucho. Coches, amor y helados: tres cosas que bastaban para hacer feliz a Walter Arias.

La sombra pedagógica de mi madre se proyectaba sobre aquella felicidad, pero me sumé a la invitación con el talante de un epicúreo fundamentalista, así que nos fuimos los tres a la mítica Heladería Pacífico, famosa por la complejidad estructural de sus productos, en verdad innovadores: helados coronados de guindas, rebosados de nata, recubiertos de una especie de látex dulzón y ornados con sombrillitas filipinas, pues filipinos eran sus propietarios.

Cindy me dio a probar su helado en su cuchara, y aquello lo interpreté como lo que era: una prueba de amor, porque no vas a dar de comer de tu cuchara a un tipo si no estás loca por él.

Los dientes metálicos de Cindy trituraban las guindas con la coquetería con que la titánica Sultana del Espacio Sideral hubiese masticado el pequeño planeta Infrágibux —siempre según los tebeos de Walter Peter, detective de las galaxias innumerables.

«¿Te llevo a tu casa?», me preguntó el padre de Cindy cuando salimos de la heladería. Pero preferí volver solo por lo que pudiera esperarme allí: mi madre tirándose del pelo como una esquizofrénica escapada de una escena culminante de Sófocles, pues desde el secuestro de los tres vampiros estaba más susceptible que nunca.

En cuanto Cindy me dijo adiós, moviendo su mano como un pájaro de sombra chinesca, salí pitando.

Desde lejos vi un coche policial aparcado delante de mi casa. Para colmo, comenzó a llover de repente como solo puede llover en aquellas tierras, en las que lo raro es que las nubes no se caigan a plomo del cielo por el peso de tantísima agua.

Me sentí como una pulga bajo la meada de un borracho.

Llegué a mi casa con aspecto fingido de enfermo, caviloso, cabizbajo y empapado, pero aquella treta no me sirvió de nada: una semana sin postre, sin cine y sin sueldo.

A mí, en cierto modo, me daba casi lo mismo, ya que no podían quitarme lo único que verdaderamente me importaba: el corazón de Cindy traspasado por una flecha y tatuado con la inicial uve doble.

Era la primera vez que perdía la libertad y el dinero a causa de una mujer. —Pero no desde luego la última.

Y aparquemos aquí, de momento, nuestra aeronave.

10 Cárcel de amor. Laberinto de Fortuna. La ceremonia del adiós

Durante la semana en que estuve aún más preso que el ya mentado conde de Montecristo, a causa de una sentencia de arresto domiciliario que se sumaba a mi rutinaria falta de libertad, le arrojaba cartas y dibujos por la ventana a mi novia, que no dejó de acudir a diario a nuestra cita furtiva (yo en el balcón como Julieta y ella en la calle como Romeo) antes de irse a jugar a la forajida solitaria con los coches de ocasión. Yo la saludaba con ese aire entre patético y gripal que se le pone a la gente cuando se la recluye y Cindy me enviaba una sonrisa de princesa intergaláctica desde la calle: su aparato dental brillaba al sol con una elegancia de vieja plata inglesa.

Solo podía salir de casa para ir al Liceo Francés, pero me tomaba aquello como una de esas muchas injusticias que padecen los que están enamorados, pues la felicidad que provoca el espejismo del amor es tanta que la gran rueda de la fortuna tiene que compensarla con adversidades para que el corazón no estalle por culpa de la presión de tanta buenaventura.

Pero, al parecer, yo no era el único en casa que padecía ese peculiar estado de nervios que llamamos felicidad.

A mi padre se le veía más contento que de costumbre, lo que no es desde luego decir mucho, y a mi madre la notaba yo ansiosa, con esa misma ansiedad esperanzada de las feos que intuyen que las van a sacar a bailar de un momento a otro.

Todo muy raro.

Yo cumplía mi cautiverio sin protestar, pero aparentando tener poco apetito y poniendo cara de mártir para que a mis padres les hirviera el Subconsciente freudiano.

Cada día, esperaba que me levantasen el castigo, pero mi madre se reveló como una carcelera insobornable y a mi padre lo único que se le ocurrió para aliviar mi condena fue regalarme una jaula de grillos.

Como lo oyen.

Por lo que deduje (pues mi padre, cuando bebía, hablaba con anacolutos y con palabras que se le caían a la laringe: cloc), aquella jaula se la había regalado a él mi abuelo, y mi padre, de niño, daba cautiverio en ella a diferentes grillos que indefectiblemente se llamaban Gribert —porque la gente pone nombre a los animales; le gusta eso. Como mi padre había tenido grillos Gribert cuando era niño, quería que yo siguiera la tradición. «Coge un grillo. *Tienes* que cogerlo *tú*. Tiene que ser *tu* grillo». Y yo lo que menos quería en este mundo era coger un grillo.

A la gente le dan asco las cucarachas, pero no los grillos, que son casi iguales que las cucarachas. (O peores, porque al menos las cucarachas no se empeñan en cantar). A la gente, ya digo, le gustan los grillos y les dan de comer tomates y verduras frescas. A la gente le dan asco las cucarachas y las envenenan con insecticidas que huelen a rosas salvajes de Tailandia para no irritar el olfato del grillo que canta como un trovador de esmoquin en la cocina, dentro de su jaula inoxidable. Pero a mí me daban el mismo asco los grillos que las cucarachas. Además, los grillos de Colombia debían de tener el tamaño de un rinoceronte. De modo que no cogí ningún grillo, y deposité con ello una brizna de decepción en el alma amargosa de mi padre.

Algunas veces, cuando miraba el reloj y comprobaba que a esa hora podría estar con Cindy, jugando a los asaltadores de bancos o a los policías que perseguían a los asaltadores de bancos, se me ponía el corazón ácido y canallesco, un verdadero corazón de forajido, y se me pasaba por la cabeza la posibilidad de envenenar la comida, de meter fuego a la casa o de decirle a mi padre que me mandara detener porque yo había pertenecido a La Rana Verde.

La sola idea de imaginar a Cindy jugando a Bonnie & Clyde con otro Clyde me causaba un inconcreto malestar al que solo años después supe dar nombre: celos. (Una sospecha que se agarra a la cola de otra sospecha que se agarra a la cola de otra sospecha...).

Bueno, las malas noticias andan por ahí, por el aire, deseando llegar a su destino. Y la Mala Noticia llegó el mismo día en que yo cumplía mi condena. Mi madre lloraba igual que la gente a la que le toca la lotería: con una cara congestiva de idiota maravillada por el azar. Mi padre no podía estar desde luego como un cascabel, porque él tenía un alma de campana que toca a difunto, pero sonreía todo el tiempo con una sonrisa inexperta y portátil que movía por la cara como si fuera una prótesis.

Nos íbamos a España. Así, como suena. Mi padre había solicitado un cargo en algo así como la sede bonaerense del Instituto de Cooperación Iberoamericana pero, para aliviar su destino de errabundia, Dmitri Grappelli

le había dado un puesto en una tal Fundación de Estudios de Política Internacional que dependía del Ministerio de Asuntos Exteriores y que tenía sede en Madrid.

Bastaba que yo me echase novia en Bogotá para que a mi padre lo mandaran a Madrid: así funciona el destino. —Así las gasta Dmitri.

«Yo no me voy a ninguna parte», le anuncié a mi madre. Pero ella estaba tan alegre que ni siquiera me hizo uno de sus célebres razonamientos pedagógicos.

Por la tarde, Cindy fue a buscarme para celebrar por todo lo alto el fin de mi secuestro, y yo, tras mantener un pulso del tipo tesis/antítesis/síntesis con mi madre, me fui con mi novia (seguidos a cierta distancia por el guardaespaldas Jiménez) al negocio encantado de los coches de ocasión, aunque yo tenía pocas ganas de juego, porque para jugar hay que tener el corazón muy limpio y yo el mío lo tenía lleno de telarañas y de odio.

Cindy estaba muy contenta por mi liberación y no paraba de hablar de mil cosas a la vez, igual que cuando uno corre de aquí para allá el sintonizador de una radio. Yo la veía reír con su sonrisa de androide marciana y me faltaba valor para echarle aquella alegría por tierra con la noticia de nuestro traslado a España, la tierra de los toreros que cantaban zarzuela y de las mujeres dramáticas con mejillas de claveles y azahar.

Cuando estábamos dentro de un Buick de color manzana grany smith, ella al volante y yo en el asiento de atrás, disparando sin ganas contra los gánsteres que nos perseguían por las calles de Chicago, le dije: «No podremos vernos más, Cindy». Y Cindy me contestó con una pregunta que me desgarró el alma: «¿Te ha herido Al Capone?... Te llevaré al hospital», y giró el volante, imitando con su boca metálica el derrapar de los neumáticos. «Te lo digo en serio. A mi padre se lo llevan a España». Cindy me dijo, con bastante buen criterio, que se fuera él y que yo me quedara en Bogotá. Su padre estaría dispuesto a adoptarme, según Cindy, hasta que tuviéramos edad de casarnos y de dedicarnos a viajar en coche por América, apañándonos con atracar gasolineras y saltándonos los semáforos en rojo para que nos persiguiera la policía y poder darnos a la fuga, rebeldes y malditos, que era lo que nos gustaba: la muchacha de la dentadura de plata y el españolito bravo. Huyendo del mundo para hacernos dueños del mundo.

Cuando Cindy se convenció de que aquello iba en serio, me dijo: «Vámonos al Ford», y nos metimos en el Ford, nuestro favorito, negro y solemne como un coche funerario, mientras Jiménez hablaba de autos con mi suegro.

Nos quedamos callados durante unos segundos que me parecieron meses: uno de esos fragmentos de tiempo que aparentan tener la consistencia cuajada de una eternidad.

Fue Cindy la que dispó aquel espejismo con otro espejismo: «Dame un beso», me dijo sin mirarme, con los ojos clavados en el parabrisas del Ford funerario. Yo nunca había besado a una niña y sentí el mismo vértigo que si alguien me hubiese dicho que me montara en una nave espacial para irme a la luna. Yo jugaba nerviosamente con el volante del Ford. «Dame un beso», insistió Cindy, esta vez volviéndose hacia mí con los ojos cerrados. Solté el volante, cerré también los ojos y acerqué mi cara a la suya. Cindy olía a goma de borrar, a detergente y a plástico de muñeca. Mis labios cayeron en su mentón. Cindy abrió los ojos al tiempo que yo abría los míos y me dio la impresión de que nunca había visto unos ojos tan de cerca: dos reptiles húmedos, dos joyas líquidas. Me aparté. Volví a coger el volante. Delante de nosotros había un Triumph color cereza pasada. Al lado, un Dodge color pelo de ratón. Todos los coches tenían pintado en un extremo del parabrisas su precio. Sentí la mano de Cindy en mi hombro. Yo miraba fijamente el precio del Ford funerario, con los números invertidos. Me volví hacia ella: los dos reptiles húmedos, las dos joyas líquidas frente a mí como un enigma. Cindy me ofrecía unos labios abiertos tras los que se veía el armazón del aparato dental.

Nos besamos. La lengua de Cindy me golpeaba el paladar y yo notaba el sabor metálico de su saliva, igual que si bebiera plata.

Cuando nos separamos, volví a coger el volante. Me sentía como Walter Peter: al volante de un Ford y enamorado. Con una muñeca rubia a mi derecha y conduciendo por la autopista de la nada con el peso de un amor imposible en el corazón.

«Quiero que me mires», me dijo Cindy. Y la miré. Se bajó los calcetines hasta dejarlos en los tobillos como unos muelles blandos. La presión del elástico había marcado círculos en sus pantorrillas. Se levantó luego poco a poco su falda azul de colegiala, dejando ver unas piernas recubiertas por un vello rubio y traslúcido que brillaba como un oro espectral a la luz del sol vespertino que entraba en el Ford. Tenía una cicatriz en una rodilla y un hematoma con forma de frambuesa en el muslo. «Toca si quieres», me dijo Cindy. Solté mi mano sudorosa del volante y la puse, inexperta y rígida, sobre la cicatriz de la rodilla de Cindy, dejándola allí como un peso muerto, como la mano de un agonizante, fría y abandonada al calor de otra piel. Cindy siguió subiéndose la falda y me mostró sus bragas de blancor indeciso, bragas de

niña de padre viudo, con manchas de orín en la zona en que el tejido se incrustaba en un tajo vertical y prominente.

Yo miraba las bragas meadas de Cindy igual que quien mira a los ojos a un hipnotizador. «¿Te gusta?». Y asentí sin quitar los ojos de sus bragas y sin saber del todo si me gustaba mucho o poco el hecho de estar mirando unas bragas.

Volvimos a la eternidad. Cindy mantenía su falda levantada y yo mantenía la mirada en las bragas de mi amor. El sol iba cayendo, borrando de las piernas de Cindy el brillo de aquel vello rubio y transparente que, visto al trasluz, parecía un césped de oro.

Cindy se bajó de repente la falda y se subió los calcetines, llevándolos hasta la altura exacta en que aún se marcaba la presión del elástico. Volví a coger el volante. Los coches de ocasión nos rodeaban como si fuesen los de una banda enemiga: la banda de los Hombres Invisibles. «Quiero que no te olvides nunca de mí», me dijo Cindy. Y comenzó a desabotonarse su camisa blanca y monjil de colegiala. Llevaba debajo una camiseta de una blancura desamparada e indecisa, idéntica a la de sus bragas: ropa lavada sin duda con esos detergentes ineficaces y baratos que compran los viudos. Se abrió la camisa, se levantó la camiseta y me mostró sus pechos de niña sin pechos: dos botones rosados y rugosos que parecían estar inflamados por la picadura de un insecto lírico y luminoso. Dos promesas inocentes, porque Cindy estaba ofreciéndome lo que ni siquiera tenía aún, lo que ni siquiera era aún suyo. Cindy me mostraba sus pechos inexistentes del mismo modo en que un arquitecto muestra los planos de una casa en la que alguien será feliz.

... Alguien habrá sido feliz mirando, tocando y besando los pechos maduros de Cindy. Me la imagino al volante de un coche, huyendo a toda pastilla del asedio de la ley o del hampa. Porque, en mi memoria, Cindy será siempre una niña enamorada que exhibe la pequeña gloria de su cuerpo inacabado ante los ojos incrédulos de su amor imposible.

11 Filigrana del peligro. Un paisaje polar sobre las nubes

Salimos de Bogotá muy de mañana. Camino del aeropuerto, vi cómo unos gallinazos devoraban el cadáver de un perro en medio de ese clima de fiesta de cocainómanos que tienen los banquetes de las aves carroñeras.

Dejaba yo atrás una ciudad que, a fin de cuentas, apenas había visto a través de las ventanas de mi casa, de los ventanales del Liceo Francés y de las ventanillas del coche, por aquello de que mis padres considerasen, no sin cierta razón, que Bogotá era una ciudad regida por la ley del crimen desordenado y que cualquier azar fatídico podía producirse en sus calles de la manera más caprichosa e impensada, de modo que nunca íbamos andando a casi ninguna parte.

Mi padre, en especial, tenía una idea muy respetuosa del peligro y pensaba que la tragedia era algo que flotaba eternamente en el aire, como un virus, esperando hacer presa en las personas decentes que procuran pasar de puntillas por la vida, mientras que los aventureros temerarios, no se sabe bien por qué, consiguen que el peligro y la muerte pasen siempre de puntillas ante ellos... Y creo yo, no sé, que esto merece una pequeña digresión: alguien se va a escalar un pico nevado y abrupto y a la semana vuelve lleno de salud y lo nombran hijo predilecto de su pueblo natal; un minero jubilado sale en cambio de su casa para comprar tabaco, después de haber vencido durante años a los derrumbes de las galerías, a las explosiones y al enfisema pulmonar, pisa una bolsa de patatas tirada por un escolar criado a fuerza de colesterol puro, se resbala y se desnuda en el bordillo de la acera... ¿Convincente?... ¿No? Pues ahí va otra ración de Grappelli a la pimienta planetaria: un piloto de coches cruza la meta a doscientos cincuenta kilómetros por hora, sube al podio, dos muñecas rubias le cuelgan una corona de laurel, se abraza a las dos tunantas rubias y al día siguiente su fotografía da la vuelta al mundo en la portada de todos los periódicos; un adolescente sale de su casa con una motocicleta que acaban de regalarle sus padres por haber

obtenido muy buenas notas, se dirige al instituto, se distrae durante cuatro segundos en mirar el reflejo vertiginoso de la realidad en el cuentakilómetros de cromados refulgentes, sale por su derecha un coche que va a cuarenta por hora, derriba al muchacho y a los seis meses el muchacho muere de un derrame cerebral.

El peligro no es que flote en el aire: es que el peligro es un aire que no para de soplar. Con complejo de tornado.

Los antiguos piratas jugaban a encerrarse en un lugar a oscuras y a disparar a ciegas, cayese quien cayese. Los más infortunados, los que recibían una herida mortal, imagino que abrirían los ojos desesperadamente, queriendo ver alguna luz antes de ver la oscuridad definitiva. Pero la completa oscuridad era el requisito primordial del juego. Un juego en el que la muerte, como un crupier ciego, repartía unas cartas manchadas de sangre y de tiniebla.

Para mi padre, Bogotá era el cuarto oscuro de los piratas. Siempre de puerta a puerta en el coche, del Liceo Francés a la embajada o viceversa, de la embajada al cine o viceversa, Bogotá es para mí una especie de película muda que pasa vertiginosamente ante mis ojos de niño.

En el taxfree del aeropuerto, mi padre compró varias botellas de ron, mi madre una especie de muñeca de vudú y yo, como protesta, no pedí que me comprasen nada, aunque no me hubiese venido mal una botella de *whisky* infantil de tres litros. Desde el avión, miré por última vez aquel país verde y convulso, porque allí no he vuelto nunca.

Nos íbamos a España, una tierra de la que yo tenía una imagen cañí que la realidad no acabó de desmentir del todo, aunque las calles no estuviesen llenas de toreros ni las manolas llevasen una navaja en la liga para rajarles el hígado a los toreros que cometían adulterio con otras manolas que asimismo llevaban una faca de bandolero en la liga.

Cuando el avión sobrevolaba el mar, sentí ese desgarró inconcreto que solemos llamar nostalgia.

Un paisaje polar sobre las nubes.

Mi recuerdo de Bogotá lo llevaba en el corazón y se llamaba Cindy. Cindy Browning, por más señas. Mi amor de cabellera rubia y de dientes de alambre. Mi novia marciana y aventurera, mi princesa de los dientes marfileños y metálicos, prisionera en el país de los coches de ocasión.

12 *La compañía de lo aéreo. El aire de Madrid*

Salimos de Bogotá de día y llegamos a Madrid de día. Parecía que el avión volaba hacia la claridad, buscando la claridad como esos insectos cuya misión en este mundo consiste en revolotear por las noches alrededor de las farolas públicas —esos insectos que viven de la luz, parásitos de luz, *ballet* de lentejuelas en la noche, ¿alrededor de qué revoloteaban cuando aún no se había inventado no ya la luz eléctrica, sino ni siquiera las farolas de queroseno?

Me pasé todo el tiempo del vuelo sin pegar ojo, sumido en mis pensamientos de amor y rebeldía, pensando en las bragas de Cindy y maldiciendo la profesión de mi padre, porque estaba haciéndome ya un poco mayor para ir por el mundo como un titiritero gitano y dejando novias atrás como un marinero de la lúbrica Holanda.

Mis padres dormían. Era la primera vez que los observaba mientras estaban dormidos, y no era un espectáculo como para ser representado en un teatro respetable: mi madre mantenía la boca abierta, exhibiendo la hilera de los dientes superiores como solo podría hacerlo una perra rabiosa o un pez muerto; mi padre resoplaba como un robot averiado y de vez en cuando llenaba el avión con ese quejido feroz —como de zoológico nocturno— que parecen los ronquidos: un aire que recorre laberintos palpitantes.

Daban ganas, no sé, de meterles una pelota de *ping-pong* en la boca y pasar luego la gorra entre los pasajeros.

Estuve todo el tiempo espionando el cosmos a través de la ventanilla, esperando contemplar esa frontera que separa la noche del día y que yo imaginaba exactamente delimitada: aquí la luz y un centímetro más allá la oscuridad. Como una pared blanca y otra negra. Pero nada es del todo como uno lo imagina, ya que la noche y el día se fundían en un punto imperfecto: pétalos de lirios morados disueltos en leche.

Llegamos a Madrid de amanecida.

En aquel tiempo, los aeropuertos eran lugares sosegados y presentaban esa mezcla de sordidez y confort, de oficina y garaje, que aún siguen teniendo las

estaciones de autobuses. Porque los aeropuertos de hoy parecen ferias. Parecen torres de Babel. Los aeropuertos se llenan de excursionistas de la tercera edad que arrastran su equipaje con el patetismo asmático de unos desterrados. En los aeropuertos actuales nunca falta algún cantante melódico que anda por allí tras grandes gafas de sol para que a nadie le quepa duda de que se trata de un famoso cantante melódico que necesita camuflarse tras esas gafas que tienen los cristales como parabrisas de camiones para que la gente sin sentido de la oportunidad no le pida autógrafos. Por los aeropuertos siempre deambulan jubilados nórdicos disfrazados de jubilados caribeños que compran una botella de licor de guindas con forma de torero si el país que dejan atrás es España, una rosa del desierto en un país en el que no hay desierto o una esfera de cristal en la que cae un confeti de nieve dorada sobre la silueta de una ciudad en la que nunca nieva.

Cuando llegamos a Madrid, todo olía a saliva de durmiente y a gasolina.

Aún hoy, cada vez que aguardo la salida de un vuelo, me acuerdo de aquella llegada: un lugar frío en el que me sentía como una bacteria dentro de un frigorífico. (Aparte eso, una de mis mayores frustraciones consiste en saber que si el avión en que viajo se cayera, yo sería un simple número en la suma total de las víctimas anónimas del siniestro. Ningún periódico diría: FALLECE EN ACCIDENTE AÉREO WALTER ARIAS. PROSIGUEN LAS LABORES DE IDENTIFICACIÓN DE LOS 218 CADÁVERES RESTANTES).

El primer cartel publicitario que vi en España era de Fanta Naranja. El último luminoso publicitario que me gustó (hace apenas unos días, en Ámsterdam) era uno que representaba a una especie de valquiria ondulosa que sostenía una copa de champán y que guiñaba un ojo gracias a una bombilla parpadeante. (De la Fanta Naranja al *sex shop*: así es el arco de la vida). A la publicidad moderna, por cierto, no hay ya quien la pare. Está presente en todo: en los títulos de los libros, en los paquetes de galletas, en el deporte, en los eslóganes filosóficos, en las producciones cinematográficas... En todo. A mí mismo, cuando estoy aburrido, se me ocurren muchos títulos de películas. Títulos con gancho, inolvidables, de esos que se clavan como flechas en las células fanáticas de la memoria. No sé, por ejemplo: *El ladrón homosexual que vino a cenar y acabó cepillándose al caniche* (un título que sugiere intriga, determinaciones misteriosas del azar, sexo vibrante) o *Matad al gorila loco antes de que deje embarazadas a todas las viudas de los ochenta y tres condados de Michigan*. En todos los títulos —eso lo sabe cualquiera— debe haber un mensaje sexual subrepticio. Hasta los libros, con ser lo que son, juegan con eso: *A la sombra de las muchachas en flor* (tú, Títere, tumbado en

la yerba, ellas de pie sobre ti, dándote sombra, mostrándote sus ostras bañadas en agua de corales), *Lolita* (una ninfulilla delincuente, con su intenso sabor a paraíso de los infiernos carnales —valga la hiperparadoja—, cautiva en su crisálida de moteles con moquetas) o *La vida es sueño* (esa somnolencia que sucede al acto de formar el monstruo de las dos espaldas, jadeantes sus dos bocas, extenuados sus cuatro brazos, sus cuatro piernas de vides enredadas de las que brota la uva mórfica del cansancio, madurando para convertirse en ese vino hipnótico que nos deja tarumbas, soñando o dormitando, al lado de otro cuerpo medio muerto, con esa conmoción de los astronautas que vuelven del espacio, añorantes de las flotaciones ingravidas por los rincones remotos del universo propiamente dicho o bien del universo sexual —con sus galaxias de lencería y sus planetas redondos, blablablá).

Hasta los quince o veinte días de ver el cartel de Fanta Naranja no conseguí que mi madre me comprara una Fanta Naranja. Y así ocurre con todo: los deseos tardan en cumplirse, si es que alguna vez se cumplen. Por eso conviene dar a los deseos una categoría de asuntos urgentes, enviándolos al encéfalo como si fuesen telegramas.

Madrid, bueno que está...

Cuando nos bajamos del taxi, recuerdo que mi padre aspiró el aire español —gélido y sucio de amanecer— con una mueca mística. Mi madre no pudo vencer el flujo de las lágrimas; lloraba y se reía.

Yo desparramaba la vista por todas partes con la intención de ver a los toreros.

13 *Fiebre consumista. Teoría ética. Un gol*

Nos instalamos en un piso espacioso y sombrío que parecía un laberinto concebido para que unos niños vestidos de marineritos se divirtieran jugando al escondite, se extraviaran para siempre y aparecieran sus esqueletos al cabo de los años, descubiertos con alborozo por unos arqueólogos.

Habitaciones que daban a otras habitaciones y pasillos que conducían a otros pasillos: la casa del Minotauro. —O al menos la casa en que podría refugiarse el Minotauro para que los toreros españoles no le pusieran banderillas.

Empezábamos bien.

No es por nada en especial, pero, desde nuestra llegada a Madrid, mis padres parecían tontos de baba. Daba la impresión de que se habían tragado los 101 cascabeles de los 101 dálmatas o de que se habían comido a Bambi, no sé. Debía de tratarse de una especie de síncope patriótico.

Mi madre volvía a casa con paquetes de todos los tamaños, metida en una espiral de frenesí decorativo. Llegaba con paquetes a mediodía y llegaba con paquetes por la tarde, en sesión continua. Ponía un jarrón en un sitio y al rato lo cambiaba de sitio. Y al rato lo cambiaba de sitio. Y más tarde lo cambiaba de sitio. Colgaba un cuadro y se pasaba un rato mirándolo con los ojos entornados y con la cabeza echada hacia atrás —y a veces decía: «Perfecto» y a veces decía: «No».

La casa estaba llena de envoltorios reciclables, y si yo me dedicaba a reciclarlos en trincheras rocosas o en pelotas troglodíticas, mi madre me decía: «¿No ves que mo-les-tas?», así, muy pedagógicamente.

Mi madre compraba cuadros de cacería inglesa (con sus perros diabólicos), bodegones de escuela española (con sus frutas macabras y sus conejos difuntos, tiesos como el cartón), estampas versallescas (con sus tíos con peluca tocándole la mandolina a una pastora a la moda Luis XVI MONTADA EN UN COLUMPIO DE ESTILO LUIS XV), y así. Mi madre compraba vasos grandes y vasos más pequeños y vasos ultrapequeños. Mi madre compraba vajillas muy historiadas, como para servir el solomillo asado del

buey Apis con el debido ringorrango. Compraba cojines florales y manteles bordados por monjas de aguja paranoica y angélica. Compraba vitrinas para acomodar su ejército cadavérico de muñecas sonrientes.

Mi madre parecía comprar todo cuanto se vendiera al por menor en la ciudad de Madrid.

Mi padre, por su parte, compraba licores de España para completar la colección que se había traído de Colombia (que por sí bastaría para mantener borracha durante un semestre a toda la tripulación de un barco pirata), llegando a formar un mueble bar que más parecía una feria de muestras, porque la venida a Madrid no le libró de su afición a las fantasías artificiales derivadas del etilismo, aunque andaba, eso sí, de mejor talante, más jovial y dicharachero, con ese alegre patetismo de niño tartajoso que tienen los borrachos profesionales. «Lo que menos necesito en este mundo es vivir en una bodega», se quejaba mi madre, pero mi padre se encogía de hombros, indiferente al reproche, como un monje budista.

Cuando se reunía en casa con sus nuevos y viejos amigos madrileños, mi padre les servía licores con esa insistencia pegajosa que se gastan los alcohólicos para buscar cómplices. Entre los envoltorios de los tuestos que compraba a diario mi madre y entre los que iban llegando de Colombia como un goteo, las visitas se acomodaban donde podían en aquella casa a medio montar, mientras mi padre les ofrecía discursos socioculturales: «Este ron es de Costa Rica y tiene una producción muy limitada: quinientas botellas al año. Gran Ron Centenario: de los mejores del mundo, porque tiene al pronto un paladar áspero, pero si te tomas antes un sorbo de orujo, al momento se suaviza con la saliva y adquiere a la vez una dulzura y una bronquedad que lo hacen estupendo... Os pongo antes el orujo... Y ahora el ron. Probadlo... (*Y las visitas se llevaban el vaso ultrapequeño a los labios con la mirada perdida en la nada, como quien va a comulgar, a morirse en medio de una paraplejia mística o a dejársela chupar por una desconocida*). Este ron, además, tiene, o eso dicen, una propiedad legendaria, porque cura —o eso dicen— lo que allí llaman la enfermedad del oficinista... (*Gestos de admirativa y ansiosa interrogación entre las visitas*). Del oficinista, sí, porque insufla a los melancólicos el veneno de Venus, ya sabéis... Que te pone cachondo. Con perdón. (*Risas de conejo entre el auditorio*). Este otro es de Jamaica, Captain Sullivan Tennyson, más de batalla, pero también muy bueno, aunque a algunos los pone muy camorristas y les quita alas para el amor. (*Risas de roedor, y mi padre haciendo vuelo de alas con las manos*). Es un ron que puede activar el subconsciente, ya sabéis, porque lleva mucho

moztecal de changoba. (“¿Choztacol de chambona?... ¿Chango qué?”, *preguntaban las visitas*). Como suena: el subconsciente. Y el subconsciente es un lodazal que no conviene remover... Este otro es...». Y así. Como un conferenciante.

Mi padre seguía leyendo a Sigmund Freud y hojeando la *Enciclopedia de las tribus de África*, porque era un hombre muy vulnerable a los vicios. Y creo que nunca fue feliz.

Un domingo, me dijo: «Te llevo al fútbol». Y me fui al fútbol con mi padre.

Era la primera vez que yo veía un partido, porque en Bogotá, según ya dije, no pisábamos prácticamente la calle por puro miedo a la violencia ambiental —y los futbolistas de allá debían de ir armados por lo menos con bazukas o con hachas vikingas durante los partidos, por lo que pudiera terciarse.

El estadio era un rugido gutural y dominguero que se elevaba en el aire como el gas de un volcán.

Bueno. El fútbol es un juego demasiado imperfecto como para resultar entretenido. La emoción de la gente —y de los propios jugadores— consiste en que se produzca ese fenómeno insólito y por lo general chapucero al que llaman *gol*: que la pelota entre en la portería de la manera que sea —aunque hay que reconocer que la clientela agradece cualquier tipo de floritura locomotriz. Es decir, algo tan natural como el hecho de que la ciudad entera se conmocionara cada vez que una costurera enhebra una aguja.

Me resultó admirable, y una gran muestra de la terca voluntad humana, el que los jugadores, a falta de goles, no abandonaran el partido por la mitad, como hacía yo cuando me cansaba de correr por la casa jugando al Apache Solitario o al Troglodita Demoledor. Me extrañaba que mi padre no se sacara del bolsillo el tomo de las *Obras escogidas* de Sigmund Freud para combatir el aburrimiento. Me resultaba extravagante que el público no saltara al campo para meter mil goles, dos mil goles o los que fuesen necesarios para salir de allí contentos y con la ilusión golística amortizada.

Pero lo peor de todo vino cuando un tipo metió por fin un gol. Sí. Se formó un barullo ante la portería y un tipo metió un gol. (Se produjo el milagro. Se produjo el rugido. La erupción del volcán).

El jugador que metió el gol se echó las manos a la cabeza, como si no se lo creyese. Como si se hubiera vuelto loco y una pulga freudiana le picoteara el cerebro. Como si no se creyera que se estaba volviendo loco a causa de la

conmoción de efecto incontrolable que le producía el hecho de haber metido un gol.

Mi padre gritaba «¡Gol!» una y otra vez. Con mucho eco: «¡Gooooo!», y se echaba también las manos a la cabeza. Y todos los espectadores se echaban las manos a la cabeza, menos yo, que estaba a punto de echarme las manos a la cabeza porque no podía creerme que la gente se echara las manos a la cabeza por el hecho de que un tipo hubiera metido un goool, y sentía vergüenza de no tener mis manos en mi cabeza, o en la cabeza de mi padre, o qué sé yo: vergüenza, en fin, de no tener las manos en algún sitio inusual.

El resto del equipo se tiró encima del jugador que había metido el gol: una orgía de calzonas, de camisetas sudadas y de números. Y aquel revoltijo de jugadores parecía la cesta de la ropa sucia.

Creí que la cosa acabaría ahí: un gol y todos a casa. Pero no: siguieron jugando para conseguir otro gol y para que la gente pudiera echarse de nuevo las manos a la cabeza y dar saltos, gritando gol con mucha reverberación emocionada. Fanáticos totales de la contingencia.

Pero no hubo más goles.

Y es que el fútbol es un juego que va en contra de la intensidad: a medida que avanza el partido, los jugadores parecen esos tipos que se pierden por el desierto en las películas de guerra, cansados y sudorosos, como si el sol les ablandara el cerebro y se dedicaran, dementes, a correr detrás de un espejismo en forma de pelota.

Si juegas a los piratas la intensidad, qué duda cabe, va en aumento, porque el fin es el abordaje del galeón enemigo y el rescate de la cautiva que acabará convirtiéndose en tu novia —al menos en un plano metafísico—. Si juegas a los pistoleros, la intensidad va creciendo hasta que te cargas a todos los matones del saloon o a todos los comanches, y ya te quedas tranquilo con tu leyenda —y haces como que te tomas el *whisky* preceptivo de los héroes populares—. Pero en el fútbol la intensidad va cayendo en picado desde el primer minuto de juego y el único consuelo que te queda es el de poder echarte las manos a la cabeza cuando se forme una barahúnda delante de la portería y algún oportunista aproveche para meter un gol. Un goool.

El gol. Las manos en la cabeza.

No sé, España comenzaba a resultarme un país bastante raro.

14 *El rey del semen. Rasgos descriptivos y comportamiento habitual del Psicópata. La homilía del predicador*

El portero del edificio en que vivíamos era viudo y tenía una película pornográfica y un hijo. El hijo del portero se llamaba Federico y le gustaba que lo llamasen Fede, que suena por el estilo a Fredo, el nombre del niño bogotano que levantaba altares a los santos sodomitas de su predilección, pero Fede no se ponía pelucas ni se pintaba los ojos, porque lo que de verdad le gustaba era mirar a toda hora las tres revistas norteamericanas de mujeres en pelota que se había dejado en un piso del inmueble un inquilino negro que era piloto —o algo parecido a eso— en la base gringa de Torrejón de Ardoz.

Aquel negro debía de ser pariente del rey mago Baltasar, porque también se dejó allí el rollo de una película que, vista al trasluz, se deducía que era pornográfica. El padre de Fede, aunque no podía disfrutarla por falta de proyector, se la guardó para sí como un tesoro de efecto retardado, a la espera de que algún día apareciese algún proyector en buen estado de uso entre las chatarras que él solía recoger por el universo. Mientras tanto, aquella película rodaba por la casa con esa melancolía de cacharro intemporal que tienen las latas de conservas.

Fede me llevaba cuatro años, aunque era más bajo que yo y mucho más delgado, sin duda por lo mucho que fumaba y por las diez o doce pajas que decía hacerse a diario inspirándose en las muchachas que lucían sus desnudeces en las páginas cuché de sus dos *Playboy* y de su *Penthouse*.

Fede aseguraba que él era un fenómeno porque, apenas recién nacido, su difunta madre se lo puso delante a un obispo y el obispo le dio un beso en la frente, y para Fede aquello era como si el Paráclito le hubiese quemado con el fuego vaticano de los dioses, y él contaba lo del beso obispal para darse prestigio y para justificar por vía de sobrenaturaleza sus inagotables baterías seminales.

Fede tenía el pelo más rubio que yo, tirando a purpurinesco, y la cara llena de granos de granuja de cine, picada de viruelas y de mosquitos o de los insectos que se distrajeran en picarle, blanca de masturbación y anemia, y ya se le notaba que su futuro profesional iba a ser el de chulo de putas tiradas, o de ahí para abajo, porque solo sabía hablar de cochambrerías sexuales y parecía una famélica fontana de semen, un surtidor de semen, un aspersionador priápico de semen, todo el día machacándose con sus tres revistas, que tenían ya blando el papel de tanta soba.

«Mira esta tía, Guártel. Está para comérsela». Porque Fede no me llamaba Walter, sino Guártel, así, con las consonantes bailando la conga. «Y ya no te enseñe más», y se guardaba la revista. Fede desprendía olor a semen y me daba asco que me tocara, y me daba asco tocar las cosas que había tocado él, menos las revistas, porque el vicio no tiene escrúpulos —un tipo remilgado, de esos que se lavan las manos cuarenta veces al día y que padecen náuseas ante un escupitajo callejero, entra en el burdel y besa una piel llena de saliva de once o doce clientes anteriores. Por ejemplo.

Fede tenía dibujado en la cara el estigma salvaje y sombrío de los obsesos sexuales: un velo turbio en los ojos, una boca que producía más espuma de la cuenta y unas orejas picudas.

Y es que basta que veas a un individuo para saber qué tipo de sexualidad le va: es un instinto que tenemos los tíos para defender a nuestras mujeres favoritas del asedio lúbrico —y a veces lubricante— de los demás tíos... ¿Cómo que no? Claro que sí: ves al calvo de ojos chinescos y de labios finos y sabes que, en cuanto te des la vuelta, va a comenzar a darle un discurso pornográfico a tu chati. Ves a un rubio atlético, con cara de querube olímpico, sonriendo con sus cuarenta o cincuenta dientes de blancura anonadante, y sabes al momento que lo puedes dejar dormir en la cama de tu novia sin problema, porque a esa clase de tipos les interesan otras cosas: el deporte, la amistad sin compromiso, el moderno concepto de salud... (Bueno, a menos que tu novia sea una degenerada, claro está, y sea ella la que empiece). Ves al gordo de manos gordas, de nariz gorda y de culo gordo y sabes que, en cuanto se le presente la ocasión, va a ofrecerle dinero sucio a tu novia a cambio de un número sadoporno en su apartamento marítimo de muebles funcionales y de cuadros geométricos en que guarda su colección de bragas usadas. Ves al canijo, el de la cara sembrada de acné tardío, el del pelo fino y lacio, ese que tiene las orejas estrechas y largas, precisamente ese que se pasa la lengua por los dientes como si acabara de masticar un *toffee*, y sabes que ya se le ha metido en la cabeza la imagen de tu amada en ropa interior, con ligeros de

fantasía fetichista, y abriéndose en dos mitades simétricas unidas por una vulva delicada y carnal como las orquídeas y oscura como un submundo acuático —por no decir otra cosa.

A Fede solo había que verlo, en fin, para comprender que tenía la mentalidad sexual de un hombre del pleistoceno.

El primer negocio que hice con Fede consistió en alquilarle un *Playboy*, con la mala suerte de que me lo pillara mi madre, por lo que tuvimos un disgusto: se puso a darme gritos pedagógicos y no paró de dármelos hasta que llegó mi padre a la hora de la cena, porque entonces comenzó a darle gritos pedagógicos a él, y la casa parecía una academia de la histeria y el desgarró. Mi madre achacaba a mi padre mi libertinaje porque, según ella, los hijos hacen lo que ven, aunque yo a mi padre la cosa más licenciosa que le veía hacer era mirar con ojos de cordero de Dios los cuatro tomos de la *Enciclopedia de las tribus de África* y subrayar las *Obras escogidas* de Sigmund Freud —que yo imaginaba llenas de marranerías y de cuentos picantes protagonizados por el Subconsciente, ese casanova hampón y mujeriego que se la iba metiendo a todo cuanto se le pusiera a tiro. Pero lo que se notaba era que a mi madre se le había quemado un cable en su oscuro castillo psicológico al acordarse de la época en que mi padre era el garañón del Camerún.

Ante los gritos de mi madre, según estaba contando, mi padre, que venía con cuatro vasos encima, lo único que atinaba a hacer era encogerse de hombros con una fatalidad de marciano capturado por la CIA, y mi madre lo amenazaba pedagógicamente con el *Playboy* hecho un rollo, como las maestras cuando van a darte un reglazo.

El *Playboy*, en fin, se perdió para siempre, como si la España de entonces pudiera permitirse el lujo de destruir un solo *Playboy*.

Fede fue comprensivo ante aquel desastre, pero no por ello desatendió los intereses de su pequeño negocio de pornografía, ya que tuve que ir entregándole una buena parte de mis pagas semanales para remediar la pérdida de una de sus herramientas de faena.

De nuevo las mujeres, en fin, me costaban el dinero.

«Tenía el póster de *Miss Agosto*», me decía Fede, con la melancolía de quien ha perdido a una novia en un accidente aéreo o en una orgía caníbal, cuando se acordaba de la tragedia. (*Miss Agosto*: una rubia como de circo de rubias que solo llevaba puestas unas botas picudas de vaquera, una rubia que parecía tener las tetas de goma y los ojos como uvas verdes y aterciopeladas,

una rubia que ponía posturas de gran diva venusina y venal en el granero, en el arroyo y en las caballerizas del Rancho Love —allá en ¿Connecticut?).

Fede era un pinta, y tenía a quien salir. Su padre, el portero, requebraba a las criadas con piropos salivosos de su invención y manoseaba y olisqueaba con arrobo de lobo la ropa interior femenina que estaba puesta a secar en la azotea —lo que Freud llamaría un fetichista y lo que yo llamaría un majara del sexo en fase irreversible. Pero, hasta que no me acomodasen en algún colegio, no tenía yo más socio socrático que Fede, el rey del semen.

El segundo negocio que hice con Fede consistió en comprarle el primer cigarrillo de mi vida. Fue como tragarme un gasoducto, pero desde aquel día no he parado de fumar, que es uno de los pocos placeres de este mundo que no tienen que ver demasiado con el sexo, cosa que digo desde luego con cierto alivio. (Si me punzaran el pecho, la humanidad entera vería en el horizonte un hongo nuclear de nicotina).

Yo, por mi parte, intenté venderle a Fede mi colección de tebeos de Walter Peter, al que a esas alturas había cogido manía, pero Fede me dijo que no le gustaba ver cosas con letras, sin duda porque sus ojos no estaban diseñados molecularmente sino para la recepción de imágenes de tías en cueros. «¿Detective qué es? ¿Policía?», me preguntaba Fede. Ni siquiera la novia de Walter Peter o las jabatatas de las galaxias le atraían. «Eso son dibujos», argumentaba, porque su tosco cerebro necesitaba imágenes reales, imposibilitado como estaba para la figuración artística.

«Tres calles más abajo hay una casa de putas», me informaba Fede en días alternos, y yo estaba obligado a preguntarle si él había estado allí, porque ese el sentido de su información, y Fede me decía que por supuesto que sí, que todas las mujeres vestían como domadoras de leones y tenían los labios pintados de rojo chillón y los ojos de negro, y yo luego soñaba con aquella fantasía, creando un revoltijo onírico de medias caladas y de labios rojísimos en el que no resultaba raro que apareciese la desnudez ranchera y rubicunda de la esfumada para siempre *Miss Agosto*, la segunda mujer que yo perdía en este mundo después de Cindy Browning.

«No me gusta que andes con el hijo del portero», me decía mi madre. Y a mí tampoco es que me entusiasmara andar con él, pero uno no está siempre en condiciones de poder elegir sus amistades.

Desde el episodio desdichado del *Playboy*, mi madre debía de pensar que yo era un monstruo infantil del sexo, porque, cada vez que me metía en el baño, allá que iba ella a aporrearme la puerta con cualquier pretexto, sin duda para dejarme a mitad de la paja y volverme tonto, pues Fede me había dicho

que no hay cosa peor para el cerebro que dejar una paja a medio hacer: «Es como si te ahogaras, porque el conducto de la leche se te obstruye y te bloquea el cuerpo entero, igual que una moto cuando se gripa. Grrruap». Y bajaba el pulgar como un emperador romano, dando a entender que aquella especie de embolia seminal podía llevarte a la tumba.

Fede me tenía en un continuo estado de excitación y quimerismo, porque cuando no estaba hablándome de putas o de pajas estaba hablándome de las refriegas nocturnas que se pegaban las criadas con sus novios en el portal.

—¿A ti te sale mucho semen, Fede?

—¿Semen qué es? (...) ¿Leche? Yo echo mucha leche. Todo el mundo echa mucha leche.

—Pero los que están castrados no tienen semen...

—¿Castrado qué es? (...) ¿Sin huevos?

Y así íbamos tirando, como dos intelectuales.

La cosa se complicó cuando mi madre cogió criada: Luchi, una muchacha algo gótica, con pinta de hada desnutrida y llena de huesos, que se contoneaba como un esqueleto bailarín, marcando culo y caderas.

«¡La hostia!», fue el comentario de Fede ante la primera visión de Luchi, que a mí no acababa de gustarme, a pesar del color espectral y adriático de sus ojos, porque olía mucho a lejía y a amoníaco. «¡Una tía del *Playboy!*», decía Fede. Y no había quien le quitara aquella fijación optimista de la cabeza.

Fede no paraba de hablarme de nuestra criada con todo su aparato metafórico de inspiración entre bestial y trovadoresca: «Está para quitarle las bragas con los dientes», y rugía como el león drogado de la Metro, y hacía como si un escalofrío porno le recorriera el espinazo.

Fede parecía llenar la atmósfera de semen pulverizado. Allí donde él estuviera, había siempre un microclima caliente y sexual, seminal y demente: un aire lleno de bragas, de *Miss Agosto* y de malabarismos onanistas. Él era Fede Semen, Fede Esperma, Fede Leche y Fede Semen Leche de Esperma: el Rey Absolutista de la Eyaculación. El Príapo de Argüelles. Si Fede se hubiera pasado un solo día sin eyacular dos o tres veces, probablemente se hubiese muerto de una especie de megaobstrucción panorgánica. Porque él había sido besado en la frente por un obispo.

«¿Cuántas veces a la semana se ducha tu criada?», me preguntó Fede, ya que entre sus planes se contaba el de espiar a la gótica Luchi con unos prismáticos desde un ángulo estratégico de la azotea, siempre y cuando Luchi tuviera el detalle de ducharse con la ventana abierta de par en par. La verdad

es que Fede conocía el edificio palmo a palmo, ángulo a ángulo y rincón a rincón, como una especie de jorobado de Notre Dame en su laberinto de torres y de sótanos, de azoteas y ascensores, y disponía de nociones suficientes como para espiar la desnudez del vecindario con su ojo de psicopatía y con su giba invisible llena de semen.

Fede seguía alquilándome el *Playboy* y el *Penthouse* que le quedaban, pero solo me dejaba mirarlos en el cuarto de la azotea o en su piso, allá en el sótano, porque no se fiaba de mi madre, ni yo tampoco.

En cuanto veía yo propicia la ocasión, sin duda por excedente de aburrimiento, bajaba a casa de Fede. A veces le alquilaba una revista, a veces me dejaba mirar gratis al trasluz algunas secuencias de la película porno de su padre y a veces veíamos juntos en el televisor películas de romanos, en las que, según él, aparecían las mejores tías del mundo, con minifaldas latinas y sujetadores espartanos que les ponían las tetas como puntas de lanza troyana. (Aprox).

El piso del portero tenía un clima mixto de burdel de madamas aficionadas al croché y de almoneda. El padre de Fede recogía cuanto iba encontrándose por ahí, por las basuras y por los pisos que se quedaban desalquilados: lámparas en forma de chino o de alabardero medieval, bombonas de butano y platos huérfanos, sartenes achicharradas y cuadros tenebrosos de santos tenebrosos, fotos de artistas, vírgenes de plástico fluorescente y maletas paseadas por el mundo a puntapiés. Todo aquello, ya digo, lo iba acumulando bajo el sofá recubierto con paños de ganchillo, encima del televisor, en el cuarto de baño, en el mueble bar adornado con botellas empapeladas con infinitas efigies ovales del pintor Francisco de Goya y Lucientes (que la difunta madre de Fede recortaba de los paquetes de cigarrillos Goya que fumaba su marido) y en el aparador presidido por una pastorcilla de escayola que se había quedado manca.

Todos los domingos, padre e hijo llevaban parte de aquella industria desvencijada al Rastro, ese lunático mercadillo de ambiente postnuclear en el que la gente compra y vende tornillos usados, pilas gastadas, herramientas que necesitan el auxilio de otras herramientas, piezas de aviones o de lo que sea y cuadros religiosos del siglo XVIII pintados por habilidosos gitanos de finales del siglo XX en sus ratos libres entre juerga de sangre y reyerta flamenca.

El padre de Fede era una especie de urraca, un pantocrátor de la chatarra y un coleccionista de averías. Su mayor tesoro, como ya he dicho, era aquella película americana que no podía proyectar, pero que él se entretenía en mirar

a menudo al trasluz, porque el vicio manda mucho. El padre de Fede iba todo el día de aquí para allá con herramientas en la mano, con alicates, tornillos y ese tipo de cosas, como el emperador de la chapuza, diciendo disparates a las criadas y sacándoles la lengua como una cobra lujuriosa, enfermo terminal por sobredosis de fantasías de corte porno. El padre de Fede, en fin, salía cada mañana de su mazmorra para reparar las averías de los grifos, para desatascar bañeras o para arreglar persianas con el mismo ánimo que el vendedor de libros a domicilio que todos los días sale a la calle con la ilusión de endilgar alguna Biblia (cantoneras de plata, estampas a todo color) y de tirarse de paso a media docena de amas de casa hartas de ver películas que incitan a las abuelas al adulterio como revancha intelectual por el vacío esencial de su vida.

«Te he dicho que no me gusta que andes con el hijo del portero. Cada cual en su sitio, ¿comprendes?». Así, pedagógicamente. Porque mi madre sabía que yo estaba en la Edad Difícil: en la Edad de las Pajas Indiscriminadas. Y es que la entrada en la adolescencia te exige aprender a convivir con eso que los libros de anatomía llaman pene, y convivir con tu propio pene es algo muy parecido a tener a un psicópata escondido en el sótano de tu casa.

Pero dejémoslo claro desde el principio: el complejísimo Psicópata —y bautizado queda para lo sucesivo— no debe confundirse con el rústico miembro viril. Digo esto porque mucha gente padece esa comprensible confusión. Pero no, ya digo. Si bien es cierto que el Psicópata tiene en el miembro viril una de sus residencias orgánicas más espectaculares (aunque no siempre todo lo frecuentes que uno desearía, ni tan espectaculares), tampoco es falso que cada cosa es cada cosa.

De modo que bajemos el walterismo de su alto Pedestal Filosófico y dejemos que se embarre durante un rato en el lodazal de la Ciencia, para que luego, purificado, pueda ascender al cielo abstracto de las Definiciones: «El Psicópata es ese pequeño gnomo mutante que corretea por el organismo de los varones, determinando todas y cada una de las claves de su funcionamiento, que no es muy diferente al de un caballo de tiro cuya meta metafísica consistiese en ascender a semental». Bien, para empezar, el miembro viril es un apéndice fijo —aunque sujeto a mutaciones más o menos visibles o risibles— y el Psicópata es un ente de condición errátil y volátil cuya densidad es invariable. A veces, el Psicópata se instala en las yemas de nuestros dedos cuando recorren una pierna o una espalda —que incluso puede ser nuestra propia pierna o nuestra propia espalda—: ahí tienen, o sea, a los narcisistas. Otras veces, el Psicópata se coloca en ese hombro tuyo que se

roza en el autobús con ese otro hombre sobre el que cae una cascada de pelo recién lavado —y luego te afanarás en verle la cara, porque el Psicópata ya habrá cambiado de posición estratégica—. El Psicópata es ese travieso y multiforme ser que se recuesta en los toboganes de nuestra oreja derecha cuando llamamos a un teléfono erótico. El Psicópata es esa voz que te susurra en medio de la noche: «Eh, ¿dónde diablos habrá muchachas divertidas a estas horas?». El Psicópata es ese grumo informe que se te pega a la memoria, haciéndote recordar a todas las mujeres de tu vida cuando estás tirado en la cama de un hotel, sin poder dormir.

El Psicópata impone un régimen de terror latente en tu pensamiento. Lo impone desde el día en que unos cuerpos indefinidos e inalcanzables comienzan a aparecer en tus sueños como unos relámpagos que te inquietan —y la esencia de esos sueños no se disipa ya durante tu vigilia, y comienzas a pensar con obsesión en ectoplasmas a los que quisieras abrazar del mismo modo en que, sin darte cuenta, has comenzado a abrazar tu almohada.

Cuando aún no sospechabas siquiera quién era él, el Psicópata te llevaba al cuarto de baño contra tu voluntad, ganándole la batalla a tu convicción de un Infierno sin tiempo. Te obligaba a echar el pestillo. —El joven encantador sacaba de la cesta la serpiente dormida, la dotaba de vida. La serpiente escupía su veneno.

El Psicópata, por lo demás, no duerme nunca. Es insomne como los dioses que dirigen el teatrillo titilante de las galaxias. Cuando estás dormido, el Psicópata te obliga a proporcionarle espectros eróticos virtuales para pasar la noche.

... Y volvemos a lo de antes: el Psicópata no es el patético miembro viril, sino que, en cualquier caso, es *eso* que *invade* el miembro viril y le da durante unos minutos la apariencia de una entidad orgánica respetable.

Si hubiera que explicarle a un niño de cuatro años en qué consiste el Psicópata, yo optaría por decirle que el Psicópata es una especie de... ¿globo, tal vez?... No, no es exactamente un globo, porque el Psicópata es volátil, pero no etéreo... (¿?). En fin, ya se enterará el niño cuando sea mayor de quién es el Psicópata —que no le quepa duda. (Un... ¿globo, el Psicópata?). Bueno, sintiéndolo de veras, debo decir que lo cierto es que ni siquiera los adultos disponemos de mucha terminología científica para tratar con precisión este asunto, pero convengamos en definir al Psicópata como un «ente errante y polimorfo que los varones desarrollan en su organismo al poco de echar los dientes por segunda vez y que va creando inflamaciones instintivas por todo el cuerpo a poco que se le ofrezca el más mínimo estímulo: unos pies

descalzos en la zapatería, tres centímetros del tirante del sujetador de la mujer de cualquier otro hombre, una fotografía sugerente... Cualquier aterradora insignificancia, en suma. Los escasos periodos de ataraxia de que disfruta un varón a lo largo de su vida no son sino consecuencia de un estancamiento de la materia psicopática en las distintas zonas del cerebro (el encéfalo, el diencéfalo y todas esas vísceras con tratamiento de Ilustrísimas Personalidades de la Mente), ya que la región craneal puede suponer para el Psicópata una especie de balneario para reumáticos en el que pasa temporadas».

Bien, este último aspecto de la Definición Oficial del Psicópata me parece especialmente interesante. Porque el caso es que, como todo ser vivo, el Psicópata no solo es de naturaleza contradictoria y caprichosa, sino también paradójica y desconcertante, ya que no está únicamente capacitado para formar un verdadero escándalo orgánico por el simple hecho de verle el canal de los pechos a la frutera, sino que también lo está para dejarnos atónitos y vendidos en algunas grandes ocasiones —pensemos, no sé, en *Miss Mundo* del año próximo tumbada sobre tu cama, para ir ganando tiempo, y tú inventando disculpas, asegurándole que nunca te había ocurrido y delatando al principal sospechoso: el estrés. Y es que el Psicópata es así: justo cuando le pides un favor concreto, se queda prisionero en el cerebro, encadenado allí a unos grilletes cuya llave custodia Sigmund Freud.

Para no contribuir, en fin, a esa comedia de enredos y malentendidos que representan las confusiones terminológicas, propondría desde esta inmortal tribuna fugitiva designar al Psicópata mediante su nombre más extendido —esto es, Psicópata— y al miembro viril rebautizarlo Psicopríapo.

Bien, para ir recogiendo velas, digamos que, en términos generales, no resulta fácil atribuir una representación iconográfica al Psicópata. Cerramos los ojos durante un instante, intentando figurarnos —de modo alegórico al menos— las características de su corporeidad, y ningún icono acaba resultándonos del todo asumible, y muy pocos de ellos convincentes y ajustados a fundamento. Porque, como creo haber dicho ya, el Psicópata no solo es amorfo, sino —por raro que parezca— también polimorfo, con lo cual la cosa se complica bastante, ya que los conceptos de *amorfismo* y de *polimorfismo* apenas resultan distinguibles para una mente humana, que dispone de una capacidad de matización muy restringida. Pero, en fin, les sugiero que se imaginen al Psicópata del mismo modo en que me lo imagino yo: una especie de engrudo celular con cara de mongol inquisitivo y con el

resto del cuerpo en forma de zeppelin infernal o de supositorio en llamas que navega por el organismo, creando problemas allí por donde pasa.

(Y se admiten desde luego variantes personalizadas: un torbellino giratorio, una pelota de *ping-pong* con el sistema nervioso destrozado, una sierpe de mar devoradora...).

Otra de las características más destacadas del Psicópata es la de su vigor apenas desmayable... aunque, sí, bien es verdad que, a medida que pasa el tiempo, a causa tal vez de su pérdida de elasticidad molecular, la masa psicopática va decantándose por el clima frío que reina en esa granja de filosofías cacareantes y de aullantes terrores que es el cerebro —al que tanto menospreció cuando en su aventurera juventud fijó su querencia en las zonas cálidas del Sur.

Aun así, el Psicópata vive en los sótanos de ti durante toda tu vida. El Psicópata asiste al entierro del Psicopríapo, y se dedica a partir de entonces a torturar las zonas activas de tu mente con remembranzas y reproches de raíz erótica, escribiendo su *ilíada* agridulce: las batallas perdidas, las ganadas... Hasta el final de tus días, exhausto, decrepito y neurótico, el viejo Psicópata sigue imponiendo su ley irracional, su demencial dominio sobre un ansia eternamente insatisfecha. (A sus setenta u ochenta años, el Psicópata Heterosexual babea enzimas y bacilos a causa de la visión de unas colegialas. El anciano Psicópata Homosexual desfallece por los patinadores del parque. El provector Psicópata Bisexual se conmueve ante la visión de las parejas de novios que entran en el cine y entretiene la quimera de invitarlos a palomitas, de sentarse en medio de ellos y de meterles mano a diestra y siniestra. El viejo Psicópata Bestialista va al zoológico y pone ojos de ternura ante la gacela, el oso panda y la maciza hipopótama —el equivalente fenotípico de algunas reinas brasileñas del carnaval. Con todos los huesos doloridos por sus setenta y siete años de prácticas amorosas, el poseído por el Psicópata Sadomasoquista mira el escaparate de una ferretería con la misma excitación que un niño ante una bandeja de dulces. Y así sucesivamente).

Envejecemos nosotros, o sea, pero el Psicópata siempre tiene mentalidad de adolescente, aunque esté cayéndose a pedazos y no levante cabeza, correteando por ahí, dentro de nosotros, como un ciudadano molecular extravagante.

El Psicópata...

Caso Alfa). Un viejo que lleva una camisa hawaiana mira a dos perros aparearse en plena calle. El viejo sonríe. ¿Qué mezcla de miseria y estupidez hay que acumular a lo largo de toda una vida para pararse a mirar, sonriendo,

con una camisa hawaiana, a dos perros que follan en plena calle? *Caso Beta*). El marido de la tía buena con pinta de princesa renacentista por la que suspira todo el barrio, ¿por qué está deseando tirarse a la carnicera gorda que tiene las uñas manchadas de sangre y de vísceras o a la frutera famélica y liliputiense que atiende a la clientela con desprecio porque ella se siente la emperatriz de los sábados por la noche, la alteza exiliada de su imperio de focos giratorios y música sintetizada? *Caso Gamma*). ¿Por qué está siempre desgastado, mutilado o pintarrajeado por la parte genital el mármol de las estatuas que adornan las bibliotecas públicas, los hoteles pretenciosos, las viejas universidades o los pasillos de los museos?

La respuesta es una y la misma: el Psicópata.

Si tienes el Sol, el Psicópata te hace desear la Luna. Si tienes la Luna, el Psicópata te convence de que serás un desgraciado si no consigues el Sol. Si consigues el Sol y la Luna al mismo tiempo, el Psicópata te dice: «Oye, muchacho, ¿no te has fijado en la hermosura de la refulgente estrella Polaris?».

Además, si el Psicópata propiamente dicho se encuentra en tu cerebro con un vitriólico cromosoma freudiano propenso a la psicopatía (VCFPP), ya está montado el gran lío (el GL): se aliarán de inmediato y te convertirán en uno de esos tipos que violan a las colegialas o que estrangulan a las pobres putas.

Fede estaba poseído por el Psicópata, y lo estaba su padre, y creo que mi padre también lo estuvo en la época del Camerún, cuando practicaba el porno exótico —aunque luego se convirtió en un hombre asexual que ni siquiera miraba a las esculturas neumáticas por la calle, no sé si gracias al alcohol o a sus lecturas desordenadas de los textos sagrados del psicoanálisis, o tal vez a la conjunción de ambos fenómenos.

El Psicópata es el joker de la anatomía. El ente irresponsable. El maestro del humor negro, con cascabeles en los tobillos, que te obliga a telefonar a esa antigua novia que va a mandarte por décima vez al infierno, reprochándote *todo*. El que te hace recorrer los bares juveniles de la ciudad en busca de esa adolescente que el Psicópata ha elaborado en tu fantasía con sus medidas ideales: 130-60-90 —sí, claro, ¿cómo no?, esa ninfa que estará esperándote *precisamente* a ti para que le rompas sus medias nuevas en cinco mil pedazos a lo largo de una noche de amor bestial y anónimo, sin compromisos ulteriores, ni con ella ni con la policía.

Pero creo que estamos menospreciando demasiado a Psicopríapo, del que deberíamos hablar un poco, siquiera en la misma medida en que los libros de mitología se ven obligados a ocuparse del Ave Fénix, ese pobre pájaro

manchado de ceniza y condenado a elevarse cuando ya todo el mundo lo daba por muerto.

Vamos allá: el Psicopríapo está en el centro de todo, ahí, en su sótano secreto, como un personaje de Calderón de la Barca, aguardando a las víctimas que le señale el Psicópata, porque él es un animal de instinto intravulvoso. La Naturaleza no ha colocado al Psicopríapo en un lugar de privilegio por capricho o casualidad, sino con la firme intención de que pueda dominar cualquier situación delicada en la que intervenga el Psicópata —aunque la verdad es que el Psicopríapo ayuda tanto al Psicópata como un faro apagado a los barcos que pierden el norte por culpa de la niebla—. Pero, en fin, aunque solo sea para mantener las apariencias fisiológicas, él está ahí, sintiéndose emperador: el Pantopsicopriatocrátor, con sus graves trastornos de personalidad. Si los hombres tuviésemos el Psicopríapo colgando del hombro, por ejemplo, y las mujeres tuvieran el estupendo sexo suyo en la planta del pie, todo sería mucho menos dramático: ellas te pondrían el pie en el hombro y todo transcurriría de un modo civilizado mientras rellenabais el formulario del censo, mientras mirabais una película de cuatreros filosofantes o mientras estudiabais solfeo básico por correspondencia —con una guitarra de regalo—. Pero el Psicopríapo está justo en el centro de todo, como un péndulo omnipotente. Y en el centro está también la vulva de corales líquidos, a modo de diana.

Y esto, en suma, suele confundir a mucha gente.

Como el vulgo suele ser aristotélico por naturaleza, da mucha importancia a las apariencias platónicas para disimular un poco, de modo que no resulta raro que atribuya una mayor responsabilidad al Psicopríapo que al Psicópata en todo lo relativo a cuestiones de sexo, ya que el primero disfruta de una materialidad —aunque no así de una inmanencia demasiado ortodoxa— y el segundo no es más que una esencia invisible al microscopio y apenas visible para Freud, que fue el que inventó esta clase de líos.

Pero cualquier persona que disponga de un poco de cultura y de sentido común sabrá que el Psicopríapo no es más que un vulgar engranaje parasitario movido por la energía residual que produce el Psicópata cada vez que te enamoras con toda el alma o cada vez que observas a una desconocida quitarse las bragas en un *peep show*.

Claro que de esto tampoco conviene hablar demasiado, porque a ningún varón le interesa cooperar al avance de las investigaciones científicas que sobre este tema existen hasta el momento, ya que los hombres estaremos de veras perdidos el día en que las mujeres descubran que la única manera de

convertir en un ser infeliz al Psicópata consiste en convertir a dicho Psicópata en un ser satisfecho, porque así, si bien no se soluciona el problema de fondo ni el fondo del problema, pues se trata de un problema sin fondo, se rompe al menos momentáneamente, y por vía más o menos homeopática, no solo la peligrosa conexión entre Psicópata y Psicopríapo (causante de la moderna proliferación de gabinetes de psicoanálisis y de los espectaculares índices de venta de ansiolíticos y condones), sino, sobre todo, la conexión potencial, unilateral y por lo común irrealizable que suele producirse entre cualquier Psicópata Individual con casi todas las mujeres del mundo.

«¿Un Psicópata satisfecho es un Psicópata infeliz?». Sí, qué duda cabe: la satisfacción sexual conduce a la insatisfacción sexual, porque el Psicópata es Sísifo. —Y la situación laboral de Sísifo no conseguiría regularizarla ni la Confederación de Sindicatos Europeos.

Cuesta y duele decirlo, pero el Psicópata no entra en razón ni aunque la mujer que te ama te convierta en una sisifomáquina de chingamiento romántico obligada a funcionar las veinticuatro horas del día, dejándote así una especie de vacío hermético en el limbo del deseo, de modo que cuando vieses a otra mujer por la calle tuvieras la misma sensación que un minero al ver la boca de entrada de una mina: el abismo de un terror instintivo. Sería hermoso que eso ocurriera, pero eso no ocurre. Porque el Psicópata es un minero que adora su trabajo en la mina —sus explosiones, sus emanaciones de gas grisú, sus derrumbes...

Hay quien piensa que las parejas pueden basarse en el afecto, el cariño, la complicidad, el respeto y todas esas degeneraciones domésticas de la pasión. Hay quien piensa que el amor puede consistir en comentar amistosamente, al final del día, los avatares profesionales o las calificaciones escolares de los hijos. Sí. Todo eso sería estupendo si acabásemos de cumplir ochenta o noventa años y si el amor no fuese otra cosa. Todo eso sería entrañable si las verdades del amor no fuesen otras muy distintas: 1) bragas negras para las blancas y bragas blancas para las negras, 2) gritos de dolor y éxtasis —que el vecino, a través del tabique, llegue a pensar que os estáis descuartizando con un hacha—, 3) fluidos ácidos que dejan en las sábanas un olor a laboratorio de análisis, 4) el húmedo malabarismo del sesenta y nueve y 5) todo el repertorio. Desde el punto de vista del walterismo fundamentalista, eso es amor, y lo demás es pornografía matrimonial: «¿Qué tal te ha ido hoy en el trabajo, cariño?». Pornografía. «Sentémonos en la terraza para ver el crepúsculo, querida». Pornografía.

(Y a estas alturas me temo que se impone un apotegma digno de un sociólogo: «El mundo está lleno de pornografía camuflada»).

Si yo fuese uno de esos predicadores que forman sectas furibundas, daría el siguiente sermón dominical, ataviado con mi túnica de morado satén, al ritmo de una canción funky de algún simpático afroamericano compulsivo:

HOMILÍA DOMINICAL DEL REVERENDO WALTER ARIAS

«Hermana, si por alguna pintoresca razón psicossomática estás enamorada de un hombre y eres defensora no solo de la monogamia sino también de la fidelidad conyugal, lo mejor es que lo sometas cuanto antes a una indolora emasculación. (“¿Qué es la emasculación?”). La emasculación, hermana, es lo mismo que la castración. (“¿Aleluya?”). Sí, hermana, aleluya: emascúlalo vivo. Sin dudarlo. (“Pero ¿cómo?”). Muy fácil: enrédate con algún veterinario que conozca trescientas o cuatrocientas palabras y que tenga práctica en emasculaciones equinas o gatunas y luego chantajéalo: o emascula a tu hombre o vas y le cuentas lo vuestro a su mujer —y todos sabemos de sobra qué clase de carácter suelen tener las mujeres de los veterinarios, resignadas como están a dormir junto a un individuo que siempre huele a animales imprevisibles. (“¿Aleluya, reverendo?”). Sí, aleluya al por mayor. Cuando tu hombre esté dormido, elaborando pesadillas de estreno gracias a los somníferos que has disuelto en su tónico antigastritis, llama a tu amante veterinario y, en menos de cinco minutos, quedará resuelto tu principal problema: el miedo visceral a que a él le dé por pervertir a adolescentes inexpertas durante el resto de su vida, dejándote en un segundo o tercer plano, o en un plano cero, con tu paga compensatoria y con varios hijos carcomidos por los traumas. Cuando él se despierte y te pregunte, aterrado y confuso, que quién le ha hecho *eso*, ya sabes cómo tienes que actuar: encogerte de hombros y decirle: “No sé, ¿los extraterrestres?”.

»Hermana, permíteme que insista: si quieres de verdad a tu hombre y crees de verdad en la fidelidad y en la monogamia, la única solución, por duro que a todos nos resulte reconocerlo, consiste en emascular: el Emasculado Inmaculado. (“¿Y para qué sirve un emasculado?”). Oh, para muchas cosas. Un emasculado es un ser sensible, afectuoso, proclive a fumar en pipa y a la audición de óperas italianas e incluso francesas. Un emasculado es un agradable individuo que lleva pajaritas de hermosos colores y que es capaz de pasarse horas y horas hablando de una misma película. Un emasculado, en

fin, es todo lo contrario de esas bestias velludas que pululan por las discotecas soltando latigazos de lujuria radioactiva a poco que el aire huele no ya a bragas negras, sino incluso a calcetín femenino anatómico con elásticos ajustables.

»Aleluya, sí. Aleluya. Si tienes un gato en casa, te ves obligada a emascularlo para que no se mee por todas partes durante su época de celo y para que no te cante en plena madrugada un aria pavorosa de desesperación genital. Si tienes un caballo, te ves obligada a caparlo para templarle el carácter. Si tienes a un hombre en tu cama, te ves obligada a llamar a tu amante veterinario para asegurarte de que a ese hombre que duerme en tu cama no se le va a pasar por la cabeza la idea de dormir en otras muchas camas distintas —cientos, millones: un infinito horizonte de camas en su enfermiza fantasía. Aleluya.

»Ahora bien, hermana, si quieres conservar a tu hombre sin recurrir a la castración, solo cuentas con una salida de emergencia: reventarlo sexualmente. (“¡Oh, no, qué indignante! ¡Qué antialeluya!”). Pues eso es lo que hay. La única manera de que un tipo le quite importancia al sexo como categoría abstracta no es otra que la de convertirle el sexo en una pesadilla concreta. (“Ale... ¿luya?”). ¿Qué quieres que te diga, hermana? Si pudieras ver la peli que todos los hombres proyectan en sesión continua en su pensamiento, comprenderías que se trata de un plagio bastante burdo de *El Hombre Lobo en el hospital de las enfermeras calientes*; si auscultases con un fonendoscopio la cabeza de un tío cualquiera, no oirías ese crujido eléctrico que producen las células al meditar sobre asuntos elevados, sino el eco de un continuo chundachunda virtual y obsesionante.

»Hermana, tú eres la princesa del cuento, pero en ese cuento hay monstruos, y a los monstruos hay que aniquilarlos. Si no tienes ganas de apaciguar por activa al monstruo acordeónico, tócale una serenata galante con su acordeónica trompeta mientras miras en el televisor al rebujo de músculos que anuncia la colonia de la seducción instantánea; si no tienes ganas de tocar la patética trompeta de alma acordeónica, sácale al menos brillo como si fuera un picaporte; si no tienes ganas de abrillantar el instrumento de la música submarina, deja casualmente en el cuarto de baño tus revistas de moda y tus catálogos de venta por correo de ropa interior y ya se inventará él alguna cosa. ¡Aleluya! (“¡Oh, no, de ninguna manera aleluya!”). ¿Aleluya no? Pues si nos cargamos de un plumazo ese aleluya, llegará la temida hora del Aleluya Espeluznante: el monstruo de tu cuento de hadas buscará aleluyas por las discotecas o por los bares de alterne, o por los cines porno, o en el Templo de

las Cabinas Individuales, y vuestro aleluya en común comenzará a convertirse en una impostura en común, y vuestro hogar hipotecado se convertirá en un carnaval de máscaras de gesto doloroso.

»Hermana, cuando tu patético galán regrese a casa por la noche (después de haberse pasado el día hablando con sus amigos de espejismos contoneantes con forma abstracta de mujer, después de haber sufrido un infarto freudiano cada vez que veía un anuncio gigante de lencería en las angustiosas avenidas modernas), recíbelo con una ropa interior que haría sentirse como una degenerada sin remedio a la mismísima hija de Belcebú, por si acaso se le ha pasado por la cabeza invitar a comer a su nueva secretaria. Haz que se sienta en su propia casa como en un *peep show*, en el más arcádico de los *peep shows*: sin tener que echar monedas en su solitaria cabina de astronauta del sexo, enfermo de escorbuto. Si te dice que lo acompañes a ver el crepúsculo en la terraza, dile que sí, pero que antes vas a prepararle un cóctel, y le echas en el cóctel cuatro o cinco pastillas de las que les dan a los toros sementales cuando atraviesan un periodo de melancolía. ¿No os parece estupendo? (Ellas, las hermanas, preguntarían a coro, al compás de la música: “¿Estupendo?”, y yo les contestaría: “¡No, horrible, pero fatalmente estupendo!”). ¡Aleluya! (“¿Aleluya?”).

»Oh, sí, hermana, mávalo de sobredosis de sexo. Dios te apoyará y te dará fuerzas. Quédate incluso viuda: será una buena señal. Señal de que hiciste cuanto estaba en tu mano para amaestrar a ese fantoche que te miraba con desprecio cuando salíais de ver la última película de la guirivalkiria elástica, majestuosa en su baño de espuma. Y cástate de nuevo si lo que te gusta es el matrimonio, o échate un par de novios medio neandertales, o todo a la vez. Sí, aleluya, todo a la vez. Y somételes al mismo régimen que al difunto. Conviértete en la Peligrosa Viuda Negra de la Lencería Negra, con el bolso lleno de látigos. Ánimo, hermana: la mantis no se equivoca. Pero no descuides nunca al ridículo Psicópata: él no puede vivir un solo minuto sin pensar en sí mismo y en su misión divina. ¡Aleluya!».

Esa sería, ya digo, mi homilía dominical si yo fuese un predicador, pero, como no lo soy, te diré la verdad, hermana: el Psicópata no tiene corazón, ni mucho menos cabeza. Podrás conseguir que el Psicopríapo te saque una bandera blanca, deseoso de firmar un tratado de pacificación psicológica que conduzca a la reunificación del andrógino platónico, pero el Psicópata seguirá elaborando en secreto sus armas químicas. ¿Antialeluya? Sí, *muy* antialeluya.

Pero es que Yahvé se hizo un lío al crear a los humanos. —Incluso al doctor Frankenstein le salieron las cosas mejor que a Yavhé.

Emascula a todos los tíos de la Tierra tras liarte con todos los veterinarios de la Tierra. Gástate una fortuna en lencería. Cultiva, si quieres, la manía de la ninfa. Pero allí, en su infierno legamoso, estará siempre el Psicópata, escupiendo por la comisura de los labios con la suficiencia de un canalla sin escrúpulos, y ya sabes lo que eso significa. «¿Qué significa?». Pues que aun asfixiado, endeble, exhausto y saciado de ti, enamorado de ti, loco por ti, el Psicópata se fijará en la primera mujer con la que se cruce por la calle y jadeará como un perro satírico, asfixiado por su cadena. Desvanecido, desmayado, desfalleciente, el Psicópata aullará por la primera desconocida que medio le guste, y se lo comunicará de inmediato al Psicopríapo, que se echará las manos a la cabeza, desesperado. Porque el Psicópata es un gran fanfarrón incurable, con su estúpido orgullo de ludópata del casino de Venus... El Psicópata es como esos tipos que salen en las películas del Oeste: les pegan siete tiros mortales de necesidad y aún pueden arrastrarse por el suelo del saloon, recuperar su pistola y cargarse a media docena de forasteros. Hermana, ni siquiera uno mismo tiene autoridad sobre el Psicópata, ese pequeño planeta autónomo y mutante, con atmósfera cero.

Fede y su padre tenían que mantener a raya al Psicópata mediante métodos manuales y autodidácticos, víctimas de sus psiques de resortes paleolíticos. Mi padre, en la época del Camerún, tenía al Psicópata desatado y no paraba de llevar de turismo al Psicopríapo por cuevas exóticas, para desesperación de mi madre y tal vez de él mismo. Yo, por mi parte, comenzaba a padecer la dura tiranía de mi joven Psicópata, que ya había abierto los ojos al mundo. Como una cría de cocodrilo.

15 *Boby Arias. El toreo como arte homosexual.* *Crac de marisco*

La realidad es como una obra de teatro de segunda categoría: cuando menos te lo esperas, aparece en escena un personaje absurdo que dice algo así como: «¿Qué tal? Mi nombre es Boby. ¿Cómo os ha ido la vida hasta ahora sin mi ayuda?».

Pues bien, un día llegó a casa Boby Arias, mi tío, para pasar una temporada con nosotros —ignoro para qué, ya que las visitas son siempre un misterio provisional: llegan y se van como la varicela o como el viento y te preguntas para qué han venido, y nunca logras saberlo del todo. Como la varicela. Como el viento.

Mi tío Boby Arias, el hermano mayor de mi padre, había sido hasta su jubilación el encargado de un casino de Biarritz y tenía esa pinta mefistofélica que suelen tener los encargados de los casinos: alto, delgado, dedos largos — con un par de anillos de un barroquismo impensable— y un bigote de spaghetti en espiral: algo así como dos antenas de mosca surrealista. Mi tío Boby, en fin, parecía un personaje de película del tipo ingleses-en-la-India, de esos que se tapan la nariz con un pañuelo ante un comistrajo típico y que se sienten como elegantes alienígenas en un planeta salvaje y retrógrado al que han sido enviados para cumplir una delicada misión antropológica o económica por expreso deseo de S. M. la Reina —esa que se viste de gran reina marciana en las celebraciones y que ha traído al mundo a pequeños príncipes con orejas de marcianos peligrosos.

Mi tío Boby no se llamaba Boby, por supuesto, porque nadie en este mundo se llama Boby, a pesar de que el mundo esté lleno de bobis. Boby era su pseudónimo: su mascarilla nominal. Nunca supe, ni intenté saber, su nombre verdadero, y en mi memoria se ha quedado con ese nombre de perrillo: Boby. Boby... (*Corre detrás de este hueso*). Bueno, si eliges ese nombre, si permites que la gente te llame así, es que algo raro pasa. Y yo oía cosas raras referidas al tío Boby, esas cosas inconexas que uno oye al azar y

que luego, al unir las, no dan como resultado una sospecha, sino una evidencia: el dibujo del *puzzle*.

El tío Bobby, a pesar de su pseudónimo y de sus inclinaciones sexuales, tenía mucho prestigio en la familia porque era un Arias que había logrado salir al extranjero y vivir allí un buen montón de años: un Arias perdido de vista es un Arias mítico. —Mi abuelo y mi padre lo eran. Hasta yo, en cierto modo, lo era. Míticos en cantidad.

Mi tío Bobby hacía mejores migas con mi madre que con mi padre, y se pasaba el tiempo sugiriéndole detalles decorativos y dándole recetas de guisos franceses de vanguardia. Ante aquel menosprecio, mi padre se iba al mueble bar y se aliviaba por su cuenta, poniéndose de ron como un pirata, porque, en aquella época, las tajadas de mi padre eran broncas y existencialistas, desgarradas y silenciosas, como las cogorzas de los sordomudos. —Tajadas vengativas, revanchistas. Tajadas reivindicativas, como de líder sindical de los borrachos españoles.

«Os convido a los toros», dijo una tarde mi tío, saliendo de su cuarto con un terno de lino color hueso que le daba un aspecto de mefistófeles colonial.

Los toros. Los toreros. —Mi idea del paraíso español iba tomando encarnadura.

Los toreros.

Mi padre farfulló que no, que él no iba a los toros, que nos fuésemos nosotros. De modo que mi madre se disfrazó de duquesa y me obligó a que me vistiera de domingo y a que me rociara de colonia —aquella de tufo alegre y dominguero, picante como un limón.

El tío Bobby hizo un arco con el brazo y le ofreció aquel hueco mundano y galante a mi madre, que no tardó en meter su brazo en él, y nos fuimos a los toros.

Los toros. Los toreros.

Unos tipos salen por una puerta vestidos no sé si de *stripper* fantasiosa o de marica rococó, con su atuendo de pequeña y luminosa Campanilla de Walt Disney. Todos en reata, como en el colegio. Con calcetines de color rosa. Con mucho oro, igual que los negros de Harlem enriquecidos por el auge del *crack*. Y con un gorro parecido a la cabeza de Mickey Mouse. Y con una capita bordada con la imagen de un cristo o de una virgen como los que ponía Fredo en sus altares. Y al poco sale un toro. Y unos se ponen a abuchear al toro, y otros se ponen a decirle al toro que es una cabra o un gato. Y luego aparece el caballo Clavileño, blindado como un tanque y con los ojos vendados. Y al toro no paran de joderle la vida a cada instante, pinchándolo y

clavándole cosas, y haciéndolo correr detrás de un trapo, y metiéndole una espada al final, y sacándole luego la espada como el rey Arturo sacó Excalibur de la roca, y, una vez muerto (patas arriba, y las patas moviéndose en un espasmo nostálgico de la vida y las dehesas), le cortan las orejas, y el tipo vestido de complicada fantasía homosexual coge las orejas y se pasea con esa porquería por el ruedo, y el público le aplaude y le pide que le lance esa porquería, y el torero le lanza al público la porquería, y el público se pelea por conseguir el despojo, la porquería, el Trofeo, y el público no puede aplaudir y a la vez luchar por conseguir el despojo lanzado por el matarife, de modo que algunos prefieren seguir aplaudiendo y otros optan por luchar por la posesión del Trofeo del héroe, y los espectadores que dejan de aplaudir provocan un hueco, un vacío, una nada sonora en medio de los miles de aplausos: se oye el silencio de hiena de los que pugnan por conseguir el despojo, el Trofeo.

El público también arroja cosas al torero: zapatos, mantones, cigarros y sombreros flamenquistas, y el ruedo parece el suelo de un cuarto de hotel en la noche pornofamiliar de boda. Y le arrojan también ramos de flores, y el torero se pasea sonriente con los ramos de flores, en el colmo ya del delirio gay.

Peor que el fútbol, o sea. Porque al menos en el fútbol no le cortan las orejas al portero al que le meten el gol ni los jugadores se ponen calcetines de color rosa ni chaquetillas de lentejuelas doradas que ruborizarían al mismísimo Lindsay Kemp en primavera.

Yo tenía ganas de vomitar. De vomitar encima de mi madre y de mi tío Bobby, para ser más exacto.

Mataron a seis toros y me acordé de mi abuelo. Mi abuelo hubiese apuntado con su escopeta a cada uno de los seis toros y los hubiera matado de manera limpia, y hubiera disecado sus cabezas. Mi abuelo nunca se hubiera puesto esos pantis bordados con lentejuelas doradas, porque mi abuelo era un cazador, no un marica reprimido.

Después de aquella masacre, mi tío Bobby nos llevó a un bar de la calle Alcalá a tomar gambas. *Después de aquella masacre*, mi madre y mi tío tenían apetito, y se comieron todas las gambas. Una por una, pelándolas, pelando meticulosamente esos insectos de mar que crujían como cucarachas pisoteadas. (Crac). Y mi madre se reía con las ocurrencias de tío Bobby, y, al reírse, se le veían los restos de gambas incrustados entre los dientes. Y tío Bobby se pasaba la servilleta por su bigote spaghetti y daliniano, y yo me tomaba mi Fanta Naranja con la misma mueca de desprecio que ponen los

matones de las películas cuando se toman un *whisky* en compañía de toda la morralla gangsteril.

Las gambas llenaban el aire de un olor a mar químico. Y yo seguía con ganas de vomitar encima de mi madre y de mi tío Bobby, porque las gambas siempre me han dado muchísimo asco. (Mi hipótesis al respecto es la siguiente: las gambas son unas cucarachas ultragalácticas que llegaron de un lejano planeta hace miles de años y que se tuvieron que refugiar en el fondo de los mares porque las amas de casa primitivas se las cargaban con sus escobas de pelo de mamut, por la mucha repugnancia que les cogieron a esos insectos zancudos, transparentes y apestosos, hasta que, gracias a los vaivenes culturales y a las grandes hambrunas de la Edad de Bronce, la gente decidió que las gambas no solo eran comestibles, sino además deliciosas, y por esa razón histórica mi madre y mi tío Bobby se comían las gambas, y pagaban una fortuna por comerlas, por masticar esa carne blanda y nauseabunda).

Cuando volvimos a casa, mi padre estaba tirado en el sofá. Sobre la mesa había una botella de ron casi vacía, un cuenco lleno de aceitunas y un solitario hueso de aceituna dentro del cenicero.

«No sabía qué hacer, señora», dijo Luchi, la criada que traía por la calle del onanismo compulsivo a Fede. «No te preocupes», dijo mi madre, mientras mi tío se tocaba los bigotes corniveletos y movía la cabeza con gesto de fatalismo —el mismo gesto que habría dedicado miles de veces a los clientes del casino de Biarritz cuando perdían hasta los empastes.

«Ayúdame a llevarlo al dormitorio, Bobby», dijo mi madre con un tono de mártir. Al hacer fuerza para levantar el bulto de alcohol y de sueño que era mi padre, mi madre abrió mucho la boca, y aún se le veían entre los dientes algunos restos de gamba.

16 Síntomas de la satiriasis. El Libro de los libros. Y un secreto

En cualquier enciclopedia sería podrán encontrar ustedes una definición parecida a esta que sigue: «Un varón adolescente es un estúpido magma prefilosófico que tiene granos en la cara y que padece superávit seminal». Qué duda cabe. Los granos de la cara te salen por el exceso de semen, el exceso de semen te conduce a la masturbación y la masturbación te provoca la proliferación de granos en la cara: esa es la gran metáfora del advenimiento de la adolescencia, una época de tu vida en que está dislocada la relación causa-efecto, porque todo son efectos: los granos y las pajas —por así llamarlas. Si te haces pajas, te salen granos. Si no te las haces, también. (Y esa contradicción dejaría estupefacto al propio Gorgias de Leontini —que era un sofista de ahí te quiero ver—, aunque no así a Sigmund Freud, que se las sabía todas). La adolescencia es un grano que te sale en el alma, y no sabes si ese grano te ha salido a causa de las pajas o por no haberte hecho las pajas suficientes. Sea como sea, cada vez que me salía un grano en la cara, mi madre lo observaba con ojos cirujanos y me decía: «Voy a tener que amarrarte las manos a la espalda», así, con pedagogía sibilina, llena de sobrentendidos.

Yo no llegaba a las cotas de vicio que había alcanzado Fede, pero también andaba metido en una creciente espiral de cascamiento y en un camino de disipación virtual que llevaba inevitablemente al cuarto de baño, convertido en el templo alicatado de Onán, aquel personaje bíblico que disponía de un Psicopríapo autónomo y de una mano demasiado urgente.

En el colegio de curas en el que me matricularon, yo hacía lo que todos: meterme en broncas de vez en cuando, cometer perjurio en el confesonario y pintar en las pizarras elefantiásicos órganos sexuales masculinos y sistemas mamarios femeninos macrodimensionales, aparte de las labores intelectuales propiamente dichas.

A la vuelta de los años, mi recuerdo del colegio es apenas un olor a sopa de gallina de laboratorio y un olor a sotana —y las sotanas huelen a indefinible catacumba ¿visigótica? En un olor insignificante puede haber una selva, una mujer o un desierto. Si las galaxias oliesen a algo, las galaxias cabrían en un olor. (El miedo es un olor. El amor es un olor). Olores aparte, cuando estás en un medio hostil tienes que establecer mecanismos de defensa personal. Digo esto porque los niños de España tenían la mano muy suelta y andaban todo el tiempo pegándose cates. Ibas por un pasillo y sentías una palmatada en el cogote. Bajabas una escalera y un pie surgía de la Nada con la indudable intención de que tropezaras con él y salieses rodando como una pelota humana y fatalista. Estabas en el recreo comiéndote tu bocadillo y una mano hostil te arrancaba el bocadillo, y el bocadillo padecía al instante un proceso de desintegración.

En Viena, sin ir más lejos, los niños, antes de saber incluso por dónde tienen que orinar, ya han cantado a Mozart a siete voces. Pero en Madrid la prodigiosidad se medía con otra vara. El niño más prodigioso de mi colegio era un gigante gordo y de piel muy blanca que se creía con derecho a zurrar a todo el mundo por el simple hecho de saberse de memoria las aventuras del Capitán Trueno, por haber ganado un premio en el campeonato escolar de carreras de sacos, por conocer el nombre científico del pito y del tete (su padre era médico: una gran biblioteca llena de guarrerías, con estampas de tejidos diseccionados y de gente despellejada), por ser dueño de una bicicleta con cambio de piñón y por tener la habilidad de beberse un litro de gaseosa de un solo trago y con la nariz tapada con plastilina: un niño prodigio genuino, ya digo. (Auténticamente prodigioso: uno de esos monstruos que crea de vez en cuando la Naturaleza para no extinguir la raza de los policías torturadores, de los banqueros especializados en desfalcos o de los asesinos que previamente torturan a sus víctimas). Había otro niño que siempre estaba acariciando y transmitiendo calor a las crías de pájaro que se caían de los nidos, pero aquellos volantones se le morían siempre entre las manos, y él los enterraba, y clavaba una cruz de caña en la tumba del pajarillo. Otro, por el contrario, andaba siempre apedreando a los gatos, y presumía de haberse cargado ya a tres en su aún corta carrera profesional como matagatos. También había uno que se sabía al dedillo la vida de Hitler. El surtido.

La vida en el colegio, en fin, resultaba peligrosa. Y es que la ley salvaje es un misterio: ¿cómo pueden sobrevivir las delicadas gacelas, los ingenuos cervatillos y los soñolientos koalas a la chulería sanguinaria de los tigres, los leones y los lobos?

Yo entraba en la categoría de los leones, ¿no? Lo malo es que me atacaban unos leones mayores que yo, y además en manada. Me señalaban con el dedo y me decían: «Walter», con sorna, y se reían de mi acento, en el que aún palpitaba algún deje colombiano.

Medité una solución, y el resultado de mi meditación comenzaba por la insólita letra k: kárate.

El primer día en que me hice pasar por karateka, para dar un poco de verosimilitud a mi impostura, me fui para un alfeñique, esclavo evidente de Onán, y le pegué tres golpes bastante artísticos en la barriga, en el colodrillo y en los riñones, por este orden. A continuación, a la vista de todos, me puse a practicar visajes de *ballet* marcial del Extremo Oriente, inspirándome en los que había visto hacer a los camorristas asiáticos en las películas. Y, por raro que parezca, el ardid surtió efecto. Resulta fácil: elige una identidad disparatada, la primera que se te ocurra, y la gente se encargará de difundirla por el cosmos: «Walter sabe kárate».

En cuanto olía un poco el peligro, tensaba mis manos y ensayaba posturas amenazantes. Cuando me cruzaba con algún niño desaventajado por naturaleza, le amagaba un golpe de apariencia letal, y el niño se daba a la fuga, pensando: «Walter sabe kárate».

Yo temía que, en cualquier momento, la Fatalidad echara por tierra el frágil edificio de mi farsa, pero ese día, afortunadamente, no llegó nunca: si eres dueño de una gran mentira, de una gran locura o de una gran demencia, la gente te respeta. (Naces príncipe y hasta los más tacaños se compran una banderita para agitarla a tu paso en el desfile triunfal. Dices que eres Napoleón Bonaparte y hasta los psiquiatras tienen que tomarte en serio y elaborar informes sobre tus engranajes defectuosos).

Mi súbita identidad de karateka y mi pasado de Arias paseado por el mundo acabaron dándome prestigio ante los niños españoles, porque ellos no habían ido más allá de la sierra de Gredos —o a alguna playa del Levante los pertenecientes a familias más aventureras. Como es natural, tenía que inventarme cosas, aparte del kárate, porque el género humano no se fascina con la verdad, sino con la patraña, cuanto más inverosímil y enrevesada mejor. Y es que el hecho de ir con la verdad por delante puede convertirnos en personas respetables, pero no en personajes míticos. Y yo soy un Arias. De modo que, por ejemplo, yo era un Arias que había cazado elefantes y leones en Kenya con mi abuelo... Pero algunos niños me pedían pruebas, y lamentaba que mi madre se hubiera deshecho de los animales disecados y de la quincalla africana que había coleccionado mi abuelo con la intención de

dejar testimonio de sus andanzas de senectud. Si mi madre no hubiera tenido un resorte lunático y pavloviano con África, con *todo* lo de África, yo hubiese podido llegar cualquier mañana al colegio con un escudo masai o con la cabeza disecada de un antílope. Pero, bueno... Yo era un Arias (blablablá) que me había perdido en la selvas bogotanas y que había padecido el acecho de la manada de los hombres-murciélagos, que te desangran en cuanto te duermes; yo había logrado ver al degenerado animal llamado perico ligero, que es arisco, deforme y voluptuoso, y que, según la mitología indígena, se apareja con hembras de cualquier otra especie si no tiene a ninguna de la suya a mano, y luego se las come crudas; yo era un Arias que había logrado domar al cuadrúpedo que en América llaman encubertado, parecido al caballo pero con pellejo de lagarto y lengua de áspid; yo había sido vecino de Walter Peter, el detective más famoso de Colombia...

Los niños del colegio se lo creían y no se lo creían, porque la mente humana está concebida para albergar cualquier tipo de duda: la duda ante la verdad y la duda ante la mentira. Incluso la mentira desenmascarada te da más prestigio que la verdad irrefutable. (Si lo aprendes pronto, te irá bien en el fraudulento y freudiano negocio de la vida. No lo olvides). Pero, se lo creyeran o no, mi prestigio de cosmopolita y de niño valiente era cosa chupada: ya tenía derecho a rugir en aquella selva.

Por aquella época, en fin, comencé a ponerme fornido, vigoroso: ese tipo de constitución que mucha gente confunde con la gordura. Si algún niño padecía esa confusión y me llamaba gordo, podía estar seguro de que iba a percibir el pedernal de mis manos karatekas en su dentadura o en su hígado. Porque la gordura es una cosa y la fortaleza otra. La gordura es blanda y la fortaleza es recia. La fortaleza necesita el recinto de un cuerpo ancho que la albergue, porque los empajillados como Fede —por citar a alguien— no son capaces de levantar un cerillo y porque los gordos gordos, por su parte, no pueden siquiera con su propia gordura.

Un día llegó al colegio un equipo médico para tallarnos, pesarnos e inmortalizar la medida de nuestro perímetro torácico en unas fichas. Como si fuésemos vacas. Luego, con arreglo a nuestra constitución, nos daban la categoría de asténicos, atléticos o pícnicos, según. Los asténicos eran los endeble, los atléticos lo que su nombre indica y los pícnicos los gordos. A mí, o sea (oh, Zeus), me atribuyeron una constitución equivocada, pero a los médicos no podía pegarles un golpe de kárate. Porque no soy gordo, y nunca lo he sido en sentido estricto. Si lo fuese, ¿qué más me daría reconocerlo a estas alturas —cuando ya todo está perdido—, cuando ya todo camina hacia

su desintegración molecular en el gran cosmos, cuando avanzo tembloroso hacia el último acto de esta larga comedia digresiva y sin argumento que el público no sabrá si aplaudir o patear? Tengo, sí, un enorme esqueleto, y un pensamiento excesivamente errático, y un corazón extravagante, y un montón de dudas filosóficas. Pero no soy lo que se dice un tipo gordo. (Además, todo esto del peso es relativo y depende de la ley de la gravedad que esté vigente en cada planeta: en Marte, por ejemplo, un tipo de ciento cuarenta kilos pesaría tan solo cincuenta y cuatro). El equipo médico tampoco se olvidó de hacer constar en una ficha una ligera malformación, prácticamente imperceptible, que padezco de nacimiento en el tobillo derecho: un pequeño lío que se formaron los huesos al alinearse, igual que inexpertos reclutas. — Lo que se dice nada, porque habría que ser un verdadero especialista en locomoción para notar su incidencia en mis andares. Además, esa pequeña tontería me permitió librarme del servicio militar, cosa que nunca dejaré de agradecer a esos huesos despistados. («Ataquemos a los indios chewpekas por el desfiladero del lago Chipawaki», exclamó el brigada Garmendia).

En fin, con mi incorporación al colegio, mis ratos libres estaban contados, de modo que Fede tenía menos ocasión de poder calentarme la cabeza con su eterna conversación de monotemas sicalípticos. Pero Fede era algo así como el fantasma rijoso y seminal del edificio y resultaba difícil esquivarle.

Un día, bajé a su piso y me enseñó una punta de revistas eróticas que su padre había comprado a un francés que no quería que, tras su muerte, aquella valiosa hemeroteca fuese destruida, como una Biblioteca Porno de Alejandría, por su hija —que debía de ser una de esas damas que odian al Psicópata, el monarca de los Bajos Fondos. El padre de Fede, acostumbrado al trespeseteo, pagó por aquel lote una suma califal, porque él daba mucho valor a las cosas marranas, y de ahí la razón del dispendio.

Entre todas aquellas cajas llenas de papel cuché estampado con imágenes de muchachas con bragas o sin ellas, con sostén o sin sostén y chingando con tíos o solitarias, apareció un viejo libro, amarillento y medio fósil, titulado *De las enfermedades que resultan de los excesos sexuales, hábitos solitarios o del contagio, e instrucciones para obtener su completo restablecimiento*.

Mi primera reacción fue la de arrojarlo a la caja como si se tratase de un nido de microbios. Pero la curiosidad es siempre más fuerte que la voluntad, aunque sepamos que la satisfacción de ciertas curiosidades va a fastidiarnos el día, o la vida. De modo que volví a coger aquel libro, miré el índice y localicé el capítulo titulado «Masturbación (vicios onánicos)». Una grata sorpresa: las pajas tenían bibliografía. Las pajas eran una cosa erudita.

Bueno, bueno, el tío que había escrito aquello sabía de lo que hablaba: «abominable azote», «repugnante excitación genital»... Se me iba poniendo el vello de punta al ver desvelado científicamente en cada renglón mi mayor secreto, mi mayor secreto dicho a voces —algo así como si un modesto frutero de Zaragoza que acepta con resignación el que su mujer se la pegue con el campeón local de dominó abriese una mañana el periódico y leyera en titulares: EL CASO DEL COMPLACIENTE FRUTERO CORNUDO DE ZARAGOZA.

En aquel libro de poco más de cien páginas —amarillas de tiempo y de morbosidad— estaba la historia esencial del mundo: la difícil convivencia entre el hombre y el Psicópata.

Leyéndolo, me enteré de muchas cosas extrañamente útiles, pues, por raro que parezca, la lectura resulta siempre instructiva: te enteras hasta de lo que no tenías ningún interés en enterarte.

En principio, por ejemplo, la gente anda muy equivocada con lo de Onán, ya que Onán no se la cascaba a todas horas como si fuese un Fede en versión bíblica. No. Lo de Onán era más complicado.

Muerto Er, hijo mayor de Judá (Génesis 38), tocaba a Onán casarse con Tamar, viuda de su hermano, para hacerle tener sucesión y engrandecer así el pueblo de Israel con pequeños israelitas. Pero ¿qué pasaba? Que si Onán tenía un varón con su cuñada viuda, ese varón le arrebataría los derechos de mayorazgo y, en consecuencia, la herencia de su hermano. Un enredo más propio, en fin, de una teleserie uruguaya que del Antiguo Testamento. ¿Y qué hacía Onán? Lo que hubiéramos hecho todos: tirarse a su cuñada y correrse fuera, si se me permite la expresión. (Y Dios decidió cargarse a Onán no por pajillero, sino por no verter el semen donde debía).

El autor del libro no lo explicaba, pero lo de onanismo puede venir de la necesidad de Onán de tener que pegarse tres o cuatro golpes definitivos cuando la sacaba de la cuevecilla embrujada de Tamar, porque todo el mundo sabe que los últimos golpes son los que verdaderamente importan.

Aquel libro era mucho más instructivo de lo que sospeché en un principio, así que, en un momento de despiste de Fede, me lo metí dentro del pantalón.

En mi templo alicatado de Onán, seguí leyendo. Y leyendo se entera uno de cosas. Se te va metiendo la información en la cabeza para no salir nunca de allí: lo que lees se te graba en el cerebro, como un tatuaje. Y si lees mucho, te conviertes en un sabio de la hostia, porque tienes más tatuajes en el cerebro que un macarra del Bronx en los brazos. Pero si no lees nada, en vez de tener tatuajes lo que tienes en el cerebro son calcomanías, y no vales una peseta.

Aquel libro me tatuó mucho el cerebro. Me enteré, por ejemplo, de que las tías también se hacen pajas: «Los cosquilleos, titilaciones o frotos más o menos rápidos sobre el clítoris con el dedo o con un instrumento cualquiera hasta la producción del espasmo voluptuoso». Leyendo se entera uno de cosas, sí. Ya lo creo. Y yo me enteraba de que el clítoris era algo así como el Psicopríapo de las mujeres. (Clítoris, que suena a ensalmo: «*Clítoris salam abduba*», o algo de ese estilo, y se abre la cueva del tesoro...).

Hay palabras misteriosas que, aun sin conocerlas, sabemos lo que significan (como «maeblo», «admónito» o «cabestrante») y otras palabras vulgares que nunca sabemos del todo lo que significan y que todo el mundo usa de mala manera (como «atrabiliario», «cerúleo» o «plausible»). Clítoris suena a seda, a nombre de sirena, a humedad de gruta acuática, ¿no?

Yo podría haberle dicho a mi madre: «Mamá, tengo una curiosidad pedagógica», y mi madre, poniendo cara de afable pedagoga, me hubiese preguntado: «¿Y bien?», y yo le hubiese dicho: «Tengo cierta curiosidad intelectual por ver un clítoris». No hubiera estado mal el lío, y mi cultura general se hubiera visto incrementada —ya que, hasta varios años después, estuve convencido, como ya he dicho, de que el clítoris era una especie de Psicopríapo enano y membranoso que las mujeres se metían a sí mismas en las horas muertas de las melancolías aristotélicas (?)—. Pero no le hice aquella propuesta a mi madre, por lo que tenía de antinatural, sino a Luchi, la criada. Y Luchi, que no sabía que el clítoris se llama clítoris, aunque se lo veía venir —por aquello que ya he explicado de las palabras misteriosas—, se lo dijo a mi madre, y mi madre me dijo que si volvía a verme con el hijo del portero me metería en un internado.

Otros fragmentos de aquel texto científico no los entendía entonces ni los entiendo ahora, cuando anda ya uno curado de espanto y de exégesis. Por ejemplo: «La masturbación vagino-uterina es, felizmente, casi desconocida entre nosotros, pues denota una habilidad consumada en el arte de inventar placeres nuevos, habilidad inherente a la ociosidad, y en la que caen las mujeres de cierto rango del Japón y de la China, así como las odaliscas que pueblan los harenes de la India. Estas grandes ociosas, estas asfixiadas de amor, tienen siempre despierto su sentido genésico en aquellas cálidas latitudes, viéndose estimulado además por las dietas abundantes y afrodisíacas que se suelen servir en los serrallos. Pues bien, estas mujeres se producen el espasmo venéreo determinando un sacudimiento lento y continuo del sistema nervioso genital por medio de un curioso instrumento consistente en dos esferas metálicas del tamaño de un huevo de paloma. Una de estas

esferas, llamada *el macho*, encierra una bola de metal, maciza, que es algunos milímetros más pequeña que aquella y que puede, por tanto, girar fácilmente en su cavidad; la otra esfera está enteramente vacía. La esfera vacía se introduce en la vagina hasta el cuello del útero y la otra, *el macho*, se coloca a continuación de la primera, de modo que la toque. El más mínimo rozamiento de los muslos hace rodar el contenido sólido de la esfera que lo engloba; el sacudimiento que resulta, amplificado por la esfera vacía, que vibra a su vez, se comunica al sistema nervioso de la vagina y el útero, y empieza el eretismo. Llegado a este punto, las contracciones fibrilares del conducto vulvo uterino son suficientes para mantener el temblor lento y uniforme, que bien pronto conduce a la mujer al máximo de excitación, procurándole un espasmo de intensidad delirante».

Uf. Aquello era como leer las instrucciones de manejo de un reactor nuclear o como oír hablar a un Premio Nobel de Física que hubiese sido obligado a mezclar anfetaminas con mezcal antes de la conferencia. Pero una cosa me quedó clara: las tías se la cascan con artilugios. Las tías son ingenieras del sexo, arquitectas del artificio erótico, expertas en bricolaje sicalíptico.

Yo iba por la casa mirándolo todo, mirando todos los objetos que mi madre y Luchi se podían meter para provocarse un Espasmo de Intensidad Delirante (un EID): los jarrones, los tapones de las licoreras, el teléfono. Todos los objetos me resultaban sospechosos.

Se lo dije a Fede: «Las tías se meten cosas». Fede, que era un bulto salvaje lleno de esperma, con un cerebro hecho de espermatozoides majaras terminales, puso cara de sorpresa: «Claro que se meten. ¡Esto!», y se llevó la mano a la bragueta para dar contundencia científica a su afirmación.

Y es que, aunque lo amarrasen de por vida a la pata de la mesa de un psicopedagogo, Fede nunca podría comprender los refinamientos de la sexualidad, que era algo que para él se limitaba a un pasatiempo obsesivo en el que se la metías a alguien o te la apañabas tú solo con el apoyo logístico de una revista o de un almanaque de cabina de camión. Sin más historias. «¿Que las tías se meten dos bolas?», me preguntaba Fede con ese gesto que la gente les pone a los locos. Y luego decía: «¡Estas bolas!», y se volvía a echar la mano a la bragueta.

Yo hubiera podido dejar a Fede en ridículo, haciéndole ver que no era más que un onanista en peor situación incluso que Onán —aquel tipo que no estaba limpio ni de polvo ni de paja—, solo con enseñarle el libro científico sobre las guarrerías, pero no podía hacerlo porque se hubiese dado cuenta de

que se lo había robado y me hubiera obligado a devolvérselo o a pagárselo. Y yo quería conservar aquel libro. Mi padre tenía las *Obras escogidas* de Sigmund Freud y yo tenía aquel libro: una familia equilibrada.

Aquel libro, como decía, me enseñó muchas cosas. Entre ellas, el nombre exacto del vicio que aquejaba a Fede: satiriasis, cuya definición reza así: «Enfermedad muy rara, que tiene asiento en el cerebelo y que de ahí irradia al sistema genital, caracterizada por una turgescencia continua de las partes genitales y por una lascivia sucia que pide ser incesantemente satisfecha». Aquel tío había calado a Fede, no cabía duda. Fede era el Rey de la Satiriasis. El cerebelo de Fede era una granja de satiriasis. Con los kilos de satiriasis que Fede tenía almacenados en la cabeza se podrían quedar embarazadas, en un abrir y cerrar de ojos, todas las mujeres de la India y del sur de China.

Pero no solo era lectura amena e instructiva lo que deparaba aquel libro, ya que no existe cosa en el mundo que no contenga su pequeña cápsula de terror latente. Digo esto porque a veces me entraban sudores fríos si, por ejemplo, leía que los síntomas del enfermo de satiriasis consistían en que «la imaginación se alimenta solo de ideas lascivas, los sueños se pueblan de quimeras eróticas y a veces se interrumpen por poluciones, y al despertar el individuo se encuentra sin fuerzas, pero los deseos aumentan de intensidad, se le torna encarnada la cara, se le pone espumosa la boca y los ojos manifiestan los ardores de la carne». ¿Tenía yo también satiriasis? El autor del libro decía que se trataba de una enfermedad rara, y ya sería mala suerte que la hubiéramos pillado dos tipos que vivíamos en el mismo edificio. (¿Era la satiriasis contagiosa? ¿Se había traído el virus mi padre del Camerún?).

Nada más levantarme (sin fuerzas, después de haber soñado con *Miss Agosto*, *Miss Septiembre* y *Miss Octubre*; después de haber polucionado) me iba corriendo al cuarto de baño para mirarme en el espejo y ver si tenía la cara roja, la boca espumosa y los ojos de obseso sexual. Y siempre me notaba algo: la cara enrojecida, la boca como un río de saliva, los ojos desorbitados por el abominable deseo de la carne.

«Fede, tenemos satiriasis». Se lo dije con tranquilidad, para no alarmarle. Cuando le expliqué en qué consistía nuestra enfermedad, Fede me aseguró que todo el mundo tenía eso y que el cerebro humano solo servía para que pudiéramos dar un poco de conversación a las tías antes de metérsela hasta el fondo. De nuevo, hubiera bastado con que le leyese lo que decía el Libro, pero aquello no podía ser.

Satiriasis, bueno. Otros tienen cosas peores. Otros nacen con tres o cuatro orejas, con un diencéfalo propenso a la piromanía o con la cabeza en forma de

calabaza sonriente. En la lotería macabra de las enfermedades a todo el mundo le cae algo, aunque sea la pedrea de una alergia o de un catarro crónico, porque las bacterias, los virus y toda esa basura microscópica tiene que vivir de algo. Y a mí me había tocado la satiriasis.

Como yo tenía mala conciencia por haber robado a Fede el Libro, procuraba compensar mi villanía por vía pedagógica, de modo que le preguntaba... no sé, por ejemplo: «Oye, Fede, ¿tú sabes qué es la vagina?», y él, naturalmente, me respondía que no, atónito, igual que si alguien le hubiese preguntado el significado de la expresión «nenúfar luctuoso». Cuando le explicaba lo que era la vagina, para así ampliar su cultura sexológica, él, sonriendo como un hombre de mundo, me decía: «¿Que el chocho se llama vagina? Tú estás muy confundido, chaval». Pero yo insistía en la culturización de Fede, ya que si de mayor iba a convertirse —según todos los indicios— en un maníaco sexual, lo menos que podía hacer era manejar con desenvoltura la terminología. («O sea, ¿que el cabezón resulta que ahora se llama glande y no cabezón?». Pero yo insistía).

La única pregunta cultural que me hacía Fede de vez en cuando era: «¿Y eso de la satiriasis nuestra no tiene cura?», con tan mala suerte, que aquella era la única respuesta científica que no podía darle, ya que el Libro solo exponía los horrores de la satiriasis, pero no decía nada de la existencia de algún tipo de antídoto, o al menos de algún tipo de jarabes, pastillas o pomadas que aliviase sus síntomas, no exentos de pavor para el enfermo.

«Se me ha ocurrido un negocio», me dijo Fede un día. Tratándose de Fede, yo sabía de antemano que, cualquiera que fuese aquel negocio, tendríamos de socio al Psicópata. Y así fue.

El negocio concebido por Fede consistía en que yo captase como clientes a los chavales del colegio para un sistema de alquiler de semipornografía, a saber: yo llevaba a niños en Edad Difícil al piso de Fede y Fede les alquilaba las revistas. Yo captaba a la clientela, Fede aportaba la mercancía y los clientes se la cascaban según su estilo: una perfecta cadena de producción.

No me pareció mal: inversión cero, producto de utilidad universal y ganancia neta. (¿Puede decirse lo mismo de algún otro negocio?). Además, contábamos con expectativas de ampliación y expansión comercial basadas en la película porno americana: «Cuando mi padre consiga el proyector, nos forramos, Guártel».

Yo llevaba a mis compañeros de colegio en grupos de tres o cuatro, a razón de un duro el alquiler. Fede y yo —después de mucho discutir—,

íbamos al cincuenta por ciento en las ganancias brutas —que eran las netas, circunstancia insólita en cualquier ganancia.

Al principio montamos el pajódromo en el piso de Fede, aprovechando las ausencias de su padre, pero su padre, el fauno turbio y baboso que inventaba piropos bestiales en honor de las criadas del edificio, interrumpió una sesión con malos modos, diciendo que le íbamos a llenar toda la casa de leche y de microbios, y tuvimos que desplazar el campo de operaciones al sótano, del que Fede tenía una llave. Así que en la lobreguez del sótano, con los pantalones en los tobillos y con una revista en la mano, los chavales se la machacaban metódicamente, armónicamente, como una orquesta genital y sollozante.

El negocio no podía ir mejor. Se trataba de explotar comercialmente la satiriasis de mis compañeros de colegio. Y resultó que casi todos padecían una satiriasis de caballo. El colegio era una fábrica de satiriasis. Nos la habíamos contagiado unos a otros. Todos. Hasta los curas la habrían pillado a esas alturas y soñarían con monjas vestidas de vampiresas nazis y todo eso, o con monaguillos.

«Lo malo de los buenos negocios clandestinos es que acaban resultando demasiado populares», dijo el Demonio.

Un día, el rector del colegio me mandó llamar a su despacho. «He oído cosas por ahí. Cosas muy feas». Y así durante un rato, dando esos rodeos sibilinos que solo saben dar con maestría las serpientes y los curas. «Cosas muy feas», repetía. Pero, como buena serpiente y buen cura, no fue al grano, sino que dejó en el aire unos amenazantes puntos suspensivos... Señal, en suma, de que no sabía nada en concreto.

Al volver a casa, mi madre me dijo: «He oído unas cosas muy feas...». Aquella parecía ser la frase del día. «He oído cosas muy feas que espero que no sean verdad», me dijo mi madre, y dejó nueve puntos suspensivos en el aire antes de decirme que la había telefoneado el rector para comunicarle que Había Oído Cosas Muy Feas, aunque esas cosas muy feas, hasta el momento, eran solo rumores sin confirmar. Cosas muy feas y rumores sin confirmar: lo peor que puede pasarte. Porque ahí entra todo: el robo, la cleptomanía, el bestialismo...

Aprovechando el momento en que mi madre preparaba uno de esos guisos surrealistas y franceses con arreglo a las recetas de mi tío Bobby, bajé a ver a Fede.

Mi socio estaba ordenando las revistas de alquiler, porque hay que reconocer que se había revelado como un auténtico profesional. «Se ha

descubierto el pastel», le dije con todo el patetismo de que fui capaz. «¿Qué es un *pastel*?».

Tuve que romper mi sociedad con Fede, aunque él siguió durante un tiempo con el negocio, captando alguna clientela adolescente del barrio. Pero ya no era el negocio del siglo, porque Fede no contaba con cartera de clientes y los satiriásicos espontáneos llegaban con cuentagotas.

A veces, me cruzaba en el portal con algún muchacho que tenía la cara enrojecida, la boca espumosa y los ojos sanguinolentos, y sabía que se trataba de un cliente de Fede.

Y es que la satiriasis recorre el mundo como una pandemia. Pero ese es — chiiiist— nuestro Gran Secreto.

SEGUNDA PARTE
A LA BÚSQUEDA DEL DIABLO

1 *Trotsky I y Trotsky II. Octavillas de colores*

El día en que cumplí dieciocho años hice varias cosas por primera vez, más o menos por este orden: fumar hachís, cenar en un restaurante italiano con unos amigos (esos amigos provisionales a los que el tiempo borra la cara: socios de la empresa ruinosa de las tinieblas del tiempo), beber vino blanco, beber ginebra a granel, zarandear y ser zarandeado por un camarero con melena estilo más o menos tudor, vomitar sentado en una acera, beber un *whisky* que parecía la orina de un escocés degenerado y harto de antibióticos, beber cerveza mexicana, crearme el Pancho Villa de la noche cósmica, vomitar de pie, vomitar sentado en un taburete, comer de madrugada una hamburguesa picante, vomitar —o algo parecido a eso— cocaína por la nariz, visitar el templete de Afrodita —en su advocación esquinera— gracias a una colecta que se empeñaron en hacer aquellos amigos hoy afantasmados por el tiempo destructor, perderme en una especie de atmósfera lisérgica sin necesidad de LSD, copular —bueno, de algún modo hay que decirlo—, recopular —es un decir— en estado de inconsciencia angélica y despertarme al día siguiente con ganas de morirme, sabiendo a la perfección lo que sienten los ositos tamborileros cuando se les gastan las pilas.

Una celebración como tantas otras, supongo. Con todo de golpe: mi primera guerra nuclear.

Cuando cumplí diecinueve años hice más o menos lo mismo, y repetí ese programa de festejos —con las normales variantes gastronómicas y eróticas— hasta los... ¿veintitantos? (un pretérito imperfecto de puro indefinido), ya sin necesidad de que fuera el día de mi cumpleaños: bastaba con que fuese *un día*. Luego, cada vez fui haciendo menos cosas, porque el cuerpo va enfermando de tiempo y el cerebro va corroyéndose con los ácidos freudianos. Sí, se produce la gran paradoja: sabes que eres joven y sabes a la vez que envejeces, que algo cruje dentro de ti como un papel que se arruga. Lo notas porque incluso los patéticos fines de semana te parecen una categoría sociológica importante, propicia al pastoreo de las ovejas descarriadas —esas que comienzan a huir de ti porque les dan miedo tus ojos

de lobo bulímico—. Persistes en las ingestiones masivas de toxinas de cualquier clase, pero ya guiado por un espíritu de moderación o de puro pánico a esa enfermedad mental que es la resaca. Tu reinado de Mister Universo Generacional toca a su fin, porque los nuevos aspirantes al título ya están embadurnándose con aceite de coco sus torsos de caucho. Notas, en definitiva, que algo se te está pudriendo por dentro: la bestia inocente de tu juventud aúlla moribunda —y está moribunda por puro miedo a la muerte, esa tiritera filosófica. (La paradoja. La grande). Te levantas una mañana, te plantas con seriedad ante el espejo y te pones a lanzarte aforismos tremendistas: «La vida es un camino hacia la muerte», «La muerte es el sentido de la vida», «La vida es un vivir para la muerte», etcétera, como si fueras un pensador francés intoxicado de Sartre y de Pernod. Y entonces es cuando la has liado. A partir de ese momento, si pudieses verte el alma, verías la cara del Hombre Elefante aunque en tu espejo se siguiera reflejando Peter Pan. Porque la procesión de los pensamientos corruptos va por dentro, con sus capirotos penitenciales.

Y es que, en cuanto piensas en la muerte, ya estás listo del todo: si te tirases de cabeza al contenedor de basura del barrio, el mundo no se perdería gran cosa. —Y no faltaría quien aplaudiese.

En cuanto piensas algo así como: «Esta fiesta de la vida está estupenda, pero no parece que vaya a durar mucho la animación»; en cuanto piensas algo de ese tipo, en tu cerebro se forma un verdadero lío de raíz genuinamente subontológica (sea eso lo que sea: un lío), y entonces caes en la cuenta de que ese lío *eres tú* y que vas a pasarte el resto de tu vida amasando ese lío, igual que un panadero existencialista. Con las manos temblorosas en la masa.

La sociedad contemporánea, que se cree más astuta que todas las sociedades precedentes, mantiene la ilusión colectiva de que somos jóvenes hasta los cuarenta, los cincuenta, los sesenta. Los ochenta. Los ciento veinte... Sí. Te apuntalas a golpes de colágeno y te conviertes en una máscara camerunesa como las que coleccionaba mi abuelo. Te empachas de vitaminas occidentales y de yerbas orientales y al final te brota un cáncer que te devora por dentro como si fuera un alienígena de película de ciencia-ficción: ¡ñaka! Te pones a hacer gimnasia y llegas en perfecta forma al infarto.

Vivimos en una sociedad de jóvenes eternos, de atléticos matusalenes que celebran su noventa cumpleaños cogiendo una borrachera de albañil, cepillándose a tres o cuatro pimpollos olímpicos y escalando una montaña para cazar un oso gigante. Sin duda.

Pero la verdad es siempre una cosa triste, porque para eso es la verdad: en cuanto rondas los treinta, ya estás más cerca del referido cáncer que del acné, y eres perfectamente consciente de ese declive, de ese descenso al infierno de la Artrosis, la Anemia o la Alopecia (por no salir de la letra A de la *Enciclopedia Morbosa del Dolor*, en treinta tomos), y esa consciencia —seguro que Freud hablaría de esto— te hace soltar veneno sobre ti mismo, que es lo que dicen que hacen los alacranes cuando los cercan con fuego.

En torno a los treinta, ya digo, las cosas comienzan a fastidiarse de un modo inconcreto e inexplicable y tú empiezas a hacer tonterías: te apuntas a un gimnasio, te compras un coche de color vistoso, te empeñas en seducir a las lolitas con la misma técnica que el hombre de los caramelos, te compras ropa informal y ensayas nuevas técnicas de peinado en el laboratorio experimental en que se ha convertido tu cuarto de baño: elixires contra la caída del cabello, pastillas para una erección sostenible, cremas regenerantes, jabones dermoprotectores y vitaminas que atenúan la resaca y el estrés. —Y de ahí a peor: humillantes ungüentos que pueden llamarse Hemorradín, ofensivamente.

Tus fiestas de cumpleaños son ya algo parecido a la Noche de los Muertos Vivientes. Cada pelo que se te cae es un soldado muerto —su cadáver perdido en los desagües, que van a dar a la mar...

A partir de los treinta, los años son conejos asustados que corren hacia el desfiladero perseguidos por la banda de los conejos zombis. El pasado, en fin, comienza a pesar sobre el presente, como pudo haber dicho Newton, aquel genio que tenía la cabeza machacada por la gravidez suicida de todas las manzanas del universo.

Y mejor no hablar del preciso instante en que tu ración de mortalidad alcanza los cuarenta años de antigüedad histórica: te encoges, como un animal dócil, en posición fetal, muerto de miedo, esperando a que el tiempo te estrelle una especie de inmensa cacerola en la cabeza —y estoy en condiciones de asegurarles que el sonido que produce una cacerola al chocar con una cabeza no resulta muy armonioso.

Según los preceptos walteristas, en cuanto sales de la época del acné, entras en el tobogán de la alopecia y de todo ese tipo de cosas desagradables. —Y el cosmos comienza a sonar a bóveda hueca.

Pero por aquel entonces yo era muy joven y me sentía el rey de no sé qué reino, pero me sentía el rey de algo. —A fin de cuentas, los reyes son alegres peleles que no paran de sonreír para dar las gracias a Dmitri Grappelli por haberles colocado al nacer una corona en la cabeza en vez de un gorro de

cocinero o de guardia municipal. Porque en la vida todo depende del gorro que te toque. Te toca una corona y puedes dedicarte a vivir del sentimiento monárquico de tu pueblo, ese ente antropológicamente chiflado y emocionalmente reblandecido que se conmueve con las bodas reales y con los discursos navideños. Te toca en cambio un casco de minero y más te valdría morirte.

En fin, abreviemos la epopeya: acabé matriculándome en Derecho para dar gusto a mi madre, que soñaba con verme convertido en presidente de alguna cosa que necesitara una presidencia, pero aquello no resultó tan mal después de todo. El bar de la facultad, sin ir más lejos, era bastante barato, porque debía de explotarlo alguna clase de filántropo de la hostelería o contar con algún tipo de subvención estatal, sin duda para que pudiéramos ahogar nuestro fracaso académico en alcohol sin necesidad de arruinarnos también — semianalfabetos, alcoholizados y sin blanca: *gaudeamus igitur?*

Si descubres pronto que lo mejor para hacer lo que quieres consiste en hacer otra cosa, estás en el camino de la sabiduría. Y en ese camino estaba yo cuando llegaba a casa con una carpeta y aparentaba ante mi madre que me encerraba a estudiar esa laberíntica maraña de enmarañados laberintos legales que el género humano ha tenido que establecer para que la gente no se devore entre sí como pirañas medio locas.

Mi madre era feliz. Yo era feliz. Todos estábamos felices con nuestras respectivas desdichas. La realidad flotaba a nuestro alrededor como un algodón apenas manchado de pus.

«¿Cómo son tus compañeros de clase?», me preguntaba mi madre. «De todo hay, pero bien». Y mi madre era feliz. Y yo era feliz. Y los dos éramos felices en nuestro pequeño reino desolado. Hasta mi padre era feliz si antes de poder sentirse feliz no había perdido ya el conocimiento, náufrago de los licores surtidos, porque cada vez bebía más, y cada vez con una saña más inconcreta: mi padre parecía brindar veinte o treinta veces al día por el Fin del Mundo, como si fuese un cofrade del Anticristo.

Durante los años del bachillerato, fui un fantasma filosófico ante mí mismo y creo que también ante los demás. Apenas recuerdo nada de aquella época que pueda considerar importante: ¿mi inexperta ardentía sexual levitando en el vacío, igual que un astronauta?, ¿mi enamoramiento instantáneo de todas las mujeres que veía, fuesen rubias o morenas, tuviesen percha de ángel anémico o de pitonisa suburbial?, ¿la inutilidad práctica de todos esos enamoramientos?, ¿el culto fanático a Onán, esposo de Tamar?, ¿mi trato con un tal Iturbe, el navarro incendiario que soñaba con fundar un

periódico anarquista y que me abrió la compuerta mental por la que se me colaron las ideas medio libertarias y medio apocalípticas sobre la sociedad dramática del siglo xx?, ¿mi romántica y nebulosa toma de conciencia política, que no despreciaba la colocación de bombas estratégicas en los supermercados ni el levantamiento de barricadas decimonónicas en las calles del centro?

Con algunos tramos de nuestra vida pasa igual que con los efectos especiales de las películas anteriores a la Era Informática: un edificio se derrumba o un barco se estremece en medio de la tempestad y se nota perfectamente que se trata de una maqueta. *¿Por qué sabe perfectamente nuestro ojo que se trata de una maqueta?* Ah, misterios. Con algunos tramos de la vida, ya digo, pasa igual: todo parece falso. Un decorado. Unos efectos especiales ideados por un electricista chapucero.

Por eso voy a pasar de puntillas ante ese decorado minimalista, como un actor avergonzado de su papel secundario. —Sin hacer ruido, para que el tiempo no se despierte. Chiiiiisssstttt. Con el dedo en los labios.

De modo que una grácil elipsis nos transporta en su aeronave espacial, saltándose varias estaciones galácticas, a los tiempos universitarios: ¡flop! — Y ya estamos de nuevo en la universidad, porque las elipsis viajan a la velocidad de la luz. *Gaudeamus*.

Bien. Yo por clase iba poco, y solo aparecía por allí cuando tenía entre manos algún cometido revolucionario relacionado con el campo de acción de la enseñanza (?) o cuando tenía que comprar bebidas a granel (!) para llevármelas a las juergas trotskistas y psicodélicas que organizábamos en el piso de un estudiante granadino llamado Julián y apodado Trotsky por sus ideales y por su perilla.

Los trotskistas solo nos dejábamos ver por la Facultad de Derecho cuando teníamos que remover los cimientos de la sociedad burguesa a golpes de octavillas y asambleas, porque a clase solo iban los reaccionarios hijos de perra lulú que mantenían el orden establecido, pasando por el aro. La Facultad de Derecho estaba llena mayormente de niños de pelo engominado —lo que les daba un cierto aire ortopédico de muñecos de ventrílocuo— y de niñas vestidas de secretarias finas y con pinta de ser alérgicas al polen primaveral y al semen prematrimonial, a diferencia, por ejemplo, de lo que ocurría en la Facultad de Filosofía y Letras, donde todos parecían frenéticos cantautores de la libertad y del amor, vestidos de maleantes de la Edad Media del Futuro, por así decirlo.

Pero mi madre era feliz.

En ese año de 1972 pasaron muchas cosas, y hasta daba la impresión de que los astros se habían puesto de acuerdo para formar un jolgorio macabro.

Pasen y vean...

- a. Murió el padre de Fede, el portero rijoso y piropeador, y fue derecho al infierno de los lujuriosos, donde lo primero que te hacen es asarte ese apéndice mutante que propicia la principal demencia viril.
- b. Murió mi tío Bobby, el de los bigotes surrealistas, y su alma fue a parar al círculo infernal de los sodomitas entusiastas de la cocina francesa y de los promotores de la ludopatía, donde unos demonios adiestrados en Libia te torturan con golpes de kárate —y los pobres condenados preguntando con terror a sus verdugos: «¿Por qué me hacéis esto?». (Un infierno es siempre un infierno, o sea: una dantesca cuestión de horror vibrante y gore).
- c. Mi padre, para no ser menos, tuvo una crisis hepática y se puso amarillo como un chino, de un amarillo maoísta y transaminoso, y poco le faltó para pirarse al círculo infernal de los alcohólicos irredentos: una especie de club sin aire acondicionado en el que te entretienen la eternidad dándote a beber gaseosa caliente, mientras una psicóloga gordita y desenvuelta te brinda nociones básicas de autoestima. (Bueno, son suposiciones, ¿no?).

Fue un mal año, sin duda.

Pero, después de todo, Fede heredó el cargo de portero del edificio y mi padre convenció a su hígado para que entrara en razón. Convertido en el único dios priápico de la portería, Fede era feliz bajo aquel régimen monoteísta que le permitía proseguir la tradición familiar de rimar barbaridades de su invención en honor de las criadas, entrar en todos los pisos para hacer chapuzas con la esperanza de correrse alguna aventura erótica con cualquier esposa especialmente insatisfecha o con nuestra Luchi, vigilar a gusto desde la azotea a las vecinas con su complicado sistema de prismáticos y llevarse los sábados a un par de fulanitas a su piso para montar una orgía de satiriasis sin control en medio de la chatarra almacenada por su padre a lo largo de toda su vida como un tesoro de óxido y de quincallería.

A esas alturas, me trataba poco con Fede: apenas un saludo cuando me cruzaba con él. A veces veía bajar a su piso a tipos sospechosos de ser sospechosos, con aire de clandestinidad sexual o psicotrópica, turbios los ojos y de matonería el gesto, que se diría salidos de una película del lumpen castizo: algo así como chulos de organillo caídos en el hampa.

Fede sabría lo que se hacía —aunque me temo que no lo supo del todo hasta poco después, cuando era ya demasiado tarde, que es cuando habitualmente acaba uno por saber las cosas.

Es curioso: no hay nada que sea más volandero y olvidadizo, ¿verdad?, que las complicidades. Fede y yo habíamos sido pocos años atrás cómplices del aturdimiento onanista de la adolescencia y socios mercantiles en el negocio de alquiler de revistas medio pornográficas, pero ese hilo se rompió de la noche de un día a la mañana del otro, y ya no tuvimos nunca más de qué hablar. Nada. Como dos extraños. Como dos mentes extranjeras: un esquimal muerto de frío, envuelto en pieles, y un puertorriqueño salsón que lleva camisas con dibujos de papagayos y palmeras.

Debe de ser que el tiempo va encerrándonos cada vez más en nosotros mismos, como caracoles fatalistas, no sé. Que el tiempo se empeña en dejarnos cada vez más solos... O que nos lleva —hagamos filosofía de portera de la Casa del maestro espiritual Sri Chinmoy— por otros caminos. Sí, eso: que nos lleva por otros caminos: el esquimal va a su melancólico iglú y el puertorriqueño al local en que se baila frenéticamente merengue o lo que sea que bailen allí.

Yo tomé el camino del trotskismo —la copla de la Revolución Permanente— como podía haber tomado el del piragüismo o el del kung-fú. Los caminos se te ponen a la vista y tú eliges este o el otro para llegar a la Nada, que es el único sitio al que llevan los caminos que uno elige en la vida. Eliges el camino del alcoholismo, que fue lo que hizo mi padre, y llegas a la Nada. Eliges el camino de la religión y llegas a la Nada. Eliges el camino de las relaciones públicas y llegas a la Nada después de haber interpretado el papel de conejo sonriente y solícito durante toda tu vida. Y así.

Lo mejor para llegar a la Nada cuanto antes es no salir de ella, por supuesto. Meterte a budista y esperar la muerte como quien espera el autobús, gordo y calvo, con ese aire alelado y santurrón que se les pone a los que alcanzan la paz interior. O meterte a actor pornográfico y aprenderte de memoria los guiones, uno tras otro, y que en tu memoria no haya más que guiones pornográficos, no barullos intelectuales, y vivir honradamente de tu Psicopriapo.

Un día me hice trotskista. Otros eran maoístas ortodoxos. Otros eran marxistas y leninistas a la vez. Otros eran una cosa u otra, esto o lo otro o lo de más allá. Anarquistas y todo eso. Todos éramos algo. Budistas, karatekas, comunistas, motoristas. Todos íbamos por caminos distintos a la Nada. Como Fede. Como los colgaos que visitaban el piso de Fede.

Yo repartía octavillas entre los universitarios, entre los obreros de la construcción, entre los operarios de Correos de Cibeles y entre el redil bacteriano de Venus de la calle de la Ballesta. Repartía octavillas incluso entre las niñas asexuadas que estudiaban Derecho y que tenían esos ojos de esquizofrénicas terminales que se les pone a las vírgenes de más de veinte años. Yo iba de acá para allá con las octavillas guardadas en mi carpeta, clandestino, sigiloso y vigilante, repartiendo papeles de color amarillo o de color rosa, hablando del Futuro. Camino de mi Nada.

¿Alguien da algo por el relato de mi experiencia trotskista? (*Aquel señor ofrece quince mil... ¿Nadie da más?... Treinta... Ofrecen treinta*).

Eh, un momento... Ahora que lo pienso, creo que estoy a punto de enunciar una revolucionaria novedad fraseológica que incluso podría dar pie a la aparición de sectas espirituales: «La vida es una subasta en la que pujas a ciegas, a la manera de un millonario extravagante que llevara en las venas cuatro o cinco litros de ginebra y que estuviese deseoso de quemar una tonelada de pasta por el simple capricho de ver un poco de humo a su alrededor». (Que mis prosélitos vayan comprándose las túnicas y componiendo un himno, o sea).

La vida como subasta, ¿por qué no? (A fin de cuentas, con menos palabras se han conquistado imperios: «¡A la carga!»). Hoy pujas por el trotskismo (*Nada a la una*), mañana pujas por el amor (*Nada a las dos*) y pasado mañana por las películas X (*Nada a las tres*). Adjudicada en Nada. En Cero. Para ti tu ridícula vida. Que te la envuelvan en papel de regalo y te la manden a tu domicilio. («Y de paso le obsequiamos un complejo andamio mental, para que juegue al alpinismo filosofante»).

Con revoltijos de esa índole (trotskismo, amor, películas) compones la base de tu existencia: la masa informe de la que brotará ese monstruo minuciosamente traumatizado que apenas servirá como cobaya de un psicoanalista, en el caso de que tengas dinero para pagarle.

La vida... Bueno, bueno... Ese gran microcosmos que miramos con microscopio cuando se trata de nuestro sagrado microcosmos personal y que, en cambio, observamos con telescopio cuando se trata del microcosmos errabundo de los otros, esos flotantes y esforzados asteroides que giran alrededor de nuestra órbita suplicando un poco de existencia real en nuestro pensamiento. Como mendigos de realidad. (Patéticos galileos. Condenados copérnicos. Keplers del dolor de las galaxias. Fumando sin parar).

A la hora de contar nuestra vida, todos nos convertimos en nuestro propio abuelo: construimos una novela costumbrista, minuciosa en los detalles,

asfixiada por anécdotas interminables que podrían pintarse con brocha gorda o sencillamente no pintarse; una novela narrada por una primera persona omnisciente que busca el equilibrio entre la comicidad y el patetismo, que busca la creación de un protagonista entrañable parecido a esos que aparecen en las novelas que devoran las amas de casa intelectualizadas que se *identifican* con todo y con todos: la madre de catorce hijos, menores todos ellos de quince años, se *identifica* hasta con la soledad del espía húngaro abandonado por la CIA en una isla del Pacífico, se *identifica* con el joven banquero neoyorquino que esnifa coca por todos los orificios de su cuerpo, se *identifica* con la millonaria ninfomaniaca que en solo un mes llegó a destruir más de seiscientos matrimonios residentes en Montgomery, Alabama; se *identifica* hasta con el caballo que lleva al príncipe proscrito al palacio de la princesa tetuda, rubia como un canario cantor —y abierta en dos su palpitante fresa provenzal.

En contacto con las ficciones, nuestra vida es siempre una ficción inequívocamente equivocada: la lectora adolescente se identificará con la heroína menopáusica y la lectora menopáusica se identificará con la heroína adolescente que suelta glóbulos fecundables incluso cuando estornuda. Si va al cine, el electricista se identificará con el superhombre del rayo láser. El fiero sadomasoquista llorará con los versos del poeta soñador de los lánguidos espectros amorosos que pueblan el jardín abandonado.

La gente se *identifica* con todo. Con lo más absurdo, ya que, a fin de cuentas, no va a identificarse con su propia y solitaria insignificancia, ¿no es cierto? Y yo me identifiqué con los trotskistas: cuatro gatos de alcantarilla ideológica que repartían octavillas de color amarillo o de color rosa, según los restos de papel de que dispusieran en las imprentas cómplices, esas cuyas linotipias sonaban en la madrugada como el galopar de los pegasos del Futuro.

Al camarada Trotsky le pasó lo mismo que a mí: que tuvo que cambiarse el nombre. El camarada Trotsky se llamaba en realidad Liev Davidovich Bronstein, pero se dio cuenta a tiempo de que con aquel nombre no llegaría a ninguna parte y se buscó un buen apodo, con eco de campilla y de metralla: Trotsky.

Liev Davidovich Bronstein (1879-1940) sale esa tarde a la calle y les dice a sus amigos: «Podéis llamarme Trotsky».

En el piso de estudiante de Julián Trotsky, el Trotsky de Granada, hablábamos de reconstrucción social mientras oíamos música étnica o las escalas salvajes de Jimi Hendrix. Hablábamos del proletariado y de la

alienación mientras liábamos canutos o bebíamos cerveza. Hablábamos con desprecio de la podrida burguesía patriarcal unos minutos antes de irnos a la cama con alguna muchacha envuelta en fulares de Katmandú.

Y mi madre era feliz. Y yo era feliz. Y Trotsky, desde su cielo fabril de ángeles con mono azul, supongo que también era feliz.

2 *El piso de Trotsky. Paradojas del sexo. Los huesos de Nacha*

Las reuniones las celebrábamos, como he dicho, en el piso estudiantil de un tipo magro y un poco bizco que se llamaba Julián y que tenía una perilla genuinamente trotskista, vanguardista y puntiaguda, que, vista de perfil, parecía un alfanje peludo —más o menos. Julián era estudiante de Medicina y aquella perilla le daba la pinta de esos médicos chiflados del cine expresionista que se ríen como el Conejo de la Suerte mientras crean un monstruo criminal con retazos de cadáveres. Pues bien, para rizar el rizo del arte del pseudónimo, a Julián le llamábamos Trotsky.

Nuestro Trotsky se sabía casi de memoria las *Lecciones de Octubre* del Trotsky verdadero, pero también coleccionaba tebeos de Marvel, con sus superhéroes mutantes venidos de remotas galaxias, y oía música étnica. Julián se entretenía leyendo las hazañas lunáticas, marcianas o terrícolas de Spiderman, de la Masa, de Dan Defensor, de Thor y de los Cuatro Fantásticos, y se pasaba la mitad de su vida oyendo los cantos de cosecha de los indígenas somalíes, los himnos nupciales de los aborígenes de Madagascar y las cantatas dolientes de Quilapayún.

(La gente es rara).

Julián tenía mejor corazón que cabeza y hablaba de la revolución en términos entre sacerdotales y de *boy scout*. Cada cual tiene una idea del paraíso, y para Julián el paraíso futuro (resultante de sumar la tesis y la antítesis y de dividir la síntesis resultante por... ¿la plusvalía?) era una especie de campamento idílico en el que todos saldríamos a trabajar alegremente a las siete de la mañana, cantando himnos de exaltación sindical, para volver a casa a las cinco de la tarde con el espíritu dignificado por el esfuerzo y sentarnos delante del televisor, que ofrecería programas culturales, óperas de asunto obrero, teatro educativo y documentales sobre flora y fauna.

Entretanto aquel paraíso no era más que un boceto, Julián, ya digo, coleccionaba tebeos y oía música racial. A tales extremos llegaba su ansia

coleccionista, que cada domingo, de amanecida, ya estaba Trotsky en ese mercadillo de la chatarra que en Madrid se conoce como Rastro para buscar tebeos descatalogados de viejos superhéroes, así como discos de cualquier ruidosidad exótica.

Creo que Julián, el bonachón Julián, era melancólico como un escéptico y a la vez vehemente como un visionario porque sabía que aquello de la Revolución era una vana quimera, igual que lo sabíamos en el fondo todos, pero Julián, el bonachón Julián, sabía además algo que nosotros no podíamos comprender entonces ni ahora, porque nunca tuvimos un espíritu tan noble como el suyo: él sabía que luchar por la Revolución era cosa de ilusos, pero también sabía que no luchar por ella era cosa de hijos de perra. De modo que yo luchaba, repartiendo octavillas de color amarillo o de color rosa, pero también estaba en aquello —la verdad— por lo del hachís y la grifa, por lo del folleto teóricamente universal y por los demás complementos revolucionarios que a Trostky (el ruso) se le pasaron por alto a la hora de redactar sus textos esenciales.

Cuando nos reuníamos en el piso de Julián, después de las peroratas y proclamas, después de repartirnos los mazos de octavillas de color amarillo o de color rosa, acabábamos liando canutos, hojeando tebeos de superhéroes y oyendo los tantantunes de algún orfeón malayo. Si había por allí alguna revolucionaria, se iba con alguien a la cama de Julián, que era una cama pública: el altar de los sacrificios contraburgueses y de los himeneos libertinos.

Una vez que tuvimos aprendidos de memoria aquellos tebeos (guerras galácticas, malhechores con la jeta corroída por el ácido, dioses nórdicos metidos a colaboracionistas de la policía de Nueva York) y cuando nos fuimos hartando de la música étnica, llegábamos a casa de Julián con los patés espesos y esteparios de Hermann Hesse, con discos alucinógenos y psicodramáticos de Jimi Hendrix, con poemarios de Neruda —el torrencial poeta que parecía haberse tragado un megáfono—, con cintas magnetofónicas de *rock* progresivo, con polvorones teatrales de Brecht o con salchichones retóricos de Miguel Hernández.

Lo de nuestros gustos literarios Julián lo llevaba bien, aunque él prefiriese las aventuras trepidantes de sus hombres-araña y sus hombres-anfibio, y en cuanto a lo de la música psicodélica no rechistaba, porque él creía sinceramente en la molesta libertad del prójimo, aunque se notaba a las claras que le desengañábamos un poco cada vez que, con los ojos sanguinolentos por efecto de las fumatas, nos poníamos a hacer meditación trascendental con

el apoyo de aquella música moderna y a su manera contrarrevolucionaria, fruto del dirigismo comercial de las multinacionales —porque Julián debía de pensar, no sé, que aquellos tebeos americanos que él leía los editaba la Asociación Trotskista de Alabama para introducir mensajes ideológicos subliminales: ¿Spiderman zarandeando al empresario explotador?

Julián, mesándose el filo de alfanje de su perilla, escuálido, solemne y bizqueante, nos daba discursos con el corazón, su gordo corazón de conspirador bueno y famélico, su dulce corazón mecido por los cantos rituales de Mozambique o de Jutlandia, aquel corazón suyo que se conmovía con las superaventuras superabsurdas de los superhéroes superinverosímiles de sus tebeos.

«Nosotros tuvimos la posibilidad de hacer coincidir, más o menos, la conquista del poder con el momento de la reunión del segundo Congreso de los Soviets gracias a que la insurrección armada *silenciosa*, casi *legal*, de Petrogrado era ya un hecho consumado en sus tres cuartas partes, por no decir en sus nueve décimas», nos leía Julián, con tono de catequista, sosteniendo su ejemplar de las *Lecciones de Octubre* con su mano izquierda, mientras que con la derecha hacía volutas mitineras en el aire.

«Walter, tú deberías concentrarte en el campo de acción universitario», me sugería con su voz de cura comprensivo, de esos que piensan que la organización de partidos de fútbol entre colegiales es una manera de honrar a Dios.

Bien. Ya en aquella época prehistórica, yo me debatía entre el trotskismo y el walterismo, igual que un submarinista que fuese a la vez astronauta. Y a mí los enredos ontológicos no me han gustado nunca. Por eso intentaba prestar atención a las lecturas que Julián nos hacía de las *Lecciones de Octubre*, luchando mentalmente contra mis bolillones walteristas de alcohol y de hachís, pero al final no me enteraba de nada. Por eso procuraba detestar con todo mi corazón a Stalin, el antitrotsky, que en nuestra célula tenía el mismo prestigio que puede tener un degollador de pollos en una asamblea internacional de amigos de los animales, pero al final acababa preguntándome que qué me había hecho a mí Stalin para tenerlo como enemigo... Yo no quería, o sea, que mi desoladora visión walterista del mundo estrangulara mis ideales trotskistas, porque por entonces yo solo tenía eso: el calor de la fraternidad de los trotskos, su pequeño trotskimundo de ideologías titubeantes, su reducto de tebeos de superhéroes, de muchachas trotskoliberadas y de psicoterapia psicotrópica. Yo me sentía ante Julián Supertrotsky como Judas *Superstar* ante Jesucristo *Superstar*, y por eso me

pedía siempre, en fin, el mazo más gordo de octavillas: para sacudirme ante mí mismo mi conciencia de impostor. («Los soviets de diputados obreros en 1914 —si en aquel momento se hubieran llegado a constituir en soviets— probablemente desde el inicio hubiesen sido bolcheviques...»). (Etcétera).

Me caía muy bien Julián, y a veces me daban ganas de darle un abrazo, de decirle: «Eh, Trotsky, eres un tipo estupendo», de invitarlo a cervezas y de presentarle a tías a las que les gustasen los alfeñiques de barba trotskista y ojo bizco. Pero nunca hice nada de eso. Yo, como todos, me reía de Julián, de sus discos y de sus tebeos, de su perilla puntiaguda, de su ojo bizco y de sus modales de fraile progresista. Yo, como todos los demás, iba al piso de Julián para fumar cualquier cosa que no fuese solo tabaco, para oír discos de *rock* y para revolcarme con alguna medio *hippie* que estuviese molecularmente predestinada por la naturaleza a confundir el flower power con el trotskismo, el trotskismo con el amor libre y el amor libre con una orgía perpetua.

Porque aquello era otra, lo de las tías.

Entonces nuestras novias llevaban calcetines de montañismo y olían a calcetines de montañismo. Como lo oyen. Las más mataharis olían también a pachulí, a pachulí y a calcetines. Y se dejaban crecer el vello de las piernas, y llevaban melenas en los sobacos como un emblema capilar de liberación y salvajismo.

Julián tenía poco éxito con las mujeres, aunque alguna de las más ascéticas le hacía de vez en cuando un apaño al ritmo de algún canto epitalámico de Hawai o de por ahí. Mortadela Dick y Luiyi, socios nuestros en el negocio del trotskismo hispánico, se cepillaban en cambio a todas las progres, trotskistas o no, de Madrid y provincia, sin quitarles siquiera los calcetines de montañismo. Así, hablándoles de León Trotsky, haciéndose pasar por los enemigos públicos del capitalismo y contándoles batallas policiales apócrifas, falsas torturas policiales padecidas por ellos, informándoles de la represión política y sexual llevada a cabo por el franquismo y por la Iglesia de Roma. No creo que ni siquiera el propio León Trotsky se tirara a más mujeres a cuenta del trotskismo. Pero Luiyi y Mortadela Dick, ya digo, transportaban a todas a las cimas del orgasmo pornotrotskista mientras Julián, el único trotskimano verdadero, el único de nosotros que merecía el apodo de Trotsky por sus ideales y por su perilla, leía tebeos y oía cantos funerarios etíopes en la habitación contigua.

Pero creo que ya va siendo hora de que salga a escena —con paso decidido— el personaje Nacha (?). Nacha era una treintañera que se arrimó un día a nuestra célula y que hablaba siempre con frases lapidarias sacadas de

Siddhartha o de *El capital*, según anduviese esotérica o marxista. Nacha era una reunión de huesos y algunos tendones. Muchos huesos y algún tendón que le evitaba ser un mero esqueleto. Delgada y compulsiva, altísima y nerviosa, con algo de serpiente y algo de garza, a Nacha, aunque se acostaba con cualquiera, le gustaban en realidad los tipos fornidos —los subhercúleos titanes de tenazas dolientes, como sin duda diría Homero en un ridículo rapto metafórico.

Y es que la atracción sexual se basa en motivos casi siempre extravagantes y asimétricos, según paso a explicar.

A los tíos pequeños les gustan las tías grandes (la atracción de lo micro por lo macro: el ratoncillo bravío del chiste encaramado a la gran elefanta del chiste). A las tías grandes (criadas a fuerza de metamofosfonato, de poximetano, de conservantes y colorantes en general) les gustan los tíos más grandes que ellas, los decididamente gigantes. A los gigantes les gustan las miniaturas: las tías de crecimiento defectuoso por razones genéticas o morbosas. A las tías pequeñas les gustan los gigantes, y rivalizan como pulgas lujuriosas con las tías grandes y delgadas a las que también les gustan los gigantes musculosos. Los tíos pequeños les disputan las mujeres grandes a los tíos gigantes: David del sexo contra Goliat del sexo. A las gordas les gustan los tipos cadavéricos y a ellos les gustan las sultanas del michelín. A las cadavéricas les gustan los tíos gordos. Los morenos asténicos suspiran por las rubias pícnicas. Las rubias de tinte se mueren por los gigantes negros. Los gigantes negros persiguen a las enanas pelirrojas. Y así.

La atracción sexual es una barata comedia de malentendidos.

Si ves a una pareja homogénea (príncipe rubio con princesa rubia, gordo con gorda, atleta con atleta), ya sabes lo que hay de fondo, de problema de fondo: una relación antinatural y perversa —cosas relacionadas con el masoquismo, la coprofilia, la monarquía...

Nacha me eligió no por ninguna razón de embrujo walteriano, sino por la misma razón por la que antes había elegido a otros muchos y por una razón parecida a la que, estando ya conmigo, le movía a estar a la vez con muchos otros: para Nacha, follar era como hacer prácticas militares. Te echaba al hombro como si fueras un fusil, te llevaba a la habitación de Julián y hacía la instrucción contigo. Un, dos, un, dos y rompan filas. —Y de allí a otras trincheras.

Dejando a un lado otras leyendas de poco fiar, parece ser que Nacha estaba casada con una especie de marica heterosexual dedicado al negocio del arte, aunque ya digo que no lo sé con certeza, porque a ella no le gustaba

hablar de su vida privada con nosotros, lo cual tenía como efecto el que circularan fabulaciones en torno a esa vida privada y el que diésemos por buena cualquier patraña que tendiese a la mixtificación romántica y a la suposición malévola: un marido senil, un marido impotente, un marido aficionado a los efebos venales, un matrimonio libertino... Con nosotros Nacha solo hablaba del proletariado y de la India. Con nosotros solo hacía, soldados de Cupido, la instrucción.

Nacha se sentía un poco como nuestra madre espiritual y nos llevaba filetes empanados, bizcochos y tortillas para aliviar la hambruna de lobo que nos provocaba el hachís. A veces me daba la impresión de que me estaba cebando para que pudiera rendir sexualmente, y la sentía como mi madre incestuosa, esa madre autoritaria que te tumbaba en la cama igual que si fuera a cambiarte los pañales y que se te montaba encima, llevándote de nuevo al claustro materno. —Espero, en fin, que Sigmund Freud tuviera alguna opinión sobre el particular, porque de lo contrario vamos listos.

(Nacha, moviendo su melena negra y lacia como si fuera una lámpara de lágrimas de azabache líquido...).

A lo largo de tu vida, no sé, acabas acostándote con gente inexplicable. Gente con la que no podías imaginar que acabarías en la cama y que, aun después de irte a la cama con ella, sigues sin imaginarte que pudieras irte con ella a la cama. Nuestra historia sexual está llena de fantasmas desnudos que ponen los ojos en blanco de placer o de algún sucedáneo del placer. Fantasmas que pasan por tu cama pero no por tu corazón, ese músculo de tics imparables. Yo qué sé: el Psicópata haciendo amistades por un lado y tú por otro. (Elevando, piedra a piedra, un penumbroso orfanato de emociones en el solar espectral de tu pasado; el indeciso arquitecto de manos temblorosas...).

Nacha. Muchos huesos para sostener unos cuantos tendones duros y elásticos. ¿Cien, ciento veinticinco, doscientas sesiones compartidas de ojos en blanco? Al final te queda un nombre: Nacha. Y me parece a mí que los nombres no se adhieren a la parte más honda del recuerdo, ¿verdad? Los nombres vuelan hacia la nada. ¿Nacha, Chana, Dacha? Una sopa de letras enfriada en la memoria. —Y su desnudo altísimo avanzando hacia ti, pequeño Walter, tumbado como un bebé en la cama de Julián, aquella cama presidida por una gran estrella roja de cartulina.

Yo sabía que Nacha se acostaba con casi todos los de la célula y que se la cascaba humanitariamente a Trotsky cuando lo veía mesarse su perilla vanguardista con aire de desdicha inconsolable, lector autista de sus tebeos de superhéroes, porque ella se sentía como la hetaira matriarcal y clandestina del

trotskismo español: le quitaría el tebeo a Trotsky de las manos, y Trotsky apoyaría su cabeza en el hombro de la Gran Madre, o besaría sus pechos — pequeños y en punta— de loba romana. —Nacha, voluble, *qual piuma al vento* en el vendaval de la Historia.

Luego estaban las muchachas que olían a calcetines, o a pachulí y a calcetines: relámpagos oscuros, obreras del sexo entendido como un estupor caritativo, del sexo como recompensa del héroe que volvía indemne de repartir octavillas de color amarillo o de color rosa, funcionarias del sexo que se dirigían como muñecas mecánicas a la cama de Julián (con alguien que no solía ser Julián) después de oír los discos de Jimi Hendrix y de fumarse un prado de Ketama. ¿Lala, Roser, Isabel, Nativel? (O en negativo: ¿Levitán, Lebasi, Resor, Alal?).

Creo que Julián acabó enamorándose de Nacha, pero a Nacha no le gustaba Julián porque era tan delgado como ella, y el puro hueso femenino no se excita con el puro hueso masculino, pues los huesos al chocar no componen un himno, sino un réquiem. A Nacha, además, no le gustaban los tipos de buen corazón como Julián, sino los aprendices de granuja como yo. Le iba eso. Ese lado despiadado y comercial que puede alcanzar el sexo de los ángeles caídos: te follo si me follas. Te corres cuando me corra. Te quiero si me quieres. Te la chupo si me lo comes.

A pesar del concepto de amor libre que habíamos adaptado ideológicamente a nuestro trotskismo, y a pesar de que yo sabía que ella se acostaba con todo el mundo, no me gustaba que Nacha se enterase de que yo me acostaba con otras. Debía de ser un resorte activado por mi subconsciente pequeñoburgués, o miedo simplemente. Miedo a Nacha. «¿Miedo de qué?». Pregúntenselo a Freud, porque yo no tengo ni idea. (¿Miedo a la Madre?, ¿a la Castración con un cuchillo de cocina?, ¿a la pérdida de la Gran Vagina Protectora —entendida esta como refugio— desde el día 3 de mayo de 1959, en que resbalé mientras subía al tobogán y oí risas crueles?). Sí, pudiera ser miedo, o algo parecido al miedo —porque el miedo utiliza muchos disfraces. Hay mujeres que te dominan aunque no se propongan dominarte, y yo era un muchacho dominado por Nacha, por su montón de huesos lujuriosos. Yo era aún, ya digo, una especie de engrudo prewalteriano, ignorante de los ejes centrales de la rueda del mundo, y me costaba trabajo mirar a Nacha a los ojos porque en sus ojos no adivinaba sino un desesperado vacío de fiera telúrica del sexo, y las fieras del sexo acaban convirtiéndote en un cordero del sexo, y nadie quiere ser un cordero.

(Nacha era, digamos, mi Rasputín).

Nuestra célula, en definitiva, funcionaba políticamente a golpes de octavilla, porque lo único que hacíamos era repartir octavillas, igual que los comercios cuando ponen rebajas. Repartir octavillas, discutir las ventajas de la grifa sobre el costo o viceversa y follar lo más posible. —Y por esto último andábamos diagnosticando represiones sexuales a todas las que nos ponían impedimentos, como si fuésemos unos degenerados psiquiatras vieneses: la infancia, los sueños, la catarsis... Pero un día nuestra célula pareció de repente una cosa real, una célula un poco más real que aquel grupo de conspiradores y revolucionarios que estaban entre el trotskismo y la psicodelia, entre la revolución obrera y la revolución sexual, entre el camarada Trotsky y el colega Jimi Hendrix.

El caso es que a Julián lo detuvieron y se pasó tres días en la Dirección General de Seguridad. La ETA había hecho volar por los aires el coche del almirante Carrero con el almirante Carrero dentro y la policía estaba deteniendo a mucha gente.

A Julián supongo que le echaron el guante por culpa de su perilla soviética, no sé, porque fichado no lo tenían, por aquello de practicar al fin y al cabo una especie de modalidad budista del trotskismo. El caso es que los de la pasma estuvieron tocando música étnica utilizando la cabeza de Julián como tamtan. Tres días dándole golpes en la cabeza, machacándole el coco con las porras. Preguntándole por cosas que Julián no sabía. Julián con su corazón encogido de dolor y heroísmo desesperado, el flaco Julián mirando a los policías con su ojo bizco, apuntándoles con la arrogancia de su perilla estilo camarada Trotsky. Y los grises tocando el tamtan en su cabeza, como músicos étnicos del país de la rabia ritual.

A través de Luiyi (que era, inexplicablemente, el que primero se enteraba de todo) nos avisaron a los habituales de que no se nos ocurriera ir por el piso de Julián. Creo que detuvieron a alguna *hippie* despistada que apareció por allí en busca de grifa, de Hendrix y de amor libre, y supongo que también le darían tamtan en su cabeza enmarañada de hermannhessismo y pachulí.

Yo no podía dejar de pensar en Julián, y entonces me di cuenta de lo mucho que había llegado a quererle a pesar de su voz de cura y de sus sermones.

No le vi más.

Me dijeron luego que los golpes y el pánico le habían dejado en una especie de Babia desolada. Que le habían hecho papilla el cerebro y que se había quedado un poco mongólico y siempre interrogativo («¿Qué?», con labios flojos), como nosotros cuando nos pasábamos con el hachís. Su padre

se lo había llevado a Granada, y siempre me he imaginado a Julián sentado en un patio moruno, oyendo sus discos, moviendo su cabeza machacada al son de unos timbales indostánicos o de unas maracas caribeñas y mirando con ojos de niño eterno y aterrado aquellos tebeos de superhéroes medio macarras y medio mitológicos.

A Nacha tampoco la volví a ver. A Luiyi y a Mortadela Dick sí, cuando aún seguían explotando algunos apotegmas residuales del trotskismo mezclados ya con las técnicas de Casanova y con el negocio de la hostelería, según contaré luego.

En fin, caminas junto a alguien por un pasillo. Tienes los ojos pesados y nebulosos por efecto del hachís. Oyes una música lejana. La puerta del fondo está abierta y ves una cama revuelta y una estrella de cartulina roja pegada encima del cabezal. Te desnudas. Oyes desnudarse a alguien a tu lado: la gente no hace ruido al vestirse, pero hace ruido al desnudarse, como si tuviera que despegarse la ropa de la piel. Cuando sales de esa habitación han pasado años. Puedes pasarte la vida sin salir de esa habitación: eso depende de Freud.

(«¿?»). (No me hagan demasiado caso).

El pasado es siempre raro y deforme. El pasado es como un perro atropellado en la carretera. Y ese perro eres tú.

3 Los trotskistas y la hostelería. La valquiria de oro. Fortuna y desdicha de Norlito Pinto

Luiyi y Mortadela Dick montaron un bar y le pusieron de nombre Hades, así, tirando a cosa culta y diabólica, como de club satanista, aunque lo que la clientela hacía allí era lo habitual en aquella época: oír música progresiva, beber licores falsificados, fumar grifa o hachís a la puerta del negocio con ojos de vigía y galantear a golpes de esoterismo a cualquier muchacha disfrazada de india que leyera a Lobsang Rampa.

Mortadela Dick era un tipo que tenía un pase por su tendencia al engorde, por su simpleza de hombre de cromagnon, por su afabilidad patosa de oso titiritero y por su inexplicable actitud de estar de vuelta de las cosas del mundo, excepción hecha de las mujeres, que era lo único alrededor de lo cual daba vueltas él, imparablemente, con insistencia de galán compulsivo y linfático. Mortadela veía a un mero maniquí con minifalda en un escaparate y se convertía en un animal babeante y pavloviano. «Yo, cuando me pongo a chingar, es que no paro: puedo llevarme chingando el día entero», aseguraba con la seriedad de un filósofo del sexo prehistórico. Si alguien ponía en duda sus proclamas, Mortadela le decía: «Oye, por mí como si te bebes un litro de leche de perra marilyn, ¿no te jode?».

Luiyi, en cambio, era un tenorio de técnica ladina (sus ojos de gato siamés...) y un guapo empeñado en ser ingenioso sin tregua: una sofisticada mezcla de charlatán y de payaso, siempre sacando punta chistosa a cualquier estupidez. Decía alguien algo así como: «Anoche no pude dormir», y Luiyi, sonriendo con sonrisa canónica de chulo del ingenio, sugería: «Seguramente no pudiste dormir porque te hacía falta un poco más de insomnio». O comentaba alguien: «Me duele la cabeza», y Luiyi le soltaba: «O sea, un dolor en el vacío». Cosas de ese tipo (¿para qué servirá el ingenio?) decía Luiyi unas cuarenta al día, y se tenía por un epigramista, sin saber que en realidad era un complicado coñazo creado por la Naturaleza en un momento de enajenación.

A Mortadela Dick, en fin, le funcionaban a pleno rendimiento las válvulas genitales y a Luiyi le salían chistes de la cabeza a poco que la agitara.

Yo iba por el Hades casi todas las noches para beberme un par de cervezas y para hablar nostálgicamente con Mortadela y Luiyi de los viejos tiempos y de los dos Trotsky: el verdadero y Julián, pero lo cierto es que todo aquello iba afantasmándose en nuestra conversación como emblemas de un pasado remoto y las charlas giraban más en torno a la música, el sexo y las sustancias psicotrópicas, esos tres comodines espirituales de la juventud universal.

Por el Hades iba gente de condición muy surtida: progres metepatafísicos, filocomunistas psicodélicos, flamenconas quirománticas, intelectuales hachichinos, cuarentonas paidofílicas, recitadores de Mao, anarquistas alcohólicos, poetas de musa revolucionaria, predicadores de musarañas y melopeas, profetas del sindicalismo y yo.

En el Hades sonaba la guitarra marciana y tremulante de Peter Green, los plumcakes rítmicos de Led Zeppelin y las diabluras de Frank Zappa. Sonaban las melodías galácticas de Pink Floyd. Sonaba el látigo macarra de Uriah Heep. Sonaban los apocalipsis LSDianos de Hendrix. En el Hades sonaba aquella música sombría con la solemnidad del himno del infierno.

Por aquella época, cambié mi vestuario. De llevar trenka, jerséis gordos como la piel de un oso, pantalones de pana y lacoste, pasé a lucir una vestimenta en la que no faltaban los vaqueros acampanados, las camisas estampadas, las botas de tejano ni los fulares. Me dejé además el pelo largo y una perilla más de pirata que de trotskista, lo que me daba un aspecto de hampón rubiasco y matachín proclive a la drogadicción y a la pendencia. De mi cuello colgaba un ☉.

A mi madre no la hizo feliz mi nueva imagen. «Pareces un saltimbanqui», me decía. «Pareces un domador de tigres», me decía. «Pareces un gitano», me decía. Mi padre, por su parte, se limitaba a mirarme como si yo fuera una aparición incatalogable o un ser venido de Saturno, y no me decía nada porque debía de pensar que mi persona no podía ser sino una alucinación provocada por el alcohol.

Mortadela Dick y Luiyi también se acoplaron a los tiempos con una indumentaria parecida. Mortadela iba siempre con camisas anchas y con botines de mucho brillar, diciendo cosas como: «Por mí, que ese tío se tome un colacao con leche de perrita caniche, ¿no te jode?», y uno no sabía nunca de qué modo responder a esa coletilla ni qué significado profundo tenía para Mortadela la recurrencia continua a la leche de perra. Luiyi, el rey del ingenio

inútil, el guapo del grupo, parecía por su parte algo así como un adonis carnavalesco, con sus camisetas descabelladas y sus muchos colgajos de bisutería de traza esotérica —aquel anillo, ay, en forma de luciérnaga...

Cuando el Hades estaba lleno de gente, aquello podía confundirse con la taberna de un poblado minero extraterrestre: el rockero duro con sus colgantes con calaveras, el intelectual con su barba apostólica y sus gafas de científico megapensante, la jovencita pro-Krishna con su bata oriental, los sindicalistas con sus pieles de cabra...

El Hades iba bien. Luiyi y Mortadela Dick ganaban dinero y robaban corazones que devolvían a sus propietarias a los tres o cuatro días de usarlos como rehenes. —Pasta y sexo, sexo y pasta: un paraíso nada desdeñable para como suelen estar los paraísos, las utopías, las innobles quimeras... Tan bien iba el bar, en fin, que aquellos apóstatas trotskistas contrataron a una valquiria para que les ayudara a servir copas durante los fines de semana y, sobre todo, para que atrajese a los arrecifes del Hades a la tripulación de los barcos perdidos en la noche bucanera: Loles, una entidad de diecinueve años con los engranajes filosóficos sin estrenar, con aspecto de bañarse en oro líquido y con ese aire de semidiosa nórdica que tienen las actrices de las películas de hombres prehistóricos: las Hijas del Sol.

Loles. Bueno, hay mujeres que, al verlas, te dan ganas de aullar a la luna, de saltar sobre hogueras rituales, de romperte la camisa y de meterte a antropófago como la gente del Camerún. Además de todo eso, cuando veías a Loles te entraban ganas de hablar de lo que fuese con ella: una perversión insólita. Y es que Loles tenía una voz de cupletera ronca y tirada que no se correspondía con su aspecto de semidiosa nórdica de película de trogloditas, y hasta daba la impresión de que hablaba con la impostación de una médium, pero lo cierto es que esa voz suya hacía que la sangre se te agolpara en la cabeza como una ola caliente. «¿Qué te pongo?». Cada vez que oías hablar a Loles, no sé, te figurabas que estaba sacando las palabras de un pozo profundo y hechizado, y tu Psicópata se colocaba entonces su gorro de Gengis Khan y levantaba en el aire un imperio patético que se desvanecía en cuanto Loles se marchaba a dormir —¿y cómo hablaría en sueños con sus hadas y dragones de tres cabezas?

La voz de Loles parecía, en fin, un fenómeno parapsicológico. Si la oías decirle a Mortadela Dick o a Luiyi: «Nos estamos quedando sin hielo», cada sílaba se convertía en un planeta enigmático que erraba por la galaxia lunar del Hades, y tú eras algo así como el astronauta que de repente oye la música ingravida de las esferas y se queda paralizado por un tipo de sorpresa muy

parecido al terror, y sentías un estremecimiento inexplicable, como si hubieses oído a Dios decir, en un momento de furia: «Voy a romper en pedazos el universo».

Estrategias mercantiles aparte, Luiyi y Mortadela contrataron a Loles por la misma razón por la que la hubiese contratado cualquiera de nosotros: para ponerla a cuatro patas como mínimo, pero Loles tenía un hieratismo de princesa sagrada que hacía que nos convirtiéramos en caniches que saltábamos a su alrededor, intentando hacer gracia y ganarnos una caricia.

Las mujeres de esa condición son escasas, afortunadamente, porque de lo contrario el mundo sería un lugar de pura penitencia. Loles era la Virgen de Oro del Hades, y había que tragarse esa piedra. Había que aceptar aquello como era: la Virgen de Oro y los caniches de circo —jodidos, jadeantes...

Cuando Loles llegaba, ya estábamos todos allí esperándola, igual que esos dementes que organizan romerías para contemplar la aparición milagrosa de la Virgen en lo alto de una zarza o de una morera. Loles llegaba con su olor a champú de oro, a jabón de oro, a oro líquido. Loles llegaba y todo el Colectivo de Psicópatas lanzaba un secreto gemido de desesperación y satiriasis.

«Por mí, que Loles se beba una garrafa de leche de perra con cacahuets de Illinois, ¿no te jode?», decía Mortadela Dick, volviéndose barroco, pero todos sabíamos que no lo decía con sinceridad.

Loles no era, que se diga, una muchacha de belleza perfecta, de esas que sirven para anunciar lencería, perfumes o comida para gatos. No. Loles tenía el prestigio de una belleza anómala resultante de la combinación de unos ojos de los que hay toneladas y toneladas en todo el mundo, de unos labios de línea fría y de unas tetillas de colegiala anterior a la época de los acidificantes E330, los estabilizantes E413 y las vacas hormonadas. Tampoco era demasiado alta ni demasiado esbelta. Pero Loles tenía, aparte de su voz de cupletista ronca, *aura*. Su peculiar aura de oro. Y el aura no admite definición: el aura es ese polvillo dorado, sagrado y mágico, que flota alrededor de los santos y de algunas mujeres.

Porque la belleza no suele ser el resultado de una operación matemática convencional, ya que un error en una simple suma puede dar un resultado inexacto pero fascinante. La belleza es una matemática incierta y misteriosa. Una alquimia más bien: sumas a la boca una sucesión de gestos, planteas una ecuación con el concepto de blancura y con los dientes, multiplicas el resultado por unos ojos, sacas la raíz cuadrada de todo eso y la divides luego por un olor, elevas al cuadrado la cifra resultante y le sumas el coeficiente

seno y coseno de tus imaginaciones (la humedad de la orquídea carnívora, la turgencia de las cerezas pálidas sobre los globos de leche cuajada que nos devuelven nuestra pasteurizada infancia de monstruos chupadores), haces todo eso, en fin, y te da como resultado lo que ni siquiera consiguió el doctor Frankenstein: la perfecta armonización de lo imperfecto encarnada en un ser que no valdría nada si lo descuartizasen.

Y es que todas las cosas del mundo son impuras, en el sentido de que son mezcla de otras cosas. Porque el mundo es como una gran coctelería, con millones de camareros ciegos que experimentan en una tiniebla cosmogónica.

Cuando la belleza parte de una armónica suma de imperfecciones, te quedas desconcertado ante ella, sin armas estéticas para encajar su extraño prestigio. Te sientes pequeño y miserable, igual que si llevaras los calcetines rotos por la punta. Ante la belleza anómala y misteriosa, eres el simio desconcertado que salta de rama en rama. Te da vergüenza profanar ese delicado equilibrio. Te sientes indigno de poseer esa belleza que parece surgir de sí misma. Esa belleza que se ha creado a sí misma como un enigma artesanal.

Con tías como *Miss Agosto* no ocurre eso. A las de ese tipo, muñecas neumáticas, les haces perrerías sexuales sin rubor alguno. Pero Loles no era *Miss Agosto*. Loles era *Miss Misterio*. Y siempre da un poco de cosa bajarle las bragas a un misterio.

Ante la presencia de Loles, todos los clientes del Hades emitíamos un rugido silencioso. Dentro de nuestra sangre navegaba el monstruo del lago Ness, serpentino y babeante.

Ni siquiera Luiyi se permitía hacer a diario más de seis o siete frases ingeniosas delante de ella: su cerebelo —o donde diablos tuviese él ese extraño tumor que le obligaba a ser un chistoso— se paralizaba ante la majestad imperfecta de la belleza de Loles —que además se quedaba entre impávida y atónita cada vez que Luiyi no podía reprimir alguna ocurrencia, porque Loles no tenía capacidad filosófica para asimilar esa clase de basura.

Las cosas las aprende uno tarde, si es que llega alguna vez a aprenderlas. Cuando uno es demasiado joven, tiende a pensar que las mujeres como Loles no nos pertenecen por simple ley natural: suponemos que ellas buscan su equivalente fenotípico. Y ese es uno de los errores más estúpidos y más persistentes de la Historia la Humanidad a Escala de Individuo.

El caso es que apareció una noche por el Hades, debajo de un poncho que parecía la manta de un sioux, un tipo medio liliputiense, con pinta de indio maya, inca o azteca —lo que para el caso viene a darnos lo mismo— y con

voz de pito andino. Apenas le hicimos caso, porque a fin de cuentas se ajustaba a la fauna heteróclita del local —si algún día hubiese aparecido por allí una sueca bicéfala del brazo de un cíclope vestido de *cowboy*, nadie se hubiera alterado mucho.

El enano maya, inca o azteca se bebía su cervecilla con esa pesadumbre que caracteriza a los latinoamericanos exiliados, que son los que más pinta tienen de exiliados entre todos los exiliados del mundo: parece que acaban de arrancarles una muela sana con unas tenazas electrónicas.

Los clientes habituales estábamos allí manteniendo como siempre la compostura de nuestros psicópatas y solo mirábamos con ojos atroces a Loles cuando recogía los vasos desperdigados por las mesas y su culata ofrecía un escorzo de gloria partida por la mitad.

El enano de los Andes pidió otra cerveza y se quedó en la barra, mirando a Loles con el descaro de un ginecólogo. «Me llamo Norlito Pinto», oímos que le dijo a Loles. («Norlito», hostias). Loles le dio un par de besos en las mejillas (nuestros psicópatas aullando como sindicalistas puestos de cocaína hasta el cogote) y le dijo que ella se llamaba Loles. Loles y Norlito. Norlito y Loles. Había algo que no cuadraba: Loles con Norlito, Norlito con Loles. Imposible: hay nombres que no pueden juntarse en el corazón asaeteado que representa a las parejas en la corteza de los árboles o en los muros de las estaciones. Bonnie & Clyde, Adán & Eva, Popeye & Olivia: eso sí pega. Pero Norlito & Loles sonaba como Metempsícosis & Petróleo.

La tribu de los genitopsicópatas, esas desdichadas entidades sin raciocinio, respiró aliviada allá en su olimpo hirviente, tranquilizada por aquella rotunda incompatibilidad nominal.

Pero el caso es que Loles siguió hablando contra natura con Norlito, y Norlito con Loles, y Loles ponía cara de sincero asombro intelectual ante las cosas que le decía Norlito, y Norlito seguía hablando con su voz de pito maya, inca o azteca, y Loles le contestaba con su maravillosa voz de cupletista ronca, y Norlito se reía como un chorlito servicial, y Loles se reía con una sonrisa que parecía recorrer sus labios como una gota de oro —el oro líquido de su sonrisa y todo eso—, y los psicópatas nuestros se daban cabezazos contra las paredes de su psicocelda acolchada, o navegaban dentro de nosotros en forma de interrogaciones despavoridas, o gritaban consignas indignadas, o escribían pintadas de contenido amenazante en nuestros subconscientes: «Muera Norlito», «Norlito, ladrón». Mortadela Dick más bien parecía Moby Dick: una ballena epiléptica, con ojos de pescado diabólico.

Si logras hacer reír a una mujer, puedes estar seguro de que ya la tienes a mitad de camino de tu cama. Y Norlito estaba haciendo reír a Loles. La semidiosa dorada de los trogloditas estaba casi a punto de mearse de tanta risa, de echar una lluvia dorada sobre sus bragas doradas.

Cuando las mujeres se mean de la risa, ya están deseando quitarse las bragas. Y Norlito iba a conseguir que Loles se meara. Loles era una semidiosa meona en contacto con Norlito. (*Alerta roja*).

La noche siguiente, Norlito volvió al Hades. Y volvió el fin de semana siguiente. Y el otro, el muy hijo de puta.

Después de hacer que Loles se meara viva cuatro o cinco veces, Norlito acabó liado con ella. O ella acabó liada con Norlito, lo que para el caso es lo mismo —aunque decirlo de este modo duela un poco más. Loles y Norlito, dos seres fundidos en uno por la fuerza pasional del amor: Noles y Lorldito, el yin y el yang, Norlitas y Lolitos. Loles se meaba y Norlito se corría: el caso era echar líquido. El amor es un generoso intercambio de fluidos corporales: hay gente que se corre y hay gente que se mea de amor.

Creo que ya he hablado de la fascinación sexual por los contrarios (la enana que suspira por el gigante, etcétera), pero aquello de Loles y Norlito iba en plan bestia contra la Naturaleza, si es que a esa insensata le queda un poco de coherencia y de dignidad.

La verdad es que la belleza es una máscara engañosa. Creemos que detrás de las máscaras bellas hay un espíritu superior, cuando en realidad podemos darnos con un canto en los dientes si hay allí un espíritu aunque sea en estado precario. Y Loles nos había camelado con su máscara de semidiosa, cuando en realidad era una vulgar meona. Una de esas muñecas que se mean en cuanto les tocas el resorte adecuado.

Norlito Pinto iba al Hades todas las noches de todos los fines de semana. En cuanto desmontaba su tenderete de bisutería étnica en la calle Preciados, allí estaba Norlito, haciendo gala de la tradicional tenacidad andina en cuestiones galantes. Y odiábamos a Norlito con toda la fuerza bruta de nuestro corazón. Y nuestros psicópatas nos despreciaban igual que esos hijos que desprecian a sus padres porque no tienen dinero para comprarse un buen coche.

Norlito era de esa clase de tipos que regalan libros a las mujeres: la categoría más baja de los seductores. Norlito llegaba con libros de Cortázar (un argentino con mentalidad de prestidigitador que tuvo que meterse a escritor para poder hacer al menos el saltimbanqui), de García Márquez (un colombiano que te engatusa el oído con técnicas de locutor nocturno de radio)

o de Ernesto Cardenal (un cura nicaragüense aficionado a la poesía cósmica disfrazado —por si fuese poco— de domador de caniches).

Cada vez que Norlito Pinto le regalaba un libro, Loles ponía cara de intelectual profunda y miraba el libro al derecho y al revés, posiblemente para comprobar que no estaba hueco o quizá por ver si llevaba cupones para obtener una cubertería de acero inoxidable.

De repente, le perdimos el respeto a Loles, aquel respeto ritual que nos había impedido proponerle la práctica del amor libre, cosa de lo más normal en la época, en nuestra célula trotskista y en las películas de hombres prehistóricos. Éramos ya la rabiosa jauría. La manada de lobos. Luiyi se pasaba todo el tiempo soltando sus frases ingeniosas sin pudor alguno. Nuestros psicópatas nos utilizaban como periscopios y mirábamos a Loles sin disimulo ni rubor, profanadores y lascivos, con esos ojos arrogantes que recorren un cuerpo como si en vez de ojos fuesen una lengua degenerada.

En nuestra casa de Bogotá —si se me permite la digresión— había un gran palomar de madera. Los palomos no paraban de arrullarse. Del palomar salía un rumor continuo de arrullos. Te parabas a oír y parecía aquello el eco de un cine x. Los palomos vivían para chingar. Si una pareja de palomos se ponía a chingar, llegaba un tercer palomo y se ponía a darle picotazos, para fastidiarle el polvo —porque sería un poco enrevesado suponer que a los palomos les va el sexo triangular y sadomasoquista. Picotazos a la paloma echada. Picotazos al palomo abierto de alas con solemnidad litúrgica de Espíritu Santo.

Los palomos no pueden ver chingar al prójimo. Llevan eso en la sangre. Y nosotros éramos los palomos rencorosos del Hades.

Bien. Las manzanas freudianas maduran durante mucho tiempo en el árbol, hasta que caen —porque allá donde esté Eva siempre hay problemas con las manzanas.

Un día en que se me fue la mano con la bebida y el hachís, me acerqué a Norlito Pinto y le dije: «Hola, galán andino», y le tiré de su poncho con dos dedos de desprecio, igual que quien coge una hoja podrida de lechuga. La clientela del Hades puso de inmediato sus esperanzas redentoras en mí: el rey Arturo del Hades, el que iba a abolir el curso miserable de los acontecimientos. Detrás de la barra, Loles me miraba con una agitación de damisela medieval que se ve venir el linchamiento de su amado por parte de las hordas populares. Oliendo el peligro. Porque ya he dicho que el peligro se huele, y que huele a pescado a punto de pudrirse. Y en la nariz dorada de Loles entraba el olor a peligro como una sustancia espesa y vomitiva.

Vendavales de olor a peligro entraban por la nariz de Loles. Pescados enteros, raudales de pescados casi putrefactos. —Esturiones, cachalotes...

Los acontecimientos siguen un curso propio. Basta que los desencadenes para que ellos anden por su cuenta, porque los acontecimientos y muchos cuadrúpedos echan a andar al momento de nacer.

Notaba en mi nuca el rayo láser de los ojos de los clientes del bar. Cuando estás de espalda, sabes si están observándote, porque la nuca es un detector de miradas y sientes allí la gravidez percusiva de los ojos que te miran. La nuca es un sitio muy sensible. (Si quieres dejar a un tío sin fuerzas, échale vaho en la nuca: se adormece, vuelve al claustro materno. Se queda flojo y feliz, con su subconsciente flotando en Disneylandia. Y entonces le zurras con más comodidad).

Yo no quería pegar a Norlito, sino cruzar educadamente con él algunas palabras desagradables y fastidiarle el polvo de esa noche mediante una técnica de palomo. Yo no quería pegarle, ya digo, pero mi subconsciente sí. Y acabé pegándole, porque si los acontecimientos andan solos, el subconsciente no quiere perderse la fiesta y se pone a correr detrás de los acontecimientos.

Le pegué bastante, la verdad, porque la clientela no esperaba menos de mí, y notaba el peso de sus ojos felices y feroces en mi nuca, sus mensajes telepáticos de enhorabuena, como si todos acabaran de salir de una sesión de terapia colectiva.

Sin darme cuenta, me había convertido en el Robin Hood de los reprimidos sexuales de la tropa. —El patético Walter Redentor, aclamado por la chusma harapienta y desdentada...

Loles representó el papel habitual en ese tipo de tragicomedias: gritó, me arañó y me insultó. Mientras Loles representaba su papel, yo mantenía a Norlito agarrado por el cuello con una llave de inspiración oriental, presionándole con la rodilla la parte más freudiana de su cuerpo.

Cuando lo solté, Norlito se quedó en el suelo encogido de espanto, ovillado de dolor, porque ante el dolor todos somos como ese perrillo atropellado que se retuerce en la acera, aullándole al portero del trasmundo, sin comprender nada.

Loles le pasaba por la cara un paño mojado, como si Norlito fuera un boxeador.

Pegar a la gente no es agradable, pero dicen que en ocasiones sí resulta agradable la sensación retrospectiva de haberle pegado. Nunca he tenido esa sensación, la verdad sea dicha, aunque alguna que otra vez, cuando me han

pegado a mí, he visto en la cara del otro un gesto de orgullo, de retorcida felicidad: una sonrisa de triunfo que parecía reclamar una medalla olímpica.

Norlito, en fin, tenía rotas varias cosas: un diente, la nariz, el poncho. Pudo haber sido peor si se hubiera resistido, pero Norlito parecía Gandhi, un resistente atónito y horrorizado.

Mi anillo de calavera se me había clavado en el dedo, y el dedo me sangraba.

Bueno, sí, ¿qué van a contarme?, horrible todo, ¿no?, pero es que yo no he inventado el mundo. Loles era una diosa de película de trogloditas y los trogloditas se peleaban por cualquier cosa: por una mujer o por un trozo de mamut. Ganaba el más fuerte, no el que tenía más razón, porque la razón de los trogloditas residía en sus cachiporras y no en sus lecturas de los filósofos de la época.

Si hoy me encontrase con Norlito, lo invitaría a beber, a esnifar, a putas y a lo que quisiera. Intentaría pedirle disculpas y ser su amigo, hablarle de los viejos tiempos, preguntarle por Loles (¿la diosa cargada ya de hijos, con las manos destruidas por la lejía, paciente de los psiquiatras de la Seguridad Social, enganchada a los ansiolíticos?), cantaría con él coplas andinas y... acabaría pegándole de nuevo, porque tengo visto y comprobado que al tipo al que le pegas una vez le vuelves a pegar en cuanto tienes el más peregrino de los pretextos, por una especie de fidelidad y de resorte defensivo que se quedan flotando en las aguas residuales del Subconsciente. Porque la violencia, al igual que el sexo, crea lazos extraños e inquebrantables entre la gente: le pegas una hostia a un tío y podrías estar pegándole hostias hasta el día del Juicio. Lo difícil es darle la primera: las demás vienen en cascada. Y con el sexo pasa algo parecido: lo complicado es el primer polvo, pero, a partir de él, se establece un vínculo vitalicio entre los folladores. Follas con alguien y casi te conviertes en pariente suyo: un retrato tenebrista de otro antepasado en el largo pasillo...

Luiyi y Mortadela se pusieron de mi parte, como era natural, tras la tunda que le di a Norlito Pinto y no escucharon las protestas de Loles porque los dos sabían de sobra que ya no se la iban a tirar y les daba lo mismo lo que Loles dijera o dejara de decir. «Por mí, que se beban los dos un batido de leche de perra, ¿no te jode?», proclamó Mortadela Dick. Loles, perpleja y humillada, recogió los trozos desperdigados de su novio y se fue con él al hospital de amor que tenían por la parte de Aluche para lamerle las heridas. Y no volvió nunca.

La clientela me invitó a copas durante toda la noche y durante toda la noche estuve tomando copas a cuenta de la clientela, brindando por la reimplantación del orden cósmico en nuestro pequeño asteroide.

Cuando regresaba a casa, me acordé de Trotsky —de Julián, quiero decir, el Trotsky de Granada. A él también le dieron fuerte. En la cabeza. A mí me dolían los nudillos y sentía un asco inconcreto pero punzante en el estómago.

¿En qué clase de monstruo me había convertido? No lo sé, ya que los monstruos nos caracterizamos por nuestra incapacidad para la introspección.

En cuestión de meses, mi curva ideológica había recorrido un tramo que iba del trotskismo a la barbarie. Al camarada Liev Davidovich Bronstein, alias Trotsky, lo asesinaron en Méjico, alias México. A Julián, alias Trotsky, le machacaron el cerebro en un sótano de la Puerta del Sol. A Norlito Pinto, un nombre que incluye su propio alias, le pegué una paliza que posiblemente no olvidaría nunca: yo estaría siempre en su memoria, porque la memoria ofrece hospedaje inmediato y vitalicio al horror, a la ridiculez y a la vergüenza. Yo deambularía por la memoria de Norlito Pinto hasta el fin de sus inciertos días terrenales, ya los pasara en los Andes o en Aluche, del mismo modo que por la mente de los niños deambulan las presencias de Drácula, del Hombre Lobo o de Frankenstein y siguen deambulando por allí cuando el niño se convierte en un anciano que no logra recordar ni su nombre de pila.

En el portal de mi casa me topé con Fede, mi viejo camarada de obsesiones eróticas. «Guártel, pareces un astronauta del *rock & roll*», me dijo. Él también había renovado su vestuario de gala: pantalones vaqueros de pitillo, botas militares y camiseta de tirantes rociada con lejía. Se había dejado una melenita de quinqui flamenco y se había hecho un tatuaje en el brazo: un corazón de sangre pálida y borrosa. «Estoy esperando a una fulana. Si quieres, te la paso luego». Le dije que no, que gracias por su ración potencial de petrarquismo.

Me metí en la cama. La habitación era una oscuridad que giraba sobre sí misma: una peonza de tinieblas. Como no cogía el sueño, me puse a meditar. A meditar esas cosas absurdas y humillantes que a uno se le ocurren durante la duermevela, que es un extraño fenómeno psicofísico. Medité, por ejemplo, lo siguiente: «Basta con que se piense una maldad para que esa maldad sea probable. Piensas en el Demonio y el Demonio existe. Piensas en el fin del mundo y el mundo se ve obligado a acabarse. La maldad es un refinado proceso mental. Imaginas, no sé, que alguien te clava una aguja en el ojo, que te cose los párpados, que te quema los labios y que, finalmente, como guinda

del pastel del dolor, te inyecta aguafuerte en una vena. Si uno piensa una *cosa*, alguien llevará a cabo esa *cosa* en algún lugar del mundo. Las ideas flotan en el aire. Puedes apropiarte de cualquier Maldad Flotante. A la carta».

Abandoné, en fin, mi meditación pavorosa y me puse a inventar una película. Porque a mí se me ocurren muchas películas. Por ejemplo: destinan a un médico a un pueblo en el que los setos están recortados en forma de oropéndola o de paloma, en el que todo el mundo tiene una complexión atlética —cero pícnicos—, en el que todos los escaparates están encantadoramente decorados: guirnaldas, revoltijos de pétalos, apolos de escayola patinada... El médico nota algo raro en esa Arcadia pueblerina, pero no acierta a intuir siquiera de qué puede tratarse, ya que los libros de medicina no contemplan la eventualidad de una epidemia de cursilería patológica. Todos los perros llevan lazos de seda, cascabeles... Todos los coches están pintados de colores primaverales. No hay niños... Durante un mes, el médico vive en un estado continuo de inquietud, manoseando enigmas. Sus noches duran de veinte a treinta horas en el reloj de plutonio del pavor. La caligrafía temblequeante de sus recetas resulta ilegible para el farmacéutico —que, por cierto, ha decorado el techo de su negocio con un fresco que representa un tropel sonrosado de cupidos sonrientes. El médico llama al cerrajero para que le instale una cerradura de seguridad en la puerta de su dormitorio, pero luego concibe la sospecha de que el cerrajero (su camiseta estrecha, su pulsera de oro) ha podido quedarse con una de las llaves... Pasan los días (la rosa en llamas de agosto, la cabeza decapitada de septiembre...). Hasta que una mañana el médico descubre que todos los habitantes del pueblo, tíos y tías, *todos*, son homosexuales de nacimiento por una especie de confabulación de cromosomas coquetones. Todos. Hasta el fornido y delicado panadero que vende panecillos con forma de David de Miguel Ángel. Hasta la robusta anciana florista. Hasta el policía municipal que dirige el tráfico interpretando con el silbato el tema central de *Turandot*... Pero no acaba ahí la cosa, ya que, a las pocas semanas, realiza un nuevo descubrimiento: a causa de unas radiaciones atómicas derivadas de unos experimentos militares llevados a cabo en el cercano desierto de Timeless Rock, todos los vecinos han desarrollado en cuestión de meses un gen criminal (y aquí no desentonaría un discurso de volutas científicas y de pompa barroca, pero dejémoslo correr). En la escena final de la película, todos los vecinos avanzan hacia el aterrado doctor, el Intruso, con sierras mecánicas, pancartas con proclamas de reivindicación gay, rifles, lanzas grecolatinas y cuchillos, para cargárselo... (Y luego podrían aparecer ya los marcianos, que es lo que a todos nos gusta:

que en las películas aparezcan Ellos, los verdosos humanoides de vibrantes antenas en las sienes, para añadir a la realidad una dimensión de pesadilla cómica).

Pero aquello tampoco era un camino de rosas que condujese al sueño reparador, que se diga. De modo que me puse a pensar en el mundo del circo:

EL PROGRAMA DE UN CIRCO, SEGÚN WALTER ARIAS

—el fakir pensativo que sueña con ser un chulesco domador de tigres de Bengala.

—el domador de tigres de Bengala que cada vez que hace chasquear el látigo siente en su espalda el viento de una jungla peligrosa.

—la mujer-serpiente enamorada del prestidigitador que suele estrangular por accidente a las palomas al sacarlas de su chistera.

—el *cowboy* del traje luminoso que sueña cada noche que su caballo blanco se muere.

—el levantador de pesas para el que un miligramo de más o de menos constituye un mundo.

—el gigante que no es capaz de levantar el peso de una rosa.

—los payasos que se odian y que se abofetean con la saña bufa de unas marionetas satánicas.

—el comefuegos de corazón lujurioso.

—el comedor de sables que tiene un alma de acerico.

—el lanzador de cuchillos que cada día comprueba con resignación el avance del mal de Parkinson.

—los leones sedados que, después de diez años de vida artística, siguen asustándose del resplandor de los focos.

—el funambulista que un día, ante el espejo, se paró a pensar que la vida es como la cuerda floja y que desde entonces trabaja sin red, aceptando el riesgo del abismo.

—la trapecista que acude cada mes al oftalmólogo.

—el chino mandarín que tiene en su camerino un bote de maquillaje amarillento.

No era, desde luego, mi Hora Feliz, de modo que encendí la luz, me vestí de nuevo de astronauta del *rock & roll* y bajé al piso de Fede.

Fede me abrió envuelto en una manta. «Pasa», dijo. «Termino enseguida y te la dejo», dijo. «Tendrás que darle un poco de pasta», dijo.

Esperé sentado en el sofá de escaí violáceo recubierto con paños de ganchillo. Encima del aparador estaba la película porno americana que el padre de Fede nunca llegó a ver: su manzana de Tántalo.

Notas enseguida en la piel de una mujer el olor de otro tío, y ese olor es parecido al de la carne congelada.

A la media hora, volví a casa, me quité el disfraz y me dormí.

Y es que para tomar posesión del infierno solo tienes que partirle la cara a un infeliz y bajar una escalera. Al infierno se baja en cuestión de minutos. Y ni siquiera tienes que preocuparte por buscar el camino: todos los caminos llevan a él. —No tiene pérdida.

4 Finales de 1975. La ternura de Sasa

El día en que murió Francisco Franco, esa versión gallega y pitufa de Gengis Khan, yo tenía veinte años y estaba borracho como un irlandés y fumado como un marroquí, tirado en la calle en medio de mi propio vómito de alcohol y de trotskismo residual.

Es curioso: todos los tiranos son muñecos risibles que, por maña de birlibirloque colectivo, inspiran respeto y terror, esa misma clase de terror que despiertan los tipos disfrazados de bruja que nos sobresaltan con una escoba cuando vamos en el tren del parque de atracciones: sabemos que son paródicos peles transmisores del miedo, pero nos asustan —¿qué le vamos a hacer?— con sus escobas.

A la vuelta de los años —no muchos: bastan ocho o diez—, cuando ya se ha disipado el hechizo social, vemos un documental televisivo sobre el tirano que tuvo en un puño a todo un país y aparece allí una pequeña peonza que levanta marcialmente el brazo como un títere, y nos preguntamos: «¿Cómo es posible que...?».

A veces, la realidad se convierte en algo así como un circo de tercera categoría en el que unos payasos vengativos, neuróticos y sanguinarios, se afanan en hacer llorar a los niños con sus viejos chistes de animales muertos y con sus caídas de espaldas reforzadas con ese golpe de platillo y timbal que hace crujir el mundo. Un circo de sufrimiento y surrealismo en el que el domador tortura la dignidad de los leones con su látigo de empuñadura dorada. Un circo que pretende *doler*.

Te montas, en fin, en el tren de los sustos, como iba diciendo, y te estremece la presencia de un pobre desgraciado vestido de bruja que salta en la oscuridad del túnel con el patetismo de un espantapájaros.

Pero salgamos de esta especie de alegoría barata y hagamos un somero análisis histórico:

1. Los propios militares se pusieron bajo las órdenes de alguien que representaba la más demoledora caricatura de los propios militares

(imagínense a Aníbal con un bigotillo de camarero adulator, imagínense a Julio César pescando en un yate con un sombrero tirolés...).

2. Las amas de casa, presionadas por su nostalgia tribal de ídolos patriarcales, levantaban sus manos, encallecidas por los detergentes, al paso triunfal del Pequeño.
3. Los empleados y comerciantes dejaban escapar una emocionada lágrima con impurezas de polvo ante la visión de la pequeña deidad del bigote de lechuguino.
4. Los trotskistas, allá en nuestras catacumbas estudiantiles, repartíamos octavillas de color amarillo o rosa, nos bebíamos lo que tuviéramos por delante, fumábamos hachís, retozábamos libertariamente con las principales consumidoras de pachulí de todo el país y escuchábamos las diarreas lisérgicas de la guitarra angélica y desquiciada de Jimi Hendrix, entre otros.
5. Etcétera.

(Poco más o menos).

El día en que murió aquel tipo, en fin, yo estaba medio en coma y no me enteré hasta el día siguiente, porque uno no puede estar siempre a la altura de la Historia Contemporánea.

Y es que por aquella época yo bebía bastante. También fumaba bastante hachís y me metía bastantes pastillas. Pero sobre todo bebía. Bastante. — Beber es fácil: te quemas la tráquea con el primer sorbo y los demás sorbos quemán ya sobre quemado.

No sé si la afición a la bebida es hereditaria. No creo: se hereda la forma de la nariz o de las orejas. De los hijos de algunas drogadictas se dice que heredan la drogodependencia: un legado de tinieblas narcóticas. Pero, en cualquier caso, los hijos de los alcohólicos no: el alcoholismo es una pesadilla intransferible y artesanal. La creas tú. Hay quienes intentan crear paraísos y quienes se empeñan en crear infiernos. —Hay de todo.

Mi padre seguía bebiendo mucho. Apenas hablaba ya, porque parecía que la lengua se le había hinchado y que le llenaba la boca como un grumo. Mi madre adelgazaba, porque las tragedias familiares resultan dietéticas. Mi padre bebía. Yo bebía. Mi madre adelgazaba.

A la caída de la tarde, me ponía mi indumentaria de evangelista de la psicodelia y cumplía un laberíntico itinerario de bares modernos, llenos de gente disfrazada de alienígenas. Oh, los bares... Los bares nocturnos se recuerdan como se recuerda una luz giratoria, aunque el giratorio sueles ser tú. El único que recuerdo bien, aparte del Hades, se llamaba Vía Láctea, uno

de esos locales llenos de pinturas de pop metafísico: hadas astrales, galaxias líquidas, racimos de planetas policromos... Lo recuerdo sobre todo porque allí conocí a Sasa Martel, que fue, hablando con un poco de propiedad, mi primer amor... o al menos la primera muchacha con la que me fui a la cama por una inconcreta razón que emocionalmente estaba un poco por encima de la cama en sí.

Sasa no se parecía a Loles. Sasa era una belleza un poco más ceñida a un determinado arquetipo de la belleza clásica: melena pelirroja, cintura de avispa y pechos de vaca. Una de esas chicas, en fin, que parecen tener el cuerpo corroído por un discreto raquitismo y las tetas enfermas de elefantiasis: premio.

Nada más verla en su esplendor de camarera atribulada, sirviendo *gin* y ron con manos indecisas, intuí que el destino no me tenía reservado el privilegio de que me hablase siquiera, porque solo en la Vía Láctea había unos doscientos tipos dispuestos a reclamar un privilegio parecido. Pero el instinto se equivoca a veces. Y a veces el destino se equivoca. Si no se equivocaran, ya no serían ni instinto ni destino: serían las ciencias más macabras del mundo, porque nuestra vida se convertiría en un guión que tendríamos aprendido de antemano: pequeños hamlets con almas mecánicas, diseñados por la empresa multinacional del Hado, camino del Hades o del País de las Hadas, según el caso. (Y no sé si me explico: los androides de Dmitri Grappelli y todo ese rollo).

Pues bien, aun intuyendo que no tenía nada que hacer con ella, me fui para Sasa y le solté algo parecido a esto: «Oye, por favor, dime tu nombre, aunque sea un nombre falso», porque yo quería poder ponerle al menos un nombre a esa imagen que me llevaría al gemido artificial y solitario de la bestia andrógina, satisfaciéndose imaginativamente a sí misma. Un nombre — un simple nombre— para pronunciarlo en el estertor autista de orgasmo y desconcierto —y el mundo girando alrededor como una gran vagina virtual y alucinógena. Ese era el plan de aquella noche: un tipo pronunciando el nombre de una desconocida en el silencio de la madrugada, machacándose. Como el mono que en la noche solitaria del zoológico gime y ulula. Machacándose.

Sasa me dijo que se llamaba Sasa y no entendí su nombre, porque Sasa no es apenas un nombre, sino una simple sílaba tartamuda: Sasa. Y yo iba a tener que pronunciar ese nombre absurdo en mi cuarto como una letanía: sa, sa, sa, sa... —Oh sí, ya lo sé, incluso el mono del zoo pronuncia cosas más complicadas cuando se la casca, pero ¿qué quieren?

Más tarde supe que Sasa se llamaba en realidad Isabel, pero la gente no sabe vivir sin pseudónimos —y nacen así las yesis, las gemys, las sasas.

Por entonces, yo era el joven Emperador de los Relojes Averiados y el Príncipe del Tiempo Detenido, y no tenía inconveniente en quedarme en los bares hasta que se disponían a cerrar, mirando pasar alrededor de mis pies las escobas que arrastraban colillas y cristales, y aquella noche cerré la Vía Láctea. A esas horas, lo único que puedes hacer es mirar el suelo: es tu única referencia orientativa y tu mayor enemigo a la vez. Sabes que si estás viendo el suelo no estás tirado en el suelo. Sabes que el suelo va a tenderte trampas para engullirte. Sabes que lo más normal es que acabes en el suelo. Sabes que tu gran meta espiritual consiste en no acabar en el suelo.

Yo estaba mirando el suelo, y las escobas surcaban el suelo como astronaves, arrastrando basura galáctica.

De repente, vi unos zapatos rojos parados ante mí. Levanté la vista y era Sasa. Sasa llevaba zapatos rojos: buena señal —porque todas las forofas del sexo acaban comprándose zapatos rojos con el pretexto de que combinan con algún vestido: zapatos rojos = ignición secreta.

No sé bien qué pasó luego, ni lo que le dije ni lo que ella me dijo, pero me desperté a su lado en un lugar lleno de cortinas y de cerámica de Marruecos. Como la noche anterior me había pasado un poco con todas las dosis de todas las sustancias, tardé bastante en intuir siquiera adónde había ido a parar, ya que a veces uno amanece en habitaciones desconocidas con la misma sensación que quien abre los ojos y se encuentra en un quirófano.

La vivienda de Sasa consistía en una sola habitación y un pequeño baño, aunque ella había llenado todo de cortinas a modo de tabiques para crearse una ilusión de laberinto doméstico.

Lo que no tardé en saber fue que el mío había sido el sueño de los castos, porque eso se nota. Las mujeres recién amadas tienen una especial caída de párpados (algo así como el peso de una mariposa posada en ellos), y Sasa no tenía esa caída en los suyos cuando aparté una cortina y la vi preparando el café en una parcela de la habitación que procuraba ser una cocina gracias al cortinaje y a un infernillo de gas.

Antes de terminar el desayuno, conocía yo la vida de Sasa a grandes trazos impresionistas: su huida del hogar a los dieciséis años, sus noviazgos desengañados con el *disc jockey* de las melenas arcangélicas y con el batería *homo semiloquens* de un grupo de acid pop, su mítico viaje a tierras marroquíes, su lío con el abogado laboralista (casado y padre de varios niños aullantes), sus problemas de subarrendamiento del ziquizamí en que vivía, sus

Ilusiones... Una versión actualizada de Cenicienta, abandonada por los príncipes desnaturalizados... A mediodía, Sasa lucía ya en sus párpados el aleteo de una mariposa velocísima. Por la tarde, ya estaba enamorado de ella: ya se me había metido en la cabeza esa sugestión psicotrópica que te transforma el corazón en una tarta presidida por la figurilla de un cupido de plástico. Por la noche, acompañé a Sasa a la Vía Láctea. Soportaba cuatro caídas especiales en sus párpados. Cuatro mariposas.

Sasa era la ternura misma, a pesar de tener las tetas enormes. A Sasa no le cabía el corazón en sus tetas, porque su corazón era mayor que sus dos tetas juntas: un corazón cósmico. Lo malo es que cuando tienes veinte años, aprecias más las tetas que el corazón de las mujeres —y ellas lo notan enseguida, y tuercen la boca.

En la cama, Sasa era del tipo muñeca hinchable: inmóvil, con los ojos muy abiertos, emitiendo desde su corazón una tonelada de kilovatios de ternura estática —y no sé si me explico: imaginen el latir íntimo de una bomba nuclear. No era precisamente Sasa lo que solemos entender por una esquizofrénica descontrolada del sexo, esa clase de mujeres que parecen tener ocho o nueve manos y dos o tres lenguas, que se descoyuntan como contorsionistas, que aúllan como lobas pavorosas y que hacen que te sientas como el protagonista de una película pornográfica de licántropos. No. Sasa disfrutaba, pero del mismo modo que quien recibe un masaje turco o una bendición papal: poniendo cara de agradecimiento. Poniendo cara de... *Amor*. Y eso no está del todo mal, a pesar de lo que digan muchos: ¿qué tienen de malo las muñecas hinchables?

Yo miraba a Sasa ir de un lado a otro de la barra de la Vía Láctea con el orgullo de saberme su tipo favorito. Me daban ganas de subirme a un taburete y gritar: «Eh, chusma, a esta princesa me la tiro yo y estoy dispuesto a matar por ella», o algo así.

El amor es estupendo: te convierte en el idiota de ti mismo. Flotas en la Arcadia de los pastorcillos vestidos con casacas dieciochescas y pelucas empolvadas. Guirnaldas de cabezas de ángeles te sonrían mientras tocan con sus arpas una balada *country*. La parte filosófica de tu cerebro es el alegre país de los gnomos cantores. Tu corazón es una especie de fresa palpitante y confitada.

Bebí para celebrarlo. Bastante. Bebí bastante porque tenía mucho que celebrar. (Mi *Ego*, mi *Ello* y mi *Superego* en alianza bélica, para asombro de Sigmund).

Solo había una cosa con la que no había contado: el Psicópata. A la quinta o sexta copa, el Psicópata ya había puesto su punto de mira en una especie de leona suburbial y selvática, llena de lianas de bisutería exótica, que olía de lejos a perfume sanguinario y que movía un cuerpo glorioso dentro de un batón de bambula al ritmo de los tacones de sus botas del Oeste. No tenía las tetas tan grandes como Sasa, pero las tenía grandes... y eso es lo raro de la vida: la mente de un hombre posee facultades de sobra para dejar de pensar en unas tetas enormes por culpa de unas tetas simplemente grandes. Yo no sé. (Yo es que hay cosas que no entiendo).

Después de haber llenado de mariposas los párpados de Sasa, el Psicópata había vuelto a ponerse en acción como una sierra mecánica con ganas de hacer destrozo. Y es que en un mismo día puedes enamorarte locamente y olvidarte a lo loco del amor, porque el Psicópata tiene comportamiento de brújula, y te acaba desorientando: vas hacia el sur por mandato del corazón y de repente el Psicópata te señala el norte. Y tomas rumbo norte, por supuesto.

A la octava cerveza me fui para la leona, de cacería. (El paso fanfarrón. Los ojillos vibrantes. Con esa solidez espiritual de los galanes que están en buena racha). La leona me recibió con remilgos, pero acabó dándome carrete, deseosa de expandir por el mundo su teoría personal sobre los precios abusivos de las copas y sobre las vertiginosas modas musicales. Mientras atendía a la clientela, Sasa me miraba con ojos de aturdimiento. La leona hablaba como un loro, pero el Psicópata estaba contento de verdad, porque hay días en que le da igual casi todo: no está para matices. Ama la voz de los loros.

A Sasa se le volcó un vaso, porque no me quitaba la vista de encima. Y yo sabía que Sasa me miraba, pero el Psicópata me ordenó ponerle una mano en la cintura a la leona: *Operación Mano*. La leona se contorsionó como una culebra para dejar en el vacío mi mano. Pero volví a colocarle la mano en la cintura: reintento de *Operación Mano*. La leona consintió del mismo modo en que la Venus de Milo suele consentir que un mosquito se le pose en la cintura durante quince segundos. El Psicópata sentía el calor de la cintura de la leona a través de un complejo circuito de calefacción psicofísica: el calor de la cintura de la leona se transmitía a mi mano, mi mano lo transmitía a ese pobre diablo que es el cerebro y el cerebro, como un esclavo egipcio, transportaba ese calor efervescente al castillo priápico del Psicópata.

Sasa dejó de mirarme. Yo miraba a la leona. La leona hablaba sin parar, como si fuese un loro psicoanalizado, contaminando el mundo con vertidos tóxicos de tautología.

En fin, las cosas salen a veces bien y a veces mal, depende de cómo ande de humor Dmitri Grappelli, y aquel día el viejo cabroncete Dmitri andaba encabronado.

«Se me han infectado las orejas, porque soy alérgica a los pendientes que no sean de oro puro», dijo la leona. (El oro puro, nada menos). «Se me han inflamado». Yo, naturalmente, dije: «A ver, a ver», y me puse a acariciarle los lóbulos —un terciopelo caliente, realmente inflamado.

En eso estaba cuando de pronto apareció tras la leona un tipo con melena inequívoca de león, de rey absolutista de la selva. Del cuerpo de aquel sujeto podrían sacarse dos Walter Arias —y aún sobraría algo para sacar a un niño en edad de soñar con mujeres gigantescas.

Esa clase de individuos, no sé por qué clase de precepto antropológico, suelen ser cortos de vocabulario. «¿Qué?», me preguntó, a la vez que le pasaba una mano por el sobaco a la leona (una serpiente de cinco cabezas saliendo de una cueva) y le acariciaba un pecho del tamaño de dos pechos. Uh uh. Un tipo que es el doble y cuarto de grande que tú y tú tocándole las orejitas a su chica con tus manos expertas en profanaciones de ese tipo... A causa de la tensión, mi Psicópata salió despedido como si fuese el tapón de una botella de champán y, esófago arriba y tráquea arriba, no paró hasta chocar con la tapa craneal, y allí se quedó vibrando, atónito.

El león seguía haciéndome su pregunta predilecta: «¿Qué?». La leona apoyaba la cabeza en el pecho del león. («¿Qué?»). Miré a Sasa («¿Qué?») y me dio la impresión (sostenía una botella en cada mano, expectante) de que mi novia tenía la nariz un poco ganchuda.

Olí ¿qué? El pescado medio corrompido del peligro, naturalmente. Si van a pegarte, lo sabes con medio minuto de antelación. Medio minuto antes sientes ya el dolor, porque todo tu cuerpo está preparándose para sentir el dolor, y la premonición del dolor duele.

Fue un solo golpe, pero muy bien dado. El tipo sacó el brazo derecho por encima del hombro de la leona y me metió el puño entre las cejas. Me caí de espaldas.

Recobré el conocimiento en la calle, sentado en la acera. Sasa me apretaba contra la frente una toalla llena de cubitos de hielo. —Sasa... Si en el mundo ha existido un Corazón por Antonomasia Unánime, es sin duda el suyo.

Bien. Lo malo de que te peguen en público no es el dolor que sientes, sino el dolor suplementario que tienes que fingir para enmascarar la humillación que has sufrido con la piedad que procuras despertar entre el público. (Y lamento que tengan que releer la frase: *nueve* verbos saltando como simios

semánticos; a ver quién lo amarra). Es una táctica del Subconsciente, una de sus tácticas más ruines y efectivas. De todas formas, si te tumban al primer golpe, despídete de tu prestigio: solo te queda inspirar lástima a granel, y puedes considerarte afortunado con esa propina, pues lo normal es que la gente se ría de ti con tantas ganas que hasta se diría que ha estado aguantando la risa durante toda la vida para poder reírse a tu costa hasta tronchase la columna vertebral.

Sasa me dijo que me fuera con ella a su casa de cortinas ondulantes. Me acordé de Norlito Pinto y le dije que no: no quería protagonizar una escena de entrañable caridad con intercambio de toxinas de ternura salivosa (ITTS). Además, desde la noche anterior no aparecía yo por mi casa y mi madre debía de estar agotando el catálogo universal de conjeturas.

En fin, aquel tipo tenía un buen rechazazo, qué duda cabe. Después de todo, creo que fue una suerte el que me tumbara al primer golpe. Tres o cuatro golpes como ese podrían reventarle la cabeza a un elefante, aun en el caso de que el elefante llevara puesto el casco de una escafandra.

«¿Dónde te habías metido? Estamos destrozándonos. Estamos destrozándonos», sozolló mi madre. —No sabía ella bien hasta qué punto.

Antes de dormirme, pensé en Sasa. Pensé en su corazón y pensé en sus tetas —dicho sea con el respeto debido a ambas cosas. A la mañana siguiente, nada más despertarme, pensé únicamente en sus tetas. Y luego en las dos cosas. Y un poco más tarde solo en sus tetas.

Y aquí lo dejaremos de momento.

5 Pajarera Satán. El hospital de la enfermera cegata. El negocio de Jotauve. Veneno de amor

Si tienes una novia con las tetas muy grandes, se te pone cara de místico. Si ese tipo de novia te dura tres o cuatro semanas, puedes acabar pareciéndote a los santos de las estampas que Fredo colocaba en sus altares.

Durante el tiempo en que salí con Sasa, yo tenía —a qué negarlo— ese aspecto. Menos mal que Sasa, como dije, no era la típica bestia de cama, una de esas artistas genuinas que te dejan descoyuntado, con todos los huesos fuera de sitio, porque eso hubiera sido la MEP (Muerte en Estado Puro). Pero la Naturaleza es lista y a las muchachas tetonas les da un carácter pasivo de muñecas hinchables para que no acaben con el género masculino en cuestión de tres días. Porque todo en la Naturaleza es equilibrio, y no por ninguna clase de ideal estético, sino por la cuenta que a la propia Naturaleza le trae.

Después de la hostia que me pegó aquel tipo en la Vía Lactea por tocarle las orejas a su pava aleonada de laringe de loro (*Bestiario walterista*, tomo 1, págs. 233-236), mi amor propio no era desde luego un valor que cotizara en la Bolsa de Hong Kong. Si te pegan en público, delante de tu novia además, como poco tienes que matar a tu agresor para restituir en la medida de lo posible tu prestigio. Pero el siglo xx es un siglo idóneo para cometer genocidios y un siglo bastante complicado para llevar a cabo un pequeño asesinato.

Yo iba casi todas las noches a la Vía Láctea. Me tomaba unas cervezas —tantas como pudiera pasarme Sasa, amorosamente, gratuitamente—, esperaba a que cerrasen, me iba con Sasa a su guarida subarrendada y allí emprendía un viaje alucinógeno a través de sus dos globos del mundo, igual que un marcopolo en el continente de las cortinas fantasmales.

Sasa me decía a cada momento: «Te quiero y me gustas», y me preguntaba si yo la quería, y luego me preguntaba también si ella me gustaba. Yo le decía que era lo mismo, que eso era palabrería, algo parecido a decir: «Los apaches atacan a los indios». Pero Sasa era una romántica y seguía las

pautas de significación marcadas por el *Moderno Diccionario del Amor Medianamente Espiritual*. «Quiero que me quieras y quiero gustarte», me decía Sasa, forofa de la integración de los sentimientos. Y, en fin, como no soy lo que se dice un especialista en debates sobre el amor cortés, le decía que sí, que la quería y que me gustaba, ambas cosas juntas y a la vez, y por separado incluso.

El único defecto que tenía Sasa era que se sentía inclinada a entablar coloquios después del acto sexual —por no emplear ese verbo vulgarísimo que tiene una efe, una o redonda y húmeda, dos eles fálicas que apuntan hacia el infinito, una vocal abierta como un túnel de terciopelo (¿abierta como un túnel de terciopelo?) y una erre final de escalofrío y de grrruarr. A muchas mujeres les gusta eso: tomar un postre intelectual que dulcifique el sabor a antropofagia canibalista, por así decirlo. En fin, si terminas de follar —ese maldito verbo inescapable—, te quedas catatónico, convertido en un lastimoso androide desprogramado, y oyes una vocecilla susurrante, de princesa de los bosques, que te pide que digas: «Te quiero», y entreabres un ojo con el mismo esfuerzo con el que levantarías un párpado de mil quinientos kilos, y alcanzas a farfullar: «Déjame tranquilo, por los clavos de Cristo, ¿no ves que estoy medio muerto?».

Y es que la sexualidad humana es un lío. Los animales lo hacen con absoluta impavidez, sin dar el espectáculo. Pero los humanos no, los humanos tenemos que formar escándalos atroces, aullar, gemir, aprendernos de memoria al menos la mitad del *Kamasutra* para no quedar en ridículo... Tenemos que hablar antes y después, y a veces decir frases primitivas incluso durante el frenesí en sí («¡Sí, sí, sí!»), cuando la zarza carnal se estremece en su incendio sudoroso.

Los humanos tenemos que mantener un polvofórum. Una *relación*. Los animales lo hacen mirando el horizonte, cumpliendo limpiamente el mandato feroz de la Naturaleza. Con elegancia. Pero nosotros no. Nosotros babeamos, adoramos los tacones de aguja, las bragas con rabos de conejita, la cosmética, la pornografía sadohitleriana, los condones con sabores, los pósteres de *Playboy*, la matemática críptica del número 69. Nosotros manchamos las sábanas y mordisqueamos la lencería de encaje, legislamos la prostitución y el matrimonio. Yo no sé... Los animales terminan de hacerlo y se va cada cual por su lado. Pero nosotros, los laberínticos y filosofantasiacos humanos, no. Nosotros tenemos que quedarnos en estado comatoso durante cinco minutos, con el Psicopriapo agónico —su lacrimante párpado cerrado, en trance de meditación—, recibiendo propuestas intelectuales: «Dime que me quieres».

Ese defecto lo tenía Sasa. (Pero, en fin, ¿quién no padece conflictos mentales a estas alturas de milenio?).

En la Vía Láctea conocí a tres tipos que formaban un conjunto de música llamado Pajarera Satán. Los tres peinaban melenas de bruja y vestían, no sé, como druidas, con mucha calavera y mucha serpiente estampadas en sus camisetas. Se habían quedado sin cantante y yo, por esas cosas que uno hace cuando va un poco cargado, me ofrecí para el puesto, aunque en toda mi vida no había cantado siquiera esas canciones infantiles que componen unos dementes espabilados para que los niños se familiaricen cuanto antes con las rimas en *ía* y en *ón*.

Pajarera Satán tenía su local de ensayo en un garaje que quedaba por la zona de Aluche, y allí llegué una tarde dispuesto a berrear con emoción de poseso, a echar espumarajos por la boca y a revolcarme por el suelo como si me hubiera dado un cólico frenético y nefrítico.

El local de ensayo estaba lleno de tebeos. Al igual que el pobre Trotsky granadino, aunque en una onda estética diferente, los integrantes de Pajarera Satán leían sin parar tebeos de asesinos que vivían en castillos de piedras derretidas, tebeos de ficción macabra y gótica que estaban llenos de elipsis ojivales en la acción y de primeros planos con onomatopeyas horrorizadas del tipo «Grofgrugemgraffgraaaaarr» servidas en espectaculares bocadillos expresionistas —y un chorro de sangre saliendo de la boca del granjero de Texasville al que acababan de cortar en dos con una sierra mecánica. Aproximadamente.

A aquellos tipos les iba la música de Black Sabbath, unos macarras que hacían canciones en honor al Demonio a fuerza de ritmos machacones — nostálgicos del tamtan y del timbal de los aquelarres— y de relamidas vocecillas de castrado, con más falsetes que una ópera pekinesa. En Pajarera Satán, sucedáneo madrileño de Black Sabbath, uno tocaba el bajo, otro la guitarra y el más gorila de todos la batería: lo suficiente para conmover el mundo, para derribar a golpes de decibelio los pilares de la cúpula celeste. — Tan tan, tatatán. Construyendo el infierno.

Nos tomamos un cuarto de ácido cada uno antes de comenzar el ensayo. Cogí el micro. Me sentí importante con el micro en la mano. Envuelto en los compases macabros de Pajarera Satán, viendo a aquellos tipos sacudir sus melenas como perros mojados, me arranqué a dar alaridos. Alaridos de tigre, alaridos de hiena, gemidos de tigre follador, gritos de gato paranoico. Gritos.

Resultó estupendo. Había que ensayar un poco más, me dijeron, pero resultó estupendo. Dijeron que iba a ser estupendo, porque yo tenía *garra*.

Garra. Y seguimos tocando.

Las canciones había que cantarlas en inglés, pero yo no sabía inglés, porque en el Liceo Francés de Bogotá, como su nombre indica, no enseñaban inglés, así que me inventaba el inglés: el Gran Payaso Fonético, aullando guachiguarabeibi, ouyeas y gueijón. Y apenas se notaba, porque la música es sentimiento, no poemas de quinta categoría.

Pajarera Satán me aceptó como miembro de pleno derecho en su jaula de cuervos diabólicos: el primer trabajo serio de mi vida —ya que, al lado de aquello, el negocio de alquiler de pornografía que monté con Fede no pasaba de ser una fugaz chapuza empresarial hundida por la falta de liberalización del mercado.

Sasa no podía creérselo. Estaba orgullosa de mí con la misma intensidad con que yo estaba orgulloso de sus tetas. Las tías de entonces se morían de sobredosis de superego si tenían al novio en un grupo musical: para ellas era como tirarse a un semidiós pirado, allá en su olimpo de cuelgue y psicodelia. Era como si la energía eléctrica de los amplificadores se condensara en tu polla y todas se volviesen locas de manicomio por sentir su latigazo de calambre, el rayo.

Después de ensayar durante varias semanas, actué por primera vez con Pajarera Satán en un antro llamado Mata-Javi, del que era dueño un marica fantasioso que se llamaba Javi y que quería ser la princesa de la noche de Madrid a fuerza de vestirse de adefesio marciano, con tejidos de plata y turbantes nostálgicos de los cascos de los astronavegantes. En Mata-Javi formamos la de Dios es trino y uno. A toda pastilla, con los amplificadores echando humo, tocamos nuestro repertorio machacante en homenaje a Satán, nuestro patrono. Di alaridos como un anticristo. Me revolqué por el suelo como un cohete rastrero. Sudé ríos. La música era una alfombra mágica que sobrevolaba las calderas infernales. Los falsetes salían de mi laringe como cuchillas de afeitar.

Acabé ronco pero feliz. Con la garganta en carne viva pero feliz. Sudoroso y feliz. —Con un ácido en la sangre es difícil no ser feliz, porque te conviertes en el boquiabierto turista de tu propio cerebro.

Pajarera Satán... Encima de un escenario, eres el Rey. Levantas el pie y pisas las cabezas de la gente. Eres como san Jorge: pisas la chola de chorlito de ese dragón amorfo y sudoroso que es el público.

Al terminar la actuación, nos fuimos a beber varios océanos destilados, porque teníamos barra libre: algo parecido al paraíso de los bucaneros. Las tías nos miraban como a héroes —y resulta bastante agradable que te miren

así, no lo duden. Nuestra clientela estaba formada por tíos con melenas de vikingo del mesozoico y por tías disfrazadas de novias del vampiro, con los labios pintados de colores penitenciales. No era empresa difícil llevarte a una vampira de esas a tu ataúd: hacías sonar tus cascabeles de monosílabos y acababas con ella en los servicios para un frotamiento astral de emergencia gamma. La vida consistía entonces en aullar: aullar en los servicios y aullar en el escenario. Y era muy buena vida.

Pajarera Satán... Fue una época de mucho ácido: te metías aquello y cambiabas de planeta. Si mezclabas el ácido con la música, te convertías tú mismo en un pentagrama: las notas se te incrustaban en la piel. Si mezclaba yo la magia lisérgica con las tetas lisérgicas de Sasa, flotaba en otra galaxia apasionante, sentía el burbujeante calor del universo en los labios, sentía el picor de una estrella clavada en las yemas de los dedos. Sentía crujir la Tierra bajo mis pies como si la Tierra fuese una cucaracha.

Tras actuar con éxito en Mata-Javi y en algunas fiestas de garaje, hicimos un circuito de conciertos por otros planetas: Popeye, Culebra Roja, Belcebú, KK Demuerto... Desde el escenario, veía yo melenas y labios morados. Cientos de melenas, cientos de labios morados, formando un monstruo colectivo y espacial que movía sus cientos de cabezas al son de nuestro ritmo, de mis aullidos.

Sasa me perseguía por las salas de concierto en cuanto cerraban la Vía Láctea. A veces, intentaba sacarme de los servicios para que una vampira no me chupase la sangre. —Sasa: la Ternura. Mi Cruz Roja.

El último tramo de la década de los setenta fue maravilloso para todos: la adolescencia loca del mundo. El espíritu de finales de los setenta podría resumirse en aquel himno que cantaban los apóstoles mientras se dirigían al Huerto de los Olivos, en la película *Jesucristo Superstar*:

Siempre deseé ser un apóstol.
Sé que lo conseguiré si lo intento.
Cuando nos jubilemos,
escribiremos los Evangelios,
que nos harán inmortales
más allá de la Muerte.

Aquellos tipos lo tenían claro: ser apóstol era una simple cuestión de voluntad. Un reto del intelecto. (Tú puedes conseguirlo si te lo propones, Juan *Superstar*. O tú, Pedro *Superstar*. O tú, Santiago *Superstar*. Incluso tú, pérfido Judas *Superstar*. Ánimo).

Aquellos tíos, los apóstoles, sabían que iban a escribir un *best seller*; solo les faltaba un buen argumento: que crucificaran de una vez al Jefe *Superstar*. Y a la inmortalidad (después de la Muerte, sin prisas) como meteoritos de santidad yeyé. A la Inmortalidad *Superstar*, interdisciplinar: la inmortalidad religiosa, literaria y cinematográfica. Como flechas.

En aquella época, todos teníamos la cabeza como la tenían los apóstoles de Jesucristo *Superstar*, si no peor: a pájaros y a flores, confiando en la perennidad de nuestra juventud, ese relámpago. Pero ya comenzaba a intuirse el aumento del prestigio popular del Demonio *Superstar*, y Pajarera Satán era una muestra de lo que digo.

Si debo ser sincero, tengo que confesar que yo también deseé ser un apóstol —aunque no sé de qué— y hacerme inmortal gracias a la espectacularidad de mis milagros. Porque todos queríamos ser apóstoles *superstar* de la vida, de la grifa y del tripi. Apóstoles anfetamínicos del sexo anónimo. A toda mecha. Todos éramos unos filósofos líricos: «Busca tu camino sin mirar atrás y sin oír los cantos de sirena de la sociedad opresora», «La luz que ves al fondo es la que brota de tu espíritu perdido», «La libertad es tu lámpara mágica, frótala hasta que se gaste», «Practica el sexo como una religión», «No permitas que los problemas te roben la energía vital, busca siempre una salida...».

Pero las cosas vienen como vienen. Lo que más me fastidió fue que mi madre tuviera razón. «Así no puedes seguir. Vas a acabar enfermo», me decía. «El cuerpo revienta por algún lado», me decía. Pedagógicamente.

Y mi cuerpo acabó reventando. Intenté levantarme una mañana y no pude. Cascado del todo. La fiebre me apisonaba la cabeza como una plancha caliente. —La fiebre es como el ácido: tienes visiones, pesadillas líquidas. Pesadillas en plena vigilia: esas ráfagas de plastilina en el aire...

Estuve tres días con una fiebre muy alta que no bajaba ni por simple curiosidad de asomarse al sotanillo de la destemplanza, de modo que al cuarto día el médico dijo que lo mejor era ingresarme en un hospital.

Un hospital... Los hospitales huelen a meada de santo, ¿no? Todo huele a desinfección —y la desinfección implica una infección previa, y la infección previa implica basura. Los hospitales huelen a putrefacción camuflada. Huelen a heridas abiertas, a vísceras removidas con un bisturí. Huelen a desesperación, a impaciencia y a terrores educados. Los hospitales huelen, o sea.

En tales casos, uno lamenta no ser un personaje de película. Sí, porque, en una película, cuando un tío tose, cuando se revuelca en medio de un espasmo,

cuando le sobreviene un infarto agudo o cuando se asfixia, se toma una pastilla que saca con dificultad de su bolsillo y, antes de que la pastilla le llegue a la garganta, el tío respira aliviado, curado, restablecido, dispuesto a cargarse a todos los malhechores que le salgan al paso. Las pastillas cinematográficas no tienen que disolverse siquiera: sus partículas antibióticas no están obligadas a navegar por la sangre con ojos de vigía a la búsqueda de las islas del dolor, no tienen que declararles la guerra a esas islas morbosas, no tienen que conquistarlas ni que restaurar el orden en el reino arrasado de las células moribundas... Sin necesidad de nada de eso, las pastillas que la gente se toma en las películas se disuelven y actúan en una micra de segundo, como si estuviesen hechas de la misma materia fugitiva que el tiempo.

Pero yo no estaba dentro de una película, sino dentro de un hospital.

Una enfermera cegata me sacó sangre mientras procuraba contarme un chiste. Llevaba gafas casi de buzo, abisales y macizas. Cada pocas horas, la enfermera cegata me sacaba sangre e intentaba contarme un chiste. Con sus gafas de buzo. Me sacó tanta sangre, que podrían haber servido de cena a los enfermos sopa de plasma. «Hay que esperar el resultado de unos cultivos», le decía el médico a mi madre, y mi madre se ponía a cuchichear con el médico para que no me enterase yo, el pasajero del carruaje de fuego de la fiebre.

Sasa, ignorante de demasiadas cosas —mi domicilio, mi teléfono, mi fiebre—, debía de sentirse como una princesa romántica, concibiendo conjeturas apocalípticas en torno a mi repentina desaparición —y su corazón latiendo angustiosamente debajo de su gran planeta izquierdo...

Al cuarto día de estar allí, la fiebre bajó un poco. Al quinto día, la fiebre bajó bastante y me autorizaron a que me levantara para estirar las piernas. Y estiré las piernas por los pasillos, aunque me encontraba muy débil, levitando sobre el mundo, ectoplasmático perdido. Estiré las piernas, ya digo, me fumé un par de cigarrillos a escondidas y entablé amistad con el tipo que me dio los cigarrillos: Julio Vega, por arte del alias Jotauve.

Jotauve estaba allí por una operación de vesícula, una de esas misteriosas cosas palpitantes que hay dentro del cuerpo humano y que, según me dijo él, no sirven para nada en concreto, aunque algunos científicos sospechan —ellos sospechan de todo— que la vesícula está relacionada con el buen funcionamiento del Psicopríapo —como si al Psicopríapo le hiciera falta para algo una estúpida vesícula teniendo ya de mayordomo al cerebro y de jefe al Psicópata.

Jotauve lucía esa piel verdosa resultante de las ensaladas étnicas. ¿Sangre del Egipto, húngara, austrohúngara, esquimal, beduina...? Bueno, Jotauve era

un cóctel y le habían quitado la vesícula de cuajo.

Yo esperaba el resultado de los cultivos. No sabían con exactitud si estaba enfermo de malaria, de tifus, de salmonela, de gripe china o de qué. Mientras daban con el nombre de mi mal, me iba a charlar con Jotauve.

Jotauve debía de andar por los cuarenta, era magro y correoso y tenía aspecto de gladiador astuto, de esos que son capaces de tumbar a un gigante con una simple redecilla y de cortarle luego el cuello sin pestañear. Sus ojos brillaban igual que si fueran oscuros caleidoscopios, consecuencia sin duda de sus rebujos raciales.

Me preguntó que a qué me dedicaba y le dije que me dedicaba a Pajarera Satán. Jotauve se rio. Me preguntó si ganaba mucho dinero y le dije que no mucho, por no decirle la verdad desnuda: que no ganaba nada, ya que el poco dinero que nos daban por actuación lo invertíamos en la compra de instrumental. Me preguntó si me gustaría ganar bastante dinero y le contesté que eso era como preguntarle a una monja que si le gustaría ir al Cielo y tener allí una habitación con baño completo y con un colchón de agua. Jotauve me tendió la mano y me dijo que ya hablaríamos cuando saliéramos de allí, yo sin mi fiebre y él sin su vesícula.

De ese modo, en fin, me convertí potencialmente no sé si en socio o en empleado de Jotauve.

Los médicos nunca acertaron a dar con mi mal. La fiebre se fue como vino y me fui del hospital como llegué: con complejo de secuestrado. La causa de aquella fiebre solo está escrita en el libro infinito de los pequeños enigmas del universo, que va por la página 10 007 000 735. Lo único que noté fue que, a partir del padecimiento de esas fiebres, comenzó a caérseme el pelo. Me peinaba y el lavabo parecía la cama de un perro san bernardo. Veinte años y el pelo cayéndoseme: un futuro brillante, sin duda. Porque si te quedas calvo, ya sabes lo que eso significa: que la has jodido por completo.

Si en este preciso momento se me ocurriese pasar mi mano desde mi frente hasta mi nuca, solo tocaría pelo en el 10 % de mi nave mental. (El pelo se te cae. Los glaciares se derriten. Las selvas amazónicas se convierten en desiertos. La tierra es una incesante máquina de destrucción, una compulsiva alopecia general).

Cuando te quedas sin pelo, tienes dos opciones: o te pones un peluquín y comienzas tu vertiginosa caída hacia el travestismo o —alucinemos un poco— te conformas con llevar un huevo por cabeza, temiendo que alguien te lo casque con una cuchara gigante.

(¿Qué fue de tu esplendor, oh doliente Cocoliso?).

Ante Sasa me presenté como una aparición medianamente espectral (pálido, adelgazado y ojeroso) y medianamente celestial (esa mirada mía de sereno fatalismo). Yo era el héroe que volvía victorioso de luchar contra las bacterias antropófagas, contra los virus asesinos y contra los colibacilos troyanos. Como Ulises. Y Sasa era mi Penélope, tejedora de un tapiz de angustia y de incertidumbre. Mientras lloraba, abrazada a mí con un dulce histerismo, sentía yo el tictac triunfal de su corazón sepultado bajo esas macrotartas que ella estrellaba, como una broma de amor, contra mi pecho — ese payaso.

Para resarcirla de su paciente dolor, la invité a cenar esa noche en un restaurante chino, porque a ella los restaurantes exóticos le parecían la intemerata del *glamour* —mi pobre Sasa. Así que, por amor, torturé mi aparato digestivo con sopa de aleta de tiburón homicida, con papiros fritos en aceite de cacahuets enanos y con chorlitos cantores agridulces en lecho de ojitos de rana. Por amor. Porque nunca me han gustado los restaurantes étnicos. Entre otras cosas, porque corres peligro de muerte... No, no me refiero a las salsas de lombrices venenosas, a las especias nucleares ni a las mostazas abrasivas. No, eso a fin de cuentas se cura con un lavado urgente de estómago si te da tiempo a llegar con vida a un hospital. No. Es que si te metes en un restaurante argelino, por ejemplo, puede aparecer por allí un psicópata francés procolonialista y liarse a tiros con la clientela. O si te llevas a un restaurante vietnamita a una muchacha (digamos que a una rubia glorificada por quince o veinte kilos de silicona, delirante de curvas y vestida de vaquera de Ohio, por ejemplo), lo mismo os explota debajo de la mesa una granada lanzada por un yanqui loco cuyo subconsciente aún le hace alimentar el odio hacia los amarillos. («El horror, el horror», como dijo el otro. El horror de tu cuerpo reventado, y tus vísceras transparentando los trozos de alguna sustancia bárbara: el riñón aliñado de una cobra con aceite de tripa de langosta de Hai Phong, y los grumos de silicona de tu novia vaquera esparcidos por el suelo como una carne blancuzca y fantasmal...). No, no me gustan los restaurantes étnicos.

En fin, a Jotauve tardaron un poco en soltarlo del hospital, porque su cuerpo aún echaba de menos la vesícula. —Pero a todo se acostumbra uno.

Al cabo de unas semanas, lo llamé al número de teléfono que me dio y quedamos citados en la Vía Láctea esa misma noche.

Cuando llegué, ya estaba allí Jotauve. Solo lo había visto con el pijama hospitalario y me sorprendió su vestimenta de calle: un traje de muy buen

corte, corbata de seda —con sus alegres *jockeys*—, gemelos de oro y zapatos que brillaban igual que los de los dandis.

«¿Tu novia?», me preguntó Jotauve cuando vio que Sasa me enviaba un beso a través de la barra. —Y es que todos los tíos, incluso los más nobles de espíritu, se pudren de envidia por dentro cuando comprueban que tu chica tiene tetas de vaca. A todos se les pone cara de ternero.

El negocio que me propuso Jotauve no tenía apariencia de ser particularmente misterioso ni boyante: ir casa por casa con un cuestionario del tipo: *a) ¿cuántos hijos tiene usted?, b) ¿visita los museos?, c) ¿tiene personal de servicio?, d) ¿ha leído la Biblia?, e) ¿su horario de trabajo?*

«Tendrás que cambiar de aspecto», me dijo Jotauve, mirándome con un gesto que no me gustó. «Con esa pinta no te abriría la puerta ni un ciego», me dijo. En fin, cambiar de indumentaria durante las horas de trabajo no me suponía ningún trastorno moral, sino apenas un disturbio estético de poca monta. «Tendrás que pelarte», pero ahí pinchó en hueso, porque bastante tenía yo con mi incipiente alopecia como para recurrir encima a las tijeras. «O tendrás que disimularlo con gomina». Ya se vería.

«Equis pesetas por encuesta», dijo Jotauve ($x = \text{paxta}$), y me pareció bien. Incluso demasiado bien.

Cuando las cosas te parecen demasiado bien es que algo va mal. Yo esperaba que Jotauve me revelase la índole de la anomalía secreta de aquel empleo. Que me la revelase a las claras o que cometiese un error y pudiera yo adivinarla. Pero nada de eso fue necesario: «Lo de la encuesta es lo de menos. Lo que tienes que hacer es anotar el número de personas que viven en la casa, si son viejos o jóvenes, si tienen criada o no y si hay cosas de plata, cuadros, antigüedades, ya sabes».

La gente se pasa de lista, aunque, en la mayoría de los casos, la mejor manera de hacer el tonto consiste en pasarse de listo. —Pero hay que correr el riesgo, qué duda cabe.

A mi madre casi se le saltaron las lágrimas cuando me vio vestido con un viejo chemise lacoste, con el pelo engominado y con mi carpeta llena de cuestionarios bajo el brazo. «Me voy a la Facultad a ver si voy preparando la tesis», le dije, y creo que esa fue la última alegría que tuvo en esta vida.

En fin. La gente no abre la puerta de su casa así como así. La gente pone candados, cerrojos, pestillos y cadenas en sus puertas blindadas. La gente se compra perros y les enseña taekwondo. La gente pone mirillas en sus portones revestidos de acero y te observa a través de esa lente deformante que te convierte en el escorzo tragicómico de un gnomo paticorto. La gente vive en

guaridas invulnerables. Las casas de la gente están llenas de miedo acumulado en estanterías, en frascos de cristal, en el interior del alma. Las casas son los almacenes del miedo.

En alguna que otra casa me franqueaban el paso: la viuda octogenaria necesitada de conversación (un piano de pared, unos ceniceros de plata, un reloj ¿inglés?, de chimenea), el pederasta recién jubilado (jaula antigua con cacatúa, juego de espejos dorados, mantones de ¿Manila?, desmayados por los sofás, pinacoteca de tema religioso), el adolescente moderno que se había quedado solo en casa (escribanía y juego de té de plata, biblioteca abundante, con predominio de libros jurídicos, modernos cuadros de mal gusto).

A la caída de la tarde, me encontraba con Jotauve en una cafetería y le entregaba mis informes. Jotauve era puntilloso: a pesar de la exactitud de mis desgloses, preguntaba una y otra vez. Preguntaba si de verdad la puerta era blindada, si estaba seguro de que la cerradura era de seguridad, si en efecto había ascensor, la edad de los propietarios...

No me gustan los misterios. Los misterios son un recurso fácil basado en mantener en secreto hasta el final una pamplina que no merecería nuestra atención si nos la ofrecieran como dato previo. (Los escritores de misterio saben de sobra que el misterio es una vergonzosa maniobra de tartamudez argumental... pero también saben —*quid pro quo*— que el género humano es lo bastante estúpido como para disfrutar a lo grande con los misterios). Como no me gustan, ya digo, los misterios, y como no estoy del todo convencido de que la misión principal del ser humano en el universo consista en crear misterios para que el prójimo se caliente la cabeza, diré enseguida que Jotauve era algo así como el relaciones públicas de una banda que se dedicaba a desvalijar viviendas. Al parecer, no dejaban ni los grifos. Se llevaban todo: la plata y la ropa interior, los cuadros y las revistas de moda, las joyas y los calcetines, los bronce y las latas de sardinas. Todo.

La mayoría de los integrantes de la banda eran unos uruguayos con unas ideas muy sólidas sobre el arte de Caco. Y entre esas ideas me contaba yo: el topo.

Bueno, las cosas no siempre vienen como uno quisiera que viniesen: las cosas vienen como vienen, y basta.

Me había entrampado en varios bares, debía pasta a un par de camellos y me había comprado un micrófono de importación para berrear con soporte de alta tecnología en las orgías musicales de Pajarera Satán. Y, cuando tu economía va mal, la cabeza se te suele llenar de Ideas Geniales, que es lo peor que le puede ocurrir a una cabeza.

Pues bien, una de mis ideas geniales consistió en pasarle a Jotauve un informe relativo a un piso que estaba —no lo olvidaré nunca— en el número 9 de la calle Cervantes. Mi idea genial no fue la de pasarle el informe, porque tal cosa constituía mi obligación, sino la de pasarle el informe (equis pesetas más) sin tener en cuenta las condiciones objetivas que ofrecía el piso: número de ocupantes, horario laboral de tales ocupantes, blindaje o no blindaje del portón y, en fin, todos esos detalles que conviene conocer antes de poner el furgón de las mudanzas involuntarias a la puerta de cualquier inmueble ajeno.

Bien. Llegué a aquel piso, llamé al timbre y me abrió un viejecillo famélico y descoyuntado, con aspecto de sostener una pirámide invisible sobre la espalda. Vi en el recibidor una consola rococó sobre la que se exhibían cuatro o cinco jarrones de plata labrada y sobre la que colgaba un cuadro que representaba a una Virgen barroca, con su preceptiva corte de angelillos flotantes como cometas; de cara a la pared había un hojaldre de cuadros y una alfombra derramaba sus lujosos floreteos versallescicos por el suelo; había una pila de cajas en un rincón; una de ellas estaba abierta, dejando ver un plateado y plateresco rebujo de cálices, vinajeras y otros cachivaches de liturgia.

Le dije al viejecillo que le quería hacer una *encues...* y el viejecillo me dio con la puerta en las narices antes de que yo pudiera decir *...ta*.

Consideré que el propósito de mi visita estaba cumplido: viejo solitario y riqueza extrema. Podía dar por buena la visita: equis pesetas más. «Viejo solitario y riqueza extrema». Eso fue lo que puse en mi informe y lo que le recalqué en persona a Jotauve: «Un chollo, un viejo que vive solo en la cueva de Alí Babá».

(Alí Babá. A veces tiene unos premoniciones...).

Ya he dicho que no me gustan los misterios, y voy a ser consecuente... — Claro que un poco de misterio...

Jotauve informó a los uruguayos de las características de aquel piso de la calle Cervantes y a los uruguayos les faltó tiempo para llegar allí, pegarle un cachiporrazo al viejo y llevarse el botín, sin dejar un alfiler. Un golpe perfecto.

Lo malo comenzó al día siguiente.

Al día siguiente, Jotauve llegó con gesto preocupado a la cafetería en que solíamos quedar. Se habían cargado a uno de los uruguayos. Le habían metido una bala en la nuca cuando salía del coche y la empresa estaba de luto.

Al día siguiente a ese día, el luto era ya triple: se habían cargado a dos uruguayos más. —Y Jotauve se frotaba la cabeza como si tuviera piojos del

tamaño de un cangrejo.

A los tres días de aquel día aciago en que se desencadenó la bestia ciega de la tragedia, Jotauve llegó a la cafetería y lo primero que hizo fue pegarme una hostia. Antes de que yo pudiera reaccionar, ya me tenía cogido por el cuello.

Y creo que esto merece una explicación.

Al parecer, aquel piso de la calle Cervantes era uno de los muchos almacenes que en la ciudad de Madrid tenía una banda de ladrones holandeses: la cueva —según intuí yo desde el principio— de Alí Babá. La banda de los holandeses no tardó en enterarse de que el piso había sido desvalijado por la banda de los uruguayos, porque el hampa tiene fuentes de información que manan noticias, rumores y calumnias sin cesar, formando un charco de espuma tóxica en el subsuelo de las ciudades. Los holandeses se habían cargado a tres de los uruguayos antes de comenzar a negociar, sin duda por ese sagrado precepto de los delincuentes según el cual es mejor serenar la ira antes de ponerse a discutir. Y ahora, ya templados los ánimos, los holandeses querían negociar: o les devolvían el botín o se cargaban a todos los uruguayos como si fueran conejos.

«¿Y qué culpa tengo yo?», le pregunté a Jotauve, que seguía agarrándome por el cuello. «Toda y ninguna», dijo él, soltándome y poniéndose a meditar con la intensidad de un futurólogo.

Los holandeses contra los uruguayos. Y yo en medio. Bueno.

«¿Te tomas un *whisky* conmigo?», me preguntó Jotauve cuando volvió de sus meditaciones. Por supuesto que sí: yo me tomaría un *whisky* hasta con el monstruo de Frankenstein.

De repente entraron en la cafetería dos tipos y Jotauve los miró con esos ojos con que solo puede mirarse la basura radioactiva. Los tipos se apoyaron en la barra y se pusieron a mirarnos del mismo modo en que las chicas de las barras americanas miran a los romeos desesperados: con una mueca sonriente y áspera, mezcla de arrogancia y desprecio.

Aquello parecía un concurso de miradas retadoras.

«Es mejor que te vayas», me sugirió Jotauve, aunque no hacía ninguna falta que me lo dijera: yo sabía perfectamente que lo mejor era irse. Pero uno no siempre hace lo que más le conviene, de modo que me quedé donde estaba. Y no por prurito heroico, sino por miedo a lo imprevisto: si me ponía de pie, la maquinaria de la fatalidad comenzaría a funcionar de inmediato de manera imprevisible. Si me levantaba, los acontecimientos rodarían por su

pendiente vertiginosa, ya que, como todo el mundo sabe, la quietud embalsama al mundo, de modo que quieto me quedé.

Al cabo de un rato, los dos tipos se acercaron a nuestra mesa. «Acompáñanos», le dijeron a Jotauve, y Jotauve se levantó y me dijo: «Paga tú esto». Asentí. Los dos tipos me preguntaron quién era yo y Jotauve contestó por mí: «No es nadie». Yo era Nadie. Los dos tipos se miraron y se encogieron de hombros. «A nosotros solo nos han dicho que les llevemos al gitano», dijo uno, y al otro le pareció aquello bien. «Andando», le dijo uno de los tipos a Jotauve. Y Jotauve echó a andar.

Esperé un momento. Apuré mi *whisky* y el de Jotauve. Pensé varias cosas, desordenadamente. Pensé 1) que aquellos tipos no tenían acento holandés. Pensé 2) que a lo mejor no todos los de la banda de los holandeses eran holandeses, del mismo modo que en la banda de los uruguayos no todos eran uruguayos, empezando por Jotauve y continuando por Walter Arias. Pensé 3) que aquellos tipos pudieran no ser de la banda de los holandeses. Pensé 4) que no había pensado que Jotauve parecía un gitano en vez de un complicado híbrido de coctelería racial. Pensé 5) que me había librado de *algo* de milagro. Y salí por pies, ya sin pensar en nada.

Fui a mi casa, cambié el chemise lacoste de faena por una camisa de fantasía geométrica (mi madre era testigo atónito de mis diarias transformaciones: de Jekyll a Hyde del prêt-à-porter) y cogí el metro, rumbo al piso de Sasa, en busca de ternura al por mayor, como un antídoto.

Sasa tardaba en abrirme. Era temprano para que se hubiera ido ya a la Vía Láctea, de modo que, con un rayo jupiterino clavado en esa factoría de sospechas que tiene sede social en el cerebelo, insistí, dispuesto a echar abajo la puerta (sin blindaje, una sola cerradura medio cascada, pobreza casi extrema: nada de interés para los uruguayos) si antes de contar hasta diez mi novia no me abría. Pero Sasa acabó abriéndome a la altura cabalística del siete. Le miré los párpados. Uh uh: párpados caídos. Mariposas por allí... Sin esperar explicaciones, le di un empujón y entré, apartando cortinas. No había nadie en la cama, pero las sábanas estaban revueltas, delatoramente revueltas: esos pliegues de gran batalla. Entré en el cuarto de baño. Corrí la cortina de la ducha y allí estaba el dongiovanni intruso, envuelto en una toalla, cubriéndose la cara con las manos, en posición fetal. Pensé en machacarle la cabeza con la alcachofa telefónica de la ducha, pensé también en invitarlo a tomarse un buen trago de champú de rosas salvajes, pero me fallaba el ánimo. Si apenas una hora antes te has portado como un cobarde porque el miedo te ha recorrido el estómago como una cuchilla de afeitar, no tienes derecho moral a

machacar a nadie. «Levanta la cara», le dije. «He dicho que levantes la cara». Era, en fin, uno de los camareros de la Vía Láctea, uno de esos tipos insignificantes que acaban acostándose con las tías a fuerza de inspirar lástima y de hacerse pasar por víctimas universales de la desdicha, argumentando que se les ha muerto el gato y que necesitan sexo y comprensión, felaciones y cariño, para aliviar el dolor de estar en este mundo imperfecto. Me conocía el paño.

Abrí el grifo del agua fría, le eché un roción de champú por la cabeza, corrí la cortina y le dije a aquel sujeto que si se movía de allí podía darse por muerto. Salí del cuarto de baño dando un portazo y me dirigí hacia el portón sin mirar a Sasa.

Sasa intentó ofrecerme argumentos de exposición caótica: aquel tío estaba deprimido, tenía un mal día, yo no la quería de verdad, yo me metía con guarras en los retretes... Me agarró del brazo cuando ya bajaba la escalera. Miré con desprecio no a Sasa, sino la mano de Sasa que me sujetaba el brazo. Sasa me soltó y se cubrió la cara con su mano despreciada. —Sasa, la Ternura.

Salí a la calle dispuesto a comprar en la primera librería que encontrase un ejemplar del *Diccionario de palabras malsonantes, obscenas y ofensivas* y escribirle a Sasa una carta que contuviera todas y cada una de esas palabras, añadiendo algún neologismo de mi cosecha si fuera preciso.

Hay días, no sé, en que le pegarías fuego a tu propia alma por el simple gusto de destruir algo. Existen días así.

Aquel era mi primer roce cósmico con la infidelidad. Mi primer casco de vikingo furioso y wagneriano. Porque entre la fidelidad y la infidelidad no existen las mismas relaciones civilizadas que entre el yin y el yang, que implican una armonización de dos conceptos antagónicos, sino más bien el tipo de relaciones que suele existir entre un pajar y un pirómano al que acaban de prestarle un lanzallamas.

Bueno, no sé, pero el caso es que si te acuestas habitualmente con alguien y ese alguien tiene la ocurrencia de irse a la cama con alguien que no eres tú (el compañero de trabajo que cuenta chistes, el feo con síndrome de galeote de la galantería lastimosa), ya está todo en sazón para explotar como una bomba llena de millones de macroneutrones afilados que tienen la misma cara que Sigmund Freud. Ante la infidelidad masculina (abróchense los cinturones, porque viene un discurso), las mujeres padecen reacciones mediatizadas no por la sublime tragedia griega, lo que al menos nos depararía un griterío de cierto empaque, sino por los telefilmes y culebrones de sobremesa, y se

comportan como heroínas desquiciadas que serían capaces de ponerse a romper jarrones de un momento a otro. Ante la infidelidad femenina, el hombre, por su parte, no está mediatizado por nada, porque el cerebro masculino es impermeable a cualquier manifestación cultural en la que no haya mujeres en pelota, y por esa razón sigue reaccionando como el primer troglodita que descubrió que su compañera se la pegaba con otro troglodita que aún no había alcanzado siquiera la condición de *homo erectus*; es decir, machacando cráneos. Y en ese estado prefilosófico me hallaba yo. Con mi taparrabos de piel de oso. Rodeado de mamuts. Con una estaca atávica en la mano.

De pronto, en cuestión de minutos, Sasa se me convirtió en un ser remoto. Era como si yo estuviese sentado en el Polo Norte, mirando el firmamento, y la teta izquierda de Sasa fuese Marte y la derecha Saturno. —Sasa, tan galácticamente lejana de repente.

Hacía tiempo que no iba por el Hades, y allí además no debía demasiado dinero: dos buenas razones para un reencuentro nostálgico.

Luiyi y Mortadela Dick seguían al frente del negocio y ya no hablaban de Trotsky. Hablaban de mujeres, servían destilados comprados a granel para rellenar las botellas de marca y contaban anécdotas: el cliente que se bebió tres botellas de ginebra en una sola noche, la loca que hizo un *striptease* y que quiso cepillarse allí mismo a toda la clientela sonriente... Todo el mundo va acumulando anécdotas: esas estupideces se quedan tatuadas en el cerebro. Te ocurre algo importante y acabas olvidándolo, pero las anécdotas no. Las anécdotas sobreviven como leyendas.

Oyendo anécdotas, me bebí cuanto alcohol fraudulento me cupo, y al que ya no me cabía le hice un hueco. El alcohol es milagroso: armoniza las desgracias. Arrastras tres o cuatro desgracias, te empapas de alcohol, aunque sea fraudulento, y las tres o cuatro desgracias se convierten en una sola desgracia, en una Desgracia abstracta e inconcreta.

Luiyi y Mortadela me comentaron que se iban a Londres a pasar unos días y les anuncié que me iría con ellos. No sé con qué dinero, pero les dije que me iría con ellos a Londres.

A Londres. Porque cualquier sitio es maravilloso si el sitio en el que estás se convierte en un infierno y comienzas a temer que ese infierno acabe gustándote porque te sientes importante dentro de él.

6 Las pornógrafas londinenses. Live Show de vampirismo en Vampirella

Londres es un sitio extraño. Tiene una arquitectura de apariencia elegante y de concepción apolínea, pero basta con que te fijes un poco para apreciar en ella inquietantes elementos de simbología macabra: una pequeña gárgola en forma de perro satánico, una aldaba con silueta de serpiente, una verja con aspecto de instrumento de tortura, una ménsula que soporta el peso de un friso de escayola en el que un tío mitológico sostiene la cabeza cortada de otro tío mitológico...

Por Londres, creo yo, corretea el Diablo. (Sigmund Freud no murió allí por casualidad). Creo también que si lográsemos seguir el hilo de esos símbolos macabros insertados en la arquitectura londinense, obtendríamos un completo mapa del terror, un complejo itinerario de sectas, hechiceros, misantrópicos y videntes. (El mundo se quedaría atónito al saber que quien toque ese picaporte con forma de cabeza de gorgona se quedará ciego. Etcétera).

Cuando anochece, algunas ciudades toman un aspecto de escenario amable, de país de las hadas y los duendes barbicanos: las farolas de luz anaranjada dan a las avenidas una atmósfera de ciencia-ficción municipal, la gente pasea a sus perros, las luces verdes de los taxis parecen gorriones del planeta Mercafrígibus, en el que —si hemos de creer al creador de los tebeos de Walter Peter— todo fosforece.

Otras ciudades no. Otras ciudades, en cuanto cae la oscuridad, se dramatizan: las torres parecen uñas góticas que arañan el cielo, las sombras se espesan, las calles adquieren perspectivas de túnel, los bichos asesinan a otros bichos, la serpiente se come al sapo, el yonqui atraca al oficinista que regresa de una celebración empresarial. —Los dientes de la serpiente, la jeringuilla amenazante, la digestión freudiana del asesino: la noche de algunas ciudades es igual que la noche del Camerún.

Conseguí irme a Londres gracias a un dinero que me dio mi padre, a otro poco de dinero que me dio mi madre, a la venta de varias piezas de una cubertería de plata que había en casa y que nunca se utilizaba (sería un poco largo de contar) y a un préstamo que me hicieron a regañadientes Mortadela Dick y Luiyi, que se habían hecho ricos de tanto vender licores falsificados.

En Londres nos hospedamos en el apartamento de un primo de Mortadela que estudiaba allí para rey de las finanzas y que leía *best sellers* de espionaje, de banqueros lunáticos y de asesinos en serie.

En términos generales, debo confesar que en Londres me pasaron pocas cosas de interés. Podría inventarme algo, decir que me pasó esto o lo otro. Peripecias memorables (¿testigo del asesinato ritual de una rubia drogada en Hyde Park a manos de un hechicero hutu?). Lances sexuales mitológicos (¿dieciocho criadas malayas enloquecidas durante la celebración de un eclipse de sol?). Pero no me gusta fantasear. (Mi lema podría ser: «W. A. engaña cuanto puede y un poco más, pero jamás miente»). (Al menos por ahora).

Me compré, eso sí, alguna ropa estupenda en los rastrillos: camisetas con estampaciones de incalculable locura, chalequillos indios cuajados de lentejuelas, calcetines de colores difíciles... Lo suficiente, en fin, para dar el golpe en cuanto volviera a Madrid.

Si tienen ustedes interés en la sociología, les diré que la juventud londinense se vestía con arreglo a su propia personalidad: el beatlemaníaco llevaba gafas Lennon y batones indios —y se liaba con una asiática que hacía proselitismo de la teoría de la reencarnación—, el mod se vestía de albañil endomingado de Birmingham, el psicodélico se ponía casacas de húsar y se dejaba melena de paje medieval, el crooner desempolvaba los trajes juveniles de su padre y el *hippie* se vestía, litúrgico y lisérgico, de Jesucristo en su advocación *Superstar*.

En Londres, por otra parte, mi Psicópata estaba insólitamente calmado, porque no le gustaron demasiado las inglesas como categoría abstracta, ya que casi todas parecían haber sido decoloradas en tinas de lejía, y nunca me han vuelto loco los espectros. Además, en cuanto salen de su adolescencia anglicana, a un 60 % de las inglesas se le pone pinta de actriz pornográfica de tercera o cuarta categoría. Y no es que yo tenga nada en contra de la pornografía (todo lo contrario: me parece uno de los grandes inventos de la humanidad después de la luz eléctrica, de los implantes de silicona y del hipnotismo), pero me gusta que las mujeres resulten espontáneamente pornográficas, no premeditadamente pornográficas como les sucede —pobres chicas— a las inglesas, impresión a la que suele contribuir en muchos casos la

longitud imprevisible de su nariz. No sé si me explico: lo que quiero decir es que una mujer no puede salir a comprar el pan por la mañana vestida de solterona y a la vez con aspecto inequívoco de hallarse en el descanso del rodaje de una película x de bajo presupuesto, y la triste verdad es que demasiadas inglesas andan por la calle desprendiendo el secreto aroma que dejan en la piel las prácticas pornográficas para la industria del vídeo.

En Londres todo huele a explotación sexual incontrolada. Ves a una inglesa entrar en una frutería y piensas: «Esa viene a comprar bananas para montar un número de porno tropical»; ves a una inglesa entrar en una iglesia y piensas: «Esa va a documentarse para rodar un porno sacrílego»; ves a una inglesa entrar en una tienda de ropa infantil y piensas: «Esa va a disfrazarse de colegiala-perseguida-por-el-monstruo-sexual-de-Marble-Arch». (*Cámara. Acción*).

Las inglesas suelen ser rubias que se tiñen de más rubio, y eso es un riesgo tremendo a partir de cierta edad. Para colmo, se pintan los ojos como si los ojos fuesen huevos navideños, supongo que para pestañear en el bosque de los conjuros carnales o en los espectáculos guarros en locales con severos porteros paquistaníes.

Por fortuna, a Londres ha ido a parar gente de razas muy diversas: indios de la India e indios del Lejano Oeste, negros de toda las etnias de la negritud, árabes de todas las variantes arábigas... Y, como ya he dicho en otra parte, el sexo funciona mediante la atracción de los contrarios: las rubias nativas babean por los negros exóticos y los negros por ellas, las sonrosadas gorditas de origen irlandés se vuelven locas por los árabes, los árabes montan un harén con todo lo que se les pone a tiro, y así sucesivamente. La gente folla cuanto puede y las sangres se mezclan, y esos productos híbridos suelen ser estupendos: la piel de chopped pork de una escocesa y la piel de café con leche de un hindú, por ejemplo, pueden dar como resultado un vástago de piel pardorrosada, color de aurora, y luego, al cabo de quince o veinte años, vendrá un mulato y mezclará su sangre con la criatura de piel color aurora y la unión dará como resultado un vástago de piel color de tarde tormentosa centroafricana, con ojos verdes. Y es que la genética, con ser lo que es, funciona como esas coctelerías en las que todo el mundo desea inventar su propio cóctel y bautizarlo con su nombre: Jimmy Mint, Banana Charlie o Mary Anne Coffee.

Lo mejor de todo esto es que de aquí a un par de siglos se extinguirán las horribles razas blancas, que son un molde de escayola desgastado, y, a partir de ese momento, cada persona será un ser insólito, una pieza híbrida, única y

fascinante, surgida de los fortuitos talleres de ensamble de las células. Y adiós al racismo, al nazismo y a las aburridas sucesiones de seres insulsos nacidos de la endogamia.

En fin, estuvimos en Londres un par de semanas que me parecieron un par de siglos. Y, ¿quién lo diría?, lo mejor que tiene Londres son las cabinas telefónicas del centro, ¿verdad?, siempre llenas de anuncios de putas a domicilio: guirnaldas de cartulinas de colores con el escorzo de samanthas y jennies. Pero aquellas cabinas eran mis cápsulas tantálicas y mi Apolo 0, camino del vacío espacial, porque no estaba yo para sultanerías, y la verdad es que a veces llegué a pasar hambre, circunstancia que me sumía en un submundo psicológico nublado y horrible, porque incluso un sistema filosófico aceptablemente optimista se desmorona si no puedes sostenerlo al menos con una porción de *pizza*. Comía cualquier porquería barata que vendieran por las calles, ya que las porquerías caras solo se encontraban en los restaurantes baratos (y, además, ¿quién puede ponderar las ventajas que ofrece un restaurante indio del norte frente a un restaurante indio del sur, o viceversa?), iba andando a casi todos los sitios y bebía poco para ahorrar y poder asistir a algún concierto. El hecho de que allí bebiera poco tampoco era un gran mérito moral, porque la bebida era cara y exigua (si en un bar de Madrid me hubiesen servido la ridícula cantidad de *whisky* que servían en Londres, hubiera tenido que agarrar al camarero por el cuello para hacerle entrar en razón), pero le escribí una postal a mi madre: «Mamá, estoy bien y no bebo nada. Para papá, esto sería el mejor sanatorio. Besos. Tu hijo». No firmé «Walter» (qué hermoso es caligrafiar la voluta de una uve doble) porque mi madre siempre se resistió a llamarme Walter —cosa que, según creo haber dicho ya, acabó costándole la vida—. Aquella postal no se la mandé nunca, porque no resultaba fácil intentarlo siquiera: comprar el sello adecuado, encontrar un buzón... A ella tal vez le hubiera dado un poco de alegría recibirla, y al menos el Hecho de enviársela hubiese dado un poco de justificación al Hecho de haberla robado del Museo Británico —aquella imagen de una absurda momia egipcia...

El primo de Mortadela Dick, el aspirante a magnate, se me atravesó desde el primer momento. No paraba de hablar: «Recoged esas latas», decía. «Vaciad ese cenicero», decía. «Abrid la ventana para que esto se ventile», y se tapaba la nariz. (*Dieu et mon droit*, como quien dice). En fin, si un tío habla mucho, más de la cuenta, sin parar, saca tu revólver y métele una bala semántica entre las cejas. Si no tienes revólver, procura hablar más que él.

Y eso fue lo que acabé haciendo: hablar más que él... llegado el momento oportuno.

«Tu primo no me gusta nada», le dije a Mortadela, y él me dijo, encogiéndose de hombros: «Por mí, que se trague un litro de leche de perro lobo, ¿no te jode?».

Aquel vigilante del orden doméstico se llamaba, en fin, Jesús y se hacía llamar Chus: algo tan revolucionario como ponerles a unas bombillas la marca Bombillas Edison o como bautizar una imprenta como Imprenta Gutenberg. Chus, a primera vista, daba la pinta de ser de esa clase de tíos que describen las *misses* campeonas con sus labios de fresón cuando el entrevistador les pregunta por su Hombre Ideal: ordenado, pulcro, no necesariamente guapo, culto, detallista... (Aunque ninguna *Miss* Mundo dirá nunca la verdad sobre su Hombre Soñado, ni siquiera la dirá una *Miss* Tarragona, y ese es uno de los grandes misterios del universo femenino). La primera impresión que te daba Chus, como iba diciendo, era esa: la de príncipe azul de *Miss* Alguna Cosa. Pero a la gente te la calas enseguida: se le cae la careta y ves al monstruo verdadero. Debajo de sus chaquetas de *tweed*, debajo de sus camisas impecables, debajo de su abrigo de cachemir untuoso, Chus debía de llevar la piel escamosa de un monstruo atormentado por su intrínseca monstruosidad. (Hagan sus apuestas).

Algunas tardes, aparecían por el apartamento algunos amigos españoles de Chus. (Me acuerdo sobre todo de uno de ellos, sin duda porque era un tipo en verdad feo, tal vez el tío más feo que exista en todo el mundo: si aquel tío mataba a un mono, era como si matase a un hermano. Un fratricidio en toda regla). Por razones para mí misteriosas al por mayor, llegaba también a veces con ellos un chino que nunca abría la boca, hermético y escrutador como todos los chinos que viven fuera de China —ya que en su país, según tengo entendido, se pasan todo el tiempo riéndose sin parar y sin motivo aparente.

Aquellos amigos de Chus parecían formar una cuadrilla de espías aristotélicos infiltrados en la escuela de Platón:

—Sí, conoces a una chica. Hacéis el amor mil veces. Os casáis. Hacéis el amor otras quinientas veces y os separáis. Esa es la matemática del amor —decía uno.

—Es una historia enternecedora, pero hay demasiados números y eso no solo le quita lirismo, sino también realidad —decía el simio.

—Demasiado aristotélico todo —disimulaba Chus, haciéndose el platónico.

Y así eran sus conversaciones: cosas de pura majadería. «Hacer el amor», «lirismo», «aristotélico»... Parecían catedráticos creados por Walt Disney. Solo el chino callaba.

No me gusta meterme en donde no me han llamado, o no siempre, pero una tarde no tuve más remedio que soltarles mi discurso favorito, a saber:

DISCURSO DE WALTER ARIAS SOBRE EL AMOR COMO NEGOCIO ENTRE FANTASMAS

«El amor es un acertijo. Tienes que dar con la solución lo antes posible, o de lo contrario perderás. Perderás todo: tu dignidad, tu libertad, el crédito de tus tarjetas, tu sentido común. Si no das con la solución del acertijo, pensarás que el amor es un enigma, y acabarás seducido por él, entregado a él, vuelto su esclavo. Y al final, cuando la cosa no tenga remedio ni punto de retorno, resolverás el acertijo: el enigma del amor consiste precisamente en su absoluta falta de enigma.

»Pero vayamos a los casos empíricos... Una mujer le dice a su novio: “No te has fijado en mi nuevo peinado”. O le dice: “No te has dado cuenta de que me he depilado las cejas”. O le dice: “No me has dicho nada de mi vestido”. Pues bien, la mujer que dice cosas de ese tipo es que no se ha enterado de lo que es el amor. Es una analfabeta del amor. La torpe de la clase. (Y del concepto de amor que impera entre los varones más vale no hablar, por la cuenta que nos trae: lo nuestro es ya un puro chiste, y a la cota más alta de especulación emocional que llegamos es a regalar flores, por lo general un par de días más tarde —“Qué memoria la mía”— del aniversario en cuestión).

»Y es que, a fuerza de costumbre, el amor entre dos personas se convierte en una historia de fantasmas sedados. A fuerza de sentir la presencia de la persona amada, esa persona amada desaparece, se esfuma, se pasea a nuestro lado como una fantasmagoría portátil, se mete en nuestra cama como una aparición trasmundana. Si te preguntasen de qué color tiene los ojos tu novia, si te preguntasen en qué postura le gusta hacerlo, si te preguntasen de qué tonalidad tiene la piel, te quedarías en blanco, porque lo último que se te ocurriría en este mundo es indagar ese tipo de cosas. Y no se te ocurriría no por menosprecio, no por hastío ni desinterés, sino porque ya no tienes que mirar sus ojos, ni tienes que memorizar vuestra postura erótica habitual, ni tienes que saber dar nombre a su tono de piel. No te hace falta: sabes de sobra que esos son los únicos ojos que te miran en este mundo con amor, sabes de

sobra que os fundís gozosamente como espectros agónicos en la oscuridad de una noche sin tiempo, sabes de sobra que esa piel que tus labios han recorrido centenares de veces es la única piel que reconocerías entre todas las pieles del universo.

»¿Me entendéis?

(*Chus miraba el suelo con los labios apretados. Los amigos de Chus me miraban boquiabiertos. El chino, por su parte, me miraba cejijunto, como una esfinge estrábica*).

»Ahora bien, con los amores nuevos no ocurre eso. Cuando conoces a una tía e intuyes, gracias a un inconcreto resorte salvaje, que puedes acabar con ella en la cama, la cosa cambia. Tienes que aprender a mirar a ese nuevo monstruo (ojos, labios, orejas) que aún constituye para ti un enigma carnal, porque una recién conocida es una cosa informe y rara que hay que encajar en nuestra teoría estética, y por eso nos fijamos en su peinado, en su vestido, en sus garras pintadas...

»A veces, el proceso es asombroso. La nariz que al principio te parecía demasiado chata acaba pareciéndote adorable —y clavas tus dientes en ella con el ardor de un caníbal. Los labios que de entrada te resultaban mortecinos, carentes de vida y de pasión, te deparan luego sorpresas estupendas. Y así sucesivamente. ¿Me explico?».

Estaban atónitos: la oratoria suele dejar a la gente acomplejada, sintiéndose como pulgas del lenguaje. Los amigos peras de Chus me miraban con envidia. El chino me miraba sin apenas mirarme, porque casi no tenía ojos propiamente dichos, sino dos cicatrices con algo de cristal líquido al fondo. Chus fue el único que abrió la boca: «¿Alguien te ha pedido tu opinión?». Desde ese momento le hice definitivamente la cruz.

Luiyi y Mortadela dormían en un cuarto pequeño con litera y yo en el sofá del salón, dentro de un saco de acampada. Ellos hacían su vida (*pubs*, conciertos, tiendas de discos, bares de alterne: todo a costa del alcohol fraudulento) y yo hacía la mía, consistente en lo básico en callejear y curiosear, sumido en mis habituales reflexiones antropológicas, al no estar yo para mucho dispendio. Procuraba pasar la mayor parte del tiempo por la calle, porque no me resultaba cómodo ser huésped de Chus. Pero un tornillo freudiano comenzaba a taladrarme el cerebro. Sentía en mi interior los pinchazos de esa manopla de tortura: la curiosidad. De modo que me puse a

vigilar a mi anfitrión, seguro como estaba de que ocultaba al mundo un secreto supurante, su piel de monstruo.

Sospechar de alguien de un modo inconcreto es un método infalible: algo acaba siempre confirmándose, porque contabas con todas las sospechas posibles. Es la ventaja de la sospecha inconcreta sobre la sospecha precisa. Te limitas a sospechar que un tipo es cleptómano y resulta que es ludópata. Te limitas a sospechar que tu vecina ha envenenado a tu perro y resulta que tu perro la ha devorado a ella.

Sospechar de esto o de lo otro es un error: hay que sospechar de *todo*.

Yo sospechaba de Chus como categoría global, no sabría decir por qué: ¿por sus andares sigilosos, por el olor de su loción de afeitado, por su modo cristalino de pronunciar las eses, por su manera ducal de rascarse la mejilla, por su inteligencia despreciadora de lo abstracto? No sé. La sospecha se basa en el instinto, y no acostumbro llevarle la contraria al instinto. (Precisamente por instinto).

Durante un par de días, perseguí a Chus sin poder sacar grandes conclusiones, excepción hecha de su afición a las máquinas de flippers y a mirarse en el cristal de los escaparates —y se alisaba el pelo con mano ahuecada, delicada. Máquinas de flippers y narcisismo: algo es algo.

La tenacidad es el motor de los pueblos, según dijo un filósofo, o un político, o mi padre, no sé.

Una noche se me encendió la Chispa Interior. *Why?*, como dice la gente de allí ante cualquier duda insignificante. Muy sencillo: porque intuí la recompensa. *Why?* Porque Chus se había pasado con la dosis de colonia. Olía a chapero loco, de tanta colonia como se echó. Y si un tío se pasa con la colonia, ya sabes lo que significa: que tiene esperanza de que alguien huela muy de cerca esa piel sobreperfumada, porque el despilfarro de perfume siempre está relacionado con el sexo, ya que la nariz está directamente conectada con el Psicópata.

Esperé a que Chus saliera y le seguí. Si hubiese cogido un autobús o no digamos un taxi, la cosa se me hubiera complicado. Pero Chus (*Thank you*) echó a andar, respetando sin duda algún moderno precepto relativo al ejercicio físico. Tras andar durante más de media hora, llegamos a la zona que allí llaman Soho, repleta de antros musicales y puteros, y Chus entró en un local cuyo nombre olía a pecado mortal: Vampirella.

Bien. Entrar en Vampirella costaba una pasta, pero le solté al vampiportero la vampipasta que me pedía, sacrificando así mi prevista

asistencia a un concierto de los Who —y es que la Sospecha te ciega con la misma intensidad que el Sexo.

En Vampirella sonaba una música chinesca: notas que saltaban por el aire como ranitas de cristal. Estaba todo muy oscuro y había poca gente. Vi a Chus sentado a una mesa situada junto a un pequeño escenario y tomé posición de vigía en un extremo especialmente penumbroso de la barra, como un argos, con mis cien ojos vigilantes.

Un camarero, hablándome en su idioma incomprensible, pero leyéndome sin duda el pensamiento, se empeñó en que bebiera algo. Sí, para eso estaban mis acciones de Petroleras Kuwaitíes. Le decía: «No bebo», y él me soltaba una parrafada indescifrable, y yo le decía: «No bebo, hijo de puta. Se lo he prometido a mi madre», y estuve dándole excusas de ese tipo hasta que se aburrió.

De pronto se iluminó el escenario y una típica inglesa pornográfica se situó al instante bajo un foco de luz roja. Iba vestida de vampira, con una capa de mucho brillar y con unas botas negras de charol. Abrió la boca y mostró los colmillos, que en la punta estaban pintados de un rojo inverosímil: casi fosforecían.

Mi primera conclusión fue que Chus era un necrófilo, de esos que se excitan con la carne podrida y sepulcral de las difuntas, y que, a falta de difuntas de verdad, se conformaba con aquel sucedáneo mortuorio. Pero las cosas no suelen ser tan sencillas. No *pueden* ser tan sencillas. —Nunca lo son.

Por un extremo del escenario no tardó en aparecer un bulto saltarín embozado tras los velos de una capa roja, con una evidente y exagerada protuberancia en la zona genital. La muchacha se relamió los labios como una perra de cementerio. (Bueno, ya me entienden). Cuando el bulto saltarín dejó caer el embozo, vi su cara. Su cara de chino. De auténtico chino de la enigmática China, la tierra de Mao, el ídolo de la célula china de Madrid, con la que los trotskistas ortodoxos nos llevábamos regular.

Y bien, chinos hay muchos, pero aquel chino era precisamente el chino silencioso que solía visitar el ordenado, pulcro y confortable apartamento de Chus.

(¿Un pequeño discurso abstracto antes de seguir con lo concreto? Sí, por qué no).

Bien, existe gente inculta que dice que todos los chinos son idénticos, series clónicas de un arquetipo amarillo. (Aunque créanme si les digo que, a pesar del tópico etnológico, la piel de aquel chino en concreto llamaba la atención por su blancura). Pero no, los chinos no son idénticos. Los chinos

son individualidades reconocibles gracias precisamente a su chinería: si la mayoría de los chinos no fuesen chinos, serían anodinos seres occidentales, pero, al ser chinos, podemos distinguirlos por su rasgo más característico: el de ser chinos, de modo que, allí donde se encuentre un chino, está la totalidad de la chinería: la chinería como paradigma, y eso es lo que confunde a la gente que no es china a la hora de diferenciar a un chino de otro chino. En lo relativo a los chinos, las características generales de la raza no nos dejan apreciar los rasgos particulares, ese es el problema. Si vemos a un chino en un tren, no decimos: «Ahí va el amable Huang Po a vender sus esterillas de juncos en el mercado de la ciudad»; si vemos a un chino a la puerta de un cine, no decimos: «Ahí está ese chico tan amable que trae a casa el periódico esperando a su novia para ver una bonita película de Bruce Lee». No, si vemos a un chino decimos: «Mira, un chino». Eso es lo que pasa.

El vampiro chino y su homóloga inglesa estuvieron metiéndose mano en plan *ballet* durante un rato antes de quedarse desnudos: ella blanca como la cocaína y él blanco como la morfina —en vez de amarillento como las hojas de loto en el otoño de los estanques, como hubiera sido lo canónico— y con un pene de goma de unos treinta centímetros sostenido por un arnés de cuero negro. La vampira acabó poniéndose en la postura del perrito (y se relamía, mostrando sus colmillos postizos, pintados de rojo-de-la-hostia en la punta afilada) y el chino hizo lo que suelen hacer los individuos —chinos o no— cuando una señora, señorita, amigo íntimo o travesti tiene a bien adoptar esa postura ancestral que añade un rotundo argumento a la teoría darwiniana.

Bueno, el chino era una especie de tornado chingante. Chingaba sin parar, aunque con el demérito de hacerlo con el pito de goma. Como si fuese un ser electrónico. La vampira, por su parte, era una máquina automática de relamer: se relamía los labios sin parar con su lengua de cobra, exhibiendo los colmillos. Chingar y relamerse. Relamerse y chingar.

Bueno.

(—¿*Divagamos un poco, Walter?*

—*Sí, por mí no hay problema.*

—¿*Sobre algún tema en concreto?*

—¿*Qué tal las estrechas relaciones existentes entre los conceptos de destino y de insatisfacción?*

—*Hace).*

Supongo que mucha gente envidiaría a aquellos artistas del porno en vivo, al chino que en vez de amarillo era blanco y a la vampira medio albina. La cajera de los grandes almacenes, asqueada de manejar dinero ajeno y de

atender las reclamaciones paranoicas de los clientes, pensaría con envidia en la vampira eternamente penetrada por la magia asiática, así fuese con la intermediación de un artilugio de goma. El padre de familia que alimenta una frustración pansexual desde la adolescencia miraría al chino fornifollador como un modelo envidiable de vida, y soñaría con comprarse el kit de arnés y pene como remedio ingenioso para sus siete centímetros. Sin duda.

Y es que el destino ideal nunca se refleja en los espejos, igual que les ocurre a los vampiros de verdad. El destino ideal se refleja siempre en los otros, en esos pobres hijos de perra que envidian a su vez el destino de los demás seres, formando así una larga cadena de insatisfacción. La vampira porno vendería su alma al Diablo por ser una madre feliz aficionada a la cocina artística —y su marido y sus hijos *relamiéndose* de placer ante el pavo al estilo de Bristol. El chino Chingo Lin (démosle al menos ese nombre fingido, porque del real no me acuerdo) envidiará seguramente a los hipnotizadores. Sin duda: el chino chingador Chingo Lin, que se ganaba la vida tirándose varias veces al día a una vampira medio albina a través de un pene de goma, querría ser un honrado hipnotizador y hacer que el público imitara al conejo o a la rana o que levantara un brazo o una pierna cuando él se lo ordenase con voz de misterio mental. (Bueno, no sé, digo yo. ¿Qué tienen de malo las conjeturas fantasiosas, aparte del defecto de ser conjeturas y de ser fantasiosas?).

En cualquier parte del universo puede oírse, en fin, el crujido doloroso de millones de almas que sueñan con ser unas almas distintas. (Dicho sea a modo de conclusión).

Pero, ya que pagué una fortuna por la entrada, volvamos a Vampirella...

Chus no perdía detalle, atento al espectáculo. «Te pillé», dije para mí. ¿Eureka? Sí, eureka: basta con espiar a un tipo durante un par de días para comprobar que nadie se libra de alimentar en su alma algún tipo de secreta degeneración. A fin de cuentas, el alma humana es como las alcantarillas: no hace falta bajar a una alcantarilla para saber que allí hay ratas.

De vez en cuando, el camarero venía a molestarme. «No bebo», le repetía yo, vocalizando mucho. «No bebo, mamonazo. Es una promesa». Pero lo cierto es que me hubiese bebido un támesis de *whisky* para celebrar mi descubrimiento: Chus era un mirón. Ese era el diagnóstico de un agnóstico de Freud: voyeurismo. Ese era el mal de Chus, y se trataba de un mal de los freudianos típicos, aunque estaba agravado además por el filovampirismo y por la necrofilia, una compota de psicopatías sexuales que me parece a mí que se le pasó por alto al desbordado Sigmund.

El voyeurismo es un deporte sexual muy curioso: te pones a mirar y te lo pasas en grande. Como en el cine cuando explotan cosas: corazones, aeropuertos, alienígenas... No sé, debe de ser que la gente necesita la teatralidad para todo: unos actores disfrazados de vampiro representan la escena de un polvo dracúleo, con colmillos de plástico y con una polla de goma, y tú extraes un indeterminado tipo de placer de esa ficción. — Enhorabuena, camarada.

Claro que, si se piensa un poco, lo cierto es que cuando estás metido en jaleos sexuales apenas puedes ver gran cosa: la tía se desnuda a toda velocidad, como si tuviese el vestido en llamas; se mete en la cama a toda mecha, sin regalarte siquiera unas cuantas poses de hija del Anticristo, y al momento ya estáis enlazados, tragando pelo y viendo la funda de la almohada, la lámpara del techo o, en el mejor de los casos (gracias a la ya referida postura del perrito de raza Darwin & Pávlov) el cabezal de la cama. Cuando acabáis, mirar te interesa ya poco, porque el Psicópata ha entrado momentáneamente en coma neoplatónico irreversible. Así que, como digo, entre cosa y cosa no ves nada.

No sé si Sigmund Freud coincidirá conmigo, pero creo, en fin, que el vicio del voyeurismo tiene mucho que ver con la falta de visiones panorámicas que ofrece la sexualidad compartida. (Y por esa razón nos enamoramos al instante de las chicas de *Playboy*, mientras que con una mujer de carne y hueso necesitamos al menos un par de horas de meditación y tocamientos para obtener un resultado psicológico parecido).

Sea como sea, allí estaba Chus, enganchado al espectáculo.

Aquella pareja vampírica repetía el número cada hora. Si el local, según comprobé a la salida en un cartel informativo, estaba abierto de 9 de la noche a 3 de la madrugada, quiere eso decir que, de no ser por el artillero pseudopriápico, el Psicopriapo del chino hubiera tenido que ser un general homérico de su alteza mandarina el Psicópata para divertir a la clientela.

Y, hablando de psicópatas, debo confesar que, viendo aquel espectáculo, mi Psicópata volvió de su letargo británico y entró en fase activa, desenterrando su hacha de guerra y pidiéndome bullicio astrofísico, porque, definitivamente, Psicópata y ataraxia son conceptos incompatibles. El Psicópata me reclamaba Acción Galante Urgente (AGU), y yo no podía ofrecérsela a menos que me ligase por señas a una pornógrafa de Inglaterra que no hubiese rodado ninguna película ese día y tuviera síndrome de abstinencia artística. Además, ligar en Londres debe de ser bastante difícil. Tan difícil que los hombres de allí prefieren asesinar a las tías a ligárselas,

porque les resulta más cómodo y excitante —de ahí la pavorosa proliferación de destripadores que se da en aquellas tierras.

Salí de Vampirella antes que Chus y me fui a su apartamento a todo gas, como un torbellino entre la niebla.

No sabía aún cómo utilizar contra Chus la información con que contaba: la información es un corazón arrancado a las tinieblas que palpita en tus manos. Lo cierto es que me bastaba con saber que Chus era un mirón pornoadicto, porque siempre es bueno saber lo más posible de la gente: te hace poderoso. ¿Cómo que no? Disponer de información secreta sobre alguien te convierte en su cómplice indeseado y te da unas claves interpretativas insólitas: si sabes que determinado sujeto es aficionado al masoquismo, el simple hecho de verle apretarse el cinturón adquiere un sentido especial. Si sabes que una mujer es estéril y la ves acariciar la cabeza del niño que se le acerca con una hucha benéfica por la calle, conoces la dimensión criptofreudiana de ese cariño espontáneo.

No importa demasiado que no sepas nada de geografía, de historia universal o de filosofía alemana postmoderna —en el caso de que tal vicio exista—, pero andarás como un idiota ignorante por la vida si no sabes cosas secretas de la gente: nunca podrás comprender las causas que determinan los efectos. Y los seres humanos se dividen —más o menos— en tres clases: los que solo conocen las causas (por ejemplo, los filósofos), los que solo conocen los efectos (por ejemplo, los policías) y los privilegiados que están en condiciones de relacionar determinados efectos con determinadas causas y se convierten por ello en los dominadores del mundo.

El mundo lo dominan quienes saben que el efecto amor, por ejemplo, es causa del miedo, del miedo cósmico a la soledad cósmica que es capaz de crearse en un dormitorio, ese universo caótico de unos cuantos metros cuadrados. Los poderosos son aquellos que no ignoran que la conciencia política, la aceptación del Estado como institución irremplazable y el pequeño detalle previsor de tener anotado el número de teléfono de la policía en un lugar visible es efecto de una causa aparentemente insignificante: el miedo visceral a tus vecinos. Los poderosos viven de ese miedo. Gracias a ese miedo, los políticos pueden cobrar sus sueldos, sus dietas, sus propinas de los fondos reservados. Gracias a ese miedo, escondes tu dinero en los bancos, y así los banqueros pueden prestar tu dinero a un maníaco para que se compre una casa al lado de la tuya y te haga la vida imposible con sus sesiones operísticas de gritos conyugales y con los ladridos de su perro. El miedo es muy rentable: mueve la economía.

Chus regresó tarde en la noche —por decirlo a la manera anglosajona. Yo estaba en el salón, metido en mi saco de dormir. «¿Qué tal la juerga?», le pregunté mientras se desenrollaba la bufanda. No me contestó siquiera, y ese desprecio fue el detonante. «Oye, Chus, ¿tú sabes si los vampiros chinos se beben la sangre con palillos?», le pregunté cuando se disponía a quitarse su distinguido abrigo *beige* de cachemir. Chus se quedó inmóvil: un maniquí con el abrigo caído sobre los hombros. Y es que la gente se queda inmóvil cuando teme que el mundo se mueva más de la cuenta. Te dan una mala noticia y te quedas paralizado porque el instinto te dice que la realidad solo adquiere rango de realidad cuando las cosas están en movimiento. (*Ejemplo práctico*: entras en tu casa, ves que la han desvalijado y te quedas inmóvil porque piensas que, si no te mueves, puedes conseguir que el tiempo retroceda, mientras que si te mueves, tienes que aceptar como real el hecho de que te han desvalijado la casa).

Usas tu información privilegiada y conviertes a la gente en maniquíes, en estatuas, en fetos que flotan en frascos de formol.

Chus acabó de quitarse el abrigo, lo colgó en el perchero y entró en su habitación sin decir palabra. Esa noche tuvo seguramente pesadillas, o al menos insomnio, lo que para el caso viene a ser casi lo mismo.

Ya dije, en fin, que en Londres me ocurrieron pocas cosas, y esto de Chus y del chino no pasa de ser una tontería. Durante los cuatro o cinco días que seguí allí, Chus no se atrevió nunca a mirarme a los ojos. Había conquistado su territorio y ya era él el que tenía que recoger las latas de cerveza y vaciar los ceniceros. Ya era yo el que hablaba. Y es que obtienes información sobre la gente y eres el rey, con tu corona de papel dorado. De sentirme molesto en casa de Chus a causa de Chus, logré que Chus estuviese molesto en su propia casa por culpa de mi información secreta. Tan molesto debía de estar, que no volví a ver por allí a sus amigos aristotélicos ni al chino artista.

Bueno, extraigamos de este episodio intrascendente al menos una edificante moraleja: la vida es una novela de espionaje. Para triunfar en la vida tienes que mirar por el ojo de las cerraduras.

Buenas noches.

7 *El regreso de Ulises, por así decir*

A la vuelta de Londres me enteré de *cosas*. Te ausentas durante unos días y comienzan a ocurrir *cosas* que te afectan, porque parece que las *cosas* están esperando a que te quites de en medio para suceder, como si les estorbaras.

Cuando llegué a casa, mi padre, con la cara llena de mercurina y desolladuras, estaba oyendo el disco de Erik Satie en su despacho, avergonzado por haberse caído en plena calle. —Lo más bajo que puede ocurrirte: borracho y tirado en la calle, con todas tus neuronas meándose de puro nerviosismo.

Sasa había estado buscándome por todas partes como una novia loca y dramática. Con sus globos del mundo por delante, había estado preguntando por mí. Al menos eso era lo que me decía todo el mundo: «Sasa me ha preguntado por ti». Aparte de preguntar por mí, me había dejado una carta en el Hades: «Siempre tendrás mi corazón», me decía. —Otros iban a tener las tetas de Sasa, pero yo iba a tener siempre su corazón: hay tipos que nacemos con suerte.

A Fede, el rey del semen, los vecinos le habían formado un consejo de guerra y habían decidido despedirlo a causa de sus juergas de los sábados, de sus amistades sospechosas de ser sospechosas, del abandono de sus responsabilidades en la galaxia goteante de las chapuzas y, sobre todo, de la sorpresa que se llevó la hija adolescente de los vecinos del quinto cuando sorprendió a Fede mirándola con prismáticos desde la azotea mientras ella se secaba el pelo delante del espejo del cuarto de baño que daba al patio de luces —la leonardesca y chiflada ingeniería voyeurista de Fede...

De Jotauve no sabía nada, y no descartaba la posibilidad de que los holandeses lo hubieran ejecutado por el feo asunto del piso de la calle Cervantes, pues no daba la impresión de que los holandeses necesitaran muchos pretextos para quitar de en medio a un miembro de la banda de los uruguayos, a la que yo había pertenecido en calidad de satélite.

Pajarera Satán, por su parte, había actuado sin mí. Yo volvía de Londres con camisetas y chalequillos espectaculares y Pajarera Satán se había buscado

otro cantante, un americano con pinta de haberse escapado del Rancho de los Espectros: famélico, felino y tatuado.

En la Vía Láctea, la pasma había hecho una redada de rutina y había llenado dos furgonetas con una masa de sospechosos inconcretos e indiscriminados: el yonqui y el budista, la diablesa y el ángel, Sasa y su Ternura... Todos: una especie de surtido navideño. El local lo habían precintado por orden judicial.

Es asombroso: desapareces y el mundo se pone a funcionar a toda mecha. Vuelves de estar quince días en Londres y parece que has vuelto de la Nada: el mundo habitual te resulta un extraño planeta mutante. Tienes una sensación primero de desertor y luego de intruso. La perplejidad dura solo unos días, pero qué días: tienes que estar acomodándote walterianamente a los nuevos acontecimientos igual que si acabaras de nacer. Todo parece recién creado. Te alejas un poco y la perspectiva que obtienes es la de un mundo desordenado y demencial.

(Lo que no podía intuir era la gravedad de los sucesos que estaban al caer. La llegada de la tragedia es tan natural y simple como esa manzana madura que, durante una fracción de segundo, cuelga del árbol por apenas un filamento que no soportaría ni siquiera el peso de una hormiga recién nacida. Y cae. —Pero aún es pronto para hablar de eso... O pasen unas veinte o treinta páginas).

Un día me crucé con Sasa en la calle de Velázquez, el pintor favorito — junto con Zuloaga— de mi abuelo. Iba con un tipo. Me saludó desde la acera opuesta a la mía. Pasaban muchos coches. La saludé y no he vuelto a verla. Así es el amor: de estar en la misma cama a estar en aceras opuestas, separados por un foso plagado de coches rebosantes de neurosis. Vi a Sasa alejarse abrazada a su nuevo Amor: el hombre elegido entre todos los mortales para asfixiarse entre sus tetas de diosa Lactancia. Sentí que el corazón me estallaba como un vaso de duralex, porque a nadie le gusta ver a una antigua novia del brazo de otro. Y es que lo único malo de tener una novia de tetas muy grandes es que luego recuerdas esas tetas con demasiada nostalgia, y en la memoria, que todo lo magnifica, se idealizan y se convierten en tetas descomunales, inhumanas, como si en vez de una novia hubieses tenido un edificio con cúpulas.

El amor, en fin, es una cosa de esencia tan lírica y etérea que hasta acaba rozando los terrenos de la pornografía sentimental cuando se practica con fe. Cualquier recién enamorado es un idiota babeante que cree estar inventando el amor. La Historia Universal del Amor (con su estela de crímenes

imperiales, de teatrales suicidios, de adulterios diabólicos, de infinito hastío doméstico) el recién enamorado la considera un defectuoso ensayo general necesario para poder llegar a su Amor Perfecto: palabras arrebatadas y cuatro o cinco polvos al día durante lo que dure la eternidad. El mundo de colores. El cosmos domeñado.

Sí, pero luego viene lo que viene: la extrañeza del Amado ante una reacción desconocida de la Amada (un gesto de repugnancia visto casualmente gracias al espejo del pasillo), la sospecha ante cierto punto oscuro de su pasado (del que ella da versiones contradictorias), la deformación de la cara al amanecer (el monstruo que sale del lodazal del Subconsciente y te dice: «He soñado que te morías»), el frasco de ansiolíticos descubierto por azar en un cajón (su rara somnolencia de los últimos meses).

Además, el amor es inconstante como un espejo. Un espejo puede llevarse siglos reflejando una misma imagen, el mismo ángulo de una habitación inmunda o de un salón de baile palaciego. Pero en cuanto lo cambiamos de sitio, ese espejo refleja la imagen intrusa con la misma nitidez y fidelidad con que reflejó durante siglos la antigua imagen. Solo los espejos encantados saben conservar las antiguas imágenes aunque los muevas de sitio. Solo los seres angélicos son capaces de mantener el espejismo de un mismo amor durante toda la vida a pesar del asedio de los miles de millones de amores potenciales que pudieran reflejarse en sus almas.

Sasa iba del brazo de su nuevo amor, de su nuevo espejo. —Y yo penaba herido por Madrid, si me permiten este descenso al autobiografismo.

Cada vez que te ocurre algo que no acaba de gustarte, te sale un pequeño cáncer psicológico en el cerebro. Sí, como suena. No hacen falta grandes tragedias ni terribles relámpagos mentales: basta con pequeñas contrariedades cotidianas: *a)* ver a tu antigua novia del brazo de otro tipo, *b)* perder una apuesta, *c)* llegar tarde al cine... Y así hasta la zeta. A lo largo de la vida vas haciendo tu colección de cánceres psicológicos. Hasta que un día revientas por algún sitio.

Las películas, por ejemplo, lo muestran muy bien. Las películas están hechas por hijos de perra muy listos. (Detienen al asesino y, entre sollozos, confiesa que se cargó a los cuarenta y ocho clientes de aquella pizzería porque su pequeña Dorothy murió a los nueve meses de edad después de atragantarse con un trozo de *pizza pepperoni* por descuido de la niñera, una auténtica fanática de la *pizza pepperoni*. O bien detienen al asesino y el asesino confiesa: «Degollé a aquellos travestis de la calle 42 porque, durante el

tiempo que pasé en Vietnam, mis compañeros se burlaban de mí cuando me disfrazaba de Scarlett O'Hara»).

Todas las películas están hechas con la colaboración especial de Sigmund Freud.

Todos nosotros estamos hechos a la medida de Sigmund.

Y, por si faltara algo, ahí está el Azar. Sí, él también: te pasas la vida buscando la fortuna alrededor del mundo y la única persona que podía proporcionarte la clave para hacer fortuna iba en el mismo tren que cogiste para comenzar a recorrer mundo en pos de la quimérica fortuna... Pero tú eras fumador y pediste billete para el vagón de fumadores, mientras que esa inconcreta persona estaba intentando dejar de fumar y pidió billete para el vagón de no fumadores. Te pasas la vida inventando ilusiones y al final te das cuenta de que lo único que has hecho durante todos los minutos de tu existencia ha sido tragarte el sapo de la vida que te había tocado vivir desde el principio y que antes de tú nacer ya estaba escrita en los astros con una caligrafía inalterable. Te pasas la vida buscando un amor verdadero y no sabrás nunca que el único amor verdadero compatible con tu conformación molecular lo tiraste al cubo de la basura aquel día en que te fuiste de aquel bar cinco minutos antes de que llegara Ella —aquella desconocida a la que se le iba a caer un pendiente que ibas a recoger amablemente tú, y a partir de ahí...

Dmitri Grappelli juega a todo: al ajedrez, al póquer, al monopoly, al trivial, a la ruleta rusa... Dmitri es un incurable ludópata.

Nuestra mente acaba siendo una tienda de objetos empeñados. La mente va llenándose de chatarra. (Alguien llegó a nuestra tienda de empeños y nos entregó cinco noches de amor a cambio de cinco chistes oportunos. Alguien nos dejó la araña viscosa de una traición a cambio de un poco de ingenuidad. Alguien nos dejó la imagen imborrable de dos tetas enormes a cambio de un poco de conversación).

La vida va haciéndose rara porque cada vez hay más cosas metidas en nuestra memoria. Basta que busquemos algo para que no lo encontremos por ninguna parte: todo está abigarrado, todo desordenado y polvoriento.

- a. El pasado es un almacén de objetos inservibles.
- b. El pasado es un zoológico de animales filosofantes que aúllan por miedo a la inexistencia.
- c. El pasado es una avería, y mantener la integridad mental no es cosa de poco mérito cuando tienes más pasado que futuro, pues lo normal sería que, a partir de cierta edad, acabásemos todos comportándonos como peleles esquizoides, por la cantidad de averías que hemos padecido en

nuestra mente. —Todos por ahí, callejeando con una sierra mecánica en nuestras mochilas militares.

De esto también tratan las películas: los polis se pasan setenta minutos buscando al asesino que se cargaba a muchachas pelirrojas de dieciocho años, usuarias todas ellas de la talla 40, nativas todas de Detroit, y todas ellas con las uñas pintadas de color lapislázuli ambarino de Jordania o de donde sea. Setenta minutos buscando al asesino y luego el asesino resulta ser el apacible coleccionista de soldaditos de plomo, vecino ejemplar, que, al ser capturado, solloza y dice, tapándose la cara de vergüenza: «Que Dios me perdone. Sí, yo maté a esas muchachas inocentes y les arranqué la piel a tiras para hacerme un muñeco del Pato Donald a tamaño natural. Que la sociedad me perdone, pero todo ha sido culpa de una frustración infantil: no pude visitar Disneylandia porque mi padre, que era alcohólico, nunca quiso llevarme allí, señor comisario».

La vida es una comedia de enredo y todos somos en potencia el apacible coleccionista de soldaditos de plomo, costurero macabro en su sótano.

Pero no hace falta siquiera recurrir a las películas: te compras el periódico y compruebas los efectos cotidianos de la Avería. No falla: un tipo mata a su familia entera y luego se suicida. Los periodistas, con su eterna curiosidad científica, interrogan a los vecinos. Los vecinos —invariablemente— dicen: «Era un hombre muy normal. Educado. Aficionado al ajedrez...». (Aquí caben variantes: practicaba el miniaturismo con palillos de dientes: catedrales, estadios olímpicos, monumentos emblemáticos en general; hacía divertidos juegos de magia...). «No podemos creérselo», dicen los vecinos. Sí, nadie puede creérselo, pero mañana puede llegarle el turno de cargarse a toda su familia al más incrédulo de todos, y los demás dirán: «No podemos creérselo». Es muy fácil: basta con almacenar un poco de rencor, un poco de odio, un poco de perplejidad. Basta con tener una ligera putrefacción en el alma, un principio de gangrena en la mente. El cáncer freudiano crece en silencio y estalla el día menos pensado como una válvula surrealista. Y no podemos creérselo.

8 Parientes lujuriosos. Las nuevas diablasas del Hades. Aparición estelar de Lupi Flamingo

No sé bien por qué me acuerdo ahora de esto que voy a contar (échame una mano, Sigmund), pero un día llegó a Madrid, de viaje de novios, un Arias recién casado. A causa de esa especie de maldición genética que padece mi familia, algunos Arias no pueden quedarse quietos aunque estén siempre en el mismo sitio y aquel Arias, que salía por primera vez del rincón asturiano, había hecho el trayecto Gijón-Madrid con espíritu de aventurero enloquecido, pues no paraba de narrar el viaje como si se tratase de la expedición de los argonautas. Y es que a un Arias lo montas en el autobús del barrio y se cree Marco Polo.

Resulta curioso observar a tus parientes. Siempre adivinas en ellos algún rasgo de complicidad molecular: ese ángulo de abertura de las orejas, ese leve alzamiento del labio superior, ese modo de reír —tragando aire—... Los genes constituyen una tribu endogámica, tenaz y conservadora —de modo que, como tengas un antepasado con cara de caballo astur o de lagarto tailandés, ya estás listo.

Aquel Arias se llamaba Joaquín, era dicharachero y gordo y tenía una tienda de alquiler de vídeos. Su mujer no recuerdo qué pseudónimo utilizaba, pero era una de esas que se disfrazan de señoritas asentadas firmemente en la civilización occidental, aunque su disfraz tuviera un efecto secundario paradójico: resaltarle el pelo feroz de la dehesa. ¿Cómo se llamaba? La gordita... No puedo estar seguro. Quizás Lita, no sé. Digamos, en fin, que se hacía llamar Lita y que tenía el aspecto canónico de una desenvuelta peluquera que pisa fuerte por la vida y que está al día de las tendencias. Era rubia de artificio (en mi vida he visto un rubio más falso) y charlatana sin paliativo alguno (las palabras se suicidaban en su boca a causa de un proceso depresivo de inutilidad), pero se daba toda la pinta de tener muy buena cama: una de esas gorditas que clavan sus uñas pintadas de rosa fucsia en las sábanas de satén morado y en las espaldas de la gente, que berrean como si

estuviesen conectadas a un destornillador eléctrico y que tienen una boca así, no sé, como de... solista del trombón. Aquel Arias había sabido hacerse, sin duda, con su necesaria dosis de pornografía para seguir viviendo.

No sé por qué me acuerdo ahora de aquel Joaquín Arias y de su gorda, de su ¿Lita?, la gorda. Quizá porque mi madre se sentía especialmente incómoda con aquellos parientes súbitos y les brindaba la más postiza de sus sonrisas sociales: una mueca asimétrica basada en el movimiento muscular de la mitad de la cara. Mi padre, repuesto de las heridas y de la humillación de su caída en plena calle, había vuelto a beber con el entusiasmo de un converso y no estaba como para ser expuesto al público. Pero el sentido de la hospitalidad familiar se impuso como un dogma en la conciencia de mis progenitores y pasearon cumplidamente a aquellos parientes pobres y gorditos por el Madrid monumental.

Los monumentos... Yo no sé con qué fin se empeña la gente en ver monumentos, museos arqueológicos o pinacotecas. ¿Qué vas a recordar de eso: un tejado de tejas del siglo XVI, un trozo de ánfora, el ectoplasma descolorido de una obra inmortal de la pintura? Nadie recuerda lo que quiere, sino aquello que fortuitamente se le clava en las células mnemotécnicas, por así decirlo. Yo, por ejemplo, no sé por qué me acuerdo ahora del Arias recién casado con la gordita reteñida de rubio, pero me acuerdo incluso de que se hospedaban en el hostel Lisboa y de que mis padres volvían a casa con los pies reventados a causa del sentido de la hospitalidad después de dejarlos en su nido de aves nupciales migratorias —y la gorda quitándose su lencería de talla especial, y nuestro pariente tumbado en la cama como un Buda dispuesto a procrear legiones clónicas de pequeños budas carnosos y dicharacheros.

Mi padre debía de aprovechar aquellas salidas para beber sin prudencia alguna, pues ya se sabe que los alcohólicos ven aumentada su ansiedad en cuanto respiran un poco de aire callejero, y alguna noche, antes de poner yo rumbo al parque de atracciones de la vida nocturna, lo veía dar tumbos por los pasillos, hablando en ese dialecto autista que emplean los borrachos para hablar con su propia sombra.

«¿Qué tal con la familia Porky?», le preguntaba yo a mi madre cuando la veía darse masajes en los pies tras las correrías histórico-monumentales. «Anda, calla, calla», me decía, mirando mi indumentaria con estupor, porque yo era algo así como su marciano particular. «¿Adónde vas?», me preguntaba. «Al Hades», le contestaba yo. «Al Hades, al Hades... No vuelvas tarde, hijo. Y no bebas», así, pedagógicamente, con la suplicante pedagogía de la desesperación.

La clientela del Hades había cambiado mucho en los últimos tiempos. Desde que volvieron de Londres, Luiyi y Mortadela habían adoptado una concepción británica de la hostelería: la música a medio gas sustituyó a la música a todo gas, luces cálidas y hogareñas jubilaron a los focos rojos y a la bola espejeante que colgaba del techo como un pequeño planeta yeyé, en tanto que la flora y la fauna habitual había sido devorada por los pijos atléticos que sentían curiosidad por los sucedáneos del hachís y por los sucedáneos del lumpen. La clientela antigua, como digo, había ido desertando, ya que los desclasados son gente de naturaleza fatalista y errante que va de un sitio a otro, como personajes de la Biblia. Los pijos le habían ganado el terreno, porque todo en la vida consiste en ganar terreno. (Las tribus luchan entre sí para obtener poder, y rezan a sus ídolos de piedra. Las grandes ciudades son un congreso internacional de tribus enfrentadas, adoradoras de dioses complicados). Por eso todo cambia. El imperio romano tuvo que irse al garete para que el mundo no estallara de pura agorafobia. Los rusos tuvieron que cargarse al zar y a toda su familia para que la jerarquía se moviera un poco y los ideólogos del bien común pudieran firmar órdenes de deportaciones masivas a Siberia. La música disco, la new age y la de los goticocéfalos punkis se habían impuesto a los pasodobles, a las zarzuelas y a la beatlemania. El Hades había cambiado de ambiente para que el planeta Tierra no perdiera su eterna novedad, su incesante caos movedizo.

Yo no me había dejado comer terreno y seguía yendo allí como un tótem de los viejos tiempos. La verdad es que me gustaba aquel giro que había tomado el Hades: las pijas querían ser modernas y padecían las incertidumbres morales que provoca cualquier cambio de mentalidad, de modo que bebían sin conocimiento para no parecerse a sus abuelas, aquellas neuróticas emperatrices del alcanfor y del rosario. ¿Hades? Hay paraísos con menos méritos para tener consideración de paraísos: 1) adolescentes educadas meticulosamente en colegios extranjeros, 2) sangre nórdica mezclada con sangre selvática gracias a algún antepasado inconfesable, 3) rubias principescas con aires de luciérnagas caprichosas y 4) morenas morunas con engañosos ojos de dramatismo, todas recién duchadas y con bragas limpias, queriendo ser modernas. Con firme voluntad de serlo.

El Deseo de Vivir te atunanta, ¿qué duda cabe?, y aquellas titis con exceso de ovulación estaban hambrientas de vida —en la acepción más coloquial del término: diversiones, risas, espíritu profundo de pandilla perfumada... Los varones de su misma raza maullaban alrededor de ellas con arreglo al dictado del instinto de procreación... Y, en medio de todos ellos, yo, con mi

indumentaria de astronauta del *rock & roll* sideral y con mi melena, que iba alcanzando dimensiones apostólicas a pesar del despoblamiento de mi frente.

La tribu de aquellos pijos resultaba muy curiosa a efectos de antropología walterista, por así decirlo. Casi todos eran pijos de primera o segunda generación; sus padres —o sus abuelos como mucho— estudiaron con becas y, gracias a su tesón y habilidades, lograron ingresar en la oligarquía intelectual o mercantil y emparentar con familias burguesas de más larga tradición y ya en patética decadencia —esas viejas familias altoburguesas en que todos los vástagos salen ya heroinómanos, esquizofrénicos, catedráticos, putones babilónicos, abogados lunáticos y así—. La Naturaleza, como mecanismo defensivo, hace que el talento no sea hereditario, y por eso el hijo de un Premio Nobel de Física puede acabar trabajando como entrenador de un equipo universitario de balonmano femenino —y un ojo ansioso mirando por la rejilla de ventilación que da a las duchas. La Naturaleza no está interesada en que el talento pase de mano en mano como la plata y las vajillas, de generación en generación como las bibliotecas y los cuadros tenebrosos, pues el perfeccionamiento del talento lleva normalmente a la destrucción de la Naturaleza: ¿tres generaciones seguidas de científicos en una misma familia? Ni pensarlo: acabarían inventando armas químicas en las barbacoas familiares o en las fiestas de primera comunión con la misma facilidad con que en otras familias se inventan juegos de preguntas y respuestas.

El talento es esporádico: surge aquí y allá, donde menos se piensa. (Los redentores de la humanidad suelen nacer en pesebres, los modernos emperadores acostumbran comenzar su carrera haciendo papeles secundarios en películas de pistoleros de serie B.). Cada seis o siete generaciones, la Naturaleza obsequia a una familia con alguien de talento o, al menos, con alguien que posee estrafalarias habilidades que resultan admirables para un porcentaje importante de la humanidad: un cantante de ópera, un gobernador civil, un presidente de gobierno, un médico con fama de hacer milagros o un escritor de *best sellers* de trama ufológica. El premiado en la tómbola del talento o de la habilidad estrafalaria no es normal que se emparente con alguien de clase social superior: en su ingenua juventud se habrá casado con la tierna panadera de su barrio o con su prima de amplios muslos. Pero sus hijos sí: a menos que sean especialmente torpes, sus hijos se casarán con miembros de familias de prestigio burgués —todos vestidos con chaqué y todas tocadas con pamelas o mantillas en el día de la boda—: el yonqui, la ninfómana, el terrateniente viudo que persigue a las criadas, y todo ese repertorio. A partir de ese momento, la Naturaleza comienza a ponerse

nerviosa. Los hijos resultantes de ese matrimonio suspenderán los exámenes, algunos nacerán con síndromes mongólicos o con deformaciones, otros se aficionarán a la bebida o a la droga... Pero el prestigio social lograrán mantenerlo durante tres o cuatro generaciones más, ya que las relaciones humanas funcionan por inercia. Al niño que suspendía los exámenes le buscarán empleo de gerente decorativo en una empresa familiar (y habrá que permitirle que de vez en cuando cometa un desfalco aterrador por culpa de sus amores morganáticos con una flamenca vandálica), al pobre mongólico lo pasearán por mesas de caridad y por manifestaciones antiabortistas, al alcohólico le darán un puesto de relaciones públicas y el drogadicto acabará tirándose providencialmente un día por el balcón después de haber malvendido toda la menudencia vendible que había en la casa —la irrepetible colección de camafeos de tía Choni...

La Naturaleza es así. La Naturaleza nos recuerda cada cierto tiempo que cualquier rey proviene de un medio gorila que comía carne cruda y que se espulgaba soltando maldiciones onomatopéyicas.

A mí, en fin, me gustaba aquella tribu femenina que había conquistado el Hades, transformándolo en una especie de granja de hadas ponedoras: sublimes gallinas insomnes que depositaban un huevo de oro falso en nuestra imaginación. —Cacareando.

Todas se daban aires de princesas de alcurnia legendaria y a todas se les notaba al fondo, como una transparencia genética, las maravillosas secuelas de generaciones y generaciones de musculosos obreros, de muertos de hambre, de galeotes y de meditabundos chupatintas.

Porque con lo de las estirpes femeninas pasa una cosa también curiosa: la matriarca fundacional —digámoslo así— es siempre la labriega tetuda, astuta y jabatona, de la que se enamora el duque —pongamos por caso—. El duque, a pesar de la censura familiar y de la presión social, acaba casándose con la labriega porque su cerebro no es más que un órgano sexual secundario con corona de ocho florones. Al día siguiente al de la boda, la labriega amanece con el peso de una corona ducal en la cabeza y el duque amanece por su parte con la sospecha de que se ha equivocado en *algo* —esa manera de reírse que tiene ella—, ese vocabulario soez, sincero pero soez... El matrimonio engendra a una hija que se parece a la madre. Los aristócratas de cuarta o quinta generación (los yonquis, los esquizofrénicos terminales, los estudiantes fracasados) asisten a la puesta de largo de la hija de los duques y sienten la llamada de la selva en sus fisonomías corroídas por la alquimia cromosómica. A la hija del duque y de la labriega la casan, en fin, con el hijo de un conde, y

la cosa empieza a joderse de verdad: de la unión nacen una niña famélica y un niño propenso a la obesidad y a los casinos. La saga se ha envenenado, como quien dice. Las hijas de generaciones sucesivas solo encontrarán marido por vía del apaño familiar, porque la Naturaleza las ha incapacitado ya para embrutecer al Psicópata —esas adolescentes brujeles, lacias y pálidas, inclinadas a la beatería, al remilgo y al petit point. Esas niñas desdichadas se dedicarán, en definitiva, a leer modernas novelas sentimentales con final de lágrimas, se harán decoradoras o montarán tiendas de ropa importada para que las tigresas plebeyas puedan volver locos a los tíos en las discotecas con sus disfraces de última moda. Hasta seis o siete generaciones después la Naturaleza no levantará su veto: surgirá una muchacha parecida a la labriega fundacional y los aristócratas babearán nuevamente por ella... Pero ella se habrá hecho devota de una secta basada en algún extraño tipo de filosofía más o menos hindú y andará por el mundo con su mochila repleta de condones y de libros esotéricos. Y vuelta a empezar.

El mundo, qué duda cabe, funciona de ese modo. ¿Dónde están los descendientes de Carlomagno, los de Julio César, los de Nefertiti o los de Napoleón III? Seguro que barriendo cines.

Bueno, no me gusta ponerme medallas cuando no me las merezco. Si digo la verdad, yo no tenía mucho éxito entre las pijas que llenaban el Hades. No. Ellas nunca bajaban de sus altos jardines colgantes, y había que ser como poco un semidiós condecorado en algún campeonato de esquí para que te dirigieran al menos dos palabras seguidas, con esas eses finales que ¿titilaban como campanillas picoteadas por un colibrí?, que ¿dejaban un eco de avispa metálicas en el aire? —Y el silencioso zumbido de un abejorro solitario.

No. Yo *no podía* tener éxito con ellas porque, entre otras cosas, ellas eran todavía princesas de segunda generación: aún tenían el salvajismo de la labriega, y ese salvajismo les hacía sentir nostalgia de los revolcones en los pajares, pero también tenían ya una astucia adquirida de aspirantes a señoras-de-buena-posición-que-procuraban-borrar-ante-la-sociedad-su-ramalazo-familiar-de-labriegas-lujuriosas (seguro que los alemanes tienen una sola palabra para este concepto), y esa astucia les hacía evitar a los tipos como yo, que lo único que podíamos ofrecerles era el gozo del retorno al pajar.

Pero el sexo es como el juego: va por rachas. Y mi mala racha cambió una noche, aunque bien es verdad que en un ámbito social un poco distinto al descrito minuciosamente hasta el momento.

Era aún temprano. Mortadela y Luiyi reponían el botellero. Recuerdo que sonaba un disco de Pink Floyd —sus guirnaldas de melancolías galácticas

flotando por el aire... Entró una precuarentona con aire de azafata: vestido azul, pañuelo de fantasías francesas al cuello, cuidadoso peinado de empleada con ambiciones, reteñida de rubio platino. «¿Quién es esa?», le pregunté a Luiyi. «Lupi Flamingo... O Flapi Lamiendo», me respondió, haciendo una de sus gracias verbales. Lupi Flamingo pidió un vaso de ron. Sin hielo. Sin nada. Contando con la tendencia congénita de las noctámbulas teñidas de rubio platino a la alcoholemia de finura (peppermint, Marie Brizard y exquisitas porquerías coloreadas), el hecho de que Lupi Flamingo bebiese ron a pelo me pareció motivo suficiente para enamorarme perdidamente de ella con la misma intensidad con que nos enamoramos de la fresa más roja de cuantas hay en ese instante en el frutero.

«¿Te gusta el ron?». (Bueno, algo tenía que decir). Lupi Flamingo lucía esos párpados lacios de las reinas cinematográficas de la fatalidad. Me miró de arriba abajo. «¿Y a ti qué te gusta, el batido de fresa?», me preguntó. Uh uh: la típica pseudovampiresa respondona —la TPR...

A mí, particularmente, no hay cosa que me excite más que una chiflada de esas características, de modo que seguí hablándole con arreglo al repertorio galante habitual: trabajo, aficiones, procedencia geográfica, estado molecular del cosmos... Es curioso, por cierto, lo poco desarrolladas que están en los humanos las ceremonias sexuales. Los bichos nos ganan en eso: algunos pájaros mudan el plumaje en época de apareamiento y se disfrazan de bailarinas de Broadway, otros sueltan pestilencias afrodisíacas... Hasta las plantas silvestres tienen un sistema pornográfico más refinado que el nuestro para atraer a las abejas, esas celestinas de la fecundación.

«Disculpa un momento», me dijo Lupi, y se fue a los servicios. Luiyi me hizo el signo de la victoria. Cuando Lupi Flamingo volvió, el aliento le olía a menta. A *m-e-n-t-a*. Bien. No hace falta ser un ingeniero de telecomunicaciones ni un genio degenerado del espionaje para saber que si una lupi a la que acabas de conocer vuelve del servicio de un bar con la boca perfumada, es síntoma inequívoco de que piensa utilizar esa boca para algo más que para hablar de temas enciclopédicos. De modo que no tardé en apoyarle la mano en la rodilla. Y allí se quedó la mano, aceptada y natural, como si lo normal para Lupi Flamingo fuese tener la mano de un hombre en la rodilla, como una prótesis de sentimentalismo.

Nos mirábamos ya como se miran los actores sicalípticos antes del rodaje... Pero, como todo hay que decirlo, Lupi Flamingo tenía un buen pronto y un mal análisis. (¿Cómo eran, *aproximadamente*, las avestruces?). Aunque ya la ruleta sexual de la fortuna había girado y o mucho me

equivocaba yo o se había detenido en el número de la suerte —y el guiño cómplice de la crupier.

El bar había ido llenándose de gente y el ruido ambiental nos obligaba a Lupi y a mí a acercar nuestras respectivas orejas a nuestras respectivas bocas. Lupi Flamingo olía bien: tras el Oriente químico de su perfume se adivinaba el olor a flores carnívoras de su piel. «Invítame a una copa», me dijo. No me lo preguntó: me lo dijo.

Bueno, y a estas alturas creo que se impone un análisis sociocultural: si una desconocida al borde de la cuarentena y con el pelo teñido de rubio platino te pregunta que si la invitas a una copa, el hecho en sí acepta dos interpretaciones, a saber: 1) que es una artista del descorche —que es como llamaba mi abuelo a las putas—, o 2) que aún no tiene claro lo de irse a la cama contigo. Ahora bien, si una desconocida te dice que la *invites* a una copa, no te quepa duda de que ya ha decidido convidarte al agónico espectáculo de los ojos en blanco. Partiendo de esa evidencia, solo era cuestión de calcular el tiempo de conversación que Lupi Flamingo consideraba adecuado antes de que un tipo le propusiera irse a la cama con ella. Cada mujer tiene su medida: unas necesitan apenas unos minutos y apenas quinientas simpáticas sílabas encadenadas; otras, en cambio, te tienen toda la noche dando tumbos por los bares, hablándote de psicología o del horóscopo, o de sus pequeños hijos enfermos. Depende. Para no precipitarse, lo mejor es dejar un margen generoso de conversación errática y sonriente: piensan que eres un caballero, no un impaciente obseso de la eyaculación.

En ese prudencial preámbulo estaba yo cuando oí que alguien gritaba: «¿Sabino Arias?». Mis ojos se quedaron paralizados frente a los ojos de Lupi Flamingo. «¿Sabino Arias? Una mujer pregunta en la puerta por Sabino Arias».

Bien, la única mujer que podía preguntar por Sabino Arias en este mundo era mi madre. Pues, por raro que parezca, Sabino Arias soy yo, Walter Arias.

Sí, sé que le debo al mundo una explicación...

Intentaré ser breve: me pusieron ese nombre absurdo, Sabino, que era el de un bisabuelo mío. Un nombre como de boticario o matarife, o sea: Sabino. A otros les ponen Dioscórides o Margarito, qué sé yo. Y con esa clase de nombres te joden de veras la vida, porque nuestra cara acaba adaptándose al nombre que nos dan: si te llamas Jacinto, se te acaba poniendo cara de llamarte Jacinto; si te llamas Ambrosio, se te pone cara de Ambrosio. La gente no se fija en tu cara, sino en tu nombre, y te inventa una cara no con arreglo a la cara que tienes, como sería lo normal, sino con arreglo al nombre

que te pusieron tus padres en un momento de peligrosa inspiración: ¿Jacinto, Teodoro, Doroteo, Carpóforo, Ismael?

Hay nombres terribles. El mundo funciona en todo como una tómbola: no solo puede tocarte en la rifa una nariz infrecuente o una estatura de gnomo, una esquizofrenia heredada o una familia dedicada a la venta ambulante. También puede caerte un nombre de los terribles: Sabino.

Desde niño, me horrorizó aquel nombre, porque yo no quería tener cara de Sabino, y por eso, en el Liceo Francés de Bogotá, intenté que los niños me llamasen Guillermo, que a mí me parecía un nombre de káiser y de tipo con carácter. Pero los niños se tomaban aquella pretensión mía a broma. Tan a broma se la tomaban que no me llamaban siquiera Sabino, sino Walter, acogiéndose a mi afición desmedida a los tebeos de Walter Peter, el detective. De modo que yo era un Sabino vergonzante, un Guillermo frustrado y un Walter paródico.

A fin de cuentas, todo el mundo utiliza nombres falsos. Lo hacía el camarada Trotsky. Lo hacía Julián, el Trotsky granadino. Lo hacía mi tío Boby. Lo hacían Mortadela Dick y Luiyi. Lo hacía Sasa. Lo hace Dmitri Grappelli, con todos sus apodos: Destino, Casualidad, Azar o Coincidencia. Lo hacía Jotauve. Lo hacía sin duda Lupi Flamingo, que en esos momentos estaba mirándome con una languidez de actriz fatal en el dique seco.

Entró en el bar otro sujeto con la misma cantinela: «Hay una mujer en la puerta que pregunta por Sabino Arias». Pero era el momento menos indicado para reconocer que yo era Sabino Arias. «¿Será pariente tuyo?», me preguntó Luiyi. Le dije que no. «Aquí no hay ningún tío que se llame así», le gritó Luiyi al mensajero, mientras Lupi me daba gnosis en estado puro de sus avatares como jefa de la sección de perfumes y cosméticos de unos grandes almacenes: Jefa de *eso*, sí. (Jefa de los potingues hechos con esperma de salamandra y jefa de los perfumes extraídos de flores y maderas supurantes. *Jefa*. Porque todo tiene jefes: los ejércitos, los equipos de fútbol, los apaches, los cosméticos...).

Le pregunté a Lupi la hora: casi las dos de la madrugada. Mi madre en la calle casi a las dos de la madrugada... Y olí el peligro, pero seguí seduciendo y dejándome seducir por Lupi. «Sí, bueno, Bogotá es...». A la media hora de hablar con ella, yo conocía el nombre de cincuenta y ocho perfumes y de veintinueve cremas regenerantes (Eleusis, Ebony, Ramsés, Milenio... El comité lexicológico de mi cerebro no daba abasto: Arrebato, Malasia, Marusia...).

Creo que ya he dicho que mi madre nunca me llamó Walter. Nunca. Ni una sola vez. Se negaba a reconocer mi identidad de Walter («¿Qué nombre es ese?»). Se negaba a reconocer que mi indumentaria, mi personalidad y mi sistema filosófico eran los de un Walter, no los de un Sabino. Y eso fue lo que le costó la vida.

Aquella noche acabé en la cama perfumada de Lupi Flamingo.

¿Me permiten una breve digresión narrativamente inoperante? Pues bien, la sexualidad puede ser una manera rápida de descender a una animada esfera del infierno: te tomas tres o cuatro copas, conoces a una tía que se ha tomado otras tantas, habláis un poco (las palabras muriéndose de vergüenza por su vaguedad), vas al piso de ella o ella al tuyo, o a un hotel de estrellas variables, ves cómo una extraña comienza a desnudarse y observas la manera que tiene de quitarse las medias, observas las venas que cruzan sus manos como lombrices calientes, estudias el giro de brazos con que se quita el corchete del sujetador, la forma de sus pechos (y ahí puede comenzar a entrar en escena el HHorror con doble hache si te encuentras con alguna malformación de la W), su manera de gemir (desde el canto del rruiseñor al de la rana sin hechizo), la anchura de su cavidad, el grado de humedad del sotobosque, su olor, su modo de clavarte las uñas en la espalda o de quedarse catatónica —¿qué voy a contarles yo?—, etcétera. Lo que pretendía decir es que irte a la cama con una extraña es como abrir un sobre-sorpresa en una tómbola: lo mismo te toca una muñeca habladora que una picadora de carne multiuso.

Como ya he dicho, Lupi Flamingo no creo que se llamara así, Lupi por un lado y Flamingo por otro: demasiada casualidad. Nadie se llama así *por naturaleza*. Aquello olía a pseudónimo. Y además se teñía el pelo. —Un Walter postizo follando con una falsa Lupi: eso describe con perfección lo que es la realidad, lo que es el mundo: un complejo teatrillo de imposturas lleno de arlequines que ensayan cabriolas por lo general injustificables.

Lupi tenía un concepto triste de la sexualidad a fuerza de querer tener un concepto vicioso de la sexualidad. Sí, porque para ser una pornógrafa hay que poseer condiciones. No todas sirven para eso. Lupi Flamingo (su lencería roja apretándole la carne como un vendaje sangrante y doloroso) era de las que convierten el deseo en caricatura: mucho gesto de pantera, mucho gemido en ¿si bemol?, (¿con contrapuntos en do séptima?), mucho contoneo sinuoso de serpiente de goma articulada. Parecía que no había hecho otra cosa en su vida que ver películas de erotismo nazi.

Salí de casa de Lupi Flamingo casi de mañana, a esa hora en que el cielo parece una lágrima sucia.

En casa me esperaba la Muerte.

Porque la Muerte anda siempre merodeando por ahí y de vez en cuando va de visita a tu casa.

9 La Muerte llama a tu puerta y no te hace falta preguntar: «¿Quién es?»

Bajemos unos cuantos escalones... Mi madre fue a buscarme al Hades a esas horas porque la habían telefoneado de un hospital: mi padre había vuelto a caerse en la calle y se había roto la cara y el brazo izquierdo cuando volvía de beber y de jugar a las máquinas tragaperras en un bar del barrio, ya que últimamente había ampliado sus aficiones y le había cogido gusto al noctambulismo y a la ludopatía, y se pasaba las horas entregándole una buena parte de su sueldo a una máquina en la que giraban piñas, kiwis y albaricoques. Mi madre fue a buscarme al Hades, donde sabía que yo paraba casi todas las noches, pero no se atrevió a entrar porque una señora no puede pisar ese tipo de sitios ni bajo tortura china, de modo que decidió emplear como mensajeros a los tipos que iban llegando.

Como supe luego, a mi padre lo habían recogido de una acera y lo habían llevado al hospital para escayolarle el brazo y para hacerle un encefalograma, por si del golpe se le había quedado la cabeza por dentro como la de nuestro Trotsky granadino, desbaratada y en Babia, con todas las neuronas convertidas, por efecto del traumatismo, en una especie de alocadas bailarinas caribeñas.

Bien, mi madre, tras desistir de encontrarme, se subió al taxi que la esperaba a la puerta de las calderas del Hades y se fue al hospital. «La dejé justo enfrente del hospital», declaró luego el taxista. «Había que dar una vuelta muy grande para dejarla a la puerta misma, y la señora llevaba prisa», añadió. «El coche apareció de pronto, a toda hostia», dijo el taxista. «Voló por el aire como un muñeco de trapo», dijo el taxista. «Se dio a la fuga», dijo. «Rojo. Embalado. Como un bólido», concluyó el taxista, intentando reconstruir la fantasmagoría mecánica de un pasado que duró apenas un segundo.

Dmitri Grappelli había dispuesto las piezas de una manera que a él le gusta mucho: mi padre se cae en la calle, lo ingresan en un hospital, avisan a

mi madre, mi madre pide un taxi y se echa a la calle de madrugada para avisar a su hijo y para que la acompañe al hospital, mi madre decide no entrar en un sitio como el Hades, mi madre se niega —siempre se negó— a llamarme Walter, yo me niego a responder por otro nombre, yo me niego a salir —a pesar de oler el peligro— porque estoy tonteando con una lupi que no me flaminga del todo, el taxi tendría que haber dado un rodeo demasiado largo para dejarla a la puerta misma del hospital, mi madre cruza una calle, un conductor pasa a toda mecha y mi madre sale volando por el aire como un muñeco de trapo, según el taxista.

Dmitri Grappelli es muy aficionado a crear esas cadenas folletinescas de azares y de espantos.

¿Adónde iba a toda leche aquel conductor? ¿Llegaba tarde a una cita crucial y perentoria? ¿Acumulaba el odio rutinario del día laborable y se desfogaba volando a toda caña en su aeronave por los senderos de un arcoíris artificial, por las afantasmadas calles de una constelación desolada? Llevaría prisa. Por alguna razón difícilmente precisable, los hijos de perra siempre llevan mucha prisa. Como si la realidad no pudiese funcionar sin ellos.

No sé si ustedes lo recuerdan con precisión, pero ya al inicio de esta historia senté cátedra sobre el 10 % de jodedores de vidas ajenas. Lo bueno sería, en fin, organizar un Gran Congreso que reuniera a todos los integrantes de ese jodiente 10 %, alojarlos en un hotelucho de las afueras para que discutiesen en mesas redondas, ponencias y conferencias sus nuevas técnicas de joder al prójimo, con proyección de diapositivas incluso, y, a la hora de la cena, justo en el momento de los brindis, lanzar un misil sobre el hotelucho y decir luego a la prensa que se ha tratado de un fenómeno parapsicológico provocado por una excesiva concentración de mala hostia y resentimiento.

Después de pasar la noche con Lupi Flamingo, después de ver a Lupi Flamingo con su maquillaje desbaratado —«Nunca ligués de noche con mujeres maquilladas», pudo haber dicho Confucio—, volví a mi casa con la premonición de que la Realidad se había movido más de la cuenta.

El nuevo portero —un guardia civil retirado que tenía cara de guardia civil en activo— me dio la noticia con esa peculiar sintaxis de informe de atestado que gastan los guardias civiles.

Cogí un taxi y me fui al hospital. Mi padre estaba en la cuarta planta y el cuerpo de mi madre estaba en el tanatorio, en el sótano.

Dudé si subir primero a ver la cara destrozada de mi padre o bajar al tanatorio para ver el cadáver de mi madre, y me sentí como aquel niño bogotano que iba del cadáver de la niña al cadáver del perro, aterrado y

atónito, subido a un carrusel macabro, sin comprender la evidencia de la muerte.

Bajé primero al tanatorio.

Mi madre tenía ese característico aspecto gótico de los cadáveres, con la cara detenida en un rictus afilado y llena de heridas y livideces póstumas que acentuaban el patetismo de su rigidez. La habían desvestido y su ropa estaba sobre una silla —aquella media colgante, del color de una piel arrancada.

Todos vamos acumulando información sobre la muerte: mil megahercios, ocho mil megahercios... Cuanta más información acumulas, menos feliz puedes ser, y menos inocente. Es una información que te llega solo con pensar que tienes que morir, y añade a eso todas las florituras metafísicas o religiosas que quieras, todas las metáforas que se te ocurran. Cree a pies juntillas en la reencarnación o en la resurrección de la carne. Pero ya sabes, amigo: vas a morir. —Y añade a eso lo que quieras. (Y añade tu epitafio personal al Gran Catálogo).

Sentí una araña gigantesca en el pecho, y sentí ganas de llorar, y no lloré.

Subí a ver a mi padre. Le dio vergüenza mirarme e intentó embozarse con la sábana. Compartía habitación con un anciano que tenía una pierna escayolada y que miraba el techo como si el techo fuera una premonición de la nada celestial: un lugar blanco.

Le cogí la mano a mi padre y se echó a llorar, y me eché a llorar, y el anciano seguía mirando el techo.

Cuando se lo permitieron las lágrimas, mi padre dijo: «Después de nacer tú, a tu madre tuvieron que vaciarla. Se quedó hueca». Creo que me dijo eso para cargar sobre mí un poco de culpa, para inyectarme un horror retrospectivo —y es que él se había dado un golpe en la cabeza.

Mi madre se había quedado hueca y estéril por mí, Walter el Unigénito, y yo no había salido del Hades porque no quería que la gente se enterase de mi verdadero nombre de pila. A pesar de haber olido al instante el pez casi corrupto del peligro, no salí del Hades porque estaba a punto de llevarme a la cama a un hada dramática pasada por la alquimia cosmética —Jefa, además, de eso: de la Cosmética, de los Perfumes.

Mi madre, que se había quedado hueca por mi culpa... No sé, de veras. Las cosas son como son. Peor hubiera sido tener un hermano peligroso, uno de esos que, un día en que se les suelta del todo el tornillo freudiano, cogen una escopeta y liquidan a sus padres, a sus hermanos, a su mujer, a su amante, a su suegra, a dos viandantes que casi siempre resultan ser testigos de Jehová,

a un taxista, a tres primos lejanos y luego se suicidan, dejando atrás una compota de sangre y de estupor.

Y tú dentro del lote.

Mi madre se quedó hueca por mi culpa, pero ¿quién sabe?, esa oquedad estéril tal vez impidió el nacimiento de nuestro propio asesino. O del Anticristo. O de un torero (¡Que alguien me arranque, por favor, esta ridícula nariz de payaso de una vez por todas!).

Mi padre, en fin, en la planta cuarta y mi madre en el tanatorio, en el sótano de los cadáveres. Separados por varios pisos de enfermedad y suturas. Separados por un hojalde sanitario de cemento y desesperación. En el castillo de los diagnósticos inciertos.

Yo no había tenido hermanos porque a mi madre la dejaron hueca unos médicos chilenos: un desierto de pequeños fantasmas nonatos, mientras que yo, sucio y lloroso, cogido de los pies por una enfermera seguramente infeliz, sentía por vez primera la convulsa soledad de estar en el mundo.

El mundo —quién lo duda— está lleno de soledad, de todas las categorías de soledad: la activa soledad, la desgarrada soledad, la soledad psicótica, la enfermiza, la soledad de los viudos, la soledad de la viuda que sigue poniendo bolitas de alcanfor entre la ropa del difunto —ese ectoplasma que, gracias a la ouija, aún regresa a veces a esta realidad desordenada para balbucear unos monosílabos escalofriantes.

Las ciudades tienen el sonido eléctrico de soledades de polo distinto. Soledades que no pueden unirse, porque provocarían un cortocircuito.

Alguien, no sé, coge un bolígrafo y escribe a la sección de contactos de una revista: «Tengo una voz bonita y peso 120 kilos», o bien: «Busco muchacho seropositivo aficionado a la filosofía zen»... Todo el mundo está solo. Alguien descuelga el teléfono, llama a la línea erótica y descubre el sexo de los ángeles.

El mundo entero va a morir un día de puta soledad reconcentrada, me parece.

10 *La larga noche*

Al entierro de mi madre fueron algunos parientes de Gijón (el pseudobuda y su pseudopeluquera, y algo así como un tropel de ¿primos?) que llenaron luego la casa con sus cuchicheos fúnebres, con sus prendas de luto y con sus suspiros de fatalidad. Mi padre, con la cara amoratada y con el brazo en cabestrillo, descalabrado de cuerpo y de alma, estaba hundido en un sofá con los ojos perdidos en el abismo de sus zapatos, en la misma actitud lunática con que mi abuelo miraba al elefante mítico en sus ensoñaciones de parálítico nostálgico del Camerún. Ante la desgracia, mi padre había adquirido esa pinta de muertos en vida, hieráticos y perplejos, que se les pone a los alcohólicos cuando se pasan unos días sin oler su medicina de tinieblas.

Nuestros familiares recorrían el salón gigante con pasos de ladrones de guante blanco, sin duda pensando que el ruido era una ofensa a la recién enterrada, o pensando, no sé, que el espectro de mi madre pudiera desvanecerse del todo si alguien daba una voz o rompía un vaso.

Como no había quien parase allí, bajé a la calle a fumar.

En la acera, apoyado en un coche, con los brazos cruzados y las piernas en equis, estaba Fede, el rey del semen —si la vida no lo había destronado a esas alturas. Tenía un aspecto canónico de desperdicio de lumpen, con su pelo largo y aceitoso, sus pantalones macarras y sucios y su cara llena de granos. Estaba más delgado, con pinta de felino enfermo. «Lo siento muchísimo, Guártel», me dijo. «Me enteré del nombre por la radio y me dije: ¡Hostias, la señora!». Le vi mirar la portería con ojos de nostalgia, recordando sin duda con exactitud qué buzón correspondía a cada vecino sin necesidad de leer las cartelas. Me dijo que vivía con unos tíos suyos en no recuerdo ahora qué colonia cheli y que iba los domingos al Rastro a vender los tuestos que le había dejado su padre, toda aquella mercadería de herrumbre. Me estrechó la mano y se fue. Lo seguí con la mirada y lo vi agacharse para recoger de la acera una colilla o una moneda, no sé yo. Se volvió de repente, vio que le veía y, encogiéndose de hombros, tiró la colilla o la moneda, o lo que fuese, como un gesto decoroso de monarca seminal en el exilio.

Subí a casa, me miré en el espejo y estudié el aspecto de mi melena. Mi calva más que incipiente y mi melena. Pensé que me parecía a Fede más de lo que hubiera podido imaginar, que mi aspecto era también el de aspirante a héroe ruinoso de algún extrarradio y que por eso las mujeres se apretaban el bolso contra el pecho cuando me cruzaba con ellas por la calle.

Busqué unas tijeras y me pelé. Solo se salvó mi perilla. Mi madre hubiese sido feliz de haberme visto sin mi melenita de fontanero con síndrome terminal de rey de fin de semana de las discotecas. Mi padre, en cambio, ya no podía ser feliz con detalles insignificantes, porque el alma se le había caído a los pies, y por eso no paraba de mirarse los zapatos, como el vidente que observa la bola en que se revela el futuro... y no ve nada.

Cuando salí con el pelo trasquilado, mis parientes pensaron sin duda que yo había perdido no el pelo, sino la cabeza, porque los parientes siempre piensan ese tipo de cosas.

Cuando mi padre y yo nos quedamos solos en casa, no sabíamos qué hacer ni qué decirnos. Fue él quien rompió el hielo: dejó de mirarse los zapatos, se levantó y, con el brazo en cabestrillo, se fue al mueble bar y se sirvió una copa con malabares de manco. «¿Te pongo a ti otra?». Y le dije que sí.

Estuvimos en el salón hasta el amanecer, bebiendo y fumando sin parar, en silencio, como dos náufragos que hubieran coincidido en una isla desierta y a los que no les salieran las palabras por la conmoción sufrida tras el desastre. —Nuestro pequeño *Titanic*: el presente...

Entraba ya la luz por las ventanas.

Si no duermes, los ojos se te llenan de oscuridad. Si el amanecer te sorprende con los ojos abiertos, la oscuridad que has acumulado en ellos se muere de manera repentina, y las ojeras son su cadáver.

Mi padre y yo teníamos ojeras de oscuridad y de alcoholismo.

Luchi, nuestra criada de ya crepuscular belleza gótica, porque estaba engordando, salió de su habitación a primera hora, llorosa y con ojeras, porque tampoco habría pegado ojo en toda la noche por temor a soñar con la muerte. «Señor, me voy. Sin la señora, yo no sabría ni por dónde empezar en esta casa», y se echó a llorar. Mi padre asintió, dispuesto a tragarse todas las contrariedades que surgieran.

Me acosté y estuve durmiendo hasta por la tarde, cuando ya comenzaba a oscurecer. Mi padre oía su disco de Erik Satie, mirándose los zapatos, con el brazo roto levantado como si sostuviera un escudo.

«Yo me voy a Gijón. Si quieres, te vienes conmigo. Si no, te quedas aquí. No tengo mucho dinero, pero algo puedo darte. Haz lo que quieras».
Pero en ese preciso momento yo no tenía ánimo para saber lo que quería.

TERCERA PARTE
LOS CAMINOS VIBRANTES DE LA NADA

1 *Incertidumbre inmobiliaria. Sergei Rex. La lencería de la novia neurótica. La diosa rural*

Cuando mi padre se fue a su Gijón nativo para envenenarse de soledad y de otras cosas más tangibles, me quedé a vivir en nuestro piso de Madrid hasta que se cumpliera el mes de alquiler.

A los tres o cuatro días de la partida de mi padre, llegaron los de la empresa de mudanzas y, salvo mi cama y mis cuatro cosas, se llevaron todo: los muebles, los cuadros, la *Enciclopedia de las tribus de África*, las *Obras escogidas* de Freud y la colección de muñecas macabras de mi madre, que embalaron como si fueran momias.

Yo era el monarca beduino de un desierto.

Me dediqué a ir por la Facultad para mirar anuncios de pisos compartidos por estudiantes y a leer cada día la sección de cambalaches inmobiliarios de los periódicos, con la esperanza de encontrar algo que no mantuviese una relación de insensatez con mi economía, si así puede llamársele a las cuatro pesetas fugitivas que manejaba. Mi padre me dejó algún dinero y me aseguró que me transferiría mensualmente una cantidad para que pudiera proseguir mis ¿estudios?, cosa que de algún modo me convertía en lo que todos soñamos ser: rentista, aunque mis rentas no proviniesen de una finca agrícola sino del dolor de mi padre, que sumó el desgarró de la viudedad a los sopores del alcoholismo y a su incipiente pero firme adicción a las emociones fortuitas de la ludopatía, lo que daba como resultado un cóctel trágico.

En aquel piso enorme, laberíntico y vacío, me sentía, no sé, como el guardián de la Nada, oyendo el eco de mis propios pasos. Como un emperador shakespeariano y chaveta, meditando sobre el destino y ese tipo de cuestiones con una calavera entre las manos temblorosas.

Si los fantasmas existen —y no hay ningún motivo para suponer lo contrario—, mi madre rondaría de seguro por allí, espectral y pedagógica, intentando protegerme, porque mi madre era capaz de todo, incluida la trasmundanía activa.

Poco antes de que terminara el mes, tras haber agotado sin provecho el catálogo general de las opciones inmobiliarias de la capital de España y de todo su extrarradio, cuando ya me veía como huésped de una de esas pensiones madrileñas que parecen quirófanos cameruneses, Luyi me dio el número de teléfono de un tipo que, según él, estaría dispuesto a subarrendarme un cuarto a buen precio.

Llamé, en fin, al tipo aquel, fijamos una renta aceptable y, sin ver siquiera el piso, me llevé mis cosas allí al día siguiente.

Mi nueva casa estaba allá en las mismísimas chimbambas, y solo con un poco de imaginación aceptaba uno el hecho de que vivía en Madrid, circunstancia que me convertía en esclavo de los autobuses (esos escaparates de sobacos), con sus complejísimas rutas municipales —el 17, el 23...

Mi subarrendador se llamaba Juan Escalante, pero se hacía llamar Sergei Rex y era un cantante melódico que imitaba a Franky Rex, el ídolo musical de muchas amas de casa otoñales. Sergei Rex actuaba en bodas y bautizos acompañándose de un piano eléctrico de fabricación japonesa que era capaz de reproducir los sonidos de una orquesta al completo.

Por temporadas, Sergei Rex tocaba en coctelerías, *pubs* y covachas semihawaianas en general, poniendo al rojo vivo a las secretarias hipertensas que suelen reunirse casualmente en ese tipo de sitios con los contables divorciados. De vez en cuando, lo llamaban también para que cantase parodias de Franky Rex que servían de soporte musical a ciertos anuncios televisivos: caldo de pollo, coches admirables...

Sergei lucía esa pátina de brillantina y ese aire de pelele que acostumbran tener los cantantes melódicos y escribía a todos los concursos y festivales para poder ofrecer a la nación sus imitaciones de Franky Rex, en las que ponía mucho sentimiento y seriedad, tejiendo con su pico de ruiseñor imitativo los más melodiosos terciopelos de cuantos se aglutinaban por entonces en los hit parades.

Sergei Rex tenía todo el apartamento empapelado con fotografías de Franky Rex. Sergei Rex era como un robot canoro hecho a imagen y semejanza de Franky Rex. Juan Escalante se transformaba en Sergei Rex e imitaba a Franky Rex, sujeto todo él a una complicada metamorfosis metafísica.

Lo más curioso es que Sergei Rex no tenía ningún parecido físico con Franky Rex, ya que Franky era un verdadero galán latino retensado por el colágeno y Sergei era algo así como un racial pastor de ovejas de la Mancha

cervantina y carpetovetónica. Pero, según Sergei Rex, la esencia de la imitación no es física, sino espiritual. Y puede que tuviera razón.

Por lo demás, Sergei Rex andaba por la cuarentena, era un vegetariano fundamentalista y al día siguiente al de mi llegada puso un candado en el teléfono, aunque me comunicó que podían llamarme allí, que eso no costaba dinero. Aquello era *glamour* en estado puro: *podían llamarme*. Todos mis admiradores, todas mis amadas interplanetarias, todos mis asesores económicos y jurídicos... Todos. Cada vez que Sergei Rex iba a hacer una llamada, tenía que quitar el candado, celoso guardián del tesoro acústico oculto en las líneas telefónicas. Y a mí podían llamarme. Cualquier persona de este mundo podía llamarme al 5496383, ¿comprenden mi entusiasmo, en fin, ante Lo Contingente?

«¿Sabes lo que te digo, Walter? Yo sé que nunca voy a triunfar del todo, porque se me ha adelantado Franky Rex, ¿entiendes? La Naturaleza tiene un catálogo muy amplio de cerebros, pero ese catálogo no es infinito, y a veces la Naturaleza produce dos cerebros idénticos, ¿entiendes? Yo sería Franky Rex si Franky Rex no existiera, porque yo nací para ser Franky Rex, pero Franky llegó antes, y ahora tengo que conformarme con ser uno de los muchos imitadores de Franky Rex, ¿entiendes?». Con complicados teoremas de ese tipo se consolaba Sergei Rex, el Franky Rex suplente, segundón clónico del rey de la canción melódica.

Sergei Rex se peinaba como Franky Rex, se vestía como Franky Rex y hasta imitaba fuera de los escenarios la voz y los gestos de Franky Rex, aquel cantante de tuna que se había hecho rico gracias a sus coplas de tragedias seminales y que exportaba al mundo —desde su mansión de Miami— folletines musicados de amor y desamor, con fondo de orquesta dulce, para que las marujas del orbe se sintieran como heroínas desmelenadas mientras quitaban el fregado.

La cosa más importante que le había ocurrido a Sergei Rex en la vida no era otra que la de haber participado en un concurso de televisión en el que, como broche de oro de la gala, cantó «Angelitos negros» con tres tipos más: uno que imitaba a Sinatra, otro que imitaba a Machín y otro que imitaba a Chevalier, mientras que Sergei Rex imitaba, por supuesto, a Franky Rex. El que imitaba a Machín, según me dijo Sergei, se dio una mano de betún en la cara para añadir credibilidad a su transfiguración: un profesional auténtico. — Un tipo que imita a Machín y que se embadurna la cara: Dios se convierte en un artista de vanguardia en cuanto se alía con Sigmund.

Cuando Sergei Rex tenía actuación, solía echarle una mano en el traslado de su piano eléctrico japonés y de los demás cachivaches que necesitaba para imitar a Franky Rex, y aquel trajín me hacía recordar con melancolía rencorosa mi época con los de Pajarera Satán, cuando íbamos de sala en sala para interpretar nuestra música diabólica, que tanto engatusaba a las vampiras adolescentes de los suburbios. Me gustaba mucho acompañarle a las bodas, por lo que me ahorraaba en comidas, ya que a mi ración sumaba la de Sergei, que, como era vegetariano por culpa del vegetariano Franky, se llevaba siempre en una fiambarrera alguna ensalada incomprensible. Los bautizos tampoco estaban mal, aunque en ellos Sergei Rex no pudiera imitar indeseablemente a Franky Rex, pues tenía que embutir en el repertorio canciones infantiles y congas de Jalisco para dar un aire de jardín de infancia a la celebración, mientras yo me empachaba de merengue e incluso de caramelos de tres sabores. Pero las bodas, ya digo, resultaban especialmente atractivas tanto para Sergei, que podía cantar sin tregua sus canciones favoritas de Franky, como para mí, porque me daban de comer, de beber y, si había suerte, acababa bailando con alguna solterona deseosa de contactos cuando Sergei entraba en acción y reblandecía el alma al 90 % de las mujeres con sus melodías de sentimentalismo latino. Y es que el 90 % de las mujeres escuchaban las tres primeras notas de una canción de Franky Rex y, por alguna razón inconcreta, se les alteraba el termostato de las pasiones. Franky tenía esa magia, y Sergei era un mago parasitario capaz de lograr el mismo efecto: cuando Sergei cantaba las coplas de Franky, las princesas merengadas cerraban los ojos y era como si oyeran a Franky, y esa especie de membrana maravillosa que ellas tienen se les lubricaba al instante con el flujo salado de alguna ilusión sexual de concreción difícil.

Una tarde llegamos a una boda de lujo en la que no solo iba a actuar Sergei Rex, sino también Bruno Cha, coronado como el Rey de la Rumba Castellana, uno de esos artistas que conocen la gloria y, sobre todo, la decadencia, pero cuyo nombre suena siempre en el subconsciente nacional como el de un ídolo al que todo el mundo daba ya por muerto.

La fiesta iba a celebrarse en el jardín de la casa de los padres de la novia, que debían de bañarse en sangre de antílope y desayunar kellogs de caviar con leche achampanada en cuencos de platino, a juzgar por lo que se habían gastado en ladrillos y en cemento: uno de esos chalets que parecen una barriada llena de farolas de forja rococó, de perros campeones que conocen quince o veinte palabras fundamentales, de arboleda exótica y de autopistas asfaltadas y señalizadas —exagero un poco— con arreglo a la ley.

Llegamos temprano para montar los micrófonos y el piano japonés y para hacer una prueba de sonido. Al poco llegó Bruno Cha, que nos confesó —revelando así su grandeza de espíritu— que él cantaba en *playback* porque tenía ya la garganta embrutecida y hecha cisco de ofrecer miles de galas por el mundo y solo le salían de ella ronqueras de perro lobo.

Cuando montamos todo aquello, el padre de la novia nos invitó a Bruno Cha, a Sergei Rex y a mí a tomar una copa de vino, que a los pocos minutos acabaron siendo seis o siete. El hombre supuraba euforia, sin duda por la alegría ansiolítica que le provocaba el hecho de quitarse de en medio a la contrayente, que, al margen de estar de escándalo público y de poder ganarse la vida levantando las piernas en cualquier *peep show* de cinco estrellas, era víctima de un carácter psicótico y proclive al tremendismo, a juzgar por los gritos que daba a la costurera, a la cocinera, a su padre y a su madre.

Aquel sujeto, en fin, no paraba de llenarnos las copas, y yo estaba en ayunas, de modo que la vista no tardó en ponérseme igual que un caleidoscopio —por decirlo con cierto empaque. Cada vez que Bruno Cha daba un sorbo, chasqueaba la lengua: plas.

Las bodas son un lío. Había regalos por todas partes: en el porche, en el patio de atrás, en la cocina. No acerté a imaginar cómo pudiera estar el salón: algo así como la planta de menaje de unos grandes almacenes. Por todas partes había bandejas con forma de langosta, de concha, de bandeja propiamente dicha, bandejas con forma de jamón y de pescado sonriente; bomboneras suficientes para albergar toneladas de bombones o incluso de meteoritos, licoreras suficientes para rellenar de licor las toneladas de bombones que pudieran caber en las bomboneras, ceniceros como para llenar un palacio de congresos durante la sesión inaugural del I Encuentro Internacional de Esclavos de la Nicotina, vajillas como para servir el rancho a un regimiento de infantería tras su marcha por el desierto de An Nafud o por ahí, figuras de bronce como para formar un ajedrez delirante e intercultural: Diana Cazadora, Apolo Trismegisto, Beethoven, Manolete, el David de Donatello; gatos de porcelana, perros de porcelana, cuadros de tema campestre, marinas tormentosas, relojes de cocina y relojes versallescos y relojes de metacrilato para sentir el terror múltiple del Espectáculo Tiempo amenizado por la famosa orquesta Tic-Tac; candelabros de tentáculos góticos, candelabros de marañas barrocas, marcos de plata por centenares y de todos los tamaños: desde la miniatura al formato póster... Paragüeros. Sinuosos dinosaurios de esmeraldas... —Resulta increíble, ¿no?, la cantidad de cosas que hay en el mercado.

Nos tomamos, en fin, quince o quince mil copas de vino —perdí la cuenta — con el padre de la novia, porque el hombre, como dije, estaba eufórico, en tanto que su niña iba de aquí para allá como un torbellino de neurosis. «El novio va a tener trabajo esta noche», le dije en un aparte a Sergei, pero Sergei me mandó callar, apretándome el brazo como si quisiera provocarme una gangrena, porque él era muy respetuoso con la gente que lo contrataba, que es lo que distingue a los cantantes melódicos de los músicos del tipo Pajarera Satán, que negociábamos con los dueños de los locales como si ellos fuesen gánsteres de Chicago y nosotros filibusteros de las Antillas. «Tú calladito, socio. ¿Me explico?». (Mejor que Aristóteles).

«¿Qué fue de los del Dúo Manila, aquellos muchachos que cantaban boleros?», le preguntó el padre de la novia a Bruno Cha, el Rey de la Rumba Castellana. «Uh, no se lo puede usted ni imaginar: dejaron a sus mujeres y se fueron a vivir juntos, ya me entiende. Montaron un restaurante en Torremolinos. Robert, el más bajo de los dos, hasta se tiñó el pelo», dijo Bruno con una sonrisa que incluía el sentimiento filosófico de la fatalidad y el estupor ante esa caja de sorpresas que es el mundo. Yo, por alegrar aún más la reunión, dije: «Bueno, siempre es mejor chingar con un amigo de la infancia que con una tía desconocida», y fue decir aquello y ponerse pálidos de repente el padre de la novia y —sobre todo— Sergei Rex, que lucía blancura de muerto en el Antártico. Hasta yo me puse un poco blanquecino, contagiado de aquel súbito palor de almas ateridas en la nevera del estupor social. Creo que el padre de la novia y Bruno Cha me tomaron incluso por invertido de nacimiento. De modo que, para solucionar aquel conflicto, añadí: «Yo no entiendo a los maricas. Pudiendo casarse con una muchacha tan guapa como su hija...». Pero aquello, por lo visto, resultó ser un mal parche, porque a Sergei parecía que iba a darle una trombosis psicosomática, mientras que el padre de la novia cambiaba la palidez por el rubor, como si fuese un atónito camaleón de las emociones. Bruno Cha, por su parte, se limitaba a tararear una rumbita, mientras miraba la infinitud del horizonte, como hombre de mundo que era, acostumbrado sin duda a las situaciones embarazosas.

La verdad es que las copas de vino me habían tocado bastante el cerebro, dejándomelo en condiciones idóneas para que el propio cerebro construyera las frases por su cuenta, con todo lo que eso implica. «Usted ya me entiende: donde se ponga una muchacha, virgen por supuesto, en la noche de bodas, y uno metiendo la cabeza por debajo del vestido...». Sergei Rex, interrumpiendo mi reflexión nupcial, me dijo: «Por favor, ve a probar el micrófono», para expulsarme así del sainete, porque la verdad es que hay días

en que da la impresión de que nuestras neuronas se disfrazan de campesinas dicharacheras y procaces que se burlan de los logopedas modernos y de los filósofos de la Antigua Grecia.

Cuando me dirigía al escenario por la parte de atrás de la casa, oí voces femeninas que salían de una ventana abierta. No suelo ser lo que se dice un fisgón, salvo en lo que se refiere al universo femenino en general: de las mujeres me interesa todo, hasta sus monosílabos. Con el sigilo que me permitía mi grado de alcoholemia, me acerqué a la ventana. «¡No, así me tira mucho el pelo!», y era la voz inconfundible de la novia neurótica: una voz que arrojaba sílabas como cristales en punta. Dado que, a fin de cuentas, pertenezco a una generación para la cual el hecho de ver un muslo en una película no es un acontecimiento desdeñable, me asomé con mucho cuidado y pude ver a la novia, que se hallaba en bragas, en sujetador y con unas medias blancas sostenidas por un ligero: la intemerata de la propia intemerata. A sus pies se humillaba una criada de procedencia exótica que le alisaba las arrugas de las medias, mientras su madre procuraba fijarle una diadema en su pelo rubio de ninfa altoburguesa en trance de convertirse en princesa de un sueño en el que acabaría perdiendo no el zapato, como Cenicienta, sino el sagrado himen —si no lo había perdido ya en el asiento trasero de algún coche; no pondría yo la mano en el fuego. Piel de seda tostada y lencería blanca de seda: lo suficiente, en fin, para que haya que amarrar con cadenas de plutonio platónico al Psicópata, que en esas ocasiones se convierte en el diabólico Antifreud, liberado momentáneamente de todos sus prejuicios intelectuales.

Colgado de una percha estaba el vestido sacrificial, crujiente y níveo, con una rigidez de merengue.

Seguí allí durante un rato, alimentando ese sentimiento doloroso —mezcla de melancolía y de rabia de perro— que nos invade cuando comprendemos que una mujer que nos conmueve no va ser nunca nuestra, sexualmente hablando. —Lo que se dice nunca. Tras el cristal, me sentía como el cliente de una sala de cabinas eróticas. Sin tener que echar monedas ni nada, saturado de erotismo imposible y gratuito. (Y no creo necesario subrayar que yo estaba en una edad muy difícil, valga la redundancia).

Durante varios minutos, antes de que le ajustaran el vestido, mis ojos estuvieron mandando fotografías polaroid a mi memoria: la lisura del vientre, los largos muslos firmes, los paréntesis de las caderas, la vibración de gelatina de los pechos... «Ya podéis pasar», dijo la madre al rato, abriendo la puerta de la habitación, y entraron dos pretravestis postmodernos —sus cinturas de aquí para allá— que de inmediato soltaron una catarata de esos piropos que

emplean los tipos a los que solo les interesa vestir a las mujeres: *guapísima, preciosidad, maravillosa, ideal...* Todos los piropos del mundo menos el más certero: hiperfollable. —Mucho, de veras.

Por lo que deduje, se trataba de los modistos (esos que se ponen de nombre artístico Chumino & Monino o algo igual de elegante), porque enseguida se apresuraron a dar retoques al vestido de la novia con el mismo desinterés con que pasarían la mano por el lomo de un burro disecado y comido por la polilla. —Y no pude dejar de pensar que si yo fuese modisto, acabaría en la cárcel.

La novia soltaba su neurosis a latigazos: «No me gusta nada ese pliegue», y se miraba en el espejo con la altanería narcisista de una diosa maníaca, apretando sus morros de fresón asesino.

Cuando la novia, en fin, estuvo arreglada y se disponía a salir al aire libre para joder un poco más al universo, los modistos repitieron su sarta de piropos asexuados, aunque ya con triples signos de admiración. Tuve que apoyarme en la pared para no desplomarme gravitacionalmente de puro hastío existencial, igual que Sócrates cuando Platón le pegaba un buen repaso metafísico y dejaba en ridículo al viejo.

Aquella nereida neurótica de la cola de seda salvaje iba a revolcarse aquella misma noche con un niño que le arrancaría con los dientes el ligero gracias al sacramento del matrimonio, que bendice la pornografía en tanto se practique siempre con la misma persona y sin condón.

La imagen del ligero blanco se me clavaba en el pensamiento como una astilla, y reflexioné sobre aquella época en que el ligero era una cosa cotidiana y no un acontecimiento relacionado con las bodas: aquella Edad de Oro del porno mundial, cuando aún no había ocurrido aquel suceso afrentoso, a saber: un Marica Creativo se despierta una mañana con la inspiración artística saliéndole hasta por los ojos y con todas las neuronas a pleno rendimiento e inventa... ¡el panti! Y el porno cotidiano mundial entra así en la Era de las Tinieblas, y los dedos de todos los hombres tienen que luchar (en la oscuridad de los cines, en la penumbra de los portales, en la estrechez de los asientos traseros de los coches) con un tejido viscoso y elástico como una telaraña: el panti.

Así son las cosas. Una decadencia al 100 %.

Cada vez que una mujer se pone unos pantis en vez de unas medias con ligero, se hunden un poco los cimientos de la cultura de Occidente —aquella por la que lucharon con gran denuedo Platón, Kant, Uri Geller, Sigmund Freud y todos esos simpáticos chiflados de la farándula mental.

Tocas un pubis blindado por un panti leotardo y es como si tocaras una pandereta.

Con las medias sujetas con liguero, nuestros antepasados llegaban directamente a las bragas, y las bragas estaban húmedas y caldeadas como una selva del Trópico, unos cuatro o cinco grados por encima de la temperatura ambiente, y sus dedos palpaban un calor humano. Y *aquello* era humano. Pero con los pantis no: esa red afrentosa que aprisiona la ostra sublime del ansia, con su perla carnal en el centro —y unos dedos ciegos y errabundos que intentan en vano traspasar una muralla...

En fin, cuando calculé que se me había apaciguado la logorrea ética, volví al grupo formado por el padre de la novia, mi socio Sergei Rex y Bruno Cha, que seguían dándole al vaso como tres compadres que fraternizaban a partir de la Nada para llegar a la Nada. Se les notaba ya achispados del todo, presos en ese circuito de complicidad espontánea y pasajera que recorren los borrachos. Tuve que morderme la lengua para no decirle al padre de la novia que su niña tenía valores de sobra para hacer regresar al jardín ascético de la heterosexualidad a los del Dúo Manila, desviados sin duda por su vena artística al paraíso libertino de la homosexualidad —porque de cantar boleros a creerte una infanta velluda solo hay un paso. Pero no dije nada.

«Ya está lista la novia», anunció la madre. Y todos nos fuimos a verla.

La novia apareció como un pavo real. Abierta de cola. Envuelta en sus blancuras de espectro. Todos se pusieron a aplaudir, menos yo, que hubiese preferido silbar, o hacer cualquier otra cosa que mejor me callo.

«Vámonos a la iglesia», propuso el padre, borracho perdido. Le dije a Sergei Rex que no pensaba ir a la iglesia ni aunque tuviera prevista su aparición santa Agripina de Mineo con atuendo de artista del sadomasoquismo. «Eso es un desaire», se quejó Sergei Rex, imitando el tono de voz y los gestos de Franky Rex cuando los reporteros televisivos se empeñaban en meterle el micrófono por la boca para pedirle detalles íntimos de su nueva novia —aquellas novias caribeñas, germánicas o asiáticas que se echaba cada semana Franky Rex para aplacar, mediante un romántico sistema de rotación, su revuelta libido.

«Te espero aquí», le dije a Sergei Rex, y no tuvo más remedio que largarse solo a interpretar una marcha nupcial en el órgano de la iglesia. Porque para misas estaba yo. Sí, para oír una de esas misas españolas en las que todo el mundo se pone solemne y sombríamente contrito, presumiendo de ser unos compulsivos pecadores a jornada completa... Todavía, las misas de los negros norteamericanos tienen un pase, porque al menos se arrancan a

bailar y a cantar como estrellas del *soul* en un delirio de jolgorio espiritualista, y te parece que estás en el Festival de la Canción Gospel de Atlanta en vez de en una porquería de iglesia. Pero en España no, en España las misas parecen reuniones de vampiros en ayunas.

«No bebas ni armes escándalos, por favor», me sugirió Sergei, y asentí con bastante sinceridad, porque lo cierto es que tenía el alma por los suelos después del espectáculo erótico-nupcial de la ventana.

Me puse a dar vueltas por el jardín, pegando patadas a los guijarros, igual que un estudiante de filosofía que acabara de leer a Cioran en una edición chilena llena de erratas.

Bien. Según una antigua leyenda walterista, a los quince o dieciséis años, aproximadamente, a los varones comienza a funcionar la Antena Secreta para Detectar Tías Buenas (en adelante llamada la ASDTB): una especie de radar instintivo que nos avisa de la cercanía de mujeres a las que nos gustaría cepillarnos al menos una vez en la vida. Existen sexólogos que sostienen la teoría de que la ASDTB es una especie de invento del Psicópata: algo así como su satélite de telecomunicaciones. No sé. Pero, en fin, sea cual su origen, lo cierto es que la misión esencial de la ASDTB consiste en activar un sentido no reconocido del todo por la ciencia convencional, aunque es mucho más útil, infalible y refinado que, por ejemplo, el sentido de la vista. La vista engaña a veces: vas por una calle, ves venir de lejos a una mujer de apariencia despampanante, dejas que tu corazón palpite como el de un caballo reproductor y, cuando la tienes a un palmo, compruebas que no es más que una especie de bruja nariguda y maquillada, con aspecto de elaborar filtros de efectos sentimentales con ranas, lagartijas y serpientes en su boudoir escabroso. La ASDTB, en cambio, no falla nunca: estás en el cine y la ASDTB te indica, mediante una ligera vibración que se produce en tu hipotálamo, que tres filas más atrás hay una mujer estupenda. Esperas impaciente a que acabe la película, te levantas de un salto, se encienden las luces y allí está la tía estupenda, con sus ojos heridos por la repentina claridad, pasándose sus dedos aceitosos de palomitas por los labios, con ese aire trágico de quien acaba de ser testigo de cómo el asesino en serie iba cargándose a todas las adolescentes rubias de Washington D. C.

La ASDTB es infalible: la pieza de relojería más exacta de la Naturaleza.

Pues bien, mientras daba vueltas por el jardín, mi antena secreta me envió un mensaje agudo. Me volví y vi a una criada, con cofia y mandil, que adornaba las mesas con flores. Parecía una escena propia de la literatura trovadoresca: la vaquera hiperglobular que corta florecillas silvestres por el

soto, el *minnesinger* espermatozomaníaco que la piropea mediante un *minnesang* y —con un poco de suerte— el posterior *minnedienst* cortés —la invasión de los nerviosos y veloces uteronautas— entre boñigas de ganado vacuno —ella es vaquera, como dije— y —a ser posible, como contrapunto de color y de olor— tulipanes. (Y es que hay que leer de todo). (Los astutos trovadores...).

Por alguna razón inconcreta que no sé si ha logrado precisar la subciencia psicológica, las mujeres con uniforme resultan generalmente agradables: la azafata aérea que reparte bombones o caramelos como un ritual más propio de un burdel que de un avión, la policía municipal que mueve la porra al son de sus caderas igual que en un espectáculo de sadoporno, la dependienta de los grandes almacenes que se arrodilla a tus pies para señalarte el dobladillo del pantalón... Y las criadas de las casas ricas, por supuesto, con sus prendas de encaje blanco sobre batas negras, mitad monjas y mitad agentes funerarias, vestidas de enfermeras de la muerte.

Sin pensármelo mucho, me fui a darle carrete a la criada florista. «¿Trabajas aquí?». (Bueno, sí, sé que hay frases mejores, pero ¿qué podía decirle?, ¿que si estaba de acuerdo, al menos en lo básico, con el cenizo de Schopenhauer?). Se ruborizó. Insisto: se ruborizó. Encontrar a las puertas de la década de 1980 a una muchacha que se ruborizase no resultaba fácil, porque casi todas andaban por ahí vestidas de guerrilleras, de vampiras futuristas o de *hippies* asiáticas, convertidas en sacerdotisas pirueteras del orgasmo como actividad intelectual y drogándose como si el mundo fuera a acabarse mañana por la tarde.

La criada, en fin, se llamaba Fefi. ¿Fefi? Bueno, no puede decirse que fuese un pseudónimo que pudiera servirle a una princesa, ni siquiera a una perrita de raza le serviría, pero era al menos un nombre con el que uno se quedaba al momento: Fefi.

Fefi tenía un cuerpo de diosa agrícola: robusta, rotunda y potente, como si se hubiese pasado la infancia tirando de un arado y se le hubiera quedado una complexión atlética, de muchacha titánica y primitiva, mientras que su cara tenía la fragilidad de un camafeo dieciochesco: una emperatriz disfrazada de pastora culturista, o viceversa. Hasta mentira parecía que de un pequeño espermatozoide cabezón hubiera salido aquella escultura delirante.

Estuve un rato diciéndole Fefi esto y Fefi lo otro; mira, Fefi, y tú, Fefi; oye, Fefi; Fefi, yo... Porque a la gente la desarma el hecho de que te dirijas a ella repitiendo su nombre sin parar, aunque ese nombre no sea otro que Fefi. Es un truco muy viejo y muy ladino: si tu interlocutor repite en la

conversación tu nombre, ya sabes que está intentando seducirte. Seducirte para lo que sea: para pedirte dinero, para llevarte a la cama o para que te resulte más afectivo el trance de ser despedido del trabajo o expulsado del lecho conyugal.

«Hasta luego, Fefi», le dije a Fefi cuando Fefi me dijo que tenía muchas cosas que hacer. «Nos vemos luego, Fefi», y Fefi desvió la mirada a sus zapatos. «Eh, Fefi», y Fefi se volvió, y le lancé un beso. (Fefi, Fefi, Fefi: el estribillo que resonaba en mi cabeza).

Cuando terminó la ceremonia, los invitados fueron llegando por manadas: manadas de pingüinos con chaqué y manadas de cacatúas policromas, porque la gente va a las bodas como si fuera a un carnaval, ansiosa por dar el golpe definitivo al menos una vez, antes de que la metan en la tumba.

Aquella noche cenamos a lo grande: carrusel de entremeses, melón con jamón, rodaballo a la plancha (un poco seco), sorbete de yerbabuena, solomillo al Stratenheimenn (o tal vez al Stroikennmainen, no recuerdo), helados surtidos y tarta rococó. (Grrrruummm... Disculpen, por favor, esta elegiaca flatulencia).

Sergei Rex interpretó todo el repertorio de Franky Rex cuando aquella chusma terminó de cenar y se puso bailonga, dando vuelo a sus vestidos de satenes y pedrerías y pegando cucarachazos de chaqué por el jardín.

Fefi colaboraba en la recogida de los bodegones tenebristas en que se habían convertido las mesas: espinas, copas volcadas, panes mutilados y helados derretidos.

«Eh, Fefi», pero Fefi agachaba la vista, diligente y concentrada en su tarea. «Eh, Fefi», hasta que Fefi me dijo: «El martes. Ven a buscarme el martes, que es mi día libre. A las cinco. En la puerta».

Al rato, olvidándome de manera momentánea de ese hermoso futuro que representaba el martes a las cinco, me puse a bailar con una loba que tenía un kilo de rímel en cada ojo, varios pequeños océanos de licor en cada vena y seis o siete toneladas de lujuria acumuladas en la cuevecilla de los dramáticos encantamientos. La novia neurótica, por su parte, bailaba con su marido, al que se le adivinaba (esos ojos de cándida bondad, tan arriesgada para su flamante condición de esposo) la silueta brumosa de un casco de vikingo de opereta sobre su pelo engominado, porque aquella era mucha niña incluso para una tripulación de bucaneros afectados por una epidemia de satiriasis. Cuando más animada estaba mi loba (mis dedos recorriéndole la espalda: esa pendiente en braille), vino un tipo, la agarró por la cintura y se la llevó, camino —supongo— de algún recoveco, porque aquella alegre desdichada

tenía la pinta de ser un comodín erótico: una de esas solteras que alivian la desesperación de los machos de la pandilla cuando las otras les tuercen sus planes de seducción y el Psicópata se vuelve una bestia aullante y rencorosa, carente de... objetividad.

Bruno Cha, el Rey de la Rumba Castellana, puso la nota pseudotropical y calé durante su actuación estelar y nos dio la mano antes de irse a dormir, desengañado, a esas alturas crepusculares de su carrera, de las pompas jabonosas de la vida social y de todo su aparato de canapés y de erotismo latente, pues de sobra debió de disfrutar de esas prerrogativas mundanas cuando recorría las verbenas y los platós con la Orquesta Galápagos.

Sergei Rex, que tomó el relevo, estuvo imitando sin desfallecer a Franky Rex hasta más allá de las cinco de la mañana, cuando ya el novio debía de tener el ligero de la neurótica reliado en la cabeza y solo quedábamos en el jardín una docena de espectros pavorosos, borrachos y sentimentales, oyendo aquellas coplas ridículas con el corazón encogido por la nostalgia de quién sabe qué y por la alcoholemia.

Al volver a casa, Sergei Rex me dijo: «Esta vida mata a cualquiera». Así, con el fatalismo de un gran divo.

2 *Fiebre de Fefi*

Como es natural, el martes fui a recoger a Fefi, después de haberme formado un gran lío con los autobuses, esos jeroglíficos ambulantes. Y es que el Deseo funciona de ese modo: vives cerca del Camerún y te encaprichas de alguien que vive en la glacial Nueva Zembla, y tienes que pasarte la vida dentro de los autobuses, de los barcos y de los reactores.

En la puerta del chalet me esperaba Fefi, modosa y perfumada, vestida como una coronela del Ejército de Salvación.

Sin el uniforme, se le acrecentaba el aire de labriega mitológica, y la rotundidad de sus curvas parecía pedir a gritos una maternidad urgente: esa clase de mujer ancestral y telúrica concebida por la Naturaleza —ay de nosotros— para pasarse la vida en la planta de maternidad de los hospitales, perfeccionando la raza blanca —en el caso de que tal cosa sea posible.

Fefi vestía con la decencia provinciana y antichachi de las chachas primorosas, y yo no podía dejar de imaginar lo mucho que luciría aquel cuerpo suyo con algunos avíos de lencería británica, con prendas de cuero negro o con un disfraz de deidad grecolatina. Pero, en fin... Llevé a Fefi al Hades, la paseé luego por varias discotecas de moda en las que todo el mundo iba vestido de ciudadano de las galaxias —mi atónita Fefi—, y volvimos al Hades a tomar la última copa.

A pesar de ser arquetípicamente walterista, mi plan era poco original: emborrachar a Fefi hasta que empezara a decir tonterías y a ponerse a tono, sexológicamente hablando. Pero los planes tienen a veces un efecto boomerang, y el que acabó emborrachándose, diciendo tonterías y con el Psicópata al rojo vivo fui yo, mientras que ella mantenía su impavidez y su compostura de asistenta cabal, bebiéndose un martini —mi mundanísima Fefi— a sorbos muy pequeños, con prudencia de virgen, firmemente asentada en sus prejuicios temerosos, con los que Freud hubiese podido escribir seis o siete tomos más no ya de sus *Obras completas*, sino incluso de sus *Obras escogidas*.

Cuando me disponía a decir mi waltertontería número doscientos veinte ¿mil? (algo relativo sin duda al fin del mundo y a la necesidad de aprovechar el instante), entró en el Hades nada menos que Lupi Flamingo, con su careta ritual de maquillaje. Miró a Fefi con desprecio y me saludó con una sensualidad artificiosa de suripanta en decadencia imperial, soltando efluvios de hembra en celo psicológico y todo eso. «¿Quién es?», me preguntó Fefi cuando Lupi se derrengó en la barra (como un saco de... ¿perfume?). Afortunadamente, Lupi Flamingo, para saborear su porción del pastel de la venganza, se puso a pornoputillear con todos los tipos que andaban por allí, que no eran menos de seis, y pude seguir contándole a Fefi mis tumbos infantiles por América, inventándome cuanto me parecía bien inventar para tenerla distraída: las grandes serpientes aladas del río Magdalena, los maremotos augurados para el fin de siglo en el Cono Sur por el vidente peruano Masheboto Kuwamoshi...

Fefi tenía que volver a casa de sus señores (ella decía eso: «mis señores», mi feudal Fefi) a las once, porque aquello, según me dijo, era una especie de cuartel civil mandado por la señora, que era de condición carcelaria y que tenía cogido por salvas sean las partes al señor, un fulano de natural tendente a la cuchipanda, según pude comprobar durante el dramático día de la boda de su hija, la neurótica —la «insoportable», según la terminología psicoanalítica de Fefi.

Dejé a Fefi en la parada del autobús porque no me tenía en pie. «No te irás a buscar a *esa*, ¿verdad?», me dijo, señalando con un dedo despreciativo y enérgico al punto geográfico en que aproximadamente quedaba el Hades, con Lupi Flamingo dentro. «Si podría ser mi abuela», dije yo.

O sea, analicemos las cosas con la misma frialdad que Immanuel Kant: Fefi tenía celos de Lupi Flamingo, y, al menos que yo sepa, la gente solo tiene celos de sus rivales amorosos, no de los guardias municipales ni de los jilgueros que disfrutaban de su inútil libertad por los áridos campos de Castilla. Conclusión rápida, kantiana: Fefi estaba ya enganchada al walterismo. (Fefi y Walter: la diosa rural y el urbanita seductor. La clase de mitos clásicos que a mí me gustan).

Cuando Fefi iba a subirse al autobús, me hizo prometerle que me iría a dormir. Y se lo prometí, claro está, y sonrió. «Llámame el martes», y le dije que desde luego, metido como estaba en una espiral insensata de promesas.

Como resulta fácil imaginar, intenté darle un beso de bienvenida al reino de los estupores compartidos, pero Fefi se mostró infrafebi: «Aún es muy pronto para mí». (Paciencia, Barba Azul). Cuando el autobús se alejaba, Fefi,

a través del cristal trasero, me apuntó con su dedo de deidad campestre y apoyó la mejilla en la palma de su mano, dándome a entender que me fuera a dormir. Y asentí, apoyando mi mejilla en la palma de mi mano como si mi mano fuese una almohada, y le arrojé uno de esos besos estúpidos que intentan volar por el aire como ruiseñores en celo.

Me sentía dichoso, a pesar de la sobredosis de castidad, imaginando el cuerpo desnudo de Fefi, esa tersa carnalidad de valquiria que acabaría hundiendo mi colchón (paciencia, Gilles de Rais) con la gravidez mareante de una estatua de mármol rosicler. «¿Mármol rosicler?». Bueno, sí, lirismo puro. Denso. Germánico. Porque en esos momentos en que sabes ya que tienes a una mujer a mitad de camino de tu cama, por largo que sea ese camino, te sientes, no sé, como el jefe de los nibelungos. (¿Mármol rosicler?).

Volví al Hades, me fui para Lupi Flamingo y le dije: «Eh, Lupi», y Lupi me sonrió con algo que apenas parecía una sonrisa y que quería decir algo así como: «Sabía que ibas a volver». Yo también lo sabía.

«¿Nos vamos?», y Lupi Flamingo, dándose el aire de una diva *amateur* del sexo, se encogió de hombros, se colgó el bolso en bandolera y se bajó del taburete con esa sinuosidad con que las serpientes suelen bajarse de los árboles del Paraíso Terrenal. «Págame la copa», me ordenó Lupi, deseosa de demostrar su autoridad sobre mis bajos instintos.

Bueno, hay noches en que no te importa demasiado tragar un poco de maquillaje.

Fefi estaría pensando en nuestro futuro compartido: una sala con un sofá no menos confortable que estampado, una televisión con pantalla helicoides, un cuadro de romanticismo indiscutible sobre el cabezal de la cama... —El amor y el menaje, indisolubles.

A fin de cuentas, le prometí a Fefi que me iría a dormir, pero no le prometí que iba a dormir solo —y lamento de veras recurrir a este chiste fácil, pero la realidad suele ser un chiste fácil: el jajajá del dios Disléxico. Además, creo que estarán de acuerdo conmigo en que aún era demasiado pronto para hacerle promesas serias a Fefi, ya que algo habría que reservar para cuando estuviésemos ante el altar de los juramentos.

Por lo que respecta a otro tipo de asuntos, Lupi Flamingo se había comprado un liguero rojo, desesperadamente rojo, que trazaba una estructura de sangre pasional sobre su piel lechosa y casi imperceptiblemente destensada.

3 Ansias de Sergei Rex. La dureza del mármol

Sergei Rex me insinuó que le gustaría conocer a amigas mías. Que podríamos hacer fiestas en el piso. Que él podría cantar en esas fiestas. Ya me entienden: la Desesperación.

Lo que le pasaba a Sergei Rex era que todas las mujeres se las llevaba Franky Rex y él tenía que contentarse con admirar rencorosamente a las novias de Franky —esbeltas y nórdicas, sinuosas y elásticas— en las revistas del corazón.

Sergei Rex no ligaba nada porque los imitadores de famosos son para las mujeres como payasos, aunque él llegase a pensar en sus momentos de optimismo que alguna sex symbol del cine nacional iba a arrojarse a los brazos el día menos pensado para vivir con él un romance infectado por los microbios titilantes del *glamour*: champán, canciones melódicas, piscina y palmeras, pene heroico, vagina espiritualizada...

Sergei, el sucedáneo, se iba de putas con frecuencia para matar sus ansias de amores poéticos, porque nadie tiene un Psicópata sensato que se conforme con la artesanía onanista. Nadie. (Ni Onán). El Psicópata pide tostadas diosas caribeñas o esbeltas nórdicas de cera salvaje como las que se mataban de amor con Franky Rex, aunque luego acabe liado con enanillas rollizas o con astrólogas bizqueantes —pero esa es otra historia: la caja negra de nuestros vuelos eróticos.

«Hasta luego. Me voy a buscar a Fefi», le anunciaba a Sergei Rex, y él, al sentir ese pinchazo en el subconsciente, daba una nota equivocada en su piano japonés.

Yo iba a recoger a Fefi todos los martes con la puntualidad de un asceta del sexo y con el escepticismo esperanzado de un epicúreo fundamentalista, porque lo cierto es que Fefi no me daba ningún tipo de licencia: mi inasible espejismo carnal de muslos apretados.

Y es que aquello, más que un romance sujeto a los patrones de la modernidad, parecía un combate de lucha libre: yo intentando meter mano y

Fefi desasiéndose de mi mano mediante contorsionismos de judoka, terca en su castidad idolátrica. Militante del himen.

Le proponía a Fefi que fuéramos a mi casa a tomarnos unas copas y a oír los discos de Franky Rex, artista que era muy de su agrado, pero Fefi no estaba dispuesta a acercarse a mi ratonera diabólica por nada del mundo. «¡Fefi, jo!», exclamaba yo, pero Fefi apretaba sus labios. —Todos.

Fefi, en fin, me impuso un régimen de erotismo conventual: ella la monja de pureza lilial y almidonada y yo el dongiovanni babeante que le susurraba languideces psicologistas sobre el amor verdadero para ver si de ese modo conseguía aflojarle el elástico de sus bragas blindadas: «Fefi, si eso es lo normal cuando dos personas se quieren», o bien: «Fefi, lo único que saco en claro de esto es que no me quieres ni confías en mí». —Bueno, hay veces en la vida en que uno no puede estar a la altura de los grandes filósofos de la Antigüedad.

Cuando dejaba a Fefi, y sintiéndolo mucho, tenía que ir a buscar a Lupi Flamingo, aquella pornógrafa contra natura, para no morirme de un *shock* encefálico. Lupi llevaba a veces bragas rojas, bragas amarillas o bragas azul turquesa: le iba aquello, aquello de vestir su conejo wonderland con colores de envoltorio de regalo.

Esto del color de la ropa interior, por cierto, es un asunto que excede el simple gusto cromático. Hablando en general, suele ser una pérdida de tiempo el hecho de irte a vivir con una mujer de la que no te importa saber de qué color tiene las bragas, ya que la mujer de nuestra vida es aquella a la que uno está deseando verle en todo momento las bragas... y ojalá que esas bragas no sean demasiado amarillas o demasiado rojas. Porque si una mujer se pone unas bragas demasiado rojas, demasiado amarillas o no digamos demasiado azules, es señal de que está mala de la cabeza: te acuestas con ella y al día siguiente puedes despertarte con la hoja de un cuchillo en el cuello o con los genitales llenos de pegamento atómico. Por eso procuraba no quedarme dormido cuando pasaba un rato de cama con Lupi Flamingo. —Por si acaso.

Los bikinis (ese invento cultural que nos permite ver a la mujer del contrincante con una ropa interior propia de una reina del videoporno), los bikinis, decía, tienen un código distinto al de la ropa interior propiamente dicha. Distinto por completo. Si una mujer se pone un bikini de color sangre eléctrica, de color rosa desesperada o de color amarillo estupefaciente, no es que sea una chiflada peligrosa, sino que está siguiendo al pie de la letra la estrategia básica de las mariposas que revolotean por el mundo como un confeti etéreo: recubrirse de colores festivos y diabólicos para que las

mariposas macho —valga la paradoja— les metan el pito, o lo que demonios tengan las mariposas macho.

Bien. A mí me gustan las mujeres que dominan las técnicas elementales de la pornografía doméstica. *Las técnicas elementales*: me conformo con eso. Que llegues a su casa en el día, no sé, del Corpus Christi y que ella te reciba vestida de, por ejemplo, Papá Noel, con sus altos tacones rojos, su gorro rojo y su minifalda navideña y diminuta, casi dejando ver las bragas en las que un bordado representa a un reno sonriente y entrañable. Pero Lupi Flamingo se compraba las bragas de colores chillones por pura desesperanza: para crear una ilusión colorista de alegría y salvajismo, cuando todo en ella era melancolía freudiana. Soledad. Laberinto. Temor al Tiempo.

«Vamos a hacer una fiesta, venga», me insistía Sergei Rex con ademanes mundanos de Franky Rex, y yo le decía que sí, que un día de estos, y Sergei Rex ponía entonces el gesto desolado del náufrago que ve pasar de largo un buque con orquesta y con guirnaldas de luces ante su isla de incomunicación y de onanismo.

4 La carta. El catedrático ocurrente. El pasado de Fefi

A primeros de cada mes, iba yo al banco a retirar el dinero que me transfería mi padre, forzado a convertirse en mi rey mago. Un día me dieron allí una carta suya:

“ *Hijo: te escribo a la entidad bancaria porque desconozco tu actual domicilio. Quiero que sepas que he arreglado una casona que el abuelo tenía en el valle de Pendueles y que me he venido a vivir aquí, porque Gijón me resultaba asfixiante.*

»No te digo que aquí tienes tu casa si así lo deseas porque sé que es algo que nunca desearás. Cuando me muera, quiero que te pongas al habla con don xxx, profesor de Historia Medieval en la Universidad de Oviedo, con quien ya he apalabrado la venta de la casona. El dinero te lo entregará a ti. No puedo dejarte nada más, sencillamente porque no tengo nada más.

»Desde el mirador veo el mar en los días claros. En la finca hay un campo de tenis que construyeron sus originarios propietarios irlandeses. Las lluvias lo han convertido en un terraplén embarrado y en su mitad ha crecido una adelfa, que en los días de viento cabecea de un lado a otro como la espectadora de un partido de tenis entre espectros.

»Escríbeme de vez en cuando para saber que sigues bien. Yo ahora bebo poco. No bebas mucho tú».

Me imaginaba a mi padre en su casona norteña, intoxicado por el alcohol y por la memoria, oyendo su disco de Erik Satie y leyendo a Sigmund Freud, mirando el mar y poniéndose triste por culpa de ese gen indiano que tiene la

gente de Asturias, incluso los sedentarios como mi padre. Y bueno, bueno... Acabar así: perdido en medio del campo, oyendo música depresiva y leyendo cosas sobre pesadillas y psicópatas, a la espera de la muerte... La vida se pone estupenda en demasiadas ocasiones.

Como el dinero que me giraba mi padre no me llegaba nunca a final de mes por más que intentara administrarme, y como ya le debía a Sergei Rex un par de meses de subalquiler, decidí buscar algún trabajo. No sé, un tipo inconcreto de trabajo, así consistiera en dar conversación a los gorilas angustiados del zoológico o en barrer un desierto.

Se lo dije a Luiyi, el rey del ingenio inútil, que, por no sé qué razón, siempre se enteraba de todo antes que nadie. «El mejor trabajo siempre acaba siendo una tragedia laboral», me dijo Luiyi, explotando de ingenio, y tuve que reírle la gracia servilmente.

El caso es que, al poco, Luiyi me dio el número de teléfono de un tipo que andaba buscando a un indígena de mis características, y llamé a ese tipo, y ese tipo me dio, en efecto, trabajo.

Bien. Se mire como se mire, cualquier trabajo es una pura extravagancia: vender tornillos, contratar seguros, arreglar zapatos o conducir un autobús turístico. Cualquiera. Pero el trabajo que yo tenía que hacer para aquel tipo se salía un poco de lo normal.

Como iba diciendo, llamé a aquel sujeto y me citó en su casa. Llegué puntualmente, toqué el timbre y me abrió un extraterrestre enano —o viceversa.

Me explico.

El enano extraterrestre llevaba un traje plateado ceñido a sus carnes rollizas, un casco con antenas vibrantes y una especie de metralleta sideral que hacía un ruido de batidora y que soltaba chispas ultravioletas. El extraterrestre enano me disparó veinte o treinta veces, mientras yo meditaba la conveniencia de encajarle un gancho en el hígado aunque con ello desencadenase una guerra interplanetaria de consecuencias imprevisibles.

Por suerte, apareció su padre, el Gran Marciano, porque el pequeño extraterrestre resultó ser el hijo de mi nuevo jefe —quien, dicho sea de paso, aunque iba vestido de calle, tenía toda la cara de un habitante del planeta Onegamix: el pelo espectral de los albinos, la piel de un salmonete, los ojos como dos canicas explosivas y la boca dicharachera, tremendamente dicharachera.

Bien. Aquel sujeto (cuyo nombre omitiré por respeto a sus antepasados, para no chafarles el prestigio de su fábrica genética) era catedrático de

literatura y se intentaba ganar un sobresueldo dando conferencias a hipertroche y megamoche, más o menos como todos los catedráticos, esos cerebros que no pueden vivir callados y que se mantienen intelectualmente activos durante las veinticuatro horas del día. Hasta ahí bien. Pero aquel tipo no solo quería sacarle pasta al palique erudito (la novela caballeresca, la poesía de los juglares, la evolución del arte soneteril), sino que además pretendía ganarse una fama de charlista ingenioso y brillante —el mismo defecto que tenía Luiyi, y a lo mejor por eso se conocieron: un fenómeno, sin duda, de magnetismo.

Y ahí entraba en acción mi modesta persona.

Bien, yo tenía que asistir, confundido entre el público, a cuanta conferencia diera aquel impostor y, luego, a la hora del coloquio, hacerle preguntas conforme a un cuestionario que él mismo me facilitaba y que tenía que aprenderme de memoria para no dar el cante. La cosa es fácil de imaginar:

—Usted ha dicho que la práctica estrófica de Mallarmé tiene una repercusión decisiva en los poetas deconstruccionistas italianos de los años cuarenta. ¿No contradice eso la teoría, tan aceptada y razonable, de Schovlewski?

—Verá usted... Jajá. (*Prólogo de risa sorda y chulescamente académica, autocomplaciente y reconcentrada*). Verá usted, joven, lo más probable es que no sea yo quien contradiga las teorías de mi famoso colega Schovlewski, ya que él mismo no duda en contradecirse a sí mismo cada vez que cree estar convencido de algo... Pero yo, que...

Y ya se ponía él a soltar sus ocurrencias artificiales.

Yo ganaba quinientas pesetas, con lo cual no logro calcular lo que ganaría aquel payaso: sacos llenos de billetes. Por charlar.

Cada domingo, telefoneaba al catedrático y él me daba el programa de festejos de la semana: el lunes en la Complutense, el miércoles en la Caja de Ahorros, el jueves... Él se estaba haciendo de oro y yo de plata, en fin, gracias al ansia cultural del pueblo madrileño, deseoso de enterarse de la presencia del yo elíptico en la obra narrativa de Equis o de los sistemas alegóricos en la obra de Zeta, porque aquel tipo hablaba de todo lo que se le pasaba por su cabeza llena de basura, aunque al poco me di cuenta de que solo tenía unas cuantas conferencias que iba repitiendo por los foros culturales de Madrid, cosa que me hizo calar aún más a aquel estafador.

Bueno, hay granujas que te caen bien y granujas que te caen como un tiro. Y aquel granuja no me cayó bien desde el primer momento, cuando me

examinó de arriba abajo —esos catedráticos no pueden vivir sin examinar— y, sujetándose el mentón, dijo: «No sé, no sé». (No sabía, ¿qué? ¿Si podría aprenderme las preguntas de memoria? ¿Si yo era capaz de articular cuatro palabras seguidas?). «No sé. Se trata de un trabajo tan delicado...», insistía, mientras su niño, el marciano regordete, corría por la casa como un torbellino onomatopéyico de disparos siderales, dentro de su traje de plata sintética.

A medida que asistía a las conferencias de aquel granuja, más inquina iba tomándole. Una inquina que no tenía nada que ver con las humillaciones a que me sometía durante los coloquios bizantinos que seguían a sus conferencias vikingas. No. Yo entendía aquello como un trabajo. Y en todos los trabajos te humillan de algún modo: la gorra multicolor del vendedor de helados, el mandil sangriento del carnicero, la sonrisa obligatoria de la empleada de la tienda de perfumes —esa princesa teñida de rubio que vive en el palacio de la Fetidez Química—, la corona del rey... No. Mi odio hacia aquel tipo era casual, inopinado y progresivo, como debe ser un odio. — Aquel farsante entusiasmado con el eco de tamtan de los vibrantes neologismos de las tribus estructuralistas y semióticas...

Bueno, hay veces en la vida en que uno no puede ser una persona prudente, por más que lo quiera y le convenga. Hay veces en que no.

Una tarde, aquel sujeto daba una conferencia que yo le había oído ya cinco o seis veces. Cuando llegó el turno de ruegos y preguntas, o el coloquio, o como quiera llamársele a ese intercambio de sabiduría, levanté el brazo y le hice la pregunta pactada:

—¿Cree usted que el florecimiento de la novela burguesa se debe al desarrollo industrial, como afirma Karen Heller, o a los cambios de mentalidad cultural producidos precisamente por el rechazo a ese desarrollo, como sostiene Leonard Bloom?

—Verá usted, joven... Jajá...

Y fue oír aquel jajá y no poderme contener, de modo que, sin dejarle dar su respuesta ingeniosa y brillante (pacientemente elaborada en su despacho, sudando como un minero de la mente), acerté a decir: «Usted es un pervertido sexual, como afirma Karen Heller. Me lo ha dicho ella... Mírenlo, mírenlo ahí, con su chaqueta de las rebajas y su corbatita de bedel», dije, dirigiéndome al respetable y señalando al catedrático, que se hallaba atónito a esas alturas. «Pues bien, ese tío se lo monta con una cabra a la que llama Nancy. Ese tío se tira a una cabra. Lo he visto con estos ojos. Le pone un ligüero de encaje y se tira a la cabra. Y el día menos pensado se la come, porque le va el sexo caníbal. Se folla a la cabra Nancy y se la piensa comer asada en cuanto

encuentre a otra cabra más joven», continué, metido ya en una espiral de imaginación faunopornográfica, al tiempo que me dirigía a la salida del salón de actos, no sin antes gritar desde la puerta: «¡Follacabras!».

No se me ocurrió una manera más airosa de despedirme de aquel trabajo que estaba ya tocándome los cojones: si oyes más de quince o veinte conferencias en tu vida, te conviertes en una especie de intelectual pesimista con problemas de erección. Y eso no es un buen futuro.

De modo que nuevamente me quedé sin trabajo. «Ese tío se folla a una cabra», le dije a Luiyi, porque él había sido el intermediario laboral y merecía algún tipo de explicación, así fuese con una falsa cabra por medio. «¿De alguna raza en particular?», me preguntó Luiyi, el rey del ingenio.

Durante meses, seguí saliendo con Fefi todos los martes —esos martes penitenciales— y ella seguía en sus trece —en sus trece noes por minuto—, cosa que empezaba a aburrirme bastante más que un idilio que estuviera basado en la práctica indiscriminada del 69, por ejemplo —porque todo acaba hartando, hasta el 69, ya que acabas imaginándote cómo sería el 6969.

A Fefi la paseaba por los bares para que bebiera lo más posible, empleando incluso como arma química los cacahuetes salados, pero Fefi seguía en sus fefis. En las calderas paranoicas de mi mente guisaba yo el temor de que mi novia no tuviera órgano sexual, que hubiera nacido con ese defecto: compacta. —Y es que no existe cosa más atormentada que un novio sometido a represiones, ya que, como tengo de sobra comprobado, el cerebro se queda sin oxígeno por la carencia de eyaculación y se pone a elaborar epistemologías de raíz infrawalterista, y un cerebro en ese estado es mejor tirárselo a los coyotes.

Una tarde, estando con ella en una cafetería de clima bohemio (hay que intentarlo todo), Fefi se puso especialmente seria y me soltó que tenía que decirme *algo*. Naturalmente, me eché a temblar, porque cuando una muchacha con traumas sexuales te anuncia que tiene que decirte *algo* hay que ponerse en lo peor: que es parapsicóloga y que mantiene contacto telepático con ovnis, que es una cleptómana perteneciente a una iglesia cismática o que quiere casarse contigo en cuanto consiga divorciarse de algún abominable hombre de las nieves que le destrozó su juventud.

Al fin, agachando los ojos, apretando los muslos, Fefi me soltó su secreto: «Tengo un hijo». (Hombre, un hijo: una bomba matriarcal sobre la atribulada cabeza de Walter Arias). «¿Un hijo?», pregunté, sin fuerzas siquiera para sostener en el aire esos dos signos de interrogación.

La novela no se hizo esperar: ella era muy joven, dieciséis años —mi pequeña Fefi en flor—, y llegó al pueblo un mimo napolitano y apolíneo que se plantaba, hierático y harinado, en medio de la plaza mayor para que la gente le echara calderilla, y la gente, según Fefi, miraba con divertido estupor a aquel ser ultracongelado que, cada vez que alguien le arrojaba una moneda, se movía como un robot de engranajes muy lentos, esclavo de una ley de gravedad ultraterrena. Y el mimo, el napolitano, el hombre-estatua, como era mimo pero no tonto del todo, se fijó, en fin, en Fefi, la diosa rural, y la diosa rural acabó conociendo el amor gracias al pene mímico del mimo —su pene ¿estático? Yo qué sé.

Un hijo. *Un piccolo bambino*.

Mientras Fefi intentaba hilvanar su folletín (el niño en el pueblo, con sus abuelos, *lontano della sua mamma*, por así decirlo), yo filosofaba, creando monstruos de dolor en mi pensamiento. (Fefi, la ninfa seducida por el fauno inmóvil. Mi manzana de Tántalo. Mi Dafne. Mi Nausícaa. Mi Fefi).

«Eso es estupendo», acerté a decir, sin saber por qué decía aquella estupidez —pero la dije, con todas sus letras, créanme—. Fefi parecía una heroína grecorromana, rígida y solemne, sólida de adversidad y de aterrado orgullo, y yo estaba demasiado confuso como para intuir qué esperaba ella de mí en ese preciso momento: ¿decirle que adoptaría al bambino?, ¿exponerle la teoría de Freud sobre la sexualidad de los mimos italianos? Opté por callarme, haciendo como si meditara, aunque dentro de mi cabeza solo había un grumo informe de piedad y de rencor. Piedad por la suerte de Fefi y rencor por su desdén hacia mis ansias, negadas una y otra vez —mientras que al mimo italiano, sin entender siquiera su idioma, por señas...

Un bambino... Ahora que lo pienso, si todos los hombres tuviesen el mismo grado de instinto paternal que yo, la Humanidad se acabaría en un rato, y las selvas volverían a crecer, y los mares se quedarían limpios de aquí a quinientos o mil años como mucho, y toda la radioactividad que flota actualmente en el aire sería depurada, y las cuatro estaciones reiniciarían sus ciclos de una manera sensata y coherente, y se detendrían los deshielos, y la capa de ozono no sería una capa de armiño, y los búfalos pastarían en Central Park, y los tigres descuartizarían a las vacas en Nueva Delhi, y los zorros harían sus madrigueras en Piccadilly Circus... Y, por supuesto, los pájaros y los roedores ocuparían los grandes almacenes, anidando entre todos los objetos ridículos (esquíes, bicicletas estáticas, calcetines...) que quedasen allí cuando su último empleado, ante la falta de clientes, decidiera un día cerrar el negocio sin consultar con nadie, porque sus jefes habrían muerto, y no

quedaría un alma en la ciudad —y ese coche parado ante un semáforo que continuaría su juego de señales de colores, y ese claxon que sonaría sin parar por la presión del pecho de un cadáver...

En fin, cuando acompañé a Fefi al autobús, me preguntó si iría a recogerla el martes siguiente, y le dije que sí, que iría sin falta si no tenía trabajo. «¿Qué trabajo?», y le dije: «Ya sabes...». Fefi, la diosa agrícola, estaba a punto de llorar (las lágrimas: esas hijas de perra están siempre *ahí*), pero no lloró. «No irás a buscarme», y no supe qué replicar.

Cuando llegó el autobús, Fefi se subió a él a toda prisa, sin mirarme siquiera.

Yo, con las manos metidas en los bolsillos, iba por las calles haciéndome preguntas fundamentales:

1) ¿Estaba Fefi traumatizada por la experiencia sexual compartida con el mimo napolitano?

2) Las antiguas novias de los mimos, ¿los recuerdan parados o en movimiento?

3) ¿Por qué Fefi velaba tanto por su virginidad inexistente?

4) ¿Era yo un asqueroso machista enfermo de insensibilidad ante lo sensible?

Como era temprano, me acerqué al Hades. Los pijos habían cambiado su ruta y, poco a poco, iba restableciéndose la antigua clientela: los progres pesimistas, los sindicalistas adúlteros y los poetas enemigos de los puntos y las comas.

Lupi Flamingo mantenía fidelidad al Hades, y por allí andaba ella aquella noche, metida en un traje rojo de licra. Con ojos de pornógrafa. «Eh, Lupi», le dije.

Poco después, mientras se quitaba el corchete de su corpiño color de sangre, le pregunté: «Lupi, ¿tú no tienes un hijo?», pero Lupi no me contestó siquiera, porque tenía la lengua ocupada en pasársela por los labios. Igual que una serpiente.

5 *La enfermedad de la melancolía. Epidemia de embarazos*

Por raro que parezca a primera vista, el martes siguiente fui a buscar a Fefi, dispuesto a afirmarme en mi amor, a pesar de todos los psicolíos que me ocasionaba su oscilación entre la maternidad y la castidad.

Me había pasado la semana pensando en mi novia, en el mimo, en el bambino nacido de ese amor un poco más absurdo que la mayoría de los amores. Me había pasado la semana entera soñando con un niño que lloraba dentro de una cuna cercada por alambres de alta tensión. Soñando con mimos de polla blanca y lírica. Soñando con madre-fefis que amamantaban a bambini de ojos nebulosos.

Metido a espeleólogo de las tinieblas especulativas, mi pensamiento era una máquina incesante de formular preguntas walteristas de las difíciles: ¿por qué Fefi no se dejaba tocar por mí?, ¿por qué se entregó, en cambio, al mimo de Nápoles?, ¿era Fefi una perversa sexual? —Alfileres y alfileres que se clavaban en mi mente, agujones de abeja que se clavaban en mi corazón.

En contra de nuestra costumbre, Fefi no estaba esperándome junto a la verja de entrada del chalet, de modo que toqué el timbre y pregunté por Fefi a una voz que salió como una lombriz acústica del interfono. «Espere un momento», dijo la voz.

Al rato, fue a recibirme nada menos que el dueño, aquel juerguista reprimido. Abrió la verja y me invitó amablemente, aunque con aire sombrío, a pasar. Mientras recorríamos el camino de adelfas y rosales que llevaba hasta la casa, aquel tipo (¿don Roberto, don José?) me dijo que Fefi había caído enferma, que se negaba a comer y a hablar y que se pasaba el día en la cama rumiando desventuras. («El médico dice que son los nervios»).

Antes de que yo se lo pidiera, ¿don Roberto, don José?, me invitó a que entrara a ver a Fefi, por si mi visita conseguía sacarla de aquellos sopores psicoanalíticos. «Las habitaciones del servicio están por la parte de atrás. Entra por la cocina y pregunta allí».

A decir verdad, unos remordimientos inconcretables saltaban dentro de mi conciencia igual que unos sapos que tuvieran el mismísimo careto de Sigmund, y cada vez que el nombre de Fefi resonaba en mi mente lo hacía entre signos de interrogación, convertido de repente en un enigma doloroso.

La cocinera, en fin, me llevó hasta el cuarto de Fefi, abrió la puerta, dijo: «Niña, tienes visita» y me empujó a la oscuridad que allí reinaba. Mis ojos solo veían las aristas de luz que se filtraban a través de la persiana como las rayas de un tigre. «¿Fefi?», y la respuesta fue un crujido de somier. La oscuridad iba definiendo en mis ojos los contornos como una fotografía en la bandeja de revelado. «Fefi, soy Walter».

Me senté a los pies de la cama. Le hablé a Fefi con mi voz más melodiosa, como si fuera Franky Rex en el transcurso de una gala benéfica. Oía sus gemidos, amortiguados por la almohada. Y yo repetía su nombre, y ella seguía gimiendo. Y así durante un rato, hasta que se incorporó, me rodeó con sus brazos (la estatua desenterrada, el arqueólogo) y se echó a llorar. Despeinada, ojerosa, Fefi estaba entre mis brazos, besándome con el ansia estremecida de una virgen apócrifa y clavándome los dedos en la espalda con la desesperación de quien araña la tapa del ataúd en que lo han enterrado vivo.

Yo, si digo la verdad, no podía dejar de pensar en la novia neurótica de la lencería blanca mientras besaba a Fefi, porque el cerebro masculino consiente los mismos saltos que un caballo sobre un tablero de ajedrez —o que un caballo a secas—. Abrazaba a Fefi y pensaba en la neurótica —nosotros, los varoniles robots del amor cortés, programados por un científico loco. Y empezamos, en fin, a desvestirnos.

«Lo siento, Fefi, pero no puedo», le dije al rato. Fefi se tapó la cabeza con la almohada. Me subí los pantalones igual que un payaso al que se le han caído los pantalones. «No quiero verte nunca más», me dijo Fefi. Aunque comprendí que aquella frase no respondía a un sentimiento, aproveché la coyuntura: «Sí, creo que es mejor para los dos que no nos veamos más».

Fefi se quedó inmóvil durante unos segundos, sacó la cabeza de debajo de la almohada, me miró y me dijo: «Hijo de puta». No sé yo si al mimo napolitano le dijo algo parecido. —No creo.

Salí del cuarto en el preciso instante en que Fefi ponía a mi madre de puta por décima vez.

¿Por qué le dije a Fefi que lo mejor era que no nos viésemos más? (*Se aceptan apuestas*). ¿Algún recoveco hiperfreudiano? (*Gana la casa*). No, a veces —pocas— las cosas son más simples: por su olor. Si el olor natural de una mujer no te excita, ya está montada la GTG (la Gran Tragedia Griega). Ya

puede lavarse en agua de rosas de Corinto, ya puede tener un corazón de oro, un esqueleto de diosa agrícola o unas tetas que lleguen de aquí al Camerún: si no te excita el olor natural de una mujer, Psicopríapo = guante sin mano, porque el Psicópata no se digna mover un solo dedo. Y no porque ese olor sea repugnante por sí mismo, ya que todas las hadas huelen a bosque encantado, sino porque se trate de un olor incompatible con tu sentido del olor. Y Fefi *no tenía olor*. Al menos no conseguí encontrárselo por ninguna parte, y eso que por todas partes lo busqué, como un rastreador tras la pista del unicornio. A pesar de llevar varios días en cama, impregnada de sí misma, Fefi, o sea, era inodora, y eso la convertía para mí en un fantasma, en una... irrealidad. Y nadie puede estar a la altura de una irrealidad.

Ya era mala suerte la mía. Porque lo frecuente es que la incompatibilidad olfativa se produzca a causa del desagrado olfativo, no por la ausencia de estímulos olfativos, ¿verdad? Los que regalan perfumes a sus amantes, por ejemplo, son seres desesperados que procuran camuflar ese olor natural que envenena su deseo. Pero todo es inútil, porque el olor del cuerpo emerge siempre. Y algunos grandes amores se van a la mierda —y nunca mejor dicho— por culpa de un simple olor: el limbo de Cupido está lleno de amantes de narices horrorizadas.

Pero a mí, ya digo, me había tocado la china de un caso no menos infrecuente que irresoluble: un amor sin olor.

¿Nos detenemos durante un instante en este asunto de importancia capital?

Sí, nos detenemos. Bien, la Naturaleza es muy severa en esto de la sexualización de los olores. A un animal macho le basta con que una hembra de su misma especie huela a lo que tiene que oler: a cebra, a avestruz o a langosta, según el caso. El macho huele a una hembra de su especie y eso le basta para entrar en fase de agonía mental, sin preocuparse de que ella tenga o no una conversación agradable o un pubis depilado. Los animales se tiran encantados a *cualquier* hembra de su especie por el simple hecho de ser una hembra de su especie y de oler a tal. Todas las codornices tienen el mismo olor, todas las serpientes huelen de forma idéntica, todas las luciérnagas desprenden un unánime olor fosforescente. Pero las mujeres no, y de ahí arrancan nuestros espeluznantes problemas de filosofía biológica: cada una de ellas esconde un olor distinto debajo del olor de camuflaje de sus perfumes —generalmente carísimos. Y el olor manda mucho en la república romántica del corazón de los humanos, con sus famosas guerras civiles entre realidad y deseo.

(¿Y los hombres? ¿A qué oleremos los hombres? La respuesta la tienen las mujeres, pero más vale no preguntarlo, ¿verdad? ¿A sangre, a sudor, a lágrimas falsas? Más vale, sí, no preguntarlo, borrar esos signos de interrogación, permanecer en nuestro altanero castillo de ignorancia *cum laude*, con el bote de after shave siempre a mano).

Pero sigamos analizando a las especies no racionales —no sin antes ponerle un gorro de carnaval a nuestra calavera hamletiana—. Las cebras, por ejemplo, no fecundan a las gacelas porque no les gusta su olor y no por otra razón en especial, ya que las gacelas vienen a ser las bailarinas clásicas de los territorios salvajes, y las bailarinas suelen estar bastante bien. Los escarabajos se cepillan a las escarabajas, no a las cigarras —esas alocadas cantantes libertinas del *cabaret* penumbroso del bosque, con sus largas piernas—. Los langostinos cubren a las hembras de su especie, no a las cigalas, que son por el estilo (¿qué langostino podría distinguir a una cigala de una langostina al volver de madrugada de una bacanal de plancton fermentado?). Pero escapemos de nuestro circo de payasos con problemas de artrosis y volvamos a la cuestión fundamental: ¿por qué no existe la promiscuidad sexual intergenérica? ¿Porque los animales no son unos obsesos sexuales como nosotros, que estaríamos dispuestos a retozar hasta con las mujeres batracias del planeta Onegamix a poco que nos guiñaran un ojo de color anaranjado? No, por el olor. El olor es la frontera del sexo. Y así ocurre con todos los bichos —excluidos nosotros—, cosa que evita el que continuamente aparezcan razas híbridas resultantes del apareamiento de, no sé, la gallina con el loro, de la unicornia con el minotauro o del canario con la picarona jilguera, por ejemplo. (¿*Seguimos en el circo?*). Ni siquiera a un cervatillo sadomasoquista se le ocurriría arrojarse a los brazos de un tigre de mentalidad neonazi. (*Prosigue la función: ahora salta al ruedo el payaso especializado en Teorías Generales*). El olor impide, en fin, que el mundo animal se convierta en una orgía romana —con episodios de canibalismo incluidos.

Pero los humanos, ay, constituimos una especie particularmente compleja, ya que no solo estamos facultados para preferir el perfume alpino de una cabra al de una adolescente en uniforme, sino que también nos repelemos sexualmente entre nosotros con bastante frecuencia por puros tiquismiquis. Basta por ejemplo que una mujer tenga una nariz de estructura un poco complicada para que los especímenes machos no sientan una especial atracción por la aventura trepidante de ponerse en la postura del misionero. Basta que un tipo se haya quemado un poco la cara con un ácido corrosivo para que a ninguna mujer se le antoje el hecho de sacarlo a bailar un simple

mambo —salvo que se trate, claro está, de una de las muchas locas caritativas que pululan por los locales públicos a partir de ciertas horas y a partir de ciertas edades—. (*Bueno, ¿no hay manera de escapar de este Circo Internacional del Pensamiento Bufo? En fin, seguiremos durante un rato cayéndonos de espalda cuando el pensamiento nos estrelle una tarta en la nariz, pero sin olvidar por ello que vamos a morir tarde o temprano*). ¿De qué estaba hablando yo?... Sí... Al noble león no le importa que una leona no tenga un buen cutis ni unas medias de malla: la cubre con seriedad y respeto por el simple hecho de oler a leona y no a cupletista. Al orangután no le repele el hecho de que su compañera tenga los pechos caídos ni de que el aliento le huela a cloaca monzónica —a pesar de tener allí al lado a la imponente científica norteamericana, rubia y de pechos vibrantes, que los filma en vídeo para un documental.

Pero a los hombres nos basta una señal anómala en el olfato para tirar a una mujer por la ventana, metafóricamente hablando —o no tan metafóricamente en ocasiones: lean los periódicos—. Y algo de esa índole fue, en definitiva, lo que me pasó —mala suerte— con Fefi, y no tenía mucho sentido el continuar una relación condenada de antemano, ya que las prácticas del amor requieren a veces oscuridad (fundamentalmente, para imaginarnos que estamos con otra) y Fefi, a plena oscuridad, podía desprender la misma cantidad de olor que una muñeca hinchable, o quién sabe si menos, y siempre me ha gustado tener las cosas claras: si estás con una muñeca hinchable, estupendo; pero si estás con una mujer, quieres que huela a mujer.

Cuando recorría el camino de las adelfas y los rosales, vi abrirse la verja de entrada. Era la neurótica, en un descapotable rojo. Pasó a mi lado sin mirarme siquiera. Esperé a que se bajara del coche para verla en toda su plenitud psicótica. Antes que ella, salió del coche un caniche que empezó a ladrar al vacío, llamando la atención como un pequeño exhibicionista. Luego se bajó ella, y entonces se produjo el signo apocalíptico: una leve protuberancia en el vientre. Terror. Desolación. Embarazada. Inseminada sin piedad por su marido. (*Oh, sí, sí, envuélvanme ese regalo con lazos de espinas y envíenmelo al subconsciente por mensajería rápida*). Hice cuentas en el aire y llegué a la conclusión de que aquella trastornada fue al altar con el churumbel dentro, en plan pecadora.

De pronto, como quien dice, el mundo puede llenarse de mujeres con hijos. De pronto, en cuestión de minutos, puedes quedarte sin novia y ver cómo se te derrumba un mito erótico, convertido en ceniza su esplendor de ligeros y de bragas nupciales. De pronto, no sabes bien por qué, se te llena el

alma de asco, y no sabes qué hacer con ese asco, qué utilidad filosófica darle, y tus ojos de monstruo miran la gloria floral del Jardín de la Princesa Neurótica sin comprender nada, sin querer comprender nada. Oyendo ladrar a un perrillo contagiado también de neurosis.

6 *La oficina de los monstruos afables. La pequeña Vani. Consideraciones generales sobre el esqueleto de las mujeres. Los héroes del fútbol*

Gracias a Luiyi (desde el túnel del tiempo, gracias, Luiyi), encontré un nuevo trabajo que, si bien menos penoso que el de amañar los coloquios del catedrático, tampoco andaba falto de busilis.

Tenía que ir por las mañanas a una oficina que estaba en la Puerta del Sol, esa plaza destartalada por la que siempre deambula una recua de alienígenas mentales, por así decir: el ladrón de palomas, la vieja con peluca marilyn que arrastra a un perro tuerto enfundado en un chaleco de cuadros a la escocesa, el jubilado que cuenta las monedas por quinta vez antes de entrar en el salón recreativo, temiendo y deseando la interacción con esa máquina de boca metálica que tritura el dinero y que hace girar piñas, tomates y manzanas como emblemas edénicos del azar y de la tentación... *Tenía yo que ir por las mañanas a una oficina que estaba*, según iba diciendo... Bueno, sí, por supuesto que me gustaría poder revelar la índole de las actividades que se llevaban a cabo en aquella oficina *que estaba en la Puerta del Sol (esa plaza...)*, pero aún hoy no sé cuál era esa índole —suponiendo que tuviera alguna, porque no todas las empresas humanas van a tener necesariamente una índole: ¿qué índole tiene, sin ir más lejos, la filatelia? (¿Y el beso negro?).

Por si a alguien le sirve de algo, diré que en aquella oficina había lo siguiente: 1) un enano de ojos verdes y grandes —y saltones como... ranas— y con dos orejas de Exposición Mundial de Orejas, 2) un tipo flaco que, visto de perfil, parecía un recortable, 3) una señora manca que tenía siete dedos en la mano buena y 4) un contable parecido al contable de cualquier otra empresa de medio pelo.

Bien, pues no entendía nada ni sabía exactamente qué pintaba yo entre todos aquellos monstruos. Y no sabía siquiera si yo era en realidad otro monstruo a los ojos de los demás monstruos. Yo repartía cartas y paquetes,

iba a la ferretería o a la papelería, al kiosco o a lugares de esa naturaleza, pero no me pregunten a qué se dedicaban los demás: ¿a organizar acampadas, o acaso orgías para pensionistas diabéticos?, ¿a organizar excursiones a El Escorial o campeonatos infantiles de tenis?, ¿al comercio de órganos humanos?, ¿a limpiar chimeneas? No lo sé, la verdad. Por no tener, la empresa no tenía ni nombre. Con eso está dicho todo: la Innominada, Sociedad Ultránónima. Aquella empresa no disponía siquiera de impresos con membrete, que es lo primero que suelen tener las empresas, incluso las fantasmales. Ni placa en la puerta. Cuatro mesas y un teléfono. —Y a vivir, que son dos sílabas.

Insisto: un enano de enormes ojos y de enormes orejas. Un tío que tenía el mismo perfil que un monigote. Una vieja manca que, por una payasada de la Genética, tenía dos dedos de más en su mano útil y viuda. Un contable de catálogo de contables... ¿Qué puede surgir de una agrupación humana como esa? No lo sé.

Lo cierto es que todos los sitios son raros: las tiendas, los circos, los supermercados, las tumbas. Todos. Pero hay que reconocer que existen sitios más raros que otros. Son pocos, sí. Pero yo di en uno de ellos.

Iba a la oficina, en fin, por la mañana, cumplía las órdenes que me daban unos y otros y a las seis de la tarde ya estaba libre. No es que pagaran mucho, pero al menos pagaban, circunstancia que me permitía redondear mi economía, si tan alto nombre puede dársele a esa melancolía de monedas desparramadas por el cajón de mi mesilla de noche. Lo cierto es que era un trabajo relajado y muy de calle y estaba contento con él, cosa que no podría decir con sinceridad si tuviese que pasarme el día vendiendo toreros de porcelana a los turistas o bragas de tallas especiales a las nativas, resolviendo pleitos o sirviendo cervezas y menús económicos en un restaurante —esos comensales solitarios, absortos en la contemplación planetaria del plato...

Un día tuve que llevar un paquete a un almacén de hierros que estaba más allá de Carabanchel, cerca del Camerún. Como la misión era ardua, le dije al enano que igual no me daba tiempo a regresar a la oficina antes de que la cerraran y me dijo que no me preocupase y que no volviera por allí hasta el día siguiente, pues lo cierto es que todos aquellos monstruos eran gente encantadora, y había días incluso en que la vieja manca se ponía a hacer la sombra chinesca de un ciempiés o de una araña con sus siete dedos, para regocijo de todos. Con el tiempo, fui enterándome incluso de los motes que aquellos endriagos se habían puesto entre ellos: al enano le llamaban Sapo Esmeralda (sin duda por el color de sus ojos, enormes como campos de golf

en su cara pequeña y congestiva), al flaco le decían, por no sé qué razón, el Mosquetero; la manca respondía al sobrenombre de Hada Turulata y al contable, el más arisco, le habían puesto Matemático *Dandy*, apodo compuesto que aludía a sus funciones y a su habitual y grisáceo atildamiento de funcionario tardofranquista. —Bromas propias, en fin, de los monstruos. (¿Qué mote me pondrían? ¿Alopécico Hermes Recadero? Nunca lo supe, ni quise).

Llegué, en fin, al almacén de hierros y entregué el paquete. Arrojado como me vi a los brazos del ocio, así como movido por mis atávicos afanes de turismo cultural, llegué andando hasta una zona medianamente civilizada y me metí en un bar en el que los aborígenes de aquel suburbio jugaban al fútbolín, uno de los deportes favoritos de las etnias del cheli.

Me tomé un par de cervezas viendo cómo aquellos sujetos se contorsionaban para dominar la pelotita y no pude dejar de pensar en lo raro que es nuestro mundo: cuatro quinquis quemando neuronas para meter una pelotita en una portería con aspecto de ratonera y otros diez o doce quinquis exclamando uiiiis con verdadero sentimiento cuando la pelotita se escapaba de los pies de plomo de los futbolistas, hieráticos como egipcios.

Me gusta mucho eso: mirar a la gente. Mirar, no sé, cómo los guardias dirigen el tráfico, convertidos en mimos —ay— silbantes; mirar cómo las transeúntes se sacan del culo las bragas incrustadas, mirar cómo los vendedores de lotería ofrecen boletos del tipo 00004, sabiendo de sobra que el azar detesta de modo especial al cero y que solo lo saca a veces por los rigores de la estadística... Bien, pues estaba yo mirando a aquellos artistas del fútbolín cuando apareció por el bar... ¿Se lo imaginan? No, ¿verdad?

Tenía un lunar en la cara. En el lado preciso de la cara: junto a la aleta izquierda de la nariz. —Aquel lunar gitano de luna negra, prominente en el palor casi vampírico de su cara... Sedoso, lacio como un manantial de noche, su pelo de asfalto líquido. (*Manen las fuentes castalias en forma de verborrea conmovedora; hagamos una trenza con el arcoíris...*). Alzada sobre unos zapatos verdes de tacón que le quedaban un poco grandes (ese pequeño abismo entre el talón y el contrafuerte), llevaba una camiseta con dibujos de magos, motoristas y calaveras psicodélicas y unos vaqueros de pitillo muy descoloridos y ajustados a su piel como una segunda piel (*oh arcángeles del azar, tan generosos: su piel*), su piel de quince primaveras explosivas de polen atormentador, de quince veranos ardientes como espadas al rojo, de quince melancólicos otoños de oro errante y de quince inviernos fríos como el

mármol de las estatuas ante las que lloran lágrimas de sangre estética los visitantes de los museos. Quince.

Era ella, mi ulterior semilolita del cascabel en el tobillo, mirando el mundo con sus ojos de ángel inacabado, diabólicos. Los ojos de pureza y misa negra de mi Vanessa María. Mi reducida Vani.

Vanessa María, según supe diez minutos después, era la hermana pequeña de uno de aquellos héroes del fútbol y había ido al bar para llevarle un bocadillo, por la mucha glucosa que quemaba aquel artista al hacer malabarismos con los futbolistas ensartados como pinchitos morunos. Al principio, pensé —y la chimenea de mi subconsciente echaba humo negro— que sería la novia del macarra, pero no: Vani era su hermana Vani, la orquídea nocturna recién abierta, mi Vanessa María, rotunda y casi niña, mi Vani, con su cara trágica y luminosa. Con sus tacones verdes. Con su lunar.

Cuando Vanessa María salió del bar de los encantamientos, pagué mis cervezas (qué compleja es, por cierto, la calderilla cuando se tiene prisa: escurridizas monedas de mercurio que se desparraman por el cuenco de la mano) y la seguí como una sombra delincuente, sintiéndome igual que el hombre de los caramelos. —Detrás de ella, la inacabada.

En su tobillo izquierdo bailaba un cascabel de plata sujeto con una cadenilla —mi Vani del Oriente misterioso, misteriosa.

Vanessa María, la niña Vani, tenía uno de los esqueletos más armónicos de todo el Circo Universo. (Y cómo necesitaría yo en este momento un vaso de agua, para verterlo en mi barril de *whisky*).

Bueno, como todo el mundo sabe, la belleza femenina radica de manera principal en el esqueleto. Y si le permiten la digresión a Walter el Digresivo, Walter el Digresivo, rey del rodeo, les dará gustosamente su discurso elemental sobre este asunto:

PEQUEÑO DISCURSO DE WALTER ARIAS SOBRE EL ESQUELETO DE LAS MUJERES DE TODAS LAS EDADES Y CONSTITUCIONES

«Un buen esqueleto femenino es la base fundamental para cualquier tipo de atracción sexual por parte de la ruda población masculina. (¿Lo he dicho bien?). Un buen esqueleto puedes recubrirlo con cincuenta o con cien kilos de músculos, tendones, lípidos y todo ese tipo de bazofia orgánica, porque eso da igual: el resultado será una tía buena. No importa que sea más gorda o más delgada, que sea una liliputiense o una escultura titánica y sobrecogedora. No

resulta determinante el hecho de que tenga una cara bonita o una cara como la de la novia de Popeye el marino. Da exactamente lo mismo que tenga los ojos como topacios gloriosos, como carbones de brujería o como esmeraldas venenosas. Da igual que no tenga ojos. Da igual que tenga seis años o sesenta años. Da igual que tenga los pechos como montañas o como una tabla de planchar. Todo eso da igual: el esqueleto es lo que importa. El arcano esqueleto: ese almacén de saltimbanqui macabro...

»El esqueleto, según decía, es el que decide la belleza (mareante, etcétera) o la insulsez (decepcionante, etcétera) de las mujeres. El esqueleto es el engranaje capaz de provocar el delirio o el crimen. Se folla o se fornicaba —según el caso— con un esqueleto, y el esqueleto baila sobre ti su danza de la muerte, ancestralmente pornográfica, darwinianamente delirante, para hundirte en la fosa del orgasmo dramático.

»Las mujeres que tienen un mal esqueleto no son necesariamente feas, ya que el recubrimiento de un mal esqueleto puede consistir en una cara maravillosa (esas rubias de merengue querúbico, esas morenas de mirada beatífica), en un par de tetas mitológicas incluso, en unas piernas de gacela y todo eso. Pero... Pero, en fin, las mujeres que tienen un mal esqueleto nunca lucirán un movimiento natural de culo —esa pera lunar— que active el metrónomo del deseo (tac tac: las dos mitades locas, con su tesoro al fondo), ni se moverán como demonias emputecidas cuando se suban al trono de dolor de los altos tacones de aguja. Ni se agacharán a recoger una prenda íntima del suelo con un contoneo de serpiente que entra de nuevo en la cesta del encantador. No, para eso hay que tener un Buen Esqueleto. Por esa razón, como en un cuento de hadas políticamente correcto, a veces las feas y las gordas —sus alegres, conmovedores esqueletos— acaban cepillándose al príncipe en su castillo de torres puntiagudas, mientras que las muchachas monísimas, guapísimas o de mirada encantadora acaban llorando en sus alcobas solitarias, metiéndose un par de dedos más o menos metafóricos en la cueva del deseo incumplido y aullando como lobas a la luna.

»“¿Me queréis explicar qué le veis los hombres a esa guarra de Matildita, que es medio bizca y que ni siquiera sabe vestirse?”, nos preguntarán, despechadas y atónitas, las guapas de cara. Pero esa pregunta tenemos que dejarla sin respuesta, flotando en el limbo de los misterios inexplicables. Y nuestros ojos, con sus rayos x al rojo vivo, seguirán maravillándose ante el esqueleto mágico de Matildita, esa muchacha en efecto un poco bizca y que ni siquiera sabe combinar unos zapatos y un bolso».

(Sorbo de agua y fin del discurso).

Como iba diciendo, Vanessa María, mi Vanessa suburbial, mi Vani en total diminutivo, tenía un esqueleto que resultaría sensual incluso después de pudrirse durante siglos en una tumba, y hasta los arqueólogos del futuro se sobrecogerían al desenterrarlo, y se preguntarían por el nombre de aquella diosa del cascabel de plata en el tobillo. (*La diosa Vani, Vanessa, Vanessa María, de Carabanchel, Madrid, último tercio del siglo xx*).

Mi pequeña deidad estaba además en ese momento feérico y fugaz del que disfrutaban las mujeres una sola vez a lo largo de su vida: ese periodo carnal en que parece que la Gracia —sea ese misterio lo que misteriosamente sea— se abre en ellas como una rosa reconcentrada, delicada y compacta, grávida de perfume y etérea en su hiriente ignorancia de las garras del tiempo, que son las del diablo. Y es que la belleza demoledora de las adolescentes, la belleza como ofensa al triste mundo de los cuerpos degenerativos, dura seis o siete meses como mucho. Un año en casos excepcionales. Es algo indefinible que está por encima de los rasgos e incluso del esqueleto: es un aura. Y los humanos gemimos ante la evidencia de esa aura maravillosa (*carpe diem, collige rosas*; por favor, hacedlo) como esquizofrénicos caniches que quisieran devorar oropéndolas, mientras las oropéndolas vuelan indiferentes por el cielo glorioso —como diría el alegórico Walter.

«¿Sabes dónde se coge el autobús para el centro?». Esa fue mi fórmula mágica. Basta una pregunta trivial para que se produzca el choque sinfónico de dos mundos. Basta con encontrar una frase y meterla entre dos signos de interrogación para que dos corazones estallen y llenen el espacio de fosforescentes meteoritos sexuales, de miríadas de estrellas con colmillos de fieras en celo.

El autobús... Vani, Vanessa, Vanessa María, mi ninfa carabanchelera, me dio indicaciones que no entendí, porque sus palabras entraban en mis oídos como una música abstracta, plena de violines ásperos, de flautas encantadas y de cascabeles. «No me he enterado de nada, perdona», y Vani se rio, y su risa fue ya la gran locura musical y mozartiana del día: de las arpas carnales de su garganta, del clavicordio vibrante de sus dientes irregulares de lobezna, puntiagudos y fieros, salía la cascada do re mi de una risa de diosecilla de los bosques suburbiales poblados por motoristas, yonquis gnómicos y fatalistas obreros temporales.

La risa... Hablemos un momento, por cierto, de la risa: si una tía buena tiene una risa que te eriza el vello (esos erizos guturales que se clavan en tu tímpano), si tienes ese problema, jódete de inmediato la vida si la quieres de

verdad, neutralizándole de ese modo las ganas de reírse. «Sí, pero ¿cómo?». No sé, vuelve borracho a casa durante ocho o nueve días, a las cuatro o las cinco de la madrugada, con dos putones tropicales colgados de tus brazos y con un mono vestido de general prusiano colgado de tu cuello. O sorpréndela vistiéndote de dragqueen enloquecida y legionaria, y pidiéndole que en lo sucesivo te llame Chari Perséfone. O clávale alfileres en las orejas mientras duerme —oh triste acupuntor desesperado—. Pero no permitas nunca que se ría, porque entonces tu amor puede romperse como la copa de cristal ante el si mayor interminablemente sostenido de una prima donna, esa demoledora contralto —con un nido de ruiseñores histéricos en su garganta— que hace posible el milagro de que el arte tenga por cuna un bocio de tres pisos.

Algo tan incorpóreo, tan fugaz, tan congénito como lo es una simple risa puede desbaratar el Amor —esa arpa celestial de la que cuelgan bragas, corpiños y ligueros... Siendo el Amor lo que es, en fin, una simple risa lo destroza. Una simple risa, ese cacareo de los humanos. (David Risa vence a Amor Goliat. Aristóteles Carcajada vence por KO a Platón Coronario. Sigmund Freud clava su excalibur psiquiátrica en tu frágil cerebro por culpa de una risa horripilante).

Pero yo no tenía ese problema: Vanessa, cuando se reía, dejaba en el aire un eco a la vez cavernoso y cristalino. Ahora bien —todo, todo hay que mencionarlo—, a las mujeres se les nota si son vírgenes o no por la manera que tienen de reírse. En efecto, la doncella tiene una risa de garganta tensa, de cuerda de violín, porque el himen le agarrota las amígdalas, y de su boca salen pequeños cuchillos. En cambio, la que ha perdido la virginidad agarrotadora (quién sabe dónde: en un coche, en un hotel sin minibar o en un campamento mixto de verano) tiene una risa hueca que corre por todas sus vísceras con libertad, sin padecer la tensión del himen, esa membrana dramática que convierte a las mujeres en tirantes momias resentidas si no consiguen que algún carnicero romántico les aplique la bestial cirugía que convierte la rosa secreta en un coágulo de sangre enamorada —por decirlo en el idioma de los carniceros.

La risa de Vani no era una risa de tersura virginal, porque alguien debía de haberle roto la cuerda del violín, pero no me importó. (Ahora que lo pienso, nunca he tenido un contacto cósmico con ningún himen, esa delicada entelequia que no sé si no es más que un cuento chino: ¿el pétalo desgarrado por el gusano acordeónico oculto entre los lotos?).

Vani entraba a trabajar por la tarde, de taquillera, en el Cinema Fonoluz, uno de esos locales de barriada que procuran imitar como mejor pueden la

suntuosidad de los grandes cines del centro, en los que siempre da la impresión de que va a aparecer Hitler por allí con un paquete de palomitas para soltar un discurso contra los judíos.

«¿Y sales muy tarde?». Mientras la acompañaba al Cinema Fonoluz, le daba yo carrete de comediante a Vani, que se reía mucho con mis ocurrencias (fundamentalmente, frases copiadas del repertorio de Luiyi, porque lo cierto es que nunca he sido lo que se dice un ingenioso), y ella me preguntaba cosas (¿?), y yo le respondía cosas, y nos íbamos haciendo *amigos*, compinches galácticos, con la visión de una cama revuelta —bien lo sabe Freud— al fondo de mi subconsciente.

Le dije a Vanessa que la esperaría hasta que cerrase la taquilla y me dijo que bueno. Y allí nos quedamos, ella tras el mostrador diminuto y yo en la calle, mirando a mi sirena cautiva en su pecera, dándole conversación todo el rato —y nuestras palabras estrellándose contra la mampara de cristal igual que pájaros ciegos de galantería y, aun así, sobreviviendo al obstáculo: palabras poderosas, tenaces en su afán de significar, en su labor de acercamiento...

La última sesión era a las nueve, así que a las nueve y veinte o nueve y media (existe gente capaz de ver una película empezada, créanme). Vani cerraba la taquilla, después de hacer caja y de entregar la recaudación al portero, que era a la vez el dueño del Cinema Fonoluz: un solterón sanguíneo, regordete y rubicundo que, según me dijo Vani, era capaz de adivinar tu futuro solo con mirarte, habilidad que hacía rentable con la consulta matinal de abracadabras que tenía abierta en su domicilio, al que acudían los seres atribulados e impacientes de porvenir de todo Carabanchel. Entre la videncia matutina, en fin, y la oferta cinematográfica de la tardenoche, aquel tipo se había hecho rico, y Vani me dijo que me fijara en los anillos de oro que llevaba el gordito —y las manos del gordito, en efecto, parecían joyeles de Bizancio.

Acompañé a Vani a su casa y estuvimos un rato hablando en el portal (pintadas de contenido escabroso que me parecían eslóganes petrarquistas, olores de verduras hervidas que se convertían en mi olfato en perfumes de la France). *Hablábamos*: nuestras bocas eran fábricas de palabras en huelga a la japonesa, porque cuando dos personas se enamoran a primera vista procuran hablar lo más posible para adquirir un poco de realidad ante la otra, para no ser ante la otra un fantasma silente y desconcertante. —Palabras, y palabras. Ristras de ellas. Palabras como granos de arena, creando un oasis silábico en medio del desierto de la extrañeza mutua.

Recuerdo que Vanessa María me dijo que una vez vio un ovni: algo dorado y luminoso estampado en el cielo, y luego una estela en estampida. — Vanessa tenía un esqueleto maravilloso y había visto un ovni.

... Y en esto llegó su hermano, el héroe del fútbolín mantenido a fuerza de bocadillos. Rebosante de proteínas. El pelo, complejo y salomónico, le rozaba los hombros. En su antebrazo derecho, una serpiente de cascabel se enredaba en una mujer desnuda gracias al arte del tatuaje. Magro y musculoso, aquel tipo tenía la tersura nerviosa y líquida de un leopardo. «¿Qué carajo hacéis aquí?», y Vanessa subió corriendo las escaleras igual que una gacela aterrada ante el rugido del leopardo. «Eh, eh, despacio», le sugerí al leopardo, mi medio cuñado platónico ya, cuando comenzó a empujarme. Bien. Se mire como se mire, iniciar un debate medianamente socrático con un héroe del fútbolín no es cosa fácil, de modo que, por probar suerte, le dije que estaba enamorado de Vanessa, pero que *la respetaba*, oído lo cual el leopardo cambió de actitud y, cabeceando afirmativamente, me dio una palmada de coleguilla en el hombro.

La táctica, o sea, es sencilla: a los seres del lumpen tienes que tratarlos como si fuesen los caballeros de la Mesa Redonda. Les va eso. Les gusta oír hablar del honor, del respeto y del compañerismo. Un aristócrata y un macarra solo se diferencian por la manera de adornarse —uno llevará un anillo de sello y el otro un anillo con una calavera—, pero los mecanismos mentales de uno y otro son idénticos: háblales, si no, del orgullo familiar, de la honra y de todas esas basuras medievales.

«Vamos a tomar unas birritas», me propuso el macarra elástico, sangre de la sangre de mi Vanessa María: ambos colgados de un mismo matorral genealógico como manzanas del Bien y del Mal. «Me dicen Juchi», y en su boca vibraba la che como una sssssche, esa anómala consonante quinquí.

Juchi me llevó al bar del fútbolín, me presentó a sus colegas (Pacoco, Banani... tantos otros inolvidables seres) y me concedió el honor de formar pareja con él en el divertido ataúd encantado de los sonrientes enanitos futbolistas.

Yo al fútbolín había jugado poco, por no decir nada, pero metí un par de goles gracias a la técnica del balonazo ciego, allá va —y el clic triunfal. De todas formas, Juchi, un macarra de mundo, notó que aquello no era lo mío y me llevó a la barra. «Tú eres señorito, ¿no?». Lo dijo sin mirarme, tras pegar una chupada meditabunda a su pitillo, dejando que el «¿no?» se aureolara de humo en su boca. No supe qué contestar, pues hay preguntas que se salen un poco del catálogo general de preguntas que pueden hacerte en esta vida. «Lo

digo porque si piensas que vas a venir por aquí tres o cuatro días, que vas a engatusar a mi hermana, que te la vas a tirar diez o doce veces, que la vas a dejar preñada y que luego nos vas a colgar a nosotros el muerto, te voy a abrir en dos, hijo de puta, y luego voy a tirar tu corazón a los gatos, ¿me explico?».

Sin duda alguna, existen planes mejores que ese. Pero reaccioné pronto dentro de los parámetros del típico registro Rey Arturo: «Yo a tu hermana *la respeto*». Juchi se quedó pensativo, gestando de forma dolorosa en su cerebro alguna réplica igualmente artúrica, pero se ve que no estaba inspirado y se limitó a darme una palmada en el hombro. «El señorito», dijo, riéndose. «Tíos, tíos», gritó, dirigiéndose a los magos del fútbolín. «A partir de ahora, este cabrón se llama el Señorito, y quiero que lo respetéis porque va a casarse con mi hermana». Hostias —redondas hostias de estupor. Había conocido a Vanessa hacía un rato y ya era su prometido oficial ante el alto tribunal de los jugadores de fútbolín.

Para celebrarlo, el Señorito tuvo que invitar a varias rondas de cerveza al cuadro de honor del arte futbolinístico de Carabanchel. El Señorito... Yo.

7 El despertar de Vani. Fábula del oso y el cuenco de miel

Vanessa María, mi Vaníssima, mi Vanagloriosa, Vanissísisima por antonomasia, Vani... Ella se despertaba con luz en los ojos. Con dos puntas de estrella en las pupilas... Porque lo normal es que la gente se levante hecha un genuino monstruo aterrador. Un monstruo recién vuelto de la selva atroz y pantanosa del sueño. Con ojos espantados de ver los interminables abismos. Con los pelos de punta de puro miedo a la inexistencia y a las visiones hipnóticas —las peores— del pasado o del futuro. Cada mañana somos Lázaro, devueltos del trasmundo y horrorizados por la experiencia. Mirando al monstruo que nos mira desde el espejo... Pero Vanessa no. Archivanessa no. Mi pálida vampira se levantaba como si la hubiera abrazado un ángel. Como si hubiera soñado con las constelaciones algodonosas y con los ríos cristalinos. Vanessa María era una antorcha de triunfo y de optimismo en medio de la mañana, compitiendo con el Sol. Humillándolo.

Lo comprobé la única noche que pasé entera con ella, cuando sus padres y su hermano Juchi fueron al velatorio de una parienta suya que había estado casada con uno de los primeros chinos que llegaron a Madrid para invadir el campo de la hostelería con lomeins y ese tipo de cosas.

Bien, aunque me cueste decirlo (enumeremos antes, no sé, las estrellas, cada una por su nombre: Alpha Centauri, Epsilon Eridani, Tau Ceti, Procyon... ganemos un poco de tiempo), Vani tenía una personalidad amatoria que me resultó un poco desconcertante al principio: se quedaba como una momia, paralizada por la pasión, dejándome hacer, y solo al final (cuando la sierpe eléctrica del espasmo recorría su espina dorsal para pasarle al cerebro el informe de que allí estaba produciéndose un fenómeno físico de cierta importancia), solo al final, según iba diciendo, Vani ponía los ojos en blanco y contraía sus labios finos: algo parecido, no sé, a la muerte de una santa.

Vani me proporcionaba, en fin, un delicado espejismo de necrofilia.

Antes de nuestra Larga Noche, nos habíamos amado incómodamente tras los muros de los almacenes industriales, en la taquilla y en las filas últimas del Cinema Fonoluz y varias veces en el lejano Camerún de mi piso, ante el estupor rencoroso de Sergei Rex, que, en cuanto me veía encerrarme en mi cuarto con aquella porcelana misteriosa, atacaba su piano eléctrico japonés con la melancolía de un castrado, mientras la pequeña Vani adoptaba su hieratismo de vampira y su monstruo favorito aullaba de júbilo como una fiera que devora a una cría de gacela. Pero todo lo hacíamos a uña de fauno, por así decirlo, ya que Vani tenía que ir al Instituto por la mañana (los ríos, los reyes, los imprevisibles logaritmos), a vender entradas en el cine por la tarde, a limpiar la casa familiar los sábados, a hacer la comida los domingos y estaba obligada a dormir en su cama infantil (aún acechada por las brujas) todos los días de la semana. Yo, por mi parte, tenía que pasar una buena parte de mi ración astral de tiempo en la oficina. De modo que nuestro amor luchaba contra las espadas de los relojes. Y el amor requiere una cierta ilusión de eternidad, pues el amor es a fin de cuentas una forma de artesanía.

Cuando Vani me informó de lo del velatorio, le dije: «Esta es nuestra noche», y recostó su cabeza en mi hombro, dando a entender que estaba de acuerdo con aquello: matarnos de amor —cada cual a su peculiar manera— mientras el chino viudo, su pariente político, lloraba a la difunta, a la que el vecindario llamaba —como resulta fácil suponer— la China.

De modo que nos fuimos a su casa en cuanto echó el cierre a la taquilla del Fonoluz.

Bueno, ¿cómo puede describirse, quisiera yo saber, la sensación de haberte bebido el hirviente néctar macroespacial del planeta Venus?, ¿cómo puede contarse la experiencia de haber sentido crujir entre tus dientes el cuello arcangélico de lo recién creado?, ¿cómo puede narrarse el desconsolado temblor de inmortalidad que se siente al estar ganándole al tiempo una batalla, mientras un cuerpo aún inmaduro se te entrega con la pasividad de un cadáver emocionado que revienta como una fruta de pura plenitud y vanessismo?

Si nada de eso puede describirse, prefiero no contar la noche que pasé con Vanessa María en su dormitorio, aquel dormitorio en el que los carteles de Walt Disney compartían pared con un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, con su llaga sangrante.

Hay cosas, ¿verdad?, que resultan mejor si se cuentan a través de una fábula, de modo y manera que aquí tienen la

FÁBULA DEL OSO Y EL CUENCO DE MIEL

Deambulaba por los bosques el Oso, bestia solo en apariencia meditabunda, cuando le llegó a la nariz un aroma a miel. Como todo el mundo sabe, los osos pierden la poca sensatez que por naturaleza tienen cuando huelen ese producto, fruto de los millares de escupitajos de miles de abejas. Así que siguió el Oso el rastro que iba indicándole su olfato, hasta que vio un cuenco de miel que se hallaba al lado de un campesino que dormía a pierna suelta, abatido por la canícula, tan recia en aquellas regiones. Sigilosamente, el Oso se acercó al lugar en que yacía el campesino y tomó el cuenco entre sus manos, para enseguida llevárselo a la boca y lamer sus bordes, de los que resbalaban las rebosantes lágrimas de la miel. Luego metió la lengua en el interior del cuenco, y en eso estuvo hasta que le faltó la respiración, con el néctar meloso cayéndole por la barbilla. A continuación, recobrado el aliento, metió los dedos en el cuenco y rebañó la miel que aún quedaba, y jugó con el cuenco igual que si estuviera moldeándolo, para posteriormente quedarse en una cosmoledad tántrica, con el cuenco sobre el vientre, conmocionado de dulzura, con su alma flotando por el país de las dificultosas quimeras realizadas. Mientras el campesino seguía durmiendo, ajeno a su ruina. Etcétera... *(Bueno, como fábula no es gran cosa, pero ya me entienden).*

Cuando nos despertamos, fui al cuarto de baño, con el temor de que Juchi y sus padres se aburriesen de velar a la China y volviesen a casa de improviso, saltándose la norma de duración de los velatorios populares y decentes, que han de prolongarse hasta el mediodía por lo menos, para que así dé tiempo a amasar una pena colectiva.

En fin, en nuestra memoria caben algunos tesoros. Lo digo porque, cuando volví del baño dispuesto a vestirme y coger puerta, Vanessa María, mi Vani, saltaba desnuda sobre la cama, añorante del juego de la comba, del hula hop y de las tablas gimnásticas del colegio. Sus pechos breves se alzaban como dos cíclopes, cada cual con su ojillo maravilloso. Su pelo negro le tapaba la cara como una mantilla fúnebre. El somier crujía, sintiéndose el pedestal mullido de Afrodita Ludens.

No creo que pudiera recordar una escena más hermosa que aquella ni aunque viviera cien veces.

Cuando el amanecer se untaba por el cielo como una mantequilla patética, salí de casa de Vani. De nuestra momentánea guarida clandestina. —Ay, el amanecer de los amantes es parecido al fin del mundo: la hora en que se clavan en el corazón las estrellas moribundas.

Como ya he dicho, Vanessa María no era la Virgen María, y su virginidad era ya una leyenda remota antes de que yo apareciera en su vida, pero, gracias en parte a su inmovilidad de difunta enamorada, conservaba la más enloquecedora inocencia: esos ojos de asombro. —Y ese gesto infinitesimal de dolor infinito en su boca...

Mientras su familia prestaba apoyo moral al chino viudo (con su China metida en el ataúd, sin que nadie supiera a ciencia cierta si estaba ya en una eternidad taoísta o vaticana), pasé, en fin, una noche entera con Vanessa: un milagro de la girante vida gracias al cual cualquiera puede convertirse en politeísta furibundo y creer en todos los dioses a la vez: egipcios, grecolatinos, chinos y católicos. Ante milagros así (Vani, Venus recién salida de la concha, al amanecer), uno cree hasta en el Pato Donald.

8 Los monstruos esfumados. La misión sevillana. Delirios de Panchi Casanova. El cuerpo de Christie

Una mañana llegué a la oficina de los monstruos buenos y no había allí nadie ni nada. Lo que se dice nadie y lo que se dice nada: ni una mesa, ni una silla. Ni siquiera un clip. No sé, igual que si hubiera llegado de repente Merlín el mago y hubiese hecho desaparecer la empresa con un golpe de varita y con una fórmula verbal incomprensible.

Era un negocio raro. Lo fue hasta para quebrar. Después de más de dos años de trabajar para ellos, con ellos, entre ellos, como un monstruo más, no digo yo que me mereciera una cena-homenaje con entrega de placa de alpaca, ni siquiera digo que mereciera una explicación, ni siquiera un aviso, pero sí al menos una... ¿pista? Sí, al menos una pista que me permitiese adivinar el motivo principal del cierre de la empresa. Al menos eso: el motivo principal, prescindiendo incluso de los detalles.

Pregunté, en fin, al portero del edificio y me dijo que no sabía de qué empresa le estaba hablando. Le describí a los monstruos uno por uno, pero se encogió de hombros y me dijo que en aquel edificio entraba mucha gente todos los días y que él no podía acordarse de todo el mundo. Por supuesto: cuatro monstruos diferentes pasan varias veces al día por delante de tu nariz y tú no te fijas siquiera. Ni siquiera piensas: «Qué hermosas orejas tiene ese simpático enano». Al portero se veía que lo habían untado para que no diese pistas a los acreedores, o qué sé yo. Porque siempre fue un negocio muy raro.

De modo que de nuevo me encontré en las manos de la ociosidad, madre tradicional de los vicios o de las virtudes, según seamos católicos o budistas. (A un católico lo dejas un solo día sin trabajar y monta una juerga diabólica. A un budista lo obligan a recolectar arroz y pierde su espíritu. La famosa teoría de la relatividad).

Como no tenía nada que hacer durante todo el día, salvo que Sergei Rex tuviera actuación y lo acompañara, me pasaba la vida en el barrio de

Carabanchel, jugando al fútbol —como lo oyen— con Juchi y sus colegas, bebiendo cerveza sin parar, fumando hachís casi sin parar y amando y siendo amado por Vani: una especie de paraíso mahometano —incluso siendo un poco exigente con ese concepto.

Una vez en que yo rondaba la taquilla del Cinema Fonoluz, el dueño, el gordito de los anillos de oro, el gordito que adivinaba el porvenir, me miró con fijeza y me dijo: «Pronto llegarán sombras». Pero yo estaba, ya digo, en pleno paraíso suburbial, rodeado de luz. (Las sombras, bueno, ¿y qué?). «Veo acercarse sombras», insistió el gordo.

Un día, al volver a casa, Sergei Rex, el rey de la imitación, me dijo que había telefonado Luiyi, el rey del ingenio, y que se trataba de una cosa urgente, de modo que cambié mi tarde carabanchelera por una visita al Hades, cosa que me fastidió psicológicamente hablando, porque el fútbol crea adicción: el afecto ludopático por esos futbolistas hieráticos, sonrientes, con el alma de plomo. —Tan... goleadores.

Luiyi, en fin, me ofreció un trabajo temporal consistente en bajar a la ciudad de Sevilla para recoger tres kilos de hachís que debería entregarme un tipo al que llamaban Panchi Casanova, delegado comercial —por así decirlo— del cártel de Algeciras. Bien. Luiyi había pasado del trotskismo a la hostelería y de la hostelería al narcotráfico, porque la vida da muchas vueltas, camino siempre de la perfección. Como me lo pagaba bien, acepté, de modo que me despedí de Vani en medio de una serie de trabajos manuales practicados en ese taller de amor en que habíamos convertido la taquilla del Cinema Fonoluz y le prometí que, a la vuelta, le llevaría un disco de aquellos rumberos que a ella le gustaban mucho: los Jindamitas, trovadores sociológicos y notarios poéticos de las barriadas marginales.

Al día siguiente, de amanecida, cogí un tren y me planté en Sevilla. (Y del viaje en tren poco puedo contar: ¿el holograma loco del paisaje a través de la ventanilla?, ¿la pelea con el revisor, inquebrantablemente incrédulo ante el hecho lamentable de la pérdida de mi billete?, ¿la instructiva charla filosófica mantenida con dos policías a mi llegada, debatiendo a la manera ateniense la existencia o inexistencia de mi billete perdido en el limbo de los azares incesantes?).

Con Panchi Casanova tenía que verme en un bar llamado El Cofrade de Satén, sito en la calle Torneo, a las doce de la noche, así que disponía de un buen montón de horas para dedicarlas al callejeo cultural.

Lo primero que yo hago cuando llego a una ciudad que no conozco es una labor estadística: me pongo a contar las tías buenas que veo por la calle

durante la primera hora de estancia y luego saco mis conclusiones. Una media de cuarenta tías buenas por hora es suficiente para dar prestigio a cualquier ciudad española. Y Sevilla daba la media: morenas de ojos aceitunados, con sangre islámica en las venas gracias a la lujuria irresponsable —valga la redundancia— de algún antepasado con afición a la sexualidad sincretista, allá en el año catapum de la hégira; rubias neumáticas y tecnoflamenconas, con su alegre ceceo; pelirrojas selváticas, con su melena de cobre brillando al sol igual que bobinas eléctricas...

Bueno, es que a mí me gustan mucho las mujeres —y supongo que algunos de ustedes ya lo sospechaban. Las mujeres: esas psicofieras, Dios mío, del maquillaje y la lencería. Tan plenas de cosas redondas y de recovecos embrujados, con sus estuches de pintura caníbal en el bolso... Si las mujeres no existieran, créanme, me convertiría en un hinchado del holocausto universal, me iría corriendo al cuartel general de la NASA y apretaría sin dudar el botón ON de la Gran Bomba. Un mundo sin mujeres... Más vale ni pensarlo: todos andaríamos embrutecidos y fieros, como locos de verdad, chingándonos a las muñecas hinchables y a los durísimos maniqués de los comercios; todos tendríamos que regalar perfumes, medias caladas y pelucas fosforescentes a nuestros amigos de confianza... Pero, por suerte, ellas existen. Y hay muchas. Y de muchos tipos, todos ellos fascinantes: el halo de sombra de las morenas, la ligera indefinición de las castañas, el oro de tigresas bengalíes de las rubias teñidas, la rareza extraterrena de las pelirrojas...

Pero bueno, ¿qué estaba yo contando? Sí, mi llegada a Sevilla. Bien, cumplido satisfactoriamente el recuento estadístico, me dediqué a pasear hasta que, atraído por el olor a hachís que de allí emanaba, llegué a una plaza llamada del Pumarejo, en la que un grupo de gitanos cantaba leiroleiros y ayayáis, haciendo mucho caracoleo étnico con la garganta: lo que allí llaman flamenco, una especie de cante de almuecín islámico cogido fuertemente por los huevos genitales.

Me acerqué al grupo, entablé conversación con aquellos artistas de la queja ancestral, me informaron de que formaban un grupo puntero de flamenco-pop llamado los Marcianos de la Fragua y que estaban a punto de grabar un disco. Me fumé con ellos un par de joints, tararé incluso alguna soleá o seguiriya (a saber, camaleónico Walter) y les pregunté por los Jindamitas, el grupo de rumberos favorito de Vanessa María. Los Jindamitas, según me dijeron, vivían en un barrio que allí llaman de Triana, y eran todos hermanos y yonquis. Les pregunté que si los Jindamitas podrían firmarme el

disco que pensaba comprarle a Vani, pero los gitanitos de la quejumbre racial me recomendaron que no se me ocurriera ir por su casa, porque la hermandad de los Jindamitas se pasaba la vida buscándose las venas, como mosqueteros de la jeringuilla. De todas formas, les dije que tenía que comprar un disco de aquellos tipos y que, ya que no iban a poder firmarlo los Jindamitas, me lo podrían firmar ellos, los Marcianos de la Fragua, héroes potenciales del flamenco-pop, y que así iban practicando para cuando sacaran su primer LP. De modo que me fui a una tienda de discos, compré uno titulado algo así como *Cristales machacados en el alma de mi pena* (y los cuatro componentes de los Jindamitas retratados en la carátula con sus camisas de volutas y geometrías alucinógenas, con sus melenas de azabache engominado) y les pasé el disco a los Marcianos de la Fragua, que dejaron allí sus nombres con caligrafías titubeantes.

Cuando se acercó la hora de la cita que tenía concertada con Panchi Casanova, intermediario del clan algecireño, me encaminé al establecimiento conocido como El Cofrade de Satén, uno de esos sitios que solo pueden ser concebidos por el hijo de una marciana y de una dragqueen del Opus Dei. ¿Cómo puede describirse un sitio así? No sé: todo lleno de carteles de santos y de vírgenes, de ángeles y de arcángeles, de tronos y dominaciones; todo decorado con cachivaches que intentaban imitar los candelabros de plata de los pasos de penitencia gracias al papel de aluminio, que forraba unas estructuras de alambre alambicadas. De una pared colgaba la miniatura del paso procesional de una Dolorosa o Angustiosa. Pero no acababa ahí el delirio, ya que detrás de aquel paso había un foco que proyectaba el reflejo de dicho paso en la pared como una sombra chinesca; para darle el realismo del movimiento, un estratégico ventilador movía el paso, cuya sombra tremulante vibraba en la pared como un espejismo milagroso y digno de suscitar la devoción. (¿Qué clase de meros aficionados, o sea, reciben cada año el Premio Nobel de Física?).

Bueno, en peores sitios ha estado uno sin por ello haber perdido la confianza en el género humano.

Cuando entré en aquel templo del bricolaje demencial y litúrgico, ya estaba allí Panchi Casanova, un tipo robusto que tenía los brazos llenos de tatuajes, algunos de motivo religioso (Nazareno hecho puré, cruz sangrante) y algunos otros de motivo sexual (corista de piernas largas como un cautiverio, corazón asaeteado). «¿Te gustan esos macarras?», fue lo primero que me preguntó Panchi Casanova, señalando con desprecio el disco de los Jindamitas. (Empezábamos bien). «¿Traes la mercancía?», fue lo primero que

le pregunté a Panchi Casanova. «¿Traes tú el dinero?», me preguntó entonces él. «¿Qué dinero?». Bueno, Luiyi no me había dicho nada del dinero, de modo que salí del bar, busqué una cabina y telefoneé al Hades a Luiyi, que se puso como un loco de manicomio cuando le comuniqué que Panchi Casanova me requería la pasta, por así decirlo. «¡Si ya le he pagado, coño!», gritaba Luiyi, con su ingenio momentáneamente aletargado ante la gravedad de la situación. Cuando la cabina se tragó todas mis monedas, volví al Cofrade de Satén. Al verme entrar con gesto de no entender nada, Panchi Casanova soltó una carcajada de pirata tronado, agarrándose la barriga para que no le reventara de la risa. «Era una broma», dijo.

En fin, debía de tratarse del peculiar sentido del humor de los narcos. No sé. De modo que volví a telefonar a Luiyi con unas monedas que me prestó Panchi Casanova y le di una versión literal de los hechos: «Era una broma». (El rey del ingenio acababa de ser víctima de una broma: así de raro es el mundo). «Que te dé la mercancía y te quitas de en medio, que ese tío no está bien de la cabeza», diagnosticó Luiyi. Así que volví al bar, presencié de nuevo una nueva carcajada de Panchi Casanova y le requerí nuevamente la mercancía. «¿Qué mercancía?», me preguntó. Y, ante mi cara de asombro, soltó una nueva, renovada, vigorosa y estruendosa carcajada. Él era Panchi Casanova, el dueño mundial de la risa, por lo visto.

Panchi me comunicó que no llevaba la mercancía encima, que eso sería como si un asesino llevase a cuestas por las calles al tío al que acaba de cargarse. Era la primera cosa sensata que le oía. «Vamos a mi casa y allí te la doy», de modo que a su casa nos encaminamos.

Nada más entrar en Panchilandia, te encontrabas con un maniquí vestido de monja de cintura para arriba, pero con minifalda y ligero en lo que va del túnel maravilloso del ombligo a la punta del dedo gordo del pie. («Sor Pestañas», según me informó). El pasillo estaba lleno de cuadros de payasos. («¿Te gustan los payasos?»). Llegabas al salón y veías muebles pintados de colores: de azul, de amarillo, de verde. Y más cuadros de payasos. Sobre una mesa había un enorme equipo estereofónico, sinfónico. De las paredes, entrando en contradicción metafísica con los cuadros de los payasos, colgaban dos pósteres psicodélicos de muchachas medio en pelota pintadas con aerógrafo —por alguna razón, una de ellas sostenía una especie de guinda galáctica con los dientes.

«Mira esto», me dijo Panchi Casanova, y se sacó un infinito pañuelo rojo del bolsillo del pantalón. «¿Te gusta el circo?». Me encogí de hombros. «Pues a mí me chifla, mira...», y se puso en la nariz una bola roja. «¿Me das la

mercancía?», insistí, porque intuía que era muy probable que acabara teniendo algún problema con Panchi, dado su carácter y dado el mío. «¿Me das la mercancía?», y me dijo que por supuesto, pero que antes teníamos que celebrarlo, y me preguntó que si había oído hablar del Calypso Show.

Por raro que parezca, quince minutos después estábamos bajando las escaleras del local conocido como Calypso Show: una especie de cutresexyworld que ofrecía actuaciones eróticas en directo. «Aquí soy el rey. Esto es de los jefes», me informó Panchi, rebosante de autoestima, tras fundirse en un abrazo fraternal con el portero del Calypso. «Si te gusta alguna chavala, ya sabes. Va por cuenta mía», me anunció.

Bueno, en aquella época comenzó a fraguarse ese fenómeno sociológico que acabaría caracterizando de manera emblemática la década de los ochenta en el reino de España: la proliferación de locales comerciales relacionados de manera directa o indirecta con el sexo por el sexo. Por todas las ciudades españolas florecían los locales más variados: *sex shops*, rústicos clubs de carretera, refinados palacios de contactos, anfiteatros de la pornocabina, multicines x, hipermercados de los consoladores de tres velocidades, *boutique* de condones de sabores... El caso es, en suma, que, en la década de los ochenta de nuestro complicado siglo, no había pueblo español, así tuviera veinte habitantes, en el que el nativo o el turista no hallara un burdel o un *sex shop* aceptablemente surtido. En aquella época, ya digo, si en uno de esos extraños pueblos que existen por tierras de León o de Segovia solo quedasen dos habitantes, uno de ellos sería un chuloputas y el otro un travesti que diría llamarse Cleopatra Cincinnati y que se pasaría la vida recorriendo una fantasmal esquina del pueblo abandonado —y el chulo vigilando desde una estremecedora ventana batiente la marcha de la empresa.

Como consecuencia de un progreso social vertiginoso, en cualquier rincón de España había por entonces una media de dos burdeles por metro cuadrado... Sí, ¿por qué no? (¿Por qué no colocarnos una bola roja como la de Panchi en nuestras narices, tan cómicas ya por sí mismas?). Daba la impresión de que incluso las hormigas y las pulgas habían montado salas de masaje y espectáculos de masoquismo en sus madrigueras, o como quiera que se llamen los lugares en que viven esos pequeños bichos degenerados.

El Calypso Show, sin ir más lejos, era un ejemplo fetén del fenómeno sociológico que acabo de analizar.

Uno de los números estelares que sostenían el prestigio de la sala consistía en que una especie de abuela teñida de rubio cadmio se metiese una botella de champán por esa región mucosa que ha propiciado guerras entre emperadores

y que ha suministrado legiones de clientes a los sacerdotes de la secta fanática de Sigmund Freud. Cuando aquella pobre mujer acabó como mejor pudo su trabajo, saltó al escenario Chanti Manila, una especie de semitravesti octogenario que tenía la cara pintada como una momia finisecular del Moulin Rouge y que hacía de maestro de ceremonias, regalando a la clientela chistes de alto contenido genital masculino.

«Esto está estupendo, ¿no?», me preguntó Panchi Casanova.

Los camareros trataban a Panchi con una extraña mezcla de familiaridad y de resignación: «Panchi, no te vayas a pasar hoy, que hay mucha clientela», le dijo uno que parecía el jefe de aquella pequeña Babilonia.

Bueno, hay momentos en la vida en que no te apetece mucho el sexo como espectáculo, ¿verdad? Son pocos (digamos que seis o siete momentos a lo largo de toda tu vida), pero aquella noche yo estaba precisamente en uno de esos momentos. «Oye, vamos a tu casa y me das la mercancía. Estoy cansado, ¿vale?». Pero Panchi Casanova, haciendo honor a su apellido, andaba enredado ya con tres artistas del descorche y del jadeo —que eso depende—, bebiendo con ellas en medio de una risa cuadrifónica. Altamente engatusado.

En el escenario, las semidiosas semidrogadictas del Calypso Show levantaban las piernas cuanto podían, se contorsionaban como la imprevisible inspiración les daba a entender y se iban quedando desnudas con una mezcla de arrogancia y desamparo.

Hay días, ya digo, en que uno no está a tono. Días excepcionales en que el Psicópata nos deja tranquilos, convirtiéndonos en seres meditabundos y radicalmente filosofantes. Yo seguía allí, en la barra, esperando a que Panchi se desfagara. Meditando. Filosofando. Pensando en mi Vani. Añorante del campeonato de fútbolín.

Pero de pronto...

El mundo —como más adelante se verá— es sin duda un laberinto, pero un laberinto muy pequeño.

Bien, allí estaba yo (hecho una especie de califa hastiado de los placeres de la carne, meditando, metafilosofando, rodeado de muchachas aceptablemente cepillables e inequívocamente champaneras a las que, aun saliéndome gratis, no prestaba la más mínima atención sexual o afectiva), cuando hizo su aparición en el escenario una artista que, según anunció Chanti Manila —aquel resto arqueológico de la Edad Media del travestismo—, se hacía llamar Corpus Christie.

Corpus Christie era rubia de alquimia y tenía el cuerpo duro y lírico de las gimnastas. Entró en el escenario con la insinuación felina de las mataharis, y

allí estuvo un buen rato haciendo movimientos de serpiente rococó al compás de una música de electrizantes terciopelos (¿?), lánguida y vibrante, pudorosa y reputa, hasta quedarse en pelota picada bajo un foco de luz verde que daba a su piel una pátina de reptil.

Mi Psicópata salió de su letargo y me preguntó, repentinamente reanimado: «Eh, Walter, ¿qué demonios es eso?». Si el Psicópata te formula una pregunta de ese tipo, no opongas resistencia, porque no te servirá de nada. Así que llamé a un camarero y le pregunté si la señorita Corpus Christie recibía en su camerino. El camarero me informó de que no solo recibía, sino que también atendía con gusto a los clientes *especiales*, de modo que, guiado por el camarero celestino, a quien le dije que aquello corría por cuenta de Panchi Casanova, crucé una puerta, crucé un pasillo y crucé el umbral del camerino de Corpus Christie, artista de variedades.

Nada más entrar yo, Corpus Christie apagó la luz y, sin mediar palabra entre nosotros, se tumbó en la cama. (Cada profesional tiene su técnica, y a aquella le iba, al parecer, la expeditiva: el sexo como competición de Fórmula 1.) El camerino tenía las dimensiones de un mal zulo, estrecho y sofocante.

Metida ya en harina, Corpus Christie resultó ser depositaria de la furia de amores de una posesa. Corpus Christie era un bulto loco y experto, mezcla de locura y de oficio. Corpus Christie parecía un molde relleno de dolor místico, aullante y convulso, estallante de lujuria gimnástica, y se revolvía como si la hubiesen arrojado sobre el lecho de clavos de un fakir. Corpus follaba, en definitiva, como si la estuviesen atravesando con espadas de mago en el cajón de la muerte.

Aunque esté mal decirlo, me sentí en manos de Corpus Christie igual que un muñeco de goma en manos de una reina universal de la epilepsia aquejada además de parkinson, dejándome hacer y pensando, por puro contraste, en Vani, que se quedaba quieta igual que un mimo, creándome de ese modo un enloquecedor espejismo sexual que conceptualmente estaba a medio camino de la violación y de la necrofilia —mi inmóvil Vani, en brazos del braceante Waltercefalópodo.

«Uf», exclamé con sinceridad cuando Corpus Christie acabó con mi persona.

Como no encontraba mis calcetines, encendí la luz. Sobre el tocador había un altarcillo de flores presidido por la estampa de un santo con gesto de sodomita. ¡Un altarcillo de flores en honor de un santo con pinta de sodomita! ¿*¿Unsodocillo deflor conhores de un santisomita!?* (que es como en realidad

construye el cerebro las frases en las grandes ocasiones freudianas). Fue como volver a la infancia por el túnel del sexo. Miré a mi alrededor. En una repisa, junto a un bote de champú, había otro altar y otro santo sarasa. «¿Te gusta hacer altares?», le pregunté. «Es lo que más me encanta», me respondió Corpus Christie.

Un pensamiento terrible se zambulló en mi mente con la sinuosidad de una culebra de río, pero fue detenido de inmediato por un golpe de kárate del sentido común: «No puede ser».

Corpus Christie se vestía dándome la espalda. El vestido de lentejuelas se le amoldaba al cuerpo como una piel de serpiente. Le vi unas marcas rojizas en los hombros. Al fijarme con más detenimiento, comprobé que aquella erupción tenía la forma aproximada de una cruz. Me fui para Corpus Christie, la agarré por la mandíbula, le moví la cabeza con ese arte que tienen los dentistas para mover las cabezas de la gente, y, entre la exclamación y la interrogación, dije: «Fredo» (¿¡!?). Como respuesta obtuve una pregunta: «¿Walter?».

Por raro que parezca, me había... en fin, ya saben... a Fredo, que volvía de los hontanares de mi infancia bogotana transformado en una venus venal de vicio y silicona, con caderas de bailarina del Oriente, esbelta y folladora de turistas.

Fredo, o sea, se había tirado de cabeza al travestismo artístico y prostibulario, aunque en su piel siguieran manifestándose, en forma de herpes o de urticaria, unos emblemas religiosos que lo mismo podían anunciar el fin del mundo que un nuevo avance en las técnicas de manipulación hormonal.

Aunque resulte difícil de creer (¿qué van a contarme?), me había tirado a Fredo, el muchacho devoto y místico que levantaba altares a los santos y al que le salían urticarias de diseño místico por el cuerpo, aquel cuerpo que Dios parecía tener como pizarra para hacer llegar a la Humanidad, por vía telegráfica y herpética, la señal de su Ira.

En términos de psicoanálisis, el golpe fue duro. De pronto se me vino a la memoria la imagen de un altar desecho, de flores pisoteadas, sangrantes de color; la imagen de mi pie en el instante de aplastar la estampa de un santo de hermoso nombre (¿San Cleofás, santo Toribio de Mogrovejo...?). Un torbellino, en fin, genuinamente psicodramático.

Fredo/Corpus me miraba con la altanería de un semidiós andrógino y vengativo, con la barbilla erguida. Su pelo despeinado parecía tener la arrogancia envenenada de la cabellera de una gorgona —bueno, de algo así, ¿no?

«Bienvenido al mundo de las locas. ¿Te ha gustado? (...) ¿Vas a contarles a tus padres que le has dado por culo a Fredo?».

Bueno, me gusta ser amable con la gente, pero no me preocupa mucho no serlo en circunstancias excepcionales. No sé si el labio eucarístico de Corpus/Fredo comenzó a sangrar al primer o al segundo golpe. La verdad es que no le di fuerte: más o menos como se le zurra normalmente a un niño cuando rompe un jarrón chino de la dinastía II.

Cuando salí del camerino, sentí lo mismo que sentía en mi pasado bogotano cuando le desbarataba los altares florales a Fredo: una mezcla de orgullo y zafiedad —salvedad hecha del sentimiento confuso de haberme chingado al santo de la estampa, cosa que me resultaba novedosa—. Me dolía la mano, pero aún tuve ánimo para volver al camerino y arrasar los dos altares con una especie de odio retrospectivo, mientras Corpus Christie, sentada en la cama, pasándose la lengua por el labio sangrante y dejando ver sus largas piernas de ninfa impostora y beata (qué piernas había echado Fredo), me miraba con el mismo desprecio con que una cristiana del año 14 d. C. miraría a un centurión. La verdad es que no me merecía otra cosa. Creo que las hostias consagradas que le di al pobre Fredo Christie o la pobre Corpus Fredo me humillaron a mí más que a él. Pero uno no puede estar siempre a la altura de sus convicciones morales, y a veces las manos se van solas hacia el Palacio del Dolor —como me ocurrió, por ejemplo, con el pobre Norlito Pinto, el galán de los Andes: otro santo inocente que flota en mi conciencia.

Me había chingado, en fin, al místico Fredo. Y luego le había zurrado un poco.

Por eso decía yo antes que el mundo es un laberinto muy pequeño. Tan pequeño que solo cabemos en él los que siempre hemos estado dentro de él.

(Así son las cosas. Así son las locas cosas de la vida. —Así son).

Cuando salí por segunda vez del camerino, Panchi Casanova la había liado del todo. Estaba en el escenario, con los pantalones a la altura de los tobillos, practicando posturas obscenas al ritmo de la música, jaleado con guasa por algunos clientes. De su cuello colgaba uno de aquellos pañuelos interminables que, al parecer, tenía la costumbre de sacarse del bolsillo para impresionar a la gente con un golpe de efecto de ilusionismo circense. Varias muchachas atendían a una compañera que estaba tirada en el suelo. (La guerra de Troya, no sé). Panchi gritaba: «¡Que venga la policía! Me la van a chupar a mí». Me notaba la mano dolorida, y aquella situación me resultaba bastante compleja dado mi estado de ánimo: yo estaba pensando en esos momentos, sin saberlo entonces, a la manera de un monaguillo de la secta de Sigmund

Freud, tumbado en mi propio diván, encajando la suposición psicoanalítica de que me había atraído Fredo por culpa del Subconsciente, ese monstruo de los resortes imprevisibles que volvía desde la tierra arrasada de mi infancia para realizar un deseo frustrado. —Psicoanálisis puro.

«Que venga la policía», retaba Panchi desde el escenario, ante el cabeceo reprobatorio de los camareros. Y la policía acabó llegando.

Con una jocosa familiaridad, los dos policías le dijeron: «Venga, Panchi, ya está bien por hoy», y, tras subirle los pantalones —momento que Panchi aprovechó para quitarle la gorra a uno de ellos y ponérsela él—, lo cogieron por los brazos y lo sacaron del local. «Ese viene conmigo», gritó Panchi, delatándose. Yo, cuando los policías me lo ordenaron, me fui tras ellos.

Cada cual en una medida distinta, Panchi y yo habíamos sembrado la destrucción en el Calypso Show, y la Ley suele estar en contra de eso.

Los policías me preguntaron que si era amigo de Panchi y, por prudencia, no les dije que sí ni que no: un espacio indefinido entre esas dos categorías gnósticas. «Venga, déjate de disimulos, que aquí nos conocemos todos. Sube al coche», de modo que subí a la lechera de la pasma, rumbo al trullo —y es que mi cerebro era en aquellos instantes la Real Academia del Argot.

Cuál no fue mi sorpresa al comprobar que el coche no nos llevaba a los calabozos del Dolor Social, sino a la mismísima casa de Panchi.

Aquellos policías, o sea, eran los taxistas de Panchi, poco más o menos. Y es que hay gente que consigue ese tipo de cosas: impunidad, inmunidad, poder, respeto... Y Panchi era un payaso respetado, poderoso, impune: Panchi Trismegisto, tres veces grande.

«Duérmela, Panchi», le dijo un poli cuando lograron bajarlo del furgón y dejarlo en el portal de su casa.

Yo pensaba pasar la noche en alguna pensión, o dando vueltas por ahí hasta que saliera el tren de la mañana, pero acabé durmiendo en el sofá rojo del salón multicolor de Panchi Casanova.

Aún no era de día cuando Panchi se levantó con un indescriptible aspecto de escoba vieja, envuelto en algo así como la imitación taiwanesa de un batín chino. «¿Qué tal anoche?», me preguntó. «Bien».

Me entregó por fin la mercancía, cogí el disco de los Jindamitas firmado por los Marcianos de la Fragua y le dije que me iba para la estación y que encantado de haber dormido en su sofá rojo, tan propicio a las pesadillas sanguinarias (la sierra mecánica del asesino de Dreamland, la mordedura del vampiro, y todo el repertorio).

Cuando estaba ya en la calle, oí que Panchi Casanova me llamaba desde el balcón: «Walter, mira». Y lo que miré fue lo siguiente: un tipo con una bola roja en la nariz y con una peluca verde en la cabeza que se abría su bata chinesca y gritaba: «¡A mí la policía me la chupa!».

9 *La pletórica Parca*

La realidad es un espejismo tan perfecto que hasta parece real, pero, como tal espejismo, es siempre irreal. (Bueno, ¿quién no ha leído a algún chiflado como Kant o Descartes?). Por eso los grandes terremotos ocurren siempre donde no vives tú. Por eso las epidemias esparcen su horror invisible por países remotos. Por eso las guerras no son nunca tu guerra. Por eso son siempre los otros los que están mutilados o deformados. La gente que usa dentadura postiza son siempre los otros.

No sé cómo decirlo: vas por la carretera de la costa, el sol declina lentamente, cayéndose al mar como una galleta metafísica, etcétera. Un día hermoso, sin duda. Pues bien, te cruzas con siete ambulancias y con diez coches funerarios y en ninguno de ellos vas tú, ¿verdad? Un día hermoso.

Los demás padecen del páncreas o padecen hipotecas agudas. Son siempre los demás los que levantan los adoquines de las calles del centro con un martillo neumático, a unos 40.º a la sombra. Y así sucesivamente. Y uno allí de espectador, viendo cómo las cosas ocurren, suceden, acontecen, toman vida o marchan a su muerte inexorable.

La realidad, ya digo, es un espejismo. No existe. O existe a lo sumo del modo en que existe una pompa de jabón... Hasta que un día, harta de su inexistencia, la Realidad decide contratarte precisamente a ti como actor principal para su nueva obra, a punto de estrenarse en el Teatro Real del Espanto Individualizado.

En cuanto volví a Madrid, fui al Hades y le entregué el hachís a Luiyi, con tan mala suerte que me encontré allí con Lupi Flamingo y tuve que retrasar mi visita a Carabanchel (mi nuevo barrio adoptivo, mi bosque de las hadas) para reencontrarme con Vani y para echar unas partidas de fútbolín, porque Lupi se puso a tiro, y a mí me cuesta mucho trabajo renunciar al sexo, aunque ese sexo no sea otro que el de Lupi Flamingo.

Al día siguiente, cuando llegué a casa de mi novia, el portal estaba lleno de gente *a)* cuchicheante, *b)* ociosa y *c)* con cara de infinito aburrimiento. Sentados en la acera, Pacoco y Banani fumaban con hechuras de científicos

fracasados. «¿Qué pasa aquí?», les pregunté. «La niña», me contestó Pacoco, mirando al suelo.

Entré en el edificio, aparté a la muchedumbre y subí la escalera a todo trapo. La puerta del piso de mi inacabada Vani estaba abierta y de ella salía ese rumor sombrío de los velatorios que yo conocía bien desde la muerte de mi madre: palabras y palabras envueltas en el celofán aterrador de los susurros.

Juchi tenía los ojos como ostras, reblandecidos por el insomnio y por el llanto. «Eres un cabrón, Señorito. La dejaste sola y la han matado». Juchi me dio un golpe en el hombro con la mano abierta. «Te fuiste, Señorito, cabrón. Y han matado a la niña». Yo llevaba el disco de los Jindamitas firmado por los Marcianos de la Fragua. (*Los Jindamitas, Vani, están bien, pero espera a que salga el disco de los Marcianos de la Fragua. Pueden desbancar a los Jindamitas. Los Jindamitas se pinchan, Vani, y eso hace papilla el cerebro, eso mata a los ruiseñores que los músicos llevan dentro de su cabeza, esa jaula de oro líquido...*).

Aparté a Juchi.

El piso era pequeño. Mortadela Dick no podría atravesar el pasillo. En el salón había un sofá de estampados florales: las flores sin olor de esos aterciopelados tejidos sintéticos que los pobres confunden con el lujo de Versalles. (Mi Vani, mi niña en el País de las Submaravillas de Poliuretano, rodeada de figuras de escayola y de relojes de propaganda, de paños de ganchillo...).

Vani, mi funérea Vani, ninfa cérea y funeral, mi rosa envenenada por el mundo, estaba en su ataúd, inmóvil como cuando follábamos. Con la barbilla erguida. Novia lilial en el país de los vampiros. Beltenebrosa. Fantasma delirante de blancura.

El corazón me sangraba igual que el Sagrado Corazón de Jesús que Vani tenía colgado de la pared de su cuarto junto a los monstruos alegres de Walt Disney.

Sus padres (¿cómo imaginarte, Vani, obra de esos dos desolados seres vestidos de negro, sollozantes, machacados por la vida?) miraban a la Nada: un espacio inconcreto situado entre el televisor y la consola de hierro dorado.

Me quedé mirando a Vani durante unos minutos de atónita eternidad, hasta que Juchi se abrazó a mí, buscando sin duda un apoyo, cuando yo en realidad estaba a punto de desmoronarme: dos columnas sin cimientos en medio del terremoto inesperado de la pena. «Vamos a fumar a la plaza, Señorito», me propuso Juchi. Dejé el disco de los Jindamitas encima de la

consola de hierro dorado, bajé a la plaza con Juchi y nos sentamos en un banco. Dos columpios se balanceaban por el empuje del viento. Porque ese día hacía mucho viento. Y el viento crea una especie de fenómeno parapsicológico en la realidad: todo se mueve, todo se estremece.

Vani, según acertó a decirme Juchi, había muerto de sobredosis. Era la primera vez que se pinchaba, me juró Juchi. Nunca se había pinchado. Ella no se pinchaba, me dijo. Pero la dejé sola, cabrón de mí, Señorito de mí, y alguien, según Juchi, para ver si así conseguía follársela, según Juchi, la invitó a pincharse, y el tipo, según Juchi, le inyectó más de la cuenta, porque quería ponerla a tono para follársela, y la encontraron muerta en los retretes del Cinema Fonoluz, con las bragas quitadas y los ojos en blanco, según Juchi. (Mi niña Vani, convertida por la muerte en una heroína temática de las coplas —ayayay— de los Jindamitas...).

Juchi lloraba, diciendo: «Hostia, hostia», continuamente. Cabeceando. Con la cara entre las manos. Y yo me puse también a llorar, oyendo aquella letanía elegiaca y sacrílega: «Hostia, hostia», y esas hostias se quedaban flotando en el aire como las esferas blancas del dolor.

Estuvimos allí durante un rato, levitando en una microeternidad de desgarró y vacío. Hostias, hostias. Porque la realidad es un espejismo perfecto pero irreal. Tan perfecto que a veces puede destrozarte la vida. Tan irreal que hasta parece la pesadilla de un dios drogado hasta las cejas.

10 *Pequeños viajes a los pequeños infiernos*

Lo cantaba el de Pink Floyd: «Hay alguien dentro de mi cabeza, pero no soy yo». Cuando te pones a recordar, es como si te comieras un ácido: el pasado forma de inmediato en tu cerebro esas olas de alucinación que rompen a millares en la orilla reseca de la memoria —esa playa llena de restos podridos del maderamen de los barcos bucaneros en que surcó los mares el Amor, con su parche en el ojo; el Dolor, con su garfio brillante; la Melancolía, con su pata de palo...

El cantante de Pink Floyd tenía razón: dentro de tu cabeza hay siempre un extraño, una especie de alienígena infrafilosófico que se pone a experimentar con tu vida, obligándote, por ejemplo, a pasar la noche con Lupi Flamingo en vez de salir corriendo a besar los sagrados pies de tu pequeña diosa carabanchelera y querúbica, muerta de sobredosis de inocencia... Muerta de pura estupidez, suya y mía. Muerta porque yo tenía colgado de mi boca el sujetador rojo de Lupi Flamingo en el instante en que la jeringuilla entraba en la vena de Vani. Muerta porque en el momento en que la heroína navegaba con su bandera de muerte y piratería por la sangre de Vani yo tenía en mi boca la vulva depilada de Lupi Flamingo, intensa de perfume marchitado.

El mundo es fascinante porque camina hacia su perfección gracias al perfeccionamiento mental de la humanidad. Sin duda. Ayer mismo, el periódico traía en primera página la siguiente noticia: «Mujer de 50 años afirma estar embarazada de un extraterrestre». Anteayer informaba de que un niño de diez años había apuñalado a una niña de cuatro para robarle su muñeca habladora. Mañana, el periódico puede decir que el Partido Nazi Renovado ha ganado las elecciones en la Alemania Reunificada y que la gestión de las discotecas de los nuevos campos de concentración recaerá en miembros de las Juventudes Neohitlerianas, esos muchachos marciales y de pensamiento anfetamínico, partidarios natos del gaseamiento de las razas inferiores y de la música de Wagner en versión bakalao.

El género humano camina unánimemente hacia la perfección. Sí, por los cojones.

Descendamos un momento a la sentina del patetismo, aunque caigamos con ello en lo más bajo de la espiritualidad moderna. Sí, caigamos en lo más bajo:

—las ninfas quinceañeras se pinchan.

—los niños inhalan pegamento tras un muro convertido en un palimpsesto de grafitis.

—las secretarias solteras beben en sus coquetos apartamentos el licor seco de las soledades románticas.

—los viejos galanes y las grandes damas del porno duro sufren en silencio por no poder contar a sus nietos sus glorias de juventud, sintiendo por ello que han vivido en vano.

(Etcétera).

El mundo va perfeccionándose. Poco a poco. Con pasos muy medidos y estudiados. Gracias a la aparición de terrores con capacidad de innovación.

Sin duda.

En fin, a la adversidad le ocurre lo mismo que a ciertas mujeres cuando van a mear en los bares: que tienen que ir de dos en dos —no sea que haya un psicópata escondido en la cisterna... vestido de buzo. Lo digo porque, tras la adversidad infinita que me suponía la muerte de Vani, una nueva adversidad esperaba su turno para clavarme un alfiler en el alma, y esa adversidad novedosa no era otra que la Adversidad en estado puro. Sin aditamentos. La Adversidad Matriz: el hecho de sentir asco de ti mismo. La egofobia.

Tras la muerte de Vani, me pasé más de un mes borracho, drogado y pegándome con todo el mundo. Cuando me despertaba, me miraba en el espejo y me veía nuevas magulladuras, y la cara siempre hinchada, como si tuviera los pómulos como Louis Armstrong, de tanto soplar trompetas apocalípticas. Las manos me dolían. Algún que otro diente me bailaba. Y no podía recordar nada de la noche anterior: había conseguido inmovilizar al tiempo, por así decirlo. Anularlo. Quitarle realidad. A las dos o tres horas de levantarme, ya estaba borracho y drogado. Maldiciendo al mundo. Golpeando las puertas astrales del hastío.

Amanecía a las tantas con la sensación de haberme bebido un barril de gasolina y de haberme pasado la noche entera recibiendo los puñetazos tragicómicos del Hombre Invisible. Yo estaba, en fin, en uno de esos periodos de la vida en que las pesadillas nos alivian el dolor de la realidad. Y es que, cuando descienes por el tobogán de la amargura, tu cerebro es tan vulnerable como esas diligencias que —si hemos de creer en el cine— cruzaban las áridas estepas del Oeste y que estaban expuestas a todo tipo de peligros: los

asaltadores, los pistoleros sonados, los apaches —esos macabros peluqueros —, los cazadores de recompensas... Y si por algún raro azar alguna diligencia afortunada conseguía librarse de todo eso, lo más probable era que acabase chocando de frente en el Desfiladero del Buitre con otra diligencia conducida por un alcohólico.

Por una razón o por otra, las diligencias corren siempre hacia su destrucción. Y cada noche yo era una diligencia.

Luiyi, el rey del ingenio, me decía: «Walter, recuerda que los piratas tenéis dos piernas, pero un solo hígado, y no podéis poner os un hígado de palo». Mortadela Dick, aquel bulto erotómano, me decía: «Walter, por mí como si quieres beberte un tonel de leche de perra sifilítica, pero vas a joderla, ¿no te jode?».

Dormía a trechos, por el sistema del puro derrumbe. Y en mis sueños aparecía casi siempre un ataúd. O dos. O infinitos ataúdes chirriantes. En noches de bienaventuranza, Vani salía de un ataúd, igual que una vampira celestial, rodeada por una corte híbrida de serafines y murciélagos. A diario, durante el tiempo macabro de la duermevela, mientras cruzaba ese túnel que conduce de la vigilia alucinógena al sueño alucinante, se me venía al pensamiento la imagen del cuerpo de Vanessa María pudriéndose en la tumba, y aquello era el Horror: mi inacabada niña, corrompida por la soledad heladora de la muerte. Rodeada de macabros querubines de seis alas que tenían el cuerpo lleno de ojos. Mordida por un organizado ejército de gusanos. Blanca como el polvo lunar.

Y aquello, como digo, era el Horror.

11 Un mal chiste. La furgoneta de los punkis. Berlín visto desde una fábrica de bombillas. La solidaridad peruana

Todo puede ser peor de lo que es. Sin duda.

Daisy Donald se maquilla ante el espejo. Se ha comprado un juego de ropa interior con encajes y transparencias. El tiempo no se ha portado con ella demasiado bien y ha perdido el brillo legendario de sus plumas. Espera a su marido, el pato Donald... Daisy se pone el conjunto. En la tienda, dudó entre el color negro y el rojo. Cada cual tenía sus ventajas y sus inconvenientes, como todo en este mundo. Finalmente, se decidió por el tono de rojo más... ¿cardenalicio? Más... infernal. Donald, en fin, llega a casa cansado porque ha estado revolcándose con un pequeño putón de pechuga musculosa y plumaje vigoroso: la misma patita panameña de las tres últimas semanas, porque le va bien con ella. Se entienden. Incluso ha llegado a regalarle un juego compuesto de sujetador, braga y liguero. Rojos. Ella, la prostipatita de Panamá, le ha cobrado no obstante hasta la última patopeseta, pero le ha regalado diez minutos sobre los sesenta convenidos con arreglo a la tarifa.

(¿Todo puede ser peor de lo que es? Todo).

Donald se ha sentado en el sofá y ha encendido el televisor. Bajo la bata de guata celeste, Daisy lleva su nueva lencería roja y se repite una y otra vez que ella aún no tiene las plumas secas. Que aún no le revolotean moscas alrededor. «De ninguna de las maneras», le dice cada semana su psiquiatra, que le ha impuesto una tabla de ejercicios mentales de autoestima. Se ha colocado delante del televisor y ha dejado caer su bata con aire de vampiresa doméstica. Donald recuerda la lencería roja que le ha regalado a la pequeña y escultural prostipata panameña, cuyo pseudónimo es Sara Duck o Sandra Duck o Natalia Superduck: uno de esos nombres que las patitas de su clase consideran finos. Daisy ha creído seducir a Donald con el truco de la lencería satánica y Donald retoza dificultosamente con ella en el sofá, echando de menos el dulce pico de la puta pata.

Todo puede ser peor. Siempre puede serlo.

Imaginen, no sé, que entra en escena un virus que afecta a los patitos... Un virus con sus pequeñas patitas letales, con su robusto tórax, con sus ojillos traviosos y con ese pequeño cerebro exterminador que lleva incorporada una microcápsula de muerte.

¿Se me nota el mal humor? Bueno, es que aquella racha no sé si fue buena para el mundo, pero desde luego no fue buena para mí. Y, cuando el pasado se recuerda con rencor, lo primero que uno hace es inyectar una buena dosis de patetismo en la realidad, y por eso he contado el chiste macabro de Donald y Daisy: ese tipo de chistes que nos dicta el diablo medio subnormal que todos llevamos dentro. —Aunque los hay peores, como aquel del paralítico que se casa con la domadora de tigres y que al poco descubre... Pero mejor no contarlo, ¿verdad?

Bueno, como nadie en este mundo tiene derecho a mantenerse en estado de patetismo durante más de cinco minutos seguidos, haré un agradable paréntesis esópico con la

FÁBULA DE LOS NARDOS Y LA NIEBLA

Habían florecido las varas de nardos en el jardín y expandían su perfume comercial por el aire con la ostentación de un gas tóxico. Por allí andaba el príncipe enamorado, pensando de modo muy intenso en su amada y suspirando como suelen suspirar los príncipes en tales circunstancias espirituales: con la cabeza llena de petrarquismo en estado puro, en bruto, sin pulir.

De pronto, apareció la Niebla, con sus jirones espectrales, errante y fantasmal, envolviéndolo todo de blancura.

Temiendo que la advenediza Niebla ocultara al príncipe la visión de los casquivanos nardos, que no pueden vivir sin ser objeto de admiración, y que por eso atufan el aire con su aroma de perfume de chacha, el Nardo Jefe se dirigió a la Niebla y le dijo: «Eh, tú, horrible fantasma, vuelve a tu limbo, ¿no ves que tenemos visita?». Y la Niebla, dolida por el desdén, se derrumbó, humillada, dejando un espectro algodonoso a ras de suelo.

El príncipe seguía suspirando cinco o seis veces por minuto, levantando andamios galantes en su coronada psique, hasta que se le pasó por la cabeza (las cabezas están para eso) la idea de hacerle un regalo a su amada, para ver si de ese modo conseguía adelantar los trámites que la llevarían a su cama con

dosel, circunstancia con la que el príncipe soñaba desde hacía meses sin ningún tipo de represión freudiana —pues Freud aún no había nacido siquiera. Así que, no teniendo cosa mejor a mano, sacó de su vaina esa daga que suelen llevar los príncipes en tiempos de paz y se dedicó a cortar, una por una, todas las altivas varas de nardos que en el jardín había, sembrando una especie de terror floral en las demás especies, que temían correr una suerte parecida. (Las rosas se daban la vuelta como girasoles, disimulando, intentando pasar desapercibidas por una vez). Hizo el príncipe, en fin, un haz con todas las varas cortadas y, antes de salir en busca de su amor, se sentó un momento para poder suspirar cuatro o cinco veces, pues era suspirante por naturaleza.

En vista de aquel cuadro, la Niebla se incorporó, tomó vuelo de ectoplasma y, envolviendo el manojito de nardos que el príncipe apretaba contra su casaca, dijo: «Estoy hecha de nardos muertos. Soy el espíritu de todos los nardos marchitos. Por eso soy tan blanca. Sed bienvenidos a la Nada Errante».

(Y se acabó la fábula).

Bueno, como iba diciendo, aquella no fue una buena racha para el walterismo, aunque pudo haber sido peor —porque todo puede ser peor: hablen, si no, con Daisy.

Un día, metido como estaba en la espiral del caos, me dormí en Madrid y me desperté cerca de la frontera francesa, tumbado en el interior de la furgoneta de dos punkis, ambos varones y alemanes, que oían todo el tiempo los alaridos entre operísticos y lobunos de una cantante llamada Nina Hagen. Cuando abrí los ojos, pensé que me había muerto y que estaba en un infierno psicodélico y vibrante, pero, cuando vi a los dos punkis con aquellos pelos de punta que parecían coronas góticas, temí que me hubiesen secuestrado los extraterrestres.

No sabía —la verdad— cómo había acabado en aquella furgoneta. Tampoco alcanzaba a reconstruir el preciso instante en que aquellos punkis entraron en mi vida o yo en la de ellos. Apenas recordaba de la noche anterior un grumo de música y de risas, y el momento de manos temblorosas y furtivas en que alguien me pasaba —por fin— un ácido.

El caso es que, mediante señas, aquellos punkis lograron explicarme que iban camino de Alemania y que, si tal era mi deseo, podía considerarme su turista invitado.

A mí, la verdad, me daba lo mismo ir a Alemania que al planeta Cupikón, pero, mediante señas y onomatopeyas, logré informarles de que no llevaba encima mi pasaporte. Por el mismo sistema de comunicación (*Yo Tarzán, tú Chita*), les dije que si no les importaba perder un par de días en ruta, antes de cruzar la frontera con Francia, yo podría telefonar a Sergei Rex (¿cómo explicar a Sergei Rex por señas a unos punkis?) y pedirle que me enviara por vía urgente, a la lista de correos de alguna ciudad cercana al puesto fronterizo, mi pasaporte y el poco dinero que guardaba bajo mi colchón para casos de emergencia atómica.

Los punkis me dijeron al principio que a la mierda conmigo, pero al rato me dijeron inexplicablemente que de acuerdo, porque debían de ser de escuela hegeliana, de modo que, durante los cuatro días que al final tardó en llegar el envío de Sergei Rex a Pamplona, estuvimos oyendo sin parar las cintas de Nina Hagen en la furgoneta, bebiendo cerveza sin parar y tomando pastillas casi sin parar.

Y —abreviando, que es un gerundio autófago— entramos por fin en tierra alemana, no sabía yo bien para qué.

Cuando, tras ver más campo que una vaca en toda su vida, llegamos a Berlín, aquellos punkis me llevaron a una antigua fábrica de bombillas que se hallaba okupada por una cincuentena larga de mendigos juveniles, aunque muchos de ellos decían ser artistas teatrales, plásticos o musicales del tipo outsider. Tampoco faltaban allí los druidas de la herboristería, los paradójicos curanderos homeopáticos, las sonadas ofelias ahogadas en el arroyo del malvivir, los festivos que se pasaban el día subidos a unos zancos cantando canciones infantiles, los cartomantes, los quiromantes ni unos cuantos marroquíes que estaban todo el tiempo aliñando pinchitos morunos que luego vendían a los dueños de unos bares de carretera.

Mis dos anfitriones en aquella especie de comuna postnuclear me cedieron un rincón de su rincón, que habían vallado con cartonajes, chapas, toldos y plásticos, a la búsqueda de una ilusión de intimidad. Y allí me quedé a vivir, durmiendo encima de una pila de cartones y lavándome con un cubo de agua que tenía que llenar en una gasolinera cercana —y eso si el rey de la gasolinera no estaba de mala hostia.

Me pasaba los días bebiendo cerveza y tragándome ácidos y anfetaminas, enfermo terminal de tedio y nihilismo. Astronauta de mi propia ataraxia pavorosa.

(Cruzaba un desierto. Cruzaba un desierto interminable. Cruzaba un desierto inacabable y reseco y espectral, con los pies hundidos en la arena de

un largo, infinito, interminable desierto psicológico. Sediento).

Para colmo, acabé medio liado con una yugoslava de carnes blandas y frías que no sé bien si era una punk o una alienígena ninfomaniaca: llegaba a mi rincón, se revolcaba conmigo durante un rato, aullaba un poco en su incomprensible idioma, cruzábamos rápidamente el arcoíris del orgasmo y cada cual regresaba a su cueva de autismo.

Por su parte, mis anfitriones, los dos punkis, vivían continuamente en el país de las hadas, con los pelos siempre de punta, dormitando en su limbo alucinado. Como yo. Celebrantes de una especie de bodas de Caná narcóticas.

Como el dinero que pude llevarme a Alemania me lo fundí muchísimo antes de que se agotase mi primer mes de estancia, comencé a plantearme (si así se le puede llamar al hecho de concebir un pensamiento entre brumas) la necesidad de tantear el mercado de trabajo, ya que necesitaba dinero para volver a Madrid y seguir matándome al menos en un sitio conocido.

Estando en esas, conocí a cuatro nativos del Perú que vivían en un chiribitil próximo a nuestra fábrica y que, aun siendo peruanos auténticos, formaban un grupo de música clasificable dentro de los parámetros estéticos del heavy. Como solo los contrataban algunos sábados para actuar en discotecas macarras y extrarradiales, aquellos peruanos se veían obligados a ponerse una especie de poncho, a recogerse en una cola de caballo sus melenas indígenas y a instalarse a diario en los parques y plazas para interpretar cantares deprimentes de los Andes, tan apreciadas por el pueblo alemán, que siempre agradece la dulzura melódica porque tiene el tímpano hecho papilla por culpa de la tradición wagneriana.

Cuando tocaban heavy, los peruanos se hacían llamar The Strong Storm y, cuando interpretaban música étnica, se presentaban ante el mundo como los Balseros del Titicaca, travestidos de aborígenes peruanos gracias a sus ponchos, chullos y ojotas. Les comenté que tenía mucha experiencia musical, y les hablé de Pajarera Satán y de Sergei Rex, al que puse por las nubes, confiando en que, gracias a esos avales, me hicieran un sitio en cualquiera de sus dos grupos, aunque mis preferencias artísticas se inclinasen, como es natural, hacia The Strong Storm.

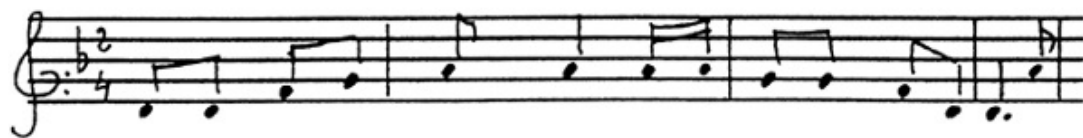
Aquellos camaleones de las fusas y corcheas no acogieron mi oferta con entusiasmo, porque, según sus últimas investigaciones macroeconómicas, el dinero que recogían bajo la identidad de los Balseros del Titicaca nunca era mucho, sujetos como se hallaban a los vaivenes de la generosidad espontánea del auditorio callejero germano, en tanto que lo que les pagaban bajo la advocación de The Strong Storm era siempre muy poco. De todas formas, me

comunicaron que, por espíritu solidario (porque les dije que yo era un exiliado chileno), me dejarían cantar diariamente un huayno con los Balseros del Titicaca y que todo el dinero que se recaudase durante mi interpretación sería para mí, como muestra de hermandad entre los pueblos de Chile y Perú. De modo que, por las tardes, me iba con el cuarteto peruano a la plaza o al parque en que decidieran actuar, pues eran nómadas, y, llegado el momento, lanzaba al pueblo ario mi canción al ritmo de esas extrañas guitarrillas que en el Perú llaman charangos y de los no menos extraños flautones a los que dicen quenás.

Comoquiera que la música racial sudamericana nunca ha sido mi fuerte, me dedicaba a improvisar las letras, contando con la impunidad que me otorgaba el extendido desconocimiento que los alemanes tienen de la lengua de la madre de Cervantes. No sé, yo cantaba cosas como:



AL DE- MO- NIO GRIN- GO YO LE QUIE- RO AD- VER- TIR



QUE NO MAS- QUE CHI- CLE CUAN- DO VEN- GA POR A- QUI NO-



SO- TROS LOS IN-DIOS AZ- TE- CAS TI- RU- RI TI- RU- RI RU- RI

Un mamarracho, ¿no? Pero ¿qué quieren? Lo cierto es que lo hacía con mucho *feeling*, triturándome la garganta y poniendo cara de exiliado espeluznante. A veces, incluso me arrodillaba o me revolcaba por el suelo, añorante de la época de Pajarera Satán, dependiendo de lo que corriera por mis venas: si corría alcohol, me entraba el sentimiento de la Gran Pesadumbre Existencial; si lo que corría era una anfetamina, practicaba el *ballet*

compulsivo del Mono Sapiens Electrocutado y les metía marcha a los nativos del Perú, que tenían que rasguear a toda mecha sus charangos y dejarse los pulmones en las queñas. Y es que, al fin y al cabo, «la música es sentimiento», como decía Sergei Rex con una frase que le había copiado a Franky Rex —esa máquina imparable de conceder entrevistas exclusivas.

Algunos alemanes saludaban a los camaradas de los Balseros del Titicaca con el puño cerrado, como si fuesen guerrilleros trotskistas, y echaban pasta en la piel de llama que estaba desplegada en el suelo para tal fin. Otros pasaban por allí con el brazo en alto, a la manera hitleriana, y también echaban paSSta. —Y es que el pueblo germánico siempre ha sido víctima de grandes ensaladas ideológicas.

Yo nunca recogía gran cosa tras mi único número: apenas lo suficiente para comprarme una pieza de pan, aunque algunos domingos la rumbosidad de los alemanes me daba también para alguna lata de pescado en conserva — porque a mí no me han gustado nunca las salchichas, ya que, por algún tipo de asociación freudiana, las relaciono con los campos nazis de exterminio. Por suerte, mis anfitriones, los punkis, me invitaban con frecuencia a cerveza y a pastillas, con lo cual tenía cubierta mi necesidad psicológica de infiernos de artificio.

Me encontraba muy mal en Berlín. Hacía frío. No podía entenderme con nadie. La alienígena yugoeslava me había tomado por el pito del sereno y me daba un uso sexual cuando le parecía bien darme un uso sexual, aprovechando mayormente mis momentos de pesadilla psicotrópica. Había pillado una infección cutánea que me producía llagas y picores por todo el cuerpo. Apenas comía. Mendigaba cerveza y pastillaje entre los inquilinos de la fábrica cuando mis anfitriones punkis desaparecían durante un tiempo, dejándome en una especie de orfandad narcótica hasta que regresaban cargados de radiocasetes de coche y se restablecía la normalidad en nuestro rincón compartido.

En líneas generales, ya digo, me encontraba muy mal. Y cuando te encuentras mal, las cosas van mal, como diría un líder espiritual con poca práctica.

Un día me lie a tortas con uno de los Balseros del Titicaca porque me acusó de haberme llevado un dinero que no me correspondía, y aquello fue el fin de mi carrera musical en Alemania. Otro día, el Psicópata se empeñó en que entablara amistad íntima con una especie de holandesa a la que yo solía ver desnuda cuando se lavaba en un bidón, pero, como ella era novia de un herborista, el herborista se lio a hostias conmigo.

No sé, cuando estás mal, la realidad es lo primero que se hace añicos, y entonces comienzas a andar sobre esos añicos, y los pies te sangran, y vas dejando un rastro de sangre por donde pisas.

Por señas, le hice comprender a los punkis que quería volver a Madrid y, por señas, ellos me hicieron comprender que procurarían arreglarlo... de un modo... ¿inconcreto?

Mis días eran una especie de duermevela continua, y ya se sabe que la duermevela es el terreno mental en el que crecen las setas venenosas del pensamiento y las lechugas tóxicas del horror —con sus cogollos de gusanillos psicoanalíticos. Al lado de las duermevelas, las pesadillas son un juego infantil.

Como apenas comía, me pasaba el día acostado, demolido por la bebida, la droga y la falta de aporte calórico, dando por hecho que Alemania sería mi tumba. Veía cruzar, a través del plástico que hacía las veces de cortinaje, como sombras chinescas, a los payasos que se pasaban el día subidos a unos zancos. Olía continuamente los efluvios derivados del hervor de los guisos mágicos de mis vecinos herboristas. Olía las especias repugnantes que utilizaban los marroquíes para aliñar sus repugnantes pinchitos. Olía el humo de los repugnantes pinchitos morunos cuando los marroquíes asaban los repugnantes pinchitos morunos que no conseguían vender a los dueños de los bares de carretera. Para añadir su grano de arena a mi desolación y a mi endeblez, la yugoeslava, blanda y legañosa, con su olor a lodo adriático, iba a follarme cuando ella lo consideraba oportuno para la buena marcha de sus biorritmos, y jamás el sexo me ha dado tanto asco. —Y es que hasta mi Psicópata, el gran epicúreo, se había sumido en las tinieblas, convertido en una especie de filósofo desengañado y blasfemo, kamikaze en el volcán fungoso de un coño balcánico.

En algunos momentos, llegué a sentir el vaho de la muerte: esa ráfaga helada que te sube por los pies y te llega hasta el pecho, cortándote la respiración y sumiéndote en ese sopor dulcísimo que anticipa un desvanecimiento definitivo. Pero al rato recobraba la consciencia, y miraba el techo oxidado de la fábrica, y las paredes hechas de basuras, y las ventanas cegadas con chapas metálicas y jirones de plástico, y comprendía que aún no estaba en el país de los muertos, sino en el país de los muertos vivientes.

12 *La vía ascética. Una experiencia periodística*

Aunque estés metido hasta el cuello en el infierno, el azar —el eterno niño juguetón, con síndrome de hiperactividad crónica— puede estar preparando una de esas carambolas afortunadas que de vez en cuando te ayudan a salvar si no la cordura, sí al menos el pellejo. Como el mundo es la máquina del movimiento perpetuo (esa máquina incesante por la que suspiraban los científicos chiflados de los tiempos antiguos, teniéndola a la vista), mi regreso a Madrid se produjo, quién lo diría, gracias a la Ley.

Como suena.

El caso fue que un día apareció la policía por nuestra vieja fábrica de bombillas y nos desalojó a todos en medio de una batalla campal, cargando finalmente con nuestras personas varias furgonetas como quien carga ovejas o gallinas indignadas, camino de la comisaría.

Al comprobar que yo tenía pasaporte español y que mi visado estaba a punto de caducar, me enviaron por vía aérea, con todos los gastos pagados, a Madrid, supongo que para que me dedicara a okupar las fábricas españolas abandonadas en vez de las alemanas, ya que allí, a causa de cualquier giro inesperado del timón político, pueden necesitarlas en cualquier momento para montar un campo de concentración. Dos policías me escoltaron hasta la puerta de embarque, gracias a ese tratamiento que iguala a los maleantes con los jefes gubernamentales, del mismo modo que la gorra de plato iguala al general con el aparcacoches —al menos en lo que a gorras se refiere, claro está.

En Berlín había pasado yo casi tres meses. Tres, uno detrás de otro: uno, dos y tres. Tres: uno más uno más uno. Se dice pronto.

Es curiosa esta cuestión: lo único bueno que tiene el infierno es que solo comprendes que se trataba del infierno cuando sales de él. (Si es que sales, por supuesto). Y es que a todo se acostumbra uno. Hasta el horror puede convertirse en una rutina llevadera. Te acostumbras a todo: a dormir junto a un cuerpo que ronca, a comprobar tu progresiva pudrición en los espejos y a

ver ese papel pintado que representa un ramo de flores —en una sucesión casi infinita y clónica— en las paredes de tu piso subalquilado.

Cuando llegué a Madrid seguía encontrándome bastante mal, y mi mente era algo así como el cubo de la basura de Sigmund Freud. Lo primero que hice, antes de ir siquiera a casa, fue acercarme al banco, donde tenía acumulado el dinero que mensualmente me enviaba mi padre desde su casona de las melancolías, ya que, a pesar de haber llamado a Sergei Rex para que procurara transferirme el dinero a Alemania, aquello resultó imposible, en parte porque todo era un lío de autorizaciones y firmas y en parte porque las cabinas alemanas siempre se tragaban la última moneda cuando mi cerebro drogado procuraba transmitir a Sergei Rex alguna solución, sin descartar la de que él me prestase algo de pasta, cosa a la que se hubiera negado en redondo, porque para él su dinero era sagrado: el dios Papel, al que rendía un culto tan fanático que lo primero que iba a decirme al verme entrar por la puerta era que le debía tres meses de subarrendamiento.

Al salir del banco, yo era un tipo tres veces más rico de lo normal gracias a las tres transferencias paternas acumuladas durante mis vacaciones en el Hades de los arios, de modo que me fui a casa, saldé deudas con Sergei Rex («Me debes tres meses», me dijo, en efecto, nada más cruzar yo la puerta), me di una ducha larguísima y me eché a dormir. Estuve dos días, con sus noches, durmiendo, dormitando, duermevelando. Entre sopores, pesadillas y negruras hipnóticas, me pasé cuarenta y ocho horas en la cama. Convertido en un flan agónico. Sinceramente reventado. Con la identidad disuelta en el vacío.

De pronto, tras la cura de sueño, no supe qué hacer en el mundo, de modo que decidí recluirme: Walter el Monje, allá en su celda de meditación flagelante.

«Mi vida depende solo de mí», me repetía, porque hay veces en que una frase de gurú barato puede ser un buen agarradero filosófico, y decidí cambiar de vida, porque mi vida de entonces ni siquiera merecía ese hermoso nombre abstracto: la Vida... (Flores en el campo y sol radiante, y la rubia del anuncio de champú...). Así que, para empezar, opté por la clausura en el bombardeado monasterio de mi alma.

Ni que decir tiene que ese repentino fray Walter padecía la añoranza de los infiernos artificiales. Fray Walter tenía ganas de beber. El cerebro de Walter el Cartujo aullaba como un lobo, solicitando una ración anfetamínica, una pequeña papelina de ácido, siquiera unos cuantos optalidones de la era mesozoica. Algo. Un poco de química. *(Que alguien se apiade de mi mente. Que alguien le arroje una dosis de apenas 1/2 miligramo de realidad*

adulterada). Pero el monje Walter, Walterio el Estilita, resistió, a pesar de los cantos de sirena de la ansiedad y a pesar de las canciones de Franky Rex que Sergei Rex interpretaba día y noche en su piano japonés de alta tecnología, creándome la ilusión desquiciante de que en el salón de nuestro piso había una orquesta filarmónica.

Estuve más de un mes sin pisar la calle. Sergei Rex, a regañadientes, me hacía la compra. Sergei Rex, a regañadientes, me compraba tebeos de superhéroes medio locos y novelas del Oeste, y con eso aliviaba el tedio derivado de mi cura de desintoxicación. A regañadientes, Sergei Rex me eximía de ayudarle a transportar el piano y los demás cachivaches cuando tenía que actuar en alguna boda o bautizo. Porque yo no quería contacto alguno con el mundo. Encerrado. Inaccesible. Practicante de un método de budismo doloroso. Estoico como nadie en este mundo. En busca del marasmo.

Más de un mes así. Se dice pronto. Pero no creo que para nadie un mes, un simple mes, haya sido un túnel tan largo y tan túnel. Más de un mes luchando contra las toxinas hambrientas. Más de un mes intentando espantar de mi cerebro el cadáver de Vanessa María. Más de un mes procurando olvidarme de mi paso por Alemania, con su olor a flujo vaginal de yugoeslava y a pinchito moruno. Más de un mes peleando para que las células de mi cuerpo pudieran vivir sin su amada: la Mantis Química, con sus largas patas verdes...

A través de la ventana, el mundo era para mí el Gran Circo Internacional de la Confusión (con sus ridículos trapecistas de la ilusión cotidiana, con esos patéticos funambulistas que hacían equilibrios dolorosos sobre la cuerda floja de la cordura, con sus leones de rabia compitiendo por el cetro de la selva).

Cuando me consideré curado, salí a la calle con el miedo metido en los huesos, no sé: te acostumbras a tu cueva y te conviertes en un topo.

Paseé durante un rato, pegado a las paredes, palpitante el corazón. «Qué hermoso día», pensaba para darme ánimos, pero en realidad no lo pensaba: los días no pueden ser hermosos por sí mismos. ¿A quién le importa que brille el sol si tiene el espíritu lleno de sombras tiritantes? ¿A quién le importa que diluvie, que los truenos casquen el firmamento y que los rayos peguen latigazos si sabe que va a ganar veinte millones de pesetas antes de pasar la noche con su actriz de cine favorita? Los días son hermosos o no con independencia de que sean hermosos o no por sí mismos. Eso depende. Y yo, recién salido de la clínica privada de mis privadas tinieblas, no podía decir con sinceridad: «Qué hermoso día». Aún las pérfidas sirenas me cantaban:

veía un bar y me temblaban las manos, y algo temblaba también en el fondo salvaje de mi espíritu; veía a los camellitos sentados en los bancos de las plazas, a la espera de clientes, y sentía una punzada rápida en el pecho.

Aún los días no podían ser hermosos para mí.

Pero mi ángel de la guarda (ese de las alas muy lavadas y del culo respingón, andrógino tirando a muñequita, según la iconografía católica) me libró de la tentación por vía laboral, según me dispongo a explicar enseguida.

Una tarde en que daba yo tumbos por el parque del Retiro (que quedaba de mi casa como de aquí al Camerún, pero al que yo iba con frecuencia para reconciliarme con ese monstruo peligroso al que llamamos Naturaleza), se me acercó un tipo que llevaba un abrigo de mezclilla de la época de Cánovas del Castillo y que iba cargado de periódicos. Estaba sin afeitarse, con la cara llena de cañamones canosos, y me soltó a bocajarro la siguiente propuesta: «Muchacho, ¿tienes un momento?... Verás, soy vendedor de *La Papelera*, un periódico que editamos los pobres para poder ganarnos la vida honradamente, sin tener que mendigar ni robar». Comoquiera que yo estaba en fase de reforma espiritual y psíquica, me interesé por su historia: «Sí. La idea fue de un panameño, un genio. Yo llevo esta zona del Retiro, y el periódico se vende bastante bien aquí, porque casi todos piensan que si no te lo compran vas a atracarlos, y ese miedo le viene estupendamente al negocio... El caso es que no puedo llevar todo para adelante, porque tengo un negocio paralelo, por así decirlo, y me faltan manos para vender *La Papelera*, así que estoy buscando a un socio de confianza, ¿me explico? Un 10 % de la ganancia bruta. O sea, que, vendiendo al día una media de cincuenta periódicos, puedes sacar al mes un dineral». *La Papelera*, bueno. Peor sería *El Contenedor*, eso sin duda. De modo que, considerando que aquel trabajo podía cooperar en mis complejos planes de rehabilitación filosófica, le dije a aquel tipo que sí, lo que me convertía nada menos que en el empleado de un mendigo.

Aquel mendigo en trance de regeneración por vía del periodismo se llamaba Lucas Lerma y debía de andar por la sesentena larga. Presumía de haber sido banderillero, pero a saber. En sus ojos brillaba una especie de rayito tunante, parecido al que tienen los niños aficionados a la práctica continua de la diablura.

Bueno, curiosamente, los negocios más demenciales pueden llegar a funcionar, y aquello de *La Papelera* funcionaba.

Cada mañana, llegaba yo al Retiro, me reunía con mi jefe en el punto acordado —el kiosco cercano al estanque pútrido—, me entregaba el fardo de periódicos y me hacía siempre una pregunta de contenido invariable: «¿No te

sentaría bien un latigazo de coñac para coger fuerzas?», así como una invariable sugerencia: «Sé agresivo con el cliente, Walter».

La Papelera —lo digo por si a alguien le interesase— era una publicación de periodicidad quincenal y de contenidos variados: una especie de magazine del arroyo. Lo mismo te encontrabas en sus páginas una disquisición sofisticada sobre el divorcio que una oda lírica a las noches pasadas a la intemperie, lo mismo la biografía de la vendedora n.º 124 (esa mujer gallega que se marchó con lo puesto a Tenerife porque no podía vivir sin ver el sol) que un consolador reportaje sobre la pobreza en Ruanda.

Gracias a los consejos profesionales de Lucas (mirar con ojos de ligera psicopatía a cierto tipo de clientes potenciales —ancianas, parejas de novios maduros, turistas japoneses y madres con niño, preferentemente—, insistir a los dudosos, observar si el comprador arrojaba a una papelera su ejemplar de *La Papelera* —valga la redundancia— y recogerlo para su reventa ilegal, quedando así el importe íntegro para nosotros dos, etcétera), gracias a esos consejos, según decía, el negocio iba bien. Divisiba yo a una viejecilla, por ejemplo, y me iba renqueando hacia ella; la vieja me veía y agarraba con fuerza su bolso, pero yo seguía avanzando (insobornablemente mercantil, mercantilmente insobornable) y, con voz cavernosa, le decía: «Señora, cómpreme *La Papelera*, y así no tendré que robar», tras lo cual la vieja abrió a toda hostia el bolso y me soltaba la pasta, agradeciéndome incluso que no la atracase y le rajara la barriga allí mismo. Y es que los negocios basados en el miedo de la gente casi siempre resultan rentables: la medicina, la mafia, el nazismo o el matrimonio, sin ir más lejos.

A la caída de la tarde, volvía a encontrarme con Lucas en el kiosco («¿Por qué no te pegas un latigazo de coñac para recuperar energías, Walter?») y le entregaba su parte porcentual de las ventas, así como los ejemplares sobrantes, dado que Lucas estaba obligado a acudir a diario a la redacción de *La Papelera* para rendir cuenta de los ejemplares vendidos, porque allí no se fiaban, al parecer, de nadie (no fuese que alguno se largara a las Bahamas con toda la recaudación del día), de modo, ya digo, que todos los vendedores tenían que someterse a un control diario consistente en que una especie de Encargado Jefe General, tras cobrar el porcentaje por ejemplar que correspondía a la empresa, contase los ejemplares —qué lío— que a cada vendedor le quedaban, para luego hacer reposición con arreglo a lo vendido, medida cautelar que evitaba la picaresca circunstancia de que los vendedores distrajeran el dinero.

Por las noches, cumplida la faena, solía pasarme por el Hades. Me tomaba como mucho un par de cervezas y, salvo que apareciera por allí Lupi Flamingo, me iba a casa temprano, respetando de ese modo la severidad de mi periodo de rehabilitación.

Y hablando, por cierto, de Lupi Flamingo... Una de las noches en que me fui con ella a su casa —menos por gusto que para evitar que el Psicópata me montase una especie de revolución rusa en el espíritu—, justo cuando estaba a punto de conseguir imaginarme que aquella cosa húmeda que lamía mi lengua no pertenecía a Lupi Flamingo sino a la veterana actriz porno conocida como Shasha Ponderoso, Lupi me tiró del pelo y, sacándome la cabeza de aquel foso supurante, me dijo: «Walter, dentro de unos meses voy a cumplir veintinueve años...». (Bien, yo estaba tan seguro de que Lupi tenía esa edad como de que Isabel la Católica era un travesti operado). Esperé acontecimientos...

—¿Tú me quieres, Walter?

—No lo sé, Lupi. ¿Quién puede estar seguro de eso?

—Entonces, ¿por qué estás conmigo?

—Ya te digo que no sé. Por... ¿perplejidad?

—¿Estás conmigo *por perplejidad*?

A las mujeres como Lupi Flamingo, en fin, les gustan mucho los debates de corte bizantino. «¿Por perplejidad?», insistió, absolutamente perpleja. Pero opté por proseguir la hechicería interrumpida, partiendo de cero: «¡Animo, lengua virtuosa, que estás bebiendo en la fuentecilla salada de Shasha Ponderoso, protagonista de *La novia del gorila*, entre otros éxitos!». Pero me resultó imposible sostener la ficción de que Lupi era Shasha. Mientras el Psicopríapo practicaba ya el submarinismo coralino —valga la expresión—, Lupi Flamingo se quedó todo el tiempo como una momia, mirándome con ojos de cristal duro. Desafiante. Sin... *sentir*. «¿Has terminado?», me preguntó cuando al fin me derrumbé sobre ella. Uh, uh: Lupi Flamingo adoptando el registro de indignada heroína de Eurípides.

Y es que te pasas dos o tres años enredado sexualmente con una tía y a la tía en cuestión acaba cuajándole en el centro del alma la gelatina del Amor de Verdad. A algunas chicas les ocurre eso, tan raro: te toman afecto a ti y le cogen manía a tu Psicópata, no se sabe por qué razón, y entonces comienzan a tener ideas desconcertantes: Amor, Cariño, Compañía, Comprensión... Folleteo sí, pero siempre que el Corazón esté implicado en la trama. Que el Amor, en suma, esté filtrado por el Sentimiento, no solo por un condón —Lupi Flamingo, tan de repente romántica...

Cada mañana, salía de casa temprano y me iba al Retiro a vender *La Papelera*. «¿Y no sería mejor que les robaras directamente el bolso a las viejecitas?», me preguntaba con sorna Sergei, al que aquella ocupación mía estaba a punto de convertir, no sé por qué, en un chistoso genuino.

«Todo tiene un principio y un final», cantaba Sergei Rex, imitando un gran éxito de Franky Rex. Puede que esa sea la única cosa sensata que haya dicho en toda su vida Franky Rex, aquel trovador del *fucking* apastelado. Un principio y un final. Sin duda. Lo de *La Papelera*, en fin, me duró varios meses, hasta que Lucas la acabó pringando, por así decirlo.

Bien. Como luego supe, el «negocio paralelo» al que se había referido Lucas durante nuestra primera entrevista comercial no era otro que el derivado de instalar un tapete en la calle Preciados para proponer a los honrados transeúntes con alma de timadores una sencilla apuesta: bajo cuál de las tres cáscaras de nuez se hallaba esa bolita que todo el mundo había visto ir a parar, clarísimamente, debajo de la cáscara de nuez del centro (o de la izquierda, o de la derecha, según). Es decir, que, aparte de mendigo, vendedor titular de prensa y jefe mío, Lucas era trilero: una especie de magnate del lumpen laboral, como quien dice.

Como es preceptivo en tal profesión, Lucas tenía un socio que fingía aceptar la apuesta cuando los curiosos rodeaban el tapete, y Lucas perdía pasta sin parar porque su socio siempre veía —como lo veía todo el mundo— adónde iba a parar la bolita. A los ojos de la gente, Lucas era en realidad un mecenas, un benefactor de la humanidad que regalaba la pasta. El Papá Noel del dinero fácil. La esfinge del misterio irrisorio. El director del Banco de España en campaña promocional. Y los incautos con alma de timadores acababan picando, y, de repente, la bolita nunca estaba donde parecía que estaba. Y Lucas se quedaba con la pasta ajena, tras timar legítimamente a quienes habían intentado timarle.

... Hasta que un día un vendedor de *La Papelera*, corroído sin duda por la envidia ante aquel ascenso laboral de Lucas, dio el chivatazo a los jefes del periódico, lo que tuvo como consecuencia la expulsión de aquel artista de la bolita embrujada del honorable cuerpo de vendederos de *La Papelera*, en cuyos estatutos fundacionales se condenaba de manera expresa el pluriempleo delictivo de sus asociados —más de dos mil en toda España.

De modo que me quedé sin trabajo, cosa que no me importó mucho, ya que estaba harto de asustar a las viejas y a los japoneses para que me comprasen el boletín oficial de los pobres, harto de pasarme el día bajo la arboleda del Retiro como si fuese Tarzán de los Monos y harto de padecer la

competencia rabiosa de los vendedores de *La Mano Amiga*, otro periódico — mucho mejor ilustrado que el nuestro— que había comenzado a editar una agrupación cismática de *La Papelera*. (Para colmo, *La Mano Amiga* no tenía una periodicidad quincenal, sino vertiginosamente semanal, con lo cual nos arrebatava el mercado, ya que la gente podía enterarse mucho antes de asuntos tan urgentes como la higiene bucal, el precio del pescado en Suecia o el horóscopo, así como de las razones que llevaron a los promotores de *La Mano Amiga* a escindirse de la agrupación editora de *La Papelera*).

«¿Ya han cerrado el periódico?», me preguntó Sergei Rex, sentado ante su piano japonés, estudiando la partitura del último éxito de Franky Rex, con un pijama de fantasías orientales idéntico a los que usaba Franky Rex, sonriendo irónicamente como Franky Rex cuando un periodista le preguntaba si era cierto lo de su romance con Rosaura Lovesay o con Miranda Yakemoshi o con Jennifer O'Hara. Insisto: Sergei Rex —un romántico ortodoxo— sonriendo *irónicamente*.

Y es que a él, por no sé qué motivo ni acicate, siempre le hizo mucha gracia mi ocupación: «Vas a acabar como ellos, como los mendigos», me decía. «¡Vendiendo periódicos de mendigos!», exclamaba. Lo que no sabía Sergei Rex es que yo estaba en un *proceso de rehabilitación integral*. En un *proceso*. Sergei Rex, a fuerza de tocar en bodas y bautizos, tenía ya un alma de merengue puro y no me extrañaría nada que, en sus momentos de sentimentalismo fanático, llegase a pensar que el mundo es un bonito paraíso en el que todo el mundo se besa (y los labios con sabor a daiquiri) bajo la luz del crepúsculo de Miami, con banda sonora de Franky Rex. O algo parecido a eso, a esa basura que tienen en el corazón los cantantes melódicos.

Aquello, en fin, era como la fábula de la cigarra cantarina y la hormiga laboriosa, poco más o menos.

«O sea, que tu jefe era encima un timador», me dijo Sergei, sonriente, altamente irónico, frankimente hiriente, rexiamente insultante, cuando le conté —no sé para qué— toda la historia.

Pero es que Sergei Rex no había estado nunca en el infierno. A Sergei Rex no se le había ocurrido asomarse nunca al infierno por la sencilla razón de que Franky Rex nunca había hecho tal cosa. Si Sergei Rex, en vez de ser imitador de un cantante de mierda como Franky Rex, hubiese sido un imitador de Jim Morrison o de Jimi Hendrix, sí. Entonces sí: Sergei Rex, regio rex de la imitación, se hubiera tirado de cabeza al infierno para imitar a su ídolo al pie de la letra. Pero Juan Escalante se había convertido en Sergei Rex *precisamente* porque su ídolo era Franky Rex. Lo era por naturaleza: todas las

células de su cuerpo estaban predestinadas a eso. «¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Vender tabaco de contrabando en los semáforos?», me preguntó Sergei Rex, frankirregiamente sardónico. La idea no era mala, pero le contesté que lo más seguro era que me metiese a chuloputas, cosa que no dije de corazón, claro está, sino para dejar a Sergei Rex sin palabras, como así fue, porque él era un putero vergonzante que recurría a los servicios de todas las putillas extranjeras de tarifa mini que había en Madrid para hacerse la ilusión de que seguía los pasos de Franky Rex, el galán de un buen porcentaje de las mujeres esculturales del universo, sin distinción de raza o religión.

Pero sigo contando.

13 *Las carambolas del amor*

La adversidad crea sus cadenas peculiares. Naturalmente que las crea. Lo digo porque un día volví a casa y me encontré allí a Lupi Flamingo. «¡Diablos, Lupi Flamingo en casa!», pensé, y, como llevaba una temporada con el Psicópata sometido a régimen, se me pasó por la cabeza la idea científica de hacerle unas cuantas perrerías sexuales. Lo que no se me ocurrió pensar fue qué hacía Lupi allí, porque siempre habíamos hecho nuestras prácticas pseudopornográficas en su casa (aquel elefante de peluche que tenía sobre su cama puede dar fe de lo que digo) y nunca le había insinuado siquiera dónde vivía yo.

«Eh, Lupi», fue lo único que acerté a pronunciar. Lupi Flamingo, envuelta en su habitual nube de perfume gracias a su condición de Jefa de la Sección de Cosmética de unos Grandes Almacenes, estaba recostada en el sofá y llevaba puesto el albornoz de Sergei Rex, casi idéntico al albornoz con el que aparecía Franky Rex en el reportaje fotográfico que le hicieron en su piscina de Miami. Antes de que pudiera abalanzarme sobre Lupi Flamingo, salió de la cocina Sergei Rex en calzoncillos —aquellos calzoncillos de seda estampada marca Hanes, como los que usaba Franky Rex, según había confesado a una entrevistadora de la revista *Fame*, porque Franky no se dejaba fotografiar en calzoncillos.

Yo parecía el espectador de un partido de tenis: miraba a Lupi Flamingo, miraba a Sergei Rex. Y viceversa. Flamingo en albornoz y Rex en calzoncillos. (Uh). Por mi mente pasó a la velocidad de la luz una paloma mensajera: aquella noche en que yo estaba con Lupi en el Hades y apareció por allí el falso Rex para avisarme de que a la mañana siguiente tenía que acompañarlo a un bautizo: «Lupi, este es mi amigo y compañero de piso Sergei, Sergei Rex». (El paripé barato de Franky Rex...). «¿Quién es esa Lupi?», recuerdo que me preguntó luego Sergei doscientas veinticinco (mil) veces, interesadísimo.

Bueno, lo propio de estos casos: le presentas un ligue a un amigo y acaban bailando la conga de Cupido en lo alto de un colchón. Suele ocurrir.

«Estamos saliendo juntos», me confesó Lupi. «Y queremos vivir juntos», añadió Sergei. «Enhorabuena», agregué yo. Vivir juntos...

Aquella pareja no dejaba de resultar extraña a primera vista: Lupi Flamingo, una pornógrafa vocacional contra natura, reina de la felación simplemente pasable, Jefa de Cosméticos, entusiasta de la ropa interior de colorines, y Sergei Rex, imitador literal de Franky Rex, monje del sexo gratuito, putero vergonzante. (Bueno, bueno, ¿qué clase de circo va a ser el siglo XXI?).

Pero lo cierto es que todas las parejas verdaderamente lógicas resultan extrañas a primera vista. Sin duda, Lupi Flamingo se había liado con Sergei Rex porque estaba comenzando a hartarse no de aliviar Psicópatas por ahí, ya que eso no pasa de ser una forma de artesanía, sino de verse cada mañana más vieja en su espejo imprudentemente iluminado, a pesar de ser Jefa de la Sección de Alquimia de unos grandes almacenes y disponer gratuitamente de *cremas*, sospechando —con bastante fundamento— que, a la vuelta de un par de años como muy tarde, acabaría convirtiéndose en una mendiga de sexo espontáneo, una de esas teñidas de purpurina que buscan los favorecedores rincones penumbrosos de las discotecas para entablar conversación con los alegres gorditos divorciados.

Sergio Rex, por su parte, se había liado con Lupi Flamingo porque era un putero y Lupi le ofrecía lo mismo que en los burdeles, con la ventaja de la gratuidad; es decir: un cariñoso desprecio, una profesionalidad perfeccionable, una frialdad teatralizada como frenesí y una cómoda rapidez en el servicio.

«Es mejor que te vayas y que vuelvas un poco más tarde», me sugirió Sergei, la calcomanía de Franky. «Estoy en mi casa y necesito dormir», le dije, de modo que me metí en mi cuarto, dejando a Romeo Rex y a Julieta Flamingo en el salón, ávidos de sexo desolado.

Cuando me metí en la cama, me entró una risa floja. Supongo que me oyeron. *Espero* que me oyeran. Aunque no me reía de ellos, no, porque comprendo que todo el mundo tiene derecho a disfrutar en esta vida de ese subproducto subpornográfico que llamamos amor. No, no me reía de ellos, aunque no estaba de más el que ellos oyeran mi risa. *Por si acaso...*

Lupi y Sergei... En fin, supongo que a cierta edad, y bajo el peso de ciertas circunstancias, todos necesitamos un poco de afecto y compañía. Un poco: lo suficiente como para imaginarnos que es mucho.

Salvo que yo esté muy mal informado, el amor es un invento sociocultural bastante complejo, con su loca maquinaria de sentimiento y de instinto, de

ritual sagrado y de enrevesada pantomima, ¿verdad? Y hay tantas variedades de amor, son tantos sus estímulos y tan secretas sus razones...

Si la población del mundo actual la constituimos unos ¿4 000 000 000?, de seres desconcertantes, la edición actualizada de la *Enciclopedia básica de la sexualidad humana* debería constar de cuatro mil millones de tomos —y otros tantos apéndices que recogiesen información elemental sobre lo que se nos va a pasar por la cabeza de *hic et nunc* a mañana por la mañana: la nuca húmeda de la empleada de la cafetería, ese sueño confuso en el que aparecerá, con poca ropa, la hija pequeña de nuestro hermano...

Se trata, en fin, de un submundo efervescente.

Tenemos por ejemplo congéneres a los que no les gusta el sexo. La gente poderosa consigue el poder porque no está obsesionada con el sexo: quiere poder, no folleto insensato —al contrario que nosotros—, que tiramos nuestras coronas de reyes pensativos a la papelera en cuanto vemos el contorno de un sujetador de talla especial bajo una blusa. Sí, de acuerdo: la gente poderosa organiza estúpidas orgías con relativa frecuencia; sí, los tipos poderosos se echan amantes rotativas de carnes duras como los neumáticos de sus coches casi humanos (hablan, se quejan, amenazan...), se buscan novias elásticas como panteras... De acuerdo. Pero no lo hacen por el sexo en sí, por el sexo como religión sanguinaria y telúrica, sino como signo de ostentación de su poder —el suelo del salón lleno de bragas, esa melena que se derrama sobre tu entrepierna a la más mínima orden: «Tú, rubia, ven aquí...». Para la gente poderosa el sexo es un mero gaje del oficio.

Las mujeres patológicamente ambiciosas, por su parte, se buscan a ancianos que hayan descubierto al final de su vida que el sexo es más importante que el poder (la dramática edad de los cetros simbólicos) y se casan con ellos tras hacerles beber ese filtro de embrujo que proyecta en su mente desmemoriada un arcoíris crepuscular —la joven que recorre sin prisa los pasillos de una mansión oscura en busca de la mascarilla de oxígeno de su flamante esposo: ese sísifo tantálico de la lujuria que no puede ofrecerle sexo, pero sí poder. Todo el poder que ella sea capaz de soportar sobre sus hombros bronceados.

Lupi Flamingo y Sergei Rex, al liarse entre sí, buscaban su pequeña parcela de *poder*: el *poder* renunciar al sexo errático y frío de los encuentros casuales (ella conmigo, con cualquiera) o de pago (él, solitario contador de billetes ante el altar de Venus Venal, intentando igualar el donjuanismo de Franky Rex por ese atajo psicológico); el *poder* levantarse junto a alguien que esté obligado a escuchar el relato de tus pesadillas; el *poder* arrojar a la

misma cesta de la ropa sucia la lencería de colores insensatos de ella y los calzoncillos de él, idénticos a los del gran y genuino Franky; el *poder* hablar de la inminente reestructuración de la sección de perfumes o de las últimas entrevistas concedidas por Franky Rex sin que la ironía asome con gesto de serpiente entre las comisuras de los labios de quien nos oye... Ese tipo de *poder*, tan parecido al desvalimiento.

Al día siguiente, cuando salí de mi cuarto, Sergei Rex me dijo que tenía que irme del piso. Su vida había cambiado y yo tenía que irme del piso. Lupi Flamingo le había dicho que no volvería por allí hasta que yo no me fuera para siempre. Estaban enamorados y yo tenía que irme del piso. Iban a vivir juntos y yo tenía que irme del piso.

Le dije que sí, que me iría. Que me diese un poco de tiempo para buscar otra cosa, confiando en que se le pasara aquel sarampión sicalíptico. «Mañana o pasado mañana como mucho», me dijo Sergei Rex, súbitamente lapidario. O sea, después de compartir un piso, un techo, un hogar, durante más de tres años de manera armónica (exceptuando sus caprichosos enfados por asuntos relacionados sobre todo con la cocina: esos platos sin fregar, ese yogur desaparecido de manera misteriosa...), Sergei Rex me ponía en la calle por culpa de una maníaca del sexo y los perfumes.

Bueno, bueno. Me sentía como un judío en la Alemania nazi o como un efebo heterosexual en la Grecia clásica o en la California moderna. Desplazado. Expulsado. Arrojado a la errancia —que es una palabra que ni siquiera existe.

Ahora que lo pienso, el problema tal vez estuviese en que por los recovecos freudianos de la cabeza de Sergei debían de brotar, como rosas cuajadas de espinas, los relatos pormenorizados que me obligaba a hacerle, durante nuestros ratos de rara intimidad doméstica, de mis experiencias sexuales, y por allí aparecerían, hirientes ahora, ofensivas ahora, mis viejas descripciones —mientras Sergei me miraba con una mezcla de ansiedad y de rencor— de la ropa interior de Lupi Flamingo, de la manera de chillar (písenle el rabo a un gato) de Lupi Flamingo, de la frialdad polar del culo de Lupi Flamingo, del gusto de Lupi Flamingo por...

En fin, yo sabía que lo de Lupi y Sergei iba a durar poco. No es que estuviera seguro de que iba a tratarse de uno de esos idilios que se agotan a los quince polvos. No era eso: igual hasta siguen juntos, hoy, muchos años después. No. Lo que yo sabía era que Lupi Flamingo acabaría echando de menos su etapa de atormentada pornógrafa gratuita, cuando iba por ahí llenando los bares de perfumes nucleares y de ansiedad —porque la mujer

que nace cazadora muere cazadora: Diana por el bosque del Éxtasis Fortuito, con el carcaj lleno de flechas, aunque ninguna haga blanco. Lo que yo sabía era que Sergei Rex, tras la primera semana pasional, acabaría percatándose del estado imparablemente marchito de Lupi Flamingo, y que acabaría comparándola con la última novia caribeña o báltica de Franky Rex, y que de aquella comparación no podía salir nada bueno para Lupi. Lo que yo sabía era que Lupi Flamingo acabaría harta de que Sergei Rex fuese un parásito mental de Franky Rex, su obsesivo sosias; harta de oír hablar a todas horas de Franky Rex, el fantasma semifamiliar de Miami; harta de oír las canciones de Franky Rex cantadas por Franky Rex y recantadas por Sergei Rex, harta de ayudar a Sergei Rex a llevar el piano japonés a las bodas y bautizos. Harta, en fin, de llamar Sergei a un tipo que ni siquiera se llamaba Sergio, sino Juan... Oh, sí, a los dos o tres meses de ver cada noche la ropa interior (roja de sangre, verde de rana, azul eléctrico) de Lupi Flamingo, Sergei Rex acabaría hartado de ver esas prendas fantasiosas y patéticas. A los dos o tres meses de estar brindando números de porno doméstico a su nuevo amor, Lupi acabaría sintiendo nostalgia, en suma, de sus épocas de sexo casual y embrutecido, cuando la vida era una jungla de bestias aullantes. (Aunque no sé para qué me meto yo en la vida de la gente). (Para calentarme la cabeza, supongo).

Pero, bueno, yo también tenía un problema, más inmediato que el de aquellos tórtolos con el sexo al rojo vivo: buscar un nuevo alojamiento.

Gracias al Amor ajeno, me veía de nuevo en la calle, nómada en la ciudad. Con un equipaje de luto y de incertidumbre a mis espaldas a modo de joroba metafísica.

En la calle Martes Fatídico, a la altura del portal número 13, como quien dice.

14 *De matón en Sodoma. La etapa lírica*

Bueno, como siempre que me encontraba en apuros, recurrí a Luiyi, que seguía prosperando gracias al narcotráfico y a los licores fraudulentos, archivados ya sus ideales trotskistas de antaño, mientras que Mortadela Dick cumplía el servicio militar en Melilla, completamente pringado después de agotar todas las prórrogas posibles. (No deja de ser curioso, por cierto, que un tipo como Luiyi, que nunca me cayó bien y al que nunca caí bien, haya sido uno de mis grandes benefactores: ¿quién es el chiflado capataz del mundo?). «Si te puedo echar una mano, o incluso una mano y un dedo de la otra...», me dijo Luiyi, monarca absolutista del ingenio.

Durante una temporada, en fin, estuve viviendo en el Hades —y nunca mejor dicho. Mientras Luiyi hacía caja, sacaba yo un colchón del almacén, lo echaba al suelo (hubiera sido interesante conocer el informe de Greenpeace sobre aquel suelo) y me dormía bajo una atmósfera de tabaco rancio y de alcohol endulzado con refrescos pegajosos. («No vayas a beberte toda la licorería de una sola vez», me advertía Luiyi antes de irse). Me despertaba como debía de despertarse Nerón: entre los restos de una orgía estupenda y asquerosa. Con ganas de matar o de morirme.

Fue otra época mala, o sea.

Luiyi, para no hacer mudanza en su buena costumbre, me buscó una ocupación remunerada, consistente en oficiar de algo así como de guardaespaldas de un marica de carácter rococó.

Mi nuevo jefe se hacía llamar Toni, andaba por la setentena y era anticuario y poeta lírico. Una noche, en su recorrido por los locales de chaperos y de *strippers*, le dieron una paliza antes de robarle y le había cogido miedo a la frondosa madrugada de los pecados mortales, de modo que andaba a la búsqueda de un acompañante protector. Luiyi, con muy buen criterio, pensó que, puesto que yo había estado metido no hacía mucho en una espiral de peleas gratuitas, podría ser el adecuado para meterme, llegada la ocasión, en peleas remuneradas. —Pensó bien.

Toni me recibió en su casa, un piso destartado repleto de sofás recubiertos con mantones de Manila y trajes dieciochescos de torero, repleto de figuras mitológicas, repleto de vitrinas con porcelanas y terracotas y repleto de cuadros tiznados por el tiempo, el Oscurecedor... Un inmenso atril sostenía un libro de coro en cuya historiada capitular reposaba (miremos la realidad con microscopio, pongamos el *zoom*) un lánguido impúber, artista del caramillo: allí, recostado despreocupadamente en el flanco de una A gótica.

Toni vestía con esa gracia dandística propia de los adultos obsesionados con el paso del tiempo, y nunca faltaban en su indumentaria los complementos fantasiosos: fulares que le llegaban hasta las rodillas, corbatas de inspiración libérrima, gemelos de pedrería complicada, alfileres de corbata en forma de animales fabulosos y ese tipo de chucherías.

De entrada, Toni me cayó mal.

Las primeras palabras que me dijo estaban embutidas en dos signos de interrogación y llevaban un poco de pimienta en grano: «¿Siempre vas vestido de *esa* manera?». Bueno, la manera en que yo iba vestido venía determinada por una ventolera estética ciertamente demodé: cazadora vaquera, camiseta estampada y pantalones vaqueros o de pana —aunque, en cualquier caso, acampanados—, con su dingdong psicodélico. Pero es que yo no tenía dinero para estar a la moda. «¿Y *eso*?», me preguntó a continuación, señalando con una incomprensible comicidad mis botas tejanas con punteras de plata, que en su día me costaron un huevo —y escalofriantes rozaduras al principio.

«Mira, tú te vienes sobre las once de la noche y nos vamos de paseo», me dijo. De paseo... Bien. Los paseos de Toni tenían un itinerario fijo: el Coco Dancing, el Pompeya, el Colibrí y vuelta al Coco Dancing, que era el local favorito de mi jefe.

En el Coco Dancing había un cuarto oscuro en el que se supone que la gente se metía a bailar, aunque aquello era en realidad un acuario lleno de tentáculos de pulpo ciego —ya me entienden. El Pompeya, en cambio, era un sitio especializado en el difícil arte del *striptease* masculino y estaba decorado como la casa de un procónsul romano aficionado a tocar la cítara, poco más o menos. El Colibrí, por su parte, no era otra cosa que un club de locas decididas a ser aún más locas: adolescentes tardíos que, en el arrebatado de la inspiración, se acoplaban pestañas postizas de faraona y se vestían como divas del folclore nacional, a la espera de un pretendiente.

Cada noche, tenía que aclarar a dos o tres colegas de Toni que no me iba la misma sexualidad que a ellos, que lo mío eran las mujeres. (Las mujeres,

sí... Las mujeres que se morían de sobredosis y las mujeres que acababan liándose con mi subarrendatario y dejándome en plena calle).

Durante un mes, estuve acompañando a Toni en sus peregrinaciones por las sucursales madrileñas de Sodoma. Para bien o para mal —eso nunca se sabe—, incumplí mi promesa antialcohólica, porque resulta muy difícil pasarte las noches en plena república gay sin proporcionarle a tu sistema neuronal un poco de apoyo logístico. Por lo que atañe a las cuentas, debo decir que me cuadraban: Toni me pagaba bien y además me invitaba a copas. Por si fuera poco, yo no le atraía físicamente, según me aclaró el primer día, circunstancia que aseguraba la limpieza y durabilidad de nuestra empresa en común, basada en su miedo.

Salvo en cuatro o cinco incidentes diarios de poca monta (un chapero violento, un camarero con ínfulas ducales), yo apenas tenía que actuar en mi condición de guardaespaldas —o como quiera llamársele a eso que tenía que hacer yo. Salvo, por supuesto, que tocara Noche Grande...

Porque a Toni le acabé adivinando su método, ya que todos los degenerados tienen un método (...bueno, sí, *tenemos* un método) para racionalizar o dosificar su degeneración (...de acuerdo, sí, *nuestra* degeneración). El método de Toni era muy primitivo y muy ascético en el fondo: salir todas las noches, pero volverse loco una sola noche a la semana, con arreglo a su curva biorrítmica. Eso sí, la noche en que tocaba Noche, Toni pecaba contra todos los mandamientos bíblicos y contra cualquier mandamiento de la autoridad: se emborrachaba, se ponía a bailar como una bruja anfetamínica, se pegaba con los otros viejos depredadores, se tiraba al cuello de cualquier gladiador unisex y, en fin, no había cosa en este mundo que, a poco ilegal o pecaminosa que fuera, dejara Toni de hacer a lo largo de esa noche semanal dedicada al ultradisfrute hipergay de los dones de la vida.

En tales noches señaladas, tenía que quitarle de encima a las viejas reinonas que intentaban pegarle por haber galanteado a sus apolos favoritos, tenía que sacarlo a rastras de los reservados del Pompeya tras haber sido machacado sexualmente por alguno de los antínoos que allí practicaban el *striptease* y el chaperismo y, en fin, tenía que meterlo en la cama cuando el alcohol le bloqueaba el cerebro con una especie de tapón alucinógeno.

Ese era su método: un descenso semanal a los infiernos del delirio en los que mora, rodeada de ninfos y nereidos, la dicharachera diosa Mariquita, la de abaniqueantes pestañas de impostura.

Cada noche digamos *normal* (porque, como ya he dicho, Toni, el cascado setentón, llevaba medio siglo saliendo todas las noches así cayeran meteoritos

del firmamento), después de renunciar a morder la fruta fugaz y trepidante del sexo de pago, reservándose como un asceta para la Noche Grande, Toni volvía a su casa con el ánimo tocado de muerte por la melancolía. «La soledad, Walter», suspiraba. «Esto no es tan alegre como parece, Walter», me decía. «Cada cual tiene una condena, Walter».

Cuando alguna vez Toni se llevaba a algún chaperero a casa, yo tenía que quedarme tras la puerta del dormitorio, por si la juerga se torcía y tomaba un rumbo delictivo por culpa del romeo de alquiler, pero nunca ocurrió nada, porque aquellos muchachos eran unos profesionales genuinos.

Poco a poco, Toni y yo fuimos hablando de lo que suelen hablar los desconocidos en cuanto se ven más de tres o cuatro veces seguidas: de nuestra desconsolada intimidad. Le conté la historia de Vani y él me contó la del patinador casi niño que le robó un crucifijo de plata valiosísimo para metérselo en vena una vez sometido a la alquimia litúrgica del mercado negro, que convierte los metales preciosos en polvillos inyectables. Le conté la historia de Lupi Flamingo y de Sergei Rex y él me contó la de aquel novio que se echó en la mili y que luego fue ministro de Franco y padre de una prole numerosa.

A los solitarios suele ocurrirnos eso: que nos vamos de la lengua. Ansiosos de *¿comprensión?* No sé, ansiosos, más bien, de poder verbalizar la molestia que nos causan esos alfileres sentimentales que tenemos clavados en el alma, por decirlo con cierta solemnidad. Y así nos fuimos dando afecto y confianza.

Cuando Toni se enteró de las condiciones en que yo dormía en el Hades, me dijo que eso no podía ser y me ofreció una de las muchas habitaciones de su piso. Yo no sabía si aquello iba a ser bueno o malo para la marcha de nuestro negocio, pero acepté sin dudarlo, harto como estaba de acostarme sobre las colillas y los cubatas derramados por las manos temblorosas (aparkinsonadas de galantería o de alcoholismo) de la clientela del Hades. Ni siquiera el hecho de tener clavada en mi subconsciente la flecha apache y ultrafreudiana de mi experiencia semihomosexual con Corpus Christie me hizo dudar de las grandes ventajas de aquella mudanza, fuesen las que fuesen tales ventajas, que aún estaban por ver.

Toni me preparó una habitación en la que había una cama isabelina presidida por un crucifijo bastante tremendista, una mesilla de noche y un armario que parecía la puerta de un castillo. Me puso un juego de sábanas de hilo olorosas a alcanfor y otro de toallas mullidas olorosas a alcanfor. «¿Todo a gusto del señorito?». (El Señorito, pobre Juchi). Por supuesto que sí: aquello

era como volver a casa, a aquella casa de sábanas limpias y crujientes que se desbarató tras la muerte de mi madre casi por el mismo procedimiento por el que se desbarató el hechizo de Cenicienta.

Toni me preparaba el desayuno y a veces incluso el almuerzo. Casi todas las noches me invitaba a cenar en algún restaurante, antes de adentrarnos en la jungla. Se veía que yo le caía bien, y a mí acabó cayéndome bien él, aunque muchos de sus gestos me recordasen los de mi tío Bobby, que no me caía tan bien.

Alguna que otra noche, Toni, fanático de la luna, decía incluso que no le apetecía salir y nos quedábamos en casa, sentados en aquellos sofás abrumados por mantones y por chaquetillas de torero, tomándonos un *whisky*, charlando de nuestras vidas. A veces, Toni me leía poemas suyos, versos en los que latía el ansia de sus pasiones de arrabal y en los que se fundía la más descocada joie de vivre con la más acerada desolación.

Lástima que tenga yo una memoria tan mala para las poesías de la gente... ¿Cómo era aquella?, ¿aquella poesía suya que me gustaba tanto? (Más o menos...).

Por los turbios arroyos voy buscando la vida.
Por los turbios arroyos: los que arrastran cristales
de las fiestas confusas, los que arrastran letales
sustancias de las noches de sexo y de bebida.

Mi alma cruza el suburbio con la cara escondida
—su sombra recortada, siniestra, en los murales
manchados de grafitis y de esencias fecales—
cuando sale la fauna lunar de su guarida.

La noche no conoce compasión ni indulgencia,
pues todos la cruzamos con ojos de codicia,
como cruza las junglas el viejo cazador.

Yo conozco el veneno que escupe la conciencia,
y conozco el engaño, y la dicha ficticia.
Pero nunca he sabido a qué llaman amor.

Toni era un ser desvalido y de buen fondo, a pesar de esos momentos en que le vencía un eléctrico histerismo de colegiala caprichosa, provocado sobre todo por asuntos relacionados con su negocio de antigüedades. Entonces, la lengua lírica de Toni se transformaba en una lengüecilla de áspid: «Esa jodida putita de Jiménez va a chafarme la compra de una tablita de Sánchez Cotán, pero le voy a arrancar los pocos pelos que le quedan a esa zorra maricona», y cosas así. Pero, normalmente, Toni hacía gala de buen carácter, mezcla de la acumulación de desengaños y de haberse liado la manta de la vida a la cabeza.

Durante el día, al no tener otra cosa que hacer, me iba con Toni a su tienda (aquellos jarrones chinos gigantescos, aquellos espejos dorados y gigantescos, todas aquellas cosas gigantescas, como traídas del país de los cíclopes) y le echaba una mano en el traslado de los cachivaches, o le hacía recados, o escuchaba sus explicaciones sobre el estilo chippendale o sobre las labores de taracea.

También hablábamos algunas veces de poesía. Toni había publicado dos libros a su costa: *El espejo delator* y *Dioses del arrabal*. Me los regaló dedicados, con aquella letra suya que parecía la de un duque de la Edad Media. Él era partidario, sobre todo, del soneto, al que reconocía la condición de artefacto idóneo para expresar con la mayor donosura estilística cualquier tipo de asunto. «Pero hoy la gente no sabe escribir sonetos», se lamentaba.

Como, por mucho que hiciera durante todo el día, yo no pasaba de ser en realidad un ocioso, sentí de repente la llamada de la Poesía, sin duda porque me acordaba mucho de Vani. De modo que me atreví a ensayar la alquimia del soneto, tomando como ejemplo los que venían en los libros de Toni, con la idea de dar una sorpresa intelectual a mi jefe y protector.

SONETO DE WALTER ARIAS SOBRE LA RAREZA DEL VIVIR

Mi abuelo, que cargóse una vez a un elefante,
decía que la vida es misteriosa.
Y es verdad, porque miras una cosa
y parece otra cosa. ¡La hostia! Qué inquietante.

Cuando vas para atrás, te dicen: «¡Adelante!»,
cuando vas adelante te dicen: «¿Dónde vas?».
Como dijo mi abuelo, al estilo del Dante,
«La vida es el invento peor de Satanás».

Y en ese punto me quedé, porque no se me ocurrían más versos, pero el soneto estaba ya apañado en su esencia, según mi libérrimo albedrío, aunque hoy me parece que es bastante malo, a pesar de la referencia a Dante, que por aquel entonces —seré sincero— solo me sonaba porque mi jefe abría con una cita suya el poemario titulado *Dioses del arrabal*.

Cuando se lo enseñé a Toni, se rio, me dio una palmada en la espalda y me dijo: «Uy, Walter, estupendo». Pero, claro, cuando le pedí su Opinión Sincera —lo peor que puedes pedirle a alguien en este mundo—, me dijo que el soneto tenía una normativa que había que respetar. Por ejemplo, un soneto estaba obligado, no sé por qué razón, a tener catorce versos o renglones. «Y ¿por qué no ochenta o ciento quince?», le pregunté, y a Toni se le disipó la sonrisa y me contestó, con repentina seriedad: «Porque el soneto es así, y basta. Además, los versos deben tener un número determinado de sílabas». ¿Sílabas? Bueno, se ve que el soneto no era lo mío.

Unos días después, Toni, sin duda arrepentido de su reacción ante mi debut poético, me regaló una camiseta que tendría sin duda reservada para algún adonis de alquiler y me dijo que era mejor que al principio no me metiera en los laberintos del soneto, sino que practicara el moderno verso libre (mucho más fácil y desahogado a su entender, aunque de escasa valía artística), para de ese modo ir familiarizándome de modo paulatino con las musas, tan estrictas en todo lo relativo al soneto.

Bueno, a mí la poesía me interesaba y me interesa poco, y no entraba en mis cálculos el hacer carrera literaria, ya que comienzas escribiendo sobre la plata incendiada del crepúsculo y acabas vistiéndote como Toni y haciéndote cliente habitual del Coco Dancing. Pero en algo había que distraerse, y aquel súbito interés mío por el renglón corto era, además, una manera de rendir homenaje al mundo de Toni, como agradecimiento por su camaradería y por haberme sacado de aquellos lodazales que rodeaban mi colchón, como un foso de inmundicia, en el suelo del Hades.

«¿Y de qué puedo escribir?», le pregunté a Toni, y me dijo que de las cosas habituales en poesía: del amor, de los otoños, de los crepúsculos o del paso del tiempo.

El paso del tiempo... Ese era un buen tema, sin duda. De modo que, de un tirón, para ir haciendo mano, escribí el siguiente

POEMA DE WALTER ARIAS SOBRE EL PASO DEL TIEMPO

El pasado está fiambre.
El presente, ya tú ves.
El futuro tiembla como un flan
en los terremotos del pensamiento filosofante.
De manera
que estamos apañados con el tiempo.

«En fin, en fin, esto va tomando cierto calibre heraclitiano», me dijo Toni, no sé si con un poco de retranca —porque por entonces yo aún no había leído no ya a Heráclito de Éfeso, sino ni siquiera a Parménides de Elea, ese chulo antipitagórico...

A veces, ya digo, Toni me leía versos, suyos y de otros, mientras tomábamos un último *whisky* después de volver de sus correrías por el jardín de Afrodita Pandémica. «Te prometo que algún día escribiré un soneto perfecto, Toni», le decía yo. «Y servidor que lo vea pronto», me decía él.

Una noche le pregunté a Toni que si, aparte de sobre los crepúsculos y todo eso, también se podían escribir poesías sobre los muertos. «Por supuesto que sí». Y es que yo quería escribir una poesía sobre Vani, mi pequeña difunta. Así que, una vez obtenida la licencia de Toni, escribí el siguiente

POEMA DE WALTER ARIAS SOBRE VANESSA MARÍA, MUERTA DE SOBREDOSIS

Tú no tenías edad sino para humillar al sol
con tu pureza vampírica de ninfilla suburbial.
Tú no tenías edad para la muerte.
Y, sin embargo, ahora estás en la tumba,
Vani fría, y en tu brazo un pinchazo aún delata
el paso de la Parca por tus venas,
mi selvática Vani de los pechos dulcísimos.

A Toni no le gustó mucho esta poesía, porque a él le hacían poca gracia los asuntos femeninos en general (su ocurrencia favorita era: «Una mala mujer, valga la redundancia»), pero me aseguró que iba progresando en lo referido a

cuestiones rítmicas. «Tienes oído, Walter». —Algo es algo: eufónicas orejillas.

Como estaba convirtiéndome en una especie de nuevo rico de la Lírica, también le escribí un poema a mi madre, pero creo que es peor que el que le dediqué a Vani, no sé:

POEMA DE WALTER ARIAS A SU MADRE, MUERTA EN ACCIDENTE

Vivió en el limbo de las muñecas polvorientas.
Para ella, la realidad no era un enigma
sino una sala de columnas simétricas
con apenas tres monstruos
—Mundo, Demonio y Carne—
agazapados tras de ellas
con la sola misión de estremecernos
alguna que otra vez
y forjar de ese modo nuestro espíritu
desde la adversidad.

Creía firmemente en la Vida Eterna
y en la leyenda escalofriante
de la Resurrección de los Muertos,
pero le daban pánico las lagartijas.

En fin, yo estaba hecho un auténtico trovador. Pero las inspiraciones más terribles estaban aún por venir.

15 *Las barbies de París*

Un día, Toni me dijo: «¿Te apetecería venirte conmigo a París?». ¿París? *Naturelment!*

Según me explicó, en París tenía que verse con un colega suyo. «¿Un poeta?», le pregunté, absorbida como tenía mi mente por los torbellinos del lirismo. «No, un anticuario». Bueno, como si quería verse con un astronauta. París... —*Royaume du cabaret*.

Llegamos a París por la tarde, en un avión lleno de japoneses que venían de erosionar los adoquines de Madrid a fuerza de cabalgatas turísticas y que se disponían a erosionar los de París a fuerza de lo mismo, con sus zapatitos devastadores. (Los turistas japoneses, siempre de aquí para allá, pasan cuatro o cinco veces por encima de una nube, en aviones supersónicos, antes de que a la nube le dé tiempo siquiera a cambiar de forma, y llegan incluso a bautizar a sus nubes predilectas: Copo de Neblina, Loto Derramado, Enola Gay...). Nos hospedamos en un pequeño hotel del Barrio Latino en el que había muerto el simpático Oscar Wilde, según rezaba en placa de mármol, y, nada más dejar nuestro equipaje en nuestras respectivas habitaciones, nos fuimos a ver al anticuario amigo de Toni, que tenía tienda en la calle Bonaparte.

El negocio de aquel tipo era mucho peor que el de mi jefe, porque no exhibía gigantescos espejos dorados ni gigantescos jarrones chinos, sino apenas media docena de esculturas griegas, y no todas en muy buen estado, aunque expuestas, eso sí, con mucha teatralidad: focos de luz directa, pedestales de bronce y todo ese tipo de decoración ultrachic que tenía por objeto el camelar a la clientela, haciéndole creer que aquellos pedruscos con las narices rotas eran un gran qué.

Nada más ver a aquel anticuario, comprendí que Toni no estaba en París por asuntos mercantiles, o no del todo.

Cada noche, yo salía con Toni y con *monsieur* Villiers, que así se hacía llamar aquel vejete de pluma versallesca, para recorrer todos los bares de microclima gay de París, uno tras otro. Yo espantaba a los chaperos que no les gustaban o que se ponían pesados —y hay que reconocer que algunos

chaperos franceses resultaban especialmente cargantes; tanto que hasta no parecían chaperos propiamente dichos, sino pasionales artistas italianas de los años cincuenta, babeantes por un Hombre.

Como arrastraba por mi subconsciente —o por un sitio similar— un síndrome de índole medio pavloviana y medio freudiana que me impedía oler siquiera de lejos la cocina francesa (gracia que debo, como ustedes saben, a mi tío Bobby, que le metió a mi madre en la cabeza unas recetas que luego ella transformó en fórmulas venenosas), hacía mis comidas en cualquier hamburguesería o pizzería, en tanto Toni y *monsieur* Villiers se intoxicaban los intestinos en restaurantes de aparente finura, tragándose cualquier cosa de pinta nauseabunda y de naturaleza imprecisable.

Bueno, bueno. En París, salvando el asunto de las comidas, me sentía como en casa: ciudadano de derecho de un inconcreto país verbal que era el mío gracias a un idioma que rebrotaba en mi garganta como un lirio gangoso, sembrado allá en mi infancia por los estirados jardineros del Liceo Francés de Bogotá. (*Bonjour, ô Walter de la France! Bienvenu à ton impérieux Empire de mots épais comme l'empois*). Sí, el idioma es una patria que se eleva en el aire.

Toni y *monsieur* Villiers, a pesar de estar bastante cascados por el tiempo y por la veteranía en la vida disoluta, me tenían por ahí hasta las tantas (*Voici le soir charmant, ami du criminel*), mientras ellos escarbaban en el jardín de Urano para desenterrar del fango de los arrabales la cebolla diamantina de la Belleza.

Durante los primeros días, procuraba levantarme temprano para callejear y para hacer mi habitual estadística de tías buenas, pero había mañanas en que parecía que el dios de la noche (!) había ensayado un hechizo hipnótico (*ánimo, Walter, con las cuestiones estilísticas*) en mis cansados párpados, enemigos de la aurora —cosa que digo para seguir, oh musa, en el país de la pura poiesis.

Un día, al bajar a desayunar, vi cómo se registraba en el hotel un grupo compuesto por cinco mujeres maduras y estupendas: todas teñidas, todas pintadas igual que reinas del travestismo, con el aspecto maravilloso y desconcertante de unas muñecas Barbie de anticuario —y no sé si me explico: ese aire de goma cansada que adquieren las muñecas tras haber entretenido la infancia de una niña enferma de los nervios, valga la redundancia, que diría Toni.

El hotel (que se llamaba así: L'Hôtel, y que era pequeño y cursi como ¿una bombonera forrada de raso y terciopelo en la que royera un caramelo

ambarino un ratón perfumado?), el hotel, según decía, se llenó de pronto de un olor a madriguera de conejitas, y ese olor hace que se te nuble la vista y que el Subconsciente —el compulsivo casanova de ojos de caballo— se ponga de inmediato a trabajar en sus planes de desahogo, ayudado por su primo el Sub-Subconsciente.

«Esto apesta a puta», diagnosticó Toni cuando bajó de su habitación, haciendo con la nariz un mohín de caniche metido de repente a perro de caza.

Cuando salí de desayunar, vi, en la intemerata de la intemerata culminante, cómo un nuevo grupo integrado por cuatro muñecas Barbie igualmente ajadas, maravillosamente ajadas, se agolpaba en la recepción, con sus maletas de ante o de antílope (?), con su aura global de perfumes mezclados, formando una especie de bomba cosmética nuclear... Con sus cuarenta y tantos o cincuenta y tantos años por escote. Delirantes. Conejitas senior. Delirantes conejitas senior sostenidas por las cremas regenerantes y por el colágeno en vena. Sostenidas por sus estupendos esqueletos, cuya gracia nunca R. I. P.

Basta saber que compartes techo con una tribu de mujeres hermosas para que el corazón se te convierta en una válvula explosiva. Basta imaginar la dulzura crepuscular de los pechos ligeramente caídos para que un muchacho sensato se transforme en un loco peligroso. Y eso fue lo que me pasó.

Como no podía vivir en paz sabiendo que aquellas mujeres eran mis vecinas, decidí suspender mis paseos matinales en favor del espionaje de los movimientos conejíticos que se produjeran en el hotel L'Hôtel —valga la redundancia—. Y es que el Deseo nos convierte en seres intrigantes y ladinos, capaces de cualquier bajeza, de cualquier ruindad, de cualquier heroísmo. —El Deseo te convierte, no lo dudes, en Richelieu.

Al cuarto día de estar en París, a Toni le dio una especie de macrosíncope nervioso-coronario (y que la ciencia médica me disculpe si acabo de decir una barbaridad) que lo postró en cama. Y es que, antes o después, el cuerpo revienta por alguna parte y te dice: «Eh, un momento, soy el Hígado y creo que merezco un poco de respeto», por ejemplo. O te dice: «Oiga usted, insensato juerguista del demonio, soy la elástica Próstata y no estoy dispuesta a seguir soportando estas humillaciones».

Aquella indisposición del pobre Toni me vino de perlas para dedicar la jornada completa a las labores de observación del colectivo de barbies, siguiendo yo su rastro por los pasillos gracias a las estelas de sus perfumes, que dejaban en el aire el aroma barroco de un bosque en descomposición.

En el hotel L'Hôtel había una especie de cafetería que se daba los aires de ser el templo de los dioses homosexuales en una película de romanos: floridas estalactitas de escayola, una fuente de cascada idílica con focos verdosos y rojizos, butaquitas de peluche morado y moqueta azul. —La grandeur de la France en versión Lindsay Kemp—. Por las tardes, iban por allí cientos de maricas —turistas y nativos— para tomarse un café y para rendir de ese modo un homenaje al tío Oscar, el que penara en Reading por culpa del veneno del amor.

Bien, pues, por raro que parezca, yo no me movía de aquella Arcadia Snack Sodomítica, a la espera de acontecimientos, fuesen cuales fuesen tales acontecimientos. De vez en cuando aparecían por allí dos conejitas senior, a veces tres, a veces una sola, a veces todas juntas. Y yo era Walter en el París de las Maravillas. Walter en Conejitawonderland —si se me permite la expresión.

Comoquiera que, debido a mis largas estancias en la cafetería, acabé haciéndome coleguita del camarero, me enteré por él de que aquellas señoras eran putas de alto *standing* retiradas que se reunían allí anualmente para estudiar fórmulas conjuntas de inversión, o algo parecido a eso, ya que todas regentaban cadenas de burdeles, cadenas de peluquerías, cadenas de tiendas de moda o cadenas de bares. —Cadenas y cadenas y más cadenas, como una multinacional de la esclavitud jubilosa.

Fue enterarme de aquello y volverme tarumba del todo: Putas Carísimas Jubiladas (PCJ). La gran perversión soñada por cualquier obseso sexual: oír la gimiente elegía por el tiempo ido en boca de unas rapsodas magistrales, jubiladas ya de las legiones mercenarias del placer. «¿Qué hacer, Walter, y qué no hacer?», me preguntaba, tarumba perdido, con la conciencia en fase de colapso ontológico y con el entendimiento convertido en una papilla hamletiana.

Una tarde, cuando estaban todas en la cafetería, no pude contenerme y les dije, haciendo con mis dedos la uve victoriosa: «¡Chicas, sois las mejores!», y ellas me sonrieron con cierto embarazo no exento de melancolía, llorando por dentro por aquel tiempo de su juventud en que los hoteles eran sus cuarteles de amor, los templos enmoquetados en que se oía —según la especialidad de cada cual— el chasquido disciplinado del látigo o los gemidos propios de un polvo canónico, con el cliente exhausto de adulterio y metiendo barriga.

«¿Qué hacer?». Bueno, nada. Sentir la emoción de verlas, atildadas y señoriales, dándose el aire de unas duquesas napoleónicas y saliéndoles no obstante por todos los poros de su piel el espíritu efervescente de las cocottes.

Solo con eso yo era feliz en el hotel L'Hôtel. —Conejitas y conejitas, y yo sonriendo mientras tanto como el Conejo de la Suerte.

Toni me reclamaba a veces para que le hiciera compañía y lo ayudase a espantar el pánico, pero enseguida se quedaba dormido, abatido por los efectos secundarios de los medicamentos y de las prácticas abusivas del arte de la sodomía, tan quebrantadoras a su edad.

La pandilla de las conejitas jubiladas entraba y salía de la cafetería demencial del hotel L'Hôtel como un tropel de ninfas *a)* caducas y *b)* fascinantes, vestidas como princesas postmodernas, olorosas como floristerías químicas, elásticas como viejas leonas del acrobático circo del amor.

Si Oscar Wilde levantara la cabeza... Si la levantara el pobre Toni de su almohada y me viera allí, espía tenaz de aquellas frutas maduras a punto de corromperse en el árbol del tiempo... Y es que yo estaba hecho un verdadero poeta, porque incluso tenía asumido ese elegante sentimiento de la fatalidad que distingue a un poeta de un mero maníaco sexual, ya que me temía, como así ocurrió, que ninguna de aquellas barbies semipóstumas iba a revivir su juventud de diosa de alquiler en mi cama. Ni pagándole con oro, porque no hay mujer más inasequible ni inaccesible, sexualmente hablando, que una elegante puta retirada. —Misterioso que es el mundo.

Quizás es que estaba haciéndome mayor, ya que por primera vez en mi vida había logrado dominar al Psicópata mediante una especie de hipnosis lírica, pero el caso era que, aun sin perspectivas de sexo cumplido, yo era feliz en el hotel L'Hôtel, mientras que el pobre Toni, en el lecho del dolor, se restablecía de las magulladuras recibidas en el campo nocturno de batalla de los amores imprevisibles, soñando sin duda con enemigos efébricos. Como buen guerrero que era.

Cada vez que me metía en la cama y apagaba la luz, tenía la impresión de ser huésped del templo de Venus, custodiado por veteranas sacerdotisas benéficas de pies descalzos. (Ayayay, como dirían los Jindamitas). Se me ocurrían tantas poesías sobre las barbies, que no era capaz de escribir ninguna, y los versos sueltos deambulaban por mi mente como aristas: «Recoged a este náufrago, oh sirenas...», «Vuestros lechos, que huelen a memoria...», etcétera.

Una mañana, al bajar a la cafetería, le pregunté al camarero por el colectivo de las madamas. «Dejaron el hotel muy temprano». Oh, Zeus, las conejitas habían huido con el alba. Cuando la aurora de rosados dedos expandía sobre París su grisásea mermelada desvaída, las barbies eméritas salieron con sus equipajes (llenos de una ropa capaz de cortar la respiración,

repletos de armamento cosmético y de braguitas usadas) y regresaron a sus castillos de embrujo y de animales de peluche. *Au revoir!* Mis maravillosas jamonas feéricas... Mis muñecas desoladas.

Desde su sótano de rencor, mi Psicópata inyectaba reproches en mi conciencia: «Debiste abordar a alguna. Intentarlo al menos, cobarde». Walter el Cobarde, el que dejó pasar por su lado a la tribu de las hadas de cutis quebradizo, como flores secas entre las páginas de un libro de historias de amour fou. Frágiles como mariposas clavadas con un alfiler en la vitrina del tiempo. Deshaciéndose.

«Haberlo intentado al menos», me susurraba el Psicópata. Pero no, ellas merecían un respeto. Ellas estaban ya en su Olimpo de Semidiosas Ilustres. En el Panteón de las Conejitas Memorables. Con su inmortalidad ganada a pulso y a golpes de tarjeta de crédito. Con un lema tatuado alrededor del ombligo: *Noli me tangere*, porque las mariposas cazadas por el tiempo no deben ser tocadas, y dejan en las manos un rastro de polvillo o maquillaje.

En el café al que allí llaman Les Deux Magots, me senté a pensar nuevas poesías sobre la vanidad del vivir y a ver pasar a la gente, nostálgico de mis conejitas fugitivas. Claro que no hay mejor antídoto para olvidar a unas conejitas que ver a otras conejitas... Pero, hablando en general, las parisinas (a partir de ahora habla Walter el Antropólogo) no son especialmente deslumbrantes ni tienen esqueletos demasiado buenos, sin duda porque durante la Revolución se cargaron a mucha gente y alteraron de ese modo la cadena genética, impidiendo que el cóctel celular tenga allí actualmente el dulce y *savage* sabor que tiene en países como Italia o Brasil, donde la genética posee un sentido artístico muy desarrollado —cosa que lamento no poder decir de Gran Bretaña—. Sea por lo que sea (el clima, claro, también influye: los cielos grises provocan palidez, la palidez provoca enfermedades mentales...), el caso es que con las parisinas pasa lo mismo que con las inglesas —aunque, desde luego, el colectivo francés de mujeres aún no ha llegado a los abismos de pornografía *amateur* en los que se revuelca un porcentaje preocupante de británicas.

La fea palidez o la pálida fealdad de las parisinas ha provocado en ellas un mecanismo instintivo de defensa, consistente en el recurso al disfraz. En efecto, no hay feas en todo el mundo que sepan sacarse más partido que las feas parisinas: se ponen turbantes preciosísimos, se relían fulares de diva loca en la papada, se visten de cuero negro igual que monitoras nazis de cursillos de masoquismo, se toman un café en las terrazas con aires de meditación y de misterio, como si estuvieran concibiendo en ese instante la trama de una

novela vanguardista... Son fabulosas. Las feas de París son fabulosas... siempre y cuando no acabes liado con alguna de ellas, y se quite el turbante, y se desenrolle el fular, y abandone su pose de musa trágica de avant-garde para decirte algo así como: «Espagne. Olé, paella».

También vi a quince o veinte mujeres estupendas de verdad, aunque no sé si eran extranjeras, pero, en términos generales, ya digo, París no es una ciudad adecuada para el Psicópata. No lo es. (¿Para qué quiere el Psicópata el Louvre —ese palacio asaltado por las tropas de ocupación japonesas—, kamikazes de la polaroid?, ¿para qué quiere él esa meada verde que es el Sena?, ¿para qué las agujitas góticas de Notre Dame?). Una ciudad solo adquiere prestigio sexológico si al menos el 40 % de las mujeres está para perder la cabeza y no recuperarla durante lo que te quede de vida. Un 40 % como mínimo. Y París no alcanza más allá del 22 o del 23 %. —Pero a ver si a partir de ahora, con la llegada de las etnias del Sur, la cosa va mejorando.

En fin, en cuanto Toni se recuperó de sus males volvimos a Madrid en un avión lleno de... ¿no se lo imaginan?... Exacto: japoneses. Un avión lleno de japoneses que venían de erosionar los adoquines de París y que se disponían a hacer lo propio con los de Madrid, porque al pueblo japonés le gusta eso: desgastar las ciudades con la goma atómica de sus pequeños zapatos.

En fin, cuando las cosas no van bien allá arriba, en la tómbola macabra de los astros, es que no van bien aquí abajo. Lo digo porque en Madrid me aguardaban, bajo la máscara diabólica del azar, acontecimientos terribles. Lo que se dice terribles.

16 *Un malentendido. El detonante de la adversidad*

Ahí va una fábula: dos perritos se ponen a jugar alegremente, fraternales y tiernos, con una pelota de goma y acaban... Bueno, ya sabemos de sobra cómo acaban: el Perrito Lujurioso intentando darle por culo al Perrito Inocente, hasta que el Perrito Inocente se ve obligado a enseñarle los colmillos al Perrito Lujurioso. ¿Moraleja? *La sexualidad hace imposible la normalidad de las relaciones humanas.*

Una noche en que salí con Toni ambos bebimos un poco más de lo habitual y mucho más de la cuenta, él para envalentonarse en el campo fragoroso de batalla del Coco Dancing —cuyo cuarto oscuro estaba tan animado que daba ya hasta susto— y yo para olvidarme de que estaba en el Coco Dancing. Cuando volvimos a casa, Toni se empeñó en que nos tomásemos una copa antes de irnos a dormir, y no recuerdo haber rehusado una copa en mi vida, excepción hecha de mi titubeante periodo regenerativo. Nos tomamos la copa, en fin, y nos retiramos a nuestras habitaciones.

Cuando me estaba desvistiendo, se abrió la puerta, crujiente como la tapa del ataúd de Drácula a las doce en punto de la noche. Toni se apoyaba en el marco con la languidez insinuante de... ¿cómo decirlo?... ¿una sultana andalusí? (¿Una sultana andalusí?). «Hola, Walter», y yo, viendome venir el lío, le dije: «Toni, déjate de tonterías». Cuando se me acercó, me quedé paralizado, igual que el mimo de Fefi. Cuando me pasó el dedo por el pecho, me sentí como una secretaria acosada por el presidente de Estados Unidos. Cuando me besó el hombro, le di un codazo. Cuando intentó abrazarme, lo cogí por los hombros y lo remolqué a lo largo del pasillo. «¡Me lastimas, bruto!», chillaba Toni. Cuando entramos en su dormitorio —aquel dosel imperial— lo tiré en la cama de un empujón, le quité los zapatos, lo arrojé y lo dejé allí, convertido en un bulto de lujuria desesperada. «Machito de mierda», oí que susurraba.

Bueno, el caso es que, por no sé qué razón, un buen número de homosexuales sostiene la divertida teoría de que todos somos bisexuales, con un porcentaje variable de acciones en la multinacional Gay Co.: un 9 %, un 16 %, un 30 %, un 42 %, etcétera. (A partir del 51 %, entras a formar parte del consejo de administración, y ya puedes hasta teñirte el pelo de colores). Bien, como teoría no es gran cosa, ¿verdad?, y sus fundamentos se tambalean en cuanto sopla un poco de viento filosófico: ¿todos los homosexuales son bisexuales o son simplemente homosexuales? Según los homosexuales fundamentalistas, existe la homosexualidad al 100 %, pero no la heterosexualidad al 100 %. Y puede que sea así, no sé. Pero yo debo de ser un monstruo de la Naturaleza, porque si mi barco naufragara y lograra llegar nadando a una isla desierta y me encontrara allí con otro naufrago que resultase ser Mister Universo, les aseguro que Walter Crusoe acabaría galanteando a una orangutana —y le partiría la cara a aquel apolo de pacotilla si se atreviera a ponerle una sola mano encima a mi monita.

Aquella noche no pegué ojo, temiendo que al día siguiente Toni me pusiera en la calle y, sobre todo, pensando con tristeza en él, mi pobre jefe, mártir de esa especie de compulsión lúbrica que tanto le complicaba su vejez. Pero he aquí que, a la mañana siguiente, Toni me llevó el desayuno a la cama y me presentó disculpas, alegando que había tenido una erección espontánea y que él no estaba ya en edad de dejar pasar tontamente una erección, de modo que, con todo el peso del alcohol en la cabeza, no se le ocurrió otra cosa que intentar cepillarse a lo que tenía a mano: a Walter, el fiel guardaespaldas. («Hombre, Toni...»). En fin, por eso conté antes la fábula moral de los perritos.

Olvidado el incidente —aunque me quedase la aprensión de que Toni pudiera sufrir el asalto de otra Erección Espontánea en cualquier momento—, seguimos con nuestra rutina, si así se le puede llamar a ese deambular casi diario por los locales madrileños del loquerío.

Algunas tardes, para desintoxicarme de liligamia contemplativa, me iba a Peanut, una discoteca del centro en la que las chachas eran las grandes huríes vespertinas del cubata, bailonas y amorosas con la soldadesca y con la humana quincalla de quinquis que nos sumábamos a las penumbras humeantes y sudadas de aquel local con la esperanza de practicar tocamientos impuros.

Peanut... Cómo pasa el tiempo, el hipotecado tiempo de nuestra juventud volandera, aleteante en una jaula hermética y vacía. Peanut... Me acuerdo ahora, por ejemplo, de que en cierta ocasión se me acercó una titivenus

despampanante del tipo tutti frutti (120-70-100, y melena caoba) que me hipnotizó al momento con los lentos telones teatrales que eran sus párpados de mujer fatal y en apariencia fatalista. «Hola», me dijo, con su voz de símil terciopelo, y se sentó a mi lado, cruzando las piernas en una equis de enigma al por mayor, con medias negras. «¿Me das fuego?». Bien, así por encima, a grandes trazos científicos, digamos, estoy en condiciones de asegurar que se trataba de una de las mujeres más mareantes que he visto en mi vida, aun habiendo dedicado la mayor parte de mi vida a la observación de las mujeres mareantes. En su cueva monstruosa, el Psicópata comenzó a tensar los músculos de enano halterofílico del Psicopríapo. «Me llamo Noelia». Uh, uh. ¿Noelia? ¿Qué nombre era ese? Tanta finura me resultaba sospechosa, pero el Psicópata había ya narcotizado a las infelices células de mi cerebro, neutralizándoles su capacidad orquestal de raciocinio, y cada célula filosofaba por su cuenta, creándome un festival celular de contradicciones en el pensamiento, a la manera de una sinfonía vanguardista.

Al rato de hablar con Noelia (sagitario, con ascendente piscis), yo era el perro salivoso de Pávlov, yo era la tortuga Fórmula 1 de Zenón de Elea, yo era la lagartija nerviosa de la cueva platónica, yo era el ojo demente del cíclope homérico y la llama divina del palomo Paráclito.

Bueno, en realidad lo que quiero decir es que, a la altura de la palabra número doscientos, ya mis dedos de amor automático recorrían el muslo interminable de Noelia, que parpadeaba de éxtasis, con ronroneo de gata persa. Pero, aunque el Psicópata mandaba —como siempre— en aquella empresa de Eros gracias a su patético complejo de Gengis Khan condecorado en batallas provinciales, la pequeña parte racional de mi cerebro que aún no estaba sometida a su ciega jefatura seguía diciéndome que allí había algo anómalo: Noelia de nombre, y ese cuerpo que parecía moldeado por Dios para saldar una vieja deuda de juego con el Demonio, y esa facilidad para el gemido... De entrada, las mujeres de ese corte fenotípico —como quien dice— no tienen que acercarse a los tenorios vagabundos que rondan por las discotecas, porque lo normal es que los tíos salten alrededor de ellas como sapos, esperando que la princesa los bese para así convertirlos en príncipes refinados y rubios. Sospechosísimo todo, en fin. De modo que, mientras besaba a Noelia, tanteé la red central de su panti, aterrado ante la perspectiva de toparme allí con un Psicopríapo vergonzante, ya que, desde la experiencia vivida con Corpus Christie, yo tenía una especie de muesca en el subconsciente que me hacía temer cualquier sorpresa relacionada con el travestismo.

Pero no, Noelia no resultó ser un travesti, sino una puta enganchada a la heroína que, cuando ya el priápico pelele se hallaba en un estado de dolor sólido, me susurró al oído sus tarifas, cambiantes según la modalidad elegida por el cliente. Bien. Como yo no llevaba dinero encima ni para pagar un RATD (un rápido-a-tres-dedos), que era lo más barato, Noelia me dejó plantado sin miramiento alguno y se marchó a probar fortuna con un recluta que tenía un aspecto indudable de satiriásico terminal y agropecuario.

Bien, de sobra sabemos lo que opinaba Sigmund sobre la repercusión de las represiones sexuales en nuestra personalidad, de modo que me fui corriendo a casa, cogí dinero y me planté de nuevo en Peanut con la idea incorregible de contratar a lo grande los servicios de Noelia, ya que entre mis planes nunca se ha contado el de torturar a mi subconsciente. Pero ya Noelia no estaba allí. (Algunas mujeres vuelan, tienen alas: Campanilla, las hadas, las arpías inmortalizadas por Homero...). En mi subconsciente, como es natural, se formó de repente una Revolución Francesa, con todos los Grandes Deseos pasados por la guillotina. Pero, en fin, a falta de noelias, buenas son maris. De modo que me puse a bailar con una mari que se llamaba Chari y que tenía una boca enorme y el pelo teñido de un tono caoba parecido al que usaba Noelia. (Noelia Exquemelin, la pirata del mar de los encantamientos urgentes, especializada en saquear embarcaciones indecisas en la noche de Walpurgis de los galanes errabundos...). Tenía Chari también unos brazos de lujuria camionera, y las piernas no digamos. Pero Chari (tauro con ascendente en tauro, del gremio administrativo) era la Alegría misma, pues no paraba de reírse, supongo que para dar un poco de utilidad a su boca gigante, que se abría como una válvula de alveolos al menor estímulo. —Si Chari hubiese conocido a Luiyi, el rey del ingenio, la hubiesen tenido que hospitalizar con la mandíbula rota en diez o doce pedazos.

Creo que ya he dicho que una risa puede arruinar no solo un gran amor (*¿Un gran... qué?*), sino también un simple revolcón de discoteca, y Chari era la máquina de la risa, y todas las máquinas tienen su peligro, qué duda cabe. De todas formas, no tardé en comprobar la utilidad alternativa de esa *pseudovagina dentata* en los servicios de caballeros, adonde nos tuvimos que refugiar para brindar un poco de juerga aristotélica a nuestras confusas pasiones platónicas, ya que ella vivía con sus padres y Toni me hubiese cortado la cabeza con la espada toledana que había en el pasillo si le hubiera metido en casa a una terrícola de género femenino auténtico («Con esos bultos...»), de modo que no disponíamos de guarida para practicar la antropofagia petrarquista, si se me permite la expresión.

«¿Vas a venir mañana?», me preguntó Chari, y me encogí de hombros, dándole a entender un ni fu ni fa relativista. Pero al día siguiente ya estaba yo allí, y en el bolsillo llevaba dinero suficiente para pagarle a Noelia un servicio de los caros, aunque Noelia no apareció, y Chari, a un paso ya del amor cortés, se hizo cargo, en los servicios de caballeros, de la maraña de mi subconsciente.

«¿Vas a venir mañana?», me preguntaba Chari cada tarde, y yo volvía, y Noelia no estaba nunca, y Chari estaba allí siempre.

Una tarde, el camarero de la discoteca Peanut, que se había hecho amigo mío —porque siempre he tenido un poder especial sobre el corazón de los camareros—, me dijo que se había enterado de que a Noelia le había rajado la cara un camello malo al que debía mucha pasta, y también me dijo que el chulo de Noelia le había rajado el hígado al camello de Noelia —y aquello, o sea, era una epopeya de navajazos. Así que enterré a Noelia en la fosa común de mis deseos incumplidos: mi marcada Noelia, que vagaba como el fantasma de la Ópera por mi mente, con la cara rajada...

En los servicios de caballeros, viendo el cogote caoba de Chari, yo pensaba en Noelia como entidad abstracta, en Noelia como categoría espectral del pensamiento, en Noelia con la cara rajada por la tesis antitética (en esa época yo leía a cualquier chiflado que se hiciera pasar por filósofo) de un camello intransigente ante las soluciones sintéticas de las síntesis, ante las alianzas integradoras. Pensaba en Noelia, en sus piernas cruzadas como una equis de misterio y en sus pequeñas orejas con enormes pendientes de Arabia, mientras acariciaba el pelo de Chari, al ritmo de su boca —porque reconozco que siempre he tenido ese defecto: recordar a un fantasma cuando estoy con un ectoplasma, y viceversa.

El cosmos va cerrándonos poco a poco sus puertas. Arrinconándonos en microcosmos humillantes. Lo digo porque, desde aquella tarde en que supe lo de la cara de Noelia, no volví nunca a la discoteca Peanut, y Chari debió de pasarse varios meses barajando hipótesis sobre mi estampida, moviendo su boca como un pez fuera del agua.

(Peanut... Tiempo de juventud, entre la niebla).

Una noche, cuando Toni y yo volvíamos a casa, dejando atrás el carnaval de las pasiones, se nos acercaron dos sujetos, y olí al instante ese tufo a pescado que desprende el peligro. «Uy», exclamó Toni cuando aquellos dos gorilillas engominados se nos plantaron delante y nos bloquearon el paso. «¿Adónde vais?», nos preguntó uno. «A dormir», dijo Toni, sin poder evitar un rictus de indudable coquetería. «Maricones», pronosticó uno de los

gorilillas. El otro asintió y confirmó que sí, que éramos dos maricones, y que íbamos a cantar el *Cara al sol*. (Cantar, bailar, tararear acaso...). Toni alegó ingenuamente que él cantaba muy mal, pero los gorilillas, sacándose una porra de goma de sus anoraks, insistieron en que mi jefe y yo cantáramos a dúo: Toni Sinatra y Walter Astaire, saltando acrobáticamente sobre los pentagramas.

«Para cantar bien hay que estar enamorado», había dicho Franky Rex a lo largo de una entrevista exclusiva. Enamorado... Y yo no estaba enamorado, porque mis novias se morían, desaparecían, se disolvían en la nada galáctica... Cantar... Aquellos tipos cifraban la pervivencia del espíritu de la España Imperial en eso: en que los noctámbulos cantaran por la calle, sin preguntarles siquiera si el amor latía en sus pechos, porque aquellos gorilillas no debían de estar al tanto del mensaje espiritual latente en las entrevistas exclusivas que concedía cada tres o cuatro minutos Franky Rex.

«Cantad, maricones». Y Toni, a pesar de no estar enamorado, comenzó a tararear. «Tú también», me dijo uno. ¿Yo? No, yo no. Para empezar, yo no me sabía ni la letra ni la música del *Cara al sol*, porque en el Liceo Francés de Bogotá solo nos enseñaban canciones patrióticas francesas. Pero, aunque el *Cara al sol* fuese el número uno de los 40 Principales, aunque el *Cara al sol* fuera mi canción favorita porque me trajese recuerdos de inolvidables guateques en la sede central de la Sección Femenina, yo no estaba dispuesto a cantar no digo ya el *Cara al sol*, sino ni siquiera el *Llévame a la luna*. Al menos, por respeto a los dos Trotsky. —Al menos por eso.

El pobre Toni canturreaba por lo bajo, con labios temblorosos. «Canta tú también, maricón», me ordenó uno, empujándome. «Tú también, calvo», me ordenó el otro, empujándome hacia el lado opuesto.

Pero no vale la pena ser prolijo, de modo que abreviaré, tomando la vereda de la elipsis con unos grandes zancos...

Bien, cuando Toni andaba más o menos por el décimo compás tremulante del *Cara al sol* en versión réquiem, se formó de pronto una pequeña confusión escenográfica, por así decirlo, ya que a uno de los tipos se le cayó la porra de goma cuando intentaba hacer con ella un malabarismo propio de Bruce Lee y se agachó para recogerla, momento que aproveché para darle una patada en la cara con la puntera de plata de ley de mis botas de Texas. El otro, tras un segundo de reflexión, se abalanzó sobre mí. Toni comenzó entonces a cantar más fuerte. Recuerdo que el tipo al que le di la patada se revolcaba por la acera, con las manos en la cara, cara al suelo, llorando, gritando a los cuatro vientos que le había reventado un ojo. Recuerdo que, tras sentir en la frente el

impacto de la porra de goma del otro tipo, logré sujetarle la cabeza y estrellársela varias veces contra el capó de un coche. Recuerdo que los dos gorilillas gritaban como un orfeón de borrachos. Recuerdo que Toni, con un ataque de nervios, seguía cantando el *Cara al sol*, como queriendo, no sé, mantener algún elemento de realidad en aquel caos irreal.

Llegó la policía, alertada sin duda por el vecindario. Me arrojaron contra un coche y me cachearon con malos modos antes de esposarme. Toni temblaba y miraba al suelo, añorante de algún tipo de abismo para arrojarse a él. El tipo al que le di la patada no paraba de llorar con el ojo sano —lo que le quedaba del otro caía por su mejilla como una lágrima de elefante, y él intentaba sujetarlo con un par de dedos, con aterrada delicadeza. Al patriota al que estrellé contra el capó lo atendió la pasma, y el tipo gritaba maldiciones, y su cara parecía la máscara ritual de algún caníbal. Se llevaron a los dos en una ambulancia.

No sé, a veces hasta te parece mentira el haber sido capaz de formar un lío tan gordo. Pero las cosas ocurren, qué duda cabe. A veces ocurren.

Aquello me salió caro. Uno de aquellos macarras ideológicos era sobrino de un magistrado del Tribunal Supremo. El otro —el que se quedó tuerto— resultó ser hijo de un coronel de Artillería asesinado por los terroristas. —Dos semihéroes de España, como quien dice.

Cuestiones oligárquicas y jerárquicas a un lado, el hecho de que en el incidente hubiera un ingrediente homosexual no me ayudó mucho: dos maricones que volvían de mariconear, borrachos... Tampoco creo que el abogado que me buscó Toni me hiciera mucho bien, porque se le veía desde lejos la pluma de apache de Sodoma, aunque el hombre hizo lo que pudo.

Total, seis años y un día. Es decir, más de dos mil días y un día más, obsequio de la casa. Toni, al menos, salió limpio de aquella. «No me tomes por un cobarde, Walter. A mi edad hay que aceptar las humillaciones. Tienes que acostumbrarte a eso: a cantar lo que te pidan, a pagar lo que te pidan...». Pobre Toni. Yo también le dije algo: «No soy un héroe, Toni. Estaba muerto de miedo». Y era verdad, porque siempre me ha dado miedo la demencia —y no digamos la improvisación de la demencia. «Si escribes poemas nuevos, no dejes de enviármelos», me dijo Toni cuando nos despedimos, él camino de su casa de fantasía barroca y de sus pasiones desesperadas y yo camino del Penal del Puerto de Santa María, en la provincia de Cádiz, en el mítico Sur.

CUARTA PARTE
EL HORROR EN CAÍDA LIBRE

1 Aplicaciones estadísticas. El buzo de la erudición. Nueva incursión en el periodismo. Los peligros de la telefonía moderna. Leyendas varias del trullo

Me gustaría enunciar un pensamiento casi budista: si has cumplido treinta años y vives en una ciudad en la que no puedes tirarte cuando te apetezca a cuatro o cinco mujeres sin que te cueste el dinero, has fracasado en la vida de todas todas.

... Y vayamos ahora a la glosa walterista: lo más prudente es tener en cada ciudad una novia por cada trescientos mil habitantes. Por ejemplo, si Londres tiene, no sé, ¿diez millones de habitantes?, bueno, digamos para no exagerar que nueve millones (¿quién va a ponerse a contar ahora a todos los londinenses?), puedes tener allí (cojamos la calculadora) unas treinta novias. En Nueva York o en Shanghai, no sé, creo que puedes tener incluso algunas más, porque me parece que allí hay más gente que en Londres, y ya es decir. Pero en Segovia, por el contrario, tienes que conformarte con una sola, porque allí no quedan ni trescientos mil habitantes en toda la provincia.

Digo esto porque con todo ocurre igual: la vida hay que valorarla con arreglo a porcentajes y cifras. Si pierdes cuatro años de tu vida en la cárcel, por ejemplo, tienes dos opciones: partir de cero o partir de menos cuatro.

Yo, naturalmente, intenté partir de menos cuatro, con una voluntad muy clara de recuperar el tiempo perdido. De modo que, nada más regresar a Madrid tras el fin de mi cautiverio y de coger cuarto en una pensión camerunesa que se llamaba Derby, me metí en un *peep show* que habían abierto en la calle de Atocha y me pasé allí mi buena hora y media viendo desde mi cabina de animal en celo a mujeres que giraban sobre una cama móvil. Tras el cristal, con mi bolsillo cargado de calderilla lujuriosa, mis ojos escrutaban a Penélope. A Chely. A Pamela. A Barbarella. Mi mente subfreudiana se reencontraba con la visión de la carne, con el tesoro bucanero de la Belleza desolada, con la piel irreprochable de aquellas muchachas que se

metían el dedo y se pasaban la lengua por los labios como brujas celestiales, elásticas y sinuosas, sirenas dentro de un acuario de voyeurismo, produciendo en mí el efecto doloroso de una crisis aguda de satiriasis.

Mi padre nunca se enteró de mi paso por la cárcel, perdido como estaba en las brumas astures de su soledad, esperando a la muerte en su casona con la melancolía de un personaje, no sé, de Calderón de la Barca, aguardando turno para subirse a la barquita de Caronte. De modo que, como él había seguido enviándome dinero todos los meses y yo en la prisión solo gastaba en pitillos y un poco también en el economato, cuando salí me encontré con una cantidad de dinero que ni siquiera un magnate del petróleo podría dejar como propina en un restaurante.

¿La cárcel? ¿Más sobre la cárcel? Sí, bueno...

Toni, mi antiguo jefe, iba a visitarme allí casi todos los semestres, y siempre llegaba con una caja de bombones, con un par de cartones de winston y con las revistas porno que sabía que me gustaban (imagino su sacrificio, su... desprestigio ante el kiosquero), pero siempre acababa llorando a lo grande, de modo que se producía la situación paradójica de que era yo el que tenía que consolarlo. «¿Necesitas algo, Walter?», y se empeñaba en darme dinero, acostumbrado como estaba a ir por la jungla de la vida soltando pasta a los hombres. «No te preocupes por mí, Toni, que estoy bien». Pero él venga a llorar. Por si fuera poco, los demás presos, en cuanto veían a Toni con sus fulares majestuosos y con sus manos enjorjadas, se ponían a gastarme bromas y a preguntarme si Toni era mi novio. Pero me alegraba mucho ver a Toni y hablar con él de poesía y a él le gustaba hablarme de los nuevos bares de ambiente: el Sculptor, el Cupido Star, el Ley Gay o el Mambo Mambo.

Un día también fue a verme Luiyi, que iba camino de Algeciras por asunto de negocios y que me llevó un cartón de tabaco, pero que no pudo evitar, a pesar de las circunstancias, que su cerebro elaborase una frase ingeniosa: «¿Tenéis aquí criadas?». Luiyi me comentó que Mortadela Dick, mientras hacía la mili en Melilla, se había quedado colgado por culpa de un tripi, sin duda porque su cerebro de hombre de cromagnon era incompatible con la droga psicodélica. Según Luiyi, Mortadela Dick se pasó una temporada aterrado, diciendo que lo perseguía una botella gigante de vodka, hasta que sus padres vieron que aquello no tenía remedio y lo internaron en un manicomio, donde lo habían convertido en una especie de lechuga residualmente racional.

La cárcel, ¿verdad? Bueno... ¿Quién tiene ganas de oír relatos carcelarios a estas alturas del siglo? *(Solo aquel señor del fondo levanta la mano... Aquel*

otro también... ¿Usted también?... La inmensa multitud se suma a ellos finalmente). Bien, era como vivir no ya en una jungla, sino en un zoológico: cada animal metido en su celda, aunque, durante el día, aquello parecía más que otra cosa el Arca de Noé: todos los bichos revueltos en el comedor, en el patio o en la sala recreativa: la gacela adolescente al alcance del león sodomizador, la hiena apestosa junto al colibrí que cantaba flamenco, el leopardo yonqui conchabado con la cacatúa chivata... Al principio lo pasé muy mal, pero el espíritu humano está facultado para acostumbrarse incluso a la desesperación o a la alopecia, por ejemplo, como si fuesen asuntos normales y de larga tradición familiar. Y yo acabé acostumbrándome a vivir en la cárcel.

Lo que más trabajo cuesta es cambiar tu relación con respecto al tiempo: allí tienes que convencerte de que el tiempo no pasa, de que es un ente estático, porque, de lo contrario, te entra la ansiedad y comienzas a tachar con una equis compulsiva cada día que pasa en el calendario de la muchacha semidesnuda que cuelga de tu celda. Y eso no es bueno: si cifras la vida en un futuro lejano, el presente se convierte en una condena angustiosa, como sin duda dejó dicho Empédocles, o Einstein, o quien fuese.

Por otra parte, más vale no hablar siquiera de lo que significa un Psicópata encarcelado, ¿verdad? (¿Una boa cautiva en la pequeña jaula de un jilguero?). Un Psicópata encarcelado, uf... Cuando veo al gorila solitario del zoo hacer dolorosos ejercicios de memorización para reconstruir en su pensamiento las siluetas sensuales de las más hermosas gorilas de su tierra natal, le digo: «Eh, camarada, sé cómo te sientes», y el gorila entiende mi mensaje, y mi mensaje solidario le consuela.

Bien, pasado el primer periodo de depresión, me hice a la idea de que tenía que sacar provecho de mi condición de recluso, de modo que no paraba de leer libros. Libros de lo que fuera: de ciencias ocultas, de grafología, de ufología, de anatomía, de filosofía, de poesía, de sociología... De lo que fuera, ya digo; incluso me bebía novelas a poco que contuviesen algún misterio o algún tipo de sentimiento elevado. Cursos de solfeo y de contabilidad... Petrarca. Cualquier cosa. Y mi cerebro iba robusteciéndose, convirtiéndose en una especie de halterofílico de las ideas. Porque no sería exacto decir que leía los libros, ya que en realidad los estudiaba y me los aprendía de memoria, que es una cosa muy distinta. Y gracias, en fin, a aquella sobredosis intelectual, hoy no soy uno de esos tipos que ignoran por completo quién fue Demócrito de Abdera o Práxedes Mateo Sagasta. Gracias a la lectura, hoy puedo saber lo que pasó en Pompeya o en Waterloo. Gracias

a la lectura, me sé de memoria una frase en latín: *Arma Troiae...* No, ¿cómo era? ...*Arma virumque cano Troiae qui primus ab oris.* (Latín puro, o sea). También debo reconocer que, a veces, esa enorme avalancha de datos eruditos me forma una especie de grumo intelectual en el hipotálamo, y que entonces las cosas se me trastocan. (Hay veces, por ejemplo, sobre todo si llevo un par de copas encima, en que dudo si es la Tierra la que gira alrededor del Sol o si es el Sol el que gira alrededor de la Tierra como un perro calenturiento; hay veces en que no sé si fue a Ptolomeo a quien le cortaron los genitales por decir que la Tierra giraba alrededor del Sol —o al revés— o si fue a Copérnico, y también dudo si al que caparon fue Copérnico o si a Copérnico lo quemaron, o si le hicieron las dos cosas —porque la gente de la Antigüedad no se andaba con remilgos). Pero eso les ocurre a todos los nuevos ricos de la erudición, y yo leía demasiado, y el cerebro, de acuerdo, es una esponja, pero hasta las esponjas llegan a un punto en el que tienen que decir basta.

En total, en la cárcel me aprendí casi de memoria un total de 195 libros, y todos de primera categoría. Muchos catedráticos no podrían decir lo mismo.

Un día, por cierto, le pedí al bibliotecario de la prisión las obras de Sigmund. Como no las tenían en fondo, rellené una instancia para solicitarlas, pues los presos podíamos pedir los libros que quisiéramos gracias a las directrices psicopedagógicas marcadas por el programa de reinserción social. A la semana siguiente, no recibí las obras inmortales de Freud, pero sí la visita del psicólogo de la cárcel: «Es muy interesante tu petición, y dice mucho en favor de tus inclinaciones intelectuales, Walter. Pero tienes que comprender que no es bueno que la población carcelaria lea ese tipo de cosas. Imagínate: hoy lees a Sigmund Freud, mañana lees la Biblia y pasado mañana lees *Mein Kampf*, y de toda esa ensalada sale un psicópata de no te menees». De modo que me quedé sin leer a aquel brujo de Viena que tanto daño creo que le hizo a mi padre.

De todas formas, aquello me otorgó un difuso prestigio —valga la redundancia— de personajillo psicológicamente reciclable, y el propio psicólogo me propuso a la dirección del penal como persona idónea para realizar esas entrevistas que se publicaban en la revista del centro, bautizada como *Nuevos Horizontes*, lo que, de algún modo, suponía un avance en mi trayectoria profesional dentro de la galaxia del periodismo, hasta entonces limitada a la venta ambulante de *La Papelera*.

Hasta mi incorporación, *Nuevos Horizontes* solo ofrecía entrevistas con el director del trullo, con el cocinero jefe del talego, con los guardias de la chirona, con el gobernador civil o con algún recluso que había sido en su vida

anterior un celebrado cantaor de flamenco. Pero me propuse dar un giro intelectual a aquello y entrevistar a gente importante por sí misma y no por el simple hecho de estar relacionada con nuestra pequeña república penitenciaria. Lo único que necesitaba era un teléfono, y el director me autorizó el uso, un día a la semana, del que estaba en la cabina de vigilancia de mi pabellón.

Si quería entrevistar a, no sé, un torero, a un escritor de éxito o a un músico relumbrante, tenía que hacer muchas gestiones previas: llamar a empresarios y apoderados taurinos, a editoriales o a casas discográficas, según el caso. Y no resultaba fácil. En casi todas partes me ponían pegatas para facilitarme el teléfono de los ídolos de las multitudes. De todas formas, como no tenía nada mejor que hacer, no me cansaba de llamar por teléfono a quien hiciera falta hasta que, hartos ya de mi tesón, los intermediarios acababan concertándome una entrevista telefónica con los genios contemporáneos que yo había seleccionado (guiándome sobre todo por lo que de ellos decían los periódicos) para ser inmortalizados en la sección estelar de *Nuevos Horizontes*.

Aquello iba bien, y me mantenía entretenido, pero el género humano es muy especial. Los entrevistados, nada más llegarles su ejemplar de la revista, llamaban invariablemente al director de la prisión para quejarse: «Yo dije que el panorama literario español es decoroso, no que fuese horroroso», se dolía el escritor de *best sellers*. «Ha formado un barullo demencial con mis conceptos», decía el pintor moderno, sultán del pegostón y del brochazo instintivo. «Ezo que pone ahí me perjudica musho profesionalmente», objetaba el matador de toros que había triunfado en Madrid vestido de objeto navideño. «Yo le dije a ese cretino que mi nueva sinfonía es en re mayor, no en si bemol», protestaba el músico minimalista que escribía partituras incluso para serruchos. Bueno, no digo que no tuvieran parte de razón, pero yo hacía lo que podía, si bien es cierto que aquellas protestas no ayudaban que se diga al afianzamiento de mi prestigio como periodista ante los jefes penitenciarios. «A ver si vamos a tener algún día un disgusto serio», me decía el director, que le temía a la opinión pública como a una vara verde, ya que su sueño era llegar a ser diputado y poder abandonar el pastoreo de las ovejas negras.

Las cosas son, en fin, como las madejas de hilo: siempre acaban liándose. Lo digo porque un día en que estaba intentando ponerme al habla con un catedrático que afirmaba que el *Quijote* era un plagio de una obra china del siglo xv, se me cruzó el cable que conecta al Psicópata con la masa encefálica y, aprovechando el despiste del vigilante, que siempre se iba a dar una vuelta

y a fumarse un cigarrillo mientras yo realizaba mis entrevistas, marqué el número de un teléfono erótico que había visto anunciado en el periódico y que había tenido la prudencia de anotarme en el antebrazo. «Hola, me llamo Jasmine. Tengo los pechos muy grandes y me los estoy tocando ahora mismo para ti...». Bueno, creo que a un preso no se le puede exigir sensatez sexual. («Mis muslos son morenos y largos»). Cada semana, en el día en que podía disponer del teléfono, marcaba uno o varios de los números de los muchos teléfonos eróticos que por entonces comenzaron a surgir en España como una epidemia de hongos cachondos. («Ahora estoy bajándome las bragas. Tengo el conejito afeitado, ¿te gusta?»). Cuando llegaba el vigilante, me decía: «Date prisa, que llevas más de una hora de palique», y yo le objetaba, tapando el auricular: «¿Cómo voy a parar ahora que he conseguido entrevistar al vicepresidente del Gobierno?», y el vigilante, impresionado, se marchaba a fumarse otro cigarrillo, mientras una voz de seda me decía: «Me estoy metiendo cuatro dedos pensando en ti».

Aquello era triste y era hermoso. Una melancólica ficción arrebatadora. («Mi nombre es Yoli y estoy calentísima. Háblame...»). Aquellas llamadas fatalmente semanales y fatalmente seminales eran el único punto de contacto que mi Psicópata tenía con el mundo femenino, y a él le servía aquello para no volverse más loco de lo que ya es por naturaleza.

Pero lo peor siempre está por venir. Lo peor madura como una fruta, y un día cae, newtonianamente. Estrepitosamente.

Cuando el director de la prisión me mandó llamar a su despacho, yo sabía que no podía tratarse de nada bueno. «Explícame esto», me dijo, agitando en el aire una factura telefónica. Intenté echar la culpa a los vigilantes, pero aquello no prosperó, en vista de lo cual se me ocurrió alegar que había estado entrevistando a Shasha Ponderoso, actriz porno de fama internacional. Pero aquello fue peor aún, de modo que en ese punto tuve que dar por concluida mi carrera periodística. «La culpa es mía, por confiar en la pura mierda», según el director.

Como afirmé anteriormente, lo peor está siempre por venir. Te crees que ya ha pasado lo peor y entonces es cuando llega de verdad lo peor.

El caso es que, no sé cómo, un reportero del *Diario de Cádiz* logró enterarse de que desde el penal del Puerto de Santa María se hacían llamadas a teléfonos eróticos y publicó la noticia en primera página, acontecimiento periodístico que tuvo sobre mi persona un efecto inmediato: relegarme a la limpieza de las letrinas del pabellón, ya que el director de nuestro Alcatraz, saltándose todas las normas carcelarias y humanas, me impuso ese castigo y

me retó a que tuviera la valentía de denunciarlo ante el tribunal de instituciones penitenciarias. «Me has jodido pero que bien jodido, y ahora voy a joderte yo a ti», me anunció el director, que veía más lejana su carrera como diputado por culpa del asunto de las llamadas eróticas.

En fin, cuando estás en la cárcel pueden ocurrirte más cosas que cuando estás fuera de la cárcel, por raro que parezca, ya que las cárceles son una especie de teatro que funciona las veinticuatro horas del día, sábados y domingos incluidos, y en el que se representan las más pavorosas comedias, los dramas más lacrimógenos y los vodeviles más patéticos que nadie pueda imaginar. La cárcel es una gran maratón de acontecimientos, o sea.

Tras limpiar las letrinas, con las manos llagadas por los desinfectantes, me dedicaba a leer libros, perdiéndome en los mundos pasionales de las ficciones novelísticas o en los laberintos escabrosos de los tratados técnicos. «Eh, Walter, que vas a volverte loco de tanto leer tantos libros», me advertían los demás presos. Pero yo no paraba de leer, convertido en una especie de erudito de materias erráticas.

Leía a Homero, y la aurora de rosados dedos me sorprendía contagiado de la tristeza filial de Telémaco, y me angustiaba la suerte de Ulises, el sufrido de entrañas, y acababa sintiéndome como Ulises, y soñaba con Ítaca y con el dulce reencuentro con Penélope la tejedora, pues tales emblemas hermo­seaban y aliviaban mi corazón durante la lectura —aunque yo, como el sufrido de entrañas Ulises, había perdido la Luz del Regreso. Leía a los cronistas de Indias y rebrotaba en mí el olor a yerba caliente del continente americano, y la descripción de los sacrificios indígenas me hacía comprender el afán sanguinario, ancestral y telúrico, de los muchachos de La Rana Verde. A veces leía también, para dar un descanso al intelecto, los tebeos de Conan el Bárbaro y de Popeye el Marino, ambos con sus bíceps inexplicables. Leía los *best sellers* norteamericanos, con todo su aparato de espionaje, de asesinatos en serie y de fenómenos ufológicos. Leía los tratados científicos, y se me ponían los vellos de punta al comprobar la vida selvática y criminal de los neutrones, de las células, de los cromosomas, de los átomos y de todas esas pequeñas tribus de las que depende el universo...

«Eh, Walter, ¿qué estás leyendo ahora?».

Leía a historiadores, esos maniáticos del 1812, del 1492 y de cualquier fecha en general, ya que ellos dan mucha importancia a cualquier cosa por el mero hecho de haber sucedido en el pasado (¿qué tal la cruenta batalla del lago de los Hurones, o la epidemia de sarampión mozambiqueño que asoló el valle de Zemblaquequi Magna en 1348?). Leía a sociólogos de brocha gorda,

exegetas de los índices demográficos y de los programas televisivos. Estudiaba los libros de anatomía, indispensables para saber qué extraña clase de maquinaria somos. Leía a filósofos antiguos y modernos, cada cual con sus líos y cacaos... Leía mucho. Porque si las cosas van mal en tu cabeza y en tu entorno, lo mejor es leer un buen libro de poesías regionalistas o una cuidada selección de aforismos morales, porque así compruebas que existe gente que está aún peor que tú.

Libros. Y libros. En fin.

Yo, la verdad, nunca escribiré un libro, porque el mundo está ya lleno de libros (existen bibliotecas inmensas, créanme, y hasta Toni había escrito dos volúmenes rebosantes de poesías homofílicas) y no tengo nada que contarle al mundo, ya que cualquier vida, vista desde fuera, no es más que la tragicomedia incoherente de un tipo que nace, que duerme en los lechos de la enfermedad y del amor, que recorre los largos pasillos del insomnio y que intenta sostener entre sus dedos temblorosos la estrella fragilísima de la felicidad —siempre a punto de desmoronarse y de caer como confeti a los abismos de la desventura.

Debe de ser hermoso escribir un libro, qué duda cabe, pero no pienso escribir ninguno, ya que si lo escribiese, no sería un libro que ofreciera respuestas ni que formulara preguntas, sino que se limitaría a ser *El Gran Libro Walterista de las Preguntas sin Respuesta*:

—¿Por qué los ruiñeños sienten la necesidad estética de componer música en sus sinfónicos cerebros del tamaño de una lenteja?

—¿Por qué nos pudre el tiempo, como si fuésemos manzanas?

—¿Por qué el día y la noche no se han visto nunca el uno al otro (salvo quizás, borrosamente, en la hoguera del crepúsculo o, más borrosamente aún, en el puchero del alba), convirtiéndose de ese modo en desconfiados enemigos: el señor de la luz y la dama de las tinieblas —con su perla lunar en la frente?

—¿Por qué el Antiguo Testamento es un folletín plagado de fallos narrativos y sigue vendiéndose?

Nunca escribiré un libro, porque, a fin de cuentas, ¿qué es un libro sino una vulnerable ficción? Cualquier novela no es más, en el fondo, que un relato que siempre comienza más o menos de este modo: «Yo, señor, nací en

Tormes y, a causa de mi afición a los comics, me volví yonqui y sufría alucinaciones en las cuales luchaba contra molinos de vientos cuyas aspas eran jeringuillas...». En el fondo, cualquier ensayo científico o histórico quedará anticuado, superado o refutado en los tiempos venideros. Cualquier biografía es un fantasma disecado. Cualquier autobiografía es un cadáver maquillado en una funeraria. Cualquier libro de medicina actual provocará la carcajada de los médicos del futuro. Qué frágiles son los libros... Apenas los tratados filosóficos son los que resultan más resistentes al paso del tiempo, porque el ser humano ha cambiado muy poco en ese aspecto desde aquel día en que el primer primate que se puso erecto dio un discurso onomatopéyico y hitleriano a los demás monos. Sí, la filosofía sobrevive a los siglos y a las modas mentales de cada siglo porque la filosofía no le interesa a nadie: ¿quién va a perder siquiera cinco minutos de su vida en refutar el mito platónico de la caverna o el concepto cartesiano de la duda —por no hablar de las teorías de degenerados metafísicos como Kant o Spinoza?

En fin, en la cárcel tienes que convivir con muchos monstruos, empezando por ese monstruo en que tú mismo te conviertes. Allí, por ejemplo, estaba uno que había asesinado a dos niños por pura diversión y al que todo el mundo estaba deseando joder lo más posible en cuanto la ocasión se presentara propicia, porque nadie tiene derecho a destruir la inocencia, y eso lo saben hasta los presos decentes: aunque los niños se conviertan luego en adultos (es decir, en máquinas freudianas que incesantemente producen toneladas de neurosis), nadie que destruya la vida de un niño merece vivir. Nadie. Y aquel asesino de niños apareció un día apuñalado en las letrinas, y tuve que limpiar su sangre.

También estaba allí el violador de niñas, tan apreciado por la prensa. Sí, digo bien: *tan apreciado*. Un hijo de perra viola y asesina a una niña de cuatro años. El hijo de perrita caniche remilgado que presenta el informativo de la televisión dice: «Según los vecinos, el comportamiento de la niña era normal». Qué decepción: una niña de cuatro años que se comporta normalmente, cuando hubiera sido tan estupendo para dar un poco de color a la noticia el que la niña llevara ligüero, se pintara los ojos como una zorrilla pompeyana de Cecil B. DeMille y excitara a los violadores con poses de vampiresa al rojo vivo. «Según sus padres, la niña aún jugaba con muñecas», informa el presentador televisivo, con su corbata protésica y con su protésico peinado de novio de Barbie *Superstar*... Pero entre los reclusos no hacía falta consultar a los vecinos para tomar la decisión de sodomizar con una botella,

una o dos veces por semana, al violador y asesino de la niña de cuatro años, convirtiéndolo así en una especie de Sísifo del culo roto.

Aquello funcionaba mediante leyes primitivas, dictadas a medias por el instinto justiciero y a medias por la demencia racionalizada. Como todas las leyes, al fin y al cabo. (Los ajusticiados se convertían en jueces. Los jueces acababan ajusticiados. Los ajusticiados eran nuevamente ajusticiados).

Bien, en la cárcel tienes que tomar partido si quieres que los distintos clanes no te hagan la vida más imposible de la cuenta. Había donde elegir: el grupo presidido por Loco Ramírez, un psicópata sanguinario que soñaba con montar una masacre en la prisión para dar rienda suelta a su manía más característica; el comandado por Lopechu, un monarca del contrabando que tenía cuatro novios fijos y que pagaba a mil pesetas el polvo, y el regido por Chapete Flay, un narcotraficante frescachón y jaranero que se pasaba el día contando chistes y anécdotas de la época en que fue el novillero más prometedor y más gafado de Tarifa, su pueblo natal.

Obligado a elegir, me arrimé a la pandilla de Chapete Flay.

Como es natural, el hecho de tomar partido tampoco era una panacea. Un día, mientras limpiaba las letrinas, entró allí Lopechu y me dijo: «Escucha lo que te digo, calvo: o se está conmigo o se está contra mí». Otro día el que entró fue Loco Ramírez: «Cuando llegue la hora de la Gran Matanza, yo mismo te cortaré el pescuezo». Y es que cualquier fantoche se cree el emperador de Roma.

En la prisión, para qué negarlo, me metía en muchos líos y andaba siempre implicado en cuanta pelea, motín o rifirrafe se produjese, siguiendo siempre, eso sí, las directrices que a sus protegidos nos diera Chapete Flay, que era enemigo acérrimo de las actuaciones incontroladas. Un día, por ejemplo, tuve que robar de la enfermería una partida de jeringuillas, que se vendían a muy buen precio, y me pillaron. Otro día tuve que incendiar la cocina como protesta por la mucha frecuencia con que los menús se basaban en los garbanzos, legumbre especialmente odiada por Chapete Flay, y me pillaron. Otro día tuve que encerrar en un retrete —no sé para qué, pero era mejor no preguntar— al bulto atado y amordazado en que dos compinches míos habían convertido al llamado Nicolo, el brazo derecho de Loco Ramírez, y me pillaron. Y así sucesivamente.

Por si no fuera bastante, había recaído en la droga, que en la prisión circulaba con la misma fluidez con que circulan por los supermercados las lechugas o las galletas de coco, pero no andaba tan enganchado como en otras épocas de mi vida, y nunca me pinché, porque la delicada operación de

meterme una aguja en una vena siempre me ha entusiasmado tanto como el hecho de que un oficial de las SS me cortase las orejas con un serrucho oxidado y con fondo musical de *El anillo de los nibelungos* en versión *reggae*. De tarde en tarde, cuando me convidaban, me metía algo de coca o un tripi, o alguna pastilla, pero no era ya un obseso de la psicotropía indiscriminada, ni mucho menos. Tampoco era yo el rey de la botella, que se diga, porque allí el alcohol era más escaso que las demás drogas duras, aunque de mes en mes, cuando algún funcionario taleguero nos revendía a precio de platino una botellita de coñac o de *whisky* peleón, me convenía espiritualmente el hecho de achisparme un poco, y entonces era cuando solían venir las pendencies, porque creo que le cogí gusto a la violencia como respuesta hegeliana, por así decirlo, lo que da la medida del estado de mi pobre sistema nervioso. Pero es que si te arrojan al foso de los alacranes, ¿qué puedes hacer? ¿Predicar los Evangelios o mimetizarte con los alacranes?

Lanzado como estaba, en fin, al matachinismo, mi expediente no resultaba ejemplar, de modo que no me tomé siquiera la molestia de solicitar el régimen abierto cuando tal régimen se puso de moda y les daban pasapaporte condicional incluso a los presos que salían por la puerta de la prisión afilando un machete.

El director de la prisión me decía: «Eres la basura más grande que hay aquí, Walter. Pero vas a acordarte de mí durante toda tu guarra vida», porque se veía que era un tipo rencoroso y que no estaba dispuesto a perdonarme lo de las llamadas eróticas. («Vas a cumplir hasta el último día de tu condena», y yo le decía: «Vale, hombre»).

En fin, salvo sodomizar, ser sodomizado y tocarme la lotería nacional, en el penal del Puerto de Santa María me pasó casi de todo, de modo que lo más sensato es que no cuente nada.

Cuando cumplí, exactamente, mil cuatrocientos ochenta y tres días de condena, y chafando así los feos augurios del monarca del talego, me pusieron en la calle: allá va Walter Arias, lanzado de nuevo al mundo.

Chapete Flay, mi jefe y protector, al que aún le quedaba un buen montón de años de trullo, me dio el número de teléfono de un tipo que se hacía llamar Niño Blanco y que me echaría una mano en momentos de apuro, porque Niño Blanco, según Chapete, controlaba lo mejor del hampa no solo madrileña, sino también internacional (¿?). «Gracias por todo, Chapete», y Chapete Flay me besó las mejillas y me deseó suerte.

2 *Un apólogo moral. Disipación de las quimeras comerciales. Nuevo negocio con Jotauve. Revelación del kastaj. La cartomancia*

De la noche a la mañana (fiuuu), una mujer se convierte en una famosa cantante de melodías modernas. (Incluso gana un segundo premio en un festival europeo). Graba un disco. El disco entra en el hit parade y en el corazón de la clase media española. La cantante se hace aceptablemente millonaria. La gente la para por la calle para pedirle garabatos autógrafos. En todas las fiestas a las que asiste le regalan ramos de flores. En todos los hoteles en que se aloja, la dirección tiene el placer de ofrecerle una cesta de fruta junto a una botella de champán —por si es vegetariana o borracha, o las dos cosas. Un productor gordo y lujurioso, dentelleante fumador de gruesos habanos, la engatusa y se casa con ella. «Soy la mujer más feliz del mundo», según informa a los periodistas que se agolpan ante el juzgado. «Es una gran mujer», declara el gordo. (Y aquí viene una elipsis de dos años: chiuuuh). Un día, el gordo huye con todo el dinero de la cantante y la deja además cargada de deudas. «Ha sido una traición. Yo había depositado en él mi confianza al 100 %. Era él el que llevaba todos mis *números*. Yo *solo* soy una artista», declara ella a una revista del corazón.

Poco a poco, la desdichada, a fuerza de dejarse la garganta por todos los municipios de habla latina, va recuperándose emocional y económicamente. En una de esas, conoce a un tipo seductor y acaba casándose con él, pero, agua y aceite, se separan a los pocos meses. Ella se lanza, como es costumbre en todas las nadadoras de la desdicha, a las piscinas macabras del alcohol. Las casas discográficas le dicen que su carrera está arruinada. La gente no la para ya por la calle. Algunos, incluso, se apartan cuando la ven venir, borracha como un *hooligan*. Para colmo, se queda embarazada y tiene un hijo de padre incierto: ¿el alegre clarinetista de aquella orquesta valenciana?, ¿el gigoló de pelo aceitoso que la abordó en aquella sala de fiestas de Vigo?, ¿tal vez el

chulo Charlie, aquel irlandés de Torremolinos que llevaba tres o cuatro kilos de oro en solo seis dedos?

Bueno, bueno. Ella sufre un accidente de tráfico. De repente, las revistas del corazón, que no se habían acordado de ella en los últimos años, se hacen eco de su tragedia, de su situación actual y de la gran injusticia cometida en su trinitante persona. El público cae en la cuenta de que aún la adora de todo corazón y tararea de nuevo sus viejas canciones, fósiles pop que surgen en el subconsciente nacional tras remover sus escombreras. Ella se siente animada, querida de nuevo por el público. Tan animada, tan querida, que no duda en meterse en un quirófano para que le quiten la papada de ocho niveles y todas esas adiposidades que han ido adhiriéndose a su cuerpo como pulpos parasitarios. Cuando no está descoyuntándose en un gimnasio o corriendo en chándal por los parques, está sumergida en bañeras rebosantes de colágeno puro, a la espera de la llamada de ese inconcreto productor. A la espera de esa segunda oportunidad de oro que todos merecemos en la vida.

... Hasta que un día la llama, en efecto, un productor y ella firma un contrato para cantar el pegadizo estribillo que sirve de fondo musical al anuncio televisivo de un nuevo y poderoso detergente.

Bien. He contado este apólogo moral walteriano porque así es como me sentí cuando, tras pasarme más de cuatro años en la cárcel por el asunto de los neofascistas, encontré mi primer trabajo.

Durante mis años de reclusión, me había forjado grandes quimeras de cara al futuro, planeando negocios infalibles y fabulosos: montaje de una cadena de puticlubs de carretera con muchachas traídas directamente del área caribeña, creación de una agencia de importación de productos exóticos (bisutería oriental, criadas dominicanas, medicamentos naturales chinos) y rodaje de películas que estuviesen entre el cine intelectual francés y el porno duro holandés, cuyos esquemas básicos escribía en mi celda: *La dramaturga sartreana y el fontanero priápico*, *Confesiones íntimas de una corista taoísta seducida por el torrencial hechicero de Madagascar...* Pero, cuando salí de la cárcel, todo el mundo parecía haber tenido las mismas ideas geniales que yo, de forma que el mercado estaba saturado de puticlubs caribeños de carretera, de objetos exóticos (criadas filipinas incluidas) y de películas pornográficas (dos al precio de una).

Como resulta fácil imaginar, fui a ver a Toni, mi antiguo jefe, el nómada nocturnal de la Sodoma madrileña. Pero la vida da tantas vueltas, ¿verdad? Lo digo porque Toni me había reemplazado por una especie de hércules apolíneo —valga la paradoja— que le servía de guardaespaldas y de chaperó estable.

«Mira, Walter, te presento a Giulio», y Giulio tenía una dentadura de marfil pulido, y unos brazos de gladiador, y una melena de trovador provenzal. «Enhorabuena, Toni», le dije, y Toni me llevó aparte y me explicó que no había tenido más remedio que buscarse a un sustituto, y que con Giulio le iba bien, porque, para colmo, se habían enamorado. (Bueno, esas cosas le ocurren a cualquiera). Entendí que allí estaba de sobra y, aunque Toni me ofreció su casa hasta que encontrara alojamiento, preferí rehusar su hospitalidad, aunque debo confesar que acepté un fajo de billetes que se empeñó en meterme en el bolsillo. —Las cosas de Toni, que no podía vivir sin dar dinero a los hombres.

En la pensión Derby (que estaba en la Plaza del Ángel, aunque era digna del Camerún: una granja de hongos, contagiosos incluso por telepatía) me hospedé durante un par de semanas, procurando sacudirme la mentalidad de recluso, ya que el pensamiento humano es muy parecido al de los caballos: dejas a un caballo en libertad para que goce de los verdes prados edénicos y regresa a su cuadra apestosa. Por instinto. Y a mi pensamiento le ocurría eso: que volvía a la prisión. Y no digamos ya en los sueños: cada noche me levantaba sobresaltado, tras soñar que algún secuaz de Loco Ramírez me acuchillaba o que se rompía una tubería de las letrinas, pongamos por caso.

A pesar de la recomedación de Chapete Flay, no me decidí a llamar a Niño Blanco, aquel magnate del hampa, porque lo que menos me apetecía era meterme en líos nada más salir del Gran Lío. Necesitaba una tregua, un tiempo para acomodarme a la jungla exterior, pues no resulta fácil cambiar de jungla.

Mi eterno problema de alojamiento, mucho más complicado que el de los beduinos, lo resolví yéndome de la pensión Derby (dejando a deber mis tres últimos días de convivencia con los hongos contagiosos) y alquilando un cuarto en el estudio de un colectivo formado por cinco artistas modernos que se pasaban el día pintando monas abstractas y contaminando el aire con efluvios de aguarrás y vanguardismo. En aquella vivienda, hasta los lavabos parecían cuadros modernos, llenos como estaban de manchones y de huellas dactilares al óleo. —Si aquellos tipos llegan a hacerse famosos algún día, los lavabos de aquel piso van a costar un buen puñado de dólares.

Los artistas estéticamente revolucionarios no vivían allí, sino que solo lo utilizaban como estudio, pues no resultaba sencillo vivir en aquella pocilga si no cumplías el requisito de haber pasado cuatro años en un presidio. Pero al menos yo tenía un techo, y debajo de ese techo una cama, y a cinco metros de esa cama un cuarto de baño, y en el cuarto de baño un lavabo manchado de pintura, pero con agua corriente.

Una tarde me dejé caer por el Hades. Como dijo no sé ahora con exactitud si Arquímedes o Parménides o Pericles, o Heráclito tal vez, todo fluye: el Hades había dejado de llamarse Hades para llamarse Jamborie. Hasta Luiyi había fluido, por así decirlo, ya que —según me contó el tipo que llevaba el bar— el califa indiscutible de los mecanismos mentales ingeniosos estaba en la cárcel desde hacía más de un año porque había tenido un rifirrafe narcocomercial con un tal Panchi Casanova y el tal Panchi Casanova («¡A mí la policía me la chupa!») se vengó a través de un chivatazo muy complejo: le comunicó la esencia chivatesca a la policía de Sevilla (que a él se la chupaba, según ha quedado dicho), y la policía de Sevilla (feladora de Panchi) se la comunicó a la policía de Madrid. La referida esencia chivatesca no era otra que el hecho objetivo de que Luiyi almacenaba hachís en el Hades. Y lo pillaron con más de medio kilo. (Vaya).

Luiyi en la cárcel debió de pasarlo mal, dado que, aparte de ser guapo, tenía ese extraño cerebro que le mantenía en una constante verborrea chistosa, y no hay cosa que irrite más a los presos que el hecho de no entender un chiste, porque la población reclusa resulta muy susceptible y enseguida piensa que quieres tomarle el pelo —y, en una cárcel, lo digo por experiencia, ese tipo de malentendidos puede acarrearle un navajazo indeleble en la mejilla o una sodomización traumática.

La vieja guardia del trotskismo madrileño, en fin, estaba pasando una mala racha espiritual: Luiyi en la cárcel, yo recién salido de la cárcel y Mortadela Dick en el manicomio, hartándose de pastillas para evitar que la botella gigante de vodka volviera a perseguirlo a través de los campos de minas de la esquizofrenia.

Como tenía dinero para ir tirando durante una temporada, me dediqué a disfrutar de mi libertad, si así puede llamársele a aquello, porque la verdad es que me había convertido en un preso del *peep show* de la calle Atocha, y allí me pasaba las tardes enteras, echando monedas en la ranura codiciosa de mi cabina, a través de cuyo cristal veía yo a las artistas, que sumaban quince, en las más impensables posturas e imposturas. (Por si a alguien le interesa, diré que mi favorita se hacía llamar Esmeralda, en cuyos ojos se abría un túnel oriental de enigmas hirvientes y cuyos pechos vibraban como flanes titánicos, como si dijésemos).

En cuanto al Psicópata... Bueno, a través del Psicopríapo, yo le proporcionaba cuanto podía, aunque para él nada sea suficiente. Entre cosa y cosa, a los pocos meses de salir de la cárcel yo había tenido tres o cuatro novias, si se le puede otorgar esa categoría sentimental a la modesta cabalgata

de espectros desnudos —y a veces un poco deformes— que pasó por mi cama. En los bares de la zona de Antón Martín, al lado de mi carcelario *peep show*, podías conocer a mujeres con problemas de autoestima que te sonreían en cuanto las mirabas: maestras dolientes, violinistas pesimistas, alfareras *amateurs* de manos dolorosas... Yo salía del *peep show*, después de ver a las mujeres más hermosas del universo en pelota picada, y me ponía a ligar con los enternecedores desechos psicoanalíticos de la noche. Quizá, no sé, porque las chicas malas del *peep show* no eran estrictamente reales, ya que lo que vemos a través de un cristal suele ser un espejismo. Y las muchachas de la cama circular y giratoria existían únicamente en su acuario de erotismo ilusorio. Y afuera estaba la realidad, como una mala prosa.

Una noche en que me hallaba callejeando me encontré con Jotauve, mi antiguo jefe en el negocio de desvalijar pisos, al que yo daba por muerto.

Estaba un poco cascado y había perdido ese atildamiento entre hampón y dandístico que le caracterizaba. Seguía vistiendo bien, pero su traje tenía ese brillo que delata un exceso de uso y de plancha, y eso no es buena señal, al menos en un presumido. Los dientes, además, se le habían picado y lucía una panza que parecía un embarazo protésico. «Walter, joder, estás hecho una mierda. Sin pelo...», me dijo, mirándome de arriba abajo y dándome palmadas en la espalda. —¿Hecho una mierda yo? No sé, debía de haber una epidemia...

«¿En qué trabajas ahora?», me preguntó Jotauve, y le narré la epopeya de mis últimos tiempos. Me di cuenta de que Jotauve tenía una especie de tic nervioso en la boca, como si cada seis o siete segundos le picara en la comisura de los labios un mosquito. También observé que, de pronto, se ponía a murmurar, a gruñir o a sonreír sin motivo. «¿Te pasa algo, Jotauve?», me atreví a preguntarle cuando de repente se puso a dar golpes en la mesa igual que un mono al que otro mono le birla un plátano. En un principio, pensé que todo aquello podía deberse a la extirpación de su vesícula, ya que al organismo humano le gusta darse aires de maquinaria misteriosa y compacta, sujeta a un delicado engranaje global del tipo «vesícula conectada con protozemas amnióticos a la glándula pineal, con consecuencias reumáticas en el dedo gordo del pie derecho», o así. Pero, según deduje de la explicación de Jotauve (explicación que estaba entre el galimatías, el puro desquicie argumental y el tic desatado), la banda holandesa lo tuvo cautivo durante más de seis meses tras el asunto del piso de la calle Cervantes, *siempre* sin luz, *siempre* con los pies esposados, *siempre* durmiendo en el suelo, y solo le daban de comer una vez al día, y la comida *siempre* le llegaba fría y *siempre*

era asquerosa, y el tipo que le dejaba los comistrajos le decía *siempre* que se había meado dentro del plato. *Siempre*.

Cuando los holandeses y los uruguayos firmaron la paz, soltaron a Jotauve en un descampado próximo al poblado conocido como Los Pozos, allá en Vicálvaro, con los ojos vendados y las manos atadas, y allí se pasó tres o cuatro días hasta que lo encontraron unos quinquis que le robaron los zapatos y la ropa, pero que al menos lo desataron y le dieron un poco de conversación humanitaria.

Como es natural, ese tipo de situaciones machacan el cerebro, que es más inconsistente que un muñeco de nieve. Y Jotauve tenía el cerebro machacado, lleno de muñecos de nieve derretidos.

«¿Te gustaría trabajar para mí?», y le dije, acordándome de cómo acabó nuestro viejo negocio de desvalijar pisos, que era mejor dejarlo correr. «Un trabajo muy sencillo, y sin riesgos», me insistió. «Se trata simplemente de que...». Y yo, en fin, por no derretirle otro muñeco de nieve en el cerebro, le dije que vale.

El trabajo que tuve que desempeñar para Jotauve (y por eso conté el apólogo moral de la cantante desdichada) se ajustaba a mi sino laboral: raro, demente y decepcionante, pero al menos resultaba cómodo. Cada noche, a partir de las doce, tenía que ir a un locutorio clandestino que había en la calle Barbieri y llamar a los números que se me antojaran. Cogía la guía telefónica, la abría aleatoriamente, cerraba los ojos y marcaba el primer número que marcara a ciegas mi dedo índice. Cuando el destinatario azaroso de mi llamada preguntaba «¿Sí?», «¿Diga?» o «¿Quién es?», le decía: «¿Qué tal, Arruza? ¿No me reconoces la voz? ¿No te acuerdas de mí, cabronazo? Dime, ¿cómo te van las cosas?». Y por lo general el interlocutor no se atrevía a colgarme, rumiando recuerdos de amistades chifladas, de enemigos chiflados o de exsocios traicionados y rencorosos. La telefonista —una dominicana de alma siberiana, incapaz de sonreír— llevaba el registro de mis llamadas y luego liquidaba cuentas con Jotauve. «Anoche solo hiciste doce llamadas, y una de ellas al extranjero», me recriminaba a menudo mi jefe. Y es que, de vez en cuando, no podía resistir la tentación de llamar a un teléfono erótico, añorante de las voces de las casandras, sheilas y rebeccas, y aquello siempre me llevaba mucho tiempo, y salía desde luego caro. («Me siento mojada, cariño», ya me entienden).

Bien, ¿y para qué diablos estaba interesado Jotauve en molestar a personas a las que ni siquiera conocía, sembrándoles en medio de la noche la semilla de una situación inexplicable, el sobresalto de una llamada telefónica

absurda, inquietante y sospechosa? Habría que ser por lo menos el primo de Sigmund Freud para saberlo con precisión. Lo que me temo es que a Jotauve se le había metido el horror en los huesos tras su secuestro por parte de la banda de los holandeses y que lo que pretendía con aquellas llamadas nocturnas era democratizar el miedo, por así decirlo: llenar la ciudad de pequeñas bacterias telefónicas que provocasen la tiritera de la inquietud. «Sé amable», me indicaba Jotauve, porque él sabía de sobra que no hay cosa que provoque más terror que la simpatía gratuita. («¿No has estado enfermo últimamente, Meléndez?». «Yo te tenía mucho aprecio, Martínez, ¿no te acuerdas?, ¿no te acuerdas de *nada*?»).

Aquello iba todo lo bien que podía ir, aunque Jotauve no me pagaba demasiado por mis labores de telefonista, pero tengo más que visto y comprobado que nadie puede jugar con la demencia sin contagiarse. Y aquella ocupación demente, según era de temer, acabó perjudicándome el buen juicio. La prueba está en que una noche, para romper un poco la rutina, me entretuve en llamar al Hospital de la Paz, al Ayuntamiento, al *peep show* de la calle de Atocha y a la discoteca Pachá para anunciarles la colocación de una bomba en sus respectivas instalaciones. Y aquello me dio que pensar. Y pensé sobre todo en las semidiosas semiporno del *peep show*, destrozadas por la explosión de una bomba colocada debajo de la cama giratoria: pumba, y sus piernas larguísimas mutiladas, y sus ondulantes cabelleras hechas cisco, y la silicona de sus pechos convertida en la goma triste de un globo reventado... Sentí un escalofrío, porque basta que alguien piense algo así para que ese algo tenga más posibilidades de suceder. No conviene jugar con ese tipo de imaginaciones, porque la mente humana es muy poca cosa: tiene demasiados sótanos vacíos que van llenándose de manías y de malos pensamientos. A partir de cierta edad (digamos que a partir de los veinticinco años) todos tenemos el cerebro como un campo de minas unipersonales. Basta que alguien pise la mina de tu sentido de la humillación para que esa mina explote y cometas un crimen, basta que pises tú mismo por descuido la mina de tus recuerdos de infancia para que resucite aquel asco palpitante que sentiste al verte obligado a apedrear a un gato acorralado en el patio del colegio. La mente humana es muy poca cosa. (Solo a los humanos se les podía ocurrir que el oro, por ejemplo, es más valioso que la plata y que el caviar debe ser más caro que la comida para perros. Solo la mente humana está capacitada para establecer esos matices de valoración, y esa es nuestra grandeza, lo que nos distingue de los estúpidos animales: pagar más o menos por una medallita milagrosa dependiendo de que sea de oro o de plata, pagar una fortuna por

una lata de caviar que haría vomitar a los gatos callejeros, hacer feliz a una muchacha regalándole un diamante o bien humillarla con una pieza de bisutería).

Aquel trabajo mío, en fin, no podía llevarme a nada bueno, de modo que un día le dije a Jotauve que lo sentía en el alma, pero que rompíamos nuestro contrato laboral. «Tú eres también del enemigo», me dijo Jotauve, con su tic desatado. Y es que el pobre Jotauve tenía el cerebro en carne viva, deshecho por una guerra civil entre tribus neuronales, porque las células de su locura se estaban merendando a las células de su sensatez.

Nunca volví a ver a Jotauve, y no logro imaginar siquiera lo que se le pudo ocurrir, tras su estrategia telefónica, para expandir el miedo por toda la ciudad. (¿Soltar gorilas?).

En el piso de los pintores, con su clima de aguarrás y de deconstrucción estética, entre aquellos enormes lienzos de rabia abstracta, me sentía muy cómodo, porque nadie me molestaba: aquellos fantoches se pasaban el día intentando cargarse la Tradición Pictórica Europea (la TPE), y eso exige mucho trabajo y mucha concentración. De vez en cuando, pillaba por ahí a alguna samaritana del sexo, me la llevaba a mi cuarto, nos fumábamos o nos tragábamos alguna cosa y aullábamos durante un rato como artistas de una *performance* basada en la droga del sexo y en la droga propiamente dicha. — Y todo resbalando por mi corazón...

Pero no me encontraba bien. Espiritualmente bien, quiero decir, porque *a)* el espíritu es un ente que padece la misma languidez que un decorador de interiores y *b)* el espíritu es como una armadura de seda —y ya me dirán ustedes para qué sirve una armadura de esas características en la batalla de la vida—. De modo que, gracias a la recomendación insistente de una medio novia mía que se llamaba Jacinta y que se hacía llamar Jacin, me planté un buen día en la consulta de un gurú que, aunque nacido en Hospitalet de Llobregat, provincia de Barcelona, se había pasado unos cuantos años en el Tibet escrutando el Horizonte Interior y practicando toda suerte de trascendentalismos —ya saben: extrayendo enseñanzas gnósticas y aforismos gnómicos del aletear de las mariposas o de cualquier otra evanescencia de ese porte, leyendo a los santones patriarcales y venerables, meditando desnudo sobre la nieve y comiendo hierbas de esencia curandera, y de ahí para arriba.

Aquel gurú tenía por nombre artístico el de Sri Renkoi y disimulaba sus características étnicas catalanas con sombra de ojos, con una calvicie voluntaria y con un bronceado de vigilante playero, imagino que para darse

así una pátina más o menos tibetana de embrujo, ya que un gurú pálido es algo tan impropio como un vampiro sonrosado.

Sri Renkoi era capaz de adivinar y localizarte en el espíritu nada menos que el *kastaj*, concepto, al parecer, de su exclusiva invención. El *kastaj*.

Bueno, ¿y qué demonios es el *kastaj*? Según aquel experto en la explotación comercial de los asuntos del alma, el *kastaj* es esa habilidad mágica y secreta que todos poseemos y que solo muy pocos aciertan a descubrir. Para no irnos de este mundo sin conocer nuestro *kastaj* lo único recomendable y sensato consiste en contratar los servicios de Sri Renkoi, el gurú catalán de la calva postiza —valga la expresión, y valga el concepto. Comoquiera que Jacin no quería por nada del mundo que me fuese de este mundo sin enterarme de la índole de mi *kastaj*, allá que me arrastró a lo de Sri Renkoi.

«Te va a encantar. A mí me descubrió mi *kastaj* nada más verme: la Entrega Absoluta. Ese es mi *kastaj*: mi capacidad para entregarme en cuerpo y alma a las vibraciones positivas», me reveló Jacin, y sospeché de inmediato que el gurú catalán se la había cepillado a lo bestia, en plan mono tibetano. — La Entrega Absoluta... Bueno.

Por si a alguien le interesa, diré que a Jacin le resultaría muy difícil —mucho— el ganarse la vida como conejita de *Playboy*, pero a ella le dio por mí y, tras consultar el asunto con el Psicópata, el Psicópata me dijo: «Adelante, Walter, sin remordimientos de conciencia. No todas pueden ser unas sílfides enloquecedoras».

Como Jacin se puso muy pesada con lo del *kastaj*, ya digo, estuve visitando a aquel espeleólogo espiritual durante varios meses (sus manos sobre mi frente atribulada, sus ojos en blanco, su transporte a las remotas regiones del tantra y de la gnosis) y, al final, acabé enterándome —oh melancólico eureka— de cuál era mi *kastaj*. «A veces, el *kastaj* está muy oculto, pero Renkoi siempre lo encuentra», me había asegurado Jacin, vuelta una repentina experta en kastajología. Y así fue.

Bueno, el *kastaj*, como todo en esta vida, es una tómbola, y a mí me tocó lo que me tocó. Y lo que a mí me tocó en la tómbola del *kastaj* no pudo ser otra cosa, no podía ser otra cosa que... (*suspense*)... una facultad portentosa para oler la herrumbre. Como suena: *oler la herrumbre*. Exactamente eso. Y, aunque me cueste reconocerlo, Sri Renkoi dio en la clave, porque lo cierto es que si entro en una habitación, sé de inmediato, gracias a mi *kastaj*, que el cuadro de los ciervos perseguidos por los perros está sujeto con un clavo herrumbroso. Si entro en un bar, puedo oler el metal podrido de la parte baja

del mostrador refrigerado —ese reino de las cucarachas y de las monedas perdidas. Nunca había sido consciente de esa facultad, pero el espíritu humano es una caja de sorpresas: el *kastaj*, la herrumbre... En fin...

Claro que mi *kastaj* no resulta demasiado útil, y yo diría que hasta constituye una molestia: entro en un cine, por ejemplo, y puedo oler todos los clavos mohosos que sostienen los tacones de los zapatos de los espectadores.

Según me dijo Sri Renkoi, cada ser humano tiene un *kastaj* distinto: hay quien sabe localizar el punto G de una mujer —aunque sea frígida— con solo mirarla de reojo por la calle, hay quien es capaz de mentir sin que le delate esa contracción de los pequeños músculos faciales ni esa microscópica dilatación de las pupilas que se produce cuando las palabras forman en la boca el escarabajo rodante del engaño... Existe gente con suerte.

Yo, gracias a mi *kastaj*, puedo oler la herrumbre: algo que apenas tiene olor, porque ni a la propia herrumbre le interesa la publicidad. Otros son capaces de oler a un kilómetro de distancia a las muchachas en celo, otros adivinan el porvenir de las finanzas, otros saben escribir sonetos bucólicos y yo puedo oler la herrumbre. Unos cuantos meses soltándole pasta al gurú catalán para saber que puedo oler la herrumbre allí donde quiera que la herrumbre se esconda.

«Pues a mí me parece precioso... Oler la herrumbre», me dijo Jacin, que tenía la mente atacada por los bacilos amarillentos del extremorientalismo.

En fin, como no tenía cosa mejor que hacer, y contagiado sin duda por las técnicas comerciales de Sri Renkoi, un buen día decidí meterme, no sé por qué razón, a cartomante.

Han oído bien: a cartomante.

La culpa, como es natural, la tuvo Jacin, que me regaló un tarot, con sus setenta y ocho naipes. «Estoy segura de que tú tienes el don», me dijo. Y asentí. Así que, tras dar muchas vueltas a aquello, pensé: «Eh, Walter, el tarot + el don = pasta potencial». Y así comenzó mi carrera.

Mucho me temo que no van a creerme (a mí mismo me cuesta bastante trabajo reconocerme en ese espejo remoto), pero lo cierto es que me ponía una camisa de brahman hindú, me reliaba un pañuelo a modo de turbante y desplegaba un tapete en cualquier calle del centro con la intención de echar las cartas a todo aquel que me pagase equis pesetas. Algunas veces, Jacin me prestaba a su hermano pequeño y yo lo sentaba junto a mí por pura estrategia de *marketing*, ya que la presencia de un niño humaniza los negocios callejeros y les da respetabilidad, aunque el niño se aburra lo mismo que un cangrejo en un congreso mundial de luciérnagas.

Como es de suponer, yo no tenía la más mínima idea del tarot, ni creo que vaya a tenerla en lo que me quede de vida, pero me fijé la meta de amortizar por vía espiritual el dinero que me había sacado espiritualmente Sri Renkoi.

El tarot es muy popular y rentable por la sencilla razón de que a la gente le gusta que le hables de ella misma, halagándola («Estás en un mal momento, aunque tienes mucha fuerza de espíritu y saldrás pronto del bache») o anunciándole desgracias con estratégicas conjunciones adversativas («Vas a tener un fracaso amoroso, *pero* vas a encontrar al poco tiempo el amor de tu vida»). Por raro que parezca, la gente picaba. Y les confieso que me divertía aquello, porque me transformaba en augur, que es una de las ocupaciones favoritas de cualquier ser humano —pregúntenle si no por el futuro del planeta a un simple saltimbanqui o a cualquier concejal de pueblo—. A algunos tipos que me caían mal les decía: «Van a cortarte una pierna, *pero* vas a cobrar una estupenda pensión de inutilidad». Muchos, al oír ese tipo de pronósticos, se rebelaban, pero yo les replicaba con contundencia: «No cabe duda. La figura del ahorcado junto a la de la torre significa eso: amputación de una extremidad inferior». Las que nunca se acercaban a consultarme su futuro eran, ay, las muchachas despampanantes —y es que ellas no necesitan que nadie les revele el porvenir, porque de sobra lo conocen: ese miedo creciente a los espejos...

Jacin, que se volvía una pirada peligrosa ante cualquier cuestión medianamente esotérica, estaba entusiasmada con mi nueva profesión, pero yo comenzaba a notarme un poco harto de Jacin y no sabía cómo quitármela de encima, hasta que un día se empeñó en que le leyese las cartas *en serio*, y se las leí: «Vas a emprender un largo viaje... a la India... *pero* aquello será solo el comienzo de una gran aventura geográfica y espiritual». Y a Jacin, la pobre desquiciada, le faltó tiempo para irse a la India.

3 Ocios creativos. *La expedición a Almería. Vaivenes hegelianos en el Far-West. La empresa de Niño Blanco. Volamos hacia Moscú*

Mi explotación comercial de la cartomancia me duró poco: algo más de un mes, de modo que me vi de nuevo en la incertidumbre laboral —valga la redundancia—, aunque por suerte disponía del dinero que me enviaba mi padre para ir tirando del carro vertiginoso del presente, si se me permite la frase hecha.

En el piso de los pintores hacía mi vida, por así decir, mientras ellos debatían reconcentradísimamente consigo mismos sus estrategias especulativas en torno a la abstracción, pintando lienzos del tamaño de un latifundio. Apenas teníamos trato, porque los cinco eran taciturnos y ariscos: genuinos autistas, meditabundos genuinos. Siempre meditando si el manchón rojo o el manchón amarillo quedaba mejor a la izquierda del cuadro o a la derecha —¿quién puede saber eso con seguridad?

Allí me pasé más de un año, en una especie de bodhi budista (bodhi = iluminación, en sánscrito y en pali), leyendo libros que compraba en el Rastro, paseando por los parques del municipio, manteniendo relaciones con alguna muchacha que no dejaba huella alguna en mi espíritu ni yo en el suyo, yendo a veces al *peep show* de Atocha y yendo mucho al cine (así pusieran *La Hormiga Atómica contra el Imperio Romano*), desentendido por completo de los negocios y afanes propios de nuestro siglo.

Lo único destacable de ese periodo de mi vida fue un viaje que hice a Almería, una especie de desierto africano que se quedó pegado por casualidad a la península ibérica en la época de los grandes seísmos del pleistoceno. ¿Y qué fui a hacer en aquella tierra? Bueno, es que un día leí en un periódico que Shasha Ponderoso, mi actriz porno predilecta, estaba rodando una película en Almería. A lo largo de la entrevista, Shasha Ponderoso declaraba que, tras su carrera estelar en el porno duro, estaba dispuesta a demostrar que era también una actriz seria. Y quería que el mundo artístico la reconociera como tal. «Me

siento orgullosa de ser considerada la musa del erotismo. Un erotismo como fuente de energía vital para el ser humano y en el que están implicados los sentimientos y las emociones. Un erotismo alejado de los clichés de la vulgaridad. Pero quiero demostrar que también soy una gran actriz». O sea.

Shasha Ponderoso, en fin, quería ser una actriz seria y estaba rodando un western en Almería.

Sin pensármelo dos veces, cogí un autobús que tardó unos ciento treinta y cinco días psicológicos en llegar a tierras almerienses y me planté en un lugar llamado Mini Hollywood, que se hallaba en pleno desierto rocoso, donde las pitas y demás ramajos de la prehistoria expandían su reseco imperio botánico.

Mini Hollywood no era otra cosa que la reconstrucción de un poblado del Lejano Oeste que servía de atracción psicopedagógica para los niños con alma de forajido y que, de vez en cuando, se utilizaba como escenario para películas de indios y vaqueros. La verdad es que dejabas tu mente en blanco y te parecía que estabas en las ásperas tierras de Arizona, y que tu vida allí corría peligro, y que el Nuevo Mundo estaba aún sin colonizar, y que todo era una cosmogonía de pólvora y de *whisky*.

Nada más llegar a Mini Hollywood, la suerte me sonrió, porque necesitaban extras para la tribu india, y hasta pagaban. De modo que al poco rato de llegar me vi disfrazado de apache, con mi taparrabos, mi corona de plumas, mi cara pintada y mi fusil, porque la película trataba de indios posteriores a la era arcaica de las lanzas y los arcos —hacia 1870, más o menos.

Yo no paraba de preguntar a todo el mundo por Shasha Ponderoso, pero nadie sabía nada de ella, mi dama invisible. «Ya vendrá cuando tenga que rodar sus escenas», me dijo un cámara. De modo que paciencia y barajar, con las uñas comidas.

Montado en mi caballo pinto, que tenía las ideas de un escorpión, cargué contra la caravana de los granjeros, y nos cargamos a todos —incluida la hija del predicador, endiosada como ella sola—. Otro día me dijeron que me vistiese de bandido, y al siguiente pasé a engrosar la cuadrilla del *sheriff*. — Como en la vida: cada día en un bando.

Y Shasha no llegaba.

Hasta que llegó, por supuesto...

Qué buen esqueleto tenía Shasha. Con qué gracia se peinaba su larga cabellera pelirroja y con qué dignidad lucía sus escotes de putón irreprimible. Con sus cerca de sesenta años encima, Shasha Ponderoso era una mujer mareante, pues no en vano tenía el título de reina cinematográfica del porno, y

eso no se consigue por casualidad. Ni las actrices jóvenes habían podido arrebatarse el cetro. Pero Shasha quería ser una actriz seria y estaba rodando un wéstern.

De todas formas, Shasha era de ese tipo de actriz que es muy raro que, ruede la película que ruede, no se la acabe cepillando alguien por exigencias del guión, así interprete a Mary Poppins o a santa Margarita de Escocia. Y esa era mi ilusión secreta: asistir al rodaje de esa escena mítica en que Shasha se cepillaría a veinte o treinta cuatrerros, porque ella era capaz de cualquier cosa. (En *Desenfreno en Kyoto*, por ejemplo, le conté veinte penetraciones interminables por parte de los samuráis).

Shasha llegó en una especie de remolque que le servía de camerino y no pude resistir la tentación de ir a pedirle un autógrafo para iniciar lo que pudiera convertirse en una bonita relación —una relación como la que ella mantuvo, sin ir más lejos, con el Hombre Lobo en *El castillo de los monstruos calientes*. Así que llamé a la puerta y, al instante, ya estaba yo frente a Shasha Ponderoso, que llevaba una bata de cuello escarolado y unas zapatillas de tacón con pompones: ¿quién podía esperar menos de ella? Sobre una silla estaba su vestido escarlata de bailarina del saloon.

¿Y qué? Pues nada. Para empezar, Shasha me habló en una mezcla de italiano, uruguayo y cherokees que ella procuraba hacer pasar con éxito por una especie de español marbellí, aunque apenas lo era. Le noté la desconfianza, pero le puse delante un papel y un bolígrafo y entonces sonrió con gran relax —aquella sonrisa suya que tantas veces había admirado yo en sus películas cuando el actor principal le hacía cualquier marranería—. Sin poder remediarlo —¿qué remedio puede tener lo irremediable?—, intenté ponerme romántico con ella, y ella se puso entonces como una bruja loca conmigo y me echó del remolque, porque se ve que la psicología de las divas del porno es una cosa de veras alambicada.

Por la tarde, cuando terminé de rodar una escena en la que yo formaba parte del grupo de colonos que oía misa antes de ser importunado por unos pistoleros borrachos, se vino para mí el ayudante del realizador —o un gerifalte de esa categoría— y me dijo que al día siguiente ya no quería verme por allí. Que puerta.

O sea, que Shasha era una diva chivata y macarthista.

Y ahí, para mi mal, acabó todo, tras haber hecho el indio durante más de una semana.

Frente al crepúsculo sangrante, en el paisaje medio tejano y medio lunar de Mini Hollywood, Walter Arias veía cómo una de sus obsesiones eróticas

fundamentales se hundía como tal obsesión en el fango metafísico de la imposibilidad.

Así que cogí un autobús de regreso y trescientos o cuatrocientos días psicológicos más tarde llegué a Madrid, donde seguí disfrutando del ocio, germen de la sabiduría.

Pero, claro, no hay cosa que se esfume antes que el dinero y que los periodos sabáticos.

Si se me permite hacer un análisis retrospectivo de mi situación financiera, diré que la asignación mensual de mi padre seguía invariable desde hacía años, sin tener en cuenta la tasa de inflación, de modo y manera que mi poder adquisitivo resultaba cada vez más tercermundista y melancólico.

Como en aquella época estaban en el paro hasta los esclavos egipcios, tuve que recurrir, muy a pesar de mi conciencia, a Niño Blanco, el megahampón que me recomendó Chapete Flay para casos de necesidad, así que llamé un día al número de teléfono que me proporcionó Chapete y me puse al habla con un tipo que no era Niño Blanco, sino Mani Márquez Heredia, con quien concerté una cita, pues el solo nombre de Chapete Flay (*Ábrete, Sésamo*) me franqueó las puertas de lo que resultó ser la elite del hampa.

Por si acaso fuese de interés general, diré que el aspecto habitual de Mani Márquez Heredia, que por aquel entonces acababa de entrar en la setentena con buen pie, solo resulta imaginable si somos capaces de concebir a un quinqui calé al que acaba de tocarle la lotería sin haber tenido que comprar siquiera el boleto. Tenía los dedos atiborrados de anillos imperiales, las cervicales trituradas por el peso de unas cadenas de oro con las que bien podría atarse a un oso polar y la dentadura forrada asimismo de oro, salvo algún que otro diente de verdad que quedaba por allí, plebeyo y humillado; llevaba siempre unos trajes de empaque patriarcal y, cuando no le apetecía hacer ostentación de su revoltijo de cadenas, lucía unas corbatas de explosivo floreteo.

«He estado hablando con Chapete y me ha dicho que vales para esto», me informó Mani durante nuestra primera entrevista, y asentí con orgullo, porque el juicio de Chapete Flay no era poca cosa —y recordé aquella ocasión en que el propio Chapete le pegó una paliza, delante de todos, a Fósforo Martínez, un tipo de nuestra banda que, sin consultarlo con Chapete, aunque para quedar bien con él, le metió la cabeza en una olla de potaje hirviente a un cocinero que era demasiado aficionado a los garbanzos, tan detestados por Chapete.

Mani Márquez Heredia me preguntó que dónde vivía y le hablé con un ligero toque melodramático de mi covacha vanguardista. «Pues mañana te mudas al Piso de los Muchachos», me dijo Mani, conocedor sin duda de las secuelas irreparables que deja el contacto con la pintura moderna en el temperamento de la gente. «¿Sabes disparar?», me preguntó, y yo —no sé por qué— deduje que era mejor decirle que sí que decirle la verdad a secas. «Estupendo», aprobó Mani.

Al día siguiente, en fin, me mudé, no sin antes permitirme el capricho de pintarrajear un lienzo del tamaño de un muro para dejárselo a los artistas abstractos como recuerdo de mi paso por sus vidas.

Bien, el Piso de los Muchachos quedaba por la Glorieta de Bilbao y era mayor aún que el piso que alquilaron mis padres cuando llegamos a Madrid. Tenía doce dormitorios, un salón-comedor, una cocina y tres cuartos de baño, y allí se hospedaban los muchachos de Niño Blanco cuando andaban de faena por la capital. «No hables con nadie», me advirtió Mani. (Cartuja del silencio: chiiiiist). Cada mañana, llegaba una mujer —muda como una muda— y limpiaba todo, y nos lavaba la ropa, y nos la planchaba, y nos hacía comidas, y aquello era algo así como el Hampa Palace. «Pélate y cómprate ropa», me indicó Mani Márquez una tarde en que apareció por allí, y me puso en la mano unos cuantos billetes. «¿Hago algo, Mani?», pero Mani me dijo que ya me avisaría cuando llegase el momento. «Eh, Mani, toma, para ti», y le regalé el autógrafo de Shasha Ponderoso. «¿Quién coño es Shasha Ponderoso?», me preguntó, porque se veía que Mani no estaba muy al tanto de la vida artística.

Con el dinero que me dio Mani me pelé, me compré un traje, un par de camisas y una corbata parecida a las que le gustaban a mi jefe, y de ese modo me convertí en Maniquí Walter, rey repentino del prêt-à-porter. «Coño, Walter, pareces un vendedor de seguros», diagnosticó Mani, riéndose, porque a él le gustaba reírse para poder enseñar sus dientes de oro, esa compleja orfebrería de las mil y una noches. Cada vez que Mani se reía, su cara parecía una joya.

En el Piso de los Muchachos se podía hacer de todo, menos consumir droga y llevar a extraños. «¿Mujeres tampoco?», y Mani me dijo que ni se me ocurriera, que para eso ya estaba el Trovador, un local de alterne que pertenecía al *lobby* y al que los muchachos podíamos ir cada vez que nos apeteciera y que no tuviésemos faena entre manos.

Me pasé tres semanas de brazos cruzados en el Piso de los Muchachos, a la espera de acontecimientos. De tarde en tarde, Mani Márquez llegaba por allí y pasaba siempre por mi cuarto a saludarme y a preguntarme si me hacía

falta dinero. Yo le decía: «No te preocupes, Mani. Estoy bien», pero Mani era rumboso por naturaleza y siempre me tiraba sobre la cama unos cuantos billetes. «Basta que seas amigo de Chapete para que seas amigo mío, Walter», me decía, y era verdad que él le tenía ley de oro de ley a Chapete Flay, ya que el padre de Chapete lo había recogido cuando Mani era un niño y rulaba por ahí con unos tíos suyos que hacían bailotear a una cabra sobre un podio, al menos en la medida máxima en que una cabra está capacitada por la Naturaleza para el bailoteo. «¿Cuándo vas a presentarme a Niño Blanco?», le pregunté a Mani, y se echó a reír.

Yo, no hace falta decirlo, estaba deseando ir al Trovador, pero me reprimí —más carnaza para Sigmund—, ya que no quería parecer un abusón ni un maníaco sexual. De modo que acabé haciendo gasto en la competencia, en Angelo's y en Hermes, unos locales de alta prostitución cuyo disfrute, a pesar de su coste —porque todas eran afroditas auténticas—, no hacía demasiada mella en mi nueva economía.

En el Piso de los Muchachos, los hampones entraban y salían, silenciosos, inescrutables, huraños por pura profesionalidad. Diligentes. Misteriosos. Cada cual con su secreto auestas. Con su pequeña novela negra en el corazón.

¿A qué se dedicaban los muchachos de Niño Blanco? Bueno, existen trabajos raros en este mundo, y alguien tiene que llevarlos a cabo. La gente piensa que solo se puede trabajar en la banca, en la construcción, en los supermercados y en ese tipo de sitios. Sí, cómo no, pero ¿quién se encarga de sobornar a los banqueros testarudos para que blanqueen un poco de pasta?, ¿quién hace que el propietario que se negaba a vender su parcela, situada justo en el centro de la proyectada urbanización de lujo, cambie de repente de parecer —su perro se suicidó, ahorcándose— y venda incluso más barato que los demás propietarios?, ¿quién hace posible que sobre la mesa de la cocina de la alocada cajera del supermercado puedan extenderse tres rayas de cocaína en la noche del sábado, tan propicia a los rituales y a los encantamientos? No sé si me explico —pero ya he hablado más de la cuenta.

Un día, Mani Márquez llegó al piso y me dijo: «Eh, Walter, mañana entramos en acción». En acción, sí.

Bien, según me explicó Mani, unos tipos vendrían a escayolarme un pie y a entregarme unas muletas. Con mi pie escayolado y mis muletas, tenía que irme al aeropuerto, coger el avión a Moscú de las 14,35 y entregar las muletas a un sujeto que me las pediría en pleno vuelo. «Aquí tienes el billete y el visado. Y no lles nada de equipaje, o lo mínimo», me indicó Mani. «Cuando llegues a Venecia, coge un taxi en el aeropuerto y le dices que te

deje en Piazzale Roma; una vez allí, coge un vaporetto que te deje en San Marcos, en San Marcos pregunta como mejor puedas y sepas por la calle Sempione y en el restaurante Sempione pregunta por el señor Bompiani, ¿entendido?». Yo, como es natural, no entendí nada: ¿cuando llegase a Venecia en un vuelo que iba a Moscú? «Primera regla: no preguntes en vano», me dijo Mani, sonriendo con aquella sobrecogedora sonrisa de dientes de oro que le daba el aire de un ídolo azteca. (No hacer preguntas en vano, cuando el walterismo ortodoxo se basa precisamente en eso...).

Me fui, en fin, al aeropuerto y, con mi escayola aún fresca, pasé los controles de la Guardia Civil sin problema alguno, a pesar de que mis muletas hacían pitar a la máquina chivata como si en vez de una máquina fuese una orquesta polipitofónica de guardias municipales, e incluso una azafata me ayudó a acomodarme en mi asiento. (Qué raro, ¿verdad?, es el mundo: por el simple hecho de tener un pie escayolado asciendes de categoría social y te tratan como a los califas del petróleo). «¿Le apetece un zumo?», me preguntaba a cada rato una azafata de pelo tirante y negro, con un profundo embrujo musulmán en la mirada, y no me atrevía a confesarle lo que en realidad me apetecía: partirle el uniforme en diecisiete pedazos. —Y ya luego tomarme el zumo. Por darle ese capricho.

Llevaríamos unos veinte minutos de vuelo cuando se me acercó un tipo al que yo no había visto en mi vida, aunque no tenía desde luego el aspecto canónico de un turista canónico; me señaló las muletas y se las di sin mediar palabra, porque yo sabía que en la familia adoptiva de Niño Blanco se valoraba mucho el silencio. «¿Un zumito?», seguía preguntándome la azafata de los ojos islámicos, y tenía que morderme la lengua para no meter la pata.

El tipo al que entregué las muletas me las devolvió al rato con mucho disimulo, dejándolas caer sobre mi regazo al pasar, sin darme las gracias siquiera —cartujanamente, según era ley en la banda de Niño Blanco: ni pío—. «¿De verdad que no le apetece un zumo?», insistía la azafata, que debía de estar liada con el dueño de la fábrica de los zumos, y, cada vez que me lo preguntaba, yo tenía que luchar seriamente contra los instintos selváticos del Psicópata, a nueve mil metros de altura: en la Nada. En el Limbo Espacial, como si dijéramos. «¿Sigue sin apetecerle un poco de zumo, señor?». —El zumo de tu ostra submarina, vida mía.

Al rato, oí unos gritos que procedían del final del pasillo. Me volví y pude ver cómo mi socio tenía agarrada por detrás a la azafata proselitista del zumo, rodeándole el cuello con el brazo y apuntándole a la sien con una pistola que casi no parecía una pistola, sino más bien una estructura del juego Meccano.

Según resulta fácil suponer, el avión había sufrido un secuestro, y yo había contribuido a ese acontecimiento de repercusión mundial.

Empujando a la azafata fanática de los zumos, mi compinche entró en la cabina de pilotaje. Los pasajeros cuchicheaban —bajito, muy bajito; piano, muy piano. Aterrados. Con el miedo helándoles el alma, o lo que quiera que tuviesen aquellos pasajeros. Yo era el único que mantenía la tranquilidad, o al menos el único que disfrutaba de un tipo distinto de excitación. Incluso no podía dejar de sonreír, pensando en el ingenio del invisible Niño Blanco: el simpático cojito que llega a la puerta de embarque con sus muletas, que es atendido piadosamente por una azafata y que —premio— lleva dentro de sus muletas las piezas necesarias para el montaje de una pistolita casi de juguete, pero capaz de hacer volar por los aires —y nunca mejor dicho— los sesos calenturientos de la azafata zumofílica, o los del piloto, o los del auxiliar de vuelo, o los de cualquiera: pum.

«¿Podría traerme un zumo?», le pregunté a una de las azafatas que por el pasillo paseaban su desconcierto. Pero me dijo que esperara —a un pobre cojo...

Excitado por el buen rumbo que llevaba mi primera misión, se me pasó por la cabeza la idea de acercarme a la cabina de pilotaje para echar una mano en las labores de mantener a raya a la rehén, pero comprendí a tiempo que la idea no solo no era buena, sino que tampoco era una idea propiamente dicha: más bien uno de esos impulsos insensatos que intentan hacerse pasar por lo que no son: Filosofía Mental, por dar un nombre respetable a esas majaronerías que se nos pasan por la cabeza en cuanto hay mujeres en un radio de quinientos metros.

Bien. Como todos los secuestros son por el estilo y como quien más y quien menos ha sido víctima de algún secuestro aéreo a lo largo de su vida, no voy a ser prolijo en mi descripción.

Aterrizamos, en fin, en el aeropuerto de Venecia, se formó un barullo entre los pasajeros, porque todos querían escaparse no sé por dónde, y, al cabo de dieciocho horas, el secuestrador y la policía llegaron a algún tipo de acuerdo (fuese cual fuese: yo no hacía preguntas; no me las hagan ustedes), así que los pasajeros, después de bebernos todo el zumo disponible, fuimos evacuados del avión por las salidas de emergencia, deslizándonos por un tobogán hinchable: chuuuuis. Y en tierra —si «tierra» puede considerarse en rigor la superficie del globo en que se asienta Venecia, que, por lo que vi, parecía una joya rococó caída a plomo sobre un lodazal.

Como resulta fácil suponer, aquello se había llenado de periodistas de todas las modalidades: desde el locutor de televisión hasta la reportera de la prensa rosa, pasando por el periodista deportivo —ya que entre los pasajeros se encontraba un ídolo del balón nacido en Bielorrusia o en alguna otra utopía de ese corte. A las pobres víctimas no paraban de meternos los micrófonos por la boca: «Cuéntenos su experiencia», «¿Es cierto que se trata de un grupo chiíta?», «¿Ha temido por su vida en algún momento?». Un hermoso guirigay al que no quise dejar de cooperar: «Ha sido una experiencia espeluznante. Ni siquiera disponíamos ya de zumo».

Aprovechando aquella magnífica confusión, salí por pies... por pie, más bien, ya que la escayola me dificultaba mucho los movimientos, y, respetando las instrucciones de Mani, cogí un taxi, le dije al conductor que me llevara a Piazzale Roma, allí cogí un vaporetto que me dejó en San Marcos y, al cabo de una hora de búsqueda por aquella madriguera a la que llaman ciudad, puse mi pie escayolado en el restaurante al que allí dicen Sempione, que olía a spaghetti fofo.

Y sucedió lo que más adelante diré.

4 En la perla del Adriático. El fotógrafo pornocutre. Digresión pompeyana. Amores livianos —y no por ello menos complejos— con Paola y con Patrice. Un último deseo

El señor Bompiani era un tapón sonriente y dicharachero que hablaba a toda mecha la vertiginosa lengua de Petrarca y de Battiato. Me quitó la escayola, me invitó a comer y me dio las señas de un tipo en cuya casa debería hospedarme hasta nuevo aviso.

Bien, el tipo con el que tenía yo que compartir techo se llamaba Marco Rabino y era fotógrafo de la rama artística. Su ídolo era Elmer Batters, quizás el fotógrafo erótico más guarro de cuantos hayan pisado la Tierra y de cuantos vayan a pisarla en el futuro. Marco Rabino tenía la bibliografía completa de Batters, y aquellos libros estaban llenos de jamonas con bragas de cincuenta centavos, de reinas destronadas del ravioli y la croqueta y de asiáticas que tenían unos enormes pechos oblicuos. En las fotografías de Batters, a las modelos se les notaban los granos, las cicatrices de las vacunas, el vello de las piernas, las verrugas y juanetes. Porque lo de Elmer Batters era el erotismo en estado puro de cutrez, sin aditamento alguno de *glamour*: el erotismo con olor a cebolla, con efluvio de media sudada y con aroma a michelín. Y Marco Rabino era su discípulo.

Marco Rabino no tardó en revelármeme como un tipo antipático y poco hablador, aunque gruñía por nada, sin duda porque debía de haber sido uno de esos niños a los que sus padres les pegan fuerte en la cabeza y que de mayores se hacen psicópatas de sierra mecánica, fotógrafos eróticos o poetas vanguardistas. Lo poco que hablábamos —casi siempre para quejarse de algo— lo hacíamos en francés, pero ni siquiera pude saber si su dominio de la lengua de Alejandro Dumas (padre) era bueno o malo, de tan poco como hablaba. Tampoco logré enterarme nunca de qué relación tenía con la organización de Niño Blanco, si es que alguna tenía, porque resulta difícil imaginar siquiera la utilidad que un fotógrafo porno de quinta categoría puede

tener en una banda. —«No hagas preguntas inútiles», me repetía Mani Márquez Heredia, mi padrino, y yo procuraba no hacerlas.

Por si fuera poco, Marco Rabino no consumía drogas de ningún tipo. Ni cerveza siquiera. Y hacía gala de una ignorancia pasmosa en todo lo relativo al mercado de estupefacientes en la ciudad del Dux. (*¿De quién?*).

En peores me he visto, desde luego, pero debo confesar que no me encontraba allí lo que se dice cómodo.

Por la casa de Marco Rabino pasaban, eso sí, muchas mujeres, ya que no existe ningún infierno que sea infernal al 100 %. Pero, claro, la mayoría de las mujeres que pasaba por allí estaba sujeta al canon físico fijado por Elmer Batters, y tal circunstancia no podía considerarse un regalo inmejorable del azar. Todas parecían oler a perejil, a fritanga y a perfume mezclado con salsa de pomodoro. Todas tenían reflejada en los ojos empastados de rímel esa sensación pavorosa de sentirse desnudas ante un extraño, avergonzadas de su cuerpo desfondado y mustio, *incomprendiblemente* valorado como objeto artístico. Las únicas que tenían un pase eran las modelos llamadas Paola y Sofía, así que con Paola acabé entablando negocios de amor aullante, para enfado de Marco Rabino, que no soportaba la diversión del prójimo, de tan turbio como tenía el corazón.

Por cierto, se me olvidaba (qué mayor va haciéndose uno): el día siguiente al del secuestro del avión, cuando salí a comprarme ropa, porque a Venecia llegué con equipaje de naufrago, ojeé un periódico italiano para intentar enterarme de la esencia estratégica de aquella acción delictiva —por así decir— en la que había tenido yo un protagonismo decisivo, pero, por lo poco que logré comprender, la autoría del secuestro se achacaba a un comando palestino. ¿Palestino? —Bueno, a saber qué había detrás de todo aquello.

Como es natural, el éxito de la misión consistía precisamente en que no pudieran aparecer en los periódicos los nombres de los secuestradores, pero cuánto me hubiera gustado ver mi nombre en aquel periódico italiano, porque todos tenemos nuestras pequeñas vanidades profesionales, nuestro... Pequeño Corazón Megalómano. Pero hay que resignarse, en fin, al anonimato, ya que los grandes hechos históricos no suelen cruzarse con nosotros, sino con los emperadores, los filibusteros, los deportistas y, como poco, los ministros y los cantantes melódicos.

Hace muchísimos siglos, Pompeya, por poner un ejemplo, quedó sepultada por una salsa de lava. Los libros de los expertos dicen que la furia del Vesubio también se llevó por delante Estabia y Herculano, dos poblachones, haciendo que los seres vivos se sintieran como spaghetti cuando

les caía encima aquella especie de salsa de tomate volcánica. (Consulten cualquier enciclopedia si no se fían de mí; las venden a plazos). Asimismo, dicen los libros eruditos que la lava debió de llevarse por delante otros pueblecillos y aldeas cuyo nombre no se recuerda. Y de este tipo de acontecimientos insignificantes es de donde debemos extraer conclusiones morales, a saber: cuando el tiempo nos eche por encima una camionada de lava y nos deje convertidos en unos moldes huecos, sorprendidos por la muerte —al igual que los pompeyanos— en una postura variablemente ridícula, aunque invariablemente ridícula; cuando el tiempo, o sea, nos destruya, nadie se acordará de los tipos como nosotros, como usted y como yo, ¿verdad? No es un problema grave, pero sí una certeza que genera una punzante melancolía, para qué vamos a engañarnos.

Y es que la Historia está capacitada para recordar la erupción del Vesubio, para recordar a Pompeya y para recordar a Plinio el Viejo; está capacitada incluso para recordar la existencia de Herculano y de Estabia. Sí, para eso la Historia es estupenda. Pero lo que la Historia no puede es hacer un sitio en su despensa atestada de latas de conservas caducadas a la pequeña historia sentimental del joven Héctico, aquel pompeyano meditabundo que nunca conoció la dicha de los ocios y negocios del amor. Lo que la Historia no puede es recordar la existencia de la aldea llamada Isocrise, cuyos veintisiete habitantes perecieron sepultados por un río de lava que les sorprendió dormidos y que oyeron llegar en sueños como el chasquear de la lengua de fuego de un dragón.

A mí, ya digo, me hubiese gustado leer en el periódico algo como: EL SECUESTRO DEL AVIÓN NO HUBIERA SIDO POSIBLE SIN LA ASTUTA COLABORACIÓN DE WALTER ARIAS. Pero la Historia no tiene sitio para eso.

En Venecia me pasé más de dos semanas, cosa que se dice pronto. Porque Venecia es una ciudad estupenda para 1) quedarse a vivir en ella durante toda la vida si no tienes otro sitio mejor o 2) para estar allí veinticuatro horas como mucho. Sin término medio. Aquellos laberintos adriáticos, acuáticos... —No sé, aquella... araña hecha de agua.

Por su parte, mi *kastaj* echaba humo: herrumbre a granel, por toneladas.

En Venecia —para qué voy a decir otra cosa— me sentía triste, víctima de la peor índole de tristeza: la tristeza poética, que es la que más enrarece el alma por dentro, porque enseguida te pones a pensar en la muerte y en cosas aún peores. Al atardecer, cuando las aguas se teñían de azul cobalto, batiéndose en su coctelera de penumbras, se me agolpaba en la mente mi pasado: brrruuummm, con todos mis recuerdos dolorosos haciendo cola para

mortificarme cuando les fuese llegando el turno —todos los malos recuerdos con su *ticket* numerado en la mano, como la gente en los supermercados modernos, como quien dice. Ni siquiera la compañía de Paola me aliviaba. Pero en un par de semanas las cosas pueden dar muchas vueltas, no siempre para bien.

Una tarde, paseando por la Riva degli Schiavoni, que así se dice, y hallándome liberado de la compañía de Paola y sumido en la contemplación mortificante del crepúsculo véneto, vi a la Belleza con carnet de identidad: Patrice Chambon.

Patrice Chambon era francesa de París y no admite descripción alguna: ¿quién puede cifrar en unas palabras miserables toda la belleza de los ángeles, madonas, arcángeles, meretrices y santas mártires de la pintura renacentista? Yo no, desde luego.

Con el corazón abierto como una granada supurante, me acerqué a Patrice y me quedé mirándola con el descaro con que un médico miraría a una *Miss Universo* aquejada de bronquitis. Ella sonrió —si así se le puede llamar a esa curva hermética que formaron sus labios— y prosiguió su andanza, abstraída, con el paso lento de las ociosas y de las desengañadas del amor humano o de la providencia divina.

Como es natural, la seguí, hasta que, enloquecido por sus andares y por el vaivén de su melena de oro leonardesco, me atreví a abordarla con el pretexto de preguntarle por una calle. Ella se encogió de hombros y, en su francés auténtico, me dijo que no sabía, que era extranjera. De la Francia. Qué casualidad. En toda la Francia hay cuatro o cinco docenas de mujeres mareantes y yo me topaba con una de ellas en Venecia, la ciudad de los galanes callejeros vestidos de Armani. —Los caprichos, en fin, de Dmitri Grappelli, ese liante.

Una vez roto el precinto de la cápsula de incomunicación cósmica existente entre Patrice Chambon y Walter Arias, lo demás era fácil: palabras que entraban por nuestros oídos, palabras que salían de nuestras bocas... Comerciantes ya de sentimientos muy profundos: «*Oui, c'est la première fois que je viens*».

Bueno, creo que, a estas alturas, se impone una pequeña lección antropológica, ¿verdad? Pues bien, los venecianos son unos chiflados sexuales, condición que queda de sobra explicada por la compulsiva actividad de un ADN casanovesco que ellos padecen en sus cerebros burbujeantes y que les hace vivir en celo durante todo el año. Los venecianos salen a la calle volteando los ojos como si sus ojos fuesen ese chisme con bolas que tienen

los gauchos para inmovilizar a las tiernas terneras de ubres incipientes. — Ellos van así por la vida: fiu, fiu, soltando latigazos oculares. En continuo coma satiriásico. Pues bien, a pesar del asedio lujurioso de esa secta de fanáticos furibundos de Cupido Instantáneo que forman los romeos pegajosos de Venecia, Patrice Chambon no solo había sabido conservar las bragas en su sitio, sino también preservar su soledad... Al menos durante el periodo prewalteriano de su existencia, ya que, a partir del día de nuestro encuentro, previo acuerdo con ella, yo pasaba todas las tardes por su hotel para recogerla como quien recoge un espejismo, en un intento de fusión platónica de dos almas turísticas.

Imaginen el resto... Aunque no imaginen demasiado, por lo que más adelante se verá.

Patrice trabajaba de secretaria en una empresa parisina de tejidos y estaba atrapada en la telaraña de su jefe, que le había prometido divorciarse de su mujer y casarse con ella, pero Patrice llevaba ya más de dos años oyendo aquel tango pasional, como una penélope en el telar del adulterio, hasta que se enteró por casualidad (a = g) de que la mujer del jefe estaba embarazada. Y por esa razón se hallaba ella en Venecia: de vacaciones filosóficas. Para meditar balsámicamente o para torturarse a toda mecha, lo que viene a ser lo mismo cuando se da demasiadas vueltas a aquello que se quiere olvidar.

Resulta difícil comprender cómo un tipo prefiere dejar embarazada a su mujer que fugarse de la realidad (rumbo directo a Acapulco) con la Belleza misma, pero el mundo del sexo es un mundo muy raro, de una demencia similar a la de la Naturaleza en su conjunto: ¿por qué se alía el hidrógeno con el oxígeno pudiendo aliarse con el *whisky*? Nadie, que yo sepa, podría dar una respuesta satisfactoria a este tipo de enigmas.

En fin, una muchacha con el espíritu hecho trizas no constituye por sí misma un problema metafísico irresoluble, porque las mujeres que pasan por esos trances suelen ser muy vulnerables a los envites románticos de la verborrea masculina... y viceversa, por supuesto: si yo estuviera liado con mi jefa y mi jefa se quedase embarazada de su marido, no dudaría en aliviar las heridas de mi asqueado y asqueroso corazón en los brazos de Patrice, que sería la secretaria de mi jefa, o del marido de mi jefa, o su amante, eso da igual, porque, metidos en la espiral de las alianzas eróticas, cualquier ensalada resulta posible —existe gente, créanme, que se lía hasta con ovejas.

Pero Patrice, aunque parecía agradecer mi compañía, no quería ni oír hablar de la cama como campo de plumas de esos grandes torneos en que

solemos tirar por el aire, como un gallardete triunfal, el sujetador de nuestra amada.

Un día, iba yo con Patrice a ver el crepúsculo —ya pueden imaginarse cómo estaban nuestros engranajes psicológicos— y, al volverme para mirar con disimulo a una transeúnte nativa que hubiera transformado a Dante en un Pietro Aretino cualquiera, vi a Paola, que nos seguía con ese aire furtivo y desgarrado que adoptan las mujeres italianas cuando su Gianni o su Luchino pierden la sensatez monogámica por culpa de alguna lobuna Andrea o de cualquier Simonetta medio botticelliana y medio botticelluna, que de todo hay en Italia —cosa que lamento no poder decir de Inglaterra, como de sobra saben los propios ingleses.

«¿Quién es esa chica que nos sigue?», me preguntó Patrice cuando también se percató del continuo y torpe asedio de Paola, y yo, por hacerme el interesante y el filósofo fatalista de la vida, le dije: «Una sombra del pasado», y Patrice asintió, porque su psique de secretaria daba categoría de pensamiento profundo a cualquier pamplina que yo le dijese —una situación parecida a la que Sócrates mantuvo con Platón, hasta que el viejo se hartó y se puso hasta las orejas de cicuta.

Como Paola no se resignaba a mi desdén, se pasaba los días enteros en casa de Marco Rabino, esperándome, y Marco Rabino aprovechaba aquellas esperas para fotografiarla en el trance de chuparse el dedo gordo del pie, o con las bragas en la boca, o tirada en el sofá con la pierna apuntando hacia la luna. «Finito, Paola, lo nuestro finito», le decía yo, y ella me rodeaba el cuello, llorosa y arrebatada, como una heroína de un Sófocles de Cinecittà, y yo acababa enternecido, y Psicopríapo en su fase aristotélica, y Marco Rabino gruñía, y me iba con Paola a mi cuarto, y cerraba los ojos para imaginarme que estaba con Patrice, pero cerraba los ojos y no veía a Patrice sino a Paola, y los cerraba aún más, pero no lograba imaginar que Paola era Patrice, y Paola era Paola, terriblemente Paola, la pura Antipatrice, porque la imaginación me fallaba, y no lograba que Patrice entrase en mi imaginación. Y aquello era un auténtico lío entre la ficción y la realidad.

Creo que no exagero si digo que Patrice pudo haber sido la mujer de mi vida, en el supuesto ontológico de que en la vida de alguien pueda existir una sola mujer —con todo lo que eso implica: un solo par de piernas, etcétera—. Huesuda y a la vez carnosa, elegante y selvática, dulce y picante, melancólica y activa, Patrice era una belleza hecha a fuerza de paradojas, y eso es raro encontrarlo, porque la gente suele definirse con rotundidad unidireccional: la jabata del sexo no sabe nada de geometría, el halterofílico no comprende a los

violinistas ni a los campeones de ajedrez, la filósofa por naturaleza no sabe comprarse ropa interior adecuada, la nigromante de espíritu calvinista no entiende los chistes obscenos, el obispo de espíritu obsceno enseña el paladar cada vez que le cuentan un chiste malo... Y así sucesivamente. Pero Patrice era un... contraste. Un *contraste sin contradicción en su inmanencia* (y esto, qué duda cabe, sonaría mejor en alemán: ¿qué tal algo así como —tomen aire — *Gegensatzwiderspruchhimmanemm?*). Patrice sabía reír y sabía ponerse triste sin perder el decoro, sabía mirar los crepúsculos envuelta en una nube de espiritualidad intachable y sabía cruzar las piernas como una perdida inconcebible, sabía hablar de asuntos que bordeaban la pura abstracción y sabía escucharme como si yo fuera no ya Sócrates, sino el tipo que enseñó a Sócrates a leer y escribir... —Patrice, con el corazón devorado por su jefe, el embarazador despiadado.

El único defecto de Patrice, aparte de su insensatez amorosa, era que tenía los dientes un poco verdosos, lo que le daba una ligera sombra de reptil huidizo a su sonrisa, pero, bien mirado, aquella pátina verdeante no hacía sino armonizar su boca con sus ojos y con las aguas venecianas. —Y, además, hoy la odontología hace milagros. Mi Patrice de la dentadura adriática...

Yo volvía de pasear por Venecia con Patrice, seguidos a furtiva distancia por Paola, que tenía el cerebro obturado por las amorosas bacterias walterianas, y veía las paredes de la casa de Marco Rabino llenas de fotografías de gorditas que chupaban un zapato de tacón, de rubias marchitas con las bragas bajadas, enseñando su lengua deseosa; veía fotografías de Paola con cara de éxtasis y con la pierna alzada, mostrando al mundo su sexo depilado. Y aquello me hacía desear aún más a Patrice, con su aura demoledora de ninfa entre renacentista y cabaretera.

Venecia se convirtió para mí en un decorado surrealista, porque para entender la lógica de esa ciudad hay que estar drogado hasta las cejas, y yo no disponía de drogas, ni por toda la ciudad se encontraban. Por si fuera poco, Patrice estaba *encantada* con Venecia, porque ella tenía un fondo de alma muy artístico, y le provocaba una extraña conmoción estética el hecho de que las calles fuesen de agua y no de asfalto, como si eso constituyera un gran qué y no un delirio mariquita de media docena de arquitectos con mentalidad de dragqueen.

Las vacaciones de las secretarías, ay, duran poco, y Patrice me dijo que se marchaba. Le rogué que se quedase un día más, un solo día más, el día de la Última Esperanza, la noche de la Última Cena, pero los vuelos del tipo charter son implacables con respecto a eso. Lo son de verdad: una mujer se va de

turismo a Malasia, por ejemplo; se aburre allí como una ostra muda durante una semana interminable, intoxicándose de cócteles étnicos y de comestibles laxantes, pero, justo el día antes de irse, encuentra al malayo de sus sueños... aunque su billete de avión, cerrado e inalterable como el Destino mismo, desbarata sus ilusiones de eternidad erótica: «¿Me escribirás, irás a verme a Kentucky?», y el chulito malayo asiente, pero a las dos o tres horas conoce a una turista de Montreal y se olvida por completo de la de Kentucky. —Así son esos vuelos. Los del tipo charter.

«Estoy enamorado de ti», le dije a Patrice, y a mí mismo me resultó raro oír esa frase que salía de mis labios por primera vez en toda mi vida, porque se ve que mi corazón se había convertido en una especie de pastelería hemorrágica. Pero Patrice seguía enamorada de su jefe, según me dijo. De su jefe —como una... cualquiera, renunciando a su... ¿orgullo?

Mi último paseo por Venecia en compañía de Patrice fue más triste que una muerte, pues tenía que luchar yo contra el paso del tiempo, procurando embalsamar en mi memoria los gestos y la voz de Patrice, procurando convertirla en una momia de nostalgia para que su imagen no se pudriera como se pudren tantas cosas en cuanto se convierten en pasado, procurando retener la gracia infinita de sus movimientos (la mano que aparta una guedeja, su mirada perdida en el cenagal de los canales) para poder reconstruirla en el túnel alucinógeno de la memoria.

«A los condenados a muerte se les concede un último deseo», le dije a Patrice. «¿Y cuál sería tu deseo?». Se lo dije. Con un poco de vergüenza, pero se lo dije. Y Patrice torció el gesto, y calló, y seguimos andando. A la altura de lo que los de allí llaman la Pescheria, que es lonja de pescado, cuando ya comenzaba a anochecer, Patrice me cogió del brazo y nos adentramos bajo los arcos de aquel recinto, con su hedor a pescado en pudrición —que es el olor del peligro inminente, según creo haber dicho más de una vez—. El agua comenzaba a teñirse de su azul apocalíptico. «¿Hablabas en serio?», me preguntó Patrice, refiriéndose a mi último deseo de condenado a muerte en la silla eléctrica del desamor. «Completamente», le dije. «Pues acércate», me dijo Patrice, mirando el suelo lleno de agua con olor a pescado muerto, y me abracé a ella, pero me dijo que no la tocara, que estaba dispuesta a satisfacer mi último deseo de condenado, pero que no la tocara, porque ella no podía hacerle eso a su Jefe. «No me toques» —con sus ojos de virgen leonardesca—. «Si me tocas, lo dejo» —con su voz litúrgica de arcángel carnal, agitando sus alas en la anochecida helada y barroca de una Venecia de espectros acuosos. «Prometo no tocarte», y, aspirando el perfume de Patrice en mezcla

con el olor a pescado, sentí su mano en la parte salvaje de W. A., su mano que desabrochó un walterbotón, que bajó una waltercremallera, que se hundió bajo un walterelástico y que transmitió su calor de marfil renacentista al walterbucentauro serpentino y deseante, sacudido, escupiendo walterfuego. Y tenía que clavarme las uñas en la palma de las manos para no tocar a Patrice. Y la Pescheria olía a pescado, y Patrice era una sirena.

Hay veces en que la realidad es una especie de ballena sonriente que flota por el aire y que parece que va a desplomarse en cualquier momento con el estrépito de un gran flan. Yo estaba llegando al vertiginoso submundo del éxtasis gracias a la mano de una sirena surgida del fangal adriático. Y procuraba que la ballena siguiera flotando durante un poco más de tiempo, durante una irrisoria eternidad parecida a un relámpago. Y mi sirena me preguntaba: «¿Ya?», y yo negaba con la cabeza, apretando los ojos, deseando que aquello no acabara nunca, rogando a las saltarinas deidades del placer que la ballena no se desplomara, que la sostuvieran en el aire para siempre. Pero un estrépito fofo de ballena se oyó en todos los rincones de mi mente, y Patrice sacó su mano, y no sabía qué hacer con su mano mojada, blanco sobre blanco, y le di mi pañuelo.

Me apoyé en una columna. Confundido. Con algo clavado por dentro — ¿qué tal una daga mohosa? Porque el vuelo charter de Patrice salía a las dos de la madrugada. Los vuelos charter suelen salir a esas horas, cuando los aeropuertos parecen hospitales. Y Patrice se limpiaba la mano en mi pañuelo. Y al levantar la vista vi que Paola salía corriendo de la Pescheria, porque había estado detrás de una columna, furtiva, espiándonos, mortificada por culpa del alado niño ciego, el del carcaj lleno de flechas con ponzoña surrealista. Sufriendo como yo por razones muy distintas a mis sinrazones. Mientras Patrice me preguntaba que qué hacía con mi pañuelo.

5 *Un poco de información sucia. Un intenso noviazgo con el mundo. Pequeña guerra santa. La realidad virtual en su fase prehistórica. La novia involuntaria de Fredi Monterroso*

Un día me mandó llamar el señor Bompiani y me entregó un billete de avión con destino a Barcelona, donde estuve un par de días para cumplir una misión de poca monta (un relampagueante intercambio de paquetes), y de allí partí para la isla mallorquina de Palma, que era el lugar elegido por la famosa cantante Terry Montreaux como retiro espiritual entre gira por Hispanoamérica y gira por Eurasia —porque ella era n.º 1 en el mundo de la canción ligera dentro del estilo disco, y eso agota a cualquiera.

Pues bien, yo tenía que recoger información sucia —valga la redundancia— sobre aquella rui señora electrificada, pues se daba el caso de que un periodista norteamericano había requerido los servicios empresariales de Niño Blanco para que le proporcionara documentación escandalosa sobre Terry y de ese modo añadir un poco de sal y otro poco de pimienta a la biografía no autorizada que sobre ella estaba escribiendo. Aquel periodista creo recordar que se llamaba algo así como Ellman, y estaba especializado en biografías «desmitificadoras»: un auténtico granuja que se había forrado de dólares por el simple hecho de poner en conocimiento de la humanidad que el actor Sam practicaba el bestialismo con su perro, que el modisto Pemberton se lo montaba con su cocinero vietnamita tras vestirse de *madame* Butterfly o que el bailarín Volshónoff esnifaba coca con un turulo que en una utilidad anterior fue un metacarpo de la mano derecha de Elvis Presley que compró por veinte mil libras en una subasta de reliquias de estrellas del *rock & roll* organizada por Sotheby's. (Y no hace falta decir que se trata de ejemplos imaginarios. De simples ejemplos que pretender ejemplificar).

Y es que en el mundo hay gente para todo, como dijo un clásico y luego repitieron otros muchos parásitos como Napoleón Bonaparte o Franky Rex.

Haciendo gala de profesionalidad, me entrevisté con el cocinero de Terry Montreaux, con su chófer, con el camello que le pasaba la cocaína y con cuatro o cinco amantes insulares que ella había tenido —y cada uno de ellos daba una versión contradictoria sobre los gustos sexuales de la diva, pero allá ellos.

Tomé nota, en fin, de toda aquella basura y regresé a Madrid.

En el Piso de los Muchachos coincidí con el que secuestró el avión: «Buen trabajo, tío», le dije, pero no me contestó siquiera. Entonces comprendí que yo siempre sería un intruso en el país del hampa, que nunca lograría ser como ellos, porque ni mi carácter era de acero inoxidable ni tenía yo el temple espiritual de los hampones genuinos. «Buen trabajo», me dijo Mani Márquez Heredia cuando le pasé la información relativa a Terry Motreaux, y ni siquiera le di las gracias, para ver si de ese modo iba enmendándome en mi caracterización. «Oye, Mani, ¿no serás tú Niño Blanco?», y Mani, poniéndose muy serio, me dijo: «No quieras pasarte de listo, Walter». (Malditos signos de interrogación, inventados por algún gramático chismoso...).

Cuando el amable lector que haya llegado a estas alturas del relato de mi vida termine de leer esta frase ya habrán transcurrido (mantengan el cinturón abrochado y su asiento en posición vertical) cuatro años.

En todo ese tiempo, mi ascenso profesional bailó a ritmo de derviche y realicé trabajos en las más variadas regiones de nuestro mundo, casi todos con bien, aunque no siempre con éxito, porque la realidad resulta a veces incontrolable. (De cualquier forma, pongo un ramo de flores, en acción de gracias, al pie del pedestal de humo de Dmitri).

Anduve por la Francia (mon petite ¿Julie?, loto chinoparisién y prostisustituta de mi ya espectral Patrice gracias a una mágica pasada de mi *american express* por un rodillo), en Mónaco (con sus principillos ludópatas), en la India («Trágate la piedra que te hiera»), en Argelia (aquella vampira de la Morería, con cascabeles de serpiente de cascabel en los tobillos, soltando —ay de mi Alhama— un veneno micótico), en Argentina (y aquel excoronel golpista que chillaba como un conejo, corriendo como una liebre, con el rabo cortado), en Cuba (cinco mulatas formando una piña, bebiéndose un coco, borrachas de ron), en la Pornoinglaterra, en Egipto (que, según el canto ¿IV?, de la *Odisea*, es el país que produce más drogas, letales o balsámicas, pero la verdad es que me costó trabajo conseguir allí incluso refrescos con cafeína), en Irlanda (la Ira Patriótica, con su boyante negocio de juguetes explosivos), incluso en Madagascar estuve en cierta ocasión de la que prefiero no acordarme... No sé, por todo el mundo anduve yo. Por aquí, por allá. Ni los

Estados Confederados de Micronesia se libraron de estremecerse bajo la suela de mi zapato —un 43. Y en todas partes me sucedieron cosas dignas de ser contadas, pero como tales cuentos habrían de ser largos y prolijos por su propia naturaleza, y no siendo tal cosa del gusto de los modernos lectores de novedades autobiográficas, dejemos que el galeón del pasado se adentre en la espiral del tiempo y salga por el otro lado convertido en una lancha rápida... Bruuum.

... De todas formas, como no me resultaría grato el hecho de dejar sin mención algunos de los lances de mi cubiletera vida, contaré algunos de cuantos me acaecieron —del feo verbo «acaecer»—, ya fuera allende los mares o ya no, pues cualquier parte del mundo es buena para que te pase cualquier cosa. Y es que, a partir de cierta edad, ¿qué quieren?, a todos nos gusta contar historias pintorescas de las que fuimos testigos o protagonistas, convirtiéndonos de ese modo en cotorras elegíacas, y no quisiera suponer una lacónica excepción a esa regla.

Bien. Se mire como se mire, lo más excepcional de mi carrera en la indefinible empresa de Niño Blanco no es su intrínseca excepcionalidad (porque existen excepcionalidades extrínsecas, muy decepcionantes), sino el hecho de no haber tenido jamás un roce de relevancia con la policía de ningún país, por más que la índole de mis actividades no solo resultara idónea para rozarme con ella, sino incluso para organizar una orgía con todo el personal de plantilla de la Interpol.

¿Era yo importante o era yo insignificante? ¿Tan importante que no podían pillarme o tan insignificante que no se tomaban la molestia de rellenar unos cuantos cuestionarios con los titubeantes monosílabos de un vulgar delincuente cosmopolita? —Queden estas preguntas, en fin, flotando en sus limbos ontológicos.

Bueno, relataré, como dije, algunas pamplinas, porque la vida de cualquier androide programado por Dmitri Grappelli no suele estar hecha de grandes acontecimientos, sino de pequeñas cápsulas de nimiedad y bagatela en las que incluso el terror resulta cómico. Quiero decir que cualquier vida humana no tiene tanto que ver con la épica ultragaláctica de las tremendas guerras intergalácticas como con la somnolencia de ese individuo que se levanta en mitad de la noche para echar un poco de *spray* antimosquitos. (Y estos recuerdos quiero dedicárselos a mi abuelo, azote de alimañas terrestres y volátiles).

Me acuerdo ahora, por ejemplo, de que me hallaba en la medina de la ciudad marroquí de Fez, disfrutando de unas horas de ocio tras haber cerrado

un buen trato comercial —cuyas negociaciones duraron semanas— con un moro al que decían Abdul-al-Wadyati (nieto del legendario Yesef Ben el-Etir, apodado el Pirata del Desierto, muerto en la mítica emboscada de Yezparis), que era quien allí se traía mayores afanes en el secreto negocio de las mercaderías psicotrópicas, cuando de pronto me vi venir, por la estrecha y abarrotada callejuela en que trajinan los teñidores, al padre y a los dos hermanos de un delirio carnal que se llamaba Fátima, como la hija de Mahoma. (Y es que mi abuelo me inculcó el germen de la aversión a los moros, pero jamás le escuché una sola palabra en contra de sus mujeres).

Fátima. Bien, supongo que algo tendré que decir de Fátima antes de contar cuanto más tarde me ocurrió, aunque en verdad poco puedo decir: chico conoce a chica. El único problema estribaba en que el chico se llamaba Walter y en que la chica era una musulmana hija de un integrista musulmán: un problema, o sea, del tipo *cóctel cultural con resultado de shock*. Bien, Fátima tenía un francés (idiomático, se entiende) bastante bueno para ser un francés mahometano, pero, aunque no fuese así, el Amor habla en cualquier idioma —hasta en el que no debiera. Tanto habla el Amor que al tercer día de demostrarme su casi perfecta fonética del francés sin palabras, Fátima —que a esas alturas ya me había sacado varios miles de dirhams en absurdos regalos — comenzó a hablarme de ajuares nupciales, de cinturones nupciales de oro y pedrería, de pinturas rituales para la ceremonia nupcial, de comer cordero — esa especie de cabra con abrigo de caniche— y de todo ese folklorismo antropológico que tanto arraigo tiene en aquellas tierras sometidas a la estética coránica.

Pero creo que no hace falta que cuente más para que pueda intuirse la razón por la cual tenía en ese momento a tres marroquíes malcarados frente a mí, intentando abrirse paso entre la multitud para llegar a mi vulnerable persona, en tanto que yo intentaba apartar al gentío, mulas y rucios incluidos, para correr en sentido opuesto al de las ansias criminales de mis perseguidores.

A partir de cierta edad, no lo duden, correr no resulta una cosa fácil. Si el sitio por el que tienes que correr se llama además Fez, podemos decir sin exageración que correr puede ser una de las tres o cuatro cosas más difíciles del mundo —tanto como cepillarte los dientes con el pie o como pintar de rojo con una pluma de petirrojo la Gran Muralla China. Además, siempre he tenido un pequeña problema óseo en el pie derecho que no me convierte precisamente en un guepardo y, por si fuese poco, a causa del mucho fumar, el corazón se me salía por la boca como un vómito palpitante. En mi carrera

ciega y anaeróbica (lean de vez en cuando sus enciclopedias ilustradas), me colé sin darme cuenta en el sagrado recinto al que allí llaman Universidad Karauine, una mezquita en la que la presencia de un occidental está tan bien vista como lo estaría la del conde Drácula en el retablo mayor de la catedral de Burgos. De modo que, por huir de tres perseguidores, acabé siendo perseguido por una treintena de moros más, que detrás de mí corrían con brazos de compulsión amenazante, gritándome cosas que no hacía falta conocer la lengua árabe para entender. La treintena de perseguidores se volvió al poco centena, y la centena centena y media, y todos cuanto integraban aquella mesnada ofendida gritaban, y a mí me faltaba el aire, y, como quiera que algunos de aquellos marroquines eran como antílopes, acabaron echándome mano, con lo cual, por raro que parezca, me salvaron la vida, puesto que el gran corro que se formó en torno a mi persona, sujeta a coscorriones y pellizcos, impidió que pudieran acercárame los familiares de la estuprada Fátima, ahorrándome con ello el que me cosieran a puñaladas con sus diabólicos alfanjes.

De todas formas, aquel espontáneo tropel de infieles hubiera cerrado la cuenta de mis días sobre la Tierra si no hubiese llegado la policía en el momento en que algunos moros comenzaban a aburrirse de darme mal trato, haciendo clarear así la densidad del corro, lo que hubiera acabado dejándome a expensas de mis tres perseguidores de mayor importancia y peligro. Pero, gracias, como digo, a la llegada providencial de la policía y a que el muecín llamó a oración, logré salir de aquello con bien, dentro de lo mal que salí, ya que hasta un ojo estuve a punto de perder por la mala esencia que llevaban los golpes que me dieron.

También fue muy curiosa mi estancia en tierras portuguesas, donde, por raro que pueda parecer, me vi involucrado en un experimento que tenía relación con lo que en nuestros días ha dado en llamarse «realidad virtual». Y fue el caso que, hallándome en Sintra para resolver un asunto que resultó irresoluble, conocí a un científico loco alemán —valga la doble redundancia— que había inventado una máquina que tenía la habilidad de hacer que la gente viviese bajo un intenso efecto de realidad situaciones del todo irreales.

Uno, que es aventurero de por sí, e insensato en ocasiones, no dudó en ofrecerse como cobaya de aquel experimento en verdad fabuloso, pues la percepción que podía proporcionar desplegaba su efecto sobre los cinco sentidos. Y el caso fue que, tras plantarme aquel científico una especie de cacerola psicodélica en la cabeza y de llenarme el cuerpo con ventosas cableadas, la máquina comenzó a funcionar, y aparecí de pronto en un paraje

de la Edad Media, en cuyo horizonte se divisaba un castillo de torres terminadas en agujas, y sonaban a lo lejos cuernos anunciadores de labores de caza, y se oían ladridos de canes, y yo percibía todo aquello como si fuera cosa de naturaleza y no artificio.

Al mirar mi cuerpo, lo vi recubierto con una armadura reluciente, sólida y a la vez liviana, pues no parecía sujeta a gravidez a pesar, como digo, de su metálica consistencia. «Solo me falta el caballo», pensé, y, al instante, ya tenía frente a mí un brioso corcel de capa torda, barroco de atalajes. De modo que monté en la bestia e inicié una decidida galopada hacia el punto del que provenía el jolgorio de lo que yo imaginaba cacería. Pero cuál no fue mi sorpresa al comprobar que aquel guirigay de lacayos, de perros y de cornos no respondía a ninguna palaciega diversión, sino a la refriega derivada del intento de secuestro de la princesa Rosalgima por parte del dragón Mephistonillo, al que asediaban los palafreneros, guardias reales y soldados de leva, así como los ya dichos perros. Pero, comoquiera que el dragón aventajaba a todos en fortaleza y en astucia, acabó llevándose a la princesa a su caverna ignominiosa, para allí darle tormento y laceria. Cuando llegué hasta el grupo, ya el dragón corría como una lagartija titánica por los desmontes, llevando entre sus garras el cuerpo delicado de la desventurada princesa, que hasta el habla debía de tener perdida, y la color. «¿Quién sois vos, extranjero?», me preguntó el que se dijo capitán de los soldados, y le contesté: «Soy el caballero *sir* Walterio, y por mi fe que he de liberar a la princesa, con la sola ley de mi espada Excaliburilla, de este dragontino oprobio. Si antes del alba, enemiga de los amantes, no la devuelvo a su regio castillo, podréis disponer de mi cuerpo para cualesquiera sangrientas diversiones, pero si logro liberarla, casarme con ella, y el rey mismo ha de cargar con los gastos del convite del desposorio, que ha de celebrarse por todo lo alto y con boato de enlace de emperadores». De manera que fueron a consultar al rey, y el rey dijo: «Sea», y yo, en fin, tras dar mucha guerra al dragón, rescataba a la princesa, que resultaba tener la misma cara que Shasha Ponderoso, y me casaba con ella, y la llevaba a una alcoba de piedras húmedas, y, mientras concebíamos a un príncipe, padecía un orgasmo virtual que nada tenía que envidiarle a uno sujeto a naturaleza.

Aquella máquina era en verdad una gran cosa, eso sin duda, pero aún estaba en fase experimental y tenía algunos fallos: en la cuestión de los olores, sin ir más lejos, a veces la máquina se trastornaba y confundía los códigos de los estímulos, de modo que mi caballo sudado olía de pronto a

gardenia y la princesa olía de repente como un periódico. (Y créanme si les digo que no invento ni media palabra).

Según tengo entendido, tales máquinas están muy perfeccionadas hoy en día, y creo que pueden tener una gran utilidad dentro de la industria psiquiátrica —a mí, sin ir más lejos, me liberó de esa frustración sexual que representaba en mi subconsciente la actriz Shasha Ponderoso—. Si yo fuera uno de los druidas cerebrales de la secta de Freud, lo primero que haría, no lo duden, sería comprarme una de esas máquinas para curar a mis pacientes, ya que la gente se vuelve majareta no por lo que es, sino por la insatisfacción que le provoca lo que no puede ser, y, gracias a esa ingeniería encantada, en suma, cualquiera puede llevar a cabo sus más descabellados sueños empresariales, eróticos o marciales —presidir virtualmente un consejo de administración, contemplar el ocaso con tu actriz favorita, los fanáticos bonapartistas venciendo en Waterloo...

Dado que mi ascenso profesional parecía no tener techo ni fin, un día crucé el Atlántico y me dediqué a hacer carrera en América, mi gran terruño nativo, siguiendo así los melancólicos pasos de mi padre, el diplomático dipsomaniaco que, a pesar de mi bonanza económica, de la que él no andaba muy al tanto, seguía mandándome dinero todos los meses.

Arranqué la gira en Uruguay, adonde llegué con la encomienda de un trabajo que no era de mi gusto y que consistía en buscarle una novia a Fredi Monterroso, un megahampón de aquellas tierras que, al igual que un moderno Barba Azul, se cargaba a sus amantes cuando se hartaba de ellas, ya que no se fiaba de dejarlas sueltas por el mundo tras haber compartido su intimidad y sus secretos, entre ellos el de su cara, la cara de Fredi, que —según quería la leyenda— nadie que siguiera con vida había visto jamás, («¿?»), lo que por supuesto no pasaría de ser una exageración. (Pero esos payasos, créanme, son así: necesitan estrellar tartas de merengue venenoso en el destino de la gente).

«Es un trabajo muy delicado», me anunció Mani Márquez Heredia al darme los billetes de avión. «Pongo toda mi confianza en ti, Walter. Ya sabes que Fredi no solo es uno de nuestros mejores clientes, sino también uno de nuestros grandes proveedores», y le dije a Mani que confiara en mí, que es lo que todos solemos decir —con un grado muy variable de imprudencia— en esas grandes ocasiones.

—Llévale esto a Fredi —y Mani me entregó un paquete.

—¿Qué es?

—Siempre preguntando, joder, tú siempre preguntando. ¿Nunca vas a curarte ese vicio?

—Bueno, Mani, es que si me registra la policía en la aduana, quisiera evitarme al menos la sorpresa. Para llevarles esa pequeña ventaja, ya me entiendes...

—Pasaportes. ¿Entendido? Simples pasaportes.

Entendido: pasaportes. —Y es que en según qué ambientes los pasaportes equivalen a aeronaves intergalácticas.

Cuando llegué a Montevideo, unos tipos me aguardaban en el aeropuerto. Subí a una ranchera que parecía algo así como el tanque del general Patton y me condujeron hasta una hacienda de las afueras (en las *afueras* de un *adentro* para mí inconcretable). En la verja de entrada había fulanos con ametralladoras y todo eso. Diez o doce perros de raza dobermann corrían como nervios elásticos por los jardines. —Y es que cada cual tiene su propia idea del Paraíso Terrenal: un lugar con perros...— Entré en la mansión, que lucía un aire entre colonial y marciano, y me hicieron pasar a un gabinete lleno de estatuas y de pedruscos griegos parecidos a los que vendía *monsieur Villiers*, el anticuario parisién amigo de Toni. Como representación de alguna extravagante cultura autóctona, una especie de altar de sacrificios, con monstruos labrados en piedra, ocupaba el centro de la sala. «Espere aquí, señor», me dijo un indígena —al que, por no dejar sin nombre, llamaré Chapezcupel IV—. Y esperé, observando aquellas reliquias estropeadas de la Grecia clásica y de la América precolombina y preguntándome cómo la gente tiraba el dinero en ese tipo de chatarra. Al rato, oí una voz que parecía ocupar la habitación entera con su onda acústica: «Buenas noches, Arias». Miré hacia todas partes, tan perplejo como Moisés cuando oyó la voz de Dios. «Soy Fredi Monterroso. Bienvenido», dijo la voz, reverberante y deífica, saliendo de unos altavoces que debían de estar ocultos en la techumbre. «Le traigo esto de parte de Mani», dije yo, alzando al Dios Invisible mi ofrenda de pasaportes. «Déjelo encima del altar». —Como un ceremonial charrúa, o sea.

Bien, lo que Fredi quería de mí era que fuese a Nueva York y que, una vez allí, estudiase la manera de entablar amistad con la actriz cinematográfica llamada Sharon Moore —una jabata fabulosa, estén seguros. Una vez entablada dicha amistad, mi labor consistiría en convencerla con cualquier pretexto, y sin reparar en gastos, para que viajase conmigo al Uruguay, donde ya las legiones de Fredi Monterroso se encargarían de hacer el resto.

Fredi Monterroso, que tenía la mala suerte de ser un sentimental de estirpe platónica, se había enamorado de Sharon Moore de tanto verla en películas y en revistas y estaba dispuesto a conseguirla a cualquier precio. ¿Una chifladura? No, lo que hubiera hecho cualquiera con posibles, ya que Sharon

Moore no era ninguna broma, sino una especie de milagro de la Naturaleza: nunca, que se recuerde al menos, las células han formado un grumo humano tan delirante como Sharon. Nunca. Cada molécula en su sitio maravilloso, cada átomo con su justo grado de armonía entre protones y neutrones, coronados por un electrón imperial —no sé, algo así como la Venus de Milo tras quemar varios kilos de celulitis en un gimnasio especializado—. De modo que a Nueva York me fui. Y me fui sin saber tres palabras de inglés, o como sea que se llame lo que allí se habla —ese inglés amasado en una boca llena de ¿albóndigas picantes?—... «No hablo inglés», le advertí a Mani cuando me telefoneó. «Pues ya es hora de que lo vayas aprendiendo». —Sí: inglés en vena.

Aparte de mi desconocimiento del idioma, desconocía todo de EEUU, salvo lo que sabemos la gente normal gracias a las películas: que allí todo el mundo, nada más levantarse, se pone a comer huevos. (Y no era un dato tranquilizador: comer huevos en ayunas...).

En Nueva York me hospedé durante unos días en casa de un librero español que, aparte de llevar para adelante su negocio, trabajaba para Niño Blanco —pegando chivatazos y ese tipo de cosas— y a la vez era, como dato curioso, quien suministraba libros estadounidenses a Fidel Castro —supongo que alguno que otro con claves secretas, a la manera de los espías y de toda esa morralla. «¿Cómo sigue España?», me preguntó el librero, que respondía al raro nombre de Jonio de la Sota y que era un nostálgico de las manifestaciones étnicas de su patria distante. «¿Follan ya más las mujeres?», y yo le decía que los heterosexuales teníamos que salir a la calle con espráis lacrimógenos, porque eso era lo que él quería oír: que España se había convertido en una especie de Babilonia democrática. «Eso está bien», decía. Era un tipo raro aquel librero, que coleccionaba perros disecados y que tenía la casa como una perrera taxidérmica en la que parecía oírse un eco trasmundano de guaugaus.

Compartí techo con Jonio de la Sota durante un par de días y luego me trasladé al hotel Plaza, puesto que la índole de mi misión requería cuidar las apariencias, y agradecí lo indecible aquella mudanza, porque la vivienda del librero olía demasiado a perro; a perro disecado, pero a perro en definitiva, y nunca me han gustado los perros, esos seres hipócritas que se huelen el culo entre ellos para presumir de ultrapoderes olfativos.

Para ir acercándome a los círculos herméticos en que se movía Sharon Moore, tuve que tratar a la gente más indeseable de los sesenta y dos condados neoyorquinos: actores primarios y secundarios, fotógrafos de moda,

modistos, decoradores, pintores con Teorías, productores cinematográficos, poetas onomatopéyicos y gente aún peor si cabe. Para propiciarme el acceso a los ambientes de Sharon (qué bien estaba en *Testigo ciego*, chapoteando en aquella bañera espumeante, antes de romperle la clavícula al villano de los dientes de oro), la empresa de organigrama abstracto que era Niño Blanco, comprensiva ante mi falta de conocimiento de esa mezcla de lengua de Shakespeare y de jerga del pato Donald que allí se habla, me proporcionó un buen fajo de dólares y una limusina con un chófer chinoamericano que desprendía siempre un leve olor a *curry* y que me servía además de intérprete, pues, por raro que resulte, Charlie Lon —que así le decían— hablaba ocho o nueve idiomas, y todos ellos con desenvoltura, al haber errado mucho por el planeta. Por lo demás, yo debía adoptar el rol de un neomagnate interesado en las inversiones inmobiliarias, que es siempre una ocupación poco comprometida: funcionales y lujosas quimeras de ladrillos en estado embrionario, y un discurso escueto y generalista en torno al confort y a la protección de las zonas verdes.

Como resulta fácil suponer, yo estaba sujeto con cadenas a Charlie Lon, pues, en cuanto me separaba de él, me convertía en una suerte de selenita desnortado. —Por mi desconocimiento del habla de aquellas tierras, hasta me costaba trabajo saber qué letreros correspondían a los servicios de caballeros y cuáles a los de señoras.

El gran sueño americano de Charlie Lon no era otro que el de convertirse en prestidigitador profesional, y se pasaba el día —incluso cuando estaba al volante— jugando con monedas, con bolitas y con argollas encantadas, aunque, por lo que alcancé a ver, no daba una a derechas, y todos sus utensilios de magia se le acababan cayendo al suelo en cuanto se empeñaba en darles un uso artístico.

Un día, Charlie, que era un tipo muy afable, me regaló una iguana. No me pregunten por qué me regaló aquel engendro surgido de los fangales del Averno grecorromano, pues yo mismo no he parado de hacerme esa misma pregunta desde que me entregó aquella jaula con la iguana dentro, junto con un manual básico para el cuidado de las iguanas. (Mi única suposición con un poco de fundamento es que la sacó por error de su chistera). Bueno, la iguana, como saben ustedes mejor que yo, es algo así como un desagradable monstruo prehistórico que te mira con asco, pero, de todas formas, a los neoyorquinos les gusta eso de tener animales desconcertantes en sus casas, sin duda porque los animales domésticos han entrado ya en fase degenerativa. Sí, *degenerativa*. Como lo oyen. Los perros de antes mordían. («*Cave canem*,

intruso asqueroso», te avisaban en latín los ciudadanos de la antigua Roma, por ejemplo). Abrías el periódico y raro era el día en que no informaba de algún perro que había devorado a su amo, de algún perro que había mordido a un transeúnte o de algún perro loco que había atacado a los clientes de un supermercado. Pero ya no. Ya los perros huelen a colonia de *dandy*, entienden más de una docena de palabras y se van ellos solos a la consulta del veterinario si se quedan sin champú dermatológico de fórmula neutra. —Es todo tan raro: la Naturaleza queriendo civilizarse y la Civilización queriendo naturalizarse a fuerza de dietas vegetarianas, de hechicerías homeopáticas y de barbacoas campestres... No sé, los perros acabarán cantando ópera y nosotros aullando a la luna. («Tiempo al tiempo», susurra la Genética).

Iguanas y perros aparte, Nueva York, en fin, es una ciudad compleja. (Lo es incluso para los chicos de Tucson, Arizona). Tienes que *entrar* en ella para sacudirte esa sensación de intrusismo que te asalta en cuanto te sitúas debajo de un rascacielos o en cuanto asistes, tras innumerables gestiones, a cuatro fiestas mundanísimas, con toda la elite cultural y artística del país metiéndose coca y metiéndose mano, mientras tú deambulas por allí como un convidado de piedra. *Tienes que entrar*, que tu cara les suene a los reyes del *glamour* y que te llamen por tu nombre (Chat, Lobsa, Randall, Walter). De lo contrario, allí eres un fantasma que disfruta del mismo prestigio social que los camareros que sirven la ensalada de mangosta o de boa tejana en el guateque de la piscina —en el piso 89: la natación de los astronautas.

Nueva York es una ciudad multicultural: puedes casarte por el rito malayo o divorciarte al estilo turco, puedes ligarte a mujeres asiáticas o ser asesinado por una banda de esquimales, puede atracarte un sueco sonrosado o puede venderte un Rolex de pega un beduino que lleva un chándal Adidas de pega, puedes ir a cenar a restaurantes italianos, japoneses o cameruneses... Y eso es estupendo: una Disneylandia para adultos —con sus capitanes Garfio, con sus fosos con cocodrilos...

Con mi chino Charlie a cuestas, yo iba a todos los saraos que se organizaban en Nueva York, *entrando* poco a poco en la aristocracia de los payasos sociales, a la espera de que por alguno de aquellos jolgorios apareciera Sharon Moore, que pasaba largas temporadas de retiro en una cabaña de Buffalo cuya localización era casi un secreto de Estado, para que los periodistas y los obsesos sexuales no pudieran importunarla. Y... Sharon apareció el día más impensado por la fiesta que se daba en una galería del Village en honor de un pintor bengalí que emborrataba cuadros de cuatro o cinco metros de largo o de ancho —según las exigencias icónicas—, en el

estilo de los que pintaban mis antiguos compañeros de piso, aunque el bengalí condescendía a veces a lo figurativo y pintaba *símbolos* (?).

Tener a Sharon Moore a tres metros de mis ojos me resultó una experiencia casi familiar, porque yo había visto todas sus películas, en las que casi siempre hacía de tía fatal, con visos inalterables de mataharismo yudoka y de gran diva del erotismo elegante, sexsimbolizada por las multitudes tribales del mundo civilizado. (O algo por el estilo. Ya me entienden). Llevaba una túnica y el pelo negro recogido en un moño tirante y engominado. 1) Sin pintar. 2) En estado de salvajismo. 3) Panteril. 4) Flexible. 5) Con esa serenidad inquietante de que hizo gala en *La trampa imperfecta*, en la que interpretaba a una viuda que asesinaba al mafioso que había asesinado con anterioridad a un excombatiente de Vietnam al que ella había confiado el microchip que revelaría la trama de complejidad ajedrecística de la banda de los cubanos —o un lío de esa clase. Sharon Moore tenía los ojos tan luminosos que parecían dos linternas de minero.

«Ahí está Sharon», le dije a Charlie, y Charlie se las avió para que me la presentaran. Al sentir la mano de Sharon Moore en contacto con la mía, no pude dejar de pensar en las maravillas que ella hizo con aquella mano en la escena del lago en *Despertar adolescente*. Sharon... Walter... (¿Los puntos suspensivos de un horrendo futuro?).

Bueno, las reinas eróticas no tienen sus coronas por casualidad —a diferencia de las reinas a secas. No, ellas son reinas porque están en el trono de un olimpo lejano y magnetizante, envueltas en una niebla de purpurina. Y Sharon Moore, Her Majestic Sharon Moore, nuestra amada Queen Sharon II (la I fue la desventurada Sharon Tate), era una de esas reinas que siembran el estupor babeante en el alma babosa y burguesa de los espectadores de los cines del ancho mundo, haciéndonos aullar en la cámara oscura de los dolorosos espejismos cinematográficos: esa afrodita de goma que interpreta el papel de una espía enamorada de su enemigo o de un ama de casa que logra volver loco de pura satiriasis a su psiquiatra, sacerdote de Sigmund o meapilas de Jung.

Como no quiero ser prolijo, diré que, gracias a las artes de Charlie, logré enterarme de los movimientos cotidianos de Sharon Moore en Nueva York, y me hacía el encontradizo con ella. «¡Qué casualidad!», decía yo al verla en el Rainbow o en el gimnasio Strong Opinions, por ejemplo, y Charlie Lon traducía simultáneamente aquella exclamación mía. Pero, como buena diva que era, Sharon rechazaba, con una interrogación en los ojos, mis invitaciones a visitar el Uruguay.

Como los días pasaban sin novedad, y como estaba aburrido de pasarme las noches en los locales de *striptease* de la calle 42 (con Charlie Lon al lado intentando sacarme un dólar de detrás de la oreja), llamé a Mani y le expliqué lo difícil que estaba resultando todo. «No repares en gastos, pero arréglalo, y pronto», me apremió. Y mi cabeza se puso a trabajar a toda mecha, a la búsqueda de alguna estrategia urgente que resolviera el problema galante de Fredi Monterroso. Pero, dado que tal estrategia se me encasquillaba en la mente, cogí una borrachera de la que no puedo o no quiero —cuestión ultrafreudiana— acordarme siquiera. (Poco más o menos, uno de esos momentos de descompresión cognitiva en que resulta imposible apreciar la diferencia que existe entre un semáforo averiado y una trompeta fosforescente).

Una tarde, cuando Charlie fue a recogerme al Plaza, me soltó una bomba: «La señorita Sharon Moore es lesbiana». Lo sabía de buena tinta. Según los informadores de Charlie, Sharon era una especie de casanovesa que podría repoblar el desierto de Arizona solo con las novias que había tenido a lo largo de los tres últimos meses. Estupendo. Estupendo sobre todo para Fredi: una amante acostumbrada a los consoladores *king size*. —A ver quién compite con eso.

Llamé a Fredi Monterroso y le expliqué el asunto. «Su vida privada no me importa. Usted tráigala al Uruguay y yo me encargaré del resto», me dijo con su voz de deidad impasible, quitándole importancia —él sabría por qué— al fenómeno social del lesbianismo.

«¿Qué hacemos, Charlie?», porque yo no sabía por dónde empezar siquiera. Pero fue el propio Charlie el que me ofreció una solución no sé si disparatada, pero sí en cierto modo viable.

El plan de Charlie resultaba sencillo, al menos tratándose de un plan concebido por un prestidigitador frustrado o en proceso de aprendizaje: secuestrar a Sharon Moore, llevarla hasta Miami en el maletero de la limusina, que era bastante amplio, y desde allí pasarla a Cuba en una lancha. Una vez en Cuba, gracias a la gestión cómplice del librero de NY que coleccionaba perros disecados y que proveía a Fidel Castro de libros anticastristas —imagino que para que el líder se riese un poco de sí mismo—, un contacto llamado Yoni Bonilla nos proporcionaría una avioneta que, tras hacer escala técnica en aeropuertos privados de Venezuela y de Brasil, nos llevaría finalmente a tierras uruguayas, donde podríamos arrojar a Sharon Moore a los brazos de su enamorado. (Desde luego, lo que no se le ocurra a un chino no se le ocurre a nadie). (La tinta china, la pólvora, el chop suey...).

Por raro que resulte, así se hizo, tras una secuencia bastante chapucera que prefiero privarme de detallar. (Aquella dosis de ansiolíticos —suficiente para dormir durante dos meses a un caballo— que vertió Charlie en la bebida energética de la estrella del celuloide, en el gimnasio Strong Opinions, en un descuido de la interesada, etcétera).

Antes de ponernos en ruta, intenté devolver a Charlie Lon la iguana que me regaló y él me dijo que eso no podía ser, porque, según no sé qué superstición vigente en su país nativo, devolver los regalos traía mala suerte para ambas partes. Así que metí la iguana en una bolsa —su histérica vibración en mi muñeca— y la solté en Central Park, donde no me extrañaría que se hubiera convertido a estas alturas en un monstruo devorador de los caniches de esas viejecillas que, en la mayoría de los casos, me da a mí que son agentes del FBI disfrazadas de castañeras dickensianas.

Tras un viaje interminable y jalonado de contratiempos y complicaciones que no vienen a qué, Sharon llegó, en fin, a Uruguay, la tierra de su soldado de amor desconocido, y llegó sucia, con el pelo vuelto una maraña y la ropa hecha jirones, pues no había manera de hacerla entrar en razón y, en cuanto le quitábamos la mordaza, se ponía a chillar como un culturista mariquita de Dakota que estuviese sentado sobre una barbacoa, y había que amordazarla de nuevo, sin saber nosotros si necesitaba orinar o cualquier otra cosa, de modo que se hacía todo encima. Charlie Lon intentaba distraerla con sus trucos malogrados, pero aquello no parecía ser un buen antídoto contra su furia, sin duda porque no hay cosa que más deprima a una mujer secuestrada que un prestidigitador chino al que todos los números le salen mal.

Resultaba triste ver a una sex symbol en ese estado, pero la culpa era en parte suya. Sharon, a fin de cuentas, estaba *dentro* de una de esas películas en las que acaparaba papeles de heroína intrigante y peleona, siempre saltando por las azoteas y por los puentes, siempre perseguida por los coches de los malhechores, siempre a todo gas, siempre a toda hostia. Pero aquello no era una película, ni una sesión de realidad virtual como la que experimenté en Sintra, sino la realidad a secas. Y la realidad a secas es a veces muy dura. — Como la teca.

La entrega —por así decirlo— de Sharon Moore a Fredi Monterroso fue muy celebrada. Fredi mandó conducir a mi persona al salón de los pedruscos griegos y del altar precolombino y, a través de los altavoces, me felicitó por el éxito de la misión, anunciándome de paso que le honraríamos si mi socio y yo nos convirtiésemos en sus invitados durante una temporada, estirable hasta donde nos lo permitiesen nuestra voluntad y nuestras obligaciones. De modo

que Charlie y yo nos hospedamos en sendas *suite* de la mansión delirante de Fredi. —El cuarto de baño de la mía tenía una palmera enana dentro de la bañera, a modo de ínsula, y con eso creo que está descrito todo.

Como iba diciendo, la llegada de Sharon fue muy celebrada, pues durante dos días con sus noches todo el personal de Fredi —y Charlie y yo rebujados con ellos— estuvo bebiendo, comiendo, cantando y bailando con un cimbreante grupo de prostiputones autóctonos —y era cosa de ver a mi socio corretear como un fauno amarillo detrás de aquellas muchachas de color canela cuando salían desnudas de la piscina, que por cierto tenía forma de riñón.

Pero, al tercer día, aquel jolgorio tomó un cariz macabro, macabrisimo, según se contará más adelante.

6 *El sentido uruguayo de la diversión. Paréntesis costarricense. Estela publicitaria del asunto Sharon Moore*

Al tercer día de aquellas bacanales uruguayas, los acontecimientos, según les avisé, adquirieron un tinte macabro, por no decir otra cosa.

Aún no había amanecido. Todos estábamos desperdigados por los jardines, dormitando, filtrando licores en nuestro hígado heroico, cuando oímos la voz de Fredi a través de los altavoces que tenía instalados en la fachada de su mansión para comunicarse con sus esbirros: «Ahí lleváis a esa puta». Todos nos despertamos. La uruguayita que dormía sobre mi pecho se sobresaltó, abrió sus ojos, grandes y negros como cáscaras de mejillones, me miró con extrañeza, miró luego al cielo, refunfuñó, bostezó y se volvió a dormir sobre la hierba.

Nos agolpamos ante la puerta principal y, al poco, vimos salir a un matachín que hacía las veces de valet de Fredi y que arrastraba por el pelo a Sharon Moore, desnuda como el agua, sangrando por la boca. El valet la empujó y Sharon cayó de bruces en el porche. «Código pantera», gritó el valet, y los hombres de Fredi Monterroso dieron aullidos de alegría, y se palmotearon las espaldas entre ellos, y se frotaron las manos.

«Código pantera». Bueno, a todos esos reyezuelos del alto lumpen les gustan esas ridiculeces terminológicas, defecto que comparten con los catedráticos. Pero el código pantera era un código terrible, a pesar de su nombre ridículo.

Tras expulsar con malos modos a las chicas invitadas (los zapatos en las manos, a medio vestir), los hombres de Fredi hicieron corro en torno a Sharon, y, de uno en uno, iban saltando a la arena para luchar con la protagonista de *Muerte en Saigón*, igual que en una pelea de gallos, en medio de risotadas y berridos. Cuando se hartaron de jugar, estuvieron violándola y golpeándola, y a Sharon se le puso el gesto rígido de esas muñecas melodramáticas que coleccionaba mi madre, con los ojos perdidos en la Nada

flotante. «¡Vengan!», nos animaban a Charlie y a mí, pero le dije a Charlie que ni se le ocurriera, y él, tras gruñir un poco, se puso a practicar con unas arandelas embrujadas.

Después de violarla y golpearla, ataron a la actriz a una palmera, y le cortaron el pelo, y le afeitaron el pubis con un machete, y le arrancaron las uñas de los dedos de los pies, y luego las de las manos, y le sacaron los dientes que aún le quedaban tras los golpes, y la untaron entera de melaza, y le metieron un palo untado de melaza en su sexo desgarrado, y las hormigas subían por las piernas de Sharon Moore y erraban por su sexo con los alfileres nerviosos de sus patas. Luego soltaron a los dobermann, y aquellos perros dementes le enseñaban los colmillos a Sharon Moore, componiendo una escena parecida a la de *Pronóstico en la sombra*, aquella película en la que ella se enfrentaba a los jueces corruptos de Chicago que habían liberado al capo Jimmy Morabito, que era tuerto.

Yo me acordaba de mi visita al suburbio bogotano con los muchachos de La Rana Verde, cuando mataron a la niña. Y una horrible compuerta freudiana se abría en mi mente, y un horror retrospectivo abría su flor carnívora en mi alma.

Ante aquella barbaridad, la pregunta más amable que se me ocurría hacerle a mi anfitrión era más o menos: «¿Para qué sirve toda esta mierda de teatrillo del horror en que ha convertido usted la realidad, señor Monterroso?».

En fin, según mis conjeturas, Sharon Moore, al verse a solas con Fredi, debió de fingir que aceptaba sus galanterías y el ardor de sus manos y que, una vez metidos en faena, confiando sin duda en la suerte que ella tenía en todas sus películas para salir con bien de las situaciones más terribles, ¿le mordió el Psicopríapo a Fredi? Es solo una hipótesis, pero basada en un par de evidencias, a saber: mientras los secuaces de Fredi violaban a Sharon, vi cómo un coche llegaba a toda pastilla hasta la puerta de la mansión y cómo se bajaba de él un hombre que portaba uno de esos maletines llenos de objetos pavorosos y metálicos que suelen llevar consigo los médicos; por si este dato fuese poco contundente (*Un maletín puede llevarlo cualquiera*), debo decir que, cuando ya Sharon estaba medio comida por las hormigas gigantes del Uruguay, apareció por allí Fredi Monterroso con la cabeza cubierta con una capucha y le pegó un tiro en el corazón a la diosa cinematográfica, que al instante se quedó floja como un títere; pues bien, me fijé en que Fredi, que iba descalzo y en bata, caminaba no con dificultad, pero sí con sigilo, y que un hilo de sangre le resbalaba hasta el pie. «Acerca un coche. Tenemos que ir a

la clínica», indicó Fredi a uno de sus hampones, y vi cómo Fredi se sacaba del bolsillo de su bata un pañuelo manchado de sangre.

¿A qué conclusión hubiese llegado el detective Walter Peter? No lo sé, porque el mundo es el circo de los sucesos insólitos, aunque mi escalofriante conjetura ya la conocen.

«Esta misma tarde nos vamos, Charlie», pero Charlie me dijo que no era prudente marcharse, que podía parecer una espantada sospechosa, y tenía razón, ya que los hampones son muy quisquillosos con las cuestiones diplomáticas. De modo que nos quedamos un par de días más, en calidad de huéspedes del castillo de los horrores latentes.

Por la tarde, los dobermann seguían devorando el cuerpo de Sharon Moore, aquel cuerpo que había sembrado de sueños y de frustraciones sexuales el corazón de millones de espectadores de todo el mundo, encandilados con sus ojos de violeta luminosa y con su cuerpo de gladiadora de Lesbos.

Llamé a Mani, le conté por encima lo sucedido y me dijo que me fuera a Costa Rica y que me tomara allí unas vacaciones hasta nueva orden.

Así que me despedí del chino Charlie Lon en Montevideo y me planté en San José de Costa Rica, una de las ciudades más deprimentes y hojalateras del mundo, a cuyo aeropuerto fue a recibirme, por indicación de Mani, el ciudadano Joe Shapiro.

Joe Shapiro era un enlace centroamericano de Niño Blanco y regentaba un local de fiestas llamado Olympus —así, con un sufijo latino y con una i griega, quién lo diría. En Olympus hacían demostraciones de sus facultades bailongas, para deleite de los obsesos sexuales de los Estados Unidos de América, un total de cincuenta veinteañeras de origen diverso: hondureñas, paraguayas, colombianas, venezolanas y cubanitas prófugas. Las muchachas saltaban al escenario y se pasaban un rato haciendo contorsionismos en torno a una barra vertical, hasta que acababan desnudándose, desamparadas como estatuas salidas por sorpresa de un bloque de mármol.

A solicitud de los clientes, y previo pago en dólares, las muchachas realizaban números individuales y practicaban su *striptease* artístico a un palmo de las narices de los jubilados gringos, de los guiris viudos o de los excombatientes sonados de Vietnam, con el subconsciente atufado de napalm humeante. En los ratos de mayor animación, podía haber treinta o cuarenta muchachas formidables que se contoneaban desnudas por todo el local, creando una perspectiva de orgía de fin del mundo —y los clientes absortos ante las melenas revueltas y los ombligos enojados.

En otro momento, yo hubiera estado allí como están los arcángeles en el Cielo: en mi medio natural, tocando el arpa, pero no se me borraba del pensamiento la imagen de Sharon Moore, y todo lo relacionado con el sexo se me convertía en un psicodrama. «Eh, Waltercito, chíngate a la que quieras», me decía Joe Shapiro. «No, Joe, gracias. Otro día».

El Olympus, en fin, podía ser el paraíso o el infierno, según se mirase. Y para mí, en aquellos momentos, era el infierno mismo, pues en cada uno de los movimientos de aquellas pobres muchachas esculturales se me superponían, como una diapositiva tétrica, los movimientos desesperados de Sharon Moore mientras la violaban los hombres de Fredi Monterroso —y sus convulsiones, y su temblor tirante mientras la picoteaban las hormigas—. «¿No te gusta aquella, Waltercito?». Pero no. —Y es que en los cortijos de Freud ocurren esa clase de fenómenos paranormales: Walter Arias renuncia de repente a las afroditas de canela...

En San José estuve un par de días, porque allí no hay quien aguante durante más tiempo, y no me sucedió nada digno de mención. Solo decir que un día en que me hallaba en la terraza del Bufo Dorado tomando cerveza y cocas de un comedizo especiado y espeso al que dicen «sustancia» —un nombre así como de Heidegger—, se me acercó un vendedor de periódicos y le compré un ejemplar. Hojeándolo, me topé con una noticia que me sobresaltó: «MISTERIOSA MUERTE DE LA ACTRIZ SHARON MOORE». Y la noticia rezaba más o menos como sigue, en el más puro estilo periodístico latinoamericano, tan proclive a los relatos góticos y a la rimbombancia:

“ *LA CABEZA POR UN LADO, EL CUERPO POR OTRO. DOS MUCHACHAS ANÓNIMAS JUNTO AL CUERPO DECAPITADO DE LA DIVA CINEMATOGRAFICA. LAS TRES CARBONIZADAS. ¿CABE IMAGINAR UN ESPECTÁCULO MÁS DANTESCO? El fuego destruyó en segundos la Belleza, como las llamas ernerianas destruyeron Roma. En su cabaña de Buffalo, rodeada de arboleda suntuosa y de nevados picos, fue hallado ayer el cuerpo carbonizado de la actriz Sharon Moore, inolvidable en sus diversas caracterizaciones cinematográficas que le granjearon fama mundial y legiones de rendidos admiradores. Junto al de ella se hallaban los cuerpos de otras dos muchachas cuya identidad se desconoce por el momento. Alertado por los celosos guardabosques, que*

avistaron los espeluznantes torbellinos de llamas, el diligente servicio aéreo de fumigación de la compañía Wichitah Air, aprovisionado a toda urgencia de agua en el vecino lago Ontario, logró sofocar el fuego, mientras las unidades extintoras del Cuerpo de Bomberos del Estado rumiaban su impotencia, dado lo escarpado de los accesos terrestres, pues la cabaña de la dama del celuloide se hallaba en una zona sumamente oculta del bosque y ni siquiera su más íntimo círculo de amistades conocía su localización. En las inmediaciones de la cabaña de la infortunada actriz se halló el cadáver de un ciudadano norteamericano de origen chino identificado como Charles W. Lon, que, según el informe forense, presentaba fractura craneal y rotura de cuello, lesiones letales que al parecer se produjo dicho individuo al despeñarse en su huida por una escarpada ladera, y decimos huida porque sobre este siniestro sujeto recaen las sospechas de haber sido el causante alevé del aparatosísimo incendio que, según las primeras pesquisas, causó la muerte de las dos amigas de Sharon Moore, pero no así la de la actriz, ya que la cabeza de esta fue hallada intacta, aunque desdentada y espeluznantemente magullada en toda su superficie, a pocos metros de la cabaña reducida a cenizas, con lo cual se afianza la hipótesis de que el asesinato tuvo un móvil pasional».

La realidad puede ser terrible si la miras desde fuera, pero al menos tiene su lógica: un crimen pasional. Bien. Lo malo es que puedas mirar la realidad desde dentro, porque entonces no es terrible ni lógica, sino sencillamente pavorosa.

Por respeto a la condición imprevisible y descabellada de todas las cosas que ocurren en el mundo, usaré muchos signos de interrogación, a la manera de esos escritores de novelas de misterio cuando no saben cómo resolver el barullo delirante en que se han metido: ¿Fredí Monterroso había logrado enterarse —los tipos como él suelen hacerlo— de lo que no sabía casi nadie: el lugar exacto en que Sharon tenía su cabaña? Sin duda alguna. ¿Fredí Monterroso había entregado la cabeza de Sharon Moore a Charlie Lon para que la repatriara —por decirlo de algún modo— a Estados Unidos, y Charlie,

tras decapitar quién sabe dónde a quién sabe qué desventurada víctima colateral de aquel enrevesado disparate, cuyo cuerpo debía suplantar en la masacre el cuerpo de Sharon devorado por los dobermann de Fredi, había montado todo aquel número, dejando la cabeza decapitada de la actriz fuera de la cabaña como un intencionado golpe de efecto escenográfico, con la mala suerte de que se le fue un pie y se desnucó, porque él era un animal de ciudad y no de junglas, además de un prestidigitador frustrado al que todos los trucos le salían mal? No parecen suposiciones demasiado descabelladas. (No sé).

Y así llegamos, en fin, a la pregunta más inquietante, ante la que todos debemos sentirnos como un troglodita ante la Esfinge: ¿qué carajo pretendía Fredi Monterroso con todo aquello? Bueno, como Fredi no podía temer que lo implicasen en la desaparición de Sharon Moore, porque nadie podría relacionarlo con la actriz —y le bastaba además con enterrar lo poco que quedó de ella tras el festín de los perros para que el mundo no volviese a saber nada del asunto—, supongo que la intención de Fredi no era otra que la de humillar de forma póstuma a Sharon Moore, su verduga sexual, porque al día siguiente la prensa dio la noticia de que los forenses habían comprobado que las dos muchachas que aparecieron quemadas en la cabaña tenían metidos dos consoladores, y entonces las publicaciones amarillistas de todo el mundo se abalanzaron sobre la noticia: «LAS ORGÍAS LÉSBICAS DE SHARON MOORE EN SU CABAÑA DE BUFFALO», y por todas partes aparecían declaraciones de antiguas amantes de Sharon, y por todo el mundo corrían suposiciones sobre el detonante de la tragedia: «NUEVAS PISTAS SOBRE LA MUERTE DE SHARON MOORE: ¿RITOS SATÁNICOS?». Más tarde, los forenses descubrieron que el cuerpo decapitado que se suponía que era el de Sharon Moore no era el de Sharon Moore, sino el de una camarera neoyorquina cuya cabeza había sido encontrada por unos mendigos en un sótano abandonado de la parte de Chinatown. Por si fuera poco, en el maletero de la limusina de Charlie no solo se encontraron restos de sangre y muestras de pelo de Sharon Moore, sino también de la camarera, y el mundo entero anduvo atónito durante semanas ante las nuevas revelaciones, y las noticias tomaban un cariz cada vez más barón-de-munchausen: «CASO MOORE: EL CHINO CON COMPLEJO DE DOCTOR FRANKENSTEIN».

Fredi Monterroso, en suma, mató a Sharon, pero, como eso no le pareció suficiente, la humilló luego ante la humanidad, porque los grandes emperadores tienen un tipo de alma de diseño exclusivo. «SHARON MOORE PRACTICABA EL CANIBALISMO SEXUAL EN SU MANSIÓN SECRETA DE BUFFALO». — Y así. Informando.

En fin, resulta difícil interpretar la realidad cuando los detalles reales se desconocen, ¿verdad?

Pero salgamos ya de este pequeño infierno y entremos en los purgatorios del Amor.

7 Seguimos en Costa Rica. Volvemos a Nueva York. Acabamos en Miami

En San José solo estuve un par de días, como creo haber dicho ya, y de allí me fui a la costa del país que baña el Pacífico, donde me eché una novia negra que se teñía el pelo de rubio porque su sueño era conocer Rusia (?), y luego, cambiando el rumbo, hice una excursión por los ríos llamados Parismina y Pascuare, y aquello era como una Venecia selvática, y allí vi animales de muy rara condición, y llegué a la desembocadura con el mar al que dicen Caribe, y me adentré en la región de Tortuguero, donde crecen lirios sobre las aguas y donde se refugian bajo los lirios los camarones, porque allí la Naturaleza es así de barroca y anda siempre con la melena suelta.

Mientras me hallaba en Costa Rica, estuve tentado de bajar a Colombia, una de mis patrias sentimentales, pero me dio pereza y decidí regresar, vía Miami, a Nueva York, ya que con todo el trajín preparatorio del rapto de la pobre Sharon Moore no tuve tiempo de ver la ciudad al ritmo de una persona sensata por culpa de todas esas fiestas que daba la morralla artística.

Mi idea inicial consistía en pasar un día en Miami de turismo cultural (monumentos, en *topless* o no, etc.), pero, durante el vuelo, me bebí entera la botella de ron que compré en el taxfree de San José y me pasé qué sé yo la de horas durmiendo en una especie de sofá de plástico atómico que había en el aeropuerto de Miami, de modo que, cuando reingresé en una vigilia muy parecida a una duermevela, ya mi avión calentaba motores y no lo perdí de milagro.

«Estoy en Nueva York, Mani. Me gustaría pasarme aquí unos días», y me dijo que sin problema, porque sabía que me había afectado mucho lo de Sharon, y él era muy respetuoso con todas las cuestiones relacionadas con los traumatismos psicoencefálicos. «Tómame un descansillo, Walter. Diviértete un poco. ¿Te hace falta dinero?».

En Nueva York me hospedé en un hotel de la avenida Lexington llamado Loew's, porque el Plaza salía demasiado caro y estaba siempre infestado

además de periodistas postmodernos, de escritores alcohólicos aficionados a los safaris y de putas de mil dólares.

Pedro, el camarero del bar del Loew's, era puertorriqueño y me tomó ley. A cada hora, me confesaba que su sueño dorado era visitar alguna vez la Madre Patria, porque él era un fan de Cristóbal Colón y de todas las cosas españolas, y me decía que muchas noches soñaba con la fuente de Cibeles, porque la gente es rara de suyo y es capaz hasta de soñar con el mobiliario urbano.

Por las noches, después de desengañarme de la Gomorra ladillosa de la calle 42, me iba a un club llamado Blue Chord, en el que daban actuaciones en directo aquellos músicos que no habían alcanzado el estrellato y que aún esperaban alcanzarlo antes de ingresar la semana próxima en el asilo. Y es que si algún residuo quedó en mí de la época trotskista, es el del gusto por la música norteamericana, con Jimi Hendrix como Pantocrátor, allá en el trono de su Infierno acídulo y lisérgico.

De cuantos escuché allí, me gustó especialmente un grupo llamado... — ¿me acordaré, oh casquivana memoria?—... Sí, ya: Vanity Crossroad, unos jubilados que hacían de teloneros fijos de los grupos estelares, si tal rango puede darse a los músicos que estaban aún más estrellados que ellos. Vanity Crossroad estaba compuesto por un teclista que era una incesante máquina de producir escalas farragosas, como un Thelonious Monk de verbena dadaísta; por un batería que tocaba con la pesadumbre de un galeote, por un guitarrista que medía más de dos metros y que siempre se equivocaba al final de las canciones y por un contrabajista que era bastante bueno, aunque solo tenía dos dedos en la mano derecha. La música de aquellos aficionados, a fuerza de ser desgarradora, imperfecta y melancólica, acababa por ponerte de buen humor. «Ya va a meter la pata el guitarrista», pensaba cuando me veía venir el chimpún final. Y el guitarrista, en efecto, se equivocaba, y apretaba entonces los dientes. Y aquello me provocaba, no sé por qué, una risa floja, como si estuviese viendo una película de Walt Disney en la que un pato estúpido se estampara en la pared.

Durante esos días, me marqué un reto de carácter menos walterista que budista: beber solo cerveza, y, gracias a los efectos humildes de esa bebida (¿qué otra cosa puede esperarse del lúpulo, de la cebada?), dormía bien, sumido en el sopor de una alcoholemia razonable. Sin grandes pesadillas y sin resacas apocalípticas. —Bien, o sea.

Durante el día callejeaba, bebiendo cerveza. Por la tarde, echaba un rato con Pedro, hablando de Colón o de Cortés, y me tomaba algunas cervezas.

Por la noche, me iba al Blue Chord a tomarme las cervezas que no había podido tomarme durante el resto del día a causa de mis ocupaciones, consistentes en beber cerveza. (*A Pedro le inspiré incluso un modesto trabalenguas: The boring bear of the beer*).

Al Blue Chord iban pocas mujeres, y las que aparecían por allí siempre estaban custodiadas por dragones, de modo que no corría el peligro de meterme en líos eróticos como no fuera pagando, y tal circunstancia siempre supone un alivio psicológico.

El guitarrista gigante de Vanity Crossroad, rey de las erratas solfeísticas, hablaba mucho antes de cada canción, y el público se reía, o le replicaba, o encendía sus mecheros en un gesto de misticismo solidario —sea tal cosa lo que sea—, pero yo no entendía nada, ni podía hablar de nada con nadie, porque solo tenía a Pedro, mi Pedro, el camarero partidario de la cristianización de los indios. Y solo podía reírme cuando el gigante se equivocaba de acorde al final de las canciones.

En el Blue Chord, los clientes movían mucho la cabeza, siguiendo el compás de la música, y parecían muñecos del pimpampum a la espera de que el batería los derribara con un triple redoble mortal o que el teclista los tirase de espaldas con una ráfaga de escalas mixolidias. Y yo bebía cerveza. Una tras otra. En silencio. Hasta que me aburría de reírme de los fallos del titán guitarrístico y me iba al hotel. Como un asceta.

Y así durante un par de semanas. Atarácico perdido. Con la vejiga llena de cerveza, orinando lo mismo que tres caballos juntos.

Un día, Pedro me dijo que me invitaba a un concierto. Que actuaba nada menos que Wendy Manzanera, la Gran Dama Uruguaya de la Canción Romántica. Y yo, por no desairar a mi único interlocutor neoyorquino, le dije que claro que sí, que iría con él, aunque debo reconocer que la canción romántica no ha sido nunca lo mío, y menos después de convivir durante varios años con Sergei Rex.

Así que al concierto de Wendy Manzanera me fui con mi amigo Pedro, que se puso para la ocasión una camisa con estampaciones de guacamayos y palmeras.

El concierto se celebraba en una macrodiscoteca de Brooklyn que aquel día se llenó de hispanos de toda la Hispanidad. Pedro no paraba de presentarme a gente, con una fórmula invariable: «Walter es de la Madre Patria y es amigo mío», y me daba un palmetazo en la espalda para añadir veracidad al segundo supuesto.

Aquella discoteca estaba poseída por un clima de desenfreno salsón, pues todos descoyuntaban sus caderas al ritmo de la música ambiental como si estuvieran invadidos por las pulgas hambrientas de Marte, a la espera de que apareciera en el escenario la Dama Wendy. Y aquello fue levantándome el ánimo. Incluso el Psicópata, que andaba laxo y desganado, llegó a decirme: «Eh, Walter, miyo, ¿no te agrada esa traviesa cubanita exiliada que lleva una linda camisa roja amarrada por encima de su ombligo deliciossssooooo?». Y yo, sabiendo de sobra que el Psicópata no hace preguntas, sino que se limita a dar órdenes en forma de pregunta, me dirigía ya hacia el lugar en que la cubanita movía sus caderas como una batidora de fruta tropical cuando, providencialmente, se apagaron las luces de la sala, se iluminó el escenario y un toque wagnercaribeño de trompetas y timbales anunció el inicio de la actuación de la llamada Wendy Manzanera, la Gran Dama Uruguaya de la Canción Romántica, como ha quedado dicho.

Aquello fue el delirio neto, porque todo el mundo se puso a saltar y a gritar, y la cubanita seleccionada por el Psicópata se fundió con la amorfa multitud y acabé perdiéndola de vista, como tantas otras cosas de este mundo.

«Vamos a acercarnos», me dijo Pedro, pero preferí quedarme un poco atrás, porque nunca me han gustado los pisotones ni el roce indiscriminado e inocente con los cuerpos de las mujeres y de los hombres.

Desde lejos al menos, Wendy me causó una buena impresión. Llevaba un vestido largo de lentejuelas doradas, y dorada era su cabellera, y también sus tacones. Toda ella de oro, como quien dice. Y cantaba con dulzura insinuante, y todas las suyas eran coplas de amores tremendistas, y se movía con gracia, y la pierna que de vez en cuando aparecía tras la raja de su vestido era, sin duda alguna, una buena pierna.

Cuando el concierto terminó, Pedro me dijo que un amigo suyo daba una fiesta en su casa y que estábamos invitados, y le dije que bueno. Que sí. «Fiesta».

A la casa del amigo de Pedro se entraba tras pisar un felpudo de césped artificial que tenía formada la palabra WELCOME con margaritas de corazón amarillo eléctrico. Pasamos a una especie de patio en el que humeaba una barbacoa, y había contenedores de basura llenos de hielo y de botellas, y había también muchachas sonrientes, y tipos que llevaban muñequeras de cuero y tatuajes en los brazos. —Un escenario idóneo, en fin, si hemos de hacer caso a determinadas películas, para que apareciesen por allí los zombis, echando babas verdes, y nos matasen a todos.

La cubanita que llamó la atención de mi Psicópata no fue a la fiesta, pero sí una jamaicana dicharachera que tenía las costillas como un xilófono y que me convirtió en xilofonista por una noche.

«¿Cómo sigues?», me preguntaba Mani Márquez Heredia cuando me telefoneaba al hotel cada mañana para interesarse por la marcha freudiana de mi mente. Y yo no sabía qué contestarle: ¿me encontraba bien?, ¿me encontraba mal? Yo no era un autopsiquiatra y no podía saberlo. «Bien, Mani. Voy mejor».

Una tarde, cuando regresaba al hotel para tomarme un par de cervezas y practicar así un poco el español con Pedro, me crucé por la Quinta Avenida con una mujer de aspecto espectacular: vestido volátil, gafas de sol del tamaño del parabrisas de un helicóptero, tacones de precipicio, turbante oriental, pulseras y collares que llenarían un cofre bucanero... Y un perrillo pequinés (con su careto de ninja estreñido) entre los brazos. «Esta tía me suena», dije para mí. Sí, bueno, ya sé que *todas* las Tías Espectaculares *nos suenan a todos*, que *todos* nos creemos parientes cercanos de ese tipo de mujeres. Pero el caso es que aquella *me sonaba* de veras. De modo que la seguí, en perjuicio de mi tertulia con Pedro, el paladín de la Hispanidad. Y es que, comparado con Nueva York, incluso Londres es un nido de afroditas neumáticas, ya que las neoyorquinas que merecen la pena siempre están haciendo de extras en las películas o posando para revistas porno, y ver allí a una tía buena por la calle es tan difícil como encontrarte en tu ventana un mirlo blanco que lleve un collar de diamantes en el pico.

Mi perseguida entró, en fin, en varias *boutique* de moda, en una joyería y en incontables tiendas de regalos, pero, como ese trajín deja seco a cualquiera, acabó entrando también en un bar. «Esta es la mía», me dije. —Y lo fue en una medida insospechada.

Si estás interesado por una desconocida y esa desconocida lleva un perro, lo primero que tienes que ganarte es la amistad del perro, por mucho asco que te den los perros. Eso lo saben hasta los niños de cuatro años. De modo que pedí una hamburguesa, y no porque estuviera yo hambriento, que no lo estaba, sino como apoyo logístico, por decirlo de algún modo. Pero la hamburguesa se enfriaba sin ver yo la ocasión de darle utilidad galante, ya que tampoco era cuestión de irme para el pequinés y meterle la hamburguesa en la boca, como si se tratara del perro de una mendiga de Harlem. Por fortuna, la vejiga de la desconocida se puso de repente reventona y tuvo que llevarla de turismo al servicio, dejando al pequinés atado a la pata de la mesa. Así que para el perro me fui y le di la hamburguesa, y él la devoró con deleite

voraz de *gourmet*, pues, aunque los alimenten con piensos vitamínicos, a los perros lo que les gusta es la auténtica y genuina comida basura, porque para eso son perros. Cuando su dueña salió del servicio (¿cómo no imaginar el recorrido sedoso de las bragas por sus piernas de color canela?), el perro ya era una especie de compadre mío del alma, y no paraba de ponerse a dos patas, con la lengua fuera, y de mirarme con la ansiedad de un yonqui ante su camello, suplicándome otra dosis de hamburguesa.

Como el pequinés no cejaba en sus muestras de afecto hacia mi persona, no tuve más remedio que acercarme a él y acariciarle su asquerosa cabeza peluda, y el animal me lamía los dedos, que debían de saberle a hamburguesa, porque se había convertido, ya digo, en un yonqui de las vísceras picadas.

«Dog bonito. Pretty perrito», le dije a la dueña, señalando al puto perro, y ella le dijo al perro: «No molestes al señor, Jalisco», y lo dijo en español. «¿Habla usted español?», le pregunté, conmovido. «Soy del Uruguay». Del Uruguay... A ver... (Y mi memoria giraba como las piñas y plátanos de las máquinas tragaperras, a la búsqueda de una combinación afortunada...). Sí, premio: «¿Usted no es Wendy... Manzanita?», le pregunté, sacando mis ojos de órbita cuanto me fue posible sacarlos —porque la verdad es que nunca he tenido que sumar la fatalidad de unos ojos saltones a mi alopecia: ni Dios se atreve a tanto. «Manzanera», me corrigió. «Soy Wendy Manzanera», y me tendió una mano lacia y enjoyada, y besé esa mano.

Bueno, bueno. De lo que no será capaz el azar, ese pájaro loco.

«Soy un gran admirador suyo. El otro día estuve en su concierto», y me pidió que la tuteara, alegando risueñamente que no era mi abuela.

No, Wendy no era mi abuela. Wendy debía de tener unos cuarenta y pico largos y desprendía ese perfume estupendo de un otoño carnal en su misterioso punto de fuga hacia los abismos del tiempo aguafiestas. Era hermosa en verdad Wendy, y su voz tenía esa dulzura (su acento merengado...) que siempre cabe esperar de una gran dama de la canción romántica, acostumbrada a hacer virguerías vocales para entonar los himnos dolorosos del amor entre los seres humanos que habitan este valle de máquinas.

«¿Te importa que te acompañe?», y me respondió que mi compañía le resultaba «estimulante» —y a ver quién es capaz de interpretar eso *correctamente*, sin meter la pata.

Paseé durante un rato con Wendy y llegamos a Central Park, donde la iguana que me regaló el difunto Charlie Lon debía de andar devorando a la gente y sembrando el terror jurásico. «Qué hermosa es la primavera en Nueva

York», exclamó Wendy, y se lo confirmé: «Sí que es hermosa», alterado como tenía el corazón por la onda expansiva del romanticismo congénito de Wendy Manzanera.

Al salir del parque, fuimos dando un paseo hasta su hotel, que quedaba allí al lado, y, cuando llegamos al *hall*, yo no sabía si debía despedirme o proponerle a Wendy que jugáramos a los caníbales en su *suite* —o simple room, que eso siempre me ha dado lo mismo en estos casos. «¿Me llamarás mañana?», me preguntó Wendy, dilucidando tristemente el enigma. Le dije que por supuesto, y le di una de mis tarjetas de visita (WALTER ARIAS. DOCTOR EN DERECHO) para que no pensase que yo era un muerto de hambre o un psicópata perseguido por la policía.

Al despedirnos, Jalisco gimió de pura desolación existencial: yo era para él la metáfora de una hamburguesa que se adentraba en el Vacío, en la Nada.

Cuando llegué a mi hotel, le dije a Pedro que había pasado toda la tarde con Wendy Manzanera y que tenía una cita con ella para el día siguiente. «¿Qué has bebido?», me preguntó Pedro, que me negó tres veces, hasta que acabó creyéndoselo con algún que otro reparo, ya que a fin de cuentas él tenía a los españoles por superhéroes de la seducción. «¡Qué gran chingón eres, Walter!».

Pedro, que era un especialista en la vida y milagros profesionales de Wendy, como forofo que era de su arte, me informó de que Wendy había estado casada cuatro veces, pero que le había ido mal con todos sus maridos, pues le salieron sinvergüenzas —y como decía ella misma en un inolvidable bolero: «El amor es ese choque espiritual y sensual que disfrutan las almas solitarias, que de la mano caminan hacia la infinituuuud». Según Pedro, yo no tenía nada que hacer con Wendy, sexualmente hablando, ya que ella era una romántica; en realidad, ella era la Romántica por excelencia de todo el continente, y una mujer de esa categoría no va a irse a la cama con cualquiera. «Ya veremos», le dije a Pedro, a la manera notoria de don Juan Tenorio.

Bien. Aunque no soy lo que se dice un supersticioso fundamentalista, lo cierto es que no las tenía todas conmigo, ya que mis roces cósmicos con las cuestiones derivadas del Uruguay habían acabado bastante mal: la banda madrileña de los uruguayos y el asunto galante de Fredi Monterroso. —El robo de pisos y el robo de actrices, como si dijéramos—. Pero, en fin, a ver si, a la tercera, esas terribles confabulaciones astrológicas iban cambiando de signo. —Uruguay, ese pequeño país que me daba tanta guerra nuclear...

Al día siguiente llamé a Wendy y el botones —porque el recepcionista no hablaba español— me informó de que la señorita Manzanera había tenido que

marcharse a primera hora a su casa de Miami para solucionar un asunto urgente, pero que había dejado su número de teléfono para que el doctor Arias la llamase.

Y el doctorcito Arias la llamó: «¿Wendy?». A través del hilo telefónico a todos se nos pone voz de robot que acaba de tragarse una cacatúa. A todos salvo a Wendy, cuyos terciopelos fonéticos —por así decir— navegaban incólumes a través de los cables. «¿Por qué no te vienes aquí, a Miami?», me propuso.

«Me voy a Miami. He quedado allí con Wendy», le dije a Pedro, pero Pedro se rio, como diciendo que me dejara de cuentos. Y es que aquello no resultaba fácil de creer, y comprendo que Pedro, fan total de Wendy, me oyera del mismo modo en que un fanático de los fenómenos ufológicos me oiría contarle que iba a pasar el fin de semana en el planeta Júpiter porque me había hecho muy amigo de una gente de allí.

«Oye, Mani, soy Walter. Te llamo desde el aeropuerto de Miami... Sí, de Miami... Creo que me he enamorado», le dije a mi jefe y protector. «Qué le vamos a hacer. ¿Necesitas dinero?». Y le dije que sí, que se trataba de una gran dama y que le agradecería que me transfiriese un poco de pasta para gastos suntuarios.

Cuando acabé de hablar con Mani, llamé a Wendy. «Ya estoy aquí. ¿Qué hotel me recomiendas?», y Wendy me dijo que, para mí, el mejor hotel de la ciudad era su propia casa. —Mi buena samaritana... y en mi subconsciente levitaba ya una tonelada de lencería.

Wendy vivía donde suelen vivir las divas de caché medio: en una casa de aire inglés con toques tropicales, cerca de lo que allí llaman Fisher Island. Era una casa grande, sin ser faraónica, y estaba llena de muebles de bambú y de tapicerías un poco gritonas y excesivas, pero alegres y entonadas. En la parte de atrás, en medio de un jardín de unos trescientos metros cuadrados, había una piscina en cuyas aguas iba a la deriva un inmenso flotador en forma de dinosaurio sonriente.

«Esto es como Versalles, Wendy», y Wendy parecía feliz, envuelta en su pareo de estampados indigenistas. «Ven, voy a enseñarte tu habitación», y les confieso que me desengañé un poco, porque me hubiera gustado oír algo del tipo: «Subamos corriendo a mi alcoba y hagamos el amor hasta que a la aurora, exhaustos y dichosos, podamos cantar al alimón el himno de los amantes inmortales», o algo de esa temperatura lírica, porque para eso era ella la Romántica por excelencia. A pesar de todo, mi habitación estaba bastante bien: parecía la selva amazónica, toda llena de plantas y de enseres

primitivistas parecidos a los que coleccionaba mi abuelo cuando se convirtió en el más terrorífico cazador de todo el Camerún.

En casa de Wendy viví en régimen de castidad durante más de una semana. Para colmo, Wendy se pasaba el día en la piscina, en bikini, de canela su piel y de purpurina radiante su melena.

Si veías a Wendy de espaldas, parecía una muchacha de veinte años; si le veías la cara, le echabas como mucho cuarenta (aunque, como luego supe, ya nunca iba a cumplir los cuarenta y seis), y eso resultaba un desconcierto fascinante: niña y mujer en un mismo lote. Su mirada verde tenía la profundidad —pongámonos estupendos— de una esmeralda fatalista, con la dosis adecuada de estupor y de tristeza que debe tener una mirada para resultar cautivadora. Hipnotizante. (*Haz el mono. Levanta el brazo derecho. Cómprame un diamante enorme...*).

Cenábamos a la luz de las velas, en el jardín, servidos por un viejo criado filipino llamado, por alguna inconcreta razón, Niki.

Niki nos preparaba unas comidas extrañas y exiguas, de modo que me pasaba la noche yendo furtivamente a la cocina para saquear el frigorífico, aunque allí tampoco encontraba gran cosa. «Te convendría adelgazar un poco», me repetía Wendy, y yo me preguntaba si se trataba de un consejo o de un reproche, y aquella duda me mortificaba bastante: ¿le gustaban a Wendy los enclenques? Oh, sería terrible —como solían decir a la mínima los personajes de Shakespeare—. A Wendy, menos mal, la volvían loca las ostras, y a mí las ostras también me gustan mucho. Incluso sostengo la teoría (discutible como cualquier otra: la de la relatividad, la de la formación de las galaxias...) de que a los tíos a los que no les gustan las ostras son homosexuales de nacimiento. (Bueno, sí, sé que existen algunos homosexuales a los que les *chiflan* las ostras, pero suele tratarse de heterosexuales reprimidos —porque los asuntos psicológicos son así de complicados—. (Yo sé lo que me digo). «¿Otra ostra, Walter?». Por supuesto —y Jalisco no paraba entretanto de ladrarme, tomándome por su camello de hamburguesas... Puro ambiente, no sé, de *glamour*, sugeridor de intimidades carnales a todo trapo, ¿verdad? Pero, tras contemplar durante un rato la luna, hartos de ostras, tras bebernos un par de daiquiris y tras hablar de asuntos relacionados de manera más o menos directa con el Romanticismo en general, Wendy me tendía la mano, yo se la besaba con la mayor lentitud y parsimonia posible, y se retiraba a dormir. Entonces, durante un rato, me dedicaba a recorrer el jardín como un leoncito en celo, ansioso por devorar a una gacela.

Por fortuna, Wendy no cantaba nunca en casa, al contrario que Sergei Rex. —Debe de ser, no estoy seguro, que los imitadores llevan eso en la sangre: cantar a todas horas, mientras que los artistas auténticos solo cantan si les ponen una cantidad de dinero razonable encima de la mesa para que hagan el ruiseñor ante las enfervorecidas multitudes de mecheros en alto.

Wendy colaboraba a mi integración en la buena sociedad de Miami dándome consejos mundanos y nociones de normativa social. «No olvides ser políticamente correcto en todo momento. Eso es muy importante aquí». Y, bueno, lo políticamente correcto consistía en una especie de ventolera infrafilosófica, porque, que yo sepa, ni siquiera la Naturaleza es políticamente correcta: ¿por qué una muchacha puede ganarse la vida como modelo, anunciando bragas y bikinis, y otra se la tiene que ganar en un circo de monstruos humanos? Pero Wendy era una fanática de esa filosofía: «Los enanos no son enanos, sino seres de dimensiones distintas; los esquizofrénicos son personas de sensibilidad diferente...». Y así: todo distinto. Todo diferente.

Un día, fuimos a comprar un bizcocho y nos atendió un pastelero que, sin duda por la ingestión abusiva de azúcares, estaba el pobre bastante desdentado: «Ese tipo tiene una dentadura distinta. Distinta a cualquier cosa que se parezca a una dentadura», bromeé al salir, y Wendy se enfadó. «He visto por la calle a un jorobeta que tenía la espalda más distinta que te puedas imaginar», le dije otro día, pero a ella no le hacía ninguna gracia ese tipo de bromas. Y es que el walterismo ortodoxo —a pesar de su vocación de doctrina integradora— choca frontalmente con el espíritu de la corrección política. (*¿Cuadraría aquí y ahora un pequeño discurso? Sí, ¿por qué no?*). Bien. La corrección política es una religión laica basada en el puritanismo y encaminada a convertirnos en hipócritas eremitas que vivan en un desierto repleto de eremitas similares, pero que se miren entre sí con el rabillo del ojo a lo sumo: cada androide en su cápsula. Oh sí, eremitas que denuncien a quien les roce casualmente una mano en el autobús repleto, al acosador que los invite espontáneamente a cenar con la pequeña esperanza de echar un polvo rápido o a quien hable del alcoholismo, del mongolismo o del enanismo sin fórmulas eufemísticas. El nuevo Moisés, legislador de la tribu de Leví, ha recogido ya de manos de Yahvé la edición actualizada de las Tablas de la Ley para combatir con ellas los principales delitos contemporáneos: acoso visual, acoso sexual, brutalidad verbal, machismo seminal... Que tiemble el faraón ante el moderno Moisés, porque la hora de los eremitas no se hará esperar demasiado. Sí, eremitas que acusen de ser unos obsesos sexuales y unos

violadores en potencia a todos aquellos que persigan a las chavalitas achispadas por las discotecas. Eremitas que no hablen de la muerte. Ni de la enfermedad. Ni de las deformaciones físicas. Eremitas perifrásticos: «Compañeros y compañeras de partido, amigos y amigas de la ciudad de Boston, yeguas y caballos del Séptimo de Caballería...». (Total, un cacao como tantos otros).

«La mano derecha, mientras comes, debe estar debajo de la mesa», me indicaba Wendy, y aquello sí que era un lío aún mayor que el de la corrección política, porque me había pasado toda la infancia oyendo las recriminaciones pedagógicas de mi madre cada vez que yo ocultaba precisamente esa mano bajo la mesa. «Esa corbata no combina bien con esa camisa», me advertía Wendy. O me decía: «Ese de la foto es Narciso Calderón, mi compositor y mánager. No olvides su nombre, porque es muy susceptible».

Y así.

Cuando Wendy me consideró preparado para presentarme a la sociedad proustiana de Miami, dio una fiesta en mi honor. Y, bueno, la mayoría de las fiestas presenta una curva filosófica parecida: todo el mundo llega sonriente, recién duchado, y todo el mundo acaba psicodramáticamente borracho, con la ropa manchada e insultando a las viejas amistades, que para eso están.

Wendy había tenido el detalle de desplegar una pancarta entre palmera y palmera en la que podía leerse: WELCOME, WALTER.

Lo que mejor me vino —por lo que más adelante contaré— fue la presencia en la fiesta —que era en general de categoría geriátrica— de una tal Juanita, o Juanchita, o algo de ese estilo. Juanchita —llamémosla así— era una mulata titánica esculpida por el demonio en persona con barro importado directamente del Paraíso Terrenal en un camión refrigerado. Bailaba como una peonza de lujuria, pegando caderazos de 360.º y mareando sus pechos con vaivenes de montaña rusocubana.

Juanchita, en fin, se pasó toda la fiesta haciendo la gamberra, hasta que la vi ocultarse tras un seto con uno de los cascados caballeros andantes que por la fiesta andaban. «¿Te diviertes?», me preguntó Wendy. Por supuesto que sí: me divertía mucho ver cómo una valquiria tropical se iba con otro tío detrás de un seto. «Una fiesta estupenda, Wendy».

Al rato vi, porque yo no perdía detalle, cómo Juanchita salía de detrás del seto, despeinada y salvaje, con los labios húmedos y con ese aire de desplome angélico que tienen las recién folladas. El galán tardó unos segundos en reaparecer, disimulante.

Y la fiesta seguía.

A cada momento, Jalisco se plantaba ante mí, moviendo el plumero de su rabo, convertido en un mendigo de hamburguesas. «Te ha tomado mucho cariño», confirmaba Wendy.

A cierta altura peligrosa de la noche, alguien se tiró vestido a la piscina, y otros muchos le siguieron, y Juanchita no lo dudó ni por un instante: se quitó su vestido y, con el solo apoyo de decencia de unas bragas minúsculas, se tiró de cabeza al agua. Y allí empezó todo. Los que se habían zambullido con ropa se desnudaban dentro de la piscina y arrojaban las prendas empapadas sobre el césped. Los que aún estaban secos se desvestían a toda prisa y se lanzaban al agua. Un espectáculo, en fin, digno de Nerón —por no citar a ningún contemporáneo nuestro.

Solo Wendy se mantenía impasible, sentada como una reina tribal en un butacón de bambú, sosteniendo en sus labios una sonrisa de mundana comprensión hacia el desvarío. Porque Wendy era una dama.

En fin, las piscinas llenas de gente de cierta edad no suelen constituir un espectáculo por el que uno pagaría más de medio dólar. En las playas los cuerpos que han entrado ya en pendiente disimulan su decrepitud, integrados como están en la Naturaleza como monstruos terrenales. Pero en las piscinas no: es como ver a alguien en bragas o en calzoncillos en tu propio cuarto de baño o en un quirófano. Es decir, en un *escenario* implacable. Y no vamos a engañarnos a estas alturas: la mayoría de los cuerpos humanos suele desmoronarse enseguida como ese flan gigante que ponen en el buffet de los hoteles de baratura para turistas jubilados. Y esto no es tan terrible como a primera vista pudiera parecer, ya que si bien el flan gigante adquiere un aspecto con el que no ganaría ni un tercer premio en un concurso de flanes gigantes, no cabe duda de que conserva su agradable sabor. Con tal de que al flan, en fin, no se le coloque un foco encima, el flan sigue siendo una cosa apetecible. Y con los cuerpos pasa igual: no resisten los focos —y menos aún si ese foco es el Sol en persona— ni los escenarios que no sean naturales. Aunque existen gloriosas excepciones a esta regla: el cuerpo casi cincuentenario de Juanchita, sin ir más lejos.

De modo que comencé a acercarme al territorio por el que Juanchita se movía, a la espera de poder darle un zarpazo. Y Juanchita recibió mi mensaje sexual en clave, y se puso a bailar frente a mí, mojada y en bragas, como una bomba atómica en su rampa de lanzamiento, dura como el pedernal de los cuchillos de los sacrificios indígenas. (Juanchita Guantanamera: qué vibrante monumento...).

Es curioso, créanme: una mujer que, pudiendo pegarte una paliza de muerte o estrangularte con un par de dedos, se pone a bailar en bragas delante de ti. —Y es que ellas son maravillosas, porque a un varón de características equivalentes a las de Juanchita lo más que se le ocurre es meterse a halterofílico-incapacitado-para-cualquier-tipo-de-meditación-básica.

Entonces, ¿qué pasó?... Sí... Vamos a ver... (Había bebido un poco...). Ya me acuerdo... Bueno, pues el caso es que Juanchita, cuando descodificó en su cerebritito enloquecido mi mensaje erótico en clave, me cogió de la mano y me llevó tras el seto que ella parecía haber convertido en su pequeña república independiente del jadeo. Sin mediar palabra americana ni española, nos tumbamos en la hierba, y el cuerpo de Juanchita era duro, y me daba la impresión de rebotar en sus pechos neumáticos igual que en un trampolín, y Juanchita movía los labios como si estuviera masticando el éxtasis.

Se disponía ya el Psicopríapo a iniciar su viaje de veinte mil leguas de viaje submarino, cuando una sombra se superpuso a la sombra cómplice y arcádica que allí reinaba. Levanté la vista y vi, en embarazoso escorzo, a Wendy, que sostenía en sus brazos al yonqui Jalisco. «No quiero verte más por esta casa, Juanchita. Recoge tu ropa y vete. Y tú, Walter, haz el favor de subir a tu habitación», dijo Wendy con tono de sentencia salomónica, mientras Jalisco me ladraba a causa de su síndrome de abstinencia.

Uh, uh.

Yo, por no contrariar más a mi anfitriona, hice lo que me ordenó, y en la soledad de mi cuarto le reñía al ciego Psicópata, acribillándolo con argumentos de metafísica romántica centroeuropea, pero él no entiende ese lenguaje: él ve a una Juanchita cualquiera y tira por tierra la torre marfileña del Romanticismo Universal, incluido el uruguayo.

Desde esa Amazonia decorativa que era mi habitación, oí unos aplausos y me asomé a la ventana. Wendy se había subido al escenario que ocupaba la orquesta y comenzó a cantar con las manos en postura de oración: «Cruel amor, que confundes amor con deseo, que no sabes vivir sin trofeos, cruel amor...». Y di por hecho que aquello iba por mí, con segundas.

«He echado todo a perder», me reproché, y me tumbé en la cama, descorazonado por completo, convencido de que mi conformación molecular resultaba incompatible, de todas todas, con cualquier cosa oriunda del Uruguay.

La música cesó al poco y se esfumó también el vocerío de los invitados. Solo se oían los ladridos del pequinés, buscando sin duda una hamburguesa

entre el lodo de la fiesta. «Mañana será otro día», me dije, walterfatalista como estaba, y me eché a walterdormir.

A la mañana siguiente, hice mi maleta y me dispuse a salir de la casa de Wendy antes de que ella me echase, pero, al cruzarme con el viejo Niki, me dijo en su esforzado castellano: «La señorita le espera en su dormitorio». Y yo, atónito, golpeaba unos segundos después, con nudillos titubeantes, la puerta de la alcoba de Wendy.

Bueno, si entras en el dormitorio de toda una señora y ves que tiene un cabezal de cama con barrotes, ya sabes de qué clase de señora se trata: alaridos, onomatopeyas y, sobre todo —y de ahí la utilidad de los barrotes—, encadenamientos, bajo una ilusión de esclavitud o de vicios y resabios de esa índole. Una de esas mujeres filantrópicas, en fin, que conciben el sexo como un espectáculo integrador del drama barroco y del teatro de vanguardia. Y Wendy Manzanera, la Gran Dama Uruguaya de la Canción Romántica, dormía en una cama que no solo disponía de barrotes suficientes como para atar en ellos a todas las bailarinas pelirrojas de Miami, sino que además parecía una mezcla de Partenón, de tarta nupcial y de parque de atracciones: un colchón de agua escoltado por cuatro columnas salomónicas, cabezas de ángeles sonrosados y enfermos de gula en la pared, figuras de arcángeles anoréxicos colgadas de las cuatro columnas, almohadones bordados, cordones con borlas, un armazón de espejos en el techo, un zoológico de peluche en el que predominaban los elefantes, sábanas de satén fantaseadas con faralaes... Supuse que en la mesilla de noche tendría el látigo, las cadenas y las muñequeras de cuero con púas metálicas: el kit elemental.

«Solo voy a preguntártelo una vez, Walter: ¿estás enamorado de mí?». Yo, que tenía la mente ofuscada por las fantasías sexuales que me inspiraba aquella tramoya, me quedé sin habla, pero al instante dije: «Sí». Y Wendy, tumbada en la cama, me abrió sus brazos, y me arrojé a los brazos de Wendy. Y a las dos semanas de aquel primer contacto romántico me convertí en el quinto marido de Wendy Manzanera, la indiscutible Gran Dama Uruguaya de la Canción Romántica, cuya piel tenía el color de la canela en rama y el olor de la canela molida.

8 *Cafarnaún nupcial. El mariachi aspirante a difunto. La ley de Otto*

A mi boda solo invité a mi padre, que ni siquiera contestó mi carta, sumido como andaría en sus cavilaciones peculiares; a Pedro, el camarero del Loew's, que no fue porque imagino que pensó que se trataba de una broma pesada, y a Mani Márquez Heredia. («Estás loco, Walter», me dijo mi jefe, riéndose y enseñándole al continente americano sus dientes de oro, cuando fui a recogerlo en un taxi al aeropuerto). Wendy, sin embargo, invitó a la mitad aproximada de todos los habitantes del continente colombino, con lo que la celebración acabó cogiendo el ambiente de sus conciertos multitudinarios, ya que ella se debía al fin y al cabo a las muchedumbres.

La víspera del acontecimiento (demos un paso atrás, porque lo que voy a contar me parece importante), Wendy se retiró pronto a dormir para tener buena cara al día siguiente y yo me quedé bebiendo unas cervezas con Mani en el jardín, arrojando las botellas vacías a la piscina para ver quién lograba hundir el flotador con forma de dinosaurio sonriente. «Por Chapete Flay», decía Mani a cada momento, y brindábamos por Chapete. Y le arrojábamos la botella vacía al dinosaurio.

Cuando el alcohol logró pulverizarle sus represiones, Mani se sinceró conmigo y me habló de su vida. Vivía con su mujer y con un hijo que padecía el mal de Down. Para él, la familia era lo primero. Pero se había liado con Liliana. Llevaba más de dos años con ella. Con Liliana. Y él le pagaba el piso. Y todo. Y se entendían. Y Liliana era nada menos que un travesti. «A mis años, Walter, ya no puedo liarme con un pimpollo salvaje, y, aunque encontrara a una viciosa a la que le gustaran los abuelos, ¿qué? Estaría todo el día por ahí follándose a desconocidos y cogiendo infecciones... Liliana busca el cariño de un hombre de verdad y yo lo que busco es poder tocar un par de tetas duras, porque no tengo edad para estar descifrando todo el día los misterios femeninos de las hormonas y de los estrógenos, ¿me comprendes? Los hombres se entienden mejor entre ellos, Walter. Sobre todo, si uno de

esos hombres tiene unas enormes tetas de goma, y no sé si me explico». Y le dije a Mani que sí, que... o sea, que le diera recuerdos míos a Liliana. Y le arrojé una botella al dinosaurio, pero no había manera de hundirlo.

En fin, la boda...

Yo había calculado mal la fama de Wendy, porque escuadrones de fotógrafos nos esperaban a la salida del juzgado, ametrallándonos con sus clics para dar fe gráfica del acontecimiento en todas las revistas de variedades de la Hispanidad.

Cada día se aprende algo nuevo, qué duda cabe, y durante aquel señalado día comprobé una cosa terrible: que si te conviertes en un hombre casado, aborreces de inmediato las fiestas. Como suena. Aborreces las fiestas porque es muy raro que por las fiestas no deambulen, como pecados portátiles, veinte o treinta muchachas en la flor de la edad y del ardor, y tú tienes un anillo de oro en un dedo a modo de estigma. Así que para ver cómo los otros se llevan a las muchachas a sus camas circulares o a los asientos traseros de sus coches, prefieres quedarte en casa y no asistir al espectáculo de la degradación sexual del prójimo. Digo esto porque en mi propio convite de boda, cuando me harté de ron y me entraron ganas de entonar canciones de piratas, a punto estuve de proponerle una perrería a una joven cantante colombiana que disfrutaba del madrinazgo artístico de Wendy. Pero me contuve por respeto a mi flamante esposa y porque, en una de nuestras locas noches prenupciales (ella desnuda, caminando hacia mí con aquel carnavalesco sombrero de plumas de avestruz y con sus zapatos de tacón vertiginoso), Wendy me dijo algo muy parecido a esto: «Solo te pido fidelidad absoluta. Si me quieres de verdad, no tienes por qué desear a otras mujeres. Si te vas con otras, es que no me quieres de verdad, y todo terminará entre nosotros». Contundentes silogismos, como quien dice. Y es que Wendy era la Romántica por excelencia, y eso se le notaba en todo, hasta en sus descabelladas teorías sexuales.

Por supuesto que yo podría haber hecho puré toda aquella gelatina mental suya con otros argumentos igualmente falsos, cogidos directamente del árbol de la sofística radical y pasados por la batidora del walterismo apócrifo: «No, Wendy, si algún día me acostase con otra mujer, no sería señal de desamor, sino de todo lo contrario, porque eso significaría que, pudiendo acostarme más o menos mensualmente con otras mujeres, preferiría acostarme a diario contigo y solo de vez en cuando con alguna otra». O podría haberle dicho: «Tú eres la mujer de mi vida, Wendy, pero el problema es que no eres la única mujer que hay en el mundo, porque ese privilegio solo lo tuvo Eva, y aun así ya ves la que lio». O incluso: «Tú eres una mujer perfecta, Wendy,

pero corres el riesgo de tener tal vez un pequeño defecto: no ser todas las mujeres, sino una pequeña brizna maravillosa de un inmenso y fascinante arquetipo». Pero no le dije nada, claro está, porque las mujeres genéticamente románticas suelen tomarse a mal esa clase de razonamientos.

Y el caso es que Wendy resultaba estupenda, ya que no solo tenía un cuerpo que parecía anclado en una rara adolescencia embalsamada (con aquellas tetas suyas que parecían unas tetas-sorpresa cuando se quitaba el sujetador y aparecían ante mí como los cucos gemelos de un reloj de cuco), sino que era mujer de buen sentido y de mejor corazón, aparte de tener en la cama una dulzura de *geisha* salpimentada con pequeños resabios viciosos propios de la gente del espectáculo —como aquello de ponerse el sombrero de plumas, sin ir más lejos, o su gusto por morderme el dedo gordo del pie.

De cualquier forma, soy de la opinión de que, en la víspera de su boda, todos los hombres deberían encerrarse durante veinticuatro horas en una habitación con una botella de agua, con un trozo de pan duro y con la colección completa de *Playboy*. Para meditar. Para filosofar intensamente. Para llegar a algún tipo de conclusión de corte ascético (será hermoso ver juntos las películas, hacer juntos las excursiones) o de corte epicúreo (llamar al restaurante para que suspenda el banquete nupcial y lo sustituya por una orgía romana, y que una veinteañera desnuda salga de la tarta y se te arroje a los brazos).

Y es que la decisión de casarte debe ser resultado de una larga reflexión —a menos, por supuesto, que estés borracho y camino de una aldea de México con una bailarina a la que acabas de conocer. Pero yo no pude reflexionar mucho, porque tenía el mismo tiempo para reflexionar que el que suele tener un relámpago para asustar a una vieja. Y ahí comienza lo que llamaremos *el problema en sí*, ya que un matrimonio nacido de la irreflexión acaba convirtiéndose en un matrimonio que necesita reflexionar de forma retrospectiva sobre sí mismo, siendo esta la forma más rápida de que dispone un matrimonio para saltar en añicos por el aire, pues los conceptos de *actividad matrimonial* y de *actividad reflexiva en torno al matrimonio* resultan intrínsecamente incompatibles y extrínsecamente inextricables. Los matrimonios que se ven obligados a reflexionar sobre sí mismos pierden además mucho tiempo en la dilucidación de su propio fundamento como tal matrimonio, y ese tiempo tienen que robárselo al destinado a la tarea sexual, con lo cual se desencadena el mecanismo de la retención traumática de la libido, y ya todo comienza a ser un desastre y una indecencia: un minicosmos

sin lencería adecuada, sin ojos en blanco, sin hematomas pasionales y sin antropofagia reprimida.

En fin...

El regalo de Mani Márquez Heredia consistió en un surtido que tiraba a dadaísta: una espada toledana, un torero de bronce, un equipo completo de golf, una enciclopedia de animales salvajes, media docena de ceniceros de plata, un collar de perlas para Wendy y un Rolex para mí. «Como no sabía qué compraros, os he traído todas estas chucherías», dijo Mani, con su sonrisa de oro, y en un aparte me preguntó si todo aquel lío de la boda iba a afectar de manera negativa a mi trabajo. «Supongo que no», porque yo no quería vivir de mi mujer y convertirme de ese modo en una especie de chulo matrimonial como el duque de Edimburgo. «Pues el mes que viene me gustaría que fueses a México. Cosa de un par de días», me dijo Mani. «Ya te explicaré».

Cuando pasó todo el jaleo derivado de nuestra boda, incluida la semana de luna de miel en Jamaica, Wendy y yo volvimos a nuestra tranquila vida de pareja sujeta al arquetipo de la pareja romántica. Y, la verdad sea dicha, me sentía bien, sordo a los cantos de las sirenas en bikini de la vida exterior.

Wendy tenía dos coches, y se empeñó en enseñarme a conducir. Y conduje. Y a los pocos días de recibir sus lecciones yo era ya el piloto más audaz de todo Miami, lo que no es decir poco. «Mañana daremos un paseo en lancha por los canales», y yo acompañaba a Wendy en aquellos paseos. «Vamos a pasear a Jalisco», y yo paseaba a ese perro toxicómano. «Me encanta morderte el dedo gordo del pie», y yo, reprimiendo el efecto insoportable del cosquilleo, dejaba que Wendy me mordiera el dedo gordo del pie. (Etc). El único defecto que tenía Wendy (aparte de no dejarme fumar dentro de la casa y el ya dicho de no ser la única mujer del universo) era de índole abstracta, y por tanto incompatible: los celos. Wendy era rubia, pero si encontraba un pelo rubio en la almohada o flotando en la piscina, me preguntaba que de quién era ese pelo rubio —y agitaba el pelo en el aire con ira contenida. Y, bueno, si yo hubiese sido astronauta, Wendy me hubiera acusado de tirarme a las extraterrestres durante mis viajes espaciales. Pero aquello me lo tomaba a broma, pues no solo mantenía una fidelidad absoluta a Wendy, sino que además estaba enamorado de ella, y ya se sabe que, cuando se da la extraña circunstancia de estar enamorado de una persona y de serle fiel, los celos nos resultan una cosa sumamente divertida, porque a todos nos halaga el que nos presupongan la capacidad de ser adúlteros cuando no lo somos. (Lo malo viene cuando...). Hasta el Psicópata se llevaba bien con Wendy, y la colmaba de atenciones, y le rendía homenajes de dulzura,

depositándose él en las yemas de mis dedos para que la acariciara, para que la palpara, para que le otorgara una realidad dentro del vacío infinito del cosmos, incluso dejando a veces al Psicopríapo al margen de esas muestras de ternura, y esa es una señal inequívoca de que el amor existe entre dos seres «aislados del mundo por la magia del amooooor», como cantaba mi esposa.

El amor. Bueno. Apoyemos la sien en nuestro puño y pongámonos a filosofar durante un rato sobre el amor...

Creo yo, no sé, que el amor consiste en vencer esa extrañeza física que te provoca el cuerpo de otra persona, en vencer esa extrañeza hasta el punto de encontrar hermosos esos dedos (añadiéndoles dos centímetros de estilización gracias a la amabilidad de tu retina enamorada), esas manos con huesos, venas y cartílagos (y con horribles y punzantes anillos incluso), esos ojos que te miran como si quisieran taladrarte, esas caderas que a nuestras manos acaban pareciéndoles la curva de un cántaro de miel, esa precisa sincronización de las pestañas, gemelas en su pálpito; el ritmo de esos tacones que avanzan por el pasillo, dejando atrás la ropa; la gravidez mágicamente etérea de los pechos, la lengua que recorre tus dientes con la sinuosidad de una culebra, esa voz que te despierta en medio de la noche para contarte una pesadilla... El amor consiste en que todo eso te resulte una cosa normal. Normal y agradable. Normal y apetecible. Y no es empresa fácil, porque lo habitual es que la gente acabe dándote un poco de asco a la media hora de haberte ido a la cama con ella. Un poco de asco y un poco de aburrimiento. Y contra eso no existe antídoto. —O el antídoto es peor que el envenenamiento en sí: convertirte en una especie de degenerado sentimental que desayuna como si tal cosa con cualquier desconocida desgredada.

En resumidas cuentas, el hecho de enamorarte consiste fundamentalmente en la impresión de estar tirando de unas redes repletas de tesoros y corales; esa impresión, sí, de ir atrayendo hacia ti un espejismo luminoso en el que se refleja ese espejismo indeciso que eres tú.

Como ella tenía mucho mundo y mucha vida a sus espaldas, mi esposa era para mí una incesante caja de sorpresas. «¿Quién es esta muchachita?», le pregunté un día, señalándole la fotografía de una niña que sonreía desde un portarretrato de marfil. «Maya, mi hija». Ah, su hija. Maya. La hija de Wendy. (La Wendy que me exigía que no hubiese secretos entre nosotros). «Ahora tiene quince años y estudia en Philadelphia, pero lleva meses por Asia, o por ahí, y no pudo venir a la boda». O sea, en Philadelphia. Y en Asia. Su hija Maya. Y yo su padrastro. Su padrastro Walter.

«Qué buen actor es John Finter», decía yo, por ejemplo, mientras veíamos una película de vaqueros enfadados con los indios, y Wendy me decía: «Sí, John es un caballero, pero lo nuestro no pudo prosperar porque yo entonces estaba con Harry, mi segundo marido». Y es que si te casas con una artista del espectáculo es como si te casaras con una enciclopedia universal del *glamour*, y no sales nunca de tu asombro: «Lo que más me gustaba de Murphy Collins, el arreglista de Nancy Sinatra, era su manera de peinarme». En cambio, si yo le hablaba a Wendy de Vani o de Fefi, o de cualquier otro fósil de mi pleistoceno sentimental, se enfadaba, enfurecida por celos de carácter retroactivo, y se pasaba un rato sin mirarme siquiera.

Un día me llamó Mani para darme las instrucciones de aquel viaje a México que me anunció y le argüí que no me apetecía mucho. Que Wendy se lo podría tomar a mal, porque aún éramos astronautas de nuestra luna de miel. «Esto no es un juego, ¿entiendes? Así que toma nota: saca un billete de avión para...».

Para México D. F. «¿Que te vas a México mañana?», me preguntó Wendy, incrédula y atónita. Le argumenté que no tenía más remedio, que mi trabajo era ese: llevar los asuntos jurídicos de Mani en toda América (WALTER ARIAS. DOCTOR EN DERECHO: el poder de una simple tarjeta de visita). Mi esposa me dijo que yo no tenía que trabajar, que me quería para ella todo el tiempo y que estaba dispuesta a comprar todo mi tiempo si hiciera falta comprarlo, costase lo que costase. Intenté convencerla de que lo de Niño Blanco no era un juego. Me replicó que lo que no era un juego era nuestro matrimonio, nuestra Vida en Común. Y así durante un rato.

Al día siguiente, en fin, tras haberle brindado un número estelar de funambulismo amoroso para dejarle un buen recuerdo (hasta se desprendió uno de los arcángeles que colgaban de las columnas de nuestra cama imperial, caído como Lucifer), me despedí de Wendy y partí para México D. F., donde, nada más llegar, me entrevisté con un sujeto que se llamaba Otto y que era hijo, por cierto, de un tipo que había sido abogado defensor de un nazi durante los juicios de Nuremberg. Y Otto, el hijo de aquel monstruo jurídico, parecía eso: un nazi. —Y tenía entrañas de eso, según no tardará en comprobarse.

Bien, el tal Otto me encargó la faena más degradante que se le puede encargar a una persona: matar a un mariachi.

¿Matar a un mariachi? ¿*Matar*? Mani no me había dicho que se trataba de eso, porque yo nunca había matado a nadie ni tenía ningún interés en alterar esa costumbre. De modo que llamé a Mani. «Este negocio es así, Walter. Y

tarde o temprano tenía que tocarte». Y en la tómbola profesional me había tocado esa papeleta negra, o sea. «Pero Otto tiene macarras propios. ¿Por qué no se cargan ellos al mariachi?», le pregunté a Mani, a la desesperada, y Mani, que odiaba las preguntas, me dijo que ya estaba bien de preguntas: que me cargase al mariachi y que me dejara de mariconadas walteristas, aunque seguí mariconeando: «Pero, Mani, en México debe de haber algo así como dieciocho millones de tipos que estarían dispuestos a cargarse gratis a un mariachi. ¿Por qué yo, joder, Mani, por qué yo?». Y Mani cortó por vía expeditiva aquella pugna socrática: «Porque quiero tener ese detalle con Otto y porque me da la puta gana, ¿lo entiendes? Además, ¿tú no sabes que los dientes se te pudren si eres un preguntón? En fin, Walter, mira, te lo voy a explicar muy sencillito: el caso es que los hombres de Otto necesitarán una coartada, porque los tres o cuatro policías incorruptibles que quedan en todo México van a ir tras ellos en cuanto aparezca el fiambre. Además, quiero también que entres en contacto con la sangre, ¿me entiendes? Con la sangre, Walter. Porque ya va siendo hora, ¿me entiendes? Porque esto no es un juego, ¿te enteras?».

De modo que nada: Operación Mariachi Difunto.

Al parecer, aquel mariachi le había robado el corazón a la novia sueca de Otto, imagino que porque las mujeres de los países fríos se derriten ante el calor musical de los mariachis, que son individuos de bravura coronaria. Y aquella sueca, en fin, se había derretido como un iceberg de azúcar por culpa de la voz de fuego de aquel mariachi al que yo tenía que matar. «Esta es su fotografía», me dijo Otto, y allí estaba el mariachi, con todos sus arcos de mariachi, bigotudo y varonil. Con su guitarrón. Imponente bajo su sombrero titánico. «Se apellida Bartrina. Lo encontrarás en la plaza Garibaldi», me precisó Otto. Y a tal plaza me fui, con el corazón estremecido.

La dicha plaza Garibaldi era algo así como el campo de operaciones nucleares de los mariachis, porque había centenares de ellos allí, formando grupos que competían por atraer oyentes aficionados a las bravuconerías cantadas con buen arte. Empleé un buen rato en localizar al mariachi Bartrina, pero acabé identificándolo entre los componentes de una agrupación que invadía la atmósfera con los lamentos broncos de una ranchera centrada temáticamente en el mundo de la infidelidad —con desenlace sangriento. «¡Cantad una que duela, manos!», gritaba un espectador deseoso de emociones fuertes.

Me quedé allí hasta tarde, convirtiéndome en un especialista en mariachismo, con el tímpano herido por trompetazos y por historias

tremendas por sí mismas. Pero todo se acaba en este mundo. Hasta las actuaciones de los mariachis.

Seguí al pobre mariachi que había conquistado el voluble corazón de la novia sueca de Otto. Sobre su espalda colgaba el guitarrón. De mi costado colgaba una pistola —circunstancia que no resultaba insólita en la tierra de Pancho Villa, porque allí las pistolas constituyen un componente genético.

Cuando llegamos a una zona sombría y apartada, me fui para el mariachi y le puse la pistola en la nuca. La mano me temblaba. El mariachi se paró en seco y alzó los brazos, ya que el cine suele ser un gran vehículo de cultura popular. «¿Cómo te llamas?», le pregunté. Y me dijo que se llamaba Bartolo. «¿Bartolo qué más?». Y dijo que Bartrina. «Bartolo Bartrina», dijo. Se supone que debí disparar en ese momento, pero no lo hice. Imaginé qué pensaría Wendy si me viera en esa situación, apuntando a la nuca del mariachi Bartrina. De un mariachi que me rogaba, con voz temblona, que no lo matase, que me daría los pesos. Que me daría incluso el guitarrón. Que me daría su sombrero étnico de mariachi. Y la mano me temblaba. Y me sentía dueño de la vida y de la muerte, y esa sensación no es buena, porque te envenena el pensamiento y hace que se apodere de ti la demencia de Dios Padre. «Vuélvete», le ordené al mariachi, y se volvió. Y vi su cara de galán asustado, de galán castigador de suecas, con sus ojos de carbón intenso. Y la mano me temblaba. Y le golpeé la cara con la pistola. Y el mariachi Bartrina se puso a llorar. Y me suplicó que no lo matase. Y me dijo que se había meado. Y yo también tenía ganas de mearme encima. Y de llorar. Y la mano me temblaba.

El mariachi se hincó de rodillas ante mí, y entonces le di una patada en el pecho, y se quedó acurrucado en el suelo con el guitarrón haciendo las veces de concha. Le dije que me entregara el guitarrón, y acabé estrellándole el guitarrón en la espalda y en la cabeza. Y el mariachi Bartrina gemía, y rezaba a la Virgencita. Y yo estaba llorando, y temblando, muerto de miedo, con una sensación de asco en la garganta igual que un grumo de pus. Le dije que se quitara de en medio, que se fuera de la ciudad. Que se olvidara de las suecas. Que iban a matarlo. Y el mariachi Bartrina lloraba, y yo lloraba, y parecíamos dos desgraciados.

Lo más bajo del mundo: pegarle a un mariachi. A un moderno trovador. Yo sentía vergüenza de estar allí, en pleno México D. F., en un país que no era el mío, pegándole a un símbolo nacional. Y pensaba en Wendy, que también pensaría en mí en ese momento —imaginándome rodeado de lúbricas lupitas lujuriosas. Y me acordaba de Trotsky, al que se cargaron en México. Y veía el guitarrón destrozado, y me sentía igual que si le hubiese roto el arpa a un

ángel. «Vete de la ciudad. Esta misma noche». Y salí corriendo. Y me había meado encima.

A la mañana siguiente fui a ver a Otto. Como él y sus hombres necesitaban una coartada, se habían pasado la noche entera en un restaurante lleno de gente, haciendo cantar sin tregua a unos mariachis —¿mientras la sueca, inapetente, penaba de amores... o definitivamente R. I. P.?

Otto, que tenía ojeras de resaca, me preguntó que si había cumplido su encargo, y le contesté que *prácticamente* sí, que no se preocupara, que el mariachi Bartrina no volvería a molestar a su novia. Y le dije a Otto que Bartrina se llamaba Bartolo, y no sé por qué le dije esa estupidez. «Pero ¿lo mataste?», y le respondí que no hizo falta, que le di una paliza de muerte y que en esos momentos el mariachi debía de estar volando rumbo a Grecia o a Madagascar, con el brazo entablillado y con las costillas astilladas. «Cuando yo ordeno una cosa quiero que se haga esa cosa y no otra», dijo Otto con serenidad de gaseador nazi, y llamó a Mani para darle quejas de mí, y luego me pasó el auricular: «Pero, Mani, te aseguro que ese mariachi no pisa más México en toda su vida», y Mani, al que Otto había sacado del sueño, me dijo: «Me has dejado en ridículo, Walter. A mí, a Niño Blanco y a Chapete Flay. Y Niño Blanco está ya hasta los cojones de ti». Y todo resultaba desgarrador y confuso.

«Me vuelvo a Miami», le anuncié a Otto, pero Otto me dijo: «No tan pronto».

No, tan pronto no. Otto no podía dejarme marchar tan pronto. Tan pronto no. Una gran autoridad como él no podía dejar marchar tan pronto al subalterno incapaz de cumplir sus órdenes. Otro sí, pero Otto no. De modo que sus esbirros me golpearon, me ataron a una silla, me drogaron, me obligaron a beber mezcal con un embudo, me ataron luego de espaldas a una especie de mesa de operaciones, me aplicaron un remate de anestesia y me pasé varios días recorriendo los países de algodón de un sueño artificial.

Cuando recobré el conocimiento, me llevaron ante Otto. «Espero que aprendas la lección», me dijo. Y sentí ganas de matar a Otto. Y me dolía la conciencia por haberle pegado al pobre mariachi Bartrina por culpa de aquel tipo al que sentía ganas de matar, pero, a la vez, lamentaba también no haber matado al mariachi Bartolo Bartrina para no tener el problema de no haberlo matado, porque la mente se hace un lío en esas situaciones que rozan el límite de su aguante.

Me dolía todo el cuerpo. Me escocía mucho la espalda, un escozor terrible, como si me hubieran sacado la piel a tiras. Y en ese estado llegué a

Miami.

Cuando Wendy me vio entrar por la puerta, se echó a lloriquear. «¿Qué te ha pasado?».

Pero lo peor no lo supimos hasta diez minutos después, según se contará enseguida.

9 Monsieur Butterfly. Ambiente familiar de los Arias de Miami. La pitonisa Chola Cherry

Tras explicarle que mi malestar se debía fundamentalmente a una mala digestión de jalapeños, Wendy me llevó al cuarto de baño, pues consideró que yo necesitaba un remojo relajante, aunque lo que en realidad necesitaba era una cura de reposo de quince o veinte días en una unidad de cuidados intensivos, molido como estaba por las torturas que me habían infligido los secuaces del nazi cornudo. Wendy llenó la bañera, la espolvoreó de sales aromáticas, la roció de geles espumeantes y me dijo que me daría unas friegas que me dejarían como nuevo. Sin duda: te metes en una bañera de hidromasaje y se te quitan los hematomas, el hígado destila el mezcal —como si tal cosa fuera posible para un hígado— y cicatrizan al instante tus heridas infectadas. Creo, no sé, que Wendy confiaba demasiado en los efectos milagrosos de los baños de sales y de espuma, pero es que ella era una artista del espectáculo, y en ese gremio la gente tiene su Idea Personal de la vida.

Cuando me quité la camisa para meterme en el baño, Wendy dio un grito. Me volví y pude ver cómo se tapaba la boca con la mano. Horrorizada. Pálida, como una estatua de sal. «¿Qué te pasa?», le pregunté. Pero ella se mantenía sobre el pedestal tembloroso del sublime estupor (sobre el PTSE). «Tu espalda», acertó a decir. Me fui para el espejo y, forzando mi cuello dolorido, comprobé la razón por la cual Wendy estaba horrorizada. Y entonces me sumé a su horror.

No era para menos.

Pueden ocurrirte cosas desagradables, cosas malas o cosas horribles. Por separado. Pero a veces deciden juntarse, y entonces te conviertes en víctima de una cosa desagradable, mala y horrible. Todo junto y a la vez. Y eso es lo que me había ocurrido a mí. Una cosa de ese tipo: un trío de ases macabros.

El caso es que, durante mi inconsciencia, los esbirros de Otto me habían tatuado la espalda. No se trataba de un tatuaje cualquiera. No, Otto no podía rebajarse a eso. El tatuaje que me habían hecho en la espalda representaba a

una mariposa gigante, negra y obscena. Una mariposa que se posaba en mi espalda con sus alas abiertas y moteadas. Una mariposa concebida artísticamente como un demencial animal de bestiario, ya que le colgaban unos enormes genitales de traza humana. Una mariposa que era un travesti sin operar, o sea. La dragqueen de los lepidópteros.

«Dios mío, Dios mío», murmuraba Wendy, sobrecogida ante la visión de aquel monstruo de tinta. De aquel monstruo que se transparentaba en mi espalda como un alienígena subcutáneo y que se movía al ritmo de mis paletillas, majestuoso y tétrico.

Después de dar a Wendy una explicación que ni yo mismo entendí, llamé a Mani: «Voy a matar a ese nazi hijo de puta», le anuncié. Y Mani me dijo que los errores se pagan muy caro. Que Niño Blanco no era un juego de niños, y le dije que Niño Blanco era él, Mani Márquez Heredia, y Mani me dijo que estaba jugando con fuego. Y me dijo también que Chapete Flay había muerto en la cárcel de un infarto.

Aparte del tatuaje en sí, el problema de los tatuajes es que te haces uno y te mueres con él, a menos que te saques la carne a pedazos. Y yo he tenido que convivir desde entonces con mi mariposa. Y desde entonces nunca he estado a gusto con mi cuerpo. —Y procuraba que Wendy no me viera la espalda, y le rogué que quitase los espejos que había en el techo del dormitorio.

Bueno, estuve de muy mal humor durante varios días. Para colmo, llegó Maya, la hija de Wendy, a pasar una temporada en casa, y aquello no hizo sino aumentar mi desazón espiritual, porque Maya, que tenía diecisiete años sumados como piezas de oro de ley, se pasaba el día en *topless* en la piscina, o andando medio desnuda por la casa, o tirada en un sofá, viendo la televisión, tocándose los pies de uñas pintadas y bebiendo refrescos. Y mi Psicópata zigzagueaba dentro de mi mente con su disfraz de tiburón sin raciocinio, ajeno a las moderaciones propias del instinto paternal, así fuese la mía una paternidad postiza.

Maya, que vivía en Nueva York procurando hacer carrera como representante de artistas plásticos, no pudo asistir a nuestra boda porque la pilló paseando sus trastornos adolescentes por Tailandia, pero tarde o temprano tenía que invadirnos el concepto «Maya».

«Hola, papito», me decía. «Papito». Y se me clavaban esas tres sílabas en el estercolero freudiano, y el diminutivo me provocaba una hemorragia en el subconsciente.

«¿Qué te parece Maya?», me preguntaba Wendy. Y le decía que Maya era una niña muy alegre. No sé, por decir algo. Y a Wendy, que controlaba el monopolio de los celos en todo Miami, no se le ocurría pensar que Maya estaba matándome por dentro como un ácido ninfuloso ni que yo estaba a pique de cometer una locura en cuanto Maya volviera a salir del cuarto de baño envuelta en una toalla, descalza como una diosa indígena, con su melena castaña mojada, y me dijera papito. Porque yo estaba enamorado de Wendy, lo estaba de veras, pero nunca he presumido de ser monógamo, porque para eso hay que tener un tipo de cerebro muy especial, y mi cerebro es bastante corriente. Maya, además, me recordaba en muchas cosas a Wendy, y aquello era aún peor, porque Maya era una Wendy embrionaria, el ectoplasma adolescente de Wendy venido desde la remota galaxia del pasado para mostrar a Walter ese instante de gloria carnal que él nunca pudo disfrutar en el cuerpo de su amada. Y Maya, como digo, se bañaba en *topless*, y tomaba el sol en *topless*, y mientras tomaba el sol en *topless* se achicaba la braga del bikini para que el sol dorase el territorio principal de su imperio maravilloso, y yo era el jorobado de Notre Dame, como el satiriásico Fede, espía deforme de la belleza arrebatadora desde las ventanas y los rincones, con la mariposa monstruosa aleteando en mi espalda.

Pero Maya se fue como vino, dejando tras de sí un paisaje moral catastrófico.

«Volverá en verano», me anunció Wendy. —Y deseé que llegara cuanto antes el verano. Y deseé también que el verano no llegara nunca.

Wendy tenía un círculo de amistades muy reducido. El único que iba con frecuencia a casa era Narciso Calderón, su compositor y mánager, un tipo de talante funcionarial y anodino que *a)* no paraba de fumar habanos y de toser, con los pulmones de veras cascados, que *b)* andaba arrastrando los pies (*Abiertos de 10 a 2*) y que *c)* trataba a Wendy con el respeto servil de un limpiabotas, porque *x)* estaba enamorado de ella. Tampoco salíamos mucho, porque a Wendy le molestaba el acoso de los periodistas locales y la cháchara frívola de las gentes del *show business*, de modo que vivíamos como naufragos felices en nuestro Castillo Insular de los Solitarios Corazones Fundidos en un Solo Corazón, igual que personajes de un bolero. Y es que llega un momento en que ya no buscamos la aventurera felicidad, sino esa tranquilidad pavorosa que le evita al mundo el espectáculo de unos adultos que patalean en el vacío o que recorren discotecas de adolescentes.

Wendy me enseñaba a menudo sus álbumes de fotografías: su gran adolescencia (allá en la frutería de sus padres, en Paysandú), sus grandes

galas, sus grandes bodas, sus... grandes ocasiones en general. Pero yo no podía mostrarle mi colección de fósiles del tiempo, los restos arqueológicos de mi infancia (aquel niño rubio de ojos atónitos, como sabiendo lo que le esperaba, como si mirase fijamente y con recelo a Dmitri Grappelli), de mi adolescencia (aquel muchacho invadido por el acné, soñando ya con mujeres), de mi época post-trotskista (un joven corpulento, con problemas de alopecia y con pantalones acampanados), de mi racha carcelaria (con esos ojos aterrados de camaleón, en zapatillas deportivas)... Yo solo conservaba una foto que me hice con Charlie Lon en Nueva York, ante el puente de Brooklyn, con la iguana entre los brazos, en un día muy frío —y recuerdo que Charlie Lon removía unos aros mágicos ante la cara de la iguana, para alegrarla.

Cuando Wendy tenía que actuar en alguna ciudad cercana a Miami, le decía que no hacía falta que la acompañase, porque estaba ahí al lado. Cuando la actuación era en algún sitio remoto, le decía que no merecía la pena que la acompañara, porque era un viaje muy largo. Y es que nunca he sido lo que se dice un fanático de la canción romántica. Pero Wendy se empeñaba en contar con el Apoyo Moral de mi Compañía, con mi Cercanía Espiritual, y con esos elevados conceptos ocultaba sus celos enfermizos y su temor a dejarme solo y desbocado en la jungla sexual de Miami, que es reino de pantanos y de anfibios. De modo que tenía que ir con ella allá adonde ella fuese, y pasarme todo el tiempo en una habitación del hotel, en el camerino (con sus ejércitos de peluqueras, maquilladoras y costureras, muy locuelas a veces) o entre bastidores, viendo cómo Wendy zarandeaba el subsubconsciente sentimental de las multitudes. Y yo padecía un ansia de soledad, porque el Amor necesita sus treguas. No se trataba —como sin duda más de uno pudiera malpensar con cierto relativo fundamento— de darle esquinazo a Wendy para meterme en Líos Sexuales con Desconocidas (LSD), porque ahí estaba el fiel Niki para pegarle el chivatazo y porque ahí estaban los periodistas locales para vigilarme por puro afán de profesionalidad (LAS JUERGAS NOCTURNAS DEL MARIDO DE WENDY MANZANERA, así, en titulares, en las páginas de sociedad de los estúpidos periódicos). No se trataba de eso, sino de otra cosa que no sabría explicar y que resultaría muy fácil de entender si lograra explicarla. Pero, sea lo sea, *aquello* no era posible: «Mañana nos vamos a Albuquerque», me anunciaba Wendy. Por ejemplo. Y nos íbamos a Albuquerque, Nuevo México. O me decía: «El mes próximo actuamos en Memphis», y yo podía tener la certeza de que el mes próximo iba a hallarme en Memphis, dondequiera que tal sitio estuviese.

Mani, por su parte, me había concedido una especie de excedencia laboral, porque comprendía que lo del tatuaje de la mariposa genitalmente superdotada había sido una cosa en verdad fuerte.

Wendy, al notar mi recurrencia creciente al consumo de alcohol y marihuana, me sugería actividades expansivas, como por ejemplo la consistente en jugar al tenis, pero hay cosas que uno no debe hacer en esta vida a poco que pueda evitarlo, y el tenis se encuentra sin duda en un lugar de preferencia entre tales cosas. También me hacía a menudo regalos: un *smoking* verde (¿qué hubiera opinado mi madre, *con exactitud*, de esa coloración?), una estilográfica de oro, un chándal...

De modo, en fin, que así vivíamos: encadenados. Fundidos en uno: Wendy y Walter. Formando la figura platónica del andrógino. Como Tarzán y Jane, en nuestra selva matrimonial de muebles de bambú y enredaderas.

Con una frecuencia un poco abusiva, iba a comer a casa Narciso Calderón, que, como estaba enamorado de mi esposa, apenas me dirigía la palabra, no sé si por respeto o por despecho, porque a ver quién es capaz de adivinar lo que se cuece en la cabeza de un amante frustrado.

Por lo que respecta a los asuntos intelectuales, no me gustaría pasar por alto el hecho de las pacientes clases de inglés que me daba a diario Wendy y que tuvieron como resultado mi actual dominio titubeante de la lengua de Buffalo Bill. (*My taylor is rich and the sailor is old, but the farmer is dead*).

Algunas tardes salíamos a pasear en lancha y una de esas veces nos cruzamos con un gran divo: «Mira, Walter, ese es Franky Rex», y Franky Rex, el modelo de vida de Sergei Rex, pasó en un yate, y pensé en lo que hubiera dado Sergei Rex por estar en mi lugar y ver de cerca a aquel mamarracho.

Nuestro monasterio matrimonial fue un día honrado con la presencia de Chola Cherry, una simpática chiflada de origen panameño que había llegado a la setentena con el ánimo de una *hippie* enloquecida. Chola Cherry era amiga antigua de Wendy y vivía en Washington, casada en segundas nupcias con un senador nonagenario que debía de haber luchado en la Guerra de la Independencia y que al parecer tenía una fortuna digna de un filibustero avaricioso.

No sabría decir si Chola Cherry me caía bien o no: ¿quién puede saber eso? Chola Cherry se reía como una campana sin control, hablaba como si se hubiera tragado un equipo de música cuadrafónico y debía de pesar doscientos o trescientos kilos sin ropa y sin ornamentos de oro.

Wendy estaba encantada con ella. Las dos se pasaban el día contándose cosas, recordando el pasado y toda esa clase de torturas mentales. Wendicholando, como quien dice. Y yo me quedaba entre ellas igual que un intruso o que un mayordomo, o me iba a otro sitio a filosofar o a pensar en la muerte —lo que viene a ser casi lo mismo. «Escucha lo que me ha contado Chola», me decía Wendy. Y yo escuchaba lo que Chola le había contado a Wendy. Y así durante las casi tres semanas que pasó como invitada en nuestra casa.

La visita de Chola Cherry tuvo una gran ventaja colateral: el cambio de nuestra dieta alimenticia, ya que Chola se metía en la cocina y, para escándalo de Niki, se ponía a preparar comidas grasientas y salseras, exuberantes de aditivos y de colesterol maligno, y aquello constituía un progreso transgresor en nuestros hábitos, sujetos a la dictadura vegetariana y minimalista impuesta por la gastropsique filipina de Niki.

Chola Cherry no solo tenía una habilidad pasmosa para comer con una alegría de dragona lactante, sino que también tenía la facultad de adivinar el futuro. No lo duden: Chola cerraba los ojos, te tocaba las manos y la frente, entraba en trance de manera instantánea y, cambiando el timbre de voz, te comunicaba el porvenir, fuese venturoso o adverso, porque ella no hablaba por su boca, sino por boca de una especie de ente esotérico que ella tenía dentro —dentro de sus doscientos o trescientos kilos. Cuando salía del trance, Chola Cherry preguntaba con angustia: «¿Qué te he dicho?», temiendo haber pronosticado algún acontecer de mala esencia.

Chola Cherry se pasaba las horas sondeando el porvenir de Wendy, y yo a Wendy la veía cada vez más triste, dopada por los augurios ingratos, porque ningún futuro puede ser una gran cosa a fin de cuentas, y la pitonisa Chola debía de haberle soltado el anuncio de alguna adversidad.

«Deja que Chola te adivine el futuro», insistía Wendy, sin duda para enterarse de si iba a haber otras mujeres en mi vida, que era lo que constituía su mayor problema antropológico. Y me negaba. Hasta que tuve, por supuesto, que ceder.

«Se han producido acontecimientos dolorosos... pero muy lejos de ti... Aún no lo sabes... Tendrás que emprender un viaje muy largo... A un lugar desconocido y triste. A la tierra de la melancolía... Pero lo peor vendrá luego, y caerá una sombra sobre tu espíritu, y romperás otro espíritu en mil pedazos, y andarás errante por el mundo... Y tu vida se asomará al abismo en una ciudad rara, una ciudad que parece... extranjera de sí misma... Y allí brillará la guadaña...». Yo oía aquello con una sonrisa en los labios, pero con el alma

helada. —Con el alma a veinte grados bajo cero en realidad, porque con estas brujerías modernas nunca se sabe. «Ya basta», zanjó Wendy, apartando las manos de Chola Cherry de mi frente y haciendo que Chola volviera de manera traumática de su trance.

A los cinco minutos de aquello, mientras Chola Cherry preparaba en la cocina unos cócteles nucleares (ron, tabasco, tequila), sonó el teléfono. «¿Walter? Soy Mani. Tengo malas noticias: tu padre murió hace una semana».

Y, según acababa de pronosticar Chola Cherry a través de un augurio críptico, tuve que emprender un largo viaje.

Y diré lo que pasó.

10 Regreso a los orígenes familiares. La libertad de la bestia. La orgía de las bestias. Y el dolor

Mi padre no murió de nada en concreto, sino que, como decían los antiguos, murió de su muerte. Pero la verdad es que mi padre debía de estar muy mal, porque cuando murió de su muerte no estaba leyendo a Sigmund Freud, sino una especie de biografía de Sócrates. Metiendo la nariz en la vida de Sócrates. Allá, en el tétrico valle de Pendueles, donde nunca para de llover y donde el cielo es un globo de plomo. Filosofando. Socrático perdido. Tragándose la cicuta de su soledad.

Durante el par de días que tuve que pasar en la casona, cogí por banda el tomo de las *Obras escogidas* de Freud y estuve leyendo cosas terribles: cosas sobre la histeria, el complejo de Edipo y todo ese tipo de guarrerías. —La esquizofrenia y todo eso, ya saben. Yo siempre había pensado, desde pequeño, que lo de Freud era pornografía en estado puro, pero se trataba en realidad de una pesadilla de signo distinto: la descripción analítica de la mente como un castillo lleno de fantasmas violentos y maniáticos, de cadáveres insepultos, de fosos con cocodrilos psicológicos y de cloacas cerebrales navegables.

Aquel libro de Sigmund lo tenía mi padre subrayado, sobado y anotado con signos de admiración o de interrogación, según su grado de asentimiento o de perplejidad, y en los márgenes había escrito apreciaciones de su cosecha, como un aplicado escoliasta del terror psicológico. Lo que no encontré por ninguna parte fue la *Enciclopedia de las tribus de África*, aquellos volúmenes con los que él revivía en su memoria la sexualidad exótica de las negras —la habría tirado a la basura o la habría regalado, quién sabe, porque me temo que, en la vejez, los recuerdos eróticos acaban convirtiéndose en instrumentos de tortura.

Mi padre, como creo haber dicho hace ya mucho, tenía concertada la venta de la casona con un profesor de Oviedo, de modo que fue a verme un abogado y cerramos las condiciones de la venta, que me resultaron muy

favorables y que me proporcionaron unos ingresos estupendos. Tan estupendos que me convertían en millonario, y sentirse millonario de la noche a la mañana es una sensación tan extraña como ambigua, porque tus mecanismos psicológicos siguen siendo los de un asalariado que convive con una mujer rica, aunque tus bolsillos rebosen de repente de billetes recién hechos en los hornos bancarios del Estado.

A la gente, según dicen, solo se la entiende cuando se muere. Pero yo a mi padre no lo entendí ni siquiera después de haberse muerto de su muerte —y no del hígado, que hubiese sido lo lógico.

En sus últimos años, mi padre había iniciado una colección de tortugas. Tortugas de marfil, de cristal, de plata o de lo que fuese. Tortugas. Cualquier clase de tortuga que no estuviese viva. Después de haber dado tumbos melancólicos por el mundo como un forzado aventurero, mi padre murió en el valle de Pendueles coleccionando tortugas. No sé...

Un día entero lo dediqué a revisar sus pertenencias. Y bueno, si te mueres, lo mejor es que quemen tu casa contigo dentro, ¿verdad? Que luego no puedan llegar los parientes a probarse tu ropa, riéndose de tus chaquetas y corbatas, dándoles trato de disfraces anticuados; haciendo muecas obscenas al leer las cartas de amor que te escribieron muchachas enamoradas (*¡Mira el viejo!*) o escandalizándose por el monto de tus facturas de luz. Que quemen todo, ¿no?

Entre sus papeles me encontré un folleto anunciador de una conferencia titulada «Los ovnis en la Biblia», y el conferenciante no era otro que mi padre. El 21 de marzo de 1953, a las siete de la tarde, en la sede de la Asociación Recreativa de Avilés, mi padre había dado una conferencia sobre los ovnis en la Biblia. Como suena. Los Reyes Magos y los marcianos. Todo revuelto. Mi padre dio una sola conferencia en toda su vida y se cortó la coleta para siempre, no sé si por desidia o porque la gente se rio de él y de sus teorías: ¿Abraham atacado por los extraterrestres? ¿Moisés abducido? ¿Salomón discutiendo con los marcianos el reparto equitativo de una nave espacial?

Los ovnis, la Biblia... Quizá de ahí partieron sus males de espíritu y su esclavizante psicoddependencia de los cacaos macabros de Sigmund.

Por si fuese poco, me enteré de que mi padre tenía un apodo cuando era joven: Conejo Amarillo. Lo de conejo supongo que era por sus dientes, que siempre tuvo muy grandes, o por sus orejas, que tampoco eran pequeñas, o no sé. Y lo de amarillo debía de venirle por su pelo rubiasco. (Conejo Amarillo, mi padre).

Bueno, más vale dejar las cosas como están.

Firmé, en fin, unos papeles, di instrucciones a un banco para que me transfiriera el dinero a Miami y, sin llamar siquiera a Mani Márquez Heredia, volví a casa, donde Wendy me aguardaba con la firme aprensión de que, durante mi viaje, me había liado con cien o doscientas labriegas asturianas aún sin edad para ejercer el derecho al voto.

Cuando llegué a Miami, Wendy fue a recogerme al aeropuerto vestida de luto. Pero aquel luto no era por su suegro, sino por Niki, el criado filipino, que se había muerto mientras dormía. Se podía haber muerto el pequinés, pero no, se había muerto Niki, artífice de aquellos guisos exóticos que, a la media hora de comértelos, te dejaban hambriento, soñando con hamburguesas grasientas, como si fueras Jalisco. Mejor así, de todas formas, porque si se hubiera muerto el perro, Wendy hubiese montado un número emocional que, de ser llevado al cine, podría titularse *La dama que cantaba las profecías pavorosas del profeta Malaquíás*. —No quiero ni pensar, ya digo, lo que hubiera podido ser el entierro del pequinés: las carrozas, los palafreneros...

En fin, pobre Niki, el misterioso. Tan silencioso.

Y es que se ve que la muerte siempre tiene que montar el número.

«Nunca podremos sustituirlo», me dijo Wendy, y era verdad, porque no resultaría fácil encontrar a un tipo al que no se le cayera la cara de vergüenza al servir aquellos platos que preparaba el pobre Niki. A partir de entonces, no tuvimos personal de servicio interno, ya que la comida nos la preparaba una cocinera cubana que desaparecía de nuestra vida en cuanto concebía algún guiso de apariencia más alegre que los de Niki, pero igualmente insulso, ya que Wendy tenía la guerra declarada a la sal, a las salsas y a las grasas. El jardín nos lo atendía semanalmente un jardinero, del cuidado de la piscina se encargaba un piscinólogo y de la limpieza general una empresa que hacía zafarrancho dos veces por semana, ya que mi esposa no solo había descubierto el beneficio de relajación mental y a la vez de tonificación muscular que proporcionaba el fregar platos y el hacer la cama, sino que además había cogido miedo al personal de servicio tras la mala experiencia que habían tenido algunos otros artistas por culpa de la indiscreción de sus sirvientes.

Bien, dejemos que entre esta frase y la siguiente transcurran un par de años.

Con Mani Márquez Heredia había llegado a un acuerdo laboral consistente en seguir trabajando para Niño Blanco (fuese eso lo que fuese) desde Miami, viajando lo menos posible para no avivar la celopatía de mi

esposa. A veces tenía que hacer trabajos para cubanos exiliados y otras veces para el Gobierno cubano, porque la vida es una desconcertante paradoja: un día luchas al lado de los indios apaches y otro día al lado del *sheriff*, como me ocurrió cuando estuve en Mini Hollywood tras las huellas míticas de Shasha Ponderoso.

Siempre le pedía a Mani que me encargara faenas relacionadas con una de las actividades más atractivas (al menos en el plano teórico, porque ahí estaba el caso Sharon Moore) de cuantas componían la compleja baraja empresarial de Niño Blanco: la consistente en proporcionar actrices, cantantes, modelos y todo ese tipo de titis titilantes a los millonarios que se encaprichaban de ellas después de haberlas visto en alguna película, en algún programa de televisión, en alguna revista o en algún desfile de moda.

Al parecer, los árabes constituían la cartera de clientes más tremendos y optimistas: eran incluso capaces de pasar dos o tres noches seguidas con una extraña con la que no podían cruzar siquiera dos palabras comprensibles, igual que si se tratase de una muñeca hinchable en vez de un ente racional — con sus sentimientos...

«Sí, hombre. Encargarte un trabajo de ese tipo a ti sería como contratar a un lobo hambriento como pastor de un rebaño de ovejas recién lavadas», me decía Mani —aunque yo, la verdad, no creo que fuese para tanto. «Pero si a Sharon Moore no le puse siquiera una mano encima, y eso que era nada menos que Sharon Moore», protestaba yo. «Eso habría que investigarlo». (Pero les aseguro que no había nada que investigar).

Aquel sector del negocio, en fin, era la megaintemerata: pozo petrolífero recién perforado = necesidad de prostitución de altura = pasta que brota de la tarjeta de crédito, a 10 000 \$ el paso por el rodillo, y de ahí para arriba. Pasta. Pasta incontable por *eso*, por un simple antojo del Psicópata, ese gnomo travieso y obsesivo que revolotea dentro de nuestro organismo mortal, de aquí para allá todo el tiempo, como una aeronave sin tripulación.

Si la mujer elegida por alguno de esos majaras del sexo se negaba a acceder, Niño Blanco contaba con planes de emergencia:

- a. buscarle trapos sucios y emplearlos como material idóneo para un chantaje (por ejemplo, no sé, fotos terribles: allí, en el yate, en alta mar, desnuda, y con aquel tipo gordo encima de ti... Sí, sí, el rey de Mambo Regia, ese del que es testafarro comercial el padre de tu nuevo novio, con el que te casas en octubre, ¿no?)
- b. en caso de no disponer de esa clase de argumentos de indudable carácter positivista, la amenazaban con matarle al perro o al gato,

como anticipo de otras posibles muertes fuera del ámbito de los cuadrúpedos, y santa cosa

- c. si Niño Blanco no contaba con fotos comprometedoras, si la víctima no tenía gato ni perro y el asunto se ponía realmente complicado, buscaban a una doble (a veces había que recurrir a un poco de cirugía) y el cliente no lo notaba siquiera —y la muchacha se llevaba un buen cheque y, tal vez, una nariz bastante mejorada. Pero al consumidor, en suma, había que satisfacerlo.

Por lo visto, los encargos abarcaban un espectro muy amplio: modelos adolescentes de estética Auschwitz o de estilo California, actrices de cualquier edad y registro (incluida la novia de Roger Rabbit), grandes estrellas de la canción pop, incluso abuelas que fueron sex symbols y se habían convertido en despampanantes y extraños recipientes de colágeno y silicona... A veces, según me contaba Mani, recibían encargos complicadísimos, del tipo: «Me gustaría invitar a cenar en mi palacio de las mil y una noches a esa muchacha rubia que actuó de extra en el telefilme titulado *La playa de las pirañas volantes*; sí, esa morena de caucho que pasaba en bikini ante el chiringuito de bebidas del hotel cuando la pareja protagonista estaba discutiendo el rumbo filosófico de su futuro en común...». En casos así, había que hacer una labor enorme de rastreo para dar con la extra, cuya actuación estelar duraba exactamente un segundo y tres micras en un telefilme de bajo presupuesto. Pero el cliente siempre tenía la razón de su sinrazón, y había que localizar a la extra (pasta, mucha pasta) allí donde la extra se hallara, así fuera ya madre de dos o tres gemelos o así dirigiese el coro de la parroquia —porque la vida de las extras cinematográficas da muchas vueltas, no lo duden.

Pero yo, dejando a un lado el caso Sharon Moore-Fredi Monterroso, nunca volví a trabajar en aquello, pues Mani no se fiaba de mi capacidad de abstracción laboral en cuanto hubiera una mujer por medio que se llamase Sheila Casino (una actriz que realizaba frecuentes viajes relámpago a Kuwait) o Neli Montana (la Musa de la Costa Oeste, muy solicitada por los banqueros amarillos del Japón).

A veces, por lo que sé, se daba el caso de que esta red de alta prostitución ofrecía una ganancia doble, ya que Niño Blanco no solo cobraba un porcentaje altísimo de los honorarios de las chicas, sino que incluso vendía luego las confidencias que las chicas más profesionales, más mataharis y con mayor dominio de idiomas lograban arrancar a los clientes en momentos de

sublime enajenación, cuando el raciocinio de los varones tiene su línea de flotación por debajo de su propio ombligo.

Y es que el mundo es muy complicado y requiere la aparición continua de nuevas estrategias comerciales —y ahí estábamos nosotros, sentados sobre el complicado mundo con una calculadora en la mano.

En cierta ocasión tuve que llevar a cabo una misión en verdad aburrida, pero que contaré como paradigma de lo imprevisible.

Bien, tenía yo que informar a un empresario alemán residente en Miami de los movimientos humanos —e incluso alienígenas— que se produjeran en la ciudad: entrada de extranjeros, robos en comercios, asesinatos, avistamientos de ovnis y todo el repertorio. Cada día, le pasaba un fax a aquel tipo indicándole la llegada, no sé, de una excursión de turcos, por ejemplo, o de argentinos. O le pasaba una relación de la gente que se había registrado en todos los hoteles de la ciudad. O informes policiales. Y cosas igualmente absurdas.

Como es natural, para satisfacer las exigencias de mi cliente tuve que recurrir a una tropa de confidentes y chivatos de esferas muy diversas, y eso costaba una buena pasta, pero a aquel alemán no le preocupaba el derroche, porque, según Mani, en su casa los grifos eran de platino y las bayetas de cocina de puro cachemir.

Aquel alemán no era, como supuse en un principio, un antiguo nazi muerto de miedo, sino un simple alemán millonario y paranoico. Un tipo que vivía con la aprensión de que todo el mundo quería secuestrarlo o asesinarlo. Yo, para no defraudar la esencia psicótica de sus preocupaciones, me permitía a veces pasarle información falsa: la llegada de un terrorista libio o de un pirómano argelino, el rumor de que un matón siciliano había sido visto en la ciudad, la sospecha de que estaba gestándose la voladura de un edificio por parte de una banda islámica... Y es que a la gente hay que darle lo que quiere, y aquel paranoico quería paranoia pura, y yo se la daba: allá va. («Ellos querían ser engañados y nosotros les asegurábamos de la mejor manera esa posibilidad», escribió el propio Trotsky en sus *Lecciones de Octubre*).

Lo más curioso de todo es que a aquel chiflado se lo acabaron cargando. Salió un día de la sede de su empresa y, en un momento de despiste del guardaespaldas, un tipo le metió cuatro o cinco tiros en la cabeza, hirió luego de gravedad al guardaespaldas despistado y se cargó por último al chófer, que fue víctima de un imprudente arrebato heroico. Al asesino lo detuvieron, pero no era más que un vulgar majara que se había cargado al magnate porque

Dmitri Grappelli se lo puso por delante, no por nada en especial. —O al menos eso fue lo que sostuvo durante el juicio, y parecía hablar de corazón.

«Un psicópata se ha cargado al paranoico», le informé a Mani. «Lo que tocas lo jodes, Walter». Pero Mani acabó entendiéndolo, porque sabía que no estaba en mi mano el poder controlar *toda* la información que se produjera en Miami, ya que el azar es una máquina de producción incesante, y más aún si media un majara descontrolado.

Trabajos de esa índole, en fin, eran los que tenía yo que realizar, y aún hoy me pregunto si uno puede sentirse alguien en la vida teniendo que realizar esa clase de trabajos, aunque nunca encuentro una respuesta decisiva y rotunda.

Por su parte, mi vida matrimonial con Wendy iba bien, dentro de lo bien que puede ir cualquier vida matrimonial que no esté basada, no sé, en complicidades monárquicas o sadomasoquistas. Bien, ¿un pequeño discurso de doctrina walterista instantánea? (*Sí, por qué no*). Bien, las parejas se forman siempre a partir del encuentro de dos meteoritos solitarios que vagan por el espacio sideral y que, una vez que uno de ellos comienza a girar sobre la órbita del otro, ya no pueden vivir aislados, acogidos a una rutina giratoria y centrífuga, y los dos meteoritos se miran con extrañeza y con resignación, preguntándose por la razón de su alianza y no encontrando ninguna respuesta que justifique esa dependencia cósmica, hasta que uno de los meteoritos estalla en pedazos o es absorbido por el gran Agujero Negro o se agarra a la cola de un cometa para iniciar una nueva travesía espacial, y el otro meteorito se queda agónico, girando sobre sí, ingravido y centrípeto, aterrado ante el infinito horizonte de una soledad mayor que el universo. (FIN).

Lo que más me dolía era que Wendy daba la impresión de haber perdido el interés por el sexo loco y teatral. Sí, ya sé que se trata de algo que suele ocurrirles a las mujeres de condición romántica: anteponer el Amor a todo, incluso al Sexo. Pero aun así... A Wendy le daba ya vergüenza —y pereza— aquello de entrar desnuda en el dormitorio con unas botas tejanas o con un sombrero de Papá Noel, e incluso había veces en que se quitaba sus tacones de aguja antes de meterse en la cama. A pesar de mis ruegos de profundo trinar shakespeariano, Wendy no accedía ya de buen grado a ponerse su ropa interior más picante ni a dejarse amarrar a los barrotes de nuestra cama faraónica. Lo único positivo de aquella conversión espiritual suya era que ya no me mordía el dedo gordo del pie, y eso que salí ganando al menos. Y es que ella ni siquiera follaba, sino que Hacía el Amor. Ella hacía el pastel del amor conmigo, mirándome con ojos de infinita conmoción lírica,

arrullándome frases arrebatadas y un poco onomatopéyicas. Enamorada. Y comprendo que el amor consiste más en la creación de un pasado común que en la ilusión de un futuro en común, claro que sí, pero yo creo que mi Wendy llegó demasiado pronto al pasado.

Lo peor del amor auténtico —aparte de su peligrosidad intrínseca— es que hace que la sexualidad se resienta, porque el amor provoca el que la vesícula segregue litros de fostometanina (una termoenzima acuosa del tipo BH), y esa porquería se carga tanto a los esteroides femeninos que despiertan el deseo como a los intrépidos y cabezudos espermatozoides, al menos según las investigaciones recientes (*vid. Reader Digest*, n.º 11 234) del doctor Galand, de Preston University —no sé si lo recuerdan; seguro que sí: aquel tipo que hace unos años intentó dejar embarazada a una vaca suiza con el semen de un chihuahua mejicano, alegando que ambas especies tenían un ADN casi idéntico.

Wendy estaba ya de vuelta de la sexualidad como categoría antropológica autosuficiente (bueno, de algún modo hay que decirlo, ¿no?), mientras que yo era aún un entusiasta alpinista priápico dispuesto a escalar cuantas montañas fuese necesario escalar para jadear un poco, admirador absoluto e incondicional del Eterno Femenino y de los millones de cuerpos que albergan tal eternidad. Y es que si follas muchas veces con la misma persona, es como si follaras contigo mismo, y a casi nadie le divierte eso.

Y así llegamos a la teoría platónica del amor, que sin duda merece una pequeña glosa.

Bien, según puede leer cualquier botarate en *El banquete*, Platón pone en boca de uno de sus contertulios la razonable teoría de que antiguamente (allá en la incubadora del tiempo) no había hombres y mujeres, sino un solo ser andrógino que contenía lo femenino y lo masculino (como el yin y el yang, como la cesta de la ropa sucia de una pareja de heterosexuales), pero un día, por no recuerdo ahora qué conflicto, los dioses castigaron a los andróginos y los convirtieron en hombres y en mujeres tras pegarles un tajo y cortarlos por la mitad —y no hace falta insinuar siquiera qué mitad se llevó la mejor parte: esas válvulas para la fingida lactancia de los adultos, esa rosada gruta de estalactitas... Desde entonces, todos vamos por ahí errabundos y ansiosos, faltos de nuestra otra mitad, añorantes de nuestros socios en la cosmogonía, aunque bien es cierto que comportándonos de manera muy distinta: nosotros deseando fundirnos con el mayor número posible de mitades femeninas y la mayoría de ellas indiferente a nuestros propósitos de fusión en un solo ser, aunque apenas sea durante diez minutos.

Bien. Cuando encontramos a nuestra mitad desgajada, cuando chocamos con ella en el magma hirviente de la realidad (el autobús, la fiesta de amigos comunes), cuando una mitad femenina se funde con su mitad masculina, forman de nuevo el legendario andrógino. Y los andróginos eran felices — follando consigo mismos todo el tiempo, sin tener que humillarse por las discotecas de moda...

En fin, aunque no sea la mejor teoría de Platón (tiene algunos fallos: ¿qué hay de la fusión de dos mitades del mismo sexo o de la fusión de mitades de distinto sexo con mitades platónicas de perros o de ovejas?), aunque no sea el mejor Platón, ya digo, la teoría no solo es aceptable, sino también razonable. Pero si aplicamos esta teoría al walterismo ortodoxo, ¿qué obtenemos? (...) Sí, exacto: una duda. Una gran duda. Porque si dos mitades errabundas se funden jubilosamente en una sola y feliz unidad, ¿con qué problema nos encontramos? (...) Sí, exacto: que si dos seres logran fundirse en un solo ser, hace falta que un nuevo ser salte a escena, porque la sexualidad satisfactoria (salvo casos incurables de onanismo) requiere la confluencia de al menos dos seres. Y ahí empieza el lío.

Bien, a veces, cuando andaba metido en algun trabajo y tenía que pasar la noche fuera de casa, acababa jugando a formar el andrógino con alguna fantasma sonriente, pero si debo ser sincero —y no hay razones para no serlo a estas alturas—, creo que yo debía de estar muy enamorado de Wendy, porque las extrañas solo me gustaban mientras se bajaban las bragas y se las sacaban por los tacones de aguja, cuando se desabrochaban el corchete del sujetador y liberaban sus pechos vibrantes o desmayados, cuando venían hacia mí («No te quites los tacones, *baby*») contoneándose como coristas de tercera categoría (salvo que se tratase de una corista de segunda categoría), pero a partir de ese momento dejaban de interesarme, y muchas veces ni siquiera el Psicópata socorría al Psicopríapo, y cuando las chicas se marchaban me ponía triste, y me daba asco el olor a efluvios azufrosos (Leyenda, Chanel 5, Exuberancia 4) que dejaban ellas en las sábanas del hotel, y pensaba en Wendy, y mi sangrante corazón me flotaba errabundo por el pecho, sacado de su quicio sentimental.

Y así iban pasando los años para nosotros: Wendy sometida a todas las torturas psicológicas que padecen las amantes fundamentalistas y yo debatiéndome entre el amor que sentía por Wendy y el deseo que sentía por el 73 o el 74 % del resto de las mujeres del universo.

Un día en que diluviaba y corría un viento del diablo, prologando un huracán, mientras fumaba un pitillo de marihuana en el porche (porque creo

haber dicho ya que Wendy descartaba la extraña posibilidad de que un ser humano fumase alguna vez dentro de la casa), hipnotizado por la lluvia, caí de repente en la cuenta de que *algo* en el mundo no iba bien y que ese *algo* era yo.

No sabría explicarlo al margen de la cursilería, de modo que allá va: yo no estaba ofreciéndole a Wendy lo que ella esperaba de mí, lo que merecía de mí: algún tipo de... *verdad*. Un pequeño pero auténtico asidero dentro del gran vacío del mundo, no sé. Ella era el ángel y yo el fantasma. El fantasma tragicómico que se le había colado en la casa en una noche de viento. El fantasma sin espíritu que, en cuanto el ángel se daba la vuelta, iba a revolcarse en algún hotel con una fantasma de su misma especie.

¿El engaño? Bueno, sí, démosle ese nombre suave. Ese... eufemismo. Pero no se trata con exactitud de eso, de un engaño, ya que, a fin de cuentas, un engaño puede ser una reacción inocente, una pequeña gota de bálsamo sobre la realidad. Un engaño era que yo mantuviese ante Wendy mi falsa condición de doctor en Derecho. Un engaño era que yo acariciase a Jalisco en presencia de Wendy. Eso es en esencia un engaño: una pequeña mariposa de papel camuflada en la colección de mariposas verdaderas. Pero lo otro no: lo de mis aventuras fantasmales con fantasmas no era un engaño, sino una mentira. Una mentira con forma de bomba lapa colocada debajo de nuestra delirante cama matrimonial, a punto de estallar en cualquier momento.

Y es que ocultar una infidelidad es como procurar esconder en tierra fértil la semilla de una mala hierba. (Brotará. Crecerá. Echará sus flores pestíferas en tu conciencia). La mentira, en cuestiones de amor, es algo así como una falsa alarma que suena en medio de un incendio de verdad. «Es una falsa alarma», dices, mientras las llamas consumen el insignificante teatro que es tu insignificante mundo. (Un actor aparece en escena. Viene de asesinar a su hermano mayor, el príncipe heredero, y de violar a su viuda. «¿De dónde vienes?», le pregunta su amada, y él contesta: «De ver el crepúsculo, con su luna lechosa, y de pensar en la vanidad de los afanes del mundo». Y la tragicomedia continúa. Y tú eres el asesino del príncipe heredero, y el violador de tu cuñada).

Como Wendy tenía una buena porción de su carácter anclada en la adolescencia, un día me regaló un diario de tapas de fieltro verde, con su cerradura dorada. Y yo, bueno, cuando no tenía otra cosa que hacer, anotaba en él los vaivenes de mi agitado espíritu y de mi serena cotidianidad. Ahí van algunos ejemplos:

17 de noviembre

Querido diario: noto a W. rara. Anoche le rogué que se pusiera sus bragas con rabo de conejita, pero se excusó hábilmente. Hoy hemos comido una especie para mí desconocida de pájaro (?); su carne era blanquecina para la vista e insulsa para el paladar —valga el pleonasma.

20 de noviembre

Al cine con W. y Narciso Calderón. Una vieja película protagonizada por Sharon Moore. «Pobre muchacha», dice W. Yo callo, con mi información secreta golpeándome la lengua, con ganas de verbalizarse, como un ¿pescado volador con plumas de loro? Gran dolor de cabeza. Ligeras alucinaciones gnósticas (?).

15 de diciembre

¿Por qué si vemos a un tipo con pajarita sabemos que es un pobre idiota? (Habría que estudiar la relación existente entre el uso de la pajarita y la idiotez). Nueva pregunta fundamental: ¿a qué olerán las estrellas? Prosiguen las preguntas: ¿Por qué los tíos adultos cogemos la costumbre de olerlos los calcetines cuando nos los quitamos por la noche? Respuesta en forma de pregunta: ¿para comprobar que nuestra corrupción física aún no es total, aunque sea irreversible?

24 de diciembre

Jingle bells. Por la mañana, unos zapatos rojos sobre unas sábanas de hotel y un cuerpo demasiado grande como para transmitir un poco de ¿lirismo? Cena con W., que está locuaz por el peso emblemático de la fecha, no por otra cosa. (Pesadillas ulteriores, con grandes pavos que vuelan).

6 de enero

Ganas de leer a algún gran filósofo alemán para comprobar que hay gente a la que la vida le va peor que al resto de las anónimas espectralidades filosofantes que se atormentan —cada cual según su estilo— en el universo. Por la tarde, Wendy estuvo haciendo ejercicio físico en el jardín. La observé a través del ventanal. En su cara se transparentaba una fatiga orgullosa,

de vencedora del tiempo, mientras yo me bebía un *whisky* tras otro, haciendo otro tipo de gimnasia: recorrer el túnel que conduce de la lucidez a la alegre demencia.

Un día, caí en la cuenta de que aquello del diario pudiera ser una trampa que me había tendido Wendy para que yo confesara allí mis aventuras sexuales adúlteras y así poder montarme una gran tragedia de Sófocles cuando ella lo leyera gracias a la copia de la llave dorada que se había quedado (?). («Querido diario: sintiéndolo mucho, tengo que arrojarte a las llamas»).

De vez en cuando, Maya, la hija de Wendy, venía a pasar una temporada con nosotros, cada vez con un novio distinto —aunque con aspecto invariable de satiriásico incurable—, y aquello constituía mi ración de Purgatorio en vida. Afortunadamente, porque todo hay que decirlo, Maya cada vez estaba más gorda y fondona, y la cara se le estaba comenzando a apeponar, sin duda por mantener una dieta horrible y por llevar una vida sexual desordenada, y aquello era para mí un consuelo todo lo vil que se quiera, pero era al menos un consuelo, y yo no estaba en condiciones de rechazar un consuelo en aquellas circunstancias: ¿que la nínfula se embastece? Pues nada, estupendo. O sea. Un problema menos en la suma caótica de todas las galaxias.

También pasó una temporada con nosotros Senda, la hermana pequeña de Wendy, que vivía en Chicago, ejerciendo de solterona y de médico.

Senda era como Wendy, aunque con cuarenta kilos más y sin *glamour* ni nada que se pareciera a esa etérea cualidad inextricable (?). Y, bueno, ver a la familia de tu Amada es una cosa horrible, ¿no es cierto? Lo es. Con la familia de la Amada solo hay que tener contacto epistolar o —mejor aún— telegráfico. Porque uno quiere pensar que su Amada es un milagro único, no un producto de serie de una factoría genética —con sus piezas defectuosas...

Y es que en Senda yo apreciaba todos los defectos que Wendy no tenía de pura chiripa, y trasladaba los gestos, el timbre de voz y la mirada de Senda a mi pobre Wendy, y sacaba la conclusión de que Senda era la parodia biológica de Wendy, y no resulta agradable —créanme— sacar esa clase de conclusiones.

Cuando Senda se volvió a su Chicago adoptivo, una atormentada región de mi cerebro descansó.

Wendy seguía actuando con regularidad y yo la acompañaba siempre, hasta el punto de saberme al dedillo su repertorio. «Narciso me ha dicho que hay posibilidad de contratar un gira por Europa», me decía Wendy, porque actuar en Europa era su gran quimera, y yo asentía con entusiasmo, pero la gira europea no llegaba nunca, y Wendy tenía que conformarse con el fervor

inquebrantable de las etnias hispanas de Norteamérica, que eran las que mayormente nos daban de comer.

Wendy hablaba todos los días por teléfono con Chola Cherry y con su hermana Senda, y yo la veía cada vez más abatida y melancólica. «¿Te pasa algo, Wendy?», pero Wendy me decía que no, y yo tampoco quería insistir, porque a fin de cuentas no soy un experto en subconsciencias.

Mientras tanto, iba convirtiéndome en el reyezuelo jamaicano de la grifa y en el marshall del *bourbon* de Kentucky, y me pasaba el día turuta, flotando sobre los residuos químicos de mi alma.

Wendy tuvo que actuar en Chicago y, por raro que parezca, me dijo que no hacía falta que la acompañase. Me sentí como el caniche de una dama posesiva que, después de tenerte siempre amarrado, te libera y te dice: «Ea, vete al parque a jugar con las perritas durante un par de días». Y eso fue lo que hizo el perrito Walter en cuanto Wendy salió por la puerta: irme a jugar con las perritas en la discoteca Boogie. («Eh, Walter, volvamos al tiempo de nuestra juventud, como impostores perfumados. Regresemos a esa edad mental en que bailábamos en la disco Peanut, obsesionados con la imagen de una puta con la cara rajada. Caigamos de una vez, como murciélagos asesinos, sobre la manada de las palomas blancas de Miami», le oí decir al Psicópata. Y me subí a la máquina del tiempo).

Yo en Miami no conocía a mucha gente, y eso constituía un obstáculo y a la vez una ventaja para entablar relaciones casuales, que es de lo que se trataba, ansioso como me sentía de sexo barato, por así decirlo, tras mi hartazgo de Amor Verdadero, porque la mente humana no puede vivir tranquila sin estímulos contrarios a los habituales. Pasa con todo: comes solomillo de buey irlandés durante una semana y, al octavo día, te sabe a maná una hoja de lechuga. Y yo andaba a la búsqueda de alguna lechuga. —A la búsqueda de mi maná fortuito, de mi pequeña porción de horror disfrazado de lechuga.

Comoquiera que la idea del Paraíso que tenemos los tíos de cierta edad suele consistir en un lugar repleto de muchachas borrachas y chistosas — aunque vagamente descontentas con su presente— a las que no conocemos de nada ni tienen nada que ver con nosotros, lo que potencia el misterio mutuo, me sentía en la disco Boogie como un galán adánico —o, como poco, como un adán galante— repleto de autoestima, que es uno de los pseudónimos de la temeridad.

Primero me fijé en la Morena Neumática, con aquellos ojos modelo Túnel del Vicio Complicado que tenía, profundos y fieros, gracias sin duda a algún

gen de tipo precolombino. Y para ella me fui cuando se puso a bailar sola en la pista, moviendo sus sesenta kilos de lujuria lumpen al ritmo de una canción funky que hablaba del *fucking* entre las personas que más o menos se aman. Vista de cerca, perdía bastante, porque tenía los dientes picados y olía demasiado a sudor, pero yo tampoco iba buscando a la diosa Afrodita recién centrifugada, así que me puse a bailar enfrente de ella. Cuando le ofrecí mi vaso, se lo bebió de un trago salvaje. (Bueno, bueno...). Al poco llegó la Rubia Pilgrim Fathers, delgada y zancuda, con ese pelo lacio que tienen las descendientes de los luteranos, y se puso a bailar con la Morena Neumática. Opté por quedarme entre las dos. Entre aquellas dos vecinas de Lesbos capital, supuse... Y supuse bien. Y sí, por descontado, qué duda cabe: cuando un tipo adulto se topa con una realidad de esa índole, lo más prudente es salir pitando en una aeronave propulsada por turboneutrones, pero ¿qué quieren? El mundo está muy raro últimamente, y tan normal es que un padre de familia se ponga una camisa atrevida y se escape a bailar durante un rato en un bar de halterofílicos vestidos de nazis como que un par de lesbianas decidan levantar por una noche su veto priápico. El mundo está ansioso por divertirse, y la diversión radica casi siempre en la transgresión —y de ahí parte todo ese lío filosófico que caracteriza a nuestro fin de siglo, que se arrastra exhausto hacia la era de los viajes turísticos a Saturno y de los trajes plateados. Además, cuando has logrado convertirte en un imbécil con una idea propia del mundo y de las discotecas, la vida se vuelve interesante a partir de los retos difíciles, y me fijé el reto de ligarme a aquellas dos, de modo que me fui a la barra, les llevé dos copas a la pista, les dije en mi inglés batutsi que también estaba dispuesto a convidarlas al tipo de droga que ellas eligieran y, al rato, acabamos los tres en los aseos de caballeros esnifando la coca que nos vendió un camello negro que llevaba encima una gran industria de atalajes decorativos, lo que le daba el aire de un marajá majareta de Majach-Kala.

Vistas a la luz de neón de los servicios, las dos valían más bien poco, pero se me vino a la cabeza un pensamiento digno de un rey Salomón que estuviera hasta el cuello de *crack*: «Con una no merece la pena, pero con las dos tal vez», de modo que les dije que las invitaba a mi casa. Y a mi casa nos fuimos.

Hay episodios que más vale no recordar, pero a veces no tiene uno más remedio que recordarlos, aunque sea para dar un poco de verosimilitud al resto de su vida. De modo que vamos allá.

«¿Aquí vives tú?», y no paraban de reírse —risas como aspas de picadora de alimentos... En fin, se bañaron desnudas en la piscina y le pegaron una

paliza al dinosaurio flotante antes de deshincharlo por puro afán de destrucción, se bebieron casi entera una botella de Chivas y, a falta de otra cosa, se comieron los tres o cuatro tomates y la escarola que había en el frigorífico, así como unos cuantos yogures naturales.

¿Abreviamos? Bien, cuando se cansaron de hacer las gamberras, subí con ellas al cuarto de invitados, con tan mala suerte que estaba abierta la puerta de mi dormitorio. Las dos se quedaron estupefactas al ver la tramoya barroca en que consistía mi lecho matrimonial. Ante la visión de aquella cama, me acordé de Wendy, y a punto estuve de echarlas a la calle, pero el vicio sexual es como la carne congelada: si la descongelas, ya no debes volver a congelarla. Y yo no podía recongelar mis impulsos, ciego como estaba además de coca y *whisky*, flotando en una autonave llena de luces. «Oye, ¿esa no es Wendy, la cantante?», me preguntó la morena, señalando un portarretrato que había en mi mesilla de noche. «¿Tú eres el marido de Wendy?», me preguntó la rubia del pelo luterano. Oír el nombre de Wendy en los labios de aquellas tías me produjo asco, y me pareció de veras horroroso el hecho de estar en mi santuario matrimonial con aquellos dos fantoches, y pensé en la dulce voz de Wendy, y me sentí como el guardabosques que incendia un bosque, y sin embargo me fui para la morena y le magreé las tetas. (¿Un maníaco sexual de ojos brillantes y cargados, un obsesivo ob-sexo que recorre el espacio sideral en un Apolo 80 forrado de pósteres de *Playboy*, aterrado ante el vacío exterior y ante su propio vacío?). «Vamos a la otra habitación», pero ellas no estaban dispuestas a abandonar por nada del mundo un dormitorio como aquel, de modo que allí nos quedamos.

Yo, la verdad, no intuía por dónde podía romper aquello: un tío majara y dos lesbianas majaretas, y los tres muy colocados. Pero ese tipo de intriga, no se sabe bien por qué, actúa en favor del deseo, porque al Psicópata le gusta leer noveluchas de misterio en edición de kiosco. Además, en ese momento yo no era yo, sino mi walter ego.

Sabía a la perfección que a la mañana siguiente me arrepentiría de todas y cada una de mis determinaciones y que me pasaría cuatro o cinco horas flotando en una nube tóxica de horror psicológico, lavándome los dientes a cada momento y echándole la culpa de mi desvarío a la Naturaleza, ese comodín de la conciencia masculina. Pero eso es lo bueno —y lo malo— que tienen las noches: que nos parecen eternas, y nos olvidamos de pensar que tras ese mullido túnel (lleno de discotecas, de licores y de muchachas) nos espera la Luz del Nuevo Día, antipática y acusadora como un Fiscal General del Subconsciente.

El caso es que las lesbianas me dijeron que iban a brindarme un número especial. Para mí. Especial. O sea. *Special Show*. Y lo primero que hicieron fue desnudarme («¡Mira qué mariposa!») y amarrarme de pies y manos a los barrotes de la cama demencial concebida por la fantasía escénica de Wendy. —Y es que aquella cama propiciaba eso: la chifladura sexual. Veías aquella cama y lo primero que se te antojaba era amarrar en ella a alguien.

Una vez atado, se dedicaron a darme pellizcos por todas partes, y yo, lejos de excitarme, acabé hastiado del espectáculo, porque... ¿Lo digo?... ¿Seré capaz de decirlo?... (Ayúdame, Zeus, padre de todos los dioses, ayúdame a pronunciar esas dos palabras ridículas... Este pobre mortal que se revuelca en el lodazal de sus recuerdos te lo suplica, arrodillado...). Pues bien, como iba diciendo, no me excité porque aquellas dos golfas no me transmitían... *buenas vibraciones*. —¡Lo dije!

El resto es un poco difícil de explicar. Pero creo que es mi obligación el contarlo de la mejor manera posible ante el alto tribunal inquisitorial del mundo —con mi capirote, y mi letrero sobre el pecho...

Bien. Cuando acabaron su *special show* (consistente en... ¿nada?), les pedí que me desatasen, pero ellas se pusieron a cuchichear y a reírse, y luego se me tiraron encima, y entonces fui yo el que se rio un poco, porque los hombres tenemos ese defecto: que nos volvemos idiotas en cuanto sentimos el roce de una piel femenina, aunque esa piel femenina sea una mierda. Pero la risa me duró poco, porque empezaron a hacerme cosquillas las dos a la vez, y las cosquillas son la peor cosa del mundo si tienes cosquillas, y siempre he tenido cosquillas, y aquellas guarras parecían saberlo de buena fuente. Acabé llorando, y acabé meándome, y las tortis se reían. «Machista asqueroso», no paraba de decirme la rubia del pelo lacio, flaca como un espectro anoréxico. Cuando se hartaron de torturarme, salieron del dormitorio, y respiré. Pero al rato volvieron. Y volvieron con la cámara Polaroid que me había regalado Wendy por mi cumpleaños. Y una Polaroid puede ser un arma terrible, ¿verdad?, con sus eternizaciones instantáneas. Mientras una fingía practicarme una felación, la otra nos fotografiaba, y así iban turnándose.

(¿Tengo que seguir? ¿Es necesario seguir?).

Al rato, se vistieron y se largaron. Pero me dejaron atado a la cama, a pesar de mis amenazas, que pensaba cumplir en cuanto me viera libre: a la morena le juré quemarle la cabeza y a la rubia le prometí cortársela. Y no les hice amenazas más contundentes porque me amordazaron.

No sé si alguno de ustedes se ha visto alguna vez en una situación parecida. Supongo que sí. Sabrán por tanto que no resulta agradable el hecho

de verse amarrado a los barrotes de una cama. De una cama que no es otra que tu cama matrimonial y que está salpicada de fotografías pornográficas en las que eres protagonista. No es agradable, ¿verdad? No lo es. Si a ello sumas 1) el hecho de que una mordaza te impide gritar para que te oiga tu cocinera cubana, que además siempre está escuchando música a toda mecha mientras guisa, 2) el hecho de que las limpiadoras no llegarán hasta dentro de tres días, 3) el hecho de que tu mujer no regresará hasta dentro de casi dos días y 4) el hecho de que cuando tu mujer regrese empezará de verdad lo malo, puede decirse sin exageración que se trata de una genuina situación walteriana de alerta roja.

Cuando llegó Wendy, me sentí como Jesucristo *Superstar*: crucificado y esperando la lanzada en el hígado. Ella, Jalisco y Narciso Calderón, su compositor y mánager, se quedaron ante la puerta del dormitorio como quien se detiene al borde del pavoroso Acanilado del Cuervo Borracho: un marido desnudo, amarrado a la cama, y la cama sucia de heces y de fotos pornográficas en las que el modelo masculino es el susodicho marido. Pero Wendy parecía estar más atónita que furiosa y más triste que melodramática, cuando la ocasión parecía exigir todo lo contrario. «Desátalo», le dijo Wendy a Narciso Calderón antes de salir del dormitorio con Jalisco entre sus brazos, y Narciso, el frustrado galán de mi esposa, aflojó los nudos y se permitió mirarme con desprecio.

En cuanto me vi libre, me arranqué la mordaza, salté de la cama, me quité el gorro y me metí corriendo en la ducha.

¿*El gorro*? Bueno, pensé que era mejor no contar lo del gorro, pero creo que ya no tiene remedio. Sí, el gorro, porque el caso fue que aquellas dos tías tiradas me habían puesto un gorro. No sé cómo dieron con él, porque yo lo tenía perdido de vista, pero el caso fue que lo encontraron. Lo encontraron y me lo pusieron. El gorro.

Bueno, sí, ¿qué pasa? Aquel gorro que me dieron en una fiesta de fin de año. Aquel gorro que tenía unas orejas de conejo y que estaba estampado con la bandera de los Estados Unidos de América. (Y aquí acaba —menos mal— la historia del gorro).

En la ducha, me restregué con fuerza la piel, como si pretendiera borrar el tatuaje de la depravación, clasificando a la vez en mi mente los argumentos exculporios que pensaba exponerle a Wendy.

Sí, de sobra sé que hay ocasiones en la vida en que lo mejor es no dar explicaciones, pero —¿qué quieren?— lo intenté: «Wendy, todo ha sido un montaje», porque, durante los casi dos días de atadura, se me ocurrió la idea

de hacer pasar todo aquello por una maniobra vengativa de algún inconcreto enemigo de Mani y Niño Blanco (algo así como una guerra entre doctores en Derecho), aprovechándome para ello de la condición disparatada que suelen tener las acciones del hampa, cosa que Wendy no ignoraba gracias sobre todo a los telefilmes. Pero Wendy, sentada ante la piscina, con el pequinés en su regazo, miraba el crepúsculo, ausente y pensativa, con ese aire de estatua que adquieren las amantes humilladas. Jalisco, lejos de pedirme una hamburguesa, me enseñó los dientes, porque se ve que se había desintoxicado y que me había cogido ojeriza.

En la piscina, el dinosaurio sonriente flotaba desinflado, como el despojo de alguna prehistoria.

Yo necesitaba un trago. Al pasar por el salón, vi sobre la mesa la botella de Chivas vacía y eché en falta muchos objetos de plata; comprobé también que algunos cajones estaban abiertos y que había servilletas, cubiertos y chucherías de Wendy por el suelo. —Golfas y ladronas: unos espíritus delicados, complejos... Pero lo peor estaba por venir, ya que es condición natural de Lo Peor el hecho de llegar en último lugar, como broche de oro, con su castillo de fuegos artificiales, formando en el firmamento una gran palmera de luciérnagas desangradas.

Sí, Lo Peor...

Pensé que Lo Peor era aquello que me encontré escrito en el espejo del comedor con barra de labios, una frase que no entendí, porque Wendy me había enseñado un poco de inglés elegante, no el argot de las lesbianas de alma satánica, pero en aquella frase aparecía la palabra «fuck», y esa palabra no suele utilizarse en las canciones románticas, ni en las fórmulas sociales decorosas, ni en los eslóganes electorales, ni en las pancartas de bienvenida a los pueblos turísticos, así que cogí una servilleta y emborroné aquello como mejor pude, aunque sabía que ya Wendy lo había leído y que todo daba igual a esas alturas.

Lo Peor...

Pero no, aquel insulto que habían escrito las dos golfas no era aún Lo Peor. De Lo Peor me enteré algún tiempo más tarde.

11 *El despecho de Wendy. La confusión. El pequeño caos. El desconcierto. Y Ámsterdam*

Wendy estuvo dos días sin dirigirme siquiera un monosílabo, un insulto, una... ¿ácida onomatopeya? Afantasmada y muda por completo. Contemplando reconcentradamente los crepúsculos y ese tipo de fenómenos. Encerrada en su mazmorra de dolor y desengaño. Budista sin budismo.

Estaba pálida, de repente envejecida y ojerosa, como si en su cara hubiese caído un rayo de deshidratación.

Yo tampoco andaba nada bien, como es tontería decir, aunque intentaba diluir mis pensamientos angustiosos en la sinrazón general del universo: «Todo es vacío», «Somos los muñecos de la fatalidad», etc. Dormía en el cuarto de invitados en el que me hospedé la primera vez que fui a aquella casa: la vuelta al origen, la serpentina que vuelve a enrollarse tras volar un instante por el aire como un símbolo festivo. El mundo me pesaba sobre la cabeza como una calabaza de hierro y Walter el Funambulista andaba sobre la cuerda floja del presente observando los abismos de allá abajo —con esos monstruos acuáticos que olían ya la carroña, mi futuro.

«Me voy, Wendy», le dije, bajando a los sótanos del patetismo, pero Wendy pareció no oírme siquiera, y siguió mirando el teatro tremendista del atardecer. Ausente. Momificada por los taxidermistas del dolor. —Y Jalisco me gruñía con ese odio que dispensan los yonquis rehabilitados a sus antiguos proveedores.

La verdad es que no quería irme de allí ni perder a Wendy. Bien es cierto que, en lo más hondo de mi ser, sentía nostalgia de los tres o cuatro mil millones de mujeres adorables que debe de haber en el mundo, pero yo quería seguir al lado de Wendy hasta el fin de nuestros días, envejeciendo junto a ella, convirtiéndonos en dos chalados amnésicos y en dos resecos arenques enamorados. Juntos. Unidos. Y todo eso. —A pesar de resultar un plan excesivo para Peter Pan, yo quería eso.

Tal era mi desesperación a esas alturas que me fui a hablar con Narciso Calderón. «Arréglalo tú con ella», fue lo único aprovechable de cuanto me dijo, porque se ve que él no estaba dispuesto a colaborar en mi reconciliación con Wendy, aunque se saltara de ese modo a la garrocha el ingrato precepto de honor de los amantes frustrados consistente en prestar ayuda a los tipos que han robado el corazón de sus amadas ideales. Así que, quemando mi último cartucho, me fui para Wendy, me arrodillé ante ella, gimoteé como un Jalisco galante y rastrero, y le supliqué que me perdonara. «En mi vida no hay sitio para tanta gente», zanjó Wendy. Y eso significaba una cosa: pasaporte.

Bien, analicemos el asunto con toda la frialdad que nos permite el ardiente walterismo: a Wendy no le importaba que yo tuviese una horripilante mariposa del tamaño de un buitre tatuada en la espalda, pero consideraba decisivo para nuestra relación el hecho de que me hubiese liado con dos horribles lesbianas en un momento de enajenación mental. Bien, vale. ¿Qué extravagante gen determina nuestro sentido jerárquico de las cosas? No nos basta con tener al lado a alguien que nos quiera de verdad. (No, eso no tiene apenas valor: ocurre dos o tres veces al día, y quince o veinte veces a lo largo de un fin de semana a poco que uno vaya a un par de discotecas de moda). Lo que queremos es que la persona que entra cada noche en nuestra cama sea además un héroe de los sentimientos elevados, y en régimen de exclusividad. Un ser irreprochable que decapite a la serpiente de la tentación antes de que a la desdichada serpiente le dé tiempo siquiera a mostrarle su lengua lujuriosa, repleta de veneno. No nos basta el amor, que es un invento cultural, si no tenemos firmada una sentencia de muerte para los instintos, que dependen al fin y al cabo de la programación general de la Naturaleza.

Total, mientras hacía mis maletas, quise llorar, pero no pude. Llorar es una empresa difícil. Me plantaba ante el espejo y convocaba en mi corazón a los espectros de la pena, pero las lágrimas no salían de mis ojos, porque se ve que uno no aprende a llorar por amor de la noche a la mañana, ya que al fondo de las lágrimas siempre tiene que estar Sigmund Freud, con su barbita y con sus gafas, abriendo el grifo del dolor para inundar el sótano del Subconsciente, y yo aún estaba en una mera fase mental de desconcierto.

«Adiós, Wendy», pero Wendy ni siquiera me miró.

Me instalé en un hotel, a la espera de que pasase un poco de tiempo antes de volver a intentar la reconciliación, pues me resistía a dar todo por perdido. La verdad es que me sentía el tío más tirado de la Tierra. El más miserable de los miserables de Victor Hugo. La imagen de las dos tortilleras malignas

ocupaba mi mente igual que un magma, y era la imagen de dos culebras que me escupían (¡ahí va eso, Sigmund!) un líquido verdoso en pleno sexo.

Llamé a Mani Márquez Heredia y le conté todo. «Vuélvete a Madrid», me dijo. «Las mujeres nunca perdonan ese tipo de cosas», me dijo. «¿Quiénes eran las dos guarras?», me preguntó. «¿Te hace falta dinero?», me preguntó —él, que odiaba las preguntas.

Durante la semana que pasé encerrado en el hotel, bebí como un loco que se vuelve más loco al darse cuenta de que está loco. Yo era una especie de desierto capaz de embeber todo el líquido que le vertieran encima.

Una noche cogí el periódico y llamé a una tal Rebecca, o Jennifer, o Layla, no sé. Digamos que Rebecca. Y Rebecca estaba estupenda, pero le dije que solo quería un poco de compañía, un poco de conversación psicodramática, y le conté lo que me había pasado con Wendy. Cuando le llegó su turno de exposición, Rebecca empezó a hablarme de su chulo o de su novio o de su exmarido, que la maltrataba o que la tenía todo el día abierta de piernas, o tal vez ambas cosas, no recuerdo bien, y de su hijito Tom o Jeffrey, y de su infancia en Denver o en Milwaukee, y de su deseo de convertirse algún día en enfermera o en locutora de radio o en esposa de un camarero, no estoy seguro, y no pude resistir aquello durante más tiempo y me la acabé tirando, y luego me sentí peor.

Otra noche, viendo la televisión, me enteré del misterioso asesinato de dos lesbianas en Miami. Por un momento pensé que podría tratarse de *mis* dos lesbianas, pero no, eran otras, porque mostraron sus fotos —sonrientes, sonrosadas. Unos días después, hablando con Mani, me dijo: «No sé si te has enterado, pero lo de las lesbianas hemos podido arreglarlo de la mejor manera posible». Y no supe qué decir. Mani había mandado cargarse a las artífices de mi ruina sentimental, pero el ejecutor se había confundido y se había cargado a otras dos lesbianas que regentaban apaciblemente una floristería y que no tenían ninguna pinta de ir por ahí amarrando a los hombres a una cama. Preferí, en fin, no decirle nada a Mani, porque, en el intento de remediar el error, podían morir otras dos inocentes, y, a fin de cuentas, el hecho de sembrar todo Miami de cadáveres de lesbianas no iba a solucionar me gran cosa.

«¿Wendy?», porque yo la telefoneaba a diario, venciendo mi terrible vergüenza, pero Wendy se quedaba siempre callada y me colgaba al instante.

Como no hace falta decir, yo sentía lo que suelen sentir los amantes cuando rompen de mala manera: una especie de flecha láser clavada en el corazón. Y es que el dolor psíquico es algo parecido a tener dentro de ti a tu

principal enemigo: el fumanchú del remordimiento, con sus uñas de platino refulgente.

Una tarde —recuerdo que llovía mucho y que se avecinaba un tornado— me planté en la puerta de mi antiguo hogar y, tras fumarme una cajetilla de cigarrillos, toqué el timbre. Wendy llevaba un batón de mucho encaje y estaba hermosa como una vampira etérea, con ese brillo de nobleza espiritual que pone en nuestros ojos la desdicha. «Wendy», pero Wendy me dio con la puerta en las narices y comprendí entonces que nunca iba a perdonarme. Y comprendí también que, cada vez que me viese, ella se acordaría del maldito gorro con orejas de conejo estampado con la bandera USA.

«Encárgame cualquier cosa, pero lejos de aquí», le rogué a Mani, dando ya todo por perdido, y, tras meditar durante un par de segundos, Mani me dijo que me fuera a Ámsterdam y que lo llamara cuando llegase.

Y unos días después me hallaba en Ámsterdam.

Me hospedé en el Grand Hotel Krasnapolsky, en la plaza del Dam, hasta que a los tres o cuatro días alquilé un estudio que decoré de inmediato con varias botellas. «No estoy todavía en condiciones de meterme en cosas de responsabilidad», le confesé a Mani, y me dijo que no me preocupara y que, para distraerme —porque Mani no era muy partidario del ocio absoluto—, me pusiera a trabajar en una editorial de unos amigos suyos que le debían algunos favores. De modo que, a los pocos días, entré a formar parte del personal de plantilla de la editorial llamada Reiki, dedicada a la divulgación de temas extravagantes.

¿Extravagantes? Sí, extravagantes: *Cómo leer el aura*, por Krishnamurti Lakshmi; *Los milagros de la melatonina*, por Joshua Sri Johnson; *Apariciones de la Virgen María (Con fotografías y testimonios reales)*, de J. Van Verhaeren. (¿Quién da más?).

Mis primeros días en Ámsterdam fueron muy melancólicos, porque aquella era una ciudad demasiado alegre para alguien que tenía el alma como la cara del Hombre Elefante, y por allí andaba yo, meditabundo o directamente borracho, yendo a alguna librería para comprar libros en francés que hablasen de la muerte o de la banalidad de la vida, recalando en algún coffee shop para fumar hachís afgano o yerbita de Jamaica o bien visitando algún *live-sex-show* del Barrio Rojo cuando mis expansiones no me retenían en alguno de esos microprostíbulos que allí dicen *ventanas*, con todas las pobres muchachas expuestas tras unos escaparates, como sirenas cautivas en el acuario de la fatalidad

Mi trabajo en Reiki consistía en poca cosa: leer libros escritos en francés, inglés o español y elaborar un informe clarificador de las características de tales libros, por si a los de Reiki les pudiese interesar traducir alguno de ellos al holandés para incluirlos en su desconcertante catálogo. Y es que resulta que hay un mercado internacional de eso: de basura esotérica, por así decir. Las editoriales —créanme— se ofrecen entre ellas los libros que publican en sus respectivos países para que en los demás países nadie se prive de esos detritus del espíritu.

Yo, la verdad, intentaba tomarme mi tarea en serio y resolver con profesionalidad los informes de lectura, salvo cuando el libro estaba escrito en inglés (idioma que solo dominaba para medio bandearme a nivel de cóctel-social-en-torno-a-piscina), ya que en esos casos me limitaba a divagar por los vagos vericuetos de la verborrea o a despacharlos con unas cuantas palabras demoledoras: «Basura», «Mierda de vaca»... La mayoría de las veces tenía que rebelarme contra el talante abusivamente absurdo de algunos de los originales que nos llegaban, ya que el único requisito para que un original interesase en Reiki no era otro que el de ceñirse al estudio de alguna insólita y repugnante materia relacionada con lo intangible. No sé, si leía un bodrio francés titulado *La armonía de la vida espiritual según los sabios de Asia*, por ejemplo, no podía resistirme a reflejar en mi informe mi insoslayable condición de filósofo walterista, a saber:

“ Este libro pasa por alto cuestiones de verdadero interés social y presta en cambio demasiada atención a asuntos fútiles como el alma, la ataraxia o el karma. Y es que si no formula las grandes preguntas que de verdad importan para la buena marcha del universo, ¿de qué te sirve leer un libro? El autor, a mi juicio, debió plantearse la dilucidación de asuntos que a lo mejor no resultan muy metafísicos de entrada, pero que luego acaban siendo esenciales. Preguntarse —pero en serio— cosas como: “¿Qué sería de la raza humana si no tuviésemos culo?”. Por ejemplo. Porque si los humanos no tuviésemos culo propiamente dicho, y en su lugar tuviéramos... no sé, ¿una tercera mano?, ¿un rabo?, ¿una superficie plana y llena de pelos retorcidos?... si las cosas fuesen de ese modo, ¿qué sería de este triste mundo? Las mujeres sin culo, o sea. Con otra cosa rara en su lugar. La tragedia del

milenio, ya digo. Y adiós al tanga. Y a la postura del perrito. Y a los números especiales de las revistas dedicados a las brasileñas. Y adiós, en definitiva, a la poesía lírica en general».

Y así iba tirando.

A la editorial Reiki llegaban tipos herpéticos y harapientos, suplicantes y sombríos, que discutían con el jefe el monto de la cesión de derechos de sus originales: *Cómo alcanzar la felicidad sin traicionarse, Los diez secretos maestros para hacer fortuna en menos de un año, Las propiedades curativas de la dieta esquimal...*

De tanto andar con libros, incluso me animé a escribir uno: *Cómo vivir sin llegar a comprender nada de nada*, pero lo dejé por la mitad, y luego me dio lástima, porque en él iba a contar los principales sucesos de mi vida. Pero escribir un libro es un mal negocio, a juzgar por la pinta que tenían los tipos que llegaban por Reiki con sus carpetas debajo del brazo, procurando que al menos los invitasen a un café caliente.

Un día, por cierto, oí por Radio Exterior de España que Franky Rex había muerto en un accidente aéreo. Iba él por ahí, por el Mundimundo, en su avioneta privada y, al cruzar una zona de niebla, se estrelló contra un monte. Y eso lo convirtió en un mito, a pesar de haber muerto como un soplapollas. Me acordé de Sergei Rex, su esforzado sosia, e imaginé el mal trago que estaría pasando, y me acordé también, de rebote, de Lupi Flamingo, que ya debía de haber ascendido a generala jefa de la sección de perfumes, por lo menos.

Otro día —vaya racha— leí en *Le Monde* que había muerto en Venezuela el apátrida Dmitri Grappelli, aquel magnate del hampa perseguido por todas las policías del mundo civilizado. (Sí, Dmitri Grappelli ¿muerto? A ver quién mata a ese. A ver quién es capaz de detener su maquinaria. Podrá morir el mortal llamado Dmitri Grappelli, aquel al que, cuando yo era niño, relacionaron con el secuestro de los tres hijos del embajador de Portugal, pero no el verdadero, el único, el incomparable, genuino e inimitable Dmitri Grappelli, alias Destino, alias Azar, alias Coincidencia...).

En la editorial Reiki estuve casi un año. Luego me enteré de que mi sueldo no lo desembolsaba la editorial, sino Mani —y es que ya me extrañaba a mí... Durante todo ese tiempo, no pasó un solo día sin que me acordara de Wendy, lo que viene a significar que no pasaba un solo día sin verme sometido a una tortura de corte psicoanalítico, rumiando los elementos dramáticos de mi estupidez y de mis incesantes infortunios.

En Ámsterdam tuve cinco novias de piel muy blanca, pero ninguna me alivió el peso de los fardos de mi desventura —aunque hay que reconocer que la llamada Yil, a pesar de tener la misma cantidad de cerebro que una trompeta de juguete, era dueña de unas tetas dignas de un circo y que la llamada Utis tenía la misma inteligencia que un premio Nobel de Química, aunque por aquel entonces solo era farmacéutica.

Mani me telefoneaba casi a diario para interesarse por mi salud mental y para darme ánimos (y yo temía que una de esas veces me recomendase liarme con un travesti), hasta que un día, cuando consideró cumplida mi etapa de terapia holandesa, me ordenó que regresara a Madrid.

Y a Madrid volví para entrar de nuevo en acción, según me apresuraré a contarles en cuanto logre sacarme esta pelusa astral que se me ha metido en un ojo.

12 Emperador del hampa en París y mendigo de sexo en Ámsterdam

«Hay una cosa en Nueva York y otra en París. Elige tú», me dijo Mani, y me encogí de hombros. «Lo de Nueva York tiene su parte desagradable, ya me entiendes, y tú no sirves para eso. Lo de París es pan comido», y volví a encogerme de hombros. «Sería difícil que hasta tú hicieras mal lo de París...». (Eh, un momento: ¿yo? ¿Mal? ¿Qué está pasando aquí? Etcétera...). Como Mani se impacientaba, dije: «¿París?», de modo que en París estaba yo al día siguiente.

El trabajo consistía en recuperar unos cuadros que habían sido robados a un coleccionista por un hampón rural que, harto de dar golpes de medio pelo, había decidido pegar el salto a las grandes empresas delictivas, para lo cual había abandonado su granja lindera con el bosque de Fontainebleau y había establecido cuartel en la capital. Según me contó Mani, aquel agrohampón de la Francia profunda, que al parecer era una bestia parda y que se hacía llamar Pierrot —Pierrot Hochet por más señas—, planeó estrenarse a lo grande en Burdeos con el robo de las piezas de una exposición temporal de un pintor con nombre de campana: Odilon Redon, pero que, tras inspeccionar el terreno, aquellos cuadros le parecieron horrorosos y desistió de asumir un riesgo tan alto a cambio de aquella basura artística que no habría manera de colocar en ningún sitio fetén. De modo que Pierrot desplazó su punto de mira a un coleccionista de París que presumía mucho de sus tesoros privados en todas las revistas de arte y decoración. Así que un buen día Pierrot, acompañado por sus matachines agropecuarios, se plantó en la casa del coleccionista, sembró allí el terror —un mayordomo asiático especialista en kung fu estuvo a punto de abandonar este valle de neurosis a causa de la paliza que le dieron— y ordenó a sus subalternos cargar una furgoneta con cuantos cuadros y esculturas allí cupiesen, no sin dejar de trocear a navaja un relamido monet de grandes dimensiones cuando aquellos animales se hartaron de buscarle acomodo en el interior del vehículo, cargado ya hasta el techo de

picassos, pissarros, rodines y poussines, así como de tallas barrocas, retablos góticos y pedruscos grecorromanos.

El caso era, en fin, que la empresa aseguradora se había puesto al habla con los contactos franceses de Niño Blanco para que se estudiara la recuperación de tales tesoros antes de desembolsar el importe del seguro, que era megamillonario, y Niño Blanco, con su habitual efectividad, se había puesto ya al habla con Pierrot, que, tras encontrarse con aquel botín, acostumbrado como estaba a trapichear con electrodomésticos y coches robados, no sabía de qué modo darle salida, ignorante como era del complicado mercado negro del arte. «Pierrot está por la labor de cooperar», me aseguró Mani.

Bien, con una maleta llena de ropa y con un maletín lleno de dólares, llegué a París (en mi memoria, los ectoplasmas deliciosos de las barbies, el fantasma doloroso —allá en una Venecia igualmente fantasmal— de Patrice Chambon, el recuerdo anodino de ¿Julie?), me entrevisté con dos secuaces de Pierrot Hochet en un bistró de Montparnasse y, al rato, me hallaba en una especie de caserío de las afueras que Pierrot había alquilado como almacén.

Bien, la gente es rara de suyo. Considerado en su globalidad, el género humano mantiene unas constantes como tal género, pero, vistos de uno en uno, los humanos somos todos unos alienígenas. Digo esto porque Pierrot, según me informé luego, tenía mentalidad de dragqueen, pero, en un momento de confusión espiritual, se metió en un quirófano y salió de allí convertido en un transexual reventón, metamorfosis que lo abocó a la desdicha, porque las dragqueens auténticas no suelen operarse, sino que se conforman con disfrazarse de emperatrices del loquerío, generalmente con el vestuario de sus esposas e hijas. Y él se había operado, y se maldecía por ser un transexual con mentalidad de dragqueen en vez de ser lo que le hubiera gustado: un hombretón con mentalidad de reina descocada, no un ente folklórico y mutante. A causa de todo aquel lío ontológico, Pierrot era, en fin, una especie de leñador mitológico con dos enormes tetas, y no estaba contento consigo mismo. Con su imagen.

A Pierrot solo lo entreví, camuflado como se hallaba en las penumbras, porque no quería que los hombres lo contemplaran en su estado lamentable de transexual sin vocación, a la espera al parecer de una operación inversa, pero llegamos pronto a un acuerdo: le di el maletín lleno de dólares (ignoro la cantidad total, pero el peso neto debía de aproximarse a los cuatro kilos) y recuperé las obras artísticas, que entregué personalmente a los directivos de la empresa de seguros. «Misión cumplida», le dije a Mani, porque a veces las

cosas parecen resolverse solas, y Mani me ordenó que volviera a Madrid esa misma tarde. Como me apetecía mucho quedarme unos días en París, le dije que era mi cumpleaños —lo que no era del todo cierto— y que quería celebrarlo metiéndole fuego a la torre Eiffel si fuera necesario, y Mani, siempre comprensivo ante mis psicotoboganes, me concedió un día de vacaciones.

En fin, un día da para mucho: en veinticuatro ridículas horas el mundo puede ponerse patas arriba, los grandes amores pueden rodar por la pendiente del crimen pasional y los países árabes pueden quedarse sin petróleo. Bien. Me comí media tonelada de ostras con vino alsaciano en la llamada Closerie des Lilas (no se la pierdan, pero lleven un sobre lleno de pasta), me tomé un litro de *whisky* en varias cavas de atormentador *free-jazz-fussion* y acabé cayendo, como el errabundo Ulises, en los brazos de una Circe embrujada —lo que cualquier persona poco instruida y sin conocimientos de la gran literatura clásica expresaría con el vulgar infinitivo del verbo «ir», con la anodina preposición «de» y con algún coloquial sinónimo del sustantivo plural «meretrices».

Cuando regresaba en taxi al hotel, intoxicado de molusco, de brevaje escocés y de sexo depilado, comencé a prestar atención a la radio. Se trataba de una especie de debate entre un teólogo, un filósofo y un sociólogo. El teólogo sostenía que la idea primigenia de Dios ya latía en el alma de los trogloditas, o algo parecido a eso. El filósofo no tenía inconveniente en oponerle la tesis de que Dios era una entelequia, consecuencia sobrevenida de la incipiente afición de los humanos primitivos a calentarse la cabeza. El sociólogo, por su parte, si no lo entendí mal, decía que Dios había sido sustituido por la Máquina. *Lo primigenio. La entelequia. La Máquina.* «Esto hay que celebrarlo», me dije. Y al instante me dio una ventolera medio ética y medio filosófica que, sin llegar a la demencia de un delirium psicotremens, me hizo concebir un disparate infrawalteriano, por jerarquizarlo de algún modo. «¿Cuánto me costaría ir a Ámsterdam?», le pregunté al taxista, y el taxista, tras someter su cerebro a una dolorosa operación aritmética, pronunció una cifra espeluznante y me precisó que el pago habría de ser por adelantado. Me eché mano al bolsillo, conté como mejor pude el dinero que llevaba, le dije que parase en algún cajero automático y acabé entregándole un manojo de billetes arrugados y un taco de billetes recién planchados. «A Ámsterdam pues», le dije antes de quedarme dormido. («Al Camerún, rápido»).

Cuando abrí los ojos, ya estaba en Ámsterdam, que puede ser una de las ciudades más hermosas y divertidas del mundo siempre que no te halles en unas condiciones psíquicas ante las que el propio Sigmund tiraría la toalla.

Si alguien me preguntase por qué razón decidí ir a Ámsterdam aquella noche, mi única respuesta sincera consistiría en un encogimiento de hombros. Y es que el alcohol y la insatisfacción sexual traen eso: desatinos y bandazos. Haciendo un poco de esfuerzo autopsicoanalítico, el motivo de aquel capricho pudiera rastrearse en las grandes tetas de Yil, una de mis antiguas novias holandesas —porque no creo que el coeficiente intelectual de Utis tuviese tanto tirón sobre mi voluntad—. Pero, aunque tampoco estoy seguro de que el recuerdo nostálgico de las tetas de Yil fuese el detonante de la discutible decisión de irme en taxi a Ámsterdam, lo cierto es que lo primero que hice nada más llegar allí fue telefonar a Yil, con tan mala suerte que me salió un contestador automático. Así que, agenda en mano, me puse a repasar mi catálogo de amores holandeses, estableciendo un orden de preferencia: llamé a Utis, la de poderoso cerebro, pero me puso demasiadas excusas incontestables, ya que para eso tenía ella el cerebro que tenía; llamé luego a Soph, la de largos muslos de cera, y me mandó al infierno (en un dulce angloholandés afrancesado) por razones que solo nos incumben a ella y a mí; llamé a Do, la desvaída rubita parlanchina con la que pasé un par de noches de pasión habladora incomprensible para ambos, pero cogió el teléfono una voz masculina y, por último, llamé a Aleph, de cuya cara ni siquiera guardaba recuerdo, pero no logré hacerme con ella en su domicilio ni en la ¿granja de animales abandonados?, en la que ¿trabajaba? —o al menos eso es lo que pude sacar en claro de la explicación que recibí por parte de una voz que me hablaba mediante jeroglíficos.

Desengañado de mi harén de Holanda, cogí habitación en el ya mentado hotel Krasnapolsky y, para echar fuera la mañana, llamé a una tal Samantha o Magota, no estoy seguro, que era una prostituta corriente y moliente, pero que no paraba de insistirme en sus deseos de zurrarme con un látigo que llevaba en el bolso, porque se le había metido en la cabeza el dogma de que a todos los hombres nos gusta que nos aticen en el culo. Cuando aquella tía hitleriana se fue, me quedé dormido, y dormido estuve hasta el crepúsculo, por así decir.

«La cosa se ha complicado. Estoy en Ámsterdam», le dije a Mani, y él me dijo que no sabía yo hasta qué punto la cosa se había complicado.

13 *El imprevisible papel de lo imprevisto. El rostro y la cara. Noticias, noticias y noticias. Tragedias griegas, tragedias griegas y tragedias griegas*

Por lo visto, Pierrot (que, a pesar de los dulcificadores implantados de silicona, seguía siendo una mala bestia) se había arrepentido del acuerdo alcanzado con Niño Blanco y no había tenido otra ocurrencia que la de plantarse en las oficinas de la empresa de seguros, cargarse a tiros a un empleado y robar de nuevo las obras de arte, que se custodiaban allí hasta que alguien concibiera alguna explicación convincente que justificara ante la policía y ante los periodistas aquella rápida y milagrosa recuperación sin tener que confesar al mundo el requerimiento de los servicios del hampa organizada. (*Respiren un poco: vaya frase*). Por si no fuese suficiente, Pierrot, que debía de tener un cerebro en forma de hamburguesa psicopática con queso, roció la sede de aquella empresa con gasoil y le prendió candela. —Reacciones propias, en fin, de una dragqueen operada y neroniana, y sin duda con sobredosis hormonal.

«¿Y qué hago ahora?», le pregunté a Mani. Y Mani me dijo, con tono de reproche, que ya había mandado a un par de individuos a París para solucionar la papeleta. «Lo jodes todo, Walter. Tú tocas una bomba y la conviertes en un merengue, y viceversa». (¿Yo? ¿Bomba, merengue?).

Bueno, es que de las cosas que se resuelven con demasiada facilidad hay que desconfiar siempre, y yo me había confiado. ¿Me había confiado porque no era un facineroso de verdad? Esa idea atormentadora la he tenido siempre, desde que Mani me acogió en esa entidad de orden abstracto e internacional que es Niño Blanco: la de ser un impostor. Y nunca he parado de preguntarme si sirvo en realidad para esto, aunque la verdad es que siempre me he contestado con otra pregunta: «¿Quién sirve para *algo* en esta vida?». Incluso los médicos, no sé, son unos pobres profesionales aterrados que emplean treinta o cuarenta palabras desconocidas para que de ese modo su clientela piense que son los exterminadores de los agentes del dolor y de los virus, los

espías infalibles que conocen los pavorosos nombres en clave de los grandes enemigos de la humanidad, sus movimientos secretos. Incluso los domadores de fieras intuyen que hay Algo Esencialmente Erróneo en su profesión. Incluso *Miss Mundo* se pregunta en algún momento de su reinado: «¿Estaré haciendo *lo correcto*?».

Llamé, en fin, al aeropuerto para informarme de los horarios de los vuelos a París, por si aún había modo de hacer algo que restaurase mi prestigio ante Mani, y me dijeron que, al ser viernes, no había plazas disponibles, sin duda porque todos los aviones del mundo se llenan de japoneses durante los fines de semana, de modo que, renunciando a la posibilidad de coger otro taxi, por el mucho tiempo y dinero que me supondría, salí del hotel y me dediqué a recorrer los bares, los coffee shops y las venusventanas de la ciudad, dispuesto a ahogar en licor, en hachís y en sexo insípido la consciencia de mi falta de profesionalidad como ente del hampa.

A las dos horas, puedo asegurarles que no solo aquella consciencia estaba ya sumergida en el foso abisal de un mar de chiribitas titilantes, sino que también yo mismo estaba inmerso en algo que no era yo mismo: la metamorfosis del monstruo en otro monstruo.

Bien. Hay cosas que resultan difíciles de reconstruir aunque tuvieran lugar ayer mismo. Uno puede recordar a la perfección cosas remotas (por ejemplo, la cremosa lentitud con que el cuchillo del empleado de la Heladería Trópico de Bogotá cortaba la barra de fresa y nata), pero algo que ocurrió ayer mismo puede convertirse en una nebulosa que no hay quien ponga en pie, mnemotécnicamente hablando. Recuerdo que estaba en un sitio que no recuerdo. Recuerdo que yo andaba sobre una especie de arcoíris tembloroso, pisando unas franjas de colores anómalos que se me volvían dobles, y triples, y tornasolados. Recuerdo que no paraba de beber y de hablar, pero no recuerdo qué bebía ni de qué hablaba, ni con quién. Recuerdo que llamaron a una puerta, pero no sé a qué imprevisible habitáculo del universo correspondía aquella puerta. Recuerdo que la gente giraba a mi alrededor como estelas lisérgicas, lentas y líquidas —igual que... ¿iconos embrionarios? (*Caliente, caliente*)—. Recuerdo que yo no paraba de insultar a todo el mundo y que, en un determinado instante, un volumen avanzó hacia mis ojos, y recuerdo un golpe en la mandíbula. Recuerdo un breve viaje en coche, y la sensación de tener la nariz metida en el sobaco depilado de una negra —aunque reconozco que esto puede ser una fantasía interesada—. Recuerdo una casa llena de gente que no paraba de reír y de fumar. Y un picor continuo en la garganta. Y un sótano oscuro. Y recuerdo con nitidez un

estrépito de cristales, y yo envuelto en un torbellino de cristales rotos. Recuerdo que recobré la consciencia en un hospital de Amberes, en Bélgica, o sea. Recuerdo las palabras del médico: «Siento decirle que se le ha quedado deformado el rostro». Dijo eso, rostro (*visage*), en vez de cara (*figure*). Aquel doctor decía «rostro», como los indios apaches: rostro pálido. Rostro, sí... La cara es lo que yo tenía deformado, no el rostro, porque, ¿qué es eso del rostro?, ¿algo así como el espíritu de la cara? —El rostro, la cara... ¿Amberes?

Alguien me había arrojado ácido a la cara, al Rostro, quemándome la mejilla izquierda y parte de la aleta izquierda de la nariz. Y si no me fallaba el cálculo, eso debía de haber ocurrido en Ámsterdam, pero yo estaba en Amberes. Bien. Cuando me miré en el espejo, vi allí una especie de basilisco con la cara deforme, biforme y pringosa de pomadas. Con la mitad del *rostro* en carne viva, en condiciones perfectas para matar de susto a un niño de carácter lírico o a una *Miss Finlandia* partidaria de todas las cosas bellas del mundo.

Me di la vuelta y vi en el espejo la mariposa con sus genitales obscenos de vikingo, y vi mi cara deformada, mi rostro quemado por el ácido, y me vine abajo del todo, y mi pobre sistema psicológico central formaba a mis pies un charco de residuos freudianos malolientes. —Una mariposa en la espalda y un rostro deforme: ni en un circo de monstruos humanos me contratarían, por tremendista.

La ira más ciega, la ira del cíclope cegado por el mañoso Ulises, se agolpaba en mi cerebro, convertido a esas alturas en la caldera burbujeante de un alquimista tronado. (Y, ante situaciones de ese tipo, los monigotes de los tebeos son más expresivos que nosotros: ellos echan rayos por la boca, truenos, serpientes, sapos, calaveras, gruuums...).



Creo que no exagero al afirmar que si te queman la mitad de la cara con un ácido, solo te queda ser un sucedáneo del Fantasma de la Ópera, pero en un cine de pueblo, ¿no?, y, oculto allí, dedicarte a cultivar el odio indiscriminado a la Humanidad. Pero no hay antídoto mejor contra la desolación filosófica que una pregunta de índole geográfica: «¿Cómo he llegado a Amberes?». No tardé en saberlo.

Bien. Por raro que parezca, regresé de inmediato a Ámsterdam, pues lo menos que puedes exigir si te rocían con ácido la cara es que alguien te

ofrezca algún tipo de explicación. (El engendro de Frankenstein tiene perfecto derecho a decirle al doctor Frankenstein: «Oiga, sentémonos un rato a hablar del universo en general y de mi cara o rostro en particular. ¿Por qué me ha hecho usted esto?»).

Cuando me reinstalé en el hotel Krasnapolsky, llamé a Mani y le conté lo que me había pasado. «Walter, joder, eres el Pupas. Te llamaré como dentro de una hora. A ver si logro enterarme de algo». Mani tardó poco más de media hora en llamarme, y le agradecí aquella prontitud, pues, con la tensión de la espera, no hacía más cosa que mirar el teléfono y que mirarme en el espejo de la habitación, martirizándome con el aspecto de mi cara o rostro y esperando estúpidamente que la próxima vez que me mirase en el espejo hubieran desaparecido, por arte de birlibirloque, las lesiones.

Mani intentó serenarme antes de ofrecerme su versión de los hechos, que no por autorizada dejaba de ser un poco dadá. (*Vid. Historia abreviada de los enloquecidos movimientos vanguardistas en Europa*. Tomo xv).

Bien, al parecer, el caso era que, durante mi noche de desquicie infrawalterista, acabé —las cosas de la Divina Providencia— en una fiesta que daba en su casa un marica fino dedicado a la restauración de obras artísticas en general. Según testigos presenciales, yo estaba completamente borracho, vomitando por todas partes como una fuente macabra y procurando meter mano en las legendarias regiones eróticas de las escasas mujeres que por allí rondaban, pues se trataba de una fiesta de indudable carácter gay varonil, y aquellas señoras debían de hallarse allí gracias a algún raro privilegio derivado de su condición cómplice de lesbianas, ya que otra razón no se me ocurre, al ir la gente a las fiestas a lo que fundamentalmente va. Llegado a cierto punto de euforia, se supone que me quité la camisa, que le enseñé a todo el mundo mi mariposa y que me puse a bailar —por si faltase algo— ante la concurrencia. Cuando llené todo aquello de vomiteras y de babas, caí en redondo y los amigos del restaurador me encerraron en el sótano, temerosos sin duda de que la resaca de aquel monstruo fuese aún peor que su coma etílico.

Pues bien, en uno de esos instantes de lucidez que se entrometen en las alcoholemias de gran magnitud (recuerdo algo... así, desvaídamente, a la manera de un personaje de Hitchcock, ese bufón postfreudiano), debí de pensar que me había muerto y, viéndome a oscuras, como los antiguos piratas cuando jugaban a la muerte, me puse a bracear (...algo recuerdo...) del mismo modo en que lo hizo el ya muy citado Polifemo cuando lo cegó el astuto Ulises (porque puedo ser muy polifemo en ocasiones), con tan mala

suerte que derribé una estantería en la que aquel restaurador tenía sus potingues profesionales y se me volcó un bote de no sé qué ácido en la cara o rostro. Caí de espaldas y perdí de nuevo el conocimiento, mientras el ácido me abrasaba la cara o rostro. Cuando se fueron sus invitados, el marica bajó al sótano (?), me vio tirado en el suelo (?), sepultado bajo la estantería y bajo los botes de basura química, con la cara quemada, y no tuvo mejor ocurrencia (?) que la de avisar a unos amigos suyos relacionados con el negocio de la pornografía infantil (?) para que le solucionaran el problema. Y aquellos tipos concibieron el plan inédito de sacarme del país y de dejarme tirado en la entrada de urgencias de un hospital de Amberes, ciudad en la que ellos tenían que hacer una entrega de material pornográfico para consumo de la comunidad belga de pederastas, siempre ansiosa de novedades.

Gracias, en fin, a esos intrépidos expendedores de vídeos, Mani había logrado enterarse de toda mi peripecia, digna de la pluma (o cálamo, como quien dice) de un Homero del realismo sucio. «Otra cosa, Walter... Me ha llamado Narciso Calderón... Agárrate a la silla: Wendy ha muerto». Bien, a veces tiene uno la impresión de que la realidad es una bomba atómica sobre la que cae otra bomba atómica. (Sobre el hongo crece otro hongo, sobre las ciudades destruidas se cierne una nueva destrucción, sobre los caballos de los jinetes del Apocalipsis van de paquete los heraldos de la Exterminación Galáctica). Wendy había muerto de cáncer, y, tras hablar con Mani, llamé a Narciso Calderón, y supe por él que a Wendy le habían diagnosticado la enfermedad en Chicago, cuando fue a dar aquel concierto al que no quiso que la acompañara.

Narciso Calderón, el subtenorio de Wendy, me contó toda la historia con una saña retrospectiva: ella no me obligó (*qué mal verbo, Wendy; qué veneno casual contienen las palabras; borremos ese verbo doloroso, volvamos al principio de la frase*)... ella no quiso que la acompañara en aquella ocasión porque en realidad no iba a dar ningún concierto en Chicago, sino a ingresar en la clínica en la que trabajaba su hermana Senda para hacerse allí unos análisis, y no quería alarmarme; al volver a casa, con el diagnóstico letal en el bolso, me encontró amarrado a la cama, con el gorro de las orejas de conejo... —En fin, ya saben.

Según Narciso Calderón, Wendy me había tenido en cuenta en su testamento. Según Narciso Calderón, yo tenía que ir a Miami a firmar unos papeles. Según Narciso Calderón, Maya, la hija de Wendy andaba perdida por el Himalaya o por un sitio de ese porte, en busca del sentido de la vida profunda, y no había podido darle aún la noticia. Según Narciso Calderón (un

calculado fin de fiesta). Wendy se enteró en Chicago de que estaba embarazada, pero los médicos le aconsejaron que abortase. (Nuestro embrionario Walter o nuestra aún indefinida Wendy, flotando en un limbo de algodones manchados de sangre). Bueno, hostias, ¿era yo acaso el apaleado arquetipo de personajillo apaleado de una telenovela? ¿Era yo acaso Walter Hamlet Job Segismundo?

Sentía en mi corazón los pasos de baile de dieciocho millones de cucarachas con zapatos de claqué. De mi alma brotaba, en un parto espectacular y sangriento, un alienígena que escupía por la boca un ácido amarillo. Un vómito de walterismo tenebrista inundaba mi habitación.

Tras hablar con Narciso, llamé a Mani. «¿Cómo se llama el maricón ese?», le pregunté, en referencia al restaurador de Ámsterdam, y Mani me dijo que eso no importaba ya. Le repliqué que sí importaba y me aconsejó que no me metiera en líos, pero le supliqué que me dijera el nombre del maricón. Que era lo último que iba a pedirle en esta vida. Y Mani acabó dándome el nombre: Ambroise van Cleft.

A Ambroise van Cleft le pegué la paliza de su vida, de esas que sin duda recomendaba Freud a los enfermos terminales de esquizofrenia homicida para aliviarles los síntomas de su padecimiento, pues no hay bálsamo mental más expeditivo que el de darles fuerte a los tipos que intentan joderte con éxito la vida, aunque luego acabes jodido tú también, porque la violencia es un fármaco con demasiados efectos secundarios y con muchos efectos paradójicos. Cuando acabé con Van Cleft, bajé al sótano y estuve allí un buen rato pegando martillazos a las tallas carcomidas, a las estatuas griegas y a los retablos dorados, así como pasando a cuchillo los confiteros cuadros de pastores, los chapuceros atardeceres impresionistas pintados por borrachines genialoides, los espantapájaros cubistas y los retratos de gentuza con gorguera. Luego la emprendí con lo que había desperdigado por la casa. Al carajo todo.

¿Me sentí mejor después de aquel desahogo destructivo? No lo sé, no creo, porque nunca he encontrado un especial placer en la violencia, pero tenía que hacerlo. El propio Freud me lo hubiera recetado. Si no le hubiese roto la cara a aquel sujeto, si no hubiese destrozado sus obras de arte, posiblemente habría tenido que suicidarme con la ayuda de un camión cisterna de *whisky* y de un container de barbitúricos, porque uno puede vivir con una mariposa transexual tatuada en la espalda, pero no resulta fácil andar por el mundo con media cara corroída y con un puñal clavado para siempre en

la conciencia por haber convertido en una verdadera mierda el final de la vida de la única mujer a la que uno ha querido de verdad.

Sea como sea, ya estaba hecho, y no creo que Van Cleft llegase a olvidarlo ni aunque se volviera amnésico perdido.

Volví al Krasnapolsky. Al pasar por recepción, vi una maleta descuidada y, con disimulo, me la llevé, ya que todo mi equipaje lo tenía en el hotel de París y, después de un trajín tan caótico, andaba necesitado de ropa limpia. Cuando logré forzar los cierres, comprobé que la maleta había pertenecido en su vida anterior a una señora de cierta edad. Y, bueno, cuando estás en la jungla tienes que apañarte con lo que sea, de modo que saqué un camisón de color celeste, ennoblecido con lazadas, y me lo puse, como si fuera un travesti del tipo Fredo o Pierrot, y, tras pasar el rato enganchado a una línea erótica telefónica en la que reclamé los servicios de una profesional hispana del sado para que me insultara como si yo fuese un perro, llorando por Wendy y por mi depravación, caí rendido.

De madrugada, sonó el teléfono. Era Mani.

—¿Le zurraste a Van Cleft?

—Sí.

—¿Mucho?

—Un poco.

—¿Un poco?

—Bueno, bastante.

—Estás hecho un valiente, ¿no? ¿Respiraba cuando saliste?

—Creo que sí... Seguro que sí, vaya.

—Pues bien, dos tipos van a ir a recogerte al hotel dentro de una hora. Te vas con ellos a la casa de Van Cleft y os lleváis todas las obras de arte que tenga allí. Todas.

—¿Todas?

Aunque me resultó difícil, acabé confesándole a Mani que había hecho trizas todos los cuadros, esculturas y retablos dorados que Van Cleft tenía no solo en su sótano, sino incluso en sus dos cuartos de baño. «¿Sí? Pues bien, Walter, la has liado de las gordas, mongolo hijo de puta». Era la primera vez que Mani me hablaba en tales términos, y supuse que debía de tratarse en verdad de algo gordo y terrible, porque los adultos que andan enredados con travestis no suelen sentirse con derecho a insultar al prójimo.

Bueno, el mundo es una mesa de billar, y a veces se producen en ella carambolas que resultarían inverosímiles si no acabásemos padeciendo de un modo o de otro los efectos de su rara verosimilitud: tac-tac-tac.

Aplicadas a la vida, las carambolas nos parecen casualidades del todo insólitas, artificiosos volatines estructurales propios de gente empeñada en mentir a pesar de su falta de imaginación. (Y por ahí debajo late, me temo, la terrible herencia aristotélica, que lleva siglos intentando convertir nuestra majarona en una sala de máquinas). Pero, a fin de cuentas, para que se produzca una carambola solo es necesario que tres bolas choquen entre sí. Solo eso. Solo se necesita que Dmitri Grappelli dé un poco de tiza a su taco, se curve artísticamente sobre la mesa y, sin calentarse ni lo más mínimo la cáscara neuronal, con los ojos cerrados incluso, pegue un trallazo, a ver qué sale. Y a veces las tres bolas chocan. Y en esa ocasión habían chocado, a saber: 1) voy a parar —no me pregunten cómo— a la fiesta de Van Cleft; 2) tras el paso de Walter Atila por la fiesta, Van Cleft pide ayuda a unos empresarios de pornografía infantil para quitarme de en medio y, finalmente, 3) Mani, sin saber que están implicados de manera directa en el asunto, llama a los pornógrafos (con los que Niño Blanco mantenía algún tipo de relación comercial que desconozco, aunque me la veo venir) para pedirles que se enteraran de quién me había quemado la cara con ácido. (Primera carambola).

Con posterioridad, 1) Mani me llama para informarme de que Van Cleft es el responsable de mi nuevo *look* de máscara camerunesa, 2) los pornógrafos llaman a Mani para pasarle una información referida a los últimos movimientos de Pierrot y, mientras le estrello la cabeza a Van Cleft contra un bargueño creo que bastante antiguo, 3) los pornógrafos comunican a Mani que Pierrot les ha pedido que le lleven a casa de Van Cleft un alijo de vídeos para colocarlo en París, por ese afán de Pierrot de apostar fuerte en la empresa de la escoria. (Segunda y última carambola... de momento).

Un poco lioso, ¿no? Pero ningún sabio de la Antigüedad dijo nunca —que yo sepa al menos— que las cosas que ocurren en el mundo sean transparentes y lineales: la realidad es casi siempre una voluta barroca que talla Dmitri Grappelli en un estado vergonzoso de embriaguez.

El caso era, en suma, que Pierrot le había vendido su botín artístico a Van Cleft nada más robarlo por segunda vez y por esa razón aquel transexual del tipo agropecuario se hallaba en Ámsterdam, en casa de Van Cleft, de modo que gran parte de todo aquello que destruí no era otra cosa que lo que era mi obligación recuperar. Y es que Van Cleft, aparte de restaurador, resultó ser un perista de altura que se dedicaba a colocar a precio razonable obras de arte robadas, contando para la bonanza de su negocio con la chifladura delictiva que aqueja a todos los coleccionistas, dispuestos a cualquier cosa para satisfacer su vicio (el goya oculto en la bodega, el vangogh del sótano, el

picasso de quita y pon según qué visitas). Y yo había destruido todo aquello, y la agencia aseguradora iba a tener que pagar una pasta rockefeller al coleccionista que fue víctima de Pierrot, y Niño Blanco perdía una inconcretable y casi inconcebible cantidad de pasta, pues la aseguradora no había adelantado ni un solo franco y el cobro de la recompensa estaba condicionado al éxito de la operación, lo que no dejaba de ser una cautela bastante razonable. Por si fuese poco, al enterarse del fracaso de Niño Blanco en lo que dieron en considerar —ellos sabrían por qué, o no— un mero juego de niños, algunos capostotes de organizaciones de la competencia se animaron a difundir la sospecha de que Niño Blanco y Pierrot estaban conchabados, dando por irrefutable el hecho de que Niño Blanco no solo pretendía cobrar la recompensa fijada por la aseguradora, sino quedarse también con las obras de arte para colocarlas luego en el mercado hispanoamericano, gracias a la epidemia de refinamiento que padecían los grandes narcotraficantes y sus novias o esposas de largas cabelleras reteñidas. Un golpe en los genitales, en fin, a la credibilidad internacional de Niño Blanco.

—¿Y qué hago ahora, Mani?

—Por mí, puedes morirte de lepra.

¿De lepra?... ¿Yo?... Aquello comenzaba a oler mal, porque nunca había oído a Mani hablar de ese modo a nadie —ni siquiera a Jalisco cuando le manchó de babas el pantalón en el día de mi boda, y eso que él detestaba a los perros tanto como yo.

Me quedé tumbado en la cama, mirándome los pies, que asomaban por debajo del camisón celeste, pensando en la muerte de Wendy, pensando en las carambolas macabras de la vida, hasta que oí que llamaban a la puerta de mi habitación. Me levanté sobresaltado, le pregunté a la puerta que quién había al otro lado de la puerta y alguien me dijo en inglés que era Johan y que lo enviaba Mani. Comoquiera que, apenas un rato antes, Mani deseaba que me muriese de lepra, me asaltó un mal presentimiento, pero lo disipé al instante, convencido de que Mani no podía hablar en serio, aunque solo fuese por respeto a nuestro afecto fraternal y a la memoria de Chapete Flay. Además, en el mundo se dicen muchas cosas a cada instante. Uniendo todas las sílabas que se pronuncian en una micra de segundo en todo el universo, una persona podría estar hablando sin parar durante toda su vida, incluso en sueños, y aún le sobrarían sílabas suficientes para componer todas las palabras que tuviera que pronunciar en su larga vida ultraterrena, infinita como una suma de desiertos. El mundo es una incesante máquina de frases que decimos sin

sentirlas. De modo que abrí la puerta. Y fue abrirla y sentir un golpe entre los ojos, y luego otro golpe en la cabeza, y derrumbarme.

Al día siguiente, como todo el mundo sabe, me desperté en Melilla, porque se ve que yo pasaba no solo una mala racha psicológica, sino también un desconcertante periodo de nomadismo internacional. Y es que hay momentos en que la desventura parece una novia a la que has dejado plantada ante el altar y que te persigue, furiosa, por todas partes.

14 *En el continente africano. El falso cadáver. Las cosas que pasan*

Cuando me desperté, estaba tirado en una acera de Melilla, como ya saben ustedes, con el camisón celeste desgarrado y todo el cuerpo dolorido, acosado por una cleopatra por horas («¿Echamos el rato, cariño?») y rodeado por un grupo de marroquíes filohispánicos —o viceversa, o lo que sea que fuesen— que sonreían con sus bocas desdentadas de tanto recitar en susurros guturales el Corán, o de pegarse entre ellos, o por desnutrición, o por caerse de boca de sus camellos, yo qué sé.

Por lo que me explicó la cleopatra y por lo que, mediante señas y anacolutos, me dieron a entender los moros, deduje que pasó una furgoneta a toda leche y que, al tomar una curva, salí despedido de dicha furgoneta, dándose la circunstancia de que me hallaba metido en una especie de ataúd metálico que se abrió a causa del golpe. (Un momento... Un solo y miserable momento del Tiempo Total, por favor, para procurar encajar en mi negocio psicológico la existencia de Melilla, la circunstancia del ataúd, mi cuerpo lastimado...). Me sentía, no sé, como se sentiría un ranchero de Texas que se despertara en Versalles vestido de princesa durmiente de los bosques y que, gracias a unos ciudadanos paquistaníes, se enterase de que llegó hasta allí en un ovni que lo había dejado caer desde el cielo metido en la cuna de Superman. —Aproximadamente.

Cuando logré reducir el estupor gracias a unas cuantas llaves de yudo mental, vi, en efecto, que un féretro de aluminio, abollado y con la tapa descolgada, estaba a unos metros de donde se hallaba mi persona, de modo que no podía achacar la información que me habían dado a las peculiares expansiones de la fantasía mahometana, tan proclive a los ocios literarios basados en lo sobrenatural y en las esterillas voladoras.

Aún estaba intentando adecentarme el camisón, cuando vi llegar a un español islámico —o viceversa— que agitaba un papel. «Estaba pegado en la tapa del ataúd», dijo, y me lo entregó, extendiéndome la mano para que le

diese una propina por su hazaña. No se trataba de un documento histórico de un valor incalculable, sino simplemente de mi certificado de defunción, expedido en Ámsterdam por un tal doctor Rohemdall.

«¿Qué día es hoy?», pregunté. Y era miércoles 24. Fantástico. Yo estaba en Ámsterdam la noche del martes 23, de modo que solo podía haber llegado a Melilla en avión, y en situación de falso cadáver. Una clarividente deducción digna del detective Walter Peter, pero ¿y bien? No tenía ni idea, porque, como dijo Newton, o Paracelso, la vida es una tómbola de brújulas averiadas. Y a mí me había tocado el premio Melilla, por así decir. Y no sabía qué hacer con ese premio, igual que el soltero al que le toca en una rifa una muñeca que habla y que orina.

De cualquier forma, mi instinto walterista me susurraba que aquel accidente que había sufrido al salir despedido de la furgoneta me había salvado la vida —lo que, de ser cierto, me convertiría de manera automática en el tercer mortal que salía con vida de un ataúd—, tras el bíblico Lázaro y el no menos bíblico Jesucristo *Superstar* —dejando a un lado, por supuesto, al conde Drácula, que sale de su ataúd todas las noches, aunque esté clínicamente muerto.

Di un breve vagabundeo de emergencia, para situarme —así fuese para situarme en la Nada—, y huyendo, en fin, de la muchedumbre, llegué a campo abierto. Al poco, me encontré (según conté al principio de esta historia) una caja llena de gafas graduadas, porque se apreciaba a las claras que el azar estaba de mi parte y derramaba sobre mí su cornucopia. Poco después, me encontré asimismo con aquel cabrero moro al que le fastidié no sé si el día o la vida al robarle no solo su pareja de cabras, sino también sus babuchas amarillas y su cayado.

En los campos salvajes pasé oculto un par de días, torturado por las moscas del África, que parecen empeñadas en parecer más insectos que nadie, hasta que el hambre me lanzó de nuevo a la ciudad, tras haber rechazado la ocurrencia de sacrificar una cabra, pues no tenía yo el ánimo como para añadir una sola brizna de tragedia al mundo. Así que, tras ocultar la caja de gafas graduadas —no sé para qué— entre unos matojos y tras arrancarle los lazos al camisón, con mis nuevas babuchas, mi cayado y mis dos cabras, me fui al mercado de la ciudad, dispuesto a canjear mis cabezas de ganado por comestibles y, a ser posible, por una chilaba que adecentara mi aspecto, en el caso de que las características de tal prenda contemplasen esa posibilidad.

Por más que intentaba buscar alguna explicación a las causas de mi estado, solo lograba formar una especie de engrudo mental en mi pensamiento

—poco más o menos, como cuando los Reyes Católicos intentaban asimilar en sus bastas psiques medievales las explicaciones de Cristóbal Colón sobre la redondez de la Tierra. ¿Por qué me habían llevado a Melilla?, ¿y para qué? «Vamos, cabritas», decía yo, porque aquellos animales parecían anarquistas de la rama radical y se empeñaban en tomar sendas contrarias a las de mis intereses.

Como Melilla es un sitio raro (una especie de colonia española invadida por moros o una ciudad mora invadida por unos españoles que creen haber invadido África, según se quiera mirar), la gente me observaba por la calle con extrañeza. Los españoles debían de tomarme por un extranjero deforme y chiflado y los magrebíes por un turista tarumba y recién convertido al Islam que aún confundía la chilaba con los camisones, digo yo. El caso es que, poco antes de llegar al mercado, vi que dos tipos me señalaban con el dedo, dándose la circunstancia de que ambos tenían ese aspecto inconfundible de la gente que da muy poca importancia a la vida del prójimo. Uno de ellos sacó de su bolsillo un teléfono móvil y, mientras corría hacia mí, se puso a marcar un número. El mundo me olió de repente a pescado a punto de pudrirse. De modo que, abandonando a mis cabras, descalzándome las babuchas y tirando el cayado, eché a correr.

Y así llegamos al momento presente.

Estoy escondido tras un matorral, jadeante, con el camisón empapado de sudor. Oigo voces, y me acurruco —esa voluntad patética que tiene la gente aterrada de hacerse invisible, de ocultarse en sí misma como un erizo... Cuando levanto la cabeza, veo ante mí a los dos tipos que me señalaron cuando me dirigía al mercado. Y los dos tipos se quedan ante mí, sin hablarme, durante un tiempo que me parece una compacta eternidad que aprovecho para hacer recuento de mi vida, moviendo las bolas de un ábaco espectral con dedos temblorosos.

Hasta que llega Mani Márquez Heredia, mi jefe y protector, con su cuello lleno de cadenas de oro macizo, con sus dientes de oro y con sus anillos de enjundia faraónica. «Eh, Mani», le digo, y me incorporo, intentando darle un abrazo, pero Mani me rechaza, observando con sorpresa mi cara corroída. «La has chingado, Walter», me dice Mani, y pongo una expresión que quiere ser una mezcla de perplejidad y de simpatía, y le pregunto a Mani que por qué me ha traído a Melilla en estas condiciones, y Mani me contesta que ha sido idea de Niño Blanco. «Pero ¿Niño Blanco no eres tú?», le pregunto, porque siempre he estado casi convencido de que Niño Blanco y Mani son una

misma persona, y Mani niega con la cabeza, como dando a entender que él no es prácticamente nadie: una nulidad ontológica. Un mini Mani.

«Bueno, ¿cuándo nos volvemos a Madrid?», le pregunto a Mani, y Mani me dice que él tiene que cumplir las órdenes de Niño Blanco, que todos tenemos que cumplirlas, nos gusten o no, y añade que esta vez he metido la pata hasta el fondo del abismo sin fondo, que me ha traído a Melilla porque él tenía que venir a Melilla y no podía estar en Ámsterdam para matarme (*Venid, venid, escorpiones, a beber en mi corazón: hay barra libre*), de modo que se las arregló para que me metieran en el avión de carga que cubre la ruta Ámsterdam-Melilla.

«¿Qué tal Liliana?», le pregunto a Mani, y Mani pone un gesto raro, y me arrepiento al instante de haberle preguntado tal cosa, porque los hombres casados que andan liados con travestis siempre arrastran una especie de pulpo sucio por la conciencia.

«¿Quiénes son estos?», le pregunto a Mani, señalando a los dos tipos que me miran tras unas gafas de sol, rotundos en su chulería. Pero a Mani no le gustan las preguntas. Le digo a Mani que creo que merezco una explicación. Le digo eso: «Merezco una explicación». (Bueno, ¿por qué no decirlo? Todo el mundo dice lo que le parece. Un tal Hubble, sin ir más lejos, dijo una vez que las nebulosas en espiral son galaxias externas a la Vía Láctea, y nadie lo metió en un manicomio por decir una cosa así). «Merezco, Mani, una... explicación». Y Mani frunce el ceño, desmenuzando en sus estrechos talleres racionales mi propuesta. Y Mani habla: Niño Blanco, el Sin Rostro, le ha dicho a Mani que tiene que matarme él, el propio Mani. «Quiero que mates tú mismo a tu protegido», le ha dicho Niño Blanco a Mani, según me dice Mani en este instante, porque Mani no es Niño Blanco, sino simplemente Mani, un asteroide de Niño Blanco, y yo he jodido todo, y eso se paga. «¿Lo entiendes, Walter?», me pregunta Mani, y le digo que no, que no entiendo nada. «Echa a andar», me ordena Mani, pero me quedo mirándole a los ojos, y Mani me da un abrazo, y supongo que por culpa de mi camisón celeste, me siento, no sé, como Liliana, el travesti que le robó el corazón, y quiero imaginar que las lágrimas están resbalando en este instante, mientras nos abrazamos, por los mofletes de Mani, porque él me tiene ley, y es mi único amigo. «Echa a andar, Walter. No me lo pongas más difícil». Y yo, no sé por qué, le pregunto por su hijo, el mongólico, y Mani agacha la cabeza y me ordena con la mano que eche a andar.

Chola Cherry, la amiga de Wendy, había pronosticado que mi muerte tendría lugar en una ciudad rara, extranjera de sí misma. Eso dijo Chola. Y no

sé si esa ciudad rara y extranjera de sí misma va a ser Melilla. — Posiblemente, porque incluso las pitonisas con mentalidad de chifladas terminales aciertan de vez en cuando.

«Echa a andar, Walter». Y echo a andar, pero me vuelvo al instante: «En aquel cerro de allí, entre aquellos matorrales, hay una caja llena de gafas graduadas. Mira a ver si alguna te sirve», le digo a Mani, y Mani asiente. Y sigo andando, sintiéndome igual que el novio de un pequeño mundo en estado de coma irreversible, con mi camisón celeste como vestido nupcial.

El mundo, el mundo, ¿qué es eso? Un rey (escéptico, linfático, con la panza redonda, con la nariz enrojecida por el vino, con cada calcetín de un color y con la corona torcida) que eructa mientras se limpia los dedos grasientos en su capa de armiño.

Aun así, en este instante, la vida me parece más hermosa que nunca. Hermosa de verdad: la profundidad del cielo, ingrávito y tan denso; la claridad, que otorga a las cosas un aura sagrada y alquímica; el mar, infinito, infecundo y enfadado, con su bronco teatro de tempestades, cegado por su furia caprichosa...

Con qué intensidad paladearía ahora un sorbo de *whisky*, aunque fuese fraudulento, como el que servían Luiyi y Mortadela Dick. Un simple sorbo — yo, que he llegado a beberme una botella de tres tragos feroces. Cómo agradecería siquiera un poco de agua fresca que remojase mi lengua, tan tensa como la de un áspid. Cuánto me confortaría ser, durante un minuto al menos, aquel niño que confundía los nombres de los planetas y de los emperadores. Aquel niño que dormía entre sábanas que olían a casa protegida, crepitantes como el puñado de nieve que se arroja a la hoguera. Cómo me gustaría poder cambiar mi destino por el de una de estas moscas que revolotean en torno a mí, oliendo ya la muerte.

A veces, cuando me ponía a la tarea de meditar de manera trascendente, pensaba en el epitafio con que me gustaría adornar la lápida de mi tumba, y se me ocurrían muchos: AQUÍ YACE EL LLAMADO WALTER ARIAS. AMÓ LA VIDA NO POR BELLA, SINO POR EXTRAÑA, o bien este otro: AQUÍ DESCANSA DE LA TAREA DE INVENTAR DÍA A DÍA LA REALIDAD EL ERRABUNDO WALTER ARIAS, QUE VIVIÓ UNAS VECES COMO QUISO Y OTRAS VECES COMO PUDO, pero no creo que vaya a tener yo una tumba en la que quepan unas frases tan largas. Quizás convenga algo más corto y a la vez más críptico: WALTER ARIAS, ASESINADO POR SU AMIGO MANI, porque las cosas largas quedan mejor en una necrológica que en un epitafio, que a fin de cuentas no es más que el telegrama de un muerto. Las necrológicas son más explícitas, qué duda cabe: «Ha fallecido, en la flor

carnívora de su edad, Walter Arias, que viajó por el mundo, que amó con locura los cuerpos de las mujeres y el corazón que latía al fondo de algunos de esos cuerpos, que realizó trabajos horribles, que fundó el walterismo y que murió como un perro vagabundo, asesinado por la espalda, sin nadie que le llorase, salvo su propio asesino».

Bueno, las cosas que nos pasan resultan muy claras si las cuentan los demás: los policías, los periodistas, los novelistas o cualquier otra clase de chismosos. Pero esas mismas cosas nos resultan muy difíciles de contar a sus verdaderos protagonistas, puesto que la realidad suele tener la manía de resultar caótica cuando nos convierte en víctimas de acontecimientos anómalos o en testigos de nuestra propia desintegración cósmica. Si Ulises se hubiese visto obligado por los dioses a contar sus peripecias sin la ayuda de Homero, solo hubiera acertado a decir: «Bueno, un día salí de casa, me embarqué, y luego me persiguieron todas las desdichas y algunas mujeres, y ustedes saben mejor que yo lo que eso significa». Poco más. Y yo no soy Homero, sino un aterrado ulises que camina por las afueras de la ciudad de Melilla intentando quitarle un poco de importancia al hecho de que vayan a matarlo.

Y por la espalda. (Imaginen, no sé, ese segundo de convulsión que padecemos al volver de una pesadilla, hasta que conseguimos abrazarnos a la realidad. Imaginen ese segundo multiplicado por seiscientos).

Me pregunto en qué parte de la grotesca mariposa impactará la bala. Y pienso, por pensar, que ese sería un buen título para una película: *La muerte de la mariposa tatuada*. Una película así como de ambiente chino, no sé, con mucho refinamiento, mucho polvo de arroz y mucha penumbra: la megamagia del Lejano Oriente. (Imaginen también un bosque en el que las mariposas aletean dentro de una lágrima).

Me pregunto cuál será mi último pensamiento, y si ese pensamiento estará dedicado a Wendy Manzanera, que es la única persona de este mundo y del otro a la que puedo recordar con un amor tan verdadero como desolado, como si fuese un espejismo de oro y de canela en el desierto sin fin de mi Ser y de mi Nada.

Pienso, no sé, que, cuando cierre los ojos para no volver a abrirlos, ya nadie recordará en este planeta las hazañas de mi abuelo, ni el fantasma dolorido de mi madre, ni las torturas psicoanalíticas a que se sometió mi padre de forma voluntaria al leer las *Obras escogidas* de Sigmund Freud para solucionar sus males de espíritu, tan viejos al fin y al cabo como el mundo; nadie recordará las obsesiones sexuales de Fede, ese gran satiriásico digno de

figurar en los libros de medicina; nadie se acordará de la pobre niña a la que mataron en Bogotá los muchachos de La Rana Verde ni de las bragas sucias de Cindy Browning, mi primer amor; nadie recordará el momento de mayor esplendor de las tetas de Sasa, mi novia infiel y frígida; nadie soñará ya con Vanessa María, la ofelia yonqui, ese cadáver que hasta ayer mismo flotaba en el estanque de fango de mis pesadillas como un arcángel de cera, y nadie se acordará siquiera de mí, Walter Arias, que, como decíamos ayer, se acostó en un hotel de Ámsterdam y se despertó a la mañana siguiente tirado en una acera de Melilla, náufrago en el pequeño maelstrom de su destino.

El crepúsculo africano se abarroca en este instante como un cadáver lívido y majestuoso, desangrándose en el cielo con la teatralidad de un suicida, tal y como le gustaban los atardeceres a Wendy, mi dama perdida y jamás reencontrada.

Como tantas otras cosas.

Rota, mayo de 1996 - julio de 1997

EPÍLOGO

AL CABO —Y AL FIN— DE VEINTE AÑOS

Releer al cabo de dos décadas una novela propia promueve, al menos en mi caso, bastantes desazones. En principio, la desazón que supone ese viaje hacia atrás en el tiempo para encararte al escritor que fuiste en aquella época, ese escritor que tiene que ver con el actual —como tal escritor— tanto como tienes que ver con el hijo de vecino que fuiste por entonces. Es decir, bastante y a la vez muy poco: la imagen en el espejo del que sigue siendo casi en todo quien fue y ya no es casi en nada quien fue, por decirlo de una manera abstrusa y con cierto empaque esotérico. Aparte de esa zozobra, la relectura de lo propio presenta el inconveniente de poner los posibles aciertos en duda y de poner en cambio en escorzo los defectos y torpezas. Por último —y por no seguir—, te das cuenta de la melancólica verdad que esconde aquel endecasílabo de raíz heraclitiana de Quevedo: «presentes sucesiones de difunto».

Empecé a escribir esta novela en mayo de 1996 y le puse el punto final en julio del año siguiente. Recuerdo su proceso de escritura como un trance un tanto febril, con sentadas diarias de hasta catorce horas, algo que hoy no solo me parece impensable, sino también imprudente, tanto en aspectos puramente literarios como en cuestiones de salubridad.

Se trataba de construir un personaje a través de un pensamiento anómalo —valga la redundancia, como sin duda apostillaría el propio Walter— y a partir de un enfoque que oscilase entre la lucidez y el disparate, entre el razonamiento y el desvarío. Para dar un poco de coherencia a ese mixtiferi, pretendí la conciliación del humor con el horror, de la broma con el espanto. No consideré tan importantes las peripecias como la interpretación que el personaje aplicara a tales peripecias: centrar la acción esencial en la glosa de las acciones circunstanciales. (Y me acuerdo de aquella apreciación de Epicteto que Laurence Sterne puso al frente de su *Tristram Shandy*: «Lo que turba a los hombres no son las cosas en sí, sino las opiniones sobre tales cosas»).

Hay quienes alimentan la curiosa superstición de que las novelas tienen un trasfondo autobiográfico, así se trate del *Drácula* de Bram Stoker. Esa superstición se acrecienta, claro está, cuando se trata de novelas escritas en primera persona —a pesar de que las primeras personas narrativas suelen estar más cerca de la tercera persona del singular que de la primera persona propiamente dicha. Posiblemente se deba, no sé, a esa incapacidad de algunos para poder imaginar que los demás puedan imaginar. No conseguí del todo que *El novio del mundo* se librara de propiciar esa suposición, aunque la refutación resultaba sencilla: si esta novela fuese autobiográfica, en principio yo tendría que haber nacido accidentalmente en Chile y estar accidentalmente muerto, y durante el tiempo de mi vida me hubiese dedicado a cualquier cosa menos a escribir novelas. Por lo demás, mal asunto sería el tener una existencia como la de este Walter, cuya suerte podría resumirse en un adagio que leemos en Luis Vélez de Guevara: «Camino del infierno, tanto anda el cojo como el viento».

Con Walter Arias hice un trabajo actoral: ponerme no solo en la piel de un personaje por completo ajeno a mí, sino asumir también su pensamiento y sus movimientos de conciencia, bastante opuestos a los míos. Un personaje, en suma, que no admitiese la intromisión del pensamiento y la conciencia del autor, de sus códigos emocionales o ideológicos, para preservarle de ese modo su coherencia peculiar, basada a veces en la pura y desatada incoherencia. Pero si bien me esforcé en no entrometerme en sus derivas de pensamiento, de palabra, de obra y de omisión, lo cierto es que Walter Arias se entrometió a saco en las mías, y les confieso que, mientras daba forma a estos enredos acogidos en lo fundamental al patrón de la novela picaresca, todo lo otro que escribía se me contagiaba de walterismo, incluidos los artículos para periódicos —y aún me pregunto, con agradecimiento, cómo no me los echaban para atrás.

En mi caso, la concepción de una novela no suele partir de una visión panorámica, sino de detalles tan pequeños como insignificantes: una frase, una imagen, un tono. De esta novela recuerdo sus dos detonantes, a saber: 1) me presentaron a un pájaro de la noche madrileña, actor a tiempo parcial, tarambana a tiempo completo y creo recordar que algo así como relaciones públicas de una discoteca por entonces de moda; bien, aquel joven se quejó de su alopecia creciente y me ofreció su diagnóstico científico: «Creo que estoy quedándome calvo de tanto comer coños. Estoy convencido de que los coños sueltan un líquido que quema el pelo», y no estoy seguro de que lo dijese ni medianamente en broma; en aquel instante pensé: «¿Cómo sería escribir una

novela con un protagonista que se rigiera por este tipo de mecanismos mentales, en el caso de que pueda implicarse a la mente en tales mecanismos?», y 2) en un vuelo de Madrid a Palma de Mallorca me hice una pregunta que no tenía nada que ver con mi trayecto ni con nada en particular: «¿Cómo sería la historia de alguien que se acostase en un hotel de Ámsterdam y se levantase tirado en una calle de Melilla vestido con un camisón de mujer?». Una de esas preguntas, en suma, que uno se hace cuando no tiene nada que hacer, con el beneficio de que ese tipo de interrogantes ociosas nos distraen el ocio e incluso, a veces, pueden llevar bastante lejos a las imaginaciones privilegiadas: «¿Cómo sería la historia de un hidalgo que perdiese la cordura a fuerza de leer libros de caballerías?», pongamos por caso. Pasado un tiempo, hice un cóctel con aquel par de dosis infinitesimales, por así decirlo, y me puse a escribir esta novela, sin tener ni idea de cómo resolvería esa mudanza insólita del personaje desde tierras holandesas al África de los españoles —en especial en una historia en la que de antemano quedaban descartadas las alfombras voladoras y los diablos cojuelos—, aunque intuyendo que alguien a quien le pasara algo así no podía tener una vida ni demasiado común ni demasiado previsible. Esa fue la pauta de arranque.

El resto creo recordar que fluyó: si en una novela en primera persona, en forma de autobiografía fingida, dispones de un personaje con una voz peculiar y con una mente desatinada, solo tienes que moverlo un poco y dejarlo charlar mucho, sobre todo si, como es el caso de Walter Arias, se trata de alguien dispuesto a confundir la meditación con la divagación, la metafísica con la palabrería y el sentido común con el sinsentido.

¿Y el nombre? A la puerta de un hotel de San José de Costa Rica, un taxista me dio una tarjeta para ofrecerme sus servicios. Figuraban dos conductores: Walter Fernández y Eloy Arias, así como un lema: «Sirviendo al amigo turista». Pues bien, el amigo turista que yo era convirtió a los dos en uno y pensó que de esa mezcla salía un nombre adecuado para un personaje imaginario. (El bautismo del protagonista fue muy anterior a la escritura de sus andanzas).

Este Walter tal vez pueda incluirse por méritos propios en esa tradición de personajes histriónicos y a ratos repulsivos que acaban generando, no obstante, simpatía, o al menos comprensión, o incluso misericordia, ya que en el fondo lo que este personaje mío acaba transmitiendo de manera predominante es fragilidad y desvalimiento, a pesar de su tendencia a darse la absolución de sus muchos pecados.

Y es que, con respecto a los personajes de las novelas, tal vez no sea importante que promuevan nuestro asentimiento moral, que despierten nuestro afecto ni que, una vez dejada atrás nuestra adolescencia, nos *identifiquemos* con ellos, sino que *funcionen* como tales personajes. Imagino que estarán de acuerdo conmigo en que el Heathcliff de *Cumbres borrascosas* es uno de los personajes más detestables con que puede uno toparse no ya en la literatura, que viene a ser una reserva natural de grandes villanos, sino incluso en la vida real, que tampoco le va a la zaga, lo que no quita que sea un personaje rotundo y memorable, el que sostiene además todo el peso emocional de la historia. Atendiendo a mi experiencia de lector, creo que los villanos de la literatura adquieren más relieve de realidad —que es tal vez de lo que se trata— cuando presentan ambivalencias, cuando admiten tornasoles; es decir, cuando no se limitan a ser indesmayablemente infames y transparentan un fondo complejo y de apariencia contradictoria en su caracterización. No sé, pienso, pongamos por caso, en el John Silver de *La isla del tesoro* o en el Clare Quilty de *Lolita* —por dejar tranquilo, al menos por una vez, al sufrido señor Humbert—, aunque habría que reconocer que la cima la encontramos en Dickens cuando consiguió convertir al perro Bullseye en uno de los grandes secundarios de la novelística decimonónica: un perro que provoca terror y a la vez compasión.

Sea como sea y por el motivo que sea, en fin, el narrador desmesurado de esta novela cayó bien a alguna gente: hubo lectores que llegaron a imprimir tarjetas de visita en las que anunciaban su pertenencia al Club Walterista, otros optaron por confeccionarse carnets artesanales —a falta de oficiales— de dicho club, recibí varias cartas de esencia pirandelliana en las que el remitente aseguraba ser Walter Arias en carne mortal y en las que me recriminaba —en broma— que hubiese contado su vida sin autorización, la bailarina y coreógrafa Teresa Navarrete ideó dos espectáculos de danza centrados en la figura de Walter (¿?) y una compañía catalana montó un *ballet* inspirado en él (y reconozco que me cuesta imaginar a un Walter Arias aéreo, haciendo volatines artísticos y... ¿con mallas?), la novela la tradujo al italiano Ursula Bedogni —fue la única traducción que tuvo— y propició la circunstancia imprevista de convertir al credo del walterismo —un movimiento pseudoespiritual de esencia hispánica, como saben— a una docena de nativos de allí que por naturaleza deberían inclinarse más al petrarquismo, lo que dice mucho en contra de la solidez intelectual de todos los ismos; me dio señales de vida un Walter Arias verdadero, natural de las Américas; el músico granadino conocido universalmente como Dr. Montañés

grabó un disco —*Luciérnaga alucinógena*— basado no en Walter Arias, sino en un secundario incorpóreo de la novela: Dmitri Grappelli; algún que otro desconocido me aseguró que tenía a Walter por modelo moral y por guía de su vivir, que ya son ganas... Los libros, en fin, toman rumbos impensados y exóticos, como casi todas las cosas del universo, excluidos los planetas.

Imagino que casi por las mismas razones por las que algunos lectores sintieron simpatía por este personaje, otros sintieron en cambio aversión, y me parece comprensible. No estamos ante la vida ejemplar de un santo ni siquiera laico, que es lo menos que se oferta en santos, sino ante el informe en crudo de las oscilaciones de los pensamientos más íntimos —y por tanto más desprejuiciados— de un individuo que no renuncia al ejercicio de la brutalidad física ni de la crueldad psicológica, a pesar de sus contrapesos de fragilidad y de ternura... o al menos esa es la percepción que he tenido en esta relectura tan postergada, aunque a estas alturas mi opinión vale tanto y tan poco como la de cualquiera: los libros que escribimos, al releerlos, los reinterpretamos desde un ángulo oblicuo al ángulo desde el que fueron ideados y resueltos.

Hubo quienes en su día me preguntaron, ante el final más o menos abierto de la novela, si Walter Arias moría a manos de su amigo Mani. No puedo estar seguro, pero mi hipótesis es que sí, lo que no fue impedimento para que lo recuperase como personaje secundario, y entrado en barrena, en *El pensamiento de los monstruos* (aunque bajo el pseudónimo de El Que Fue Y Ya No Es) y en *Mercado de espejismos*, ya que, al fin y al cabo, el hecho de que alguien muera en una novela no es óbice para que haga un cameo fugaz en una novela posterior, por el privilegio de la anacronía.

Por sugerencia de algunos amigos y de algunos lectores, unos años más tarde consideré la posibilidad de escribir una continuación, lo que implicaba, entre otras cosas, el echar por tierra mi hipótesis —tan válida como cualquier otra, ya digo— de que Walter es asesinado. Incluso llegué a escribir las que se supone que habrían de ser las primeras líneas:

La gente habla mucho.

Si la gente no hablase tanto, yo no tendría que estar escribiendo en este instante para aclarar algunas de las cosas de las que habla alguna gente.

Pero la gente habla, insisto. Mucho. Con esa actitud de abuso olímpico que el género humano sabe adoptar ante todo lo que le

sale gratis, incluidos los enredos abstractos: el afán de superación, la esperanza, las utopías eróticas, la neurosis...

Cualquier cosa gratuita despierta adhesiones leales, y hablar sale gratis. De manera que la gente habla: allá va.

Punto primero). Si la lengua se desgastase por el uso, antes de alcanzar la mayoría de edad tendríamos la boca completamente hueca.

Punto segundo). Si cada letra del abecedario que utilizamos nos costase un céntimo, no hablaríamos menos, claro está, sino que nos arruinaríamos, porque está visto que somos unos infelices que siempre acaban optando por lo peor.

Punto final). Si la gente hablase menos, los demás no tendríamos que hablar tanto.

Por suerte, entré en razón y frustré la secuela, por parecerme, entonces como ahora, que la escritura de esa ficción fue una experiencia que empezó y acabó en sí misma, diese de sí lo que diese. No era el prólogo de otra cosa, pues incluso contenía su epílogo: esa secuencia en que el protagonista describe en tiempo real los momentos previos a su asesinato a sangre fría. No me estimulaba, en fin, la posibilidad de volver a ponerme el disfraz del invasivo Walter, y además mis especulaciones narrativas iban ya por otros senderos.

Se cumplen veinte años, en fin, del rodar por el mundo de Walter Arias, filósofo demagógico y pícaro ilustrado, exegeta vocacional de la bagatela, erudito a la violeta y psicólogo de sal gorda, obsceno y lírico, erotómano y sentimental, fantasioso y fantasmón, a quien me distraje en idear una vida tan inestable y vertiginosa como esa peonza que gira y dibuja espirales en la arena del parque infantil, hasta que deja de girar, se borran las espirales y sigue girando el mundo.



FELIPE BENÍTEZ REYES (Rota, Cádiz España 1960) es un escritor español. Autor de una obra versátil y brillante que abarca la novela, la poesía, el relato y el ensayo. Excelente dominador del lenguaje, que abarca desde el neosimbolismo de su primera época hasta la gran versatilidad de sus trabajos poéticos posteriores, está considerado como una de las voces más influyentes del panorama literario español, como atestiguan las distinciones que han obtenido sus obras.

Es autor de varios libros de poemas y en todos ellos se ven influencias de los poetas de la generación del 27 (Lorca, Aleixandre, etc.). Reconocido deudor de la obra de Gil de Biedma, se ha catalogado su quehacer lírico como «poesía de la experiencia», en rigor, es la suya una poesía que se mueve entre un ámbito metafísico y otro doméstico, es decir, se apoya en ellos para bascular entre la intensidad y la parodia, la ironía siempre. Para él, la búsqueda de una voz personal ha resultado un empeño constante, que a la larga se ha convertido en el lema primordial de su poética.

En 2003 reunió en *Trama de niebla* su obra escrita entre 1978 y 2002. Su obra ha sido traducida al italiano, francés y alemán. Su labor como novelista y ensayista es también notable.

Aparte de dos volúmenes de cuentos, la lista de novelas también se extiende por el papel, sobresaliendo su primera novela, *Chistera de duende*. Mención

aparte merece la logradísima novela *El novio del mundo*, colosal ejercicio idiomático con que su protagonista, el excéntrico Walter Arias, parodia su irónica e inesperada visión de la realidad. El ambicioso y extenso libro continúa la tradición grotesca europea, marcada por Rabelais y Sterne, pero sobre todo supone una modernización de la literatura picaresca.

Ha codirigido las revistas *Fin de siglo*, *Renacimiento* y *El libro andaluz*. El poeta y narrador gaditano fue galardonado en enero de 2007 con el premio Nadal de novela por su obra *Mercado de espejismos*. Colabora habitualmente en diferentes medios de comunicación, como el *ABC*, *El País Semanal*.

Ha obtenido entre otros, los premios Luis Cernuda, Ojo Crítico, Fundación Loewe, Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla 1994 por *Vidas improbables*.

FELIPE BENÍTEZ REYES

EL NOVIO DEL MUNDO



Lectulandia